

Luvina 77

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Invierno 2014

\$100

CIEN ARGENTINOS

César Aira ■ Angélica Gorodischer
■ Diana Bellessi ■ Alberto Laiseca
■ Arnaldo Calveyra ■ Luisa Valenzuela
■ Arturo Carrera ■ Ana María Shua ■
Hebe Uhart ■ Mempo Giardinelli ■ Sylvia
Iparraguirre ■ IRENE GRUSS ■ Abelardo
Castillo ■ Mirta Rosenberg ■ Mario Goloboff
■ Elsa Drucaroff ■ Noé Jitrik ■ Alan Pauls ■
LUISA FUTORANSKY ■ Sergio Chejfec ■
Clara Obligado ■ SANTIAGO KOVADLOFF ■
Rodrigo Fresán ■ Claudia Piñeiro
Claudio Magris
● GUILLERMO KUITCA ●



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara

Rector General: Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Vicerrector Ejecutivo: Miguel Ángel Navarro Navarro

Secretario General: José Alfredo Peña Ramos

Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Ernesto Flores Gallo

Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >

Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >

Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >

Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa

Viñetas: Montse Larios

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Hugo Gutiérrez Vega, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Daniel Sada, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljoven@luvina.com.mx >

Luvina, revista trimestral (Invierno de 2014)

Editora responsable: Silvia Eugenia Castellero.

Número de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título: 04-2006-11271345400-102.

Número de certificado de licitud del título: 10984.

Número de certificado de licitud del contenido: 7630.

ISSN: 1665-1340. LUVINA es una revista indizada

en el Sistema de Información Cultural de CONACULTA

y en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas

de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex).

Año de la primera publicación: 1996.

D. R. © Universidad de Guadalajara

Domicilio: Av. Hidalgo 919, Sector Hidalgo, Guadalajara, Jalisco, México, C. P. 44100.

Teléfonos: (33) 3827-2105 y (33) 3134-2222, ext. 11735.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Impresión: Pandora Impresores, S. A. de C. V., Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, C.P. 46170.

Se terminó de imprimir el 28 de noviembre de 2014.

www.luvina.com.mx

CIEEN ARGENTINOS, cifra ambiciosa e inexacta. Adjetivos, hipérbole que nos lleva a considerar el vaivén de la ficción entre lo que se busca alcanzar y lo que se logra mediante el lenguaje con imprecisión pero siempre con certezas. **Luvina** publica en este número más de cien escritores de diversas edades y géneros, de la capital y de distintas provincias; todos argentinos.

Estamos frente a una literatura que nos trae en sus numerosas sintaxis y gramáticas —en sus relatos, ensayos, poemas, novelas— las improntas de una historia compleja. Literatura viva y renovada la actual, pero llena de ecos del pasado, ecos sólo como recuerdos, como memoria, pues la literatura argentina que se hace en estos días es una literatura vigorosa, con infinitas bifurcaciones que van de lo fantástico a la no ficción, del poema lírico al poema narrativo, de lo cosmopolita y cósmico a lo costumbrista, de lo directo a lo oblicuo y transversal. La tradición está presente, a veces como resistencia, o como rompimiento, otras como columna vertebral; a veces desde la excentricidad o el delirio, otras desde la insignificancia y la reticencia.

Cien argentinos. Innumerables voces: el lector de **Luvina** será incapaz de glosarlas en una palabra, pues —decíamos— hay en la historia de Argentina el golpe de Estado de 1930, la dictadura de 1976 a 1983, el tan controvertido peronismo y, dentro de la historia contemporánea, la devastadora crisis económico-social de 2001. De telón de fondo está el exilio, y como nos lo hace ver Jorge Monteleone, desde el *Martín Fierro*, José Hernández le da voz a un desterrado de la literatura argentina: un gaucho que se hallaba fuera de la ley y que emprende el camino hacia la frontera.

Tras él, la tradición del destierro ha enmarcado la tradición literaria argentina. No obstante, a partir de los años noventa se comenzó a gestar —al decir de Elsa Drucaroff— una literatura silenciosa, poco conocida en el exterior, con sus muy diversas aristas, y en la cual se encuentran como protagonistas el miedo, el aislamiento, la inmovilidad, con tonos de sarcasmo, ironía, humor negro, pero con la fuerza de la ficción para llenar la escena.

Por otra parte, tenemos el gran honor de publicar un fragmento de una novela inédita de Claudio Magris, ganador del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2014 ●

Índice

- 12** • Los **broches** •
CÉSAR AIRA (Coronel Pringles, 1949). Su nuevo libro es *Artforum* (Blatt & Ríos, Buenos Aires, 2014).
- 15** • **Adsum** •
ANGÉLICA GORODISCHER (Buenos Aires, 1928). En 2012 se publicó su última novela, *Las señoras de la calle Brenner* (Emecé, Buenos Aires).
- 18** • POEMAS •
Diana Bellessi (Zavalla, Santa Fe, 1946). En 2009 apareció *Tener lo que se tiene. Poesía reunida* (Adriana Hidalgo, Buenos Aires).
- 20** • Gracias, **Chanchúbelo** •
ALBERTO LAISECA (Rosario, 1941). Simurg (Buenos Aires) publicó en 2011 sus *Cuentos completos*.
- 30** • **A Juan Rulfo, en silencio** •
ARNALDO CALVEYRA (Mansilla, Entre Ríos, 1929). Uno de sus últimos títulos es *La lluvia de sobretecho* (Mágicas Naranjas, Buenos Aires, 2011).
- 33** • POEMAS •
Luisa Valenzuela (Buenos Aires, 1938). *La máscara sarda, el profundo secreto de Perón*, es su más reciente novela (Seix Barral, Buenos Aires, 2012).
- 39** • **Juguetes** •
ARTURO CARRERA (Buenos Aires, 1948). En 2013 se publicó su antología *Bajo la plumilla de la lengua* (Casa de las Américas, La Habana).
- 44** • **Unos días en la playa** •
ANA MARÍA SHUA (Buenos Aires, 1951). *Fenómenos de circo* es su libro más reciente (Páginas de Espuma, Madrid / Emecé, Buenos Aires, 2011).
- 51** • **Corrientes tiene payé** •
HEBE UHART (Moreno, 1936). El volumen *Viajera crónica* es uno de sus últimos títulos publicados (Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2011).
- 54** • **Un barco anclado en el puerto de Buenos Aires** •
MEMPO GIARDINELLI (Resistencia, 1947). En 2011 apareció su libro de cuentos *Vidas ejemplares* (Diario Página/12, Buenos Aires).
- 59** • **El libro** •
SYLVIA IPARRAGUIRRE (Junín, 1947). En 2010 publicó la novela *La orfandad* (Alfaguara, Buenos Aires).
- 61** • POEMAS •
IRENE GRUSS (Buenos Aires, 1950). Uno de sus últimos libros es *Notas para una tanza* (Gog y Magog, Buenos Aires, 2012).

- 63** • **La mujer de otro** •
ABELARDO CASTILLO (San Pedro, provincia de Buenos Aires, 1935). Este cuento pertenece al libro *El espejo que tiembla* (Seix Barral, Buenos Aires, 2005).
- 67** • **Tu polilla** •
MIRTA ROSENBERG (Rosario, 1951). En 2006 publicó *El árbol de palabras. Obra reunida 1984/2006* (Bajo la Luna, Buenos Aires, 2006).
- 68** • **El ciervo [fragmento]** •
MARIO GOLOBOFF (Carlos Casares, Provincia de Buenos Aires, 1939). Su nuevo libro es la tercera edición de la biografía de Julio Cortázar, *Leer Cortázar. La biografía* (Continente, Buenos Aires, 2014).
- 71** • **Cortázar y la nueva narrativa: el final de un juego** •
ELSA DRICAROFF (Buenos Aires, 1957). Uno de sus títulos más recientes es *El infierno prometido* (El Aleph, Buenos Aires, 2010).
- 83** • POEMAS •
Noé **Jitrik** (Rivera, Provincia de Buenos Aires, 1928). En 2008 publicó la novela autobiográfica *Libro perdido. Marcas (apenas) autobiográficas* (Al Margen, La Plata).
- 85** • **C. B.** •
ALAN PAULS (Buenos Aires, 1959). Uno de sus últimos libros es *Historia del dinero* (Anagrama, Barcelona, 2013).
- 87** • **Poemas** •
LUIZA FUTORANSKY (Buenos Aires, 1939). Estos dos poemas pertenecen a su nuevo libro, *Pintura rupestre* (Leviatán, Buenos Aires, 2014).
- 89** • **Un dato menor** •
SERGIO CHEJFEC (Buenos Aires, 1956). Su nuevo libro es *Modo linterna* (Entropía, Buenos Aires, 2013; Candaya, Barcelona, 2014).
- 95** • **Zoo lógico** •
CLARA OBLIGADO (Buenos Aires, 1950). Este cuento forma parte de su nuevo libro, que publicará en febrero de 2015 Páginas de Espuma (Madrid).
- 97** • POEMAS •
SANTIAGO KOVADLOFF (Buenos Aires, 1942). Su libro más reciente es *La extinción de la diáspora judía* (Emecé, Buenos Aires, 2013).
- 99** • **El sitio donde termina el mar para que pueda comenzar el bosque [fragmento]** •
RODRIGO FRESÁN (Buenos Aires, 1963). Su anterior novela es *El fondo del cielo* (Random House Mondadori, Barcelona, 2009).
- 103** • **El abuelo Martín** •
CLAUDIA PIÑEIRO (Buzaco, Provincia de Buenos Aires, 1960). En 2010 recibió el Premio Sor Juana Inés de la Cruz por la novela *Las grietas de Jara* (Alfaguara, Buenos Aires, 2009).
- 105** • **Mientras ella duerme** •
NORBERTO LUIS ROMERO (Córdoba, 1949). En 2012 publicó el libro de cuentos *Un extraño en el garaje* (DelCentro Editores, Madrid).
- 112** • **De La encendida calma [fragmentos]** •
ALBERTO SZPUNBERG (Buenos Aires, 1940). En 2013, la editorial Entropía de Buenos Aires publicó su poesía reunida bajo el título *Como sólo la muerte es pasajera*.
- 114** • POEMAS •
INÉS ARÁOZ (Tucumán, 1945). Estos poemas fueron tomados de *Barcos y catedrales. Antología poética 1971-2011* (Hilos Editora, Buenos Aires, 2013).

116 • **POEMA** •

LUIS OSVALDO TEDESCO (Buenos Aires, 1941). Uno de sus últimos libros es *Hablar mestizo en lírica indecisa* (Activo Puente, Buenos Aires, 2009).

118 • **Balcón de privilegio** •

TUNUNA MERCADO (Córdoba, 1939). Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2007 por la novela *Yo nunca te prometí la eternidad* (Planeta, Buenos Aires, 2005).

122 • **POEMAS** •

GRACIELA ARÁOZ (Villa Mercedes, 1960). Su poemario más reciente es *El protegido del ciervo* (Último Reino, Buenos Aires, 2012).

124 • **Fin de semana** •

SERGIO S. OLGUÍN (Buenos Aires, 1967). Premio Tusquets Editores de Novela 2009 por *Oscura monótona sangre*. Su nueva novela es *Las extranjeras* (Suma de Letras, Buenos Aires, 2014).

133 (*Nota de la Traductora*) •

MARÍA SONIA CRISTOFF (Trelew, 1965). Este año publicó la novela *Inclúyanme afuera* (Mardulce, Buenos Aires).

138 • **Honras** •

OSVALDO AGUIRRE (Colón, Provincia de Buenos Aires, 1964). Su nuevo libro es *La poesía en estado de pregunta* (Gog y Magog, Buenos Aires, 2014).

143 • **El libro de los divanes [fragmentos]** •

TAMARA KAMENSZAIN (Buenos Aires, 1947). Su obra reunida apareció en 2012 bajo el título *La novela de la poesía* (Adriana Hidalgo, Buenos Aires).

145 • **POEMAS** •

DANIEL SAMOILOVICH (Buenos Aires, 1949). Su poemario más reciente es *Molestando a los demonios* (Pre-Textos, Madrid, 2009).

147 • **Las olas del mundo** [fragmento] •

ALEJANDRA LAURENCICH (Buenos Aires, 1963). Su novela *Las olas del mundo* se publicará en Argentina en abril de 2015, por Alfaguara.

153 • **E.D.: La letra que sigue** [fragmentos] •

MARÍA NEGRONI (Rosario, 1951). Uno de sus últimos títulos es *Pequeño mundo ilustrado* (Caja Negra, Buenos Aires, 2011).

155 • **POEMAS** •

VÍCTOR F. A. REDONDO (Buenos Aires, 1953). Este año se publicó *70 poemas* (Hilos Editora, Buenos Aires), una antología de su obra.

157 • **Jonathan** •

ESTHER CROSS (Buenos Aires, 1961). En 2013 publicó *La mujer que escribió Frankenstein* (Emecé, Buenos Aires).

160 • **Dominó** •

EDUARDO SACHERI (Buenos Aires, 1967). En 2014 apareció su nueva novela, *Ser feliz era esto* (Alfaguara, Buenos Aires).

166 • **POEMAS** •

NINÍ BERNARDELLO (Cosquín, Provincia de Córdoba, 1940). Su libro más reciente es *Agua florida* (El Suri Porfiado, Buenos Aires, 2013).

167 • **POEMAS** •

ELVIO E. GANDOLFO (Mendoza, 1947). Su último libro es *El año de Stevenson. Primer trimestre* (Ivan Rosado, Rosario, 2014).

169 • **Los años perros** [fragmentos] •

ALEJANDRA RUIZ (La Plata 1958). Es autora de la novela *Tratado de cortesía* (Simurg, Buenos Aires, 1999).

173 • **Cecilia Vallina** •

MARTÍN PRIETO (Rosario, 1961). Su nuevo poemario es *Natural* (Vox Senda, Bahía Blanca, 2014).

100 AÑOS DE ADOLFO BIOY CASARES

174 • **Adolfo Bioy Casares. El centro del bosque y la ilusión de una isla** •

SILVIA RENÉE ARIAS (Tres Arroyos, 1963). Es autora del libro *Los Bioy* (Tusquets, Barcelona, 2003).

179 • **El hielo gemelo** •

FRANCISCO GARAMONA (Buenos Aires, 1976). Su libro más reciente es *Nuestra difícil juventud*, en coautoría con Vicente Grondona (Ivan Rosado, Rosario, 2013).

182 • **DOS CUENTOS** •

ROSALBA CAMPRA (Córdoba). Entre sus últimos libros se encuentra *Las puertas de Casiopea* (Ediciones del Boulevard, Córdoba, 2012).

184 • **Mujeres que cuentan su experiencia** •

JORGE AULICINO (Buenos Aires, 1949). En 2012 publicó *Estación Finlandia. Poemas reunidos 1974-2011* (Bajo la Luna, Buenos Aires).

185 • **Cuerpo a tierra** •

MARTÍN KOHAN (Buenos Aires, 1967). Con la novela *Ciencias morales* (Anagrama, Barcelona, 2007) obtuvo el Premio Herralde. Su nuevo libro es *El país de la guerra* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2014).

191 • **POEMA** •

HORACIO ZABALJÁUREGUI (América, provincia de Buenos Aires, 1955). Su último poemario es *Querella* (Bajo la Luna, Buenos Aires, 2006).

192 • **Mora** [fragmento] •

ANDI NACHON (Buenos Aires, 1970). Su libro más reciente es *La III guerra mundial* (Bajo la Luna, Buenos Aires, 2013).

193 • **Velador** •

OLIVERIO COELHO (Buenos Aires, 1977). En 2013 apareció en México su libro de cuentos *Hacia la extinción* (Almadía).

196 • **POEMAS** •

SONIA SCARABELLI (Rosario, 1968). Uno de sus últimos libros publicados es *La orilla más lejana* (:e(m)r:, Rosario, 2009).

197 • **BRINDIS SIN QUÉ** •

ANDRÉS NEUMAN (Buenos Aires, 1977). En 2012 comenzó a circular su más reciente novela, *Hablar solos* (Alfaguara, Barcelona).

198 • **Anubis** [fragmentos] •

BÁRBARA BELLOC (Buenos Aires, 1968). Su último libro publicado es *Andinista* (Gog y Magog, Buenos Aires, 2009).

200 • **Corazón o ave** buscando en qué posarse [fragmentos] •

DANIEL FRIEDEMBERG (Resistencia, 1945). En 2012 apareció su antología personal *Sonidos de una fiesta ajena* (Ruinas Circulares, Buenos Aires).

202 • **La partida** •

GABRIELA CABEZÓN CÁMARA (Buenos Aires, 1968). *Romance de la negra rubia* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2014) es su nueva novela.

205 • *El cantar más bello* [fragmentos] •

YAKI SETTON (Buenos Aires, 1961). Su último poemario es *La educación musical* (Bajo la Luna, Buenos Aires, 2013).

206 • *La Zarzamora* •

LILIANA HEKER (Buenos Aires, 1943). *La muerte de Dios* (Alfaguara, Buenos Aires, 2011) es su libro más reciente.

213 • POEMAS •

ROBERTO DANIEL MALATESTA (Santa Fe, 1961). Este año se publicó su poemario *La estrella roja* (Leviatán, Buenos Aires). Estos poemas pertenecen al libro inédito *Dura piedra que tallar*.

214 • *Eco del Parque* [fragmento] •

ROMINA FRESCHI (Buenos Aires, 1974). Su último libro es *Marea de aceite de ballenas* (Ruinas Circulares, Buenos Aires, 2012).

215 • Las lentes de la ficción •

PABLO DE SANTIS (Buenos Aires, 1963). Acaba de publicar el libro de cuentos *Trasnoche* (Alfaguara, Buenos Aires, 2014).

221 • POEMAS •

MERCEDES ROFFÉ (Buenos Aires, 1954). Este año apareció su nuevo poemario, *Carcaj: Vislumbres* (Vaso Roto, México / Madrid).

100 AÑOS DE JULIO CORTÁZAR

224 • *La isla, el puente, el muro* •

LUIS CHITARRONI (Buenos Aires, 1958). Entre sus libros más recientes se encuentra la reedición de *El carapávida* (Interzona, Buenos Aires, 2013).

225 • *El del medio* •

SELVA ALMADA (Entre Ríos, 1973). Este año apareció su libro *Chicas muertas* (Random House, Buenos Aires, 2014).

230 • *El zapatero* Zacarías habla con *Roque Rey* •

RICARDO ROMERO MUSSI (Paraná, 1976). Acaba de publicar la novela *Historia de Roque Rey* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2014).

235 • *ars poetica* •

TERESA ARIJÓN (Buenos Aires, 1960). Su libro más reciente es *Óstraca* (Curandera, Buenos Aires, 2011).

241 • *Mattel* •

LEANDRO ÁVALOS BLACHA (Quilmes, 1980). *Medianera* (Eduvim, Córdoba, 2011) es su tercera novela.

245 • Plateada con *amarillo* •

NATALIA LITVINOVA (Gómel, Bielorrusia, 1986). Uno de sus libros más recientes es *Todo ajeno* (Melón Editora, Buenos Aires, 2013).

246 • La *serpiente* y el *miedo* •

EDGARDO SCOTT (Lanús, 1978). Este cuento forma parte de su próximo libro, *Nombres propios*.

251 • POEMAS •

LAURA WITTNER (Buenos Aires, 1967). *Baluceos en una misma dirección* (Gog y Magog, Buenos Aires, 2011) es uno de sus últimos poemarios.

253 • *Borges, Kafka: el sueño* y la pesadilla •

LUIS GUSMÁN (Buenos Aires, 1944). Su libro de relatos *La casa del Dios oculto* (Edhasa, Buenos Aires) apareció en 2012.

260 • El puente de *Brooklyn* •

JAVIER FOGUET (San Miguel de Tucumán, 1977). *El humor de la luz* (Huesos de Jibia, Buenos Aires, 2009) es su libro más reciente.

261 • *Las nubes sobre Mariëtzinka* [fragmento] •

JULIÁN LÓPEZ (Buenos Aires, 1965). *Una muchacha muy bella* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2013) es su primera novela.

266 • Familia de *vidrio* •

FERNANDA GARCÍA LAO (Mendoza, 1966). Su título más reciente es *Fuera de la jaula* (Emecé, Buenos Aires, 2014).

270 • Sólo *tres* •

DIEGO ERLAN (San Miguel de Tucumán, 1979). Su primera novela es *El amor nos destrozará* (Tusquets, Buenos Aires, 2014).

273 • POEMAS •

Claudia *Schvartz* (Buenos Aires, 1952). *Eólicas* (Leviatán, Buenos Aires, 2011) es su último libro publicado.

275 • *Electrónica* [fragmento] •

ENZO MAQUEIRA (Buenos Aires, 1977). Su novela *Electrónica* apareció este año (Interzona, Buenos Aires).

280 • *EL RÍO PODEROSO* •

Marta *Miranda* (Mendoza, 1962). En 2013 se publicó su antología bilingüe *El oleaje y otros poemas* (Ruinas Circulares, Buenos Aires).

281 • La solución *Mercer* •

HERNÁN VANOLI (Buenos Aires, 1980). Su libro más reciente es la *nouvelle Las mellizas del bardo* (Clase Turista, Buenos Aires, 2012).

290 • *Victoria Ocampo y Virginia Woolf: las consecuencias de una amistad literaria* •

IRENE CHIKIAR BAUER (Buenos Aires, 1965). Su último libro publicado es *Eduarda Mansilla. Entre-ellos. Una escritora argentina del siglo XIX* (Biblos, Buenos Aires, 2013).

296 • Antes del *Carnaval* •

JOSÉ MARÍA BRINDISI (Buenos Aires, 1969). Una de sus novelas es *Placebo* (Entropía, Buenos Aires, 2010).

305 • Que lo que sea *continúe* [fragmento] •

GUSTAVO FERREYRA (Buenos Aires, 1963). *La familia* (Alfaguara, Buenos Aires, 2014) es su nueva novela.

312 • POEMAS •

VALERIA TENTONI (Bahía Blanca, 1985). Su primer libro de relatos es *El sistema del silencio* (17 Grises, Bahía Blanca, 2012). Estos poemas pertenecen a su nuevo libro, *Antitierra*, que acabo de publicar Libros del Pez Espiral en Santiago de Chile.

314 • *David Viñas* y su agonística en torno a los «últimos argentinos» del siglo XX •

HORACIO GONZÁLEZ (Buenos Aires, 1944). *Lenqua del ultraje. De la generación del 37 a David Viñas* (Colihue, Buenos Aires, 2012) es su libro más reciente.

320 • POEMAS •

OSVALDO GUEVARA (Río Cuarto, Provincia de Córdoba, 1931). La editorial de la Fundación Universidad Nacional de Río Cuarto le publicó *Poemas en verso y prosa. Inventario de una obra completa inconclusa* (Río Cuarto, 1998).

322 • **Ese verano a oscuras** •

MARIANA ENRÍQUEZ (Buenos Aires, 1973). Uno de sus libros más recientes es *Cuando hablábamos con los muertos* (Montacerdos, Santiago de Chile, 2013).

328 • **Lumbre** [fragmento] •

HERNÁN RONSINO (Chivilcoy, 1975). *Lumbre* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2013) es su tercera novela.

336 • **ROBERTO GÓMEZ BOLAÑOS** •

WASHINGTON CUCURTO (Quilmes, 1973). Uno de sus últimos libros es *La culpa es de Francia* (Emecé, Buenos Aires, 2012).

338 • **Falsa promesa** •

ALEJANDRA ZINA (Buenos Aires, 1973). *Barajas* (Plaza & Janés, Buenos Aires, 2011) es uno de sus libros.

341 • **POEMAS** •

JORGE BOCCANERA (Bahía Blanca, 1952). En 2012 se le concedió en México el Premio Internacional de Poesía Ramón López Velarde. Uno de sus últimos libros es *Fricción* (Espacio Hudson, Chubut, 2012).

343 • **El primer día del fin del mundo** •

MARIO SZICHMAN (Buenos Aires, 1945). En 2013 apareció su novela *Eros y la doncella* (Verbum, Madrid).

349 • **Réflex** •

LAURA MERADI (Adrogué, 1981). Su primera novela es *Tu mano izquierda* (Alfaguara, Buenos Aires, 2009).

354 • **La voz** •

NICOLÁS CORREA (Morón, 1983). Con su novela *Súcubo* (Wu Wei, Buenos Aires, 2013) inicia una trilogía, *La trinidad de la antigua serpiente*.

362 • **Borges era E.T.** •

JUAN GUIÑOT (Mercedes, 1969). Su novela más reciente es *Misión Kenobi* (Exposición de la Actual Literatura Rioplatense, Buenos Aires, 2014). Este cuento fue finalista del concurso de relatos Osvaldo Soriano de la Universidad de La Plata en 2013.

365 • **Objetos raros** •

PABLO BRESCIA (Buenos Aires, 1968). Entre sus últimas publicaciones se encuentra el libro de cuentos *Fuera de lugar* (Borrador Editores, Lima, 2012; UNAM, México, 2013).

369 • **Mi padre** [fragmento] •

SEBASTIÁN BASUALDO (Buenos Aires, 1978). El libro de relatos *Fiel* (Bajo la Luna, Buenos Aires, 2010) es uno de sus títulos.

377 • **La palabra santa** •

NATALIA RODRÍGUEZ SIMÓN (Quilmes, 1984). *La vi mutar* (Wu Wei, Buenos Aires, 2013) es su primera novela.

380 • **Mirá cómo está la vagancia** •

SEBASTIÁN PANDOLFELLI (Lanús, 1977). Ha publicado la novela *Choripán social* (Wu Wei, Buenos Aires, 2012).

385 • **Entre cajas** •

NATALIA ZITO (Buenos Aires, 1977). Es autora de la novela *Agua del mismo caño* (Pánico el Pánico, Buenos Aires, 2014).

390 • **Ochos** •

YAIR MAGRINO (Caballito, 1982). El libro de relatos *Porcelanas* (Milena Caserola, Buenos Aires, 2010) es uno de sus títulos.

398 • **La tradición del destierro** •

JORGE MONTELEONE (Buenos Aires, 1957). Su último libro publicado es *La Argentina como narración* (Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2011).

MEXICANOS.

404 • **Los ocupantes** •

JAIME MORENO VILLARREAL (Ciudad de México, 1956). En 2013 apareció su más reciente libro, *Persecución de un rayo de luz* (Conaculta, México).

406 • **Los caballos de Alushta** •

JORGE ESQUINCA (Ciudad de México, 1957). En 2014 publicó *Nuevo elogio del libro* (Rayuela Editorial, Guadalajara).

Premio **FIL 2014**

409 • **Claudio Magris** regresa a México •

HÉCTOR ORESTES AGUILAR (Ciudad de México, 1963). Uno de sus libros más recientes es *El asesino de la palabra vacía. Recorridos desde la otra Europa* (Conaculta, México, 2008).

412 • **Historia de Luisa - I** •

CLAUDIO MAGRIS (Trieste, 1939). Recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2004, y es el ganador del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2014. Uno de sus libros más recientes traducidos al español es *Alfabetos* (Anagrama, Barcelona, 2010).

423 • **Claudio Magris** no se libra •

PIERRE ASSOULINE (Casablanca, 1953). Miembro de la Académie Goncourt, fue jurado del Premio FIL 2014. *Une question d'orgueil* (Gallimard, París, 2012) es una de sus novelas más recientes.

PLÁSTICA

• **GUILLERMO KUITCA** (Buenos Aires, 1961). Su obra forma parte de las colecciones de The Metropolitan Museum of Art y del Museum of Modern Art en Nueva York, de la Tate Gallery en Londres y del Stedelijk Museum en Holanda, entre otras. Representó a Argentina en la Bienal de Venecia de 2007. Este año curará la exposición de aniversario de la Fondation Cartier pour l'Art Contemporain. Pertenece a la galería internacional Hauser & Wirth.

DOLORES GARNICA (Guadalajara, 1976). Ha sido columnista especializada en arte en el diario *Público* y, actualmente, en la revista *Magis*.

• **P Á R A M O** •

Cine • **El buen momento del cine argentino** • HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA **425**

Libros • **Los árboles que poblarán el Ártico, de Antonio Deltoro** • CARMEN VILLORO **427**

• **Loba, de Verónica Murguía: una grieta en el sistema** • ALFREDO NÚÑEZ LANZ **430**

• **«Seremos Maradona»: libros, ciencia y divulgación científica en Argentina** • JUAN NEPOTE **432**

Música • **Los rumbos musicales de Argentina** • ALFREDO SÁNCHEZ GUTIÉRREZ **436**

Teatro • **Teatralidades latinoamericanas** • LOURDES GONZÁLEZ PÉREZ **438**

Zona intermedia • **Tres momentos de la literatura argentina** • SILVIA EUGENIA CASTILLERO **440**

Polifemo bifocal • **El beso francés de Afrodita y Ek Chuah** • ERNESTO LUMBRERAS **444**

Nodos • **Estación Ezeiza** • NAIEF YEHYA **446**

www.luvina.com.mx

Los broches

CÉSAR AIRA

EN LA RUTINA de la casa también suceden pequeños hechos inexplicables. ¿Por qué pasó, por qué no pasó? No se sabe.

Sólo se sabe que pasó algo. ¿Qué? Bueno... tantas cosas! Siempre está pasando algo, y es difícil hacer el recorte de un hecho, de una anécdota. ¿Cómo saber qué merece ser mencionado? O hay que hablar todo el tiempo, o quedarse callado para siempre. Las trivialidades que alimentan la cháchara inocente caen al subsuelo del silencio de las respuestas. A veces el azar de una repetición esboza un sentido.

—¡Se me rompió otro broche! ¡Qué mala suerte!

—Yo lo arreglo. (Pensaba que se había zafado el resorte de alambre que une las dos mitades).

—No. Se quebró. No tiene arreglo.

—¡A la basura!

—¡A la basura!

El lavadero del departamento está a la izquierda de mi estudio, que originalmente era el cuartito de la sirvienta. Presidiendo el techo del lavadero se encuentra el tendedero, una rejilla de cuerdas paralelas, con marco de caño metálico. Se sube y se baja con un complicado juego de roldanas. Ahí se cuelga la ropa a secar, lo habitual es que una selva de prendas húmedas tamice la luz del norte que llega hasta mi sillón frente a la computadora. En las raras ocasiones en que no hay ropa tendida, me gusta ver las paralelas vacías allá arriba, con los broches ociosos de todos colores prendidos como pajaritos a las cuerdas.

—¡Se rompió otro broche!

Sensación de repetición. ¿No se había roto ya? ¡No, éste es otro! Van tres. ¡Van cuatro! Hay algo de qué hablar.

De pronto, en el silencio de la inspiración... ¡Crac! Miro, y un broche yace en el piso, roto, y al mismo tiempo una camisa mojada deja caer un brazo, lo

agita un instante goteando, como si señalase al caído. Un accidente insignificante: no basta para modificar mis hábitos taciturnos. Y sin embargo, queda registrado, y vuelve después, cuando se abre la tapa del lavarropas, y durante el tendido se oyen comentarios y quejas.

—¡Otro! ¿Pero de qué los hacen? ¡Ah, no, otro más!

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Estos broches, se me han roto no sé cuántos en estos días... Es increíble. Pasan diez años, y los mismos broches siguen sirviendo, me olvido... ¡Qué diez años! Veinte, treinta. Tengo broches de antes de casarnos. Y ahora se rompen todos juntos.

—Mm... Ahora que me acuerdo... Hoy yo estaba escribiendo y de pronto, ¡crac! Uno se rompió, y ¡plinc, planc! Los pedazos cayeron al suelo.

—¿Se rompió solo?

—Solo.

—¿No habrás pasado por abajo y se enganchó la cabeza con la ropa y...?

—¡Solo, solo! Yo estaba aquí sentado.

—Qué raro. Pero sí, yo levanté los pedazos y los tiré a la basura.

—No, los pedazos los levanté yo, y los tiré.

—¿Sería otro, entonces? ¿De qué color era?

—Azul.

—¡No te digo! El que levanté yo era amarillo.

Y después de varios *¡qué raro!*, *¡pero qué raro!*, *¡qué loco!*, el tema queda archivado. Hasta que se cae otro broche, y otro, y otro.

—¿No los estarás manipulando con demasiada fuerza? Yo tenía una tía que no le dejaban lavar los platos en la casa porque los rompía, tenía demasiada fuerza en las manos.

—¡Pero por favor! ¡Si nunca...! ¡Si siempre...!

Además, se rompen solos. Hay que rendirse a la evidencia. No los rompe nadie. Se rompen ellos solos. Pronto es una verdadera lluvia, hay que barrer los pedazos con la escoba. El crujido ominoso, la caída, el repiqueteo en el piso del lavadero.

—No hay nada que hacer. Voy a tener que ir a comprar broches. Casi me había olvidado de que los broches se compran.

—¡Voy yo!

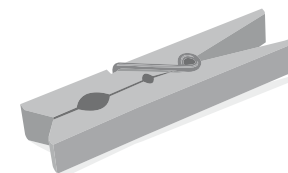
—Hay que comprar una docena por lo menos.

—O dos.

—O dos. A este ritmo, pronto no va a quedar ninguno.

—Voy a comprar una «gruesa». ¿Sabés lo que es una gruesa? Una docena de docenas.

—Vos siempre el mismo exagerado.



Hay que tomar los pedazos, mirarlos con atención. Rotos, partidos. Son unos pequeños objetos frágiles, pero no tanto. Y casi nada es tan frágil como para romperse solo. Mal hechos, seguramente, mal fundidos, mal cortados, con fallas. Se puede culpar a la falta de control de calidad en la industria nacional: salvo que sean importados, de Taiwán, de Brasil. Quién sabe. Sin embargo... son de distintas tandas, algunos viejísimos, carcomidos, casi sin forma, mellados. Tan malos no serían, para durar décadas. ¿Y entonces?

Lo cierto es que les llegó la hora. Pobrecitos.

Hay algo que se llama «fatiga de los materiales», y puede ser eso lo que les está pasando a los broches. Pero el argumento no resiste la crítica. No es sólo que los broches que caducan tienen distinta edad, sino que no se trata del mismo material: algunos son de plástico, otros de madera, otros de alambre. Lo único que tienen en común es que son broches, con forma de broches. En todo caso habría que hablar de una «fatiga de las formas».

La fatiga de los materiales más o menos puedo entenderla, o imaginármela: los átomos se van aflojando, sus electrones se quedan sin batería, algunos mueren y dejan huecos en los que se tuercen las órbitas de los otros, el vacío empieza a llenarse de polvillo, las masas se resquebrajan por viejas... ¿Pero las formas? Podría afectarlas, es cierto, la fatiga de los materiales que les hacen de soporte. No era así en este caso, pude comprobarlo al tacto porque la madera, el plástico y el metal de los fragmentos de broches difuntos seguían firmes, sin asomo de desintegración. De modo que había que rendirse a la evidencia: existía una fatiga de las formas, todavía no diagnosticada por la ciencia, y de la que yo había presenciado su primera manifestación.

No parecía que hubiera habido antecedentes. Las formas siempre habían gozado de buena salud, y de una resistencia a toda prueba, como lo mostraban las extravagantes acrobacias a las que las obligaban los artistas. Qué no habían hecho con ellas, y siempre habían salido victoriosas e indemnes. Pero nada era eterno. Su condición inmaterial y abstracta las había preservado hasta el presente del desgaste natural de las cosas, pero quizás les había llegado la hora. Si se trataba realmente de un proceso de extinción, ¿cómo sucedería? Quizás fuera lento, milenario, fatiga no quería decir necesariamente extinción, quizás unas formas morirían antes que otras, y los broches eran los adelantados (pensando en las torsiones a las que las habían sometido los artistas, recordé el gran broche de Claes Oldenburg). Podían dar tiempo a que el ingenio del hombre, o el avance implacable de la ciencia, encontraran una solución, aunque no sería tan fácil de solucionar como la fatiga de los materiales; ¿qué hacer, por ejemplo, con la chatarra de las formas? Y en el peor de los casos, nos quedaríamos en un mundo sin formas: quizás era mejor así. Quizás hemos vivido prisioneros de algo que en realidad no necesitábamos •

Adsum

ANGÉLICA GORODISCHER

LA PRIMERA VEZ que vio a ese hombre en su jardín se asustó muchísimo. Voy a llamar a la policía, pensó. Pero después se imaginó el diálogo hay un hombre en mi jardín ¿lo conoce? pero no no lo conozco es un intruso en mi jardín ¿le robó algo? no ¿la amenazó? no ¿estaba armado? no sé ¿intentó entrar a la casa? no ¿y qué hizo? nada pasó nomás ¿y qué quiere que hagamos? no sé son ustedes los que saben lo que tienen que hacer señora si no hay delito la policía no puede actuar bueno está bien gracias buenas tardes. Después fue acostumbrándose: el hombre pasaba, sólo pasaba, no estaba armado, no lo conocía, no intentaba entrar. Lo estudió, poco a poco lo estudió. Descubrió que tenía un pequeño lunar marrón claro acá, cerca del ángulo del ojo izquierdo. Descubrió que era ancho de hombros y que siempre iba impecablemente vestido; y que no usaba anteojos y que miraba invariablemente al frente y que no apuraba ni disminuía nunca el ritmo del paso. Descubrió además que se le había pasado el miedo, que ya no pensaba en llamar a la policía y que casi esperaba que pasara, todos los días. Y pasaba. Pasaba, no faltaba nunca: todos los días, verano e invierno, buen tiempo o lluvia, pasaba por su jardín, tranquilamente, sin dar vuelta la cabeza para mirar hacia la casa o hacia el cerco del fondo.

Si llovía, se mojaba; o no se mojaba; o mejor dicho, parecía no mojarse: no le resbalaba el agua desde los hombros, no le caía por la espalda del traje gris oscuro, no se despeinaba, no entrecerraba los ojos contra las gotas de lluvia. Sólo pasaba, seguía pasando. Lo que sí cambiaba era la hora. La primera vez había sido, ella se acordaba muy bien, a las nueve y cuarto de la mañana. Y en los días sucesivos, a las diez y media, a las ocho y cuarto, a las once, hasta que ella dejó de contabilizar el tiempo. Pasaba, el hombre pasaba y ella lo esperaba y un vez que pasaba podía dedicarse a la casa o salir o hacer lo que se le diera la gana; pero hasta que el hombre no pasaba, ella esperaba. Lo esperaba y él pasaba. Nada cambiaba nunca.

O sí.

Desde aquel día a las nueve y cuarto de la mañana algo había cambiado y ella no se daba cuenta de qué. Es que no podía, no podía eso, eso de darse cuenta y no podía porque esperaba atentamente a que el hombre pasara y la atención se le iba en eso, se ocupaba en eso de esperarlo a que pasara y, cuando pasaba, mirarlo atentamente a ver qué otra cosa descubría y entonces no le era posible ver, saber, hasta que vio y supo por ejemplo que la mañana parecía siempre nublada, siempre todos los días en los que el hombre pasaba que eran todos, y que aunque hubiera sol y ella lo hubiera comprobado, cuando el hombre pasaba estaba nublado, se nublaba el cielo. Eso era distinto aunque otros aspectos del día no lo fueran.

O tal vez sí, pero no el día.

Fue en ella y no en él en donde descubrió que algo más había cambiado y ese algo era las fechas. Cómo puede ser que una confunda las fechas. Un pequeño tropezón puede ser hoy es miércoles ah no hoy es jueves, eso sí. Pero confundir los meses y, peor aún, los años, eso era por lo menos llamativo y tenía que ver con el hombre que pasaba por su jardín; ella no estaba segura de dónde estaba el vínculo pero sí estaba segura de que la presencia del hombre, por mínima que fuera, corta como era, sostenía la trama difusa de los años y los días. Estamos en 2015; no, en 1768. ¿Seguro? Seguro. ¡Pero no! Es el año 1919. Claro, sí, de eso sí que estaba segura. Pero al día siguiente era 1497. El diario, se le ocurrió: el diario, tengo que ir a ver la fecha en el diario. De modo que fue a ver la fecha en la parte de arriba de la página del diario y era el 14 de diciembre de 1911. Claro, por supuesto, diciembre de mil novecientos once, cómo podía haberse confundido, qué raro.

También, fechas aparte a las que ya sabía aceptar y era un día de lluvia, se fijó en las vestimentas. El hombre pasaba siempre vestido de oscuro, elegante, discreto, con el mismo traje y la misma corbata y la misma camisa o eso parecía, pero ella cambiaba, no sabía en qué momento, cambiaba de vestido. Segundos antes de que el hombre pasara ella tenía puesto un chemisier gris con cuello y puños blancos y ah un cinturón de cuero blanco. Cuando el hombre desaparecía por detrás del parante derecho del ventanal, ella tenía puesta una túnica de gasa celeste y un turbante plateado y así seguía hasta el fin del día. Al siguiente se ponía pantalones negros y una remera rosa de mangas largas pero después de que el hombre pasaba se veía vestida con falda floreada hasta los tobillos, botas cortas de color café y un top de raso beige. Y así de seguido pasando por mamelucos, trajes de baño, uniformes del Ejército de Salvación, burkas, bikinis, trajes sastres, vestidos de novia, trajes de buzo y negros hábitos de monja.

Cuando ya no le preocupaban los cambios de ropa, cuando ya estaba acostumbrada y el único inconveniente era que no podía salir a la calle con traje y casco de astronauta por ejemplo, en esos días empezaron a aparecer los personajes. El hombre que pasaba no estaba solo. O sí lo estaba pero rodeado de gente. A veces eran dos o tres personas, a veces era una multitud. El hombre no los miraba, seguía

pasando indiferente al clima y a las sombras a veces quietas pero siempre animadas que estaban allá un poco más atrás, silenciosas. Indiferente a ella, a la casa, al jardín, a todo lo que no fuera el ritmo de su paso.

Ella dejó de mirar el paisaje y de mirarse a sí misma y volvió, como el primer día, a fijarse intensamente en el hombre que pasaba por su jardín. Pero ya no tenía mucho para descubrir; de hecho, no tenía nada nuevo. Era el mismo hombre que el primer día la había asustado tanto. Tal vez, se le ocurrió un día vestida con toga blanca y sandalias doradas, tal vez descubriera algo más si saliera y caminara con él. Pensó que era una excelente idea. Pero al día siguiente los personajes de allá en el fondo eran muchísimos y estaban uniformemente vestidos de marrón oscuro, enormes hábitos con capuchas todos hechos de telas bastas y pesadas, y andaban con las cabezas gachas mirado al suelo, las manos juntas, los labios moviéndose apenas en oración o conjuro y temió que las sombras se le echaran encima y la ahogaran y no salió. Durante muchos días alimentó esa fantasía de salir al jardín y acompañar al hombre en su camino. Sabía que no lo haría, ni en 1376 ni en 2001 ni en 1623 ni nunca y sin embargo no se permitió pensar en nunca. Vistió sedas y arpilleras, polleras y shorts, sweaters y perramus pero no salió.

El hombre siguió pasando, todos los días de todos los años con el mismo traje, el mismo ritmo, los mismos climas, los mismos o distintos personajes, la misma indiferencia.

De modo que un día de 1358 ella salió al jardín vestida con amplia pollera sostenida por miriñaque de alambre, chaqueta de terciopelo, peluca plateada, botas de piel de ante, gorguera y guantes violeta de gamuza. No llovió ese día.

—Es que no, no tenemos ninguna explicación, ninguna sospecha —dijo Laura.

—Era bastante descuidada en cuanto a la seguridad de la casa —explicó Armando.

—Querido —interrumpió Laura con una sonrisa levemente ácida—, no agregues lo que yo iba a decir. ¿Sabe, Comisario? Nos inclinamos a creer que la han secuestrado y que en algún momento van a pedir rescate. ¿A usted qué le parece?

—Puede ser, señora, puede ser, no descartamos ninguna posibilidad, por desusada que sea.

—Lo que es si van pedir rescate, se están demorando bastante —dijo Armando.

—¡Querido! —dijo Laura.

—Vamos a esperar, señora. Vamos a esperar lo que sea necesario porque algo tiene que suceder, alguna señal vamos a recibir.

A veces llovía sobre el jardín, a veces no. Sombras solían adivinarse entre los fresnos. Pero todo era en silencio... aunque pasos, a veces, muy suaves, muy lentos, sin respuesta, grises, sin tiempo ●

ROSARIO, ENERO DE 2013

Diana Bellessi

DESTINO

Tablas acosadas por la humedad y el bicho
guardan mi corazón como un lucero
y no me importa la gente ni la plata
sino el crac crac del grillo en la mañana
del silencio, el gallo allá a lo lejos
y ese girar de Talita que busca el sitio
para echarse al sol en el alero
mientras la sombra de papá en su silla
me dice sí y alcanza un mate con
cáscaras de naranja, sí, m'hijita,
cerrá tu vida en este círculo que acaricia
los pasos del principio con las huellas
nítidas del final...

EKSTASIS

Moverme en lo abierto
como lo hace el cazador

bañar y silbar como el viento
en lo abierto

como la roca en el torrente y la piedra
en el granizo y el mosquito

con sus ojos abiertos
solamente a ello y nada más

en lo abierto
de una forma impensada

sin ver
ya nada, ya nada

Gracias, Chanchúbelo

ALBERTO LAISECA

Me llamo Julio Esteban González y soy un mediocre. Tengo veinte años, pero eso no es excusa. A los dieciocho Rimbaud tenía su obra terminada y completa. Mientras en la Facu doy una materia y otra, con diversa fortuna, escribo cuentos. Quisiera tener talento en algo, por lo menos. Un reaseguro. Porque si no ya veo que voy a terminar siendo un excelente ingeniero mediocre. No le quiero sacar el laburo a alguien que lo merezca más. Escribo, sí, pero sólo consigo imitaciones, mimetismos y plagios. Los otros días me pasó algo más bien espantoso. Mandé unos «cuentillos» a la revista del Centro. Unos trabajos excelentes: simbolismo alemán puro. Y me quedé lo más tranquilo. Estaba yo tomando unos ricos mates en mi cuarto de la pensión de estudiantes de San Gerónimo 3120, sin la sombra de una leve duda respecto a mi genio. Pero. Cuál no sería mi desagradable sorpresa (como diría un soviético) cuando se abrió la puerta y por ella entró Miguelito Cortó. «Che, González: tengo que decirte algo». «Adelante, adelante, los amigos no molestan». «Leímos tus cuentos en el Centro. Estábamos todos: Dimitri Chubichequer, Calzadas Garza, el Checo Neruda y yo. Coincidimos en que son mucho más que meritorios. Son sorprendentemente buenos». «Ah, gracias. Me alegro de que les hayan gustado», dije yo imitando un tono humilde (Roma te premia con este Triunfo. Pero recuerda, Gran Julio, Padre de la Patria y Dictador Perpetuo, que eres mortal —me dice al oído el magistrado Portalaureles que va en mi carro). «Así que habíamos decidido publicarlos en el próximo número de *Octógono*», prosiguió diciendo Miguelito. «Pero justo en eso cayó por ahí Pedro Alberto Esnaola. Escuchó la alharaca que hacíamos con tus escritos y dijo: “A ver, che”. Y se puso a leerlos. Casi enseguida, a las pocas líneas, comentó: “Esto es un plagio de *El lobo estepario* de Hermann Hesse. Yo leí a Hermann Hesse y esto es un plagio de *El lobo estepario*”. Y se fue sin agregar nada más. Nos quedamos helados. ¿Es cierto eso?». «¡Pero...! ¡Pero cómo! ¿iPlagio cómo!? ¿iPor qué dijo eso!?!». «Ah y

yo qué sé. Yo no lo leí a Hermann Hesse. Ya me extrañaba, porque como yo pensé: un artista, un escritor, necesita diez o veinte años de trabajo antes de consolidar su estilo y vos parecías haber sacado tu talento de la nada». Y entonces Miguelito, muy a la manera de Esnaola, salió del cuarto sin decir una palabra más, dejándome sumido en el horror.

¿Hará falta que cuente lo que siguió? ¿Puede alguien imaginar las dudas, la contradicción, el combate? La verdad, a veces, es el Espanto Penúltimo. ¿Habrá tenido razón Esnaola? Soy inocente. Si me mandé un plagio didáctico fue sin darme cuenta y desde el subconsciente. En ese sentido soy como el Chavo del Ocho, de la televisión mexicana: «Lo hice sin querer queriendo», de puro sabrosón. Ojalá pudiera decir como ése al que lo acusaron de lo mismo y contestó muy fresco: «Oye, chico: yo soy socialista. No creo en la propiedad privada, qué vaina». Como excusa no está mal. El problema es que yo no quiero excusas sino realidades. Suponga que usted está veraneando lo más tranquilo en el Caribe, tomándose una piña y con una regia mina al lado. De repente un hada cruel lo saca de ahí para depositarlo en el planeta Marte. Ciento veinte grados bajo cero y sin escafandra. De alguna manera usted soporta el *shock* y no muere. No hay más que piedras, frío, arena y soledad. Puede que para el 2015 haya un descenso tripulado en Marte, así que va a tener que aguantar hasta esa fecha. Con un poco de buena suerte quizá pueda comer líquenes, pero no hay agua, así que como usted va a seguir vivo por arte de magia, durante décadas tendrá que soportar una sed espantosa. Pero ánimo: la preocupación por la soledad le va a permitir olvidar la sed, así como la sed hará que usted se olvide de la soledad. El frío no es un problema muy grande: si se construye una gruta con los dedos (¿para eso cuánto puede demorar?: cinco años), los ciento veinte bajo cero van a ser sólo ochenta. Otra cosa: aire, lo que se dice aire, no tenemos. A lo sumo una molécula o dos cada tanto. Albricias.

Pero todo tiene sus compensaciones. Según las sondas espaciales, en Marte hay pirámides gigantescas y una cara tallada en piedra que mide kilómetros. Como tiene a su disposición el tiempo del mundo podrá investigar todo eso antes que los norteamericanos. Imagine el reportaje que le van a hacer cuando usted sea un viejo y vuelva a la Tierra: «Bradbury escribió *Crónicas marcianas*; Fulanete (usted) las vivió». ¿Se imagina el anecdotario que va a tener cuando lo internen en un asilo de ancianos? Por otra parte, el aire de la Tierra es denso, pesado, rico en oxígeno. Cuando en plena vejez tenga que acostumbrarse a una atmósfera que lo quema con su opulencia inútil (inútil para usted) va a desear que lo pongan de nuevo en Marte.

Bueno, pues más o menos esto sentí yo esa noche. Creí ser el Julio César de la literatura, pero me pusieron el espejo de Blancanieves y vi una piltrafa pateable. Fue muy molesto.

Para colmo, unas dos horas después del suceso, volvió Miguelito Cortó. Yo estaba sentado en mi silla, lejos de mi mesa, mirando la pared. «Debes estar pensando en algo horrible», me dijo Miguelito. «Hay dos grados bajo cero y vos estás sudando». Me miró con más atención: «Sí: estás pensando en algo horrible. ¿Viste cómo suda uno cuando se le ocurre algo espantoso?». Y se volvió a ir sin agregar una palabra más.

Antes de que siga voy a tener que contar algunas cosas mías, si no no se va a entender qué hice ni por qué.

Mi padre era bioquímico y usaba liebres y conejos para sus experimentos. Yo solía jugar con estos animalitos hasta que sufrían «accidentes» en el laboratorio. Recuerdo una liebre en particular. Un amigo del campo se la había regalado a mi padre. Una siesta, mientras mi viejo dormía, la robé de su jaula y la llevé al patio para jugar. No sé qué se me dio por saltar el alambrado del fondo de casa y pasar a un terreno baldío lleno de yuyos. Como si quisiera jugar con la liebre en secreto, en un terreno especial. La tenía de las orejas con una mano y con la otra le hacía mimos, pero en un descuido se me escapó. Los pastos me llegaban al pecho y el animal era completamente salvaje pues fue capturado de adulto. Desapareció como un rayo. Yo debo de haber tenido nueve o diez años. Mi padre era ateo pero yo me puse a rezar. «Dios mío: si hacés que aparezca la liebre te prometo creer en vos para siempre». Después de rogar un rato, a los gritos, me volví. Y allí estaba, por supuesto: a dos metros. Repito: era un animal por completo salvaje y había salido a la disparada. Sin embargo estaba ahí, inmóvil. Parecía petrificada. No tuve ninguna dificultad para agarrarla de las orejas. Salté de nuevo el alambrado, crucé el patio y la guardé otra vez en su jaula. ¿Cómo no creer después de eso? Ahora bien, que alguien haga milagros no quiere decir que por ello sea bueno. Podría serlo todavía, pero no necesariamente.

Con independencia de lo anterior debo decir que desde chico me interesaron los egipcios: momias, sarcófagos, pirámides, todo eso. Yo apenas tenía nueve años pero ya sabía, por ejemplo, que para los egipcios el escarabajo (el «cascarudo», como lo llamábamos de pibes) era sagrado. Entonces yo, después del incidente de la liebre, me dediqué a matar cascarudos para chuparle las medias al Anti-ser, porque yo no ignoraba que él es muy celoso y odia a los Dioses antiguos. En las noches de verano, cuando con otros chicos íbamos a jugar a la esquina, bajo la lámpara enorme del cruce de calles se juntaba una cantidad enorme de coleópteros. Los había de cuatro clases: rojos y chiquititos, con los ojos brillantes y que relumbraban en las sombras; otros con cuernos, que si les ponías el dedo te lo aprietan entre los cuernitos (había pocos bichos de éstos); los peloteros más comunes, marrones y de cabeza en forma de tortita; la cuarta clase eran los escarabajos

egipcios típicos: sabemos que son los de ellos por los dibujos que dejaron y por los que hacían con piedra y metal. En esas noches de verano yo iba a la esquina con una botella de litro y la llenaba con las cuatro clases de cascarudos, le ponía un corcho, la dejaba en casa y volvía a la esquina a jugar a las escondidas o a cualquier otra cosa con mis compañeritos. Al otro día, al levantarme, lo primero que hacía era quemar vivos a los cascarudos que habían sobrevivido a esa noche de tortura, donde unos se pegaban zarpazos a otros y se ahogaban sin poder salir de la botella. Ése era mi homenaje al Anti-ser asqueroso. Estoy muy avergonzado de mis actos. Si lo cuento no es porque esté orgulloso sino porque es la verdad.

Pero no fue la única inmundicia que hice. De algún lado aprendí el odio a los gatos. No es una casualidad si tenemos en cuenta que Bastheth, la Diosa egipcia, es la protectora de los felinos. Estaba yo en lo de un vecino, en el patio de esa casa. Por sobre el tapial saltó un gatito blanco y negro y llegó hasta mis pies. Era muy manso, confiado y se puso a beber agua de un charquito. Antes de que los vecinos pudieran hacer algo para impedirlo, tomé un ladrillo y le aplasté la cabeza. Recuerdo como si fuera ahora la agonía del animal. ¿Cómo es posible que el Universo siga funcionando después de una muerte tan inútil y estúpida? Un acto absolutamente criminal y gratuito. La madre del vecinito que yo estaba visitando me dijo horrorizada: «¡Julio, qué hiciste! ¡Era el gatito de Jorge!». Jorge vivía tapial de por medio. No sentía haber cometido acto reprensible alguno, como tampoco en el caso de los cascarudos, porque gatos y coleópteros son enemigos de Dios (de ese Dios que me enseñaron a adorar), pero sí tenía miedo de que Jorge se enterase de que había matado a su gatito. Así que tomé el cadáver, que daba sus últimas boqueadas, y lo tiré al excusado de mi vecino.

Por todos mis crímenes aborrecibles anteriores, por todas las abominaciones que cometí, sí que es raro que yo haya hecho cada tanto otras cosas. Tirar, por ejemplo, un poco de panceta al fuego y un chorrito de vino, cuando muchos años más tarde realicé labores en el campo. Estaba en Mendoza, trabajando como cosechador en la aceituna, y leía la *Odisea* y la *Ilíada*, de Homero. En estos libros, como se recordará, los héroes cada tanto realizan hecatombes donde queman cuartos de buey y otras cosas en honor de los Dioses. Entonces yo, cuando volvía de trabajar y prendía un fuego (infinitamente cagado de frío), mientras me preparaba un guiso al lado de mi choza de cosechador, leía la *Odisea* (por ejemplo) a la luz de las llamas y cada tanto tiraba un trozo de panceta o un chorrito de vino en honor de los Dioses. Cosa rara en un adorador del Anti-ser. Creo, hoy, que se dio una lucha teológica dentro de mí entre los Dioses buenos y el Dios malo (que es para mí una especie de Dama Gris como la de la novela de Hermann

Sudermann). Porque si no, si yo no fui campo de batalla teológica, ¿cuál es el sentido, vamos a ver, de tanta reiteración en los símbolos: el falso Dios, Enemigo de Toda Carne, que se toma la molestia de hacer que la liebre aparezca; su exigencia diabólica de que, como pago, lo sirva matando gatos y cascarudos (enviados de sus Rivales), y por último mi extraña persistencia en honrar a los Otros, los Olvidados y Malditos? ¿No sería que mi alma, con esos homenajes tontos (vino, panceta) estaba pidiendo ayuda a los Dioses que son buenos y aman a la criatura humana? Bien puede ser. Lo cierto es que una buena de esas noches, yo que creía pero no creía, que no creía pero sí creía, hice una invocación extraña. No sé qué se me dio. Me puse de rodillas en mi cuarto de aprendiz e hice la siguiente oración: «Oh Bastheth, Diosa Protectora de los Gatos. Yo no conozco mucho de esto. Te pido, por favor, que si existes te manifiestes. He sido un manijeado y un esclavo del Anti-ser, pero ya no quiero serlo más. Soy también un mediocre, lo sé y es horrible mi condición. Intercede por mí, oh Divina Diosa, ante los otros Dioses, para que yo llegue a ser un hombre de talento y una buena persona. Ayúdame para que yo nunca vuelva a hacer daño a otro ser viviente. Las irrepetibles vidas que quité ya no tienen remedio, pero puedo ser una buena persona, atenta a la vida, a partir de ahora. Ayúdame, Bastheth, Diosa amada». Olvidé agregar que esta oración no sólo la pronuncié de rodillas sino ante una vela encendida. Luego de la invocación apagué la vela y me mantuve varios minutos en silencio con fe y desesperación, por contradictorio que sea. De pronto, con el rabillo del ojo, observé un movimiento. Me volví y era un gato: atigrado, muy hermoso aunque más bien de albañal. Y entonces escuché una voz en el cielo de mi techo que decía: «Aquí te envío a uno de mis hijos amados, para que te proteja y te guíe a través de los duros años que vendrán para ti. Se llama Chanchúbelo. Procura honrarlo».

«Ya sabrás por qué estoy aquí», dijo Chanchúbelo luego de un silencio; al gato se lo veía pero no se lo veía; con los años se iría materializando cada vez más. «Tu pedido ha sido escuchado: en lapso prudente escribirás una obra maestra. Pero nada es gratis en este mundo y menos en el otro. Esto tiene un precio». Chanchúbelo hizo una pausa espantosa de varios segundos. «Nadie podrá leerla ni saber que existe».

Yo, por ese tiempo y a pesar de todo, aún era un pibe pícaro: uno de esos piolas que creen que pueden burlar un precio o quedarse con un vuelto. Acepté.

A los dones del Cielo uno debe ayudarlos, caso contrario el destino puede ser cambiado para mal. Yo nada sabía de la vida y del arte, de modo que me vi obligado a cambiar de actitud. Largué todo lo que estaba haciendo. Me expuse a que me ocurrieran cosas terribles y, en efecto, me ocurrieron.

Necesitaba ir a Vietnam, como quien dice. Entre una ración «ce» de combate y otra (más bien vituallas de campo de concentración) se fueron rompiendo los bloqueos. El problema es que la pobreza establece nuevos bloqueos, de modo que un día comprendí que también debía reaccionar contra eso.

Cuando llegué a Buenos Aires descubrí otra manera de sentirme argentino. Caí en Plaza Once y tomé un subte. Por primera vez tuve idea de qué podía significar la palabra «grandeza». Yo, en mi ingenuidad, creía que los trenes subterráneos andaban automáticamente y que paraban, arrancaban, abrían y cerraban sus puertas desde un comando remotísimo dependiente de una gigantesca computadora. Cuando vi que a los subtes los manejaban tipos mi desilusión fue grandísima, pero de todas maneras la palabra «grandeza» nunca se esfumó del todo.

Al mes y por onda llegué al legendario bar Moderno, de la calle Maipú. Recuerdo que vivía muy lejos, no tenía plata para el ómnibus y entonces iba a pie desde mi casa hasta el Moderno. El recorrido más lógico era ir primero quince cuadras hasta Chacabuco y luego remontar la calle hasta Maipú al 800. Por eso siempre (aún hoy) me refiero a ellas como «la Chacabuco-Maipú», como si fueran una sola calle y no una continuación de otra.

En el Moderno me hice de algunos amigos. Cierta día visité a uno en su departamento. Sonó el teléfono. «Esperate, González», me dijo el otro y atendió. No salía de mi asombro: un teléfono para él solo. No es que no supiera que existen teléfonos particulares, pero una cosa es saberlo y otra verlo. Yo era como un soviético. Sólo un alto dirigente del Partido o del Komsomol puede tener un teléfono propio. Los ciudadanos nos manejamos con públicos. En fin: todavía podría ser un artista muy reconocido (una estrella del ballet, por ejemplo), oficiales de mucha graduación, gente así, pero nadie más. ¡Qué lujo! Y mi amigo no parecía darle la menor importancia. Hablaba por su teléfono como cualquiera de nosotros puede comerse una porción de fideos con tuco. Me dije que algún día yo iba a tener un teléfono así. «Yo sé que va a llegar la hora dichosa en que pueda quemar la cartilla de racionamiento, el pasaporte interior y mi medalla de Héroe del Trabajo para poder pasar inadvertido (y menos sufriente) en una guita media», me decía. «Hay una Unión Soviética distribuida discontinuamente por dentro de todos los países del mundo, incluyendo Estados Unidos». Ahora que la Unión Soviética física y clásica desapareció, la otra, la de la pobreza de solemnidad, se va a reforzar. Creyeron haberla eliminado y sólo consiguieron pasarla a dentro de sí mismos. Siempre la tuvieron incorporada, pero ahora van a tenerla más que nunca.

Los documentos de la pobreza parecen de amianto. No se queman de un día para el otro. Lo mismo cabe decir de la obtención de la obra maestra.

Chanchúbelo, en una conversación, me dijo que la iba a tener en cinco años. En realidad así fue, sólo que el Cielo tiene cifras simbólicas que deben ser interpretadas. Los crecimientos completos llevan más tiempo.

De cualquier manera un día tuve sobre mi mesa la obra. Era un libro de tapas duras y negras, sin inscripciones exteriores, de unas setecientas páginas. El único ejemplar. Lo abrí y ni yo podía creer que hubiese escrito eso. Qué se había hecho de los bloqueos. Dónde estaban mis imitaciones de Hermann Hesse. Qué diría Esnaola, si es que pudiera tener alguna importancia, ahora, semejante frivolidad. La obra maestra era ética, estética, mística y práctica.

Llamé a un amigo muy genial a mi casa, porque no me animaba a sacar el libro. «Mirá: yo sé que no vas a poder leer este libro de golpe, porque es muy largo, pero me conformo con que leas aquí las primeras páginas. Vas a entender todo enseguida. Si te gusta le saco una fotocopia». «¿Qué es esto?». «Una novela». «¿De quién?». «Mía». Le pasé el libro. Las manos no me temblaban, cosa curiosa. Excitado pero tranquilo. Mi amigo lo tomó con todo respeto. Abrió despacio, para mirar la primera página. Estuvo no más de un segundo con ella y, con naturalidad, pasó a la próxima hoja. Leve gesto de contrariedad y pasó a la siguiente. Y a la otra, y a la otra. Fastidiado lo abrió en cualquier sitio. Repitió el gesto entre las últimas hojas. «¿Y qué es esto?», preguntó cerrándolo. Lo conservó, no obstante, sobre sus rodillas. «¿Cómo qué es? ¿Por qué qué es? Es mi novela». Optó por decirme con paciencia: «Escuchame, González: esto ya se hizo. Y varias veces». Yo sabía que eso no podía ser verdad, así que insistí: «¿Pero de qué me hablás? Es mi obra maestra. Me costó mucha sangre conseguirla como para que vos la examines a la ligera». Me estaba enojando y desesperando. Sólo el desconcierto me impedía estar aún más furioso. «Pero, González, ¿todavía te enojás conmigo? Un libro encuadernadito, con tapas duras y todo pero con las hojas en blanco ya se hizo».

Comprendí que mi amigo no me mentía: él *veía* las hojas en blanco. Sólo yo podía leerlo. Días después hice la experiencia con otras personas, con idéntico resultado. Se empezaba a cumplir lo que me había dicho Chanchúbelo. Pero no me rendí. Ya que los otros no podían leerlo iba a leerse yo.

Reuní a los cinco amigos de más talento que conocía (entre los cuales se contaba el del desagradable incidente anterior) y empecé a leerles. De entrada se desconcertaron, pero eso duró poco al quedar enganchados por la música de las palabras. Incluso vi que uno sonreía; no era un gesto irónico: más bien lo hizo para sí mismo y su secreto. Quién sabe qué estaría pensando. Leí durante unos veinte minutos. Decidí parar porque comprendí que la profunda atención del principio ya no se mantenía.

Parecían impacientes o aburridos.

«¿Qué les va pareciendo?». «Muy bueno pero muy largo», dijo uno. «Cierta vez alguien quiso que escuchase la *Divina Comedia*, completa, recitada en toscano antiguo. Aguanté la mitad de un *compact*, después al tipo lo saqué cagando», comentó otro. Y prosiguió riendo con falsas carcajadas: «No pongas a prueba *vos* nuestra paciencia».

Pero a mí el asunto no me hacía la menor gracia. Viéndome furioso, un tercero comentó (seguramente creyendo agradarme): «Rescato la musicalidad de las palabras». Todos parecieron aliviados: «Sí, la música. La música de las palabras». ¿Música? Música. Se me ocurrió algo horrible y pregunté: «Escuchen: ¿para ustedes tenía *sentido* lo que les leía?». «¿Sentido? No, ningún sentido. Sonó como un idioma organizado, muy antiguo. Algo así como babilónico, sumerio o hitita. Pero las palabras no, naturalmente. No se entendían. ¿Es un idioma verdadero, eso que hablabas? Sonó como verdadero».

Me di cuenta de que yo hablaba castellano, pero ellos oían otra cosa. Hice entonces, esa misma noche, un intento final: ya no les leería la obra maestra, puesto que eso era tiempo perdido. Me limitaría a resumir su ontología, su propósito trascendente.

Fue un nuevo fracaso. Me dijeron: «Ahora sí se nota que es castellano lo tuyo, pero tampoco se comprende. Yo, por ejemplo, puedo distinguir cada palabra por separado, pero no sé qué acepción estás privilegiando en un determinado momento. Entender la *Cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, de Arturo Schopenhauer, sería muchísimo más fácil».

Renuncié muy desmoralizado.

Hubo una época en la cual estuve varias veces a punto de decirles a los demás: «Ustedes me roban con su incomprensión». Pero no hubiese manifestado verdad al decirlo, así como tampoco fue justo pensarlo. A mí no me roban. En todo caso a los Dioses. No pueden robarme porque no soy el dueño. Porque a lo que es mío, estrictamente mío, a eso, precisamente, siempre lo comprendieron. Es como la historia de Almotásim, de Borges. Me refiero al cuento «El acercamiento a Almotásim». Nos dice Borges: «Un hombre, el estudiante incrédulo y fugitivo que conocemos, cae entre gente de la clase más vil y se acomoda a ellos, en una especie de certamen de infamias. De golpe —con el milagroso espanto de Robinson ante la huella de un pie humano en la arena— percibe alguna mitigación de infamia: una ternura, una exaltación, un silencio, en uno de los hombres aborrecibles. “Fue como si hubiera terciado en el diálogo un interlocutor más complejo”. Sabe que el hombre vil que está conversando con él es incapaz de ese momentáneo decoro; de ahí postula que éste ha reflejado a un amigo, o amigo de un amigo. Repensando el problema, llega a una convicción misteriosa: *En algún punto de la tierra hay un hombre de*

quien procede esa claridad; en algún punto de la tierra está el hombre que es igual a esa claridad. El estudiante resuelve dedicar su vida a encontrarlo».

Ahora bien, según mi convicción personal, Almotásim no sólo existe sino que ha existido varias veces, no muchas pero algunas, y siempre con la desaparición como resultado final. Alguien tan grande sería insufrible para los necios. No vendría a confirmar las teologías sino a negarlas y a establecer una nueva. Tal vez nos dijese que el monoteísmo es una equivocación y que tenemos que volver al politeísmo. Eso sería insostenible. Quizá su concepción política pusiera todo patas arriba. Si la equivocación de todos ha sido demasiado grande, ¿se soportaría que alguien expresase un pensamiento ontológico tan por completo opuesto? Yo creo que no. Imagino que un hombre así debería moverse con prudencia, para que no lo maten. Supongo que viviría pobremente, en el rincón de sus posibilidades; la emanación de su enseñanza no se daría mediante escritos, que nadie le publicaría (por suerte para él), sino oralmente, a los pocos que pudieran oír (sin descomponerse) una parte del horror.

Es una suposición. No digo que así sea, pero supongamos.

Entonces una manera de interpretar el mencionado cuento de Borges (independientemente de las intenciones de su autor) es: Almotásim es el Maestro demasiado grande como para que muchos lleguen a sospechar su existencia. Ésta sólo se intuye a través de los sobrevivientes (de los «aproximados») que formó. El acercamiento a Almotásim es la aproximación a los «esfumados» de la literatura.

Volverse centro, pero centro de verdad, lleva inevitablemente a la lógica del poder y ésta a la lógica de la evaporación. Éste es el verdadero *underground*: ése del que no se habla.

Es una pena que Borges no haya escrito la novela de Almotásim y se haya limitado (en un cuento) a comentar la novela que nunca existió. Hoy día, más que nunca, como en las antiguas iniciaciones, no hay suceso más importante que el ocurrido entre Maestro y discípulo. Ningún motivo más grande que justifique una novela, una obra.

Entonces y volviendo a lo mío: *a mí sí me comprenden*. Es al Maestro, que está detrás, al que no pueden comprender.

Él se conformó con la sabiduría que le brindó escribirla. Quiso, de todas maneras, transmitir ese conocimiento. Pero nadie podía verlo. No por falta de capacidad, sino por falta de iniciación. La parte superior de la montaña era invisible para los otros. Procuró entonces revelar la parte media e inferior de la montaña. En esto sí tuvo éxito. Felizmente, pues lo contrario habría sido el fin de todo. La plegaria, la adoración y el agradecimiento de los hombres es la vida de los Dioses. La base es la esperanza de la altura.

Chanchúbelo, ya completamente materializado, vive en mi casa. Aclaro que en este momento es un gato hecho y derecho (lo cual no impide que, además, sea otras cosas). Todas las mañanas, al levantarme, le canturreo, en pali, el siguiente himno:

Tan sólo Chanchúbelo es Chanchúbelo.

Chanchúbelo es hermoso.

Chanchúbelo es feroz.

Chanchúbelo es malísimo.

Chanchúbelo es enorme.

Chanchúbelo rota sin fin alrededor de un centro sin fallas.

¿Puedes tú hacerte como Chanchúbelo?

Si tú no te haces como Chanchúbelo jamás beberás de la fuente de la sabiduría.

Vosotros me habéis preguntado muchas veces:

¿Qué o quién es Chanchúbelo?

Pues bien, voy a responderos:

Chanchúbelo es Tao.

Vosotros también me habéis preguntado:

¿Por qué Chanchúbelo es Tao?

Pues bien, voy a responderos:

Chanchúbelo es Tao porque Chanchúbelo es el Gato Vivo.

Los Maestros enseñan pero sólo Chanchúbelo tiene magisterio.

Chanchúbelo es nieve negra.

Gracias, Bastheth, Divina Diosa Protectora de los Gatos; gracias, bienaventurados Dioses egipcios; bendecidos mil veces sean los Dioses germanos, babilónicos, sumerios, romanos, griegos, americanos. Gracias, Chanchúbelo, mi amigo, mi Maestro y mi guía •



A Juan Rulfo, en silencio

ARNALDO CALVEYRA

EMPEZARÉ por donde hubiera deseado terminar: *Pedro Páramo* es un poema que a lo largo de sus páginas y por obra, entre otras cosas, de ese permanente jadeo, encierra, como de un espejo al otro, los elementos de una pieza de teatro Noh. Nada menos parecido, sin embargo, en la fría demencia, en la convención y acaso en los alcances (como no sean los aparecidos que nos atormentan, nos acosan, no cesan de venir a nuestro encuentro, de mezclarse con nosotros). Pero lo cierto es que cuando lei *Pedro Páramo*, acaso para salvarme de la belleza terrible, pronto me encontré ante una representación de Noh japonés.

Con fantasmas convivimos a lo largo de la lectura como de la representación, del aire que respiran respiramos, personas muertas se nos acercan para interpellarnos, para declaramos su desconcierto, su desasosiego de estar muertos, imitan ante nosotros los gestos de la vida.

En una representación de Noh, un techo es parte del decorado, ese techo no parece de mucho peso, desde ese lugar perfectamente delimitado los personajes vestidos de manera estilizada monologan, dialogan, al unísono con el silencio cantan, organizan coros. Desde ese lugar nos dicen, tanto en el sigilo como en el denuedo o el exabrupto, que lo que estamos viendo acaso no sea. Que lo más probable es que lo que estamos viendo no sea.

En *Pedro Páramo*, el descampado sin tregua (¿a qué techo, a qué santo encomendarnos?), y cuando la ventana de una casa parece aproximarse, se trata, como en un espejismo, de ventanas aparentemente ciegas, pero los esqueletos de Posada en muchedumbre, con sus órbitas desmesuradas, asomados a ellas vigilan nuestros movimientos de muertos en ciernes, adiós una vez más a las ilusiones de echarnos en un rincón a descansar —la ilusión de que pronto, en algún lugar, haya rincones—, la ilusión de entrecerrar los ojos, de poder acaso llevarnos algo a la boca...

Si bien es cierto que a *Pedro Páramo* se lo puede leer como a una pieza de Noh (la misma falta de oxígeno, el mismo enrarecimiento del aire que respiramos), en este caso se trata de un Noh al estado de intemperie.

Todo esto para decir las diferencias entre ambos lugares del drama cuando en ambos casos se trata del mismo drama: a su lectura (quien mira lee), un elemento del aire que respirábamos se ha volatilizado.

¿Los aparecidos consumirían más oxígeno que nosotros?

Como si desde el comienzo alguien nos hubiera mandado un directo en cada oído. Y así avanzamos como personas a las que el aire faltara. Y como si nuestros oídos hubieran también cesado de respirar, el aturdimiento nos gana.

Volver a respirar, eso pedimos, eso queremos, eso les pedimos a esas pocas páginas en que parece haberse concentrado la historia de un grupo de hombres, a menos que alguien (¿pero quién?) llegue y nos salve.

¿El obstinado silencio de algunas fotos que Juan Rulfo sacó en vida podrá obrar ese milagro: convertirnos en fantasmas de presencias tangibles que éramos, en fantasmas de nosotros mismos para, a nuestra vez, ganar el descampado de los hombres lobos?

En ese Noh llamado *Pedro Páramo*, como en una fotografía sobreexpuesta, asistimos a la historia del hombre pasado de madre a causa del demasiado silencio que hacen los muertos de alrededor, hombre nacido para vivir rodeado de muertos que le dictan las conductas más peregrinas. Como en una anátesis inmóvil, el hombre asciende la falda de una montaña que lo deja sin aliento. Tan cierto ese silencio —cierto como en el caso del fantasma que cierra una puerta con la sola fuerza de su deseo—, que leyéndolo quisiéramos reconstruir los picachos de blancura engeguecedora de su Noh.

En una representación de Noh esperamos que algo suceda (instantes involuables en que, contra toda esperanza, nos ponemos a esperar). En ese sentido, seríamos tributarios de una intriga.

En *Pedro Páramo*, como en *Edipo en Colono*, ya nada puede suceder porque todo y cada cosa han sucedido. Desde el comienzo lo sabemos. Lo que de veras sucede en nuestra lectura. Nuestra lectura y el cuchicheo.

¿Pero y el cuchicheo? ¿Quién podrá salvarnos del cuchicheo?

Hombre que cree avanzar y va cubierto de muertos; y la propia Comala, la espartadiza, la evasiva Comala, evasiva como un recuerdo, fruto de un espejismo colectivo (es, en cualquier caso, en un sueño), si alguna vez estuvo en pie, la construyeron sobre cementerio: muertos sin enterrar de una batalla, encontronazo, sorpresa, crimen de muchos, españoles alzados contra el rey y cuyas corazas sirvieron de sudario. Sabe que en la lejanía lo esperan esas ventanas de las que, más que todo, quisiera huir, acaso una ilusión de agua...

«Es como si los oídos cesaran de respirar. Aire es lo que falta para poder avanzar. Aquí nos ahogamos. Ya ni siquiera estamos en alguna parte, ni siquiera figuramos en los libros del juez de paz...».

«Es imposible que nos oigan, que alguien nos oiga. Sólo el pie parece arrastrar al otro pie y, al cabo, todo el cuerpo, como a un perro. Sólo que la cola ha desaparecido».

«Estamos desgastados. Pasan unos pájaros rumbo a alguna parte pero nosotros estamos sin alas, remontar el vuelo nos resulta imposible...».

Tendríamos que remontarnos a ciertos capítulos del Libro de Job para encontrar tamaño desamparo —el cuchicheo interminable de la carne exhausta de los que no acaban de morir».

«¿Y qué hacer de la memoria? ¿La memoria a cada paso como el goteo de una canilla? Un velo descolorido, un trapo en el mejor de los casos, desgarrado en lugares, ya sin consistencia de tan gastado, ¡oh, qué fácilmente podemos ver a través!...».

Qué fácil nos resulta en *Pedro Páramo* mirar a través de ese trapo roto, encogido a cada vez como una piel de zapa, reseco, se parece a la piedra del camino, a lugares donde alguna vez hubo árboles.

¿La esencia de la memoria en el teatro Noh?: la irrupción, el estallido del tambor que consigue al fin abrirse paso por entre los intersticios de silencio. Un tambor rompe el hilo delicado del que nuestra suerte (y la de los personajes) parecía depender.

En *Pedro Páramo*, ese trapo agujerado.

Poema de donde toda vida y toda traza de vida parece haberse retirado, a no ser la vida espontánea de las palabras. Vida de las palabras, de cada palabra, tal fuerza, la maestría, tal la felicidad, la libertad de la forma, parecen brotar espontáneamente —con evidente alegría, en todo caso— de una tierra estéril.

Y esa voz de narrador (la voz arcaica del Noh, por momentos impostada, enmascarada en la voz de uno o de varios aparecidos) nos va dando las noticias de ese viaje inmóvil.

La geometría de ese Noh nos apabulla. Habla de ruptura, de fractura irremediable. Habla de nosotros, los vivos de esta historia.

«¿Dijo usted que aquí había árboles? ¿Qué árboles? Ni siquiera de este tamaño. Aquí no se está cerca y, menos que menos, bajo ninguna sombra de árbol. Aquí, que yo sepa, no se habla de árboles...».

Sí, ¿qué hacer con cada línea de *Pedro Páramo*?, ¿esa falta de oxígeno se debe acaso a la muchedumbre de muertos que respiran de nuestro aliento? En todo caso, cuando ese efecto se produce, el lector debe hacerse de una nueva acomodación molecular para proseguir su viaje de lector.

Entre ese grito mudo que irá a perderse en las alturas sin oxígeno y el apunamiento final por el Noh oriental, la bóveda se completa. La rueda especular del cielo nos habrá reflejado uno a uno, a nadie menos que a cada uno en su momento, la rueda habrá cumplido su rutina de vuelta entera ●

Festival Internacional de Biarritz,
Cinémas et Cultures de l'Amérique Latine, 1996.

Luisa Valenzuela

ESCRITURA EN MOVIMIENTO

I

¿Quién desde la cama me habilita, me deja ser quien soy, desde la nada?

Soy un pez iridiscente que nada en esa nada.

La cama como lago profundo; como nada, la cama.

Por fin despierto en el lago que es la cama, con escamas despierto.

Soy un pez,

ya lo dije,

y despierto de ansias;

de ausencias no despierto, me tienen sin cuidado las ausencias.

Yo río con aquel que me habilita —me habita— desde el fondo del lago que es la cama,

la nada.

Y nado por el río y río, y no me hundo por profundo

que sea.

II

No tengo por qué decirle nada a nadie, pero el decir es mi forma de ser, me constituye, me construye y quizá aquel que me habilita, más que habilitarme o habitarme, me dicta estas cosas que escribo porque otra acción sería no ser, sería no estar en parte alguna. Sólo estar en la palabra: la laguna. Un mar hecho de verbo, verbigracia.

III

La exploración de la propia forma como forma de ser en este mundo,
y perderse en dicha exploración y no tener salida, sólo dicha.
La falta de salida como encuentro, lo oscuro de la noche y otra mayor oscuridad,
aterradora.
No sabemos qué es la noche hasta no haberle visto la peor de sus caras,
esa cara de mina de carbón como cortina que una vez transpuesta
no nos permitirá volver sobre los propios pasos.
Cortina de carbón más oscura que lo más oscuro y negro, más oscura que el grafito,
que la pizarra, el bleque; superficie para nada escribible, esa cortina, separación de
mundos y la
disolución total del otro lado.
Decirle no a la disolución, lo único que del otro lado nos aguarda.
No poder escribir más. Y falta todo.

IV

No haber sabido qué es la verdadera noche hasta ese momento.
No saber qué es el tiempo hasta no estar perdida en el no-tiempo, el destiempo.
No haber jamás experimentado el verdadero cansancio, el demolidor cansancio, el
imposible, hasta no haber perdido el último miligramo de energía.
No saber qué son los nervios, el ataque de nervios como una guerra interna, un
bombardeo,
y el temblor tan palpable y la desesperación, la angustia.
No saber nada de eso, en verdad, creyendo haberlo experimentado todo:
La noche, el cansancio, los nervios, el amor.
El amor, ¡oh el amor!
Está en todas partes, no olvidarlo, y se olvida tan fácil.
Y el olvido. El olvido olvidado, aquello que creímos borrar para siempre y está en
alguna parte replegado y dispuesto a saltar, como al acecho.
De hecho es así la cosa y no puede escribirse pero entonces:
¿Para qué seguir en esta vida?

CUERPO

No despertar al perro que duerme significa no despertar en absoluto, así de simple,
no
permitirse el lujo de acceder a ese conocimiento que se dice prohibido ¿y quién lo
dice?
Prohibido.
Como si el conocimiento acatara la ley, tuviera ley.
Como si los perros dormidos no descendieran del lobo y aullaran en las noches de
luna o sin luna para despertar a las incautas, valientes, las más empedernidas almas.

Alma es aquello que llevamos adherido al cuerpo.
Nuestro cuerpo: el alma lo constituye y habilita.
Lo entendí a las patadas pero supe entenderlo.
Por eso mismo la pregunta:
¿Y el cuerpo, qué? ¿Dónde ponerlo? Porque lo que es acá nos incomoda.
Pobre cuerpo doliente sin memoria del dolor, desconocido. Intocable
(y fue tan tocado en días, casi dos meses de desmemoria y desamparo)
para después:
¡No se acerquen!, como un grito.
Ni mencionarme el cuerpo se podía, nunca usar esa palabra descorporizada,
la palabra *cuerpo*.
Y los nervios vibrando en armónico con la palabra cuerpo.
Chirriantes ellos, los nervios, como si alguien hubiese rascado la pizarra con las
uñas. Ese mismísimo alguien que supo proferir la muy profana palabra, la palabra
cuerpo.

Me perdí de mi propio cuerpo y la energía dispersa,
despatarrada por el aire de mi entorno y yo tan fuera de esa que fui yo,
mi cuerpo.

RECUPERACIÓN DEL TACTO
(canciones para un pasajero)
[fragmentos]

Si la morada del ser es el lenguaje y yo digo que se escribe con el cuerpo,
al irme del lenguaje me fui de mi cuerpo o quizá fue a la inversa y nunca podré
saberlo.

Ahora te estoy muy agradecida y algún día me animaré a decírtelo.

Me devolviste a mi cuerpo, a mi casa, al placer del tacto sobre el cuerpo.

La aceptación de la caricia.

El canto.

Yo tengo para vos un hechizo, un cuchillo, una punta afilada
que no corta la estación del tiempo se queda acá nomás del lado del latido.

Entre ambos tenemos dos dedos que se tocan, unas pocas palabras, el roce tan suave,
esquivo y a la vez penetrante.

Aun así no penetra, se detiene en el tiempo y deja suspendido el roce, los dos dedos, las
palmas de las manos: un único palpitar que el tacto nos contagia.

Vos sos para mí un traslado del no querer al querer ir queriendo.

Así no más.

El filo del cuchillo,

mis dedos en tu cuello,

la ausencia del cuchillo, tu presencia.

Peligros son peligros:

tu llegada y partida y aquello que queda suspendido entre dos aguas.

Son aguas. Es el río, el mar que nunca estuvo y sin embargo cierta vez lo trajiste a mi
vera,

a mi regazo. Y yo acogí ese mar como quien una ofrenda.

El murmullo del mar, convocado, invocado, ronroneado por vos hasta ponérmelo allí a
trescientos metros en picada a mis pies en el vasto desierto.

Era una terraza sobre el farallón en medio del Sahel aquella noche.

Y hoy

vuelve el mar que no fue, fue tu murmullo y hoy

tu sonido de mar y mi miedo de amar. El mismo que se me fue olvidando a causa de
lentitud, de desconcierto, de infranqueables murallas ya franqueadas.

Habrán de erguirse otras murallas aquí a nuestra vera si faltara ese arrullo,
paloma de la voz, vuelo gaviota.

Y las olas en alto.

El futuro es aquí es ahora y es donde siempre estuvo para darme una mano.

Soy mi propio futuro el pasado me aturde soy lo que soy porque estoy dispersa en
todas partes o en ninguna.

Ya se ha dicho mil veces ¿para qué repetirlo?

Para ir a su encuentro me engalané con vestidos de seda cuando él esperaba lo rugoso
lo áspero, esperaba un encuentro de esos a mano armada que nos obligan a ser quienes
ni sospechar se puede que seamos y sin embargo somos.

Estas cosas las comprendo ahora cuando ya es tarde,
cuando él ya se ha ido.

Las leyes del desparpajo retumban en lo que no quiero ser y sin embargo soy y hasta
me gusta.

Otro me saca a bailar yo le digo que no con todo el cuerpo y eso que mi cerebro
propone lo contrario.

En el baile quisiera sacudirme aun cuando me niegue al abrazo de quienes no me
tocan

es decir no me corresponden.

La correspondencia es algo que está más allá de mi ser, de lo tangible de mí, mi
carnadura.

Está aquí en tu música, el recuerdo, el latido ¿de quién? ¿Quién inició el latido con
alma de guitarra,
resonancias armónicas?

Sos indeleble como el lápiz de labios que probé esta tarde. Me dejó una tonta marca
rosada y cálida, sí, pero tonta igual por fuera de lugar,
por desplazada.

Una mancha en mi mano, no en mi boca, una marca que no sale con agua ni jabón ni
otras sustancias.

Mañana podré ir a la tienda a comprar el tal lápiz.

Eso sí elegiré un color más acorde con mi piel.

En cambio tu color y hasta tu piel: perfectos.

Sólo que mañana no te encuentro.

Me refugio en la candidez de los milagros. Le canto a los objetos inanimados y a los mundos inferiores.

¿Inferiores a qué? ¿A quién? ¿Y cómo? pregunto desde abajo.

Estas magras canciones parecerían ser inocentes, virginales. Virginal podría ser el instrumento que usarías para ponerles música porque lo que es nosotros...

Virginal —como un clavecín pequeño de tenues sonoridades duraderas, ondas concéntricas que perduran en el aire vibrando mucho después de haber pulsado la cuerda.

Como gong tibetano, como sonos que atraviesan el cuerpo y circulan por la sangre.

Manos entrelazadas, palpitaciones iguales

a la respiración de una al otro,

onda que perdura mucho más allá del desenlace de las manos.

Armónicos del virginal, de la guitarra,

inaudibles inexpresables olas que mientras estamos juntos nos recorren para avivar el fuego de aquello que habremos de soñar al separarnos.

La bala se dispara y queda suspendida en el tiempo, equivalente casi a si quedara detenida en el aire, en el espacio. Pero en el espacio no, detenida en el espacio (siendo la gravedad tan implacable) caería a tierra.

El tiempo en cambio carece de toda gravedad, de consistencia, y entonces aquel intenso instante que vivimos permanecerá por siempre detenido aquí donde mejor nos cabe:

en el tiempo de ser que es sólo nuestro.

No quiero romper el hechizo aunque el hechizo esté hecho de pompas de jabón de lo no dicho, del silencio entre miles de palabras.

We are each other's impossible love, bien lo sabés y me dirás

There's never ever anything so soothing.

Juguetes

ARTURO CARRERA

*Quién hubiera pensado, antaño,
que un día nos avergonzaríamos de las palabras,*

*que por nombrar las cosas que son
podríamos sentirnos culpables,*

*que por decir, incluso
«niñito»,
uno podría sentirse culpable.*

YVES BONNEFOY

I

**¿Cuál,
de todos estos lápices elegirías para la alegría,
para el triunfo de unas vocecitas sobre otras que no
conocés y que no hacen más que llamarte y
llevarte hacia esa casa de sombra
colmada de juguetes?**

**Sin embargo, bastaría un instante para que
la inteligencia de los besos impidiera hablarnos
—¡pero no hablamos
todavía!**

una emoción violenta, mínima
pero fugaz, hace que otra memoria súbita
se vuelva duradera.

Yo escuchaba tu voz,
pero no alcanzaba las palabras que decías;
lo que querían decir —no que no te atendiera
sino en otro balbuceo— adentro de otra burbuja
que se henchía de otro límite,
de otra memoria, de otro instante,

¿cuál? ¿de eso estamos
hechos?

Había otro ritmo que ínfimo auguraba
una repetición que nos desconocía. Y allí
estuve, en esa vía. Diciendo sin decir,
hablando sin hablar

¿iba?

Con ese balbuceo yo creo, insisto,
ser real. Yo creo adelantarme a tu ternura y
no sé nada de tu amor que se adelanta al mío.

Entre esas casi palabras si no sílabas
todos los abecedarios fracasan y fracasarían
cabeceando en nosotros cuando te decimos
cualquier frase que alude al sueño
de este mundo todavía.

¿Cuántas nociones elegimos para confundirte,
para atraerte,
para embaucarte? Sin saber que somos nosotros
los embaucados.

¿Quién conocía los mapas insolubles de Plotino,
las manos regordetas con pocitos en el mármol, la voz
de una niña de la cantoría?; pero no queríamos
nombrarte, niños fajados en los tondos de los Inocentes
nos llamaban...

Gritaste,
¿como
una cantante!
Porque de no decir, cantabas,
imitabas ¿a qué? ¿a quién? ¿a cuánto?

Y otra vez, con la partícula de un grito de un mandato sereno
iniciás tu paseo con pasitos que van...
hacia ninguna parte,
hacia el olvido del ¿qué busco?
¿qué hago? ¿a quién llamo? ¿a quién respondo?
¿qué?

¿Cuánto «falta» para que un juguete «no hable»?
Un presente
reclama otro tiempo para que tu presencia no sea más
que «esplendor».

II

Te llamé «abejita» porque llevabas de un lugar a otro
el polen de unas flores invisibles, el silencio
de unas sombras brillantes que te miraban.
Y hasta un pájaro, el del libro de los Upanishads,
se asomaba para verte, para sentir tu paso muy
dentro del fruto que él jamás probaría.
Nombro cada uno de tus juguetes. Los bautizo

sin miedo. Me llevan a despertarte,
a conocerte, a sonreír de alegría ante la imitación
del movimiento. ¿Quién vuelve de ahí?

Después de todo será recuerdo
todo el rumor que queda cuando te vas,
polvillo de luces sin nombre y rachas
de una oscuridad veloz entre
órbitas tan mínimas como fugitivas.

Pero ¿puedo acercarme?

...caja de zapatos de niña
adonde guardás un sapo de terciopelo.
Y ese muñeco que se sienta y
bebe de un vaso parecido a un chopp.

¿Cuánta cerveza tiene esa luz?

¿Y estas dos latas de polvo de hornear unidas con
un hilo sisal que era nuestro teléfono? ¿Y esa vaca que al
gírarle la cola daba leche? ¿Y esas ranas de lata a cuerda
que saltan junto a las gallinas que picotean un círculo
de madera verde con granos amarillos?

¿Y los pibecitos Jugal que se besan incansablemente?
¿Y el burro azul que se hamaca en silencio,
despacito...
...tu preferido?

Sin nombrarte ¿podré decir cuál otro? ¿Para que
alguno de nosotros quepa en esa dimensión? ¿O para que
seamos expulsados todos menos yo, como cuando
tu sonrisita me incluye?

III

Un artesano soy y sin embargo,
no sé evocar la precisión en que han de encajarse
cada una de tus pequeñas piezas. ¿Y no es
como dice el sabio, que si no hubiese juguetes
nos criaríamos repitiendo encuentros
con gente de verdad?

...y eran tus deditos
lo que veíamos. Una pulserita de plástico
con tu nombre y la hora
de tu nacimiento —como si la dicha
nos agendara.

Cuánta sorpresa o cuánto deber
porque no quisimos ser
abuelos de la nada —saltamos
en el desconcierto, cantando, agitando un
trapo, una tela de ceniza,

y el silencioso sonajero
de la vida que colma.

Unos días en la playa

ANA MARÍA SHUA

LAS COLUMNAS de alabastro, los pisos de mosaicos con motivos mitológicos, las colgaduras teñidas de púrpura, el trono de caoba con incrustaciones de marfil en el que se sienta Diocleciano... Su voz tonante, de militar acostumbrado a hacerse escuchar en el fragor de batalla, anunciando la decisión de perseguir a esa peligrosa secta judía que intenta socavar las bases del imperio: los malditos, hipócritas cristianos.

El recuerdo era falso, por supuesto, y Mónica lo sabía. Las imágenes venían de las películas, eran Hollywood puro, con las correcciones que su mente de profesora de historia hacía automáticamente. Menos colores, la gente de pueblo vestida de blanco sucio, el ajuste tan necesario en los maillajes y peinados que los americanos siempre adaptaban a la época en que había sido filmada la película.

El recuerdo era falso pero vívido. Mezclando la historia con la literatura, Mónica recordaba haber presenciado, desde los barcos, a lo lejos, la despedida de Dido y Eneas. ¡La pobrecita Dido siempre le había dado tanta pena! Recordaba el primer encuentro de Pericles con Aspasia y le parecía haber asistido a las clases que Sócrates daba en el ágora, veía sus sandalias gastadas, escuchaba su voz calma, de comadrona, haciendo que las mentes de sus discípulos parieran por sí mismas la ideas.

Por supuesto, aún a sus ochenta y cinco años, Mónica estaba lo bastante lúcida como para saber que éstos no eran recuerdos verdaderos. Le hacían gracia los trucos de su mente para superar sus falencias idiomáticas. «Quoniam vita brevis est, nolit tempus perdere», podía decir el muy ateniense Pericles, en perfecto latín, y Mónica se reía sola. Sin embargo, por falsos que fueran, esos recuerdos cubrían los espacios que otros iban dejando libres. A Mónica se le mezclaba y confundía el pasado, la memoria lejana y la memoria reciente. Sobre todo, maldita sea, no se acordaba de que ya había tomado los remedios y los volvía a tomar. Un día, la señora que venía

a limpiar tres veces por semana la encontró tan confusa y perturbada que tuvo que llamar a su sobrina Moniquita.

A Moniquita le decían Quita y le daba ternura que su tía, cuyo nombre llevaba, siguiera llamándola con el diminutivo completo. Cuando era chica, la tía la mimaba, le hacía lindos regalos y le había pagado la primaria y secundaria en el Saint Margaret School, demasiado caro para sus padres. Era muy probable que el estado de su tía Mónica fuera pasajero, dijo el médico, producto de haber tomado doble o quizás triple dosis de los ansiolíticos que le recetaba para ayudarla a dormir. Recomendó, sin embargo, una internación temporaria en el sector de Psiquiatría de un conocido hospital privado, que les cubría la obra social de Moniquita.

Por el momento, la sobrina se la llevó a su casa y en un par de días de férreo control sobre los remedios Mónica estaba muchísimo mejor. Lo bastante como para ponerse de acuerdo con su sobrina sobre la internación. Para ella, el único problema serio, tan serio que la alteraba hasta quitarle el sueño (Quita no se animaba ahora a subirle la dosis de ansiolítico), era cómo decíselo a sus vecinas. Las mujeres de esa generación, pensó Quita, con un suspiro interior, no se contaban nada realmente íntimo, lo esencial de la amistad era mostrarse unas a otras lo bien que estaban y lo linda que tenían su casa.

Mónica vivía en un edificio de Almagro, era muy amiga de Elisa, del segundo B, de María Elena, la del séptimo, y pensaba que Quita no entendía nada. Una se encontraba con las amigas para pasarla bien, y no para quejarse de sus miserias. Elisa tenía sólo ochenta y dos años y a María Elena no le gustaba hablar de la edad. Mónica le tenía admiración a María Elena porque podía tomar mucho whisky y no le daba sueño. Elisa nunca hablaba de sus nietos por no contar plata delante de los pobres: sabía que el hijo de Mónica había muerto jovencito y María Elena era soltera. Las tres estaban muy orgullosas de tener su computadora, que mucha gente de su edad consideraba todavía un artilugio del diablo. La usaban, sobre todo, para intercambiar *emails* que a su vez recibían de otras personas con fotos de niños, atardeceres rojizos, mensajes de amor y paz, chistes, paisajes, consejos para evitar robos domiciliarios o cáncer de mama, y breves videos didácticos dedicados a difundir métodos prácticos y sencillos para ser feliz en la vida.

Mónica hablaba con sus amigas de los falsos recuerdos, pero para no preocuparlas les decía que eran sueños. Trataba de mencionar solamente a los personajes más conocidos porque quería que la entendieran, y no hacerlas sentir ignorantes. No se le ocurría hablar, por ejemplo, de Quinto Cecilio Metelo Pío, ni se metía en honduras mitológicas describiendo los horrores de Escila y Caribdis, que recordaba con tanta nitidez como si ella misma hubiera atravesado el estrecho de Mesina en la nave de los Argonautas.

Su sobrina Quita le dio una gran idea. A Elisa y a María Elena tenía que decirles la verdad: que se iba con ella de vacaciones.

—En el fondo, es bastante cierto, tía —dijo Quita—. Un par de semanas tranquila, descansando... volvés renovada. Y yo te voy a visitar día por medio.

Lo que más le costó a Mónica al principio fue perder la intimidad. En el pabellón psiquiátrico tenía que compartir la habitación con una desconocida. Pero si conversaba con ella y la conocía un poco, ¿no era como estar con una amiga en un hotelito de la costa? Aunque su nueva amiga Teresita había tenido dos intentos de suicidio (se enteró en grupo de terapia), el antidepresivo que le estaban dando ahora la tenía de muy buen humor y se pasaban las horas charlando. Además de suicida, Teresita (no por el diminutivo de Teresa, sino Teresita como la santa, le contó, mostrándole la cédula) era vendedora en un negocio de electrodomésticos y sabía todo de aspiradoras, heladeras y batidoras.

—Somos pocas las que podemos trabajar en esto —decía con orgullo—. La mayor parte de las mujeres no sabrían contestar preguntas técnicas.

Teresita podía comparar marcas, explicar la diferencia entre los aparatos importados y los nacionales y dar buenas recomendaciones. Sin embargo, lo que más las divertía era, por supuesto, hablar de los otros pacientes.

El Pabellón era un pasillo muy ancho, iluminado día y noche con luz artificial, que terminaba en un pequeño comedor. Las comidas preferidas de Mónica eran el desayuno y la merienda, le gustaban mucho las galletitas sin sal. Anotó la marca en su libretita mágica, donde escribía todo lo que no quería olvidarse y que cada vez era más. Anotó también: «Comprar libretita de cien hojas».

Teresita y ella caminaban por el pasillo del bracete.

—En mis épocas —decía Mónica— nadie iba a pensar mal de dos señoras porque caminaran del bracete.

—Es que ahora «eso» no se considera pensar mal —le decía Teresita, que era mucho más joven.

—Da lo mismo —decía Mónica—. Vos me entendés.

Dos chicas adolescentes, internadas por adicción, se abrazaban con desesperación en el pasillo. Se habían conocido allí y habían formado pareja. Mónica las miraba un poco espantada, tratando de acostumbrarse a los cambios de este mundo. En la playa, acaso, ¿no vería éste y otros espectáculos igualmente extraños y en cierto modo aterradores? La extrema desnudez que se estilaba la perturbaba incluso en la tele. En su época... pero cuando trataba de recordar en imágenes las modas de su época, Mónica sacudía la cabeza un poco molesta, porque lo que venía a su mente eran los pliegues de las túnicas de matrona romana.

Las chicas abrazaban también, pero de otro modo, al Gordo Tonto, un pobre idiota con una panza enorme, que se paseaba de un lado al otro del pasillo durante todo el día sin parar y todo lo que quería en este mundo era cariño. Impresionante ver a los tres apretados en un abrazo solidario, el Gordo Tonto con una cara de felicidad que daba miedo.

Una noche trajeron en camilla a una mujer dormida a la habitación de Mónica y Teresita. Los enfermeros la acostaron en la tercera cama, que hasta entonces había estado cómodamente vacía, y le ataron las manos con anchas cintas de cuero. Conectada a una bolsa de suero, durmió durante tres días. Cada tanto le inyectaban algo, probablemente un somnífero.

—Otra adicta. La están desintoxicando —explicó Teresita, que no estaba en su primera internación.

Preguntarle algo a los médicos o a las psicólogas era inútil. Sonreían amablemente pero no contestaban. La nueva resultó bastante hosca, caminaba lentamente de un lado al otro echando miradas indignadas a los demás internados, como si les reprochara su pasividad.

—Como un cocodrilo enjaulado —dijo Teresita.

A Mónica, la expresión le pareció muy pertinente.

Entre ellas la llamaban La Amarga y, para abreviar, Lamarga. Todo lo encontraba mal y se la pasaba insultando a las psicólogas, que no le contestaban.

En el Pabellón nadie se quedaba por mucho tiempo. Se trataba de internaciones breves, para problemas que no eran demasiado graves, o que sí eran, pero que una internación más larga no podía solucionar de todos modos, como los intentos de suicidio. El único que estaba allí hacía mucho tiempo era el Gordo Tonto. Se rumoreaba que no tenía documentos, que alguien lo había abandonado en el Pabellón unos meses atrás y se había ido sin dejar ningún dato. El rumor no tenía sentido porque en un hospital privado no dejaban internado a nadie que no tuviera al día sus cuotas y, sin embargo, gente perfectamente lúcida y razonable lo repetía como si fuera cosa probada.

A Mónica le gustaban casi todas las actividades. La sesión de grupo, porque siempre se enteraba de algo interesante y le hacía pensar en una charla en el patio de carpas, tomando mate con facturas. La clase de yoga también era muy buena, con linda música clásica, comparable a esas clases de gimnasia que ofrecen a veces los balnearios y sin el bochinche a todo volumen de la música moderna. La clase de recreación podría haber sido más interesante si hubieran tenido una buena profesora, pero la señora que la dirigía no tenía muchas ideas para proponer y tampoco materiales para trabajar. A Mónica le hubiera gustado modelar arcilla, en otra época había hecho un curso de cerámica con torno que disfrutó mucho. Propuso dar unas clases

de Historia Antigua y a la profesora le gustó la idea, pero los demás internados no tenían ganas, preferían seguir borroneando papeles con carbonilla a la cualquier cosa, aunque la profesora hablara de «las obras». Lo único que Mónica realmente extrañaba, además de sus vecinas, era una buena peluquería. Pero ¿hubiera ido ella a una peluquería en un pueblito de la costa, a dejar que cualquier chiquita sin experiencia le metiera las manos en el pelo?

Hombres no faltaban, que aunque a una ya no le interesen, siempre son un tema para conversar con las amigas. En la habitación de enfrente, justo cruzando el pasillo, estaba alojado un muchacho de unos cuarenta años (un chico, pensaba Mónica) que no funcionaba bien. Cuando venía la mamá, le daba el yogur en la boca y lo acompañaba a bañarse, y cuando la mamá se iba, el chico se quedaba llorando durante horas. En cambio con el papá se portaba mucho mejor, se notaba que le tenía un poco de miedo. También había un señor de rulos canosos, cortés y reservado, que venía por Depresión con Intento. De golpe dejaba de lado sus modales elegantes y gritaba con voz ronca, pidiendo cigarrillos. La Depresión con Intento parecía ser el problema más común, por suerte no había ningún caso grave y casi con todo el mundo se podía conversar. Nadie andaba en pijama, sino con ropa fresca y cómoda, como quien está de vacaciones.

Una tarde a Mónica y a Teresita les llamó la atención la forma en que caminaba una de las adolescentes, que tropezaba y se chocaba contra los marcos de las puertas. Al día siguiente, en la sesión de terapia, la chica confesó que su hermana le había pasado droga metida en bolsitas de nailon adentro de una torta de mandarina.

Los médicos decidieron que las chicas tenían que estar separadas y vigiladas, lo que era muy complicado en un espacio tan pequeño. Cambiaron de habitación a la menor, que tenía solamente trece años. Vino el papá para internarse con ella. La seguía todo el día por el pasillo y dormía en la cama de al lado. Daba un poco de pena ese señor con barba blanca dale que dale de aquí para allá con la chica que ni lo miraba. La mayor, que tenía diecisiete, se consiguió una botella de plástico de Coca-Cola y cuando se ponía de mal humor (o sea, casi siempre) golpeaba la botella contra las paredes haciendo un ruido muy molesto. Una de las psicólogas le hablaba y le hablaba para convencerla de que dejara la botella. Como no había locos muy locos, en el Pabellón nunca se usaba fuerza física, a menos que alguien quisiera dañarse a sí mismo o atacara a otra persona. Tampoco se revisaba a la visitas. Algunas de las enfermeras y enfermeros eran muy simpáticos con los pacientes, otros eran indiferentes.

Mónica no entendía bien por qué la gente se preocupaba tanto por el suicidio ajeno. Ella se acordaba perfectamente de haber comentado en las

calles de Roma el suicidio de Lucrecia, violada por el hijo del rey Tarquinio. ¡Eso sí que había sido un escándalo! Pero lo que a la gente de Roma le parecía mal era la violación, el suicidio estaba bien. En cambio Teresita lo veía de otro modo.

—Podés hacerle muchísimo daño a la gente que te quiere. Lo que pasa es que a veces vivir no se aguanta —decía.

Mónica se acordaba de la época en que murió su hijo (ningún recuerdo de la Antigüedad había conseguido reemplazar a ése) y la entendía. Sin embargo ella siguió viva y valió la pena porque después le pasaron muchas cosas buenas y malas y ahora estaba contenta de estar todavía del lado de arriba de la tierra.

Un día le tocó irse a Teresita y se despidieron con un abrazo muy fuerte.

—Me salvaste —dijo Teresita—. Nunca hubiera aguantado estar aquí si no fuera por vos. Sentía que me ahogaba.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Intercambiaron teléfonos y direcciones y quedaron en encontrarse afuera.

—Te voy a preparar mis famosas galletitas de manteca con semillitas de amapola —le prometió Mónica—. ¡Te va a dar más ganas de vivir que las pastillas!

—Me salvaste —repitió Teresita. Y se fue con su marido, que la quería mucho y la había ido a buscar para llevarla a su casa.

Quita siempre venía a verla día por medio de cinco a siete de la tarde, la hora de las visitas. Pero un día vino a la mañana porque tenían reunión con el médico. El doctor parecía saber muchísimo sobre Mónica, que se preguntaba de dónde había sacado tanta información, considerando que casi nunca hablaba con ella. Seguramente las psicólogas le contaban. También le habían tomado muchos test.

Mónica se había preguntado muchas veces qué estaba haciendo ella allí, qué tenía en común con los otros internados, y recién en esa reunión se dio cuenta de que su confusión con los remedios, la cantidad de pastillas que había tomado por error, se podía entender como Depresión con Intento.

—¿Por qué se quiere matar, Mónica? —preguntó el médico, que era un muchacho muy jovencito.

Mónica pensó que no era momento de mencionarle la historia de Lucrecia y el prestigio que el suicidio tenía en la Antigüedad. En cambio le dio la receta de las galletitas de manteca con semillitas de amapola, le habló sobre la muerte de su hijo, hacía tantos tantos años, y de lo lindo que era encontrarse a tomar whisky con sus amigas, aunque a ella le diera sueño enseguida. Mónica no se sentía ni mejor ni peor que antes de entrar, pero el médico y Quita la felicitaron por su «excelente evolución». Primero iba a empezar a salir unas cuantas horas por día y el lunes volvería a su casa.

—La novedad, tía, es que arreglé con la señora de la limpieza para que venga todo el día.

Mónica se sobresaltó un poco. ¿Cómo le iban a pagar tantas horas? Pero su sobrina había hecho un arreglo por mes que no era tan terrible y le ofrecía pagarle la diferencia. Mónica tenía un poco de miedo de que la señora de la limpieza se creyera la dueña de casa y la empezara a mandonear, pero no se lo quiso decir a Quita, que parecía tan contenta. En la primera salida fueron a la peluquería.

El día en que volvió a su casa se sentía de fiesta y a la noche siguiente organizó un cafecito para después de la cena con Elisa y María Elena.

—¿Qué tal las vacaciones? —preguntó María Elena

—El paisaje no valía nada —dijo Mónica—. Pero conocí mucha gente interesante y, sobre todo, descansé.

—No tomaste nada de sol —comentó Elisa.

—¡Claro que no! Una locura, a nuestra edad. Hasta para andar por la calle me ponía pantalla total.

—¿La pasaste bien? —preguntó María Elena.

Mónica reflexionó un momento, tratando de que las escenas de la Antigüedad grecorromana interfirieran lo menos posible con las imágenes de Teresita y ella del bracet, caminando de un lado al otro por el pasillo verde del pabellón psiquiátrico.

—Es lindo cambiar de aire —les dijo, con mucha sinceridad—. ¡Pero también es muy lindo volver a casa! Una vez, ya les voy a contar, ayudé a salvar a un ahogado ●

Corrientes tiene payé

HEBE UHART

ANTES DE DEDICARME casi de lleno a hacer crónicas de viaje, hice algunas pocas que se perdieron. Dos o tres se publicaron; la que ahora voy a tratar de recordar, en una revista; la revista no salió más y entonces a mí me pareció que debía perder también la nota, como si nunca hubiera existido, la tiré en una mudanza. Por ese tiempo me gustaba mucho el chamamé y cuando escuchaba tocar «Kilómetro once» me paraba como si tocaran el himno nacional. Había comprado un disco de un paisano correntino, no recuerdo su nombre; en una canción explicaba a su hijo cómo hay que proceder en la vida, decía cosas como «Respetale bien a la autoridad

Pero no sea cosa que te vayan a arrear».

Y seguía una serie de consejos que, para mí, encerraba todo lo que es necesario para manejarse en este mundo. Un periodista amigo me dijo:

—Sí, hacé la nota, pero no te podemos pagar.

En realidad yo hubiera pagado de haber tenido tres veces más de lo que pagué por ir a Corrientes en ese micro cacharriento, pero debía reservar el dinero para el hotel y quería quedarme muchos días. Fui en verano porque no pude esperar hasta el invierno. «¡Esperá el invierno!», me decían, y «¿Qué te pasa con el chamamé, tenés algún pariente correntino?». No me importaba lo más mínimo el verano, yo quería ir. En el micro había un paisano, todo vestido de tal, con el sombrero puesto. Interpreté a esa figura como un signo del éxito de mi expedición y me senté a su lado. Empezamos a hablar y le pregunté:

—¿Y cómo es allá?

—Y allá —me dijo— no le van a tomar un fernet, un gancia —era ceceoso—. Allá mal y pronto una caña. Allá hay una crotera ahora, mijá...

Registré la palabra que después usé y abusé de ella, porque vino la crotera a Buenos Aires. Después hablamos de Don Montiel y de Tránsito Cocomarola y no me paré en señal de homenaje porque el paisano era muy medido. Cuando llegó la noche me fui a dormir a los asientos de atrás que estaban vacíos y a la

mañana me volví a sentar junto al paisano, como recuperando mi lugar. Pero se ve que se había ofendido porque yo había abandonado el sitio a su lado y me trataba con frialdad. Ahora pienso que un poco de razón tenía al ofenderse porque yo recorría ese cacharro como Pedro por su casa y tal vez él pensara que una persona debe guardar el lugar que el destino le asigna.

Cuando llegué a mi pieza del hotel (oscura y triste pero no me importaba eso), la mucama que hacía la cama me dijo:

—¿No se enteró del accidente de micro de ayer? Se murieron doce chicas de la comparsa Ará Berá. Yo soy de Copacabana, pero como una chica de Ará Berá era vecina, fui al velatorio igual —Copacabana era la eterna rival de Ará Berá.

Pensé que era un argumento singular y que me esperaban cosas insólitas.

No recuerdo haber llevado conexiones de Buenos Aires, pero alguna debí tener porque la primera persona con la que hablé era un psicoanalista de Buenos Aires radicado allá. Lo vi un mediodía y tomamos un whisky mientras me contaba cosas de sus pacientes. «La clase alta se analiza en Buenos Aires para que no haya filtraciones de información, acá se analiza la clase media, estudiantes, abogaditos». Y añadió: «Y sea lo que fuere mi paciente y venga por la causa que viniere, no puedo empezar la sesión sin preguntar si no le han hecho un payé».

—¿Cómo? —dije.

—Sí, el paciente está ovillado en un rincón del diván y no empieza a contar lo que le pasa hasta que yo le pregunte: «¿Te han hecho un payé?». Siempre dicen que sí, y entonces después empezamos tranquilamente con Edipo, Electra y todo lo usual.

Me despedí del psicoanalista y al salir a la calle (era mediodía) me acordé de lo que me habían dicho del verano y de todos mis antepasados por las dos líneas, el whisky se combinó con el sol para hacerme un payé y creí que me desintegraba en plena calle. Por suerte no sucedió y encontré sombra en mi triste hotel, y a la tarde, ya repuesta, me puse a recorrer la ciudad espiando en todos los patios de las casas; tienen limoneros, azahares, flores de colores, y me dio la sensación de que la zona íntima de la casa no estaba en las habitaciones, estaba en el patio. Mirando y mirando casas me perdí, hice lo que siempre hago: le pregunto a alguien para que me guíe. Vi a una señora con cara de entendida y le pregunté:

—Señora, ¿dónde queda el centro?

Me dijo, altiva:

—El centro es para allá —con // reforzada—. Ahora, si quiere más centro...

Daba a entender que si quería más centro me volviera al lugar de donde venía. Yo no había leído en ese tiempo los motivos de la pica entre correntinos

y porteños; esta pica venía desde antes de la guerra del Paraguay. Cuando ésta se declaró, los correntinos no querían ir a la guerra y decían: «Porteño y víbora de la cruz la misma cosa». Yo adjudiqué la respuesta de la señora a un carácter regional exótico.

Después entrevisté a un arquitecto que era organizador general de las comparsas de carnaval y me dijo: «¿En qué viniste? Ah, en micro. Sos una periodista pobre. Acá se organiza el carnaval con un año de anticipación y yo recibo recursos de la dirección de cultura. El director de cultura es mi cuñado; el año pasado fui, lo encaré y le dije: “Dame plata para el carnaval”. Él me dijo que no tenía y yo dele porfiar hasta que lo cansé. Él es petiso, pero se paró como si fuera alto y me dijo, muy solemne: “Ahora te estoy hablando como director de cultura”».

El cuñado director de cultura se tenía que ir a Buenos Aires para operarse de la cadera; entonces el arquitecto le dijo:

—Como no me des plata para el carnaval te voy a hacer un payé y no vas a caminar más.

«Y me dio el dinero. ¿Cómo organizo si no yo? Trajes, carrozas, luces».

Como me asombré de tanta pasión carnavalesca, me dijo: «Algunos, cuando pierde su comparsa favorita, le tiran un botellazo al televisor, o un chorro de sí-fón, y a los jurados, que son varios y los traen de Buenos Aires, los de baile del Colón, hay otro de la plástica para la parte visual y unos cuantos más, los ponen en hoteles distintos para que el voto no se contamine. Una vez al público no le gustó el voto del jurado y los corrieron a naranjazos hasta el aeropuerto».

Sí recuerdo que el arquitecto me dio la dirección de una señora que era la madre de la reina del carnaval anterior. Era una casa de clase media media, amueblada como tal, pero con la particularidad de que, en vez de haberla pintado un poco mejor, habían gastado dinero en construir una habitación para exhibir el vestido de la reina: una habitación para un vestido. La señora era consciente de su papel de madre de reina; le comenté la muerte de las chicas de Ará Berá: «Sí, nosotros somos de Copacabana». Y se condolió con un pesar prudente.

Todo eso recuerdo y siempre quise volver a Corrientes, pero como sólo podía hacerlo en verano, con los años mi prudencia se acentuó y no fui más •

Un barco anclado en el puerto de Buenos Aires

MEMPO GIARDINELLI

para Alicia Rolón

SOMOS UN GRUPO bastante grande, por lo menos un par de centenares de personas, y estamos en lo que parece ser un largo comedor, o un salón de actos, o acaso una de las bodegas de un barco anclado en el puerto de Buenos Aires. Hay unas pesadas, rústicas mesas fraileras atornilladas a los pisos de acero, con largos listones de madera a los costados que hacen de bancos. Sobre ellos se sienta la gente mientras come, charla y vigila a los muchos chicos que juegan alrededor. No conozco a ninguna de esas personas, pero, puesto que todo transcurre apaciblemente, como si fuera domingo y estuviésemos en un parque al aire libre, pienso que todo está bien. Hasta que de pronto me pregunto qué hago yo ahí.

Es entonces cuando advierto que hay unos tipos muy serios en las únicas puertas del salón, el cual de repente descubro que no tiene ventanas y semeja una enorme caja de acero llena de gente. Me dirijo hacia la salida como un tranquilo parroquiano que se retira del bar al que concurre todas las mañanas, y saludo a uno de esos hombres amablemente. Pero cuando estoy por salir como para caminar por la cubierta y acaso fumar recostado en la barandilla y mirando la ciudad, el tipo me dice —también amablemente pero con firmeza— que por favor permanezca adentro, que no puedo salir. Pregunto por qué, pero no obtengo respuesta y su mirada se endurece. Entonces le digo, desafiante, que quiero irme de allí y que voy a irme le guste o no, pero él me responde secamente que no puedo y que no insista. Mientras lo dice, se acercan varios hombres más y advierto que todos están armados.

Disimulo mi contrariedad y regreso al interior del salón. Camino por el pasillo mientras me recompongo y al cabo me detengo ante una de las mesas del fondo. Hay allí unos tipos charlando, riendo: fuman y juegan al truco. Me siento en la punta de uno de los bancos, como para integrarme al grupo, y les

digo que estamos presos. Algunos me miran y yo les informo: Este barco es una cárcel. ¿Alguno sabe, acaso, qué hacemos aquí? Todos se manifiestan asombrados y se miran entre sí como despertando súbitamente de un sueño colectivo, como figuras de cera que de pronto se animaran. Veloz, ansiosamente decidimos que tenemos que salir de allí. Planeamos una fuga masiva.

Me dirijo nuevamente hacia la puerta donde está el guardia que me detuvo, y al andar me cruzo con una enana que me guiña un ojo. Es una mujer muy pequeña, regordeta como suelen ser los enanos, y también una mujer preciosa, casi una muñeca rubia enfundada en un vestido de época, de esos que usaban las mujeres norteamericanas en los tiempos de Abraham Lincoln. Me detengo cuando ella se interpone en mi camino y la observo durante unos segundos, sintiéndome paralizado. Me pregunto a qué bando pertenece. Y mientras dudo, advierto que toda la gente, detrás y alrededor de mí, parece estar lista para una rebelión. Varios hombres se han acercado a las puertas y alguno de ellos ya está discutiendo con los guardias porque también ha querido salir pero se lo impidieron. Se oye un grito, hay forcejeos cerca de la puerta y se escuchan pasos en el piso superior como de tropas que llegan para reforzar a nuestros carceleros. Aprovecho la confusión generalizada y empujo a uno de los guardias, cruzo la puerta, corro unos metros por la cubierta y me lanzo al agua.

Hace mucho frío allá abajo y lo único que sé es que son aguas sucias, de puerto, que debo aguantar la respiración bajo la superficie hasta que estén por estallarme los pulmones y que debo nadar sin detenerme.

Cuando emerjo, desesperado por esa bocanada de aire que me entra como un trozo macizo de algo, como un bocado demasiado grande e imposible de tragar, advierto enseguida que el barco es un caos de gritos, disparos y ayes; parece una caja de metal llena de locos, un manicomio flotante que se incendia. Y veo también que del otro lado de los altos muelles, como una niña que se asomara sobre una barda para mirar el vecindario, se alza la silueta inconfundible y bella, querida y siempre misteriosa de Buenos Aires.

Nado con tanto asco como urgencia por alejarme, y, cuando finalmente salgo de las asquerosas aguas y me trepo a un muelle y me refugio entre los brazos oxidados de un viejo guinche en desuso, me pregunto qué es lo que ha sucedido. Y no tengo respuesta.

Pero sé que estoy en peligro y que debo secarme y buscar un sitio seguro donde encuentre algo fuerte y caliente para beber y acaso una explicación. Del puerto a mi casa hay mucha distancia, unos quince kilómetros de caminata, pero no veo más opción que andarlos. Soy un buen caminador cotidiano, así que me lanzo, al resguardo de las sombras, procurando circular por los sitios más oscuros. La zona del Bajo es buena para ello y recorro a paso firme

e intenso toda la Avenida del Libertador, y Figueroa Alcorta, y Monroe. La ciudad tiene la apariencia de la normalidad más absoluta: pasan los coches y los micros de siempre; los trenes cruzan los mismos puentes, el Aeroparque recibe y despacha aviones, y en plazas y veredas casi no hay nadie porque hace muchísimo frío. No se ven más policías que los habituales, y cada vez que aparece un patrullero con su andar pachorriento pero siempre temible, yo me detengo y me escondo entre los árboles.

Por fin llego a mi viejo y pequeño departamento de solitario en la Estación Coghlan. Como no tengo las llaves, despierto a Edith, la encargada, y le pido los duplicados que ella tiene. Me recibe sorprendida, y aunque la preocupación se le marca en el rostro, con la inigualable amabilidad de los chilenos del sur me dice que quizá no sea conveniente que yo me quede esa noche en casa: algo muy grave está pasando, aunque no sabe precisar qué. Le digo que sólo voy a cambiarme las ropas.

Subo al séptimo piso y, sin encender las luces, bebo un largo vaso de ginebra que me produce una sensación maravillosa: algo me vuelve a llenar el alma y es como si el alma encontrara nuevamente un sitio en mi cuerpo, que se había vaciado. Enseguida me doy un prolongado duchazo de agua muy caliente. Hago todo veloz y eficientemente, y mientras me visto preparo una muda de ropa alternativa que guardo en un bolso deportivo de ésos de propaganda de cigarrillos norteamericanos, típicos de tienda libre de impuestos.

Cargo conmigo también mis documentos, el pasaporte, todo el dinero que encuentro y una foto de mis hijos, y reviso rápidamente mi agenda telefónica. No voy a llevarla para no comprometer a nadie si cayese en manos de mis perseguidores, pero grabo mentalmente algunos números que en ese momento pienso que me pueden ser útiles. Salgo del departamento y lo cierro con doble llave. Desciendo por la escalera para que ni siquiera se escuche el ruido del ascensor y, en la planta baja, le devuelvo las llaves a Edith y le digo que por supuesto no nos hemos visto. «Por supuesto», responde ella, «y que Dios lo acompañe». Salgo a la noche y al frío.

Ahora casi no hay nadie en la ciudad, lo cual me parece aún más extraño. Esta Buenos Aires me recuerda a la de los tiempos de dictaduras y estado de sitio, cuando el toque de queda amparaba las cacerías humanas. Busco un teléfono público y marco el número de mi amigo Jorge. No contesta. Pruebo en el de Luis, en el de Laura. Nadie responde. Dejo de intentarlo.

Camino hacia el norte; debo salir de la ciudad. No me atrevo a tomar un taxi ni un colectivo, así que marchó al mismo paso atlético de una hora antes, ahora con dirección al Acceso Norte. Planeo hacer dedo en alguna estación de servicio. Los camioneros son gente solidaria y no suelen hacer preguntas si los acompañantes también son discretos.

El que finalmente acepta llevarme es un gordo de bigotes que parece un Cantinflas obeso. Siempre viaja escuchando radio, me advierte como para que no se me ocurra entablar conversación, y en cuanto me acomodo alcanzo a oír el final de un noticiero. El gordo cambia de estación y mientras escoge una en la que Rivero canta «Tinta roja» dice: «Qué barbaridad lo que está pasando». Yo murmuro algo que parece un acuerdo, un sonidito imprecisable, y durante un buen rato sólo se escucha el rugir del motor, que parece que rompe la noche como una insolencia rodante. Al rato el gordo enciende un cigarrillo y me propone hablar de fútbol. Le sigo la corriente y después de que comentamos la mediocre campaña de Boca Juniors y compartimos pronósticos para el próximo Mundial, me quedo profundamente dormido y sueño que soy un señor gordo, muy gordo, tan gordo que para sobrevivir debo hacer un régimen a base de hidratos de tristeza y féculas de amor; debo comer de postre un dietético dulce de lágrimas y mi vida toda es una batalla a muerte contra los triglicéridos y el ácido fólico.

Al día siguiente llegamos a Resistencia, cruzamos la ciudad y el puente sobre el Paraná, atravesamos Corrientes, y media hora después me deja sobre la ruta 12, en la entrada al Paso. Él sigue hacia Oberá. Nos saludamos como viejos amigos, nos prometemos un encuentro en el que ninguno de los dos cree, y yo emprendo la caminata hacia el pueblo. Son exactamente diez kilómetros, que conozco de memoria, pero me siento agotado y temo que el cansancio vaya a vencerme. Además me duelen los pies. Camino por el costado de la ruta y miro unas garzas que alzan vuelo, como desconfiadas de mi presencia, mientras pienso en Carlos, el último recurso que me queda.

Ya en el pueblo, lo busco en su casa pero no lo encuentro. La puerta de su casa está cerrada y no se ven los sillones en la galería. Puesto que todos me conocen en el Paso y quiero evitar ser visto, me dirijo a la playa, desconsolado, exhausto, y me quedo mirando, impotente, hacia la costa paraguaya que está del otro lado, a varios kilómetros de agua, dibujada como una línea verdinegra en el horizonte. Me recuesto en la arena y siento deseos de llorar. Entonces me dejo llevar por ese sentimiento de desolación, que me gana rápidamente sin que yo ofrezca resistencia, y en efecto me vence el llanto y así, lentamente, me voy quedando dormido como los niños saciados de leche.

Sueño que una lancha viene a buscarme: son mis amigos paraguayos, Guido, Víctor, Gladys, quienes desembarcan sobre la arena vestidos con jubones y petos de acero como los de los viejos conquistadores, como Garay o como Ayolas, portando lanzas de larga empuñadura y en sus cabezas aquellos mismos cascos de dos picos y empenachados. Me dicen que no haga caso de sus extravagantes indumentarias, que ya me explicarán de qué se trata pero que huyamos cuanto antes. Subimos a un yate bastante lujoso que

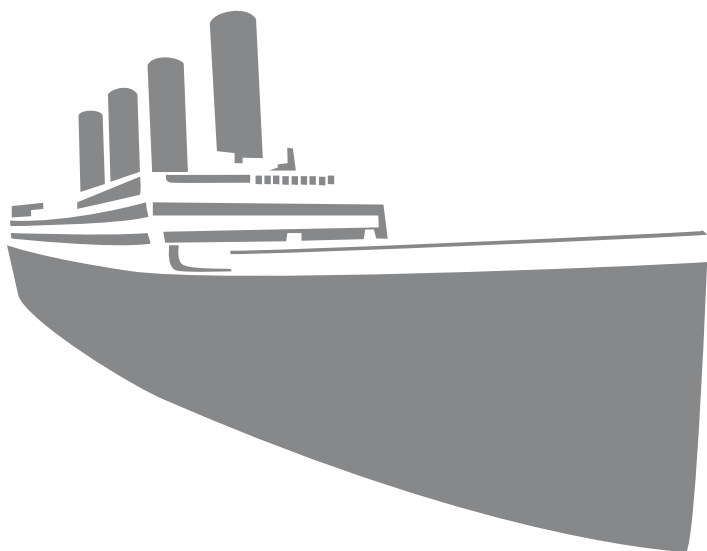
me parece haber visto alguna vez, y nos alejamos rápidamente de la costa. Cuando andamos por el medio del río, junto a un banco de arenas blanquísimas que semeja un preparado de harina y levadura para ser amasado por un gigante, vemos que pasa un guardacostas de la Prefectura Naval lleno de gente vestida de gala (hombres de *smoking*; damas de largo) brindando y festejando. Nos saludan y se ríen a carcajadas, y en ese momento despierto del sueño.

Me encuentro ante una luz enceguecedora que me da de lleno en los ojos. No puedo ver nada, no distingo lo que hay del otro lado. Pero sé que hay alguien.

—¿Dónde estoy? —pregunto, angustiado—. ¿Quién está ahí?

—Adivine —me responde una voz fría y superior.

Y en ese momento me doy cuenta de que los sueños no siempre despejan las dudas y que esa voz acaso proviene del rostro indeleble de quien no conocemos y sólo podemos imaginar. Quizás he estado soñando que soñaba todo el tiempo, como si los sueños surgiesen de una infinita matrushka rusa que vengo abriendo desde siempre, desde mucho antes de haber estado en aquel barco anclado en el puerto de Buenos Aires •



El libro

SYLVIA IPARRAGUIRRE

El hombre miró la hora: tenía por delante veinticinco minutos antes de la salida del tren. Se levantó, pagó el café con leche y fue al baño. En el cubículo, la luz mortecina le alcanzó su cara en el espejo manchado. Maquinalmente se pasó la mano de dedos abiertos por el pelo. Entró al sanitario, allí la luz era mejor. Apretó el botón y el agua corrió. Cuando se dio vuelta para salir, descubrió el libro. Estaba en el suelo, de canto contra la pared. Era un libro pequeño y grueso, de tapas duras y hojas de papel de arroz, inexplicablemente pesado. Lo examinó un momento. No tenía portada ni título, tampoco el nombre del autor o el de la editorial. Bajó la tapa del inodoro, se sentó y pasó distraído las primeras páginas de letras apretadas y de una escritura que se continuaba sin capítulos ni apartados. Miró el reloj. Faltaba para la salida del tren.

Se acomodó mejor y ojeó partes al azar. Sorprendido, reconoció coincidencias. En una página leyó nombres de lugares y de personas que le eran familiares; a continuación, encontró escritos los nombres de pila de su padre y su madre. Unas cien páginas más adelante —aunque era difícil calcularlas por el papel de arroz— leyó, sin error posible, el nombre completo de Gabriela. Cerró la tapa con fuerza; el libro le producía inquietud y cierta repugnancia. Quedó inmóvil mirando la puerta pintada toscamente de verde, cruzada por innumerables inscripciones. Fluyeron unos segundos en los que percibió el ajeteo lejano de la estación y la máquina *express* del bar. Cuando logró calmar un insensato presentimiento, volvió a abrir el libro. Recorrió las páginas sin ver las palabras. Finalmente sus ojos cayeron sobre unas líneas: *En el cubículo, la luz mortecina le alcanza su cara en el espejo manchado. Maquinalmente se pasa la mano de dedos abiertos por el pelo.* Se levantó de un salto. Con el índice

entre las páginas, fue a mirarse asombrado al espejo, como si necesitara corroborar con alguien lo que estaba pasando. Volvió a abrirlo. *Se levanta de un salto. Con el índice entre las páginas, va a mirarse asombrado...* El libro cayó dentro del lavatorio transformado en un objeto candente. Lo miró horrorizado. Consultó el reloj. Su tren partía en diez minutos. En un gesto irreprimible que consideró de locura, recogió el libro, lo metió en el bolsillo del saco y salió. Caminó rápido por el extenso *hall* hacia la plataforma. Con angustia creciente pensó que cada uno de sus gestos estaba escrito, hasta el acto elemental de caminar. Palpó el bolsillo deformado por el peso anormal del libro y rechazó, con espanto, la tentación cada vez más fuerte, más imperiosa, de leer las páginas finales. Se detuvo desconcertado; faltaban tres minutos para la partida. Miró la gigantesca cúpula como si allí pudiera encontrar una respuesta. ¿Las páginas le estaban destinadas o el libro poseía una facultad mimética y transcribía a cada persona que lo encontraba? Apresuró los pasos hacia el andén pero, por alguna razón oculta, volvió a girar y echó a correr con el peso muerto en el bolsillo. Atravesó el bar zigzagueando entre las mesas y entró en el baño. El libro era un objeto maligno; luchó contra el impulso irreprimible de abrirlo en el final y lo dejó en el piso, detrás de la puerta. Casi sin aliento cruzó el *hall*. Corrió como si lo persiguieran. Alcanzó a subir al tren cuando dejaban el oscuro andén atrás y salían al cielo abierto; cuando el conductor elegía una de las vías de la trama de vías que se abrían en diferentes direcciones •

IRENE GRUSS

LA ABUNDANCIA

Hasta que el viento apacigüe y lleve consigo el absoluto
en las ramas en el concepto en
ese insistir, una abundancia de aire que ahora
es plena, soberbia, ganada
a fuerza de heredad, de qué trabajo, qué motivo, qué signo
salvo la letra, la ley o
lo que mueve las cosas, esas ramas,
ese viento que nace o aparece
inaudito
pero ahora es como una tromba de mar atrás, atrás,
insiste en el no repetir
el leitmotiv, la cantinela eterna
hasta que apacigüe
y el hombre tire su red mansamente,
quiera dar de comer, y el fruto sea
igual a la respiración, sólo fruto arrebatado, no caído.

TORCÉS LA ANÉCDOTA

Se trata de aliviar el lado sufriente de las cosas,
mirar hacia otro lado. Él llama a esa insulsa y a vos te dice
cortala, y vos
intentás disipar la niebla escuchando a los pájaros.
Ese árbol, allá, un lado de tu cabeza te pide
hacé un objeto estético,
decís ahora no, después, más tarde, cuando la bruma pase
como la de la mañana temprano;
o cuando te vas y tus hijos preguntan, preocupados,
¿hablaste con alguien?; les mentís amablemente,
torcés la anécdota.
Leés a una chica moderna, escribe con violencia, como si
la molieran
a palos o tuviera un dolor de encías insoportable. ¿Para
qué esto?, ¿lo ves?
Descifrás, abrís esa caja donde el aire cabe
y exhalás, tranquila.
El mar no ruge, no brama ni aúlla, no tiene furia ni
es sereno o plateado o verde o azul;
es más pequeño que Dios.
Lo que importa ahora es disipar la niebla.

La mujer de otro

ABELARDO CASTILLO

SIEMPRE SUPE que un día yo iba a terminar llamando a esa puerta. Ese día fue esta noche.

La casa es más o menos como la imaginaba. Una casa de barrio, en Floresta, con un jardín al frente, si es que se le puede llamar jardín a un diminuto rectángulo enrejado en el que apenas caben una rosa china y dos o tres canteros, cubiertos ahora de maleza. No sé por qué digo *ahora*; pudieron haber estado siempre así. Hay un enano de jardín, esto sí que no me lo imaginaba. El marido de Carolina me contó que lo había comprado ella misma, un año atrás. Carolina había llegado en taxi, una noche de lluvia; dejó el automóvil esperando en la calle y entró en la casa como una tromba. Tengo un auto en la puerta y me quedé sin plata, le dijo, pagale por favor y de paso bajá el paquete con el enano.

—Usted la conoció bastante —me dijo él, y yo no pude notar ninguna doble intención en sus palabras—. Ya sabe cómo era ella.

Le contesté la verdad. Era difícil no contestarle la verdad a ese hombre triste y afable. Le contesté que no estaba seguro de haberla conocido mucho.

—Sí, eso es cierto —dijo él, pensativo—. No creo que nadie la conociera realmente. —Sonrió, sin resentimiento—. Yo, por lo menos, no la conocí nunca.

Pero esto fue mucho más tarde, al irme; ahora estábamos sentados en la cocina de la casa y no haría media hora que nos habíamos visto las caras por primera vez.

Carolina me lo había nombrado sólo en dos o tres ocasiones, como si esa casa con todo lo que había dentro, incluido él, fueran su jardín secreto, un paraíso trivial o alguna otra cosa a la que yo no debía tener acceso. Esta noche yo había llegado hasta allí como mandado por una voluntad maligna y ajena. Desde hacía meses rondaba el barrio, y esta noche, sencillamente, toqué el timbre.

Él salió a abrirme en pijama, con un abrigo echado de cualquier modo sobre los hombros. Le dije mi nombre. No se sorprendió, al contrario. Hubiera podido jurar que mi visita no era lo peor que podía pasarle.

—Perdóneme el aspecto —dijo él—. Estoy solo y no esperaba a nadie.

Tenía la apariencia exacta de eso que había dicho. Un hombre solo que no espera a nadie.

Yo había tocado el timbre sin pensar qué venía decirle, sin saber siquiera si venía a decirle algo. No tenía la menor excusa para estar en esa casa a las diez de la noche. La situación era incómoda y absurda. Si es que no era algo peor.

—Pase, pase —decidió de pronto—. Me cambio en un minuto.

—No, por favor—. Pensé decir que mejor me iba, pero me interrumpió mi propia voz—. No tiene por qué cambiarse.

Sólo me faltó agregar que podía andar vestido como quisiera, que, al fin y al cabo, el marido de Carolina había sido él y que ésta era su casa. De todos modos, yo no tenía ningún interés en que se cambiara. Tal vez haría bien en callarme lo que sigue, pero sentí que, cualquier cosa que fuera lo que yo había venido a buscar, me favorecía estar bien vestido frente a ese hombre en pantuflas y con un sobretodo encima del saco del pijama.

Eso, al llegar: ahora, las cosas habían variado sutilmente. Él estaba de verdad en su casa, en su cocina, junto a una antigua estufa de hierro, confortablemente enfundado en su pijama, y yo me sentía como un embajador de la Luna.

—¿Toma mate? —me preguntó con precaución.

Es increíble, pero le dije que sí. Tomar mate era un modo de permanecer callado, de darse tiempo.

—Carolina, con toda su suavidad y sus maneras, a la mañana, a veces también tomaba mate. Era muy cómica. Chupaba la bombilla con el costado de la boca, como si jugara a ser la protagonista de una letra de tango. No, no era eso. Tomaba mate con cara de pensar.

Me tocaba hablar a mí.

—Usted se preguntará a qué vine —dije por fin.

—No, nunca me pregunto demasiadas cosas. Y siempre supe que algún día íbamos a encontrarnos. —Volvió a sonreír, con los ojos fijos en el mate—. Pero, ya que lo dice: a qué vino.

Quise sentir agresión o desafío en su voz. No pude. La pregunta era una pregunta literal, sin nada detrás. O con demasiadas cosas, como aquello de la cara de pensar de Carolina, por ejemplo. Yo conocía y amaba esa cara. La había visto al anochecer, en alguna confitería apartada, mientras ella miraba su fantasma en el vidrio de la ventana, sorbiendo una pajita. La había visto de

tarde, en mi departamento, mientras ella mordía pensativamente un lápiz, cuando me dibujaba uno de aquellos mapitas o planos de lugares y casas en los que había vivido de chica, casas y lugares que por alguna razón parecían estar más allá de las palabras, y de los que siempre sospeché que jamás existieron, o no en las historias que ella contaba. Bueno, sí, yo también había mirado muchas veces esa cara ausente y desprotegida, más desnuda que su cuerpo, pero nunca la había mirado de mañana, mientras Carolina tomaba mate. Pensé que tal vez debería estar agradecido de eso, sin embargo no me resultó muy alentador. Me iba a pasar lo mismo más tarde, con la historia del enano.

Él acababa de preguntarme a qué había venido.

—No sé. —Hice una pausa. La palabra que necesité agregar era deliberadamente malévol—. Curiosidad —dije.

—Me doy cuenta —murmuró él.

Ignoro qué quiso decir, pero tuve la certeza de que sí, de que, en efecto, se daba cuenta.

Llegué a mi departamento después de la una de la mañana, lo que significa que estuve con él cerca de tres horas; sin embargo, no recuerdo más que fragmentos de nuestra conversación, fragmentos que en su mayor parte carecen de sentido. Hablamos de política, de una noticia que traía el diario de la noche, la noticia de un crimen. Hablamos de la inclemencia del invierno en Buenos Aires. Ahora tengo la sensación de que casi no hablamos de Carolina.

En algún momento, él me preguntó si yo quería ver unas fotos.

—Fotos —dije.

No pude dejar de sentir que esa proposición encerraba una amenaza. Imaginé un álbum de casamiento, fotografías de Carolina en bikini, fotografías de los dos riéndose o abrazados, sabe Dios qué otro tipo de imágenes.

—Fotos —repetió él—. Fotos de Carolina.

Hice uno de esos gestos vagos que pueden significar cualquier cosa.

—Es un poco tarde —dije.

—No son tantas —dijo él, poniéndose de pie—. Hace mucho que no las miro.

Hablamos de política, de una noticia que traía el diario de la noche, la noticia de un crimen.

Salió de la cocina y me dejó solo. Yo aproveché la tregua para observar a mi alrededor. Intenté imaginar a Carolina junto a esa mesada, o, en puntas de pie, tratando de alcanzar una cacerola, un hervidor de leche; tal vez era algo como eso lo que yo había venido a buscar a esa casa. En una de las paredes vi dos cuadrillos muy pequeños. Me levanté para mirarlos de cerca. No me dijeron nada. Eran algo así como mínimas naturalezas muertas. Ínfimas cocinas dentro de otra cocina. Cómo saber si ella los había colgado, cómo saber si habían significado algo el día que los eligió.

Cuando él volvió a entrar, traía un pantalón puesto de apuro sobre el pantalón del pijama, y un grueso pulóver, que me pareció tejido a mano.

Traía también una caja de cartón. Se sentó un poco lejos de mí y me alcanzó la primera fotografía: Carolina sola. Detrás, unos árboles, que podían ser una plaza o un parque. Descartó varias y me alcanzó otra. Carolina sola, arrodillada junto a un perro patas arriba. Miró tres o cuatro más, una de ellas con mucho detenimiento. Las puso debajo del resto, en el fondo de la caja, y me alcanzó otra. Carolina sola.

Entonces sentí algo absurdo. Sentí que ese hombre no quería herirme.

—Ésta es linda —dijo.

Carolina, junto a un buzón, se reía.

—Sí —contesté sin pensar—. Era difícil verla reírse así.

Él me miró con algo parecido al agradecimiento.

—Nunca había vuelto a mirarlas. Solo es distinto.

Guardó la fotografía y cerró la caja. Me puse de pie.

—Usted no estaba en ninguna de las que me mostró —le dije.

—Bueno, yo era el fotógrafo —dijo él.

Poco más o menos, es todo lo que recuerdo, o todo lo que sucedió esta noche.

Miré el reloj y le dije que tenía que irme. Él me acompañó hasta la puerta de la entrada, no hasta la verja del jardín. Fue en ese momento cuando me contó la historia del enano. Después yo estaba recorriendo el cerrojo de hierro y oí su voz a mi espalda.

—Era muy hermosa, ¿no es cierto?

Salí, cerré la verja y le contesté desde la vereda.

—Sí —le dije—. Era muy hermosa.

Me pidió que volviera algún día. Le dije que sí ●



Tu polilla

MIRTA ROSENBERG

De las que hay, elegiste la comerropa
que anda viento en popa
por roperos nuevos y viejos,
practicando agujeros
en blusas de damas, en sombreros
y variadas prendas
de caballero.

No la mariposa nocturna
atraída por la luz, grisácea y taciturna,
sino la polilla común,
reina de la buhardilla,
que sea de día o de noche, al tuntún,
a troche y moche
sacia su hambre monstruosa
engullendo cualquier cosa.

Lo que dejes a su alcance
—gabán, camisa, pantalones,
hasta viejas condecoraciones—
sufrirá el mismo percance:
como se lleva el amor
un buen bocado del alma,
su palma,
que adorna nuestro atavío,
es deseo desairado,
un apetito calado
hecho con el vacío.

El ciervo

[fragmento]

MARIO GOLOBOFF

Comimos ciervo. Sacamos los restos de la cueva con un palo, y luego la volteé, la hice crujir, llorar, gritar, hasta dormirse.

Me levanté del suelo, busqué el brebaje dulce, y bebí, oteando las estrellas.

No sentí nada, todavía.

Con el amanecer, llegaron ruidos. Truenos de lluvia y hasta de piedras blancas que caían.

Tuvimos que quedarnos, dentro, haciendo abrigo y abrazándonos.

Volví a dormirme. Vi muchos árboles, y entre ellos el ciervo entero y vivo. Corría ágilmente, como si me escapara. Quedé al acecho, hasta que desapareció.

Salí con la primera luz. No se veía del todo bien, pero algo se veía. Al rato, el claro fue creciendo.

De un árbol saqué frutos. Son los que tienen la piel áspera y una carne blanda, sabrosa, suave.

A esos carozos duros, los meteré en la honda.

Es rara la materia.

Hay cosas blandas, casi líquidas, lechosas, y otras impenetrables, pétreas. Hay cuerpos que andan rápido, fugaces, y otros que apenas si se mueven o que están siempre quietos.

Hay una luz que da calor y otra que es fría. Y hasta hay luces que dan luz y otras que sólo traen más sombra.

Pasaron muchos hombres. Tantos, como los dedos de mis manos.

Eran lampiños, ágiles, ruidosos. Chillaban y graznaban, sacudiéndose.

Venían, seguramente, en busca de comida, de animales. Vi que tiraban puntas, amenazas.

Cuando me pareció que se habían ido, salí para ver y recoger lo que dejaban.

Sobre las matas, encontré huesos, restos, una piel.

Mientras volvía, oí una especie de gemido. Busqué el origen, hasta que di con él.

Yacía uno de aquellos hombres, desangrándose. No era igual a los otros. Más bajo, más débil, algo oscuro.

Recorrí el sitio. Encontré una gran piedra y la arrastré. Con un esfuerzo inmenso, la levanté, haciéndola caer sobre su corazón. Dejó de sollozar.

Probé su sangre, todavía caliente. Y no me complació.

Tirado sobre el pasto, observé el cielo, extenso, mudo, latiendo alrededor.

Pensé que había alguien más en esa inmensidad. Pensé y temí.

Fui a buscar agua de la recién llovida. Estaba muy amarga, apenas si daban ganas de beber.

Recordé que en la cueva había brebaje. Y mucho. Corrí hacia adentro y me hundí en él.

Cortázar y la nueva narrativa: el final de un juego

ELSA DRUCAROFF

ENTRE 1976 Y 1983 transcurrió la dictadura más sangrienta de la historia argentina. Su proyecto fue definitivamente exitoso: derrotó con una contundencia nunca antes lograda la lucha del campo popular, dejó treinta mil desaparecidos, cientos de niños y bebés también desaparecidos, desmanteló la industria nacional y por ende a la clase obrera, atando los intereses de las clases dominantes al capital financiero internacional, para lo cual generó una deuda externa asfixiante que fue el yugo de las generaciones que siguieron. En diciembre de 1983 comenzó la democracia en un país que ya nunca volvería a ser el mismo. Sin embargo, esa nación aterrorizada y dañada hasta lo infinito había mantenido, aun en esos años oscuros, un interés genuino por su propia literatura. Poco antes, en 1980, la novela de Ricardo Piglia *Respiración artificial* había sido un éxito de ventas y había generado debates literario-políticos en amplios sectores cultos de la sociedad argentina. Se leían cuentos y novelas de Julio Cortázar, se discutía a Borges, se atacaba o defendía a Jorge Asís, a Silvina Bullrich, a Beatriz Guido. Si, pese a la censura y a escritores desaparecidos, prohibidos, exiliados, estas cosas habían seguido ocurriendo, cuando empezó la democracia la esperanza era enorme: ahora volverían los grandes tiempos en que nuestro país tenía la segunda industria editorial en español del mundo y su capital era la ciudad cuyos cines llegaban a poner funciones a las once de la mañana para dar abasto al público que quería ver películas como *Fanny y Alexander*, de Ingmar Bergman. Las discusiones sobre literatura argentina volverían a sonar, apasionadas, en las mesas de los bares repletos de la calle Corrientes y vender tres mil ejemplares iba a ser un piso normal para cualquier libro medianamente novedoso.

La nueva democracia decepcionó profundamente: ni logró castigar los crímenes de lesa humanidad de la dictadura, ni terminó con el modelo económico de desmantelamiento de la industria y pago riguroso de una deuda externa que era la lápida que hundía cada vez más a la clase media hacia los

subsuelos de la exclusión. En cambio, hizo algo que ni los militares habían podido: barrió de un plumazo a la literatura argentina. En la nueva democracia, la literatura nuestra dejó de interesar a los grandes sectores de clase media y acomodada que leían; leyeron a Paul Auster o a Almudena Grandes, pero América Latina y el propio país desaparecieron de la demanda. El desinterés se mantuvo casi sin fisuras hasta el estallido de 2001, y si hoy se está revirtiendo es, apenas, suavemente.

En 1984, el bar La Paz (histórico centro de reunión de bohemia e intelectuales, en la céntrica Avenida Corrientes de Buenos Aires) empezaba a poblarse temprano y todavía hervía por las noches. No lo haría por muchos años más, pero, todavía en el comienzo de la democracia, cada gesto se sostenía en la ilusión de la euforia del pasado reciente, preñada de futuro. «Volver a», «volvamos a», era lo que más se pronunciaba. Una escena se repetía: entraba al bar gente que, cuando empecé a ser *habitué*, no había visto nunca en los años de dictadura; entonces alguien del bar se paraba conmovido y daba un abrazo y decía cosas como «Creí que te habían matado». Luego, quienes habían tenido la suerte de volver y reencontrarse se sentaban en nuestras mesas; los recibíamos con alegría: eran la prueba de todo lo que regresaba. Ese todo, claro, incluía a la literatura argentina: ese territorio abierto, en producción, donde la fantasía y la reflexión se liberan de la chata obligación de la referencialidad directa, de la responsabilidad por bajar línea, donde la sociedad entera puede imaginar Argentinas alternativas, mundos distintos, temidos o deseados, discutir con audacia cualquier cosa.

Pronto escuché contar en una mesa que había vuelto al país Néstor Sánchez, un escritor experimental y vanguardista que Julio Cortázar admiraba. Sin embargo, asombrosamente, era un completo desconocido, sin editor ni periodistas interesados en hacerle notas. Y sería 1986 cuando pasó por mi mesa la colecta que organizaron para Antonio di Benedetto, el autor de *Zama*, hoy un clásico. Di Benedetto había vuelto y estaba enfermo, en la miseria. También por entonces supe del fracaso estrepitoso de la reedición de un par de novelas argentinas famosas por haber sido censuradas por gobiernos militares anteriores a causa de cruces entre erotismo y política, escandalosos para su época.

El escritor y psicoanalista Germán García lo explicó una noche en La Paz, con el primer Fernet: «Los libros fueron la insignia de una consigna: hagamos la revolución. Esa consigna fracasó del peor modo», nos dijo. «Los libros hoy están asociados a la masacre, nadie los quiere cerca». Recordé cómo habíamos leído, yo y tantos, de adolescentes, a Julio Cortázar, recordé esa certeza de que entrar en sus cuentos era iniciarnos en los secretos más revulsivos que latían en lo cotidiano: había otra realidad detrás de la realidad conocida, había otros tiempos y otros espacios, pasajes a algo donde las reglas aprendidas no servían

para nada; recordé que en esa aventura también latía una promesa de revolución que asociábamos a la política social pero también iba más allá, era casi metafísica. Recordé al bello varón alto y barbudo, con camisa negra y cigarrillo en la boca, que visitó el país precisamente en 1973, año de la euforia política socialista, y lo comparé con tristeza con la segunda y última visita de Cortázar que yo había conocido, apenas días después del comienzo de esta democracia cuyas promesas estaban defraudando a velocidad inaudita. Ni más ni menos que Julio Cortázar había llegado al país, pero si bien no se había movido en la oscuridad en la que se hundía ahora Néstor Sánchez, el presidente Alfonsín no lo había recibido y ningún gesto oficial de ningún funcionario lo había saludado. Si no fuera por lectores que lo reconocían por la calle y algunos periodistas, la visita ni siquiera se habría advertido.

Entendí que Germán García tenía razón; la literatura había cambiado de lugar, los libros ahora se asociaban con una pasión que había costado demasiado cara. «Y si mañana es como ayer otra vez, lo que fue hermoso será horrible después», cantaba otro García, el roquero Charly, en un tema que no en vano se llamaba «Cerca de la revolución» y acababa de grabarse. Es decir: nada volvía. Los tiempos en que multitud de profesionales liberales y otros especímenes de clase media poblaban las librerías urbanas, las familias obreras compraban las colecciones completas de Eudeba, el Centro Editor de América Latina o el Círculo de Lectores, en que el periodismo cultural iba a la vanguardia de los dinosaurios de la academia y «vestir» una pared en un living a la moda era ponerle una biblioteca nutrida (incluso si en esa casa nadie leía, o si los libros de arriba eran lomos de utilería), en que los jóvenes se seducían llevando un libro bajo el brazo... esos tiempos habían terminado. Nacidos de la euforia político-cultural, habían sobrevivido durante la dictadura. Paradójicamente, la naciente democracia los barría de un plumazo.

La aniquilación de la literatura argentina fue la victoria póstuma de la dictadura militar o la primera de esa democracia que el ensayista Alejandro Horowicz llamó «de la derrota» por razones precisas, hoy ya obvias: la democracia que continuó con el programa de desmantelamiento de la industria nacional del ministro de Economía de la dictadura, José Alfredo Martínez de Hoz, y con la masacre de generaciones de compatriotas, una nueva masacre que ahora no usó (casi) la desaparición y la tortura: bastaron el hambre, el saqueo al consumo popular, el final del derecho a trabajar, a educarse, a curarse, la privatización de riquezas esenciales llamadas «joyas de la abuela», con el gobierno neoliberal de Carlos Ménem, la consagración vergonzante de la impunidad para atroces crímenes de Estado que dio permiso para toda corrupción sistémica futura. Todo ese contexto empezó a desplegarse casi el mismo día en que comenzó la ansiada y festejada democracia, se evidenció cuando

el presidente Alfonsín negoció con militares amotinados y garantizó la impunidad para los militares culpables de delitos de lesa humanidad, o con la primera hiperinflación. Entonces, una sociedad derrotada, decepcionada, aterrada por el pasado amenazante decidió que no tenía que pensar(se) más, que era peligroso, y con esa decisión perdió la conciencia de que había literatura argentina en producción y el interés por leerla, porque leer literatura es confrontarse, reflexionar: dos acciones íntimas pero también sociales que habían caído cuando ahora las únicas acciones valiosas se compraban y vendían en la Bolsa.

Sin embargo, esta aniquilación no supuso la liquidación de escritores, escritoras y obras, sino la de un público lector y, por consiguiente, la de las posibilidades de publicar. Supuso, además, el final de la literatura del presente como objeto visible de estudio por parte de la crítica. Las pocas veces que se ocuparon de libros nuevos, los especialistas hablaron en los suplementos culturales con una endogámica jerga afrancesada, postestructuralista, a menudo incomprensible hasta para ellos mismos, jerga que tendió a predominar durante la democracia, usada más para guñar un ojo a los «elegidos» y excluir a los pocos pero empecinados lectores comunes que quedaban, que por la pulsión de decir algo.

Así se ahuyentó de la literatura argentina nueva a la gente que leía y en el mismo acto se puso de moda que la academia denigrara suavemente a los pocos escritores que la gente seguía leyendo. Esa fue la suerte que corrió Julio Cortázar, quien tendió a ser mirado por encima del hombro por la crítica universitaria, tal vez porque era uno de los pocos cuya vigencia continuaba entre lectores y lectoras reales y en el nuevo panorama se prefería que la literatura fuera un objeto de lujo, inane y sobre todo poco peligroso.

Los periodistas culturales no actuaron contra todo esto; al contrario, se prosternaron ante la academia, entregando casi por completo los suplementos literarios a un solo criterio de legitimación y hasta de escritura: los que provenían de las elitistas aulas de la Universidad de Buenos Aires. Así perdieron lectores. La moda típicamente académica de despreciar por principio y sin leer de verdad lo que se vende se extendió también a los muy pocos libros argentinos nuevos que tuvieron la insólita fortuna del éxito de mercado, éstos sufrieron ataques virulentos de parte de la crítica prestigiosa, el «pecado» de vender los descalificaba *ab initio*. Entre lectores de a pie se instaló la «verdad» de que en la literatura argentina ya no había nada valioso, no había pasado nada desde Borges, Cortázar o, a lo sumo, Ricardo Piglia; entre investigadores y críticos se festejó que lo poco que había no tuviera mercado. Eso probaba, supuestamente, que esas obras tenían un carácter «irreconciliable» con el *statu quo*. Repetían así acriticamente, a finales del siglo XX, concepciones que habían

tenido sentido a comienzos de siglo en una polémica específica y contextualizada, y en una situación completamente diferente. Era un uso mecánico, anacrónico, de la notable teoría estética de Theodor W. Adorno. Porque lo que realmente reconciliaba con el *statu quo* era, por un lado, esta nueva crítica literaria, actividad que si en los sesenta y setenta había sido de riesgo, ahora renunciaba (con pocas excepciones) a cualquier nexo de la literatura con el mundo presente y la discusión sociopolítica; y por el otro, un mercado sin demanda de palabra ficcional y pensamiento crítico, consumidores de libros que, cuando leían, no querían saber nada con leer(se).

Así llegamos a la tremenda crisis de desocupación y hambre que puso al país al borde de su extinción y a los estallidos sociales de diciembre de 2001. Con la Historia detenida, en el fondo del pozo y con la fantasía instalada: los últimos escritores argentinos valiosos o están muertos o tienen muchos años.

No era así. Durante la década de los noventa había nacido, en un parto oscuro, una literatura diferente de potencia enorme que poquísimos conocían. Era una etapa brutalmente distinta de todo lo anterior: la memoria de la picana eléctrica estaba grabada hasta en quienes no lo habían vivido y sembraba miedo ante cualquier conflicto, cualquier enfrentamiento podía conjurar de nuevo el espanto; entonces, los jóvenes lúcidos no escribieron el conflicto sino el miedo, el aislamiento, la inmovilidad para sus solitarias conciencias sumergidas en un presente negro y sin futuro. En ese mundo en que habían caído todas las certezas, los modos de escribir antes hegemónicos habían envejecido a una velocidad pasmosa. Una innovación estilística clave pasó por la entonación: ya no era creíble tomar la palabra propia demasiado en serio; la denuncia convencida de su importancia o la solemnidad épica habían dejado paso al sarcasmo, la ironía, el humor negro, y además (pese a interesantes excepciones) las peripecias, las tramas, tendieron a perder dramatismo, aflojaron los enlaces de causa a consecuencia o incluso desaparecieron.

Esa literatura nueva logró convocar con pocos títulos y por un lapso muy breve a nuevos lectores. Con la excepción de *Memoria falsa*, novela de Ignacio Apolo de 1996 (una joyita que pasó inadvertida y luego tendió a ser libro de culto entre algunos jóvenes), lo poco que se visibilizó de esta nueva estética salió por la colección de ficción Biblioteca del Sur, del Grupo Planeta, que apareció entre 1991 y 1993. La crítica especializada tendió a despreciar la colección dirigida por Juan Forn, aunque allí salieron obras de enorme influencia como *Nadar de noche*, del propio Forn, o clásicos de la nueva narrativa como *Muchacha punk*, de Fogwill (quien pertenecía a otra generación, pero sería descubierto y leído por los nuevos); *El muchacho peronista*, de Marcelo Figueras; *Rapado*, de Martín Rejtman; *Acerca de Roderer*, de Guillermo Martínez, e *Historia argentina*, de Rodrigo Fresán.

Biblioteca del Sur logró, sin embargo, interesar a adolescentes y jóvenes lectores que habían llegado a la conciencia ciudadana en un desierto de valores y derrota. No pudo mantener su propuesta por diversos factores y cuando cerró, poco después, la literatura argentina, sus escritores y escritoras, su producción constante, se volvieron invisibles. Se escribía en soledad, se peleaba en soledad por publicar. Los hombres a veces encontraban un editor; las escritoras, casi nunca. Pagar la edición era generalmente el único modo de publicar, y como eran ediciones pagas, los editores no estaban interesados en distribuir y conseguir lectores, su negocio ya estaba hecho y a eso lo denominaron pomposamente «no regirse por las leyes del mercado».

Nunca hubo una producción literaria más rica y variada que en estos últimos treinta años y nunca esa producción fue tan silenciada e ignorada, al menos hasta hace pocos años. De todos modos, en ese período oscuro se produjeron transformaciones radicales que se pudieron ver sobre todo en el mundo endogámico de la academia: el pasado se resignificó y modificó el canon. La crítica se liberó de la confusión entre compromiso político de quien escribe y potencia subversiva de una obra y Borges terminó de ocupar su trono merecido; Silvina Ocampo dejó de ser «la esposa» que escribía cuentos menores sin la elegancia de su marido, Adolfo Bioy Casares, para ser la originalísima creadora de una poética chirriante y socarronamente marginal, de imaginación bizarra; Copi dejó de ser un escritor rarito para volverse punto de referencia de una estética nueva. La crítica especializada hizo su gran aporte: impuso a Juan José Saer. Y César Aira, desconocido hasta muy entrados los ochenta, fue —pese a hacer una literatura inane— el modelo que autorizó a los jóvenes a escribir relajados, sin obligación de «transmitir mensajes». Hebe Uhart venía produciendo en la oscuridad desde los setenta, pero hacia finales de los años noventa fue descubierta y brilló porque encontró lectores capaces de entenderla en sus deleites pequeños, cotidianos, sus desautomatizaciones inteligentes y humorísticas, su sensibilidad de género antes ilegible.

Esos años produjeron escritores y escritoras de diferentes estratos generacionales. Por un lado, los escritores que fueron muy jóvenes en los noventa e irrumpieron invisibles y silenciosos con una literatura de rasgos diferentes de los de las generaciones de militancia; por el otro, los más grandes, donde me incluyo. Nuestra visibilidad quedó pinzada entre la época rutilante y heroica de los escritores de los sesenta y setenta y estos nuevos, que recién ahora logran salir de la oscuridad.

Estos jóvenes hicieron ficciones con risa amarga y angustiada, víctimas no de la falta de memoria sino de una memoria traumatizada que sólo podía recordar desaparecidos arrojados al río, porque la sociedad había enmudecido

las relaciones históricas concretas, la memoria política de una lucha de clases anterior, de intentos, de errores, porque estaba obturada la posibilidad de criticar, de preguntar a los padres qué hicieron y pensaron entonces, de trascender teorías que simplificaban, que apelaban a dos demonios o angelizaban a todos los desaparecidos y demonizaban a todos los sobrevivientes. Su literatura se escribe desde el trauma de treinta mil jóvenes como ellos, que vagaban fantasmagóricamente a su lado, junto con innumerables asesinos que también andaban por las calles argentinas, pero no como fantasmas sino como asesinos de carne y hueso, libres e impunes. Todo esto tiende a aparecer, no necesariamente desde lo referencial directo, pero sí en filigrana, en jeroglíficos sutiles, en la obra que los jóvenes de postdictadura publican en los noventa y también en la que se continúa publicando en la década siguiente, cuando además las escritoras mujeres de esa primera generación (que tenían una buena cantidad de obra inédita) encuentran para sus voces una oportunidad más democrática.

En mi ensayo *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura* mostré cómo en las generaciones de postdictadura hay libérrimos y variados imaginarios y estilos que en buena parte pueden leerse como síntomas de preguntas impronunciadas sobre el pasado político reciente, un intento de elaborar ese pasado impronunciado para poder vivir el presente. Hay por ejemplo profusión de relatos con fantasmas; angustiantes escenarios abstractos sin lugar ni tiempo, sin relaciones de causa y efecto; culpas materializadas en parejas de personajes que llamo «dos, pero uno muerto» (camaradas, amigas, hermanos donde uno está muerto o ausente) aparecen fácilmente en medio centenar de obras o más, tematicen éstas o no la política.

Descuellan en esta literatura cuentistas como Samanta Schwebelin, Gustavo Nielsen, Alejandra Laurencich, Patricia Suárez, Oliverio Coelho, Edgardo Scott; novelas como *Las Islas*, de Carlos Gamerro; *Entre hombres*, de Germán Maggiori; *El año del desierto*, de Pedro Mairal; *El viajero del siglo*, de Andrés Neuman; *El trabajo*, de Aníbal Jarkowski; *Los topos*, de Félix Bruzzone; *Glaxo*, de Hernán Ronsino; *La virgen Cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara; *Bajo este sol tremendo*, de Carlos Busqued; *Gineceo*, de Gustavo Ferreyra, y *Quieto a la orilla*, de Marcos Bertorello, además de otras obras difíciles de encuadrar en la novela o el cuento tradicional, como las de Fernanda García Lao, Eduardo Muslip, Federico Falco y más.

Éstos son apenas algunos de los títulos o escritores valiosos de la narrativa de postdictadura, que elijo nombrar entre muchos buenos, privilegiando el hecho de que sus autores tienen una obra ya con muchos libros publicados. Hay también escritores y escritoras más jóvenes que empiezan pisando fuerte, aunque sean muy recientes: Enzo Maqueira, Angeles Yazlle, Bruno

Petroni, Mariana Arias, Mateo Ingouville, Virginia Gallardo, Federico Novak, Mariano Quirós, Azucena Galettini, son nombres que entre muchos otros deben seguirse, creo, con atención. La pregunta es si hay o no virajes donde la pertinencia de la caracterización «de postdictadura» tiende a diluirse, en qué medida aparece en esta nueva producción otra conciencia histórica.

¿Está finalmente el trauma empezando a elaborarse? ¿Contribuye la decisión que ha tomado el Estado de castigar delitos de lesa humanidad a liberar a estos nuevos de la segunda década del siglo XXI de la culpa que tuvieron los nuevos anteriores? A ellos les tocó ser jóvenes después de los últimos que fueron reconocidos por la sociedad como tales en el sentido primaveral: los últimos considerados idealistas y valiosos, capaces de sembrar de brotes nuevos la sociedad argentina. Tal vez hoy los nuevos puedan volver a visibilizarse como creadores y constructores de futuro porque el Estado los ha liberado de la culpa al terminar con la impunidad.

Con el sangriento estallido del plan neoliberal en diciembre de 2001 retrocedió en algún aspecto la democracia de la derrota y empezó a gestarse (con vacilaciones y contradicciones que hoy parecen triunfar y quieren retornarnos a aquella etapa oscura) la incipiente posibilidad de una democracia mejor. Eso que comenzó después de 2001 pareció devolver a las clases media y media alta algo de disposición a leerse y pensarse. Eso explica entre otros factores el éxito rotundo de la novela *Las viudas de los jueves*, de Claudia Piñeiro, que trabajó con inteligencia la descomposición ética y subjetiva de los sectores pudientes. En ese contexto los escritores y escritoras más jóvenes, de la segunda generación de postdictadura, pudieron juntarse y armar un movimiento literario social y militante. No militante como antes: no se trataba de levantar el dedo acerca de los compromisos políticos que había que tener para escribir ni de juzgarse entre ellos por sus posiciones políticas; se trataba de juntarse en grupos de discusión y gestión inclusivos, horizontales, de leerse entre sí, tolerarse y colaborar para hacerse conocer, para editarse y difundirse utilizando todas las ventajas de las nuevas tecnologías, para comprar y vender sus libros. Militante porque tenía como objetivo la literatura argentina más allá de los destinos personales de cada miembro (aunque también estuvieran en juego) y porque entendieron que la unión da más fuerza, que la competencia narcisista debilita y que el triunfo de alguno abre puertas a otros, visibiliza una literatura invisible.

Con contradicciones, esto funcionó y operó en el campo intelectual: la academia pasó a ser *uno* de los dadores de prestigio, no ya el único; los suplementos culturales recuperaron iniciativa y la consagración entre pares del oficio que se leen entre ellos en lugar de desconocerse se volvió significativa. Reapareció el intercambio entre diferentes generaciones de escritores, la endogamia empezó a caer y se visibilizó la literatura valiosa que había surgido en

las dos primeras décadas de democracia, no sólo la de los jóvenes, porque el movimiento arrastró a escritores mayores.

En esta última hay obras consolidadas, algunas con el reconocimiento que merecen; otras, marginadas. En la nutrida literatura local que empezó a gestarse en los ochenta están los cuentos y microficciones brillantes, malignos y sensuales de Ana María Shua, las lúcidas geografías postindustriales de Marcelo Cohen, los climas fantásticos de Elvio Gandolfo; está *Plop*, esa novela impresionante que dejó Rafael Pinedo al morir con cincuenta y cuatro años en 2006, y otras obras excelentes de escritores más o menos consagrados o hasta hoy poco visibles, como María Inés Krimer, María Negroni, Zelmar Acevedo Díaz, María Teresa Andruetto, María Rosa Lojo, Miguel Vitagliano, Federico Jeanmaire, Sonia Catela, Gabriel Bellomo, Clara Obligado, Inés Legarreta, Adrián Abonizio y otros.

Una sociedad un poco más preocupada, crítica, inquieta, está dispuesta a leer. Por eso algo de todo lo que murió en la democracia empezó a resucitar y se va viendo que hubo mucho, mucho más después de Borges, Cortázar y Piglia. ¿Sobrevivirá lo mejor de estos últimos años o ganarán el espíritu y los valores de una democracia de la derrota que nunca terminó del todo?

EL LEGADO DE CORTÁZAR

¿Qué destino tuvo el legado de Julio Cortázar en la producción de los jóvenes que crearon la nueva literatura argentina durante los noventa y en la primera década de este siglo? No es mucho lo cortazariano que vibra en estos libros nuevos, al menos en sus procedimientos, aunque gran parte de la obra de la juventud de postdictadura acuda a lo fantástico. Por un lado, porque la personalísima escritura de Cortázar es tan particular que seguirla condena

**Una sociedad un poco más preocupada,
crítica, inquieta, está dispuesta a leer.**

**Por eso algo de todo lo que murió en
la democracia empezó a resucitar.**

inevitablemente a ser epónimo, como pasó con quienes lo hicieron durante los setenta y ochenta. En tanto constructor de un estilo demasiado propio que hace de la sucesión vertiginosa de metonimias un modo de relatar,¹ Julio Cortázar cierra la puerta, no hay modo de caminar por donde él fue sin transformarse en imitador. Por el otro, porque la aparición misma del fantástico se transforma radicalmente en el nuevo contexto sociohistórico.

Detengámonos en el fantástico cortazariano. Como planteó Noé Jitrik, siempre irrumpe desde el interior,² late en el corazón de la vida más cotidiana o hasta en el cuerpo, como los conejos que vomita el narrador de «Carta a una señorita en París». Pero hay que agregar que esta irrupción es siempre *violenta*, es un estallido (era en ese estallido en donde quienes fuimos jóvenes y rebeldes en los setenta leímos una promesa inquietante y vivificante de revolución).

¿Qué es lo fantástico? La teoría lo define como la trascendencia y el más allá de una sociedad sin religión, donde Dios ha muerto;³ o como la emergencia de lo siniestro, de lo Real inaprehensible, que aparece y disuelve toda la consistente organización imaginaria que nos permite sobrevivir; o la irrupción de los deseos inconscientes que se realizan ominosamente afuera;⁴

1 En el cuento «Las armas secretas», el texto es un monólogo interior libre de Pierre, que espera a Michele en su casa mientras piensa, derivando de una cosa a otra. Y así salta lo ominoso, de repente, simplemente un sintagma que se percibe absurdo, asociación que nada tiene de terrible salvo que no se entiende por qué aparece y por qué asusta: la letra exacta de una canción en alemán, idioma que Pierre desconoce, el nombre de una localidad en donde no estuvo, lo que viene —comprenderá finalmente el lector— de otro tiempo y de otro espacio, del soldado nazi violador, ya muerto, que Pierre no sabe que existió. En la sucesión sintagmática, en la plena metonimia, una palabra tiembla y hace temblar todo el verosímil realista psicologista. (Julio Cortázar, *Las armas secretas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1964). También ocurre en el sintagma el tránsito del protagonista de «El otro cielo» entre Buenos Aires y París, de una época a otra, y la oración, la lengua, se vuelve ella misma pasaje, como señala agudamente Alejandra Pizarnik («Nota sobre un cuento de Julio Cortázar: "El otro cielo"», en *La vuelta a Cortázar en nueve ensayos*, de Noé Jitrik, Alejandra Pizarnik y otros, Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1968). También en la sucesión del discurso, rompiendo cualquier norma sintáctica, irrumpe el escalofriante «y doce pisos», en «No se culpe a nadie» (Julio Cortázar, *Final de juego*): es metonimia pura la que cuenta que quien se quiso poner un pulóver y se enredó con las mangas está cayendo al vacío.

2 Noé Jitrik, «Notas sobre la "zona sagrada" y el mundo de los otros en *Bestiario* de Julio Cortázar», en *La vuelta a Cortázar en nueve ensayos*, op. cit.

3 Louis Vax, *El arte y la literatura fantástica*, Eudeba, Buenos Aires, 1965.

4 Campea en muchos teóricos la lectura psicoanalítica de lo fantástico, a partir del artículo de Sigmund Freud «Lo siniestro» (en su *Obra Completa*, tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972), y de la relectura de Jacques Lacan de lo siniestro en *El seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 1995.

o la queja del artista burgués, lúcido y sensible, ante el caos, el anhelo de orden en una sociedad donde la amenaza es constante. Con matices, los relatos de Cortázar pueden adaptarse a todas estas afirmaciones, pero hay algo completamente nuevo: *la esperanza*.

La palabra aparece en «El perseguidor», en boca del crítico Bruno, para referirse a la búsqueda del saxofonista Johnny Carter: «la realidad se le escapa y le deja en cambio una especie de parodia que él convierte en una esperanza».⁵ La música de Johnny transmite la esperanza de poder entrar a la otra zona, a la «otra cosa que no alcanzamos y que está ahí al alcance del salto que no damos» (*Rayuela*).⁶

¿Esperanza de qué? Una vez más se vislumbra, seductora, el aura de la revolución. No hay anhelo por el orden en el fantástico de Cortázar, *hay anhelo de desorden*. Un deseo genuino, existencial, profundamente revolucionario. A diferencia de grandes escritores de literatura fantástica como Poe o Borges, Cortázar no conjura con sus relatos el terror al caos, anunciándolo a pesar de sí mismo, fascinado con su propio terror. Cortázar hace del desorden una causa política.

Por supuesto, todo esto ya estaba en los sueños de algunos surrealistas: tanto la conjunción arte-fantástico-vida, como la más arriesgada: arte-fantástico-acción política. Pero eso que ciertos surrealistas proclamaron más que lograron, e intentaron desde la poesía, es en Cortázar una poética que produjo otro modo de narrar, relatos de notable consistencia, extraordinario poder de influencia en la vida misma de sus lectores. Esto fue lo que el padre Cortázar dijo a mis entrañas y a mi generación: que ese sentimiento de que debajo de tanta mentira establecida había otra realidad —tal vez más peligrosa, pero deslumbrantemente verdadera— no era ni locura, ni necedad, ni infantilismo; era un camino que valía la pena.

La «zona sagrada» que irrumpe (como la llama Jitrik) no es solamente una amenaza, aunque amenace, también es una meta. Puede transformar el mundo

5 Es cierto que ésta es una palabra sin prestigio en Cortázar. Él la insulta («puta vestida de verde»), no sólo —como misógino— porque se acuesta con cualquiera, sino sobre todo porque cobra muy caro. Pero esa esperanza despreciable es otra, es la que anuda por ejemplo relaciones de pareja que deberían terminarse, la inmensa trampa del amor. No es la que promete, cuando irrumpe, lo fantástico.

6 Julio Cortázar, *Rayuela*, Sudamericana, Buenos Aires, 1962. No se puede decir que el relato «El perseguidor» sea estrictamente fantástico, porque su verosimilitud no se quiebra en ningún momento. Sí se puede decir que la zona que habita Johnny Carter es fantástica, que su martirio es vivir en esa zona cuando todos los demás, el narrador, sus amigos, mujeres, público, comparten con los lectores el lado «normal». «El perseguidor» tematiza lo fantástico aunque no lo sea y en ese sentido expone una poética y un ejemplo de vida.

al que estamos condenados, con sus normas de pacotilla. Siguiendo la lectura que Alejandra Pizarnik hace de Cortázar, leer «El otro cielo» es desear que el empleado bancario elija a Josianne y al París macabro de Laurent antes que al Buenos Aires insulso; leer «Cartas de mamá» es desear que Nico llegue por fin a París y, aunque nos aterre, los tres se miren cara a cara y ocurra lo que tenga que ocurrir. Este fantástico que anhela, más que conjura, es diferente de muchos otros del siglo XX. Lo fantástico en Cortázar es una utopía. Ni ingenua ni irresponsable, asume los riesgos y precios pero no renuncia a una trascendencia necesaria y seria —por más juego o humor que la recorra.

Retomemos entonces la pregunta por el legado de Cortázar en escritores de la postdictadura argentina que generan una nueva literatura fantástica en la oscuridad de los años noventa, o ya en este siglo. Pienso en quien es tal vez la mejor cuentista de su generación: Samanta Schweblin. Como en Cortázar, lo fantástico suele irrumpir con violencia, porque sí, una bofetada en el relato, o estar desde el comienzo, indicando agresivamente que el mundo es absurdo o repugnante, sin paliativos. Pero la diferencia central es que *nunca señala una utopía*. En esta literatura lo fantástico no presenta ninguna trascendencia, ninguna certeza hay seriamente en juego cuando su grieta emerge, incluso si es seria o peligrosa. Por eso es difícil que quienes leemos nos identifiquemos con los protagonistas que experimentan lo fantástico, como ocurría con Cortázar, y en cambio nos deleitamos con lo contrario: la distancia muchas veces socarrona que nos impone la voz narradora hacia ellos.

Ni anhelo de orden ni anhelo de desorden: los nuevos escritores constatan que el vacío cubre todo. La grieta fantástica no lleva a otra zona. La única certeza es la lucidez de entender que vivimos en un mundo atroz, pero donde no parece haber remedio.

En este fantástico profundamente desencantado se puede leer la dolorosa denuncia de un tiempo en el que no se concibe futuro ni mejora posible. Dentro de él está la línea que ya mencioné y leo desde nuestra historia sangrienta: el fantástico «de los muertos vivos», muy fuerte por ejemplo en la obra de Mariana Enríquez, de Gustavo Nielsen, en la novela de Alejandro López *La asesina de Lady Di*. Donde además a menudo se arma la Gestalt «dos, pero uno muerto». ¿Cuánto de esto está cambiando? Habrá que verlo. Mientras tanto, ese cuentista descomunal que fue Julio Cortázar sigue leyéndose, refugiado ahora tal vez en generaciones de adolescentes que le siguen agradeciendo una intensidad y un coraje que ojalá vuelva a llenarse de sentido ●

Noé Jitrik

ESO QUE ES TAN BELLO

**Eso que es tan bello
en una gata
no digamos sus caderas
oscilantes
ni su modo de sentarse
las patitas recogidas
su cauteloso andar
sino sus bigotes
alzados
pararrayos de tormentas
inminentes
esos bigotes que en la gata
la llenan de misterio
si uno los ve
mirándoles los ojos
que son como piedras
lúcidas traslúcidas
sosegadas siempre
vespertinas
el tiempo no les pasa
pues eso no es tan bello
en una mujer
aunque sea una mujer bella
asunto tal vez de especie
lo bello en una mujer
transcurre en otra**

parte
visible a veces
oculta en otras
los bigotes en una mujer
la descalifican
atruenan
suenan como el espanto
es como si hablaran
y anunciaran
alguna innombrable
ferocidad.

ÁNGULOS

Siempre creí
o sentí
o pensé
que mis pensamientos
o mis sentimientos
eran agudos
con el tiempo
que mucho no ayuda
se hicieron graves
y ahora
con el tiempo que insiste
en no ayudar
temo
o creo
que pueden hacerse
obtusos.

C. B.

ALAN PAULS

Conocí a Christian Bourgois —o a esos embajadores plenipotenciarios de Christian que eran los libros de la colección 10/18— bastante temprano, a los doce o trece años. Todos los viernes íbamos con mi padre a mirar libros franceses a una librería del centro de Buenos Aires, la librería Galatea. Mientras mi padre charlaba con el dueño de la librería, un tal Goldsmith, a quien estaba ligado, como lo probaban el aire confidencial, la camaradería un poco clandestina de su conversación, por «un asunto de polleras», yo aprovechaba para pasear por la librería, hojear las novedades, admirar los libros de arte que me estaban prohibidos y elegir, por fin, los dos libros que me llevaría esa tarde: uno, el libro «oficial», por el que pagaría; el otro, el secreto, que me robaría.

Como se ve, el mío era un anticapitalismo sobrio y magnánimo. Por lo general, el libro oficial respondía a un gusto serio, «cultural», irreprochable. El libro secreto, a un estremecimiento, una curiosidad un poco ciega, una tentación confusa. Inútil decir a qué categoría pertenecían los 10/18 que el señor Goldsmith no volvía a ver (aunque nunca recordaba haber vendido). Fue entonces cuando tropecé con Sade, con Klossowski, con los coloquios de Cerisy-la-Salle, con Copi, con todos esos 10/18 que harían de mí lo que espero seguir siendo: un lector *aventurado*. A Christian Bourgois, pues, le debo mucho más que mis primeros entusiasmos de lector francófono: le debo —además del dinero de los libros que nunca pagué— mi formación libertina, mi educación en una escuela filosófica, estética y lúbrica donde coexisten sin gruñirse los maestros de ceremonias sadianos, la voracidad nietzscheana, los afiebrados batailleanos, la gimnasia perversa de Klossowski, el tedio siempre voluptuoso de Barthes y la locura sin freno de Copi, mitad francesa, mitad uruguaya.

Mucho tiempo después, Christian Bourgois se convirtió en mi editor. En un sentido era demasiado: ser publicado por el editor que publica todo lo que uno quisiera leer es un exceso siempre peligroso. Pero ser publicado por el

editor cuyos libros uno codiciaba hasta el delito parecía más bien una provocación. Nada más justo, por otro lado: cuántas veces, herido, escandalizado casi, había tenido que corregir a mis colegas argentinos, y a veces franceses, que pronunciaban «Bourgeois» en lugar de «Bourgois», como si fuera mi propio nombre el que estaba en juego. Para él, para Christian, todo era natural. Ése era su talento, su generosidad, su estilo: hacer de cuenta que los prodigios eran naturales. Muy rara vez hablábamos del libro mío que acababa de publicar. Hubiera jurado que le parecía inútil, un poco penoso, como de mal gusto. Prefería pensar en el próximo, o en otra cosa, o reírse. Yo le envidiaba su delgadez, signo de libertinaje que me convenció, la primera vez que lo vi, de que la persona que tenía ante mí era realmente él y no un impostor. Siempre que lo veía vestía un saco azul que llevaba con una elegancia modesta y orgullosa, como si no tuviera otro, como si fuera menos un saco que un uniforme de trabajo, o de pasión. Solía caer en silencios que duraban un poco más de lo que yo estaba dispuesto a tolerar sin preocuparme, silencios densos, muy rumiados, y allí se quedaba con los brazos cruzados, como si hubiera decidido que fuera el mundo, ahora, el que se moviera un poco, o pensara, o dijera algo. Yo, un poco turbado, volvía todo el tiempo a lo mismo, a la misma apoteosis de frivolidad: la publicación de *Emmanuelle* en 10/18, acontecimiento primordial de mi adolescencia.

Los 120 días de Sodoma, El baile de las locas, Roberta esta noche, el coloquio *Nietzsche* en Cerisy, el coloquio *Bataille*, el coloquio *Barthes*: no puedo releer esos libros, tan decisivos para mí, si no es en mis ediciones 10/18. Porque no hay ninguna contradicción: esas ediciones 10/18 yo las considero mías. He ahí el verdadero robo, el único del que nadie podrá jamás acusarme. Qué extraña felicidad, apropiarse no ya de un escritor —cosa que los escritores hacen muy a menudo— sino de un editor. Por otro lado, durante algunos años, hasta el momento desconcertante pero fatal en que el señor Goldsmith, aprovechando una tarde en que mi padre había faltado a la cita, me reveló que detrás de 10/18 se escondía un tal Christian Bourgois, siempre había considerado esos clásicos de mi educación libertina como libros de 10/18 tanto como de Sade, o de Klossowski, o de Copi. Esos libros que me vieron crecer, que me vieron convertirme en escritor, saben todo lo que mi ser escritor le debe a ese Christian Bourgois que se complacía en esconderse bajo un nombre que yo, por entonces, tomaba por un alias de agente secreto. Mucho tiempo después sigo releyéndolos, sólo que con ayuda, desde hace algunos años, de anteojos, prueba banal de una decadencia que a veces, sin embargo, también me ofrece un consuelo: acomodarme los lentes sobre el puente de la nariz empujándolos no con el dedo índice, como haría todo el mundo, sino con el mayor: así, clavándomelos entre los ojos, como lo hacía mi querido Christian •

LUISA FUTORANSKY

FOTO DEL FRENTE

La foto

vulgariza la muerte.

Con el tiempo, las tragedias amarillean y pierden

patetismo,

como certificado de autenticidad permanece el dentado de sus bordes.

Implacables, las fotos se apolillan, borran personajes,

confunden fecha y procedencia.

Con el polvillo abandonado en la contienda

se rellenan pavorreales, tesis

agujeros en las suelas

y colmatan sollozos en la voz.

Los inviernos que nos restan

son duros de mirar y de guardar.

CRÍA CUERVOS

En mi barrio de ahora a nadie extraña que las margaritas se conviertan en amapolas escarlatas o que las palomas se transformen en cuervos.

Lo que más molesta es que me sigan por las calles graznando que es un contento mientras que a mi paso despiertan melodías ingratas en los pianos.

Para que no me cambie de vereda de vez en cuando me tiran un picotazo que como doler, duele.

Con la edad los tejidos olvidan defenderse y cicatrizo mucho menos.

URBAN BODY

Vino para que habláramos de poesía
acabamos enumerando sus siete perforaciones en cada lóbulo de la oreja
y una en el ombligo
también comentamos sus tatuajes; un ruiseñor cerca del hueso ilíaco que no me descubrió y otro que sí, detrás de la oreja.

—Volar juntos, aah, volar juntos— suspiró.

En cuanto a la flor amarilla en la espalda es su homenaje a un cuento de Cortázar.

No me permití recordar la inutilidad de que la letra con sangre entre.

No me permití navegar por los ríos del dolor que hoy pienso conducen seguro al páramo ventoso de ninguna parte

Entre voluta, pigmento y arabesco lo difícil es inventarse cada día las ganas de vivir

Un dato menor

SERGIO CHEJFEC

Luego de varios años viviendo afuera, el hombre ha regresado como si se le hubiera perdido algo. Ignora en este momento que se trata del último viaje, aunque una sensación nueva, y por lo tanto vagamente definible, instala en él un sentimiento de alerta, de sospecha sobre sí mismo: por primera vez se ve como una persona que teje su trama cerca del final. Parecido, piensa, aunque sin modelos a la vista, a algunos personajes de novelas, o especialmente de películas; esas películas que muestran al protagonista demasiado consciente de sus propios pasos, gracias a los cuales asigna un sentido preciso, inesperado o no, a toda su vida anterior —y obviamente también a la reciente.

Autor de cuadros, tal cual ha preferido definirse siempre, descartando la palabra *pintor*, sabe que no merece la admiración que algunos le profesan ni la reticencia con que lo trata la mayoría. Él se sentiría cómodo en un mundo de indiferentes en general, sujetos despreocupados de todo y sólo capaces de dedicar dos segundos a cualquier contemplación, sin distinción de objetos superfluos o relevantes. O incluso más: sería feliz viendo el desvanecimiento espontáneo de sus obras por un mecanismo preciso de prescindencia instantánea de los objetos, como si toda composición física tuviera un plazo de vigencia acotado. En un mundo así, en lugar de tener que coexistir con los procesos de deterioro y con la lenta pérdida de cualidades, con la delgadez paulatina de toda presencia material, con la creciente decrepitud, con el fatal anacronismo de todo lo previo, etcétera, encontraría abolidas todas estas amenazas.

De sus obras le disgusta la duración inscripta en ellas, que se hayan instalado en el globo como un objeto más. Prefiere llamar globo al mundo, una metáfora caprichosa pero que considera eficaz, y tan en desuso que la siente propia; cree que toda argumentación que apele a la palabra *globo* lleva una inmensa ventaja sobre cualquier otra que diga *mundo*, *tierra* o *planeta*, aun cuando se trate de argumentos de peso dentro de consideraciones políticas

o hasta ecológicas. Porque todo globo es de por sí provisorio, por lo tanto es conmovedor, y así su fragilidad se proyecta sobre el mundo al que busca increpar o justificar. Aparte, considera que la palabra *global* ha acotado injustamente la pertinencia de la palabra *globo*; y dado que siempre concibió sus cuadros como objetos temporarios, tiende a pensar en sí mismo como una suerte de anónimo operador semántico que busca desestabilizar sentidos sumamente acotados, a través de sus esporádicos comentarios.

Otra cosa que le molesta de sus obras deriva de que se sabe incapaz de destruirlas. En primer lugar porque en general no le gusta destruir, por otra parte le resulta imposible desprenderse de nada, piensa que todo tendrá en el futuro algún uso o provecho; y en segundo lugar porque considera que la destrucción, así propuesta en términos abstractos, requiere más énfasis que la creación. Sospecha que, a veces, uno crea para decir «No», o directamente para negar, pero que la destrucción, también la omisión y hasta la derogación, son las verdaderas acciones humanas, ciertas y concretas.

Incapaz de destruir, no tuvo otra opción que crear. Y por ello, debiendo crear espera que sus propias obras y todas las demás obras llamadas artísticas lleguen a un pacto de provisionalidad con el mundo: que duren poco y se deshagan antes de cualquier deterioro material. Pero como entiende que ello es imposible y en cierto modo también impracticable, en gran medida porque el dinero que en ocasiones se embolsilla gracias a sus obras proviene de la naturaleza perdurable de ellas, porque si fueran de duración breve nadie las compraría; como entiende que ello es imposible ha decidido postular a través del arte lo opuesto a sus convicciones, digamos, morales. Así, en sus cuadros trata de mostrar el costado perdurable de las cosas, «aquello que permanece y nos interroga», como siempre le gustó explicar para quien quisiera oírlo, aun cuando ello implicara que su acción contradijera su pensamiento. La típica oposición entre prédica y actividad. Cuando se pone a pensar en esto, las dudas que primero lo asaltan se relacionan con el carácter de los conceptos: ¿qué es acción y qué es pensamiento?, ¿qué es prédica y qué es acción? ¿La prédica es más verbal que no verbal? ¿La acción es enemiga de las palabras?

Nunca le gustó que le pidieran explicaciones sobre sus cuadros en particular o sobre su arte en general. Sin embargo, la felicidad de darlas fue mayor en general a la felicidad que recordaba haber tenido al realizar esas mismas obras por las que le preguntaban. Todavía más, hubo un día a partir del cual jamás pudo liberarse de esa sospecha que inesperadamente lo alcanzó mientras respondía una pregunta. Fue como si en su mente se abriera una ventanilla muy lateral por una brevísima fracción de segundo, suficiente sin embargo para dar paso a una duda que se impuso como una brisa persistent-

te. Se le ocurrió pensar que su arte era una coartada para hablar, una mentira vital. Y que si no hablaba no había arte; o más bien, que el arte consistía en hablar después de hacer arte, porque era en sí demasiado mudo.

Tuvo la suerte de crecer lejos de grandes ciudades, en un pueblo raleado que tenía como epicentro la estación de ferrocarril. El resto era campo, las extensiones de tierra reguladas por los cultivos, los caminos interiores y el curso indiferente de los arroyos. Desde temprano, la variedad de escenarios naturales y parajes bucólicos lo llevó a ahondar en los secretos de la contemplación sedentaria, paciente cuando se trata de discernir la evolución de aquello que no cambia rápido, si acaso cambia. Es así como desde los tempranos tiempos de formación se apoderó de su mirada un particular lirismo, ajeno a la exaltación física y al arrebató expresivo, también a una identificación espontánea con el paisaje, que provino de ese modo inmóvil y sobre todo durativo de observación, capaz de envolverlo durante tardes enteras, prolongadas sesiones de empatía anímica con la naturaleza.

Por aquella época era muy joven como para elaborar mentalmente la percepción, y más aún para encontrar en ella un argumento a favor o en contra de sus propias ideas sobre el arte, por otra parte también incipientes en ese momento. Su experiencia diaria se remitía a lo siguiente: al rato de llegar a uno de sus apartados rincones de práctica contemplativa, le iba naciendo una vana intuición o esperanza de saber más y entender mejor, intuición que se confundía con un opuesto sentimiento de frustración: la certeza de que nunca llegaría a conocer aquello que la superficie, bajo la forma apariencial de paisaje, realmente esconde, lo cual convertía esa esperanza suya en algo un poco vano o decepcionante por adelantado. Era como sentir que el momento de máxima conexión estaba determinado por señales de fatal desencuentro y de inapelable fracaso. O incluso más cruel: que la máxima conexión se producía cuando la derrota se hacía evidente y él se veía condenado a replugar su actitud alerta.

No le había tocado en suerte nacer y vivir en otro lugar más enfático, un paisaje de contrastes y naturaleza polifacética, de escenografía proclive a representar los sentimientos humanos, acaso de por sí tortuosos. Al revés, en la región aledaña a su pueblo nada era brusco, todo resultaba demasiado calmo y armónico. Los cambios eran pausados y se producían según la evolución de las estaciones, por otra parte nunca extremas; y siempre se anunciaban, lo cual los hacía aún menos sustantivos. Y quizás debido a ese medio sin aristas ni eventos drásticos, comenzó a anidar en él la sospecha de una vida en general, la verdadera vida del mundo, sostenida gracias a eventos fenomenales, siempre destructivos, sacrificios mudos e invisibles. Todo ocurre debajo o detrás de la superficie observada, pensaba. La tran-

quilidad de lo visible no es más que la contracara de la constante batalla librada muy lejos de la vista, oculta tras las profundidades. Encontraba una prueba irrefutable de esas sospechas en la belleza contenida en muy distintas situaciones.

Cuando se ponía a mirar el paisaje deseaba anhelantemente que llegaran los momentos de indecisión, como los llamaba; esos momentos en los que resulta imposible discernir lo cercano de lo lejano, cuando la luz es confusa, cuando los contornos se vuelven borrosos, en medio de una lucha que no alcanza a definirse entre irradiación y penumbra, invisibles y al mismo tiempo más nítidos, porque exhiben una variedad de matices que la luz fuerte del día siempre impide. Veía estas cosas concretas y simples, que advertía, sin embargo, le demandaban pensamientos o por lo menos consideraciones complejas, y entendía que no estaba preparado para esa tarea; que si quería describir el conflicto escondido del mundo, la espléndida guerra subterránea de la cual la superficie era consecuencia invertida, debía pintar, nunca escribir, decirlo con imágenes aunque fueran a durar menos, en su observación, de lo que requiere una palabra para ser descifrada y después repetida. Así fue como entendió que debía ser autor de cuadros.

¿Cuál era el paisaje que observaba? Cursos de agua angostos y medio escondidos en la vegetación silvestre, laderas en suave declive que bajaban hacia el cauce de un río también oculto tras una franja de distintos tonos de espesura vegetal, el cielo y las nubes siempre iguales, los movimientos furtivos en la naturaleza, los variados planos de profundidad que por ejemplo se adivinaban en un bosque elevado, los pliegues de sombra en angustiosa quietud, etcétera. Las sesiones de contemplación podían durar bastante, por lo menos hasta que le nacía un pensamiento angustioso: se preguntaba si buena parte de la conmoción que lo dominaba no se debía a la ausencia de términos para nombrar y entender aquel complejo escenario. A veces el paisaje se manifestaba a través de sus cambios: escuchaba un tren lejano, o la voz de algún animal lejano u oculto. Ignoraba los nombres de los arroyos, de los arbustos de cuyas combinaciones de verde estaba enamorado, de los pájaros que era capaz de sentir; ignoraba las denominaciones de las probables morfologías del paisaje, combinaciones alejadas y visibles a la distancia, a las que no podía elogiar mentalmente, pese a conocer muy bien, porque carecía de capacidad descriptiva. Cualquier deseo de organizar aquel paisaje y reflexionar sobre él se disolvía en una suerte de abstracción cada vez más truculenta debido a la falta de palabras adecuadas, su frustración aumentaba, un radical sentimiento de impotencia llegaba a resultarle intolerable, y así esa contemplación, si bien prolongada, terminaba interrumpida más temprano que tarde.

Desde un comienzo, se realiza en sus cuadros una idea de inmovilidad, de espera o luto por la próxima o pasada tragedia, quién sabe, la próxima o pasada tragedia del mundo, el punto suspendido en que está por ocurrir lo peor o lo peor acaba de ocurrir. Es verdad que no suelen verse pinturas que describan el movimiento, pero acá se trata de una detención más patente, podría decirse aislada, como si la quietud no sólo diera a las cosas su personalidad sino también las preservara de cualquier amenaza de distorsión o cambio. Como consecuencia de estas estrategias de la mirada y de la composición, sus cuadros tienden a resaltar lo único dentro de lo indistinto; con la conclusión anticipada, y un tanto deceptiva, de que aquello denominado único precisa de nuestra evaluación para distinguirse, porque nada en la naturaleza lo sostiene más que cualquier otra cosa.

Quizá por eso varias de sus obras se proponen dilucidar un panorama a primera vista obvio, pero que debido a su esfuerzo de representación (mostrar la referida constancia como núcleo esencial y a la vez borroso de las cosas) se torna, ese recorte elegido de la realidad, excepcional, porque es la parte de lo visible que al fin se ha hecho evidente y, sobre todo, contemplable. Por eso, a veces han denostado su arte diciendo que es muy cerebral o demasiado experimental, o directamente algo así como delirante. No obstante, estos argumentos son en sí mismos paradójicos, o en todo caso reveladores de la singularidad en la que se asienta su estrategia, porque al fin y al cabo no se ha propuesto otra cosa que representar una sensorialidad.

Ésta es la arista más curiosa de su talento, una sensorialidad no celebratoria sino más bien problemática, que no tiende tanto a cuestionar el propio trance perceptivo que el sujeto atraviesa (eso sería fácil) sino a suspender la existencia del resto del mundo y de cualquier otra zona de la realidad. Cómo decirlo... Un fragmento de la superficie lunar sin la luna, una porción minúscula del paisaje terrestre aislada del universo, un mapa de hule definitivamente rasgado en un pliegue continental. En la base de esa creencia hay una particularidad de su temperamento contemplativo, que podría resumirse en una breve frase: compenetración y olvido del mundo. Compenetración con el objeto de la observación, y a la vez, como consecuencia del esfuerzo, suspensión del mundo, lo que tiene un efecto de parcialización, siempre hay un recorte que flota en el tiempo.

Esta desconfianza hacia la geografía se apoya también en otro aspecto, y es que siempre la geografía le ha parecido el más irónico de los saberes. El más irónico y el más apasionante, porque tanto en un plano individual como colectivo, la geografía siempre propicia reacciones contradictorias, que tienden a ignorarla, corregirla, denostarla, anularla, enaltecerla, etcétera, y a su vez, la geografía tarde o temprano se arraiga en los hombres y los

desmiente, ésta es una verdad suprahistórica. Pero sobre todo, la geografía es la fachada con que el mundo maquilla y disimula su interminable batalla interior, el mencionado conflicto de las profundidades. Es un conflicto que se manifiesta de distintas maneras, aunque siempre con finales inapelables. Esto él lo sabía muy bien desde un principio, para este personaje no es de ningún modo un dato menor, y esta certeza se tradujo en la confección de sus llamados *cuadros*.

De hecho, ha buscado en su obra reflejar explícitamente ese conflicto. No cree que no se pueda representar por permanecer escondido en las profundidades; al contrario, le parece un tema versátil y en especial variable, incluso opinable. El problema es que se supone que el conflicto de las profundidades debe ser, debido en primer lugar a su nombre, un tema trascendental. Pero él, vedado a los sentidos trascendentes, no encuentra plausible que el arte pase por allí.

Es con esta ambigua enseñanza que regresa a su país, sin adivinar lo que va a encontrar pero con la esperanza de recuperar los silenciosos arrebatos del pasado •

Zoo lógico

CLARA OBLIGADO

para Isabel González

Fernanda, con pasos de gacela, camina por la ciudad para visitar a su madre. Le gusta el barrio, las calles arboladas, la red de sombra tendida en las aceras. Es una casa baja en el barrio de Belgrano, con un jardín de invierno que parece un acuario y un pasillo infinito de helechos estremecidos al contacto con el aire. Su madre abre la puerta agitando la cabellera de leona. Nubes dolorosas de tormenta, cortadas a cuchillo. Llámame Liza, querida, dice, «mamá» me hace sentir vieja. Si estás como siempre, contesta Fernanda, mientras piensa: Qué egocéntrica. Mamá, en Buenos Aires. Papá, en Francia. Separados desde hace mil años. Y Fernanda, ¿qué? Fernanda, como en todo, mitad y mitad. ¿Así que te has casado?, dice Mamá Liza. Sí, y muestra el anillo. Bonito, dice mamá, sin prestar atención. Fernanda ahora vive en París con Raymond, psicoanalista con gran futuro, boda por todo lo alto con su *pointer* de raza. Pasean por Place Vendôme sin bozal, tensando la correa, olfateándolo todo. *Fus*, le dice Fernanda, no tan de prisa, *chéri*, *sit* y su marido se sienta, *platz* y se tumba: muy obediente, así me gusta Raymond. Caricia en la cabeza, galletita y alianza en la pata. Papá también en París, tiernísimo como un oso panda, siempre distraído, trepado a los bambúes. Y ahora ellas dos aquí, cara a cara. Un *ring*. Fernanda con mamá, siempre en guardia. Mamá-leona-Liza se pinta las garras, se afila los dientes, mastica un trozo de pata de gacela, se tiende bajo el árbol del jardín de su casa. Con una zarpa se tapa el bostezo y deja caer la pregunta: ¿Y Diego? Papá-Diego está igualito, mamá, con sus cosas. Solitario, ya sabes, siempre en peligro de extinción. París le gusta. Escribe sus poemas, pasea. Te manda saludos. Ah, dice Mamá-leona. ¿Algo más qué decirse? Silencio. Tiestos de helechos culantrillo. ¿Los sigues regando con agua tibia? Sí, claro, son muy delicados, los cuido como si fueran mis hijos. Fernanda juguetea con la alianza. Mamá Liza bosteza, Fernanda bosteza también. Bueno, dice Fernanda. Bueno, dice mamá Liza. Se ponen las dos de pie: *smuak smuak*, sendas manos se agitan en el aire. Fernanda huye a la calle, abrumada. Y entonces ni Liza ni mamá, ni

Raymond ni el oso panda, ni Buenos Aires ni París y los bambúes, sino todo lo contrario. ¿Hay todo lo contrario? Claro que sí. Suelta el lastre de la infancia, se sacude las nubes negras y abre las alas. La ciudad, abajo, avenidas, callecitas, árboles cabezudos, antenas de televisión. El techo de la casa de su madre, que se aleja. Un chico mira hacia arriba y le estudia las piernas musculosas, ¡bien! Tanguita diminuta, sólo un hilo, un día de suerte. Muchísima polución. Tarda menos de quince minutos en volar hasta el departamento de Bruno y entra por la ventana. Él, como de costumbre, la espera frente a sus libros. Hola, dice, contenta. Bruno, como si ella no se hubiera ido nunca, hola también. Fernanda sacude las alas en las que se le ha pegado el hollín de las chimeneas. En el suelo, apuntes de la facultad. Botellas de vino abiertas, ropa en desorden, y ahora, para colmo, plumas por todas partes. Se miran, fuman en silencio, dibujan un puente de miradas. ¿Qué tal tu marido? Perrísimo, dice ella. Pero no molesta. El único problema es que hay que cepillarlos todos los días. ¿Y tus padres?, insiste Bruno. ¡Años que no los veo, desde los veranos que pasábamos juntos! Mamá-Liza-leona tan egoísta como siempre, acabo de estar con ella. Papá-Diego sigue en París, con su nueva mujer. Ensalada de bambúes todos los días. ¿Y las proteínas? De cuando en cuando, un huevo, con eso alcanza. Mientras hablan, como quien no quiere la cosa, se desnudan, los apuntes un remolino blanco en el centro de la habitación, los libros en aleteo rasante sobre los cuerpos que se aman. Una hora más tarde, Fernanda todavía las alas enormes, desplegadas como palmeras, cabezotas agitadas por el viento, abanicos de bruma, atraviesan las nubes y latigazos de sol en carne viva. Abajo hay una playa. Aterrizan y Bruno va dejando una huella de ropa, corre por la montaña que se vuelve arena, a grandes zancadas entra en el mar tembloroso. Ella, las olas que crujen, la gracia delicada de sus patitas de pájaro en la orilla, un salto hacia adelante, dos saltos hacia atrás. Qué frío. Y entonces Bruno mar adentro corcovea, las nalgas de hombre, la poderosa espalda de delfín, con saltos y piruetas peina el ronquido de las olas. Fernanda no más pájaro, para qué, se estira ya cetáceo, se entrega al gozoso apareamiento contra el vientre de plata. Y se hace una promesa: Seré fiel a Bruno, monógama a este amante de espuma suave músculos tensos silbidos medulares que me persigue nadando alrededor, cópulas breves y repetidas, qué bestial. Salen exhaustos del agua, y ella se ajusta el bikini, está oscureciendo cuando se funden otra vez y caen a la bóveda celeste de galaxias espirales, astronautas ateridos, bengalas, planetas, cúmulos abiertos, colisiones de asteroides y estrellas rezagadas, tremendos rayos gamma, Bruno, con su enjambre de quásares luminosos, Fernanda supernova que refulge, puro big-bang, orbitando •

SANTIAGO KOVADLOFF

ÁCIDO

**El mundo, enigma interno
y el yo charcos de agua turbia.**

Permítanme presentarme:

**buen tenedor de libros,
dos en cada mano**

y uno ante los ojos.

Altura media y no más,

piel oscura que encanece

y siempre un que no, que no,

sueño trunco o cielo opaco.

**Fui consistente hasta que ser
pasó de moda.**

Hoy sólo soy cortés.

A solas conmigo

le pregunto

qué hago aún.

SEMBLANTE


Propongo piezas sueltas,
me atengo a lo más turbio:
tu mirada, por ejemplo,
en aquella tarde gris
o el vaivén de la percha desnuda
repitiendo entre la ropa
que no estás.

¿Quién hilvane mis retazos
sabrás de mí lo que ignoro?
¿O hará, como el mago,
brotar lo que no había?

El sitio donde termina el mar para que pueda comenzar el bosque *[fragmento*]*

RODRIGO FRESÁN

I
Lo primero que filman, por supuesto, es la biblioteca. Primeros planos y planos generales y acercamientos y distanciamientos en los que se alcanzan a leer títulos y no se alcanzan a leer apellidos. O viceversa. Aunque, claro, algunos títulos legibles activen automáticamente el apellido en letra más pequeña. O al revés. Acción y reacción. Alfa y Omega. Serpientes que se comen la propia cola o se estrangulan con ella. Estantes y más estantes. Y cabe preguntarse si son los estantes los que aguantan a los libros o si son los libros donde se apoyan los estantes. O ambas cosas. Libros de pie, libros al pie de la biblioteca, libros acostados, libros acostados detrás de libros de pie, libros de rodillas, libros reclinados e inclinados, como si rezaran a otros libros más arriba pero por debajo de otros libros más alto aún; a pesar de que la posición de éstos y aquéllos no signifique nada y revele menos en cuanto a calidad y prestigio y afecto y admiración de quien los leyó. No hay jerarquías claras ni favoritos evidentes; no hay orden alfabético o cronológico o geográfico o genérico. Todos juntos ahora, todos mezclados, y los libros alcanzan el techo y hasta suben por las escaleras, cubriendo los escalones como si fueran una variedad policroma de kudzu; convirtiendo esas escaleras de madera en escaleras de libros que alguna vez brotaron de la madera. Libros que de la madera salen y a la madera retornan. Libros que se transitaron como escalas en un ascenso sin cima ni destino. Libros subiendo por el solo placer de seguir subiendo y continuar leyendo hasta el último peldaño, no de una biblioteca pero sí de una bioteca: de una vida hecha de libros, de una vida hecha de vidas. Sí: la biblioteca como un organismo vivo y en constante expansión y sobreviviendo a dueños y usuarios.

 * De la novela *La parte inventada*, que acaba de publicar Random House.

Una biblioteca sin límites precisos en la que nunca se encuentra el libro que se está buscando pero en la que siempre se encuentra el libro que debería buscarse.

Una biblioteca que, a veces, se deja caer (hay casos documentados) y, mientras éstos extraen o agregan un libro, aplastan a sus dueños hasta una muerte que no es feliz pero, seguro, hay muertes peores, formas mucho más vulgares y menos ilustradas de morir sepultado.

Una biblioteca que, de tanto en tanto, deja caer el fruto maduro de un libro al suelo, como empujado por la mano de un fantasma o de su dueño, que no es un fantasma exactamente pero... Y el libro se abre y allí se lee, por ejemplo, como ahora mismo, subrayado hace años por una de esas fibras de tintas que resaltan todo con un brillo casi lunar, algo como «No te enojés porque nuestros personajes no siempre tengan los mismos rostros; así están siendo fieles a la vida y a la muerte». O algo como «Está el folklore, están los mitos, están los hechos, y están todas esas preguntas que permanecen sin respuesta». Y, al lado de esa frase atrapada en un globo de cómic que no conecta con ninguna boca, la irregular letra imprenta manuscrita y pequeña pero tan leíble, tan leída. Letra de alguien que siguió escribiendo a mano a pesar de teclados cada vez más livianos y blandos y plasmáticos. Letra más de científico loco que de médico cuerdo (¿Slow Writer Sans Serif Bold?), añadiendo, en tinta roja junto a la cita en negro sobre blanco, un «Y esas preguntas sin respuesta no son otra cosa que el folklore y los mitos y los hechos de una vida privada, muy privada: PLEASE, DO NOT DISTURB».

Una biblioteca con libros cubiertos de polvo. Polvo doméstico que, en un noventa por ciento, no es otra cosa que materia muerta desprendiéndose de seres humanos y que, dicen, es factor clave para la buena conservación de los libros. Así que no desempolvamos del todo ni demasiado seguido y, ah, justicia poética y justicia literaria: nosotros nos deshacemos para que los libros se mantengan enteros y del polvo de nuestras historias venimos y al polvo sobre los libros volvemos. Volvemos a una biblioteca —como toda biblioteca— frente a la que uno puede pararse como contemplando las ruinas nobles de un mundo perdido o los materiales nuevos de un mundo por encontrar.

«No te enojés porque nuestros personajes no siempre tengan los mismos rostros; así están siendo fieles a la vida y a la muerte».

Una biblioteca a la que, de tanto en tanto, por accidente y como después de un accidente, desorientados por el *shock* del impacto, llega alguien para quien los libros y, sobre todo, la acumulación de libros, es un incomprensible misterio. Porque para demasiadas personas los libros se usan y se gastan y qué sentido tiene conservarlos. Ocupan tanto lugar, hay que sostenerlos y pesan, son tan sucios y, aunque no se diga en voz alta, los libros son demasiado baratos para ser algo bueno y provechoso, se susurra. Y, así, una biblioteca que bien puede provocar entre los visitantes accidentales —con una curiosa mezcla de respeto, inquietud y desprecio, como si se refiriesen a invulnerables y abundantes cucarachas, a una plaga o a un virus— un «Pero ¿has leído todos estos libros?». Visitantes que preguntan eso porque no se atreven a preguntarse lo que en realidad no quieren saber: «¿Cómo es que yo he leído tan pocos libros? ¿Cómo es que en mi casa apenas hay libros y casi todos son de fotos y algunos de fotos de casas con bibliotecas en las que apenas hay libros salvo libros de fotos y por qué en el lugar de libros, de libros con letras, en sus lugares, hay demasiadas fotos de personas a las que se supone que debo querer incondicionalmente pero cuando lo pienso un poco, con un par de copas encima, la verdad es que me parecen casi todos unos verdaderos y auténticos...?». Son éstos los mismos turistas maleducados —a los que no les produce ninguna extrañeza la cantidad de cruces en las iglesias o de billetes en los bancos o de comida en los mercados— que se sienten tan cordiales y satisfechos y supuestamente interesados, pero manteniendo una distancia de seguridad, por la inquietante fauna local cuando, a continuación, te preguntan «¿De qué tratan tus libros?». Y, sí, es para ellos que se ha inventado el *status* del libro electrónico donde —ialeluya y eureka!— se ha conseguido hacer comulgar a la televisión con la impresión: para descargar y no cargar, para adquirir y acumular y no abrir ni pasar página. Y para que —tan satisfechos de que dos mil títulos puedan ser levantados por una sola mano— los libros no estén todo el tiempo ahí, a la vista, recordando con su atronador silencio todo lo que no se ha leído ni se leerá. Todas esas líneas verticales y líneas horizontales y todos los colores y blanco y negro. Y la respuesta a lo de antes (a la incredulidad envidiosa de que alguien haya sido capaz de consumir y procesar todo ese papel y tinta) es «Sí, los he leído todos... ¿algún problema?». Y, también, la respuesta es no. Porque hay libros que se compran y se guardan para el futuro, como si se almacenase alimento para una gran sequía o para una nueva edad glaciaria. O para abrazarlos o cubrirse con ellos, en los compartimentos de una nave espacial, a la caza de un nuevo hogar, mientras afuera todo estalla y se funde y se apaga. Libros que, aunque no se hayan leído y, tal vez, no se lean, cumplen una función clave, imprescindible: esos libros son el pasado y el

futuro y, también, el presente del imaginar (otra forma de lectura, después de todo) el qué cuentan, de qué tratan. No juzgándolos pero sí intuyéndolos o adivinándolos a partir de portadas y fotos de autores y breves biografías y sinopsis en sus más o menos anchas espaldas y en sus menos o más esbeltas solapas.

Una biblioteca que se las ha arreglado para sobrevivir al margen pero no en los márgenes de esas cámaras fotográficas de páginas, de esos depósitos de letras. Artefactos que no se pueden oler ni prestar ni robar ni arrojar contra una pared; ni permiten el inesperado reencuentro con algo (nota o foto o recorte) en sus tripas; ni nos ayudarán a comprender la naturaleza de alguien cuando, recién llegados a una casa, nos acercamos hasta la biblioteca para leer títulos como si decodificásemos las manchas inconscientes de uno de esos test psicológicos.

Una biblioteca con demasiadas encarnaciones de *Tender Is the Night* y de *Tierna es la noche* o —según la traducción— *Suave es la noche*, y hasta una *Tendre est la nuit* y *Ночь нежна* y *Yö on hellä* y *Zärtlich ist die Nacht* y *Գիշեր և փնուշ* y *Tenera è la notte*, todas de Francis Scott Fitzgerald y de *Фрэнсис Скотт КейФицджеральд* y de *Ֆրենսիս Մեր Ֆիցջերալդ*.

Una biblioteca donde, a modo de decoración, como puntuando el fluir discursivo de los libros, hay también una primera edición en *long-play* (precintada, envuelta en su funda negra, sin abrir nunca) de *Wish You Were Here* de Pink Floyd; una no muy vieja pero instantáneamente antigua cámara digital (una de esas calcomanías en su flanco de metal, de las que se aplicaban a los flancos de los viejos baúles de viaje. Donde se lee «Abracadabra»); y un pequeño y primitivo y atemporal juguete de hojalata. Un hombre a cuerda, llevando una maleta sin necesidad de incluir baterías o interruptores. Uno de esos objetos que parecen haber sido fabricados para provocar incontenibles ganas de agarrarlos en todo aquel que los mira. Y hacer girar la llave que se clava en su maleta. Y de ponerlo a caminar. Y, sorpresa: de hacerlo, de sucumbir a su encanto, el hechizado descubrirá que este juguete (algo anda mal, o tal vez no) no avanza sino que retrocede, que sólo puede ir marcha atrás, como revisitando su viaje. Y, junto al juguete, la reproducción postal de un cuadro que muestra un reloj con sus tripas al aire. Resortes y engranajes, curvas cubistas y, mejor, ya es hora, encender los motores de lo que aquí se contará y *play* y *record* y mirar por el visor como se espía por el ojo de la cerradura que conduce exactamente aquí [...] ●

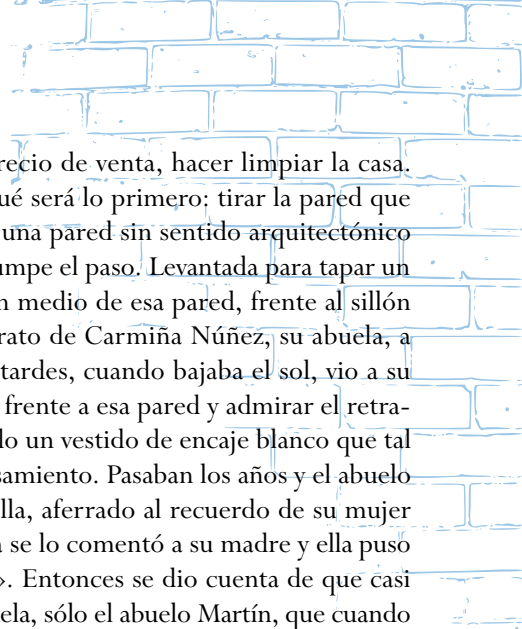
El abuelo **Martín**

CLAUDIA PIÑEIRO

PASA A BUSCAR a su hijo a las nueve en punto, como cada sábado, así lo acordó con Marina cuando se separaron. El niño se le abraza a las piernas en cuanto su madre abre la puerta. Casi sin más palabras que un saludo, ella le da su mochila. Pedro le pide una campera. «No creo que haga falta», dice ella pero él insiste. No le aclara que llevará a Julián fuera de la ciudad, a la casa del abuelo Martín, donde la temperatura siempre es unos grados menor. Para qué, ella empezaría con sus recomendaciones: que los caballos pueden patear al niño, que el estanque es peligroso, que no vaya a treparse a ningún árbol. Las mismas recomendaciones que daba cuando estaban casados y que hicieron que Pedro dejara de ir. Ahora se arrepiente, la muerte del abuelo Martín, tres meses atrás, canceló cualquier reparación posible.

Es un día de sol y la ruta está vacía. Pedro pone uno de los cedés preferidos de Julián, pero antes de salir de la ciudad el niño ya está dormido. Siendo así, él prefiere el silencio y dedicarse a pensar en lo que tiene que hacer. Su madre le encargó ocuparse de la venta de la casa. A él no le cayó bien el encargo, bastante tiene con sus cosas, pero era el candidato natural para la tarea y no pudo negarse. No sólo fue siempre el preferido de su abuelo sino que además es arquitecto, qué mejor que un arquitecto para poner a punto una casa que se quiere vender. En la familia todos dicen que Pedro es arquitecto por el abuelo Martín. Mientras sus hermanos y primos andaban a caballo o se metían en el estanque, él lo acompañaba en las múltiples tareas que le demandaba la casa. El abuelo tenía una empresa constructora y aunque no estudió arquitectura era como si lo hubiera hecho. Incluso mejor, muchas tareas las realizaba con sus propias manos: levantar una pared, pintar un ambiente, reparar los techos. Lejos de venderla y por el cariño que le tiene, si no fuera tan desastroso el estado de sus finanzas después del divorcio, Pedro se quedaría con esa casa.

Pasa la tranquera y se alegra de que su madre se haya ocupado al menos de deshacerse de los animales. A él le tocaría, además de las reparaciones,



contactar una inmobiliaria, fijar un precio de venta, hacer limpiar la casa. Sin embargo, Pedro tiene muy claro qué será lo primero: tirar la pared que su abuelo levantó en medio del living, una pared sin sentido arquitectónico que divide el ambiente en dos e interrumpe el paso. Levantada para tapar un dolor o fijarlo para siempre. Porque en medio de esa pared, frente al sillón preferido de su abuelo, colgaba el retrato de Carmina Núñez, su abuela, a quien Pedro apenas conoció. Muchas tardes, cuando bajaba el sol, vio a su abuelo sentarse con un vaso de whisky frente a esa pared y admirar el retrato. Una mujer morena, bonita, luciendo un vestido de encaje blanco que tal vez haya sido el que usó el día de su casamiento. Pasaban los años y el abuelo Martín parecía seguir enamorado de ella, aferrado al recuerdo de su mujer muerta. O eso creía Pedro. Pero un día se lo comentó a su madre y ella puso mala cara: «De esa mujer yo no hablo». Entonces se dio cuenta de que casi nadie en la familia mencionaba a su abuela, sólo el abuelo Martín, que cuando insinuaban algún enojo, decía: «Todos hablan, pero nadie sabe». Muchos años después se enteró por una prima de que su abuela no estaba muerta sino que se había ido con otro hombre. Nadie supo más de ella, si formó otra familia en alguna parte del mundo, ni siquiera si seguía viva o no. Nadie la volvió a mencionar, excepto el abuelo. Para él ella seguía inmaculada, en su vestido de encaje con el que la veneró tantas tardes, frente a esa pared que Pedro se dispone a tirar.

A poco de llegar, Julián ya se mueve en el lugar como si fuera su casa. «¿Me querés ayudar?», le dice Pedro cuando pasa junto a él con las herramientas. «No», contesta el niño y se sube al columpio que cuelga de un árbol. Él se ríe, le gusta que Julián haga lo que tenga ganas. Entra a la casa, deja las herramientas junto a la pared y descuelga el retrato. Lo deja a un costado, ya verá cómo deshacerse de él más tarde. Toma cincel y martillo y empieza a golpear. Se pregunta si Marina, a pesar de haberlo negado, lo habrá dejado, como su abuela, por otro. El cincel se clava con facilidad, la pared es hueca. No le sorprende, no debía sostener nada, apenas un cuadro. Apoya el cincel y golpea otra vez, los ladrillos casi se le desarman en la mano. Y una vez más. Hasta que el cincel se engancha y queda atrapado. Pedro tira y la herramienta sale con un pedazo de encaje blanco, sucio, envejecido. Se queda sin aire. El estómago le da un vuelco. Rompe la pared con los puños hasta que aparece el vestido de su abuela y su esqueleto sostenido por la tela que impidió que se convirtiera en un manojito de huesos. Mira por la ventana, Julián acaba de saltar del columpio y viene hacia la casa •

Mientras ella duerme

NORBERTO LUIS ROMERO

HASTA AQUEL jueves maldito, ella ni siquiera había imaginado que cada noche, durante mis paseos insomnes por la casa, como un murciélago, fumando, desvelado por sus ronquidos poderosos, yo tejía y destejía el asesinato; urdía la forma mejor, la única posible para el crimen perfecto, para enviarla a mejor vida y librarme de su carga, de sus ciento treinta kilos de entonces y de su agresividad y violencia descontroladas y crecientes.

El sueño se le volvió pesado, con la contundencia del plomo, desde que engordó, y ni una salva de cañonazos o una estampida podrían interrumpir su dormir profundo, ese mundo oculto en las simas más profundas de su cerebro, cuya entrada clausura con sus párpados hinchados. Era también una ventaja, en aquel entonces, un salvoconducto que me permitía andar a mi antojo por la casa, leer varias horas, tomar apuntes, trazar el esquema y las etapas de mis planes con cálculo preciso; ardua y meticulosa tarea ahora malograda por culpa de Charo.

Buscaba la manera perfecta de deshacerme de tanto hastío a su lado, de una desilusión insalvable cuya envergadura y solidez parecían aplastarme como una lápida; y de evadir los reiterados, constantes malos tratos a los que todavía hoy me somete, y que arrecian a medida que su amistad con Charo se consolida, se hace más íntima, con esa especie de baba envolvente que las une en la confianza y la risa; y también a medida que su cuerpo amorfo agrega paulatinas cortezas de tejido adiposo hasta hacerla desbordar del lecho, embotarle el sentido común, entorpecerle la movilidad y agriarle el carácter.

Todavía hoy, a pesar de todo lo ocurrido, se interna en los laberintos sagrados del sueño, en las imágenes y sonidos donde se extravía y disfruta cada noche como una reina, dédalo misterioso desde el que emite sus ronquidos emponzoñados, sirena poderosa y sincopada que atruena en la noche y me impide dormir. Ciento cincuenta kilos ahora son demasiado volumen,

demasiada mujer que satisfacer cuando ya no me interesa, cuando la náusea y el odio me dominan cada vez más y ni siquiera soporto el roce de su piel. Sé que ella no tiene la culpa de su patética transformación, que una extraña e incurable enfermedad es la causa; pero tampoco tengo la culpa. Y lo peor de todo es que se ha acostumbrado a su mole, la juzga como un regalo de la naturaleza, e incluso se siente atractiva, cuando no irresistible; y se pinta y perfuma poco antes de que llegue su amiga. Está orgullosa, íntimamente halagada con sus kilos, con la incapacidad para abandonar la cama en la que yace tumbada a la bartola desde hace más de un año mirando televisión, leyendo revistas de moda y de cotilleos de estrellas de cine, hablando por teléfono con quien yo me sé, comiendo golosinas a todas horas, arrojando al aire sopores fétidos, invadiendo todo el cuarto con sus ventosidades ruidosas. Y ahora, claro, desde que Charo la visita está mucho más contenta, más feliz.

Su gordura, hedores y ronquidos no fueron los únicos motivos que me produjeron esta espantosa repulsión que todavía hoy persiste y se acentúa; lo es también su carácter, que desde que apareció este extraño mal se le volvió áspero como la carne de un membrillo, acre con el tiempo y ahora arbitrario y violento. El problema se acentuó, se duplicó cuando, a mi preocupación por hallar soluciones viables, tuve que sumar la manera de deshacerme de semejante mole sin levantar sospechas ni dejar huellas, sin contar con un cómplice (ni remotamente se me ocurrió pensar en Charo, es obvio, afortunadamente, hubiera sido el error de mi vida) que me facilitara las cosas, aun sabiendo los inevitables riesgos que entraña compartir un delito de tal calibre: jamás tuve fe en el trabajo a medias, en las sociedades, que siempre acaban en enemistad y con la pérdida de alguna de sus partes.

En aquellos días, que hoy rememoro a pesar de todo con cierta nostalgia, a primera hora de la mañana ponía a buen recaudo mis apuntes, mis croquis, arrojaba a la basura las colillas testigos del insomnio, escondía las novelas con párrafos subrayados en rojo. De estos actos rutinarios, el único que conservo es el de volver a meterme en la cama a su lado muy temprano, mientras ella todavía duerme, y, haciendo equilibrio en el filo del colchón, me arriesgo a perecer bajo el alud adiposo si ella se diese la vuelta en sueños. Cuando abre los ojos, convencida de que he pasado la noche allí, junto a su gigantesca presencia, bostezo fingiendo despertar y le doy los buenos días a la par que le estampo un beso baboso en su mejilla rechoncha, un beso de venganza cuya esencia malvada ella ignora. Es entonces cuando comienza a quitarse las telarañas del sueño, expulsa ostentosas ventosidades que alivian su vientre y se dispone a ordenarme el succulento desayuno que debo llevarle a la cama. Cuando acaba y eructa me recuerda que me ponga la bata

y empiece a ocuparme de todas las tareas domésticas que ella dejó a un lado desde que engordó y decidió, además, que había llegado el momento de gratificarse de los sacrificios del matrimonio con un largo descanso, mientras que yo, en justa equidad, la relevo de las fatigosas labores domésticas. Ocupaciones que cumplo a rajatabla y que, contrariamente a lo que podría pensarse, no son mi mayor motivo de irritación, como tampoco lo son su gordura, ni su soberbia, ni sus gritos y olores, sino el hecho de que se dirija a mí en femenino con indignos modales, incluso para dirigirse a una sirvienta. No me subleva tanto que me llame cabrón, cerdo y otras lindezas, como lo hacía los primeros tiempos, sino «cabrona», «cerda»..., escarnios de los que abusa desde que apareció su íntima amiga Charo, y comenzó a frecuentar la casa los jueves por la tarde.

Al principio me rebelé a su trato injusto y la increpaba, discutíamos y peleábamos hasta desgañitarnos y enronquecer. Después me pareció más decorosa la indiferencia y opté por no contestarle, y responder a sus órdenes con un melodioso «Sí, mi amor», «Sí, cariño», mientras en silencio paladeaba la semilla de mi hoy frustrada venganza. También me resultaba humillante que arreciara sus malos tratos delante de Charo, íntima de la infancia, según ella, y para mí surgida como por arte de magia; que, aunque mantuvo la boca cerrada delante de mí hasta aquel jueves aciago, aprobaba en todo momento la conducta de mi mujer, y me consta que la acicateaba en mi ausencia con alguna de sus malsanas fantasías para enardecerla más.

Los jueves llamaba a la puerta del dormitorio con tres golpecitos discretos; ellas callaban ante mi presencia y se dirigían miradas cómplices. Yo les servía en silencio el té con pastas en una de esas mesitas especialmente hechas para colocar sobre la cama, que adquirí cuando empezó todo este desagradable asunto. Allí las dejaba parlotando y riendo como hienas, hasta que un grito de mi mujer: «Ven aquí, guerra, que ya hemos terminado», me obligaba a recoger el servicio, las migas de la colcha y la alfombra (actualmente a esta rutina se le agregan otras más dolorosas), y a acompañar a Charo hasta la puerta, justo hasta el instante en que ella se daba la vuelta y mirándome con sus ojos de pescado me sonreía y se despedía de mí: «Hasta el jueves, cerdita», como todavía hoy lo hace, y yo me quedaba allí, parado en la escalinata y viéndola atravesar el jardín en equilibrio sobre las piernas flacas como de alambre, y llevando bajo un brazo la caja de cartón alargada con que apareció el primer día, que es poco menor que una de zapatos, cuyo contenido era un misterio para mí y que hoy está un poco destartada por el uso. Y desde entonces no deja de atosigarme el deseo inmenso de mandarla a freír espárragos y cerrar la puerta de un golpe para no abrísela nunca más... pero ella se lo contaría todo a mi mujer, que increparía mi falta de tacto, de gentileza, reprochándome que espanto a sus amigas con mi mal carácter.

A diario acometo mis tareas: limpiar el polvo, pasar el aspirador, recoger, seleccionar la ropa para la colada, preparar la comida, hacer la compra con la misma dignidad y responsabilidad con que pergeñaba el crimen... Todo esto lo hago a gusto, pero lo que no deja de hacerme sentir humillado es ir a la compra con el carro de loneta floreada, sobre todo por lo de la bata boatiné (que era de cuando ella estaba delgada, y que por obligación llevo puesta a todas horas), porque desde la ventana grande del dormitorio, que me hace abrir al amanecer, me vigila y controla, y como perciba un vago ademán de quitármela me organiza un follón, me monta una escenita que se oye desde la manzana vecina. De todas formas, ya no se ríen abiertamente de mí como antes, se habituaron a verme así, sentado en un banco del parque, con el carro a rebosar, haciendo tiempo bajo el sol y dando de comer a las palomas. Tampoco soy el único, hace días vi a un señor también en bata rosa. Comentarios a mis espaldas sé que los hay, y risitas, pero todavía mantengo la esperanza de reír el último.

Antes, en el fondo del carro siempre traía oculto algún libro de última adquisición; invariablemente una novela policial en la que inspirarme, desbrozar de espinas el camino hacia mi liberación. Tal vez cometí un error aquel jueves cuando Charo reparó en el creciente volumen de la biblioteca y me lanzó, tras echar una mirada rápida a los lomos de los libros, un comentario irónico que creí esquivado: «Cuántos libros policiales tiene usted, cerdita», y le contesté que había heredado esa predilección de mi padre, y, en un arranque de debilidad, y deseoso de agradarle, agregué que si le gustaba alguno podría prestárselo cuando quisiera; Charo siempre me llama únicamente «cerdita»; mi mujer, en cambio, utiliza todo un abanico de apodos, la mayoría extraídos del reino animal: «burra», «lagarta», «vaca», «foca», «gallina», «gusana»... y cuando su enfado supera los límites estrechos de su paciencia (cosa muy frecuente): «puta» o «frígida».

Pero de todos los insultos a los que me somete, el que más me molesta es el de «estúpida»; acaso porque mi madre me llamaba así cada vez que me resistía o me negaba a llevar los horribles vestiditos llenos de volantes y lazos, que habían sido de mi pobre hermana muerta prematuramente. No sé, son inusitadas y múltiples las maneras de disolución del amor e inescrutables las heridas de la infancia.



Desde aquel jueves que Charo hizo ese comentario, escondí cada libro que compraba dentro de un viejo baúl con candado, en el altillo, pero sólo los que podían serme útiles, a los otros, los que no valían para mis planes, una vez leídos los quemaba por la noche en la chimenea, y en verano los arrojaba hoja por hoja a las aguas del inodoro.

Y un jueves ocurrió lo imprevisible.

Llegó Charo sobre las cuatro de la tarde con las pastas de té y esa otra caja bajo el brazo, que hasta esa tarde había constituido un misterio, y se encerró en el dormitorio con mi mujer a merendar, reírse y murmurar del vecindario. Mientras limpiaba el polvo del salón las oí más animadas que de costumbre, no paraban de hablar y de reír, cacareando como gallinas en celo. De pronto se abrió la puerta y apareció Charo:

—Cerdita, haga usted el favor de ir a por más pastas. Estamos más hambrientas que nunca.

En el camino a la pastelería, vi a lo lejos a aquel otro señor con bata rosa saliendo de la librería y me compadecí.

Cuando regresé, nada más trasponer la puerta de calle, oí los gritos de mi esposa llamándome. Entré en el dormitorio y vi mis libros desparramados por el suelo y sobre la cama, y a Charo, muy envarada en la silla, junto a la ventana abierta de par en par, con los ojos más saltones y brillantes que nunca.

—¿Quieres que la cierre? —balbucí.

—¿Esto qué significa, guarra? —fueron las palabras de mi esposa, instalada cómodamente en el borde peligroso de la cólera, agitando en alto uno de los esquemas de mi plan.

—Son todos iguales —apostilló Charo—. Unas cerdas.

Y sin darme tiempo a articular una excusa, mi mujer comenzó a arrojarme a la cabeza un volumen tras otro. Charo cogió *Extraños en un tren* (mi preferido), e hizo otro tanto, con tan buena puntería, que me dio en un ojo con una arista. Y al ver mi ojo amoratado y lloroso, las dos soltaron una carcajada sonora y prolongada que les arrancó lágrimas.

Hoy deduzco cómo fue que mi mujer se enteró de la existencia de los libros en el altillo, aunque no sé cómo dio con la llave del baúl donde estaban los más comprometedores, los que tienen frases subrayadas por mí, croquis y apuntes de mi plan metidos entre las páginas: Charo lo había sospechado cuando advirtió el baile constante de títulos en las estanterías y me había delatado.

—¡Ven aquí, cerda! —me ordenó mi mujer cuando arreciaron sus carcajadas pero sin perder la sonrisa maliciosa. Y vi con insalvable nitidez las espinas afiladas de la ira perfilándose en su cara fofa y enrojecida, a punto de lacerarme. Temblando, igual que cuando mi madre me ponía aquellos

vestiditos, le obedecí, me acerqué a ella como si anduviera sobre cristales o entre un campo minado. De soslayo vi a Charo que no dejaba de observarme, muy quieta, con una sonrisa húmeda colgándole de la boca apretada, con los ojos de pescado iluminados por la repentina e íntima alegría de una malicia desatada y dispuesta a abalanzarse sobre mí con la misma puntería con la que me había arrojado la novela.

—¿Qué quieres, cielo? —llegué a articular entre lágrimas, un instante antes de que me agarrase por el cuello de la bata boatiné con sus enormes manos y me tironeara hasta dejar mi cara pegada a la suya, enrojecida de ira, sudorosa.

—¿Así que quieres deshacerte de mí, no, estúpida?

Hacía uso del insulto que más me dolía y creí estar oyendo la voz de mi pobre madre; me pareció llevar puesto uno de los vestidos respuntados de rojo, notaba el peso de sus volantes, el crujir de las faldas almidonadas, la rigidez de las enaguas de armar rozándome los muslos con su aspereza de mosquitero. Atiné a negar con la cabeza antes de enmudecer entre las manos poderosas y rechonchas, que en nada se parecían a las finas y elegantes de mamá. Y oí a Charo detrás de mí, que la azuzaba: «Sujétalo, querida». Y mi mujer le obedeció en el acto y me cogió por la nuca arrojándome sobre la cama, me dejó tendido prácticamente encima de su cuerpo, arqueado sobre su enorme vientre, con las piernas colgando fuera de la cama y la cara sepultada entre sus pechos enormes, hasta casi ahogarme.

—¡Sujétalo bien! —sonó a mis espaldas una voz metálica y afilada como una navaja. Y sentí unas manos frías, terriblemente heladas, manosearme aquí y allá, buscando descaradamente en la entrepierna.

—¡Frígida! —volvió a resonar la voz aguda, de loca histérica, un tono que sólo a mi madre le hubiera consentido.

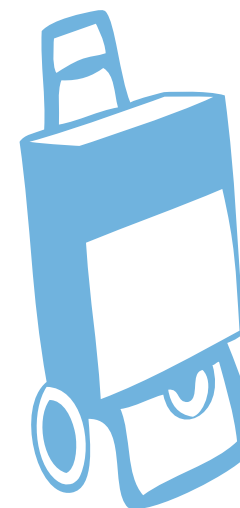
—¡Estúpida zorra, te vas a enterar! —gritó mi mujer, y me oprimió con más fuerza a su cuerpo grasoso obligándome a sentir todos sus olores—. ¡Ahora, Charo, querida!

Y la cara de pescado desabrochó con pasmosa pericia la hebilla de mi cinturón, me bajó los pantalones dando un tirón certero; también las bragas rojas de encaje que me obliga a usar todos los jueves la gorda, y me subió la bata boatiné que sujetó atándomela a la cintura.

Mientras intentaba recomponer en mi cabeza lo que estaba ocurriendo, todo ese cúmulo de desagradables sorpresas que se mezclaba anacrónicamente con trozos de mi infancia, miré por la ventana hacia el jardín, y vi al individuo aquel de la bata rosa, con el carro de la compra sujeto a una mano, mirando hacia dentro con gesto de compasión. Escuché a mis espaldas un frufú urgente que me indicó que Charo se estaba despojando de su ropa.

Quise darme la vuelta, pero las tenazas de mi mujer me lo impidieron, y en ese mismo instante, el desagradable tacto de una piel helada y áspera se pegó a la mía, y unas manos hambrientas y torpes me hurgaron con inusitada premura y voracidad. Mi mujer arreció su abrazo mortífero, me mantuvo inmovilizado, con la cara sepultada entre sus enormes pechos azulados y agrios. Por el miserable espacio que ese horizonte cóncavo me dejaba libre, vislumbré una mano de Charo palpando a ciegas el revoltijo de mantas y de libros en busca de su emblemática caja de cartón, y más allá, en el jardín, al individuo compungirse.

DESDE ESE JUEVES aciago que complicó mis desvelos, que me privó de los libros, sin imaginación apenas para fraguar un plan, me sumerjo cada noche en la miseria, en la desesperación y la impotencia. Mi mente se extravía en suposiciones, se enreda en una apretada madeja de confusos o vagos incidentes y sucesos pasados cuyo extremo jamás hallo adecuado a mis desvelos. Todo se me mezcla de manera patética: el perverso motivo de sus risas y gritos histéricos, que inundan la casa después de la hora del té; el terror a los jueves; el cuerpo desnudo de Charo, más próximo al de un ave zancuda que a un ser humano, los arañazos, la increíble fuerza de mi mujer, los insultos, dos extraños en un tren, vestidos con sendas faldas de volantes, urdiendo un doble asesinato, mis libros destruidos, mi insomnio mientras ella duerme y ronca, y el artefacto terrible de la caja de cartón con el que Charo me tortura, mientras su desgraciado marido, en bata y con el carro de la compra, nos mira embobado por la ventana •



De *La encendida calma*

[fragmentos]

ALBERTO SZPUNBERG

Il vero amore è una quiete accesa
GIUSEPPE UNGARETTI, Silenzio in Liguria.

VI.

**Todo el amor cabe en la mano
cuando la mano se vierte sobre un cuerpo
que se derrama de goce
al roce de la mano:**

**de un cuenco a otro cuenco
se vuelca la transparencia
que calma la sed más antigua,
los veranos más violentos,**

**y de esta ligereza nace el empeño
de desmentir la gravedad del mundo,
hasta que se cuelen por entre las caricias
sus cuerpos suspendidos,
únicos.**

VII.

**Huelen a hoteles imprecisos,
valijas entreabiertas, destinos mal hablados:
lo que uno busca en el otro
se evade entre gestos confundidos, azarosos,
por una calle que conduce a lo que hoy ya es distinto:
la última verdad se desvanece en cada encuentro
y en ella se hacen fuertes,
sin embargo,
los días.**

VIII.

**No hay después, no hay más tarde, no hay mañana,
sino el gesto de ella en la tibia desnudez que continúa
las horas más duras, las de siempre,
como si todo siempre comenzara.**

**El aire se inquieta por las cartas que no llegan
y agita las cortinas cerradas a la tarde.**

NO AMINORA EL TREN LA MARCHA

a Isidora Aráoz

*Estaban quietos los cielos
En Yacanto
Al parecer moría, no lo sé
Mi hermano, el más pequeño
Los membrillos no habían madurado aún
Y en sus verdes huevos seguía guardada la cría del tero
Un cierto tinte rojo allá
Atrás, en la montaña
No lo he visto yo morir
Más que otros días
Al señalar algunas de esas florecitas tibias
Silvestres
Que esplenden en las lomadas
Esto me da paz —decía
Me hubiera gustado esa tarde
Echar un galope tendido, a campo traviesa
Saltar cereos, una y otra vez
Cruzar los ríos
En mi yegua baya
Correr, correr hacia los oradores de la montaña*

He visto, al fin, una gran ciudad: voraz, tormentosa, amante terrible. He visto al hombre desnudo en ella, atosigado, criminal, cerniéndose sobre otros, chirriando dientes, adosado a sus paredes, monumentos, espiando en las iglesias vacías. Y este tumulto, sin embargo? Qué llevan todos en sus miradas que los une, que los compacta contra el tiempo o los latigazos de la tormenta? Cómo es posible que no giren como plumas en el vendaval? Atornillados a raíces, sus suelas adheridas a la breca. Oh! Es apenas una hebra de acomodo espiritual lo que los preserva. Y ese hombre desnudo, catástrofe, el desencajado, ese llamado Gran Ciudad u Horror, el más limpio, el que no entendía el llamado de los otros, el que perdió la silla en el juego, el último, el primero, el que masticaba las preguntas, ese a quien todos hubieran adorado como al Ángel si no hubiera sido pérdida de tiempo, soltar la hebra bendita y por todos glorificada; ese que se paseó desnudo ante los escaparates y las tiendas, ése, después de todo, era el destinado a las furiosas descargas, al colorido, al escándalo de los elementos. La multitud, al atisbarlo, se horrorizaba y cambiaba el rumbo: desorden! desorden! Ese hombre era el desorden de sus vidas. Oh! Qué puede un hombre solo, realmente solo, sino abrirse las entrañas y contemplar en ellas, aturdido, las magnificencias, las matanzas, el eterno abismo y, sobre todo, esa apenas hebra que cohesiona a la gran ciudad.

LUIS OSVALDO TEDESCO

I

Una en el otro

acaramelados

tinta y papel

festines del diseño

y el sublevo cautivo que mestiza

su toga en el espectro del vencido

es un trecho no más

luego pausa y forcejeo

el deforme carnal de la epopeya

así las cosas viven con su nombre

II

Raspar en el papel

no con la tinta no con su palabra

raspar con el tañido

de la respiración con la voz plebe

con las costuras pánicas del habla

raspar con los incisivos

de la boca

con el jadear convulso del enjambre

con los agujeros sin tópicos del alma

III

La línea

cuando piensa

arde en el abstracto

no está consolidada

no es fósil exquisito

prendido en el cansancio del poema

no vale como axioma

ni es

tumor que sacraliza pestilencias

vale por la ceguera de su trazo

vale por lo imprevisto de su nada

vale por el dolor de su aleluya

Balcón de privilegio

TUNUNA MERCADO

ES LA CARAVANA del circo con sonidos de trompa y tambores. Viene por Viamonte y va a doblar por nuestra calle. No es un circo de segunda como el que suele instalarse desde hace algunas temporadas en el baldío de enfrente, con cuatro monos, una trapecista, un payaso y un mago que invita a un chico en cada función a subir al escenario y, mediante unos pases, le hace poner un huevo, sino el Gran Circo Norteamericano, en gira desde Buenos Aires por varias ciudades hasta llegar a Córdoba. Un circo de verdad, así dicen y así parece porque se escucha un bramido todavía distante de fieras y coro de voces anticipatorias, luego, alternadamente, el ulular del asombro. Las veredas están llenas de gente que ahora grita «¡Ya vienen!», conteniendo la ansiedad, dispuesta a no perderse nada después de largas horas de espera. El desfile recorre ese primer día, mientras se asientan las carpas junto al río, un trayecto por todo el barrio General Paz hasta San Vicente, con animales en jaulas rodantes, artistas del equilibrio y del malabar, monos aulladores que contorsionan.

Va a pasar el elefante, solo, por el medio de la calle frente al balcón que ocupamos varios chicos de la cuadra, apretujados, expectante la mirada desde lo alto. Las veredas abarrotadas de vecinos, en puntas de pie los de más atrás, en primera fila los que llegaron desde temprano. El tiempo comprime su transcurrir, parece quedarse en una pausa y luego cede, dejando que el animal finalmente aparezca para iniciar su derrotero desde la curva laxa de la esquina, sin medir sus pasos, ni contener la oscilación de su trompa, mecándose con la lentitud que le dicta su peso y le impone su masa. El niño flaco y el alto, la niña gorda y la enjuta, todos, brazo contra brazo, los cuerpos muy juntos en ese «palco» improvisado en la única casa de dos pisos con balcón a la calle, percibiendo el temblor mutuo, las respiraciones, el silencio que impone la música de ese acontecer en movimiento. Está por llegar, ya llega, tarda, se detiene, está frente a nosotros, levanta su cabeza, ligeramente

la gira y nos mira con su ojo de párpado rugoso. Se detiene un instante y todavía un instante más, severa su mirada que la nuestra devuelve sin creer lo que está viendo. Un entrenador lo insta a seguir, azuzando levemente sus ancas con una fusta delgada y larga. Otro más se adelanta para guiarlo hacia un presunto sur, es decir hacia el Bajo de los Perros y San Vicente, destino que tendrá el gran cortejo, pero el elefante se ha quedado quieto, levanta la trompa hacia el balcón y barrita frente a nosotros un solo sostenido que desgarrar el fondo. Se diría un saxo grave que irrumpe sin ton ni son comprometiendo la unidad del conjunto. *Es a mí a quien mira*, dice Daniel, que tiene nombre, singularizado como persona, se diría como personaje, si esto dejara de ser una estampa callejera y quisiera tener un protagonista en esa jornada. Hace tres días que merodea el terreno junto al río, congraciándose con los artistas, y en especial con ese hombrecito que ahora pica más fuertemente el flanco del animal para retomar la marcha. Estos días le acaricié la trompa, dice, envanecido. Es el único en el barrio que ha tenido el coraje de entrar al Bajo de los Perros, una ranchería muy poblada al borde de la barranca, de pobreza lisa y llana, con fama de albergar seres de avería, y otras aves, la gallina sin cabeza que se aparece en las noches de invierno, la sangre coagulada en el cogote. Lugar vedado para niños y más aún para las niñas de ese balcón privilegiado. Hacia allá irá ese séquito colorido que ha inaugurado el elefante cuya marcha acompasa un pífano en medio de la fanfarria.

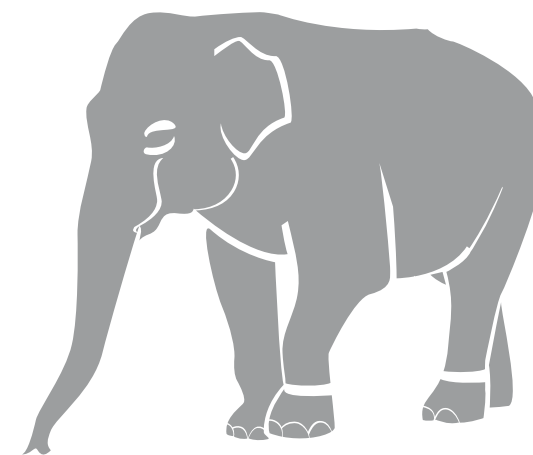
Otras figuras, altas, estilizadas, que trastabillan sobre sus monociclos y recuperan reiteradas veces su equilibrio para saludar, quiebran por momentos la estridencia y dan lugar a un súbito redoblar de tambores y al sonido de un trombón después de cada proeza. Los payasos hacen su número frente al balcón, siguiendo el modelo del elefante; muchos se apiñan en esa vereda para tratar de ver más de cerca la progresión de las escenas que se suceden. Abajo hay frustración, el malestar sólo se disimula cuando el circo da lugar a una nueva secuencia. ¿Por qué se detienen? Un balcón suspendido atrae a la *troupe* más que ese público diverso, como si el veredicto de esos chicos asegurara un triunfo. A la «arena» llegan los malabaristas: violan la gravedad manteniendo en giros perfectos la velocidad, formando corolas de flores; el círculo no cesa hacia los costados y hacia lo alto, clavos que parecen ingravidas se cruzan y zigzaguean hasta detenerse en un punto. Verán pasar a la mujer barbuda con traje de lentejuelas que brillan al sol, rojo sobre blanco, sentada en una silla señorial sobre una plataforma tirada por dos ponis, arrojando saludos a diestra y siniestra, la barba y los bigotes negros y espesos y la cabellera sobre los hombros. Su carro triunfal está asentado sobre llantas, no trepida, como si los caballitos fueran alados. La carroza de los trapecistas, el hombre bala y la moto que subirá por las paredes de la carpa,

avanza discreta para no gastar la bravura de sus números. Monos chistosos haciendo maromas y lanzando aullidos sin motivo. Una *écuyère* en silla de dama se para en un pie sobre el caballo de tanto en tanto, ahorrando su desafío. Ha pasado el león que ruge, indiferente al gabinete de elegidos que están en el balcón; un domador los acompaña al frente y afuera de la jaula rodante, como mascarón de proa, los arietes en mano por si se necesitase domar o contener. La tarde no languidece, tampoco los espectadores. Sin embargo, la emoción tiende a ser más parca. Hasta que aparece el altar sacrificial de la mujer expuesta a los cuchillos de un amo vestido todo de blanco, como suele vestirse la muerte. Hay griterío, se supone que no acertará sus tiros, que irá clavando un cuchillo tras otro rodeando el contorno del cuerpo sin error, sabiendo que no se trata de un juego de niños. El peligro está en el corazón del circo, late con él. Nada preserva a la mujer, no hay una red que evite una punta de cuchillo sobre la carne, lo único que la salva es la maestría de la mano que lo lanza.

Todo parece haber terminado. Como cuando deja de vibrar un instrumento. *Ya no hay más*, dice el boca a boca en ese tramo del desfile. Un tipo de sones se escuchan ya lejos, otros han quedado en la cercanía, todavía no desprendidos de la escena que acompañaban. Un desconcierto triste se instala en el balcón. Nadie se mueve. Daniel, el niño intrépido, ha tenido la recompensa de la pupila y el párpado rugoso del elefante. Dicen que la caravana volverá por la otra margen del río, si ése fuera un río con cauce y riberas, hasta llegar al puente Sarmiento, el punto de partida. De pronto, nuevas voces se oyen hacia el norte: se descompasó la marcha o se quiso pautar un nuevo hito entre los episodios cruciales de la presentación. Nadie respira en el balcón, los oídos alerta con la esperanza de que todo recomience; un nuevo redoblar, aplausos que no se cierran. La algarabía y el estupor regocijado de la calle vuelven.

La tarde no languidece, tampoco los espectadores. Sin embargo, la emoción tiende a ser más parca.

Avanza a paso de hombre, rodilla que quiebra y pie que se adelanta, brazos al compás desganado de un cuerpo que va de derecha a izquierda con elegancia y una cabeza que arrastra su cabellera de un hombro al otro en el aire quieto del atardecer. Es el Gigante Camacho, con un andar elástico, mirando en redondo, independizado su paso del conjunto, como si lo meciera un tiempo lento del altiplano. Es moreno y aindiado, en la cintura lleva una faja boliviana y un chaleco corto. Sus pantalones se ciñen en la botamanga y sus pies llevan esarpines de cuero para gigantes. Se detiene justo frente al balcón, con holgura, observa una araucaria en el jardín vecino y, como si no tuviera en cuenta la marcha que lo espera, le calcula los años —Treinta, dice, un círculo de ramas por año— y se adelanta. Nunca podrá ser jardinero ni rastrear madrigueras, por eso le gustan los árboles crecidos cuya copa puede tocar como si acariciara una mata. Los niños están inmóviles, las banderitas del circo tiesas, a la altura del mentón lampiño del gigante, de sus orejas con leve acromegalia. En el medio, una chica que no sobrepasa la media del conjunto, extiende hacia él con audacia su mano derecha. Manuel Camacho adelanta la suya y se la estrecha un instante mirándola a los ojos. Hay redoble y el trombón, que permanecía en silencio, comienza a sonar un aire melancólico. Las manos se separan y él sigue su camino •



LA VIOLINISTA DEL QUINTO

Ella se abraza y se queda quieta
aprieta los dientes
va y viene sintiendo el olor del pato
que la vecina descuartizó.

Se abraza cada vez más largo
desde su ventana ve la cabeza sangrante
del pato
cruza y la ceremonia se anuncia
la cocina hierve, las especias tendidas
mientras ella paladea el deseo:
la boca se abre,
se huele la comida, se abraza nuevamente,
abre los ojos, la boca abre,
la abraza, se besan
hasta que el beso muerde
el elixir de los vampiros
y ahí regresa

y vuelve a ser la violinista del quinto piso.

VELORIO

Huelo a río quemado en los ojos de ese hombre,
abro, cierro las ventanas

mujeres envueltas gritan, hablan,
no sé cuántas cosas han pasado en diez años
antes de dormirme, a veces tiemblo
otras lloro
los lobos aúllan y enciendo velitas
prefiero velar al muerto antes de que muera

con los ojos
desnudos
y todavía mirándome.

Fin de semana

SERGIO S. OLGUÍN

I

Veintiocho segundos. Ése era el tiempo que tardaba el ascensor en hacer los veintidós pisos desde la oficina en la que trabajaba hasta el segundo subsuelo. Para cumplir con esa marca el ascensor no debía detenerse en ningún piso intermedio. Veintiocho segundos desde que se cerraban las puertas hasta que comenzaban a abrirse en el garaje del edificio. El ascensor comenzaba a frenar seis segundos antes de llegar. Desaceleraba en la planta baja y llegaba plácidamente, como si no hubiera caído setenta metros en unos veinte segundos. Emilio había hecho todos los cálculos. Veintiocho segundos tardaba cada viernes en caer. Cada piso que dejaba atrás lo iba transformando en un tipo diferente al que conocían sus compañeros, el Jefe, las secretarías, la recepcionista, que al fin y al cabo era la última en verlo antes de la transformación. Era como Batman bajando por los batitubos hacia la baticueva. Aunque él no se convertía en ningún héroe, la ropa seguía siendo la misma, no había escondite secreto. No estaba por salvar al mundo. Veintiocho, veintisiete, veintiséis. Cuando la cuenta llegara a cero ese viernes, como todos los viernes, se estaría hundiendo en el fondo de él mismo.

En esos veintiochos segundos también pasaba de las luces de la empresa, de los ventanales que daban al Río de la Plata, de la vista abierta de la costa uruguaya, a la húmeda oscuridad de paredes grises del subsuelo. Como si ese edificio supuestamente inteligente lo acompañara en su estado de ánimo. Buscó su Toyota en la cochera habitual, entre la Suzuki GSX-1300R Hayabusa de Felipe y el BMW del Jefe. Los dos seguirían todavía un rato más en sus despachos. Felipe hacía tiempo para comenzar la noche en el after de Gibson. El Jefe leería por enésima vez los reportes que Felipe y él le habían entregado al cierre de las bolsas y después de la reunión con los hermanos Alvariza. Le gustaba ser el último en irse de la oficina y alimentar el mito de ser el que más trabajaba. Se llevaría carpetas al country y lo llamaría a

Felipe durante el fin de semana. A Emilio también, pero él no lo atendería. No atendía nunca un sábado o domingo. El Jefe pensaba que era un gesto de rebeldía de Emilio. Una excentricidad que compensaba con creces de lunes a viernes y que por lo tanto el Jefe decidía dejar sin sanción.

Cuando su Toyota alcanzó la salida de la calle Tucumán ya se había hecho noche. En invierno siempre tenía la sensación de meterse en la oscuridad, como si ese cielo negro no encapotara todo Buenos Aires sino el lugar que él pasaba con su auto. Se metía en la oscuridad como el Jefe en el country o Felipe en el último bar de moda. El pie derecho se movía entre el acelerador y el freno con independencia de lo que él pensara. Era como respirar. Llegar a su departamento era eso: una función fisiológica que las distintas partes del cuerpo llevaban a cabo sin que él lo decidiera.

De garaje a garaje no tenía más de veinte minutos con el tráfico del viernes por la tarde. Pero la simetría del viaje (oficina, ascensor, garaje, calle, garaje, ascensor, el palier privado de su departamento) no se repetía en su ánimo. Sin siquiera encender las luces del living fue hacia su cuarto, se quitó la ropa, buscó unas bermudas con las que también jugaba tenis los martes y se tiró sobre la cama. Así, mirando el techo, en las primeras penumbras de la tarde, esperó que se terminara de hacer noche. El cielorraso de su cuarto iba desdibujándose hasta que sus ojos ya no lo veían.

En esa hora que pasaba tirado en la cama no se dormía. Al contrario, mantenía sus sentidos tan alertas como si estuviera a punto de ser víctima de un ataque de un desconocido. Cuando la habitación quedó sin una luz natural se levantó y fue hacia la cocina. Abrió la heladera: estaba repleta de gaseosas, cervezas, jugos, sándwiches envasados, quesos, frascos de aceitunas, frutas. Una heladera repleta era lo que el Emilio-Días de Semana le dejaba a Emilio-Fin de Semana. Emilio miró todo con cierto desprecio. Tomó una botella de agua sin gas y cerró la heladera de manera tan leve que quedó abierta y tuvo que empujarla un poco más para que cerrara correctamente.

II

No siempre había sido así. Había sido peor. Diez años atrás su padre había caído enfermo. Le habían detectado un tumor en los pulmones y había comenzado con distintos tratamientos. Rayos, quimioterapia, terapias alternativas. Su madre lo había hecho recorrer todo consultorio que ofreciera la más mínima posibilidad de curación. No le importaba si eran médicos o gurúes, sabios o chantas. En todos puso su esperanza y tal vez por eso su padre no murió sino dos años más tarde, cuando se agotaron todas las medicinas, tradicionales y exóticas.

Fue en esos días cuando Emilio comenzó a caer. Al principio todos (su madre, su hermano Joaquín, su novia Angie) pensaron que era consecuencia de la enfermedad paterna, que no podía soportar ver la agonía de su padre postrado en una cama. Emilio pasaba días sin salir de su cuarto, o era capaz de no ir por semanas a la facultad. Pero cuando nadie lo esperaba volvía a ser el de siempre. O no, mejor dicho, volvía a ser una versión recargada del de siempre. Recuperaba las clases perdidas, acompañaba a su padre a los tratamientos, apoyaba a su madre, alentaba a Joaquín y hacía sentir a Angie el centro del universo.

Emilio se había convertido en un ser imprevisible. Podía pasar meses de actividad frenética para caer sin previo aviso en un mundo pesadillesco. Se encerraba en su cuarto pero sobre todo se encerraba en sí mismo. No dejaba una grieta por donde alguien pudiera prestarle ayuda. Y si era maravilloso estar cerca de él cuando el mundo le sonreía, las caídas descolocaban a todos, a pesar de que con el tiempo se dieron cuenta de que eso siempre ocurría e iba a ocurrir. Y Angie lo dejó y perdió un par de trabajos, tuvo que recurrir algunas materias y su padre se murió después de una larga e innecesaria agonía que coincidió con una de las caídas de Emilio. Apenas estuvo en el velorio y acompañó al séquito de deudos casi arrastrado por su hermano que hasta se animó a pegarle un cachetazo. Quería despertarlo, sacarlo de ese mundo de zombis que Joaquín pensaba que Emilio disfrutaba. Lo cacheteó, lo insultó y lo obligó a ir hasta el cementerio.

Lo que no sabía Joaquín era que Emilio no quería estar allá abajo, que hacía esfuerzos increíbles por dominar la situación. Emilio descubrió que si se abocaba intensamente a una actividad, sin importar cuál, había menos posibilidades de que cayera. Estudiaba cada materia de la carrera con tanta pasión que parecía haber abandonado los momentos de caída. Estudiaba y eran meses de gloria. No sólo sacaba buenas notas sino que tenía suerte con sus compañeras. No se había puesto de novio como con Angie, pero nunca le faltaba una chica en su departamento de soltero. Ni tampoco le faltaba trabajo. Era él quien decidía dejar a su amante, o cambiar de trabajo a un ritmo demencial. Pero cuando daba el último parcial de la materia, se hundía. Su espíritu se dejaba tragar por una arena movediza. Y no salía de ahí por un buen tiempo.

III

El sábado se despertó cerca de las once. La luz del sol se colaba por la ventana cerrada. Lo había despertado un sueño que había tenido un rato antes: estaba en la casa de Villa Gesell que los padres alquilaban cuando él tenía nueve o diez años. Estaba sentado entre los pinos y sentía (no era que veía sino que tenía la sensación) cómo un perro corría hacia él a sus espaldas. Intentaba

darse vuelta o levantarse, pero no podía. El animal apoyaba sus patas sobre él, que se despertó en ese instante. No había llegado a ser una pesadilla sino una especie de susto.

Fue hasta el baño y se quedó sentado en el inodoro un cuarto de hora. Recién se levantó cuando sintió que sus piernas se acalabraban. Se lavó la cara pero no se afeitó ni se lavó los dientes. Tampoco se detuvo a mirarse en el espejo. Sabía que no le gustaba lo que había del otro lado.

Las ventanas del living quedaban generalmente levantadas. Le molestaba la claridad, así que fue hacia la cocina. Se sirvió un vaso de jugo de naranja y comió unas galletas Oreo que encontró en la alacena. La heladera no andaba del todo bien, hacía un ruido como las heladeras antiguas. Parecía un motor forzado que descansaba un par de minutos y volvía a arrancar como si le costara el esfuerzo. Emilio se quedó escuchando el ruido de la heladera, el silencio y el nuevo arranque. Silencio, ruido, silencio, ruido de motor viejo.

Veinticuatro horas antes, Emilio negociaba la compra de acciones de Electrosyres, una empresa sudafricana dedicada a productos electroquirúrgicos, en la Bolsa de Nueva York a nombre de un cliente local. El Jefe había tenido una semana difícil con inversiones poco adecuadas, rechazos de empresas locales y algún otro mal paso del que no dudó en responsabilizar a Felipe y a él por su mal desempeño, aunque en la mayoría de los casos se debía a decisiones tuyas poco felices en las que Felipe y Emilio no habían tenido que ver. Pero el acuerdo con Electrosyres había hecho girar la rueda de la fortuna y el Jefe había abierto su botella de whisky japonés para convidar a Felipe y a Emilio, un síntoma de que estaba muy feliz con el dinero que iba a entrar en las semanas siguientes por concepto de comisiones.

Emilio venía trabajando en el tema desde hacía tiempo, y si no se había caído el acuerdo había sido básicamente gracias a su esfuerzo, ya que no parecía el mejor momento para tomar acciones de una empresa sudafricana que, si bien estaba creciendo, tenía un techo bastante previsible. Pero Emilio había conseguido triangular la operación con un inversor mexicano interesado en el cliente argentino. Durante varios días caminó sobre la cuerda floja de negociaciones que podían caerse por cualquiera de los lados. Además cada grupo interesado tenía demasiados participantes, voces, asesores y hasta tomadores de decisiones que complicaban demencialmente el trabajo de Emilio. Pero él surfeaba maravillosamente bien sobre la locura bursátil y los temores empresariales. Su Jefe lo sabía y se lo reconocía con el whisky de viernes por la tarde, y con las comisiones que, si bien no eran generosas en porcentaje, sí lo eran en cantidad concreta de dinero, debido al volumen de los negocios. Y se lo reconocía cuando los lunes no le reprochaba la falta de respuesta a sus llamados y a los mails del fin de semana.

Pasó lo que quedaba de la mañana mirando la televisión. Como no le interesaba ningún programa en especial hizo zapping hasta detenerse en uno de esos programas de ventas de productos que ofrecían cuchillas eléctricas o cinturones masajeadores. Lo miró completo y cuando se reiniciaba siguió con el zapping. Alrededor de las 14 fue hasta la cocina y sacó una pizza del freezer. La puso en el microondas y esperó que se hiciera mientras miraba la puerta del microondas como si fuera la pantalla de la televisión. Se abrió una cerveza. Después otra. La pizza había quedado con la masa blanda. Comió un pedazo y dejó el resto sobre la mesada de la cocina. Abrió una tercera lata de cerveza y se la llevó a la habitación.

—Soy un workalcoholic —repetía cada vez que alguien descubría que los fines de semana, comunes o largos, él no llevaba a cabo ninguna actividad social digna de tal nombre. La explicación iba perfecta con lo que pensaban de él y evitaba seguir con el tema. Nadie se detenía a pensar que si así fuera le bastaría con llevarse trabajo a la casa los fines de semana. Le bastaría ser como el Jefe o como Felipe, muy a pesar suyo, que trabajaban los siete días de la semana. Ni qué hablar los domingos, cuando la Bolsa de Japón del lunes abría a la tarde del fin de semana, cuando los japoneses depresivos ya se habían suicidado pero los locales todavía meditaban si hacerlo o no.

En apenas dos meses tendría vacaciones. Quince días que los amantes de la teoría del workalcoholismo pensarían que se la pasaría sentado en el rincón más oscuro de su departamento. El año anterior se había ido con Felipe (que había planificado el viaje varios meses antes) a Bangkok y a unas playas de Tailandia. En el viaje París-Bangkok Emilio había convencido a dos turistas francesas para que se unieran en su raid por los lugares más exóticos del sudeste asiático. Emilio estaba interesado en todo: en las comidas, las artesanías, las playas, las putas, los problemas políticos tailandeses. Su ritmo dejaba agotado al turista más activo. Las francesas se cansaron al tercer día y hasta Felipe lo seguía a regañadientes, especialmente cuando Emilio quería convencerlo de asociarse para formar una fundación para el intercambio comercial y cultural de Tailandia con la Argentina. Hasta llegó a reunirse con un ministro tailandés una mañana entre el desayuno en una pagoda y el almuerzo en una playa a cien kilómetros de Bangkok.

Cuando regresaron a Buenos Aires, Emilio no volvió inmediatamente al trabajo. Tuvo que pedirse una semana más. El Jefe primero se enojó pero después no le quedó otra que aceptar que su mejor bróker necesitaba recuperarse de la joda. Felipe habló ambiguamente de drogas, mujeres al por mayor y la más increíble combinación de bebidas alcohólicas que un hombre podía llegar a tomar. Exageró, pero la explicación le vino perfecta a Emilio, que pasó esa semana en el rincón más oscuro de su departamento.

IV

Después de la tercera cerveza, Emilio se quedó dormido mientras hacía nuevamente zapping. Cuando se despertó comenzaba a oscurecer. Las sombras ya volvían menos luminoso el living y fue hasta ahí. Encendió la Playstation 3 conectada al LED del living y mientras se cargaba fue hasta el bar y se sirvió un whisky generoso. Las imágenes de un auto escapando de un control policial y de otros enemigos ocupó la pantalla del televisor. El *Grand Theft Auto IV* ya estaba listo para una nueva misión. Se arrellanó en el sofá, buscó la partida empezada y comenzó a jugar. La Playstation era el punto que el Emilio de los fines de semana compartía con el Emilio de los demás días. Estuviera excitado por un negocio que debía cerrar al día siguiente, preocupado por un cliente demasiado difícil o perdido en las sombras de un sábado a la noche, Emilio siempre podía pasar horas con el joystick inalámbrico destruyendo enemigos para cumplir con los objetivos de dinero ganado que el *GTA* exigía. Las misiones avanzaban sin interrupciones.

Sobre la mesa ratona vibraba en silencio su celular. Debía de ser María Pía, la gerente de marketing de Procter & Gamble que había conocido unas semanas atrás en un after del Microcentro. Se habían ido juntos al departamento de ella cerca de Puente Pacífico y habían tenido una maravillosa noche de sexo y coincidencias (la música de Moby, las películas en las que actuaba Daniel Craig, las playas del nordeste brasileño, la comida india). Ese primer encuentro no fue una falsa ilusión fruto de demasiados tragos disfrutados en happy hour, sino que se vio fogoneado por las siguientes citas en las que recorrieron bares y restaurantes para terminar en el departamento de alguno de los dos. A María Pía le había llamado la atención que no tuviera fotos suyas ni de ningún ser querido en su hogar (en el de ella se podía recorrer su vida en los retratos que aparecían aquí y allá en los tres ambientes). Emilio le quitó importancia porque a él realmente las fotos no le decían nada. Algo que también era común a su pensamiento de lunes a domingos.

Al llegar el primer fin de semana de su relación, María Pía no pudo arreglar un encuentro con Emilio. Los siguientes días volvieron a pasarla muy bien juntos, pero tampoco se vieron a partir del viernes. María Pía comenzó a sospechar que Emilio tenía otra novia, o tal vez una esposa e hijos y que ese piso en Puerto Madero, decorado con tan pocos toques personales, era un bulo para sus relaciones informales con otras mujeres.

El celular sonaba. María Pía debía de estar furiosa, o preocupada, o triste. Tarde o temprano iba a sentirse desilusionada y lo iba a dejar. Emilio lo sabía. Miró el celular vibrando e iluminándose sobre la mesita, pero no atinó a tomar la llamada. Siguió matando enemigos con su joystick.

Unas horas más tarde, Emilio sintió acalambrados los brazos y la espalda. Puso pausa en el juego y fue hasta la cocina. Sobre la mesada quedaba la pizza. La probó y era como masticar un plástico. Sacó de la heladera un sándwich de miga envasado y una cerveza. Se llevó todo al living y siguió jugando un rato más, pero ya no tenía ganas. Fue hasta la computadora y se puso a ver pornografía en algunos sitios pagos de los que tenía una membresía. Vio porno de chicas con chicas, producciones profesionales con estrellas del género. Le gustaba creer que podía haber un mundo de placer sin la presencia de hombres, que dejara afuera de cualquier fantasía incluso a él. Sólo chicas hermosas y calientes. Se masturbó y luego siguió recorriendo las páginas porno porque no se le ocurría nada mejor para hacer. Finalmente se sirvió otro whisky y se quedó dormido en el sillón de tres cuerpos.

▼

El calor del sol le pegó en la cara. Abrió los ojos y por un momento no vio nada. Una ceguera blanca por la excesiva luz que entraba de los ventanales. Le dolían la espalda y la cabeza, tenía contracturadas las piernas y sentía el estómago revuelto. Se levantó pesadamente y fue hasta el baño. Se quedó sentado en el inodoro mucho tiempo, hasta que las piernas contracturadas comenzaron a acalambrarse.

Cuando volvió al living se acercó a los ventanales. Abrió uno y el viento le dio un suave empujón, como si quisiera impedirle salir al balcón. Miró hacia la Costanera Sur y vio a la gente que ya iba a pasar el domingo entre parrillas al paso, un río seco y algunos árboles donde tomar sombra. Se acordó cuando adolescente su padre los llevaba a él y a su hermano Joaquín a pescar al Río de la Plata en una lancha vieja. A veces llegaban hasta Colonia o iban a la altura de Quilmes, según donde el padre descubriera que había pique. Si su padre estuviera vivo, si lo llamara para ir a pescar, si él pudiera verlo como cuando era adolescente: sabio, eterno, cercano. Hoy ya nada le quedaba salvo un recuerdo que se iba vaciando de imágenes, que había perdido los olores y los ruidos y que su mente reducía a unas frases. En treinta segundos podía decir todo lo que le quedaba de sus domingos más felices junto a su padre y a su hermano.

Buscó en el botiquín del baño unas píldoras Oxa B12 y se tomó dos. Fue hasta la cocina y se preparó un Nespresso, que tomó amargo y de pie. No podía sacarse la sombra de su padre que había aparecido en el balcón. Tenía la garganta seca. Se tomó una latita de Coca-Cola y fue peor. Ahora se sentía inflado, pesado y con la boca pegajosa. No tenía fuerzas para prender la Play ni para buscar más porno lésbico en internet ni para hacer zapping en la tele de la habitación. Se sirvió un whisky y se sentó en el piso, apoyado contra una pared, y se puso a esperar. Los minutos caían con la fuerza de un látigo

en la espalda. Con el whisky a medio terminar volvió a dormirse o perdió el conocimiento.

Sintió una mano en su cara. No era exactamente una caricia, aunque tampoco era un cachetazo para hacerlo volver en sí. Era más bien un gesto intermedio, una mano que le recorría el pómulo izquierdo con firmeza y cariño a la vez. Emilio abrió los ojos. Ya no había en el living la luz blanca de la mañana. Frente a él, agachado, mirándolo como un médico o un árbitro de boxeo, estaba Joaquín.

—Dale, boludo, despertate. A vos sólo se te ocurre dormir en el piso, con el somier que tenés en la pieza.

Cuando vio que su hermano reaccionaba, Joaquín se despreocupó de él y fue hacia la cocina. Emilio sintió ruido de agua y una hornalla que se encendía. Desde la cocina Joaquín gritó:

—Menos mal que traje yerba. Mucho cafecito de las Filipinas pero ni una puta yerba Rosamonte.

Desde que Emilio había comprado ese piso, le había dado un juego de llaves a su hermano. Y desde entonces Joaquín las había usado cada domingo a la tarde. Se aparecía sudoroso porque venía de jugar fútbol con sus amigos. Venía con un bolso y siempre traía algo más.

—¿Sabías que acá nomás tenés una panadería que hace las medialunas igual que las de Atalaya? No se puede creer.

Emilio se había puesto de pie pero se había quedado parado en el mismo lugar, como congelado. No le gustaba que su hermano se metiera en su casa y dispusiera de todo como si fuera el dueño. No le gustaba ese papel de buen samaritano que repetía cada domingo. Debía quitarle las llaves que le había dado.

Joaquín acomodó el paquete de medialunas sobre la mesa ratona y después fue a la cocina a buscar todo lo que necesitaba para cebar mate. Le hizo un gesto a Emilio para que se acomodara en un sillón. Encendió la televisión y puso un partido de fútbol. Jugaban Estudiantes y Newells. No era un partido que a Joaquín le interesara especialmente, pero lo miraba con detenimiento y le hacía comentarios a Emilio a la vez que le pasaba el mate. Emilio lo dejaba hacer, le contestaba con monosílabos y comió una medialuna para no tener que soportar que le insistiera con la comida.

Cuando llegó la noche Joaquín buscó entre los imanes de la heladera el teléfono de algún delivery que le gustara. Se decidió por una parrilla que quedaba ahí nomás, en Puerto Madero. Pidió unas costillitas de cerdo con batatas fritas y dos flanes. Sólo se permitió abrir una botella de vino cuando ya había llegado la cena y se disponían a comer. Pero sólo le dejó tomar una copa. Si Emilio tenía sed, había agua.

Vieron juntos en la televisión del cuarto una de las películas de Bourne ya empezada. La habían visto mil veces, pero eso no le quitaba interés a las huidas de Bourne por los techos de Berlín o por las calles de Grecia. Cuando terminó la película era ya cerca de medianoche. Joaquín lo obligó a meterse en la cama. Emilio le dijo:

—Quiero que me devuelvas las llaves.

—Ni en pedo.

—Te lo digo en serio.

—Me gusta tu depto y me gusta usarlo de bulo cuando te vas de viaje, o venir y tomarme tus Ruttini, así que olvidate que te devuelva nada.

Joaquín lo arropó como si fuera un hijo pequeño o un padre enfermo. Después le dio un beso en la mejilla y le dijo.

—Mañana hablamos.

Pero era mentira, porque Joaquín no lo llamaba el lunes. Ni los días siguientes. Nunca hablaban por teléfono. Aparecía los domingos por la tarde y se iba siempre cerca de medianoche. Se retiraba justo cuando él comenzaba a dormirse. El sueño lo arrastraba aunque se resistiera. Mejor entregarse a la inconsciencia de la noche. Cuando se despertase al día siguiente, Emilio desplegaría las alas y volaría por encima de esa ciudad como hace un águila sobre los cielos que domina •



(Nota de la Traductora)

MARÍA SONIA CRISTOFF

Normalmente aquí tomamos sólo té, me dijo Amy, desde la cabecera de la mesa, cuando pregunté en cuál de los termos estaba el café. Era mi primer desayuno en la estancia fueguina a la que había llegado contratada para traducir los *Diarios* manuscritos de un antepasado de la familia que había sido, además, uno de los primeros hombres blancos en asentarse en esas tierras. Era el primer desayuno, insisto, del primer día de un total de sesenta que en ese instante, a partir de esa sola frase, se me volvieron interminables, imposibles: no recordaba haber traducido ni una sola frase sin la conspiración implícita del café. Los otros contratados para trabajar en la estancia —tres biólogas recién recibidas que oficiarán de asistentes de Amy en sus investigaciones sobre los cetáceos australes y un diletante que, harto de recorrer el mundo, había recalado ahí con la promesa de encargarse de las flores del jardín— ya estaban sentados alrededor de la mesa larga de madera en la que, comprobaría con el correr de los días, nos servirían todas las comidas con una puntualidad imperturbable. Miré a mis colegas, por así llamarlos, buscando no sé qué clase de solidaridad, pero todas las mujeres tenían la vista baja; solamente el diletante me miró fugazmente antes de llevarse a la boca su tazón de té con leche. Las otras tazas, comprobé, estaban repletas del mismo brebaje. Mi estómago se estrujó.

También en ese primer desayuno, Amy nos explicó cuáles eran las otras cosas que normalmente se hacían en su estancia: a las nueve en punto té con leche, a las nueve y media comienzo del trabajo, a la una en punto almuerzo, a las dos conducción de visita guiada por la estancia para los grupos de turistas que llegaban por el Canal de Beagle —tarea que debíamos realizar los cinco contratados, independientemente de nuestros trabajos y saberes específicos y de nuestro currículum y de nuestras preferencias—, a las tres y media retorno al trabajo específico, a las siete y media cena. Café jamás. Duchas tres veces por semana: bañarse todos los días, lujuria imperdonable.

Cuarto no propio sino compartido con los colegas y, además, externo a la casa principal. Calefacción nula. Sentí de pronto una dislocación, el ingreso a un universo paralelo, una especie de Legión Extranjera en versión patagónica a la que nunca había aplicado. O de algún modo sí. En realidad, sin ánimo de entrar en detalles, debo confesar que se trataba de un momento de mi vida en el que volver a Buenos Aires era mucho peor que estar cautiva en medio de la Tierra del Fuego.

Entonces hubo una noche en la que, al contrario de las otras, no me fui a la cama a leer, sumergida entre mantas insuficientes, inmediatamente después de comer. Decidí, al menos por una vez, quedarme un rato en la sala en la que mis colegas solían jugar a las cartas hasta la medianoche. Me desplomé en un sillón que estaba cerca de una puerta: los juegos de mesa me causan urticaria pero, embarcada en el plan de sociabilizar en el que estaba, no dije nada. Hojeé una revista vieja. Miré por los ventanales: las montañas, el Beagle, todo se veía negro. Me preguntaba cómo haría para resistir allí el tiempo que tenía por delante: el catálogo de *normalidades* que Amy había ido desgranando a lo largo de esa semana estaba haciendo estragos en mí. Por los comentarios y sobrentendidos que circulaban en la partida de cartas, deduje que los otros habían desarrollado ya vínculos bastante definidos. El diletante ejercía un poder evidente sobre el resto. En un momento, sin desviar la mirada de sus cartas, me comentó que por ahí había una revista con muy buenos crucigramas: me abstuve de decirle que los crucigramas me dan casi tanta urticaria como los juegos de mesa y me puse a leer un horóscopo viejo en el que se me instaba a resolver urgente cuestiones legales postergadas. De pronto sentí más frío que de costumbre: me di cuenta de que la puerta contigua a mi sillón se había abierto por alguna ráfaga de viento que ahora apuntaba directamente a mí. Me levanté para resolver lo que ya me parecía un ataque personal —esta vez de la naturaleza— y vi, por la puerta entreabierta, que del otro lado había una gran sala que parecía cumplir la misma función que ésta en la que estábamos, aunque la escenografía era muy distinta: los sillones se veían mullidos, los muebles antiguos, y en un rincón había una serie de botellas de bebidas blancas apiñadas en un mueble de madera que parecía tallado a mano. Una especie de salón *VIP*, pensé. Estaba por cerrar bien la puerta para evitar más ráfagas cuando vi que, sobre una pared, había una biblioteca. Inmensa, llena de libros. Fui cual rayo hasta el cuarto que no era ni propio ni calefaccionado, busqué mi linternita de lectura y esa noche me quedé, quién sabe hasta qué hora, adivinando en lomos derruidos títulos de relatos de viajeros que hasta entonces, aun en una vida absorbida por la lectura, ni siquiera habían pasado por mi cabeza.

A la noche siguiente volví a mi rutina de irme a la cama inmediatamente después de comer, con la diferencia de que, a partir de entonces, las novelas que me había llevado para leer desde Buenos Aires fueron desplazadas por los relatos de viaje que, subrepticamente, iba sacando de esa gran biblioteca. La toponimia de esos relatos indicaba trayectos próximos, muy próximos en verdad al recodo del Canal de Beagle en el que yo había devenido una especie de traductora en cautiverio. A partir de ese momento, sin embargo, algo cambió: los grupos de turistas que los días previos me habían resultado un tormento me parecían ahora una bendición, una suerte de cómplices involuntarios. Esperaba ansiosa que se hicieran las dos de la tarde para verlos bajar del muelle. Entonces los llevaba de caminata entre los bosques, con la diferencia de que ahora, en vez de recitarles el guión oficial que Amy me había dado impreso el primer día, en el que convivían datos históricos con precisiones sobre la flora y la fauna, me entregaba a una deriva en la que iban apareciendo, inconexas y urgentes, algunas de las historias que había leído la noche previa. Convertía a los turistas en una especie de lectores cautivos y les contaba, por ejemplo, la historia de Allen Gardiner,

el capitán de la marina inglesa que, a los cuarenta años, cuando muere su mujer, decide cambiar la fe en las flotas por la fe en los Evangelios y, después de fracasar en Nueva Guinea y en el sur de África, viene a predicar entre los indígenas fueguinos, pero naufraga en Puerto Español, en el extremo oriental de Tierra del Fuego, y mientras los hombres de su expedición van muriendo de sed y de frío, logra tomar notas en una libreta que fue encontrada diez meses más tarde del naufragio, en octubre de 1851, junto a los diarios y las cartas y los cadáveres, y en el cual la caligrafía temblorosa de Gardiner asegura que, a pesar de no haber probado agua ni boeado en varios días, no cambiaría esa condición de éxtasis por nada en el mundo.



O la de Florence Dixie,

la aristócrata inglesa que, hastiada de lo que considera «la superficialidad de la existencia moderna», decide hacer un viaje a la Patagonia que entonces, a fines del diecinueve, resultaba un territorio verdaderamente remoto, «otro planeta», como no deja de llamarlo, para lo cual parte en barco con una comitiva que no excluye a su marido y, en una época en la que la caza no era un tabú sino un deporte que reconfirmaba la diferenciación de clase, pasa allí un tiempo matando todo tipo de animales —ñandúes, guanacos, zorros y hasta una ibis— y cocinando varias de esas presas y recuperando la vitalidad perdida en las conversaciones de salones londinenses y hasta se podría decir que transformándose radicalmente, porque después de ese viaje, y de otro que hace al África como corresponsal de guerra, en su vuelta a Inglaterra Florence Dixie se convierte, a través de sus artículos periodísticos y de sus libros, en una opositora al imperialismo inglés en África y en Irlanda y, con igual vehemencia, en una activista a favor de los derechos de la mujer.

O la historia de Iuliu Popper,

quien huye de su Rumania natal, perseguido por su condición de judío, y se recibe de ingeniero en París, después de lo cual trabaja en el mantenimiento del Canal de Suez, en el ordenamiento urbano de Nueva Orleans y de La Habana y en los planes cartográficos del gobierno mexicano antes de recalar en la Argentina en 1885, donde rápidamente establece contacto con los círculos de poder, lo que le permite ir como enviado a inspeccionar las posibilidades de explotación minera en Santa Cruz, aunque él va más allá y da los primeros pasos para explotar oro en Tierra del Fuego, territorio en el que también explota indígenas y en el que planea fundar una colonia llamada Atlanta a partir de la cual se propone competir, en dudosa alianza con el gobierno argentino, contra la supremacía comercial que Punta Arenas, enclave chileno, obtenía por entonces de la multiplicidad de barcos que cruzaban entre el Atlántico y el Pacífico, pero el plan queda trunco, como varios otros, después de que lo asalta una muerte súbita y también dudosa en su departamento céntrico de Buenos Aires.

Mientras yo me dejaba llevar por esos cuentos que me arrojaban a una locuacidad más que infrecuente, los turistas iban pasando por los bosques —llenos de especies de árboles, arbustos, flores y pájaros de nombre, colores y hábitos muy definidos—, por el galpón donde se hace la esquila —un proceso de lo más complicado y una de las industrias más representativas de la región—, o frente a la reproducción de las chozas en las que alguna vez vivieron los indios de la zona —que eran de características muy distintas y muy reveladoras según pertenecieran a la tribu de los Yámana, o la de los Ona—, pero acerca de todo eso yo no les decía nada. Algunos, los

interesados en mis cuentos —a los cuales, por otra parte, con cada paseo les iba agregando nuevos ingredientes—, me seguían. Eran los menos, tengo que reconocer. Los otros, interesados en los objetos y especies que tenían por primera vez frente a sus ojos, se iban rezagando. Miraban las cosas, se miraban entre ellos. Esperaban, al menos, los epígrafes, porque es cosa sabida que las visitas guiadas despiertan la peor versión del escolar: jamás el curioso, mucho menos el autodidacta, sino el obediente que reclama datos para tomar apuntes sobre temas que en verdad no le importan. También la peor versión del lector: el que cree que hay una correspondencia directa entre lo que ve a su alrededor y los relatos que de allí puedan surgir.

Fue al regreso de uno de esos paseos, no me acuerdo precisamente cuándo pero seguro que ya estaba por completarse mi primer mes en la estancia, cuando Amy me interceptó cerca del muelle donde debíamos despedir a los turistas que se iban por el mismo Beagle que los había traído. Roja, encendida de furia estaba. Normalmente aquí les hablamos a los visitantes de lo que están viendo, dijo, y se quedó muda, mirándome fijo, no sé si para recuperar el aliento o para esperar alguna explicación de mi parte. Mucho más interesante me parece la cantidad de libros y relatos implicados en lo que estaban viendo, murmuré, ni siquiera sé si como respuesta, y seguí caminando. Horas y horas. Volví cerca de la medianoche y caí desplomada en la cama. Antes de dormirme profundamente, apenas atiné a preguntarme cómo sería la versión de *¡Está despedida!* cuando no había un escritorio que vaciar ni un taxi para llamar a la salida ●

Honras

OSVALDO AGUIRRE

LA AMISTAD con Dámaso venía de lejos. No sé decir de cuándo, las fechas se me confunden. Pero empezó, como tantas otras amistades, en la Redonda. La cárcel de encausados. Dámaso era uruguayo y había caído por un banco, el Banco de Londres y América del Sur. No su primer banco, desde ya. Llevaba un tiempo en la ciudad y estaba haciendo estragos.

Dámaso no viene por trabajo, ni por un viaje. No, se viene por una mina. Ya se sabe que un pelo de concha tira más que una yunta de bueyes. Se viene por Marisa, una pelirroja a la que había conocido en una competencia de turismo carretera, en Azul, en Olavarría, en algún lugar de la provincia de Buenos Aires. Ella estaba con un corredor de Rosario y se cruzan en los boxes, o en la tribuna. Al principio no le daba ni cinco de pelota, pero al mismo tiempo le daba a entender que le cabía, que le gustaba cómo venía la mano. Esas cosas de las minas. Yo también la hubiera seguido, porque Marisa estaba muy fuerte. Muy fuerte. No era especialmente bonita, pero sí alta, robusta, bien plantada. Un poco gordita, pero qué importaba. Entonces él se viene y al tiempo se junta con ella.



Yo estaba en la Redonda por un hecho en Casa Tía. Fue algo que en su momento dio que hablar, porque saltó un tipo de civil, un gil que empezó a gritar Alto en nombre de la ley, policía, policía, y terminó con un tiro en la pierna, pidiendo por favor que no le hicieran nada, porque le dolía mucho la pierna. Esa gente es así, no vale la saliva que me gasto en hablar. Pero antes de presentarme detenido, porque en ese momento pensé que no me quedaba otra, habían dado vuelta la casa de mi vieja, habían dado vuelta la casa de mi novia, y entonces antes de presentarme fui a hablar con García Jurado. Con el viejo, no con el hijo. Fui por una recomendación, y desde el estudio me acompañó a los tribunales y después se hizo cargo, después se puso a trabajar y de asociación ilícita, robo calificado, atentado a la autoridad, portación de arma de guerra y qué sé yo qué más, empezó a restar, empezó a restar, y llegó un punto en que no sé si el juez no me debía algo. La primera y última discusión que tuvimos fue por los honorarios, porque García Jurado calculaba un porcentaje según la plata que decían los diarios y yo le explicaba, y era la rigurosa verdad, que Casa Tía multiplicaba por tres, por cuatro, que nos habíamos llevado bastante menos de lo que se decía. Pero fue la primera y última discusión, porque él se dio cuenta de que yo iba con la verdad y yo me di cuenta de que él, a pesar de todas las cosas que se comentan, era un tipo de palabra. El viejo, al hijo no lo conozco. El viejo atendía a mucha gente del ambiente. Entonces yo estaba esperando que me dieran la libertad, cuando un día ingresa Dámaso a la Redonda.

En la cárcel estaban los rosarinos y los santafesinos. También había un grupito de porteños, pero los tenían aparte, como a los putos, porque si coincidían en el patio común los masacraban. Es más, creo que los porteños estaban con los putos, sí, los porteños estaban con los putos y creo que todavía sigue siendo así. Los rosarinos, los santafesinos, los evangélicos y los porteños con los putos. Pero los que mandaban eran los rosarinos y los santafesinos, por eso nos separaban de entrada en los pabellones. Y un uruguayo era, no digo un extraterrestre, pero no tenía nada que ver con nada. Aparte Dámaso venía con su cartel, lo habían sacado en el diario y en el diario decían que se había llevado una valija de guita del banco, el Banco de Londres y América del Sur, sin disparar un solo tiro. En el diario decían también que la policía no le había encontrado un centavo en el bolsillo. Y que le habían dado la captura en una cueva, una casa donde estaba aguantándose, por una tarea de inteligencia, o sea que lo habían buchoneado. Porque las tareas de inteligencia de la policía no existen, las tareas de inteligencia son tener cuatro, cinco buchones, hacer la vista gorda con ellos a cambio de datos, de nombres, de direcciones. Esta casa era de un tipo al que llamaban Anteojito. Anteojito García, que más de una vez ha salido en los diarios. Era

un tipo que le conseguía dónde estar a gente que andaba prófuga. Un evadido, alguien que necesitaba borrarse, alguien con la captura recomendada. Antejito tenía dos o tres piezas en el fondo de su casa, siempre había un lugar dónde tirar un colchón y esperar que bajara la marea. Había gente que decía que pateaba con las dos piernas y que ir a pedirle ayuda era meterse en la boca del lobo, pero Dámaso siempre lo defendió. O sea que la bucho-neada vino de otro lado, pero fue imposible saber de dónde, los soplones son un ejército en las sombras.

Pero ya me estoy yendo por las ramas. La cuestión es que los guardias quisieron hacerle pagar su derecho de piso, no directamente ellos sino a través de otros presos. Porque Dámaso, y ahí fue cuando empecé a pensar que era un tipo de ley, de nuestra ley, no les dio cinco de pelota. En la cárcel se puede dormir en un colchón, se puede comer fuera del menú de puchero y gorgojos, se puede tener papel higiénico y sábana para la visita íntima y se puede mirar un trocito de cielo por la ventana del calabozo, pero cada una de esas cosas se paga, y al contado rabioso. Y Dámaso, pudiendo hacerlo, no lo hizo. No lo hizo por una cuestión de estómago, porque peor que dormir en el piso y respirar el olor a meo y creolina impregnado en las paredes, en el piso, en el techo, peor que eso, decía, es comprar lo que los guardias les sacan a las visitas. Porque los guardias siempre tenían una excusa para quedarse con algo de comida, con un cartón de cigarrillos, con lo que les gustaba de lo que traían las visitas. Eso pasa en todas las cárceles, yo he estado en Córdoba, en Devoto, en Bahía Blanca, y en todas es igual. En todas. Los guardias les roban a las visitas de los presos y después venden esas cosas en la cantina. Yo he comprado un paquete de galletitas que tenía pegada la carta de un hijo a su padre preso, me pasó a mí, no lo estoy inventando. Y el derecho de piso, que a eso iba, era generalmente una paliza. Cuando uno entra en la cárcel tarda un poco en orientarse, en saber por dónde tiene que moverse. Los territorios están marcados y por más macho que uno sea hay lugares por donde no tiene que pisar. En la cárcel los amigos son tan importantes como los enemigos. Unos te ayudan, te aguantan cuando parece que el mundo se olvidó de vos, cuando no hay una visita, un paquete, nada, cuando volvés de los tubos, de las celdas de castigo, y están a tu lado si hay que defender el rancho o la parada o si hace falta una palabra de aliento. Y los otros, los otros también son necesarios, porque vos tenés que depositar el odio en alguien. El odio que vas acumulando día tras día, eso que te supura sin darte cuenta, cuando ves que un juez te basurea con un discurso o haciéndote comer un plantón, cuando te mandan a cortar los yuyos, a limpiar el baño, cuando una psicóloga te muestra una hoja con manchas y te pregunta qué ves, cuando tenés que quedarte en el molde aunque sea una rata la que te

da una orden, porque los guardias son eso, ratas. Ese odio te puede pudrir la cabeza y si vos tenés un enemigo, alguien a quien putear, a quien prometerle que lo vas a matar cuando lo agarres afuera, lo podés descargar, podés oxigenar tus pensamientos, respirar mejor, pasar a otra cosa. La palabra de aliento es necesaria, pero la puteada también. La puteada te levanta, te mantiene vivo. Por eso tu enemigo es tan importante como tu amigo y no sé si más importante, porque un enemigo, aparte, te permite saber quién sos y qué pensás de la vida.

Entonces qué hacen las ratas, los guardias, digo. Traen a Dámaso de tribunales, que lo traen a los cinco minutos porque se había negado a declarar, todavía estaba con el defensor de oficio, un defensor de oficio que parecía un fiscal, que antes de entrar al despacho del juez le tiraba la lengua para sacarle de mentira verdad. Le tocaba con Carranza, encima, el juez Carranza, un gordo hijo de puta que parecía incómodo con el saco y la corbata, como si el saco y la corbata le picaran, un hijo de puta que seguramente estaría más cómodo con gorra y uniforme de la policía. Pero si había cerrado la boca en Investigaciones, en la jefatura de policía, no la iba a abrir con su señoría. Parece increíble pero todavía quedan giles que creen que la policía y la justicia son cosas diferentes, que dicen Señor juez, me comí flor de biaba, que dicen Me reservo el derecho de declarar porque yo creo en la justicia. Pero ya me estoy yendo por las ramas. Los policías de Investigaciones no pueden sacarle una palabra, querían saber dónde estaba la valija con la plata. Remueven cielo y tierra y se quedan con las manos vacías, sin morder ni un poquito de la torta. Traen entonces a Dámaso de tribunales, lo pasean un poco y como por descuido, como por casualidad, los guardias lo dejan en un patio equivocado. El patio donde estaban los porteños. Pero en la cárcel no hay descuidos, ni casualidades. Era la hora del mate, y yo venía de los talleres, porque en la panadería, en la carpintería del penal uno podía distraerse y pasar el tiempo sin agachar la cabeza. Venía con Mosquito, que había caído conmigo por lo de Casa Tía, y con el Negro Rizzo. El Negro Rizzo estaba con perpetua por doble homicidio y accesoria por tiempo indeterminado, pero era un pan de Dios. Un pan de Dios, nunca conocí un tipo más bueno. Trabajaba en la petroquímica, en Puerto San Martín, hacía su vida normal. Nadie podía decir nada de él. Hasta que un día se cargó a dos vecinos en una pelea de cumpleaños, porque le habían dicho algo a la señora, la habían ofendido, y uno de esos vecinos tenía familiares o amigos en la justicia.

Cuando vengo del taller con el Negro y con Mosquito, y paso por el patio de los porteños, lo veo a Dámaso solo, como si estuviera perdido, y al lado cuatro, cinco porteños, y un tipo que tenía tetas. Hugo, me dice Mosquito.

Nada más. Hugo, me dice. Sí, le digo, como si nos estuviéramos hablando con la mente. Qué casualidad, no había un solo guardia alrededor. No había uno solo, cuando normalmente uno no se podía mover sin que le estuvieran diciendo algo. Los porteños lo rodearon a Dámaso y lo empezaron a apurar. Le decían que se había querido meter con el tipo que tenía tetas, y que ese tipo era del pabellón. Uno le tiró una trompada, y Dámaso le contestó y enseguida otro lo quiso agarrar de atrás y otro más le tiró una patada. Dámaso lo tenía a raya, pero no podía zafar, atrás tenía los baños y si se metía en los baños no salía más. Entonces nos metimos nosotros. Vamos a emparejar, les dije. Porteños de mierda y la puta que los parió, les dije. No se pelea cinco contra uno, les dije, y Mosquito surtió al que parecía ser el jefe de ellos. Mosquito había hecho boxeo en el gimnasio del club Río Negro, había peleado como aficionado en la categoría mosca, de donde le venía el apodo, porque más que mosca, por lo flaquito y estirado, era Mosquito. Otros dos se le vinieron encima al Negro Rizzo, y el Negro, que era un pan de Dios, que era incapaz de matar una mosca si no lo provocaban, sacó una púa que afilaba en la carpintería, un pedazo de hierro con un mango de madera que afilaba mientras se ponía a pensar en los vecinos que se habían propasado con su señora, y tiró un chuzazo al aire. Uno de ellos quiso sacar también una faca, quiso nomás, porque le calcé una patada en los huevos y quedó desparramado por el suelo. El tipo que tenía tetas se puso a gritar y de pronto se llenó de ratas, digo, de guardias. Las ratas se ensañaron con el Negro Rizzo, porque le encontraron la púa y de paso le cargaron la faca que tenía el porteño. Le cargaron la faca y lo llevaron a los tubos, cuando salió el Negro Rizzo parpadeaba como si estuviera jugando al truco, no soportaba la luz del sol.

A los días, a la semana, Dámaso se vino a nuestro pabellón y empezamos a compartir el rancho. En una visita le presenté al viejo García Jurado y el viejo le empezó a llevar la causa y más o menos por la misma época salimos con falta de mérito. Falta de mérito o beneficio de la duda, no me acuerdo. Sin perjuicio de que continúen las investigaciones, dijo el juez. Pero qué perjuicio y qué investigaciones, si los reconocimientos en Casa Tía dieron negativos, hasta el policía al que le habíamos tirado se confundió cuando nos pusieron en la rueda, y a Dámaso tampoco le pudieron probar nada. Qué perjuicio y qué investigaciones, pelotudo •

El *libro* de los divanes [fragmentos] TAMARA KAMENSZAIN

**Si Evita viviera sería Montonera gritábamos
con mi amiga Ágata cuando en el balcón de Gaspar Campos
apareció Perón y dijo lo que dijo.
Nosotras dos adolescentes en pogo estuvimos ahí.
Pero a quién le importa ese dato si también hay
otra línea más pesada más realista
que a veces se pierde y otras veces
sin esperarlo como en los sueños retorna
pero cambiada.**

**Soñé con Arturo Carrera
es un amigo de mi generación literaria
me susurraba en italiano palabras al oído
era excitante.
Ud. puede viajar a Italia a ver si ahí encuentra el amor
interpreta la analista buscando que acabe
la novela de mi vida para que por fin empiece
su realidad.
Arturo no era Arturo porque nunca
en los sueños los que vemos son los que vimos
y de mi generación literaria el pasado me impone**

complicidades guiños contraseñas

**que los que no estuvieron ahí
nunca entenderán.**

Eso me obliga a hacer siempre el mismo recorrido:

psicoanálisis, literatura, teoría, política...

y aunque muchos jóvenes se fascinen con nuestra época

es un hecho que nosotros

tenemos la cabeza quemada.

(Cuando hago un esfuerzo por pensar de otra manera

lo hago por mis hijos

no quiero hablar como vieja pero tampoco quiero

que lo hagan ellos. Tampoco quiero hablar

como joven pero sí quiero que lo hagan ellos.

Mi contraseña incluye sus iniciales.

Si entro ahora puedo abrir otra línea de lectura,

pero ellos, sólo ellos, me la pueden habilitar).

DANIEL SAMOILOVICH

PORTO DOS OSSOS

*L'angoisse de l'amour te serre le gosier
comme si tu ne devais jamais plus être aimé*

APOLLINAIRE, ZONE

¿Pero cómo se hará de noche si la sombra
no sabe qué hacer contra el pulido
azul de la bahía?

Los cascos de los barcos ya están negros
y el cielo rayado de mástiles negros
y el agua todavía resplandece.

En el bar, siluetas
que la tarde cortó de su papel plateado
toman whisky y murmuran
en media docena de lenguas. Y tu botella
se va poniendo igual a todas las botellas;
ya no es posible leer las etiquetas.

¿Pero cómo se hará de noche
si la noche vacila

ante el escudo azul de la bahía?

Alguien tal vez venga nadando

de los barcos, y por la estela negra
que dejen sus brazadas invisibles
entre la noche al mar. Entonces sí,
antes que llegue el nadador
será de noche y se habrá abierto
la mano que en un puño tu corazón tenía.

LOS DADOS HUECOS

Full, póker, full: pero estos dados, huecos,
a cada golpe nos llevan más lejos
de la tierra, a una órbita improbable.
Sobre la bandeja que cubierta
por una toalla apoyamos en la cama
ruedan los dados huecos. Lo que sale
parecen cinco ases. Pero no.
Como la gravedad, la suerte
está hambrienta de masa y aquí ninguna
de las dos encuentra qué comer.
(Más tarde, en la noche, la sospecha
de que esta falta de peso o negativa
o renuencia a pesar podría
ser el síntoma de una enfermedad
cuya causa apenas encubierta
seríamos nosotros o bien esta pieza
un poco siniestra de un hotel de provincia.
Nos damos cuenta que no somos ni seremos
felices juntos pero qué cretino este fantasma local
que, contra toda chance y buen sentido,
además nos hace sufrir).

Las olas del mundo

[fragmento]
ALEJANDRA LAURENCICH

LA PATRIA no se entrega ni se vende, así tenía escrito Fabián, con la letra de Nacho, bajo el vidrio del escritorio, pero la leyenda había desaparecido apenas pasado un mes, o mes y medio, de mi cumpleaños. El día del humo en la terraza esa leyenda ya no estaba, el vidrio había quedado sobre el vacío de la madera lustrada. ¿Dónde habían puesto la foto del puño cerrado con la cadena rota que tanto me gustaba? También faltaban algunos de los afiches pegados en la puerta. ¿A quién se le había ocurrido sacar el de los picos de la cordillera con la cara de Allende, el presidente de Chile?, me pregunté, y vi con espanto que la biblioteca había quedado despoblada. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué hacían papá y Fabián? No preparaban el fuego para un asado como muchos otros sábados del año, no era ése el olor que se desprendía de la parrilla sino un olor que picaba, o por lo menos los ojos de Fabián estaban colorados como de lágrimas de humo cuando bajó de la terraza. ¿Qué pasa, nenita?, me dijo. Me acarició la cabeza y se metió en su habitación, dejándome del lado de afuera.

Quedé desorientada, mirando la bolsa enorme al lado de la puerta del living, como la de ropa que mamá preparaba todos los años para una familia pobre que venía a buscarla. Pero no era ropa lo que había adentro, sino libros. ¿A quién iban a regalarle todo eso? ¿Se habían vuelto locos? Veía ir y venir a mi madre, como si estuviera preparándose para algo. Abrí un poco la bolsa. Había libros de Fabián, ninguna otra cosa. Volví rápido para el lado de los dormitorios, iba a decirle a mi hermano que si pensaba donar todo eso me regalara alguno a mí. Pero no llegué a abrir la puerta: Yo me voy a la mierda, le escuché gritar, y sentí que la mano en el picaporte se me mojaba, me voy a la mierda, seguía él, gritando solo. Podía oír cómo tiraba cosas al suelo, cómo golpeaba algún mueble. ¿Qué estás haciendo ahí?, dijo mamá cuando me descubrió con la oreja pegada a la puerta, y yo me puse colorada hasta la médula, porque sabía bien que no tendría que haber escuchado

esa frase. Me apoyé porque estaba mareada, contesté, y mamá me tocó la frente, ¿No tendrás fiebre vos? También mamá tenía los ojos de un color raro, ¿había estado llorando acaso? ¿Qué pasa con Fabián, adónde quiere ir? Andá a estudiar de una vez, que menos pregunta Dios. ¿Por qué mi madre usaba ese día frases de la Nona de las que siempre se había quejado, por qué esas reacciones extrañas en los adultos de la familia, esa actitud de alarma, las puertas cerradas? ¿Qué está pasando, ma, me podés decir? Callate y ponete a estudiar, vos estudiá, rogó mi madre agarrándome del brazo para llevarme al living. Se abrió la puerta de entrada y apareció papá, con la camiseta sucia de hollín y un libro en la mano. ¿Qué son esos gritos?, dice y tiene cara de loco, los pelos despeinados. Enarbola el libro como si fuera un látigo y ordena: A ver si se callan, carajo, que pueden escuchar los vecinos. Y veo que el libro con el que mi padre parece amenazarme es el libro que Fabián me había prometido leer juntos en el invierno: *El miedo a la libertad*. ¡Dame eso que es de Fabián!, chillé. Callate la boca, mocosa de porquería, no grités. ¡Fabián!, papá tiene tu libro. Pero Fabián no aparece. Su puerta sigue cerrada. Y cuando vuelvo a mirar a papá recibo un golpe en la cara, un *flash* que me enceguece por un momento. ¡Fabián!, grito. Y dos veces más, *El miedo a la libertad* me golpea la cabeza y deja un olor a quemado en el aire, como el que tenían los bollos de hojas de diario que papá quemaba para encender fuego, y algo sobre mí comienza a caer, mi entendimiento empieza a despabilarse. Corro hacia el cuarto y trato de abrir. ¡Está quemando tus libros, Fabián! Callate la boca, carajo, vuelve a ordenarme papá. ¿Pero qué hacés, por qué pegás? La puerta de Fabián sigue cerrada. ¡Ay, Dios mío, Dios mío!, grita mi madre y sale disparada para la cocina. La puerta no se abre y los empujones de papá me van metiendo en el dormitorio grande. Empiezo a llorar. Silencio, hacé silencio, grita papá, rabioso, y cierra la puerta. ¡¿Por qué le tocás los libros a Fabián?! No grités, que te van a escuchar. Que me oigan, quiero que me digan la verdad. Un golpe me derribó sobre la cama. Quedé mirando una luz blanca que entraba desde alguna parte, que iluminaba el vestido de novia de mamá en el cuadro. A través de la puerta cerrada del dormitorio de Fabián se escuchaba silencio.

Silencio, hacé silencio, grita papá, rabioso, y cierra la puerta.

EN UNAS SEMANAS yo tenía reorganizada parte de la situación por la que él —que estaba acostumbrado a salir con mujeres sofisticadas como la Negra Nzila— se había hecho amigo de dos chicas comunes y corrientes, de quince años, que iban a un colegio de monjas igual al nuestro. Marí tenía una ansiedad que se iba acrecentando con el paso de los días, como si el relato de ese encuentro pudiese traernos la posibilidad milagrosa de que algo así ocurriera en nuestras vidas sin gracia, que chicos de la edad de mi hermano y sus amigos pudieran venir a rescatarnos del aburrimiento y nos trataran como a mujeres. Cómo nos sentiríamos de ser bendecidas por algo así, con qué suficiencia contaríamos en el colegio nuestros fines de semana intensos, por barrios y lugares que ninguna de nuestras compañeras se atrevía siquiera a imaginar. Por esto mismo, siempre me faltaba algún detalle para completar la historia, para hacerla más real, para meterle más particularidades en las que nos viéramos reivindicadas, aunque más no fuera en la fantasía.

Se podría decir, además, que el entorno alimentaba mi imaginación así como gran parte de la biblioteca de Fabián había alimentado esa mañana de sábado el fuego en la parrilla de la terracita. Qué dolor me daba entrar a su cuarto y ver los estantes despoblados, sin libros —libros que, aunque yo no había leído nunca, habían despertado mi curiosidad, con palabras como venas abiertas, operación masacre, oprimidos, libertad, sexualidad. Faltaban muchos libros de poesía que me gustaban y otros que nunca se me hubiera ocurrido leer, libros cuyos nombres me habían quedado registrados por mirarlos tantas veces escritos en los lomos, por repasar sus colores una y otra vez, libros que ahora eran cenizas.

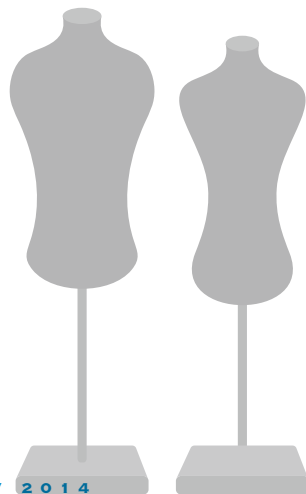
El entorno estaba cargado, eso era evidente hasta para mí, que no era muy perspicaz. Había un ambiente tenso en mi casa, discusiones fuertes, portazos, llantos contenidos en las comidas. Cuántas veces escuchaba a mi padre que se levantaba de la mesa gritando: ¡Ma que se vaya con los subversivos de una vez, que lo maten por ahí! Todos sabíamos que no lo decía en serio, que era la furia de no poder controlar los pensamientos rebeldes de Fabián lo que lo ponía nervioso, pero igual me lastimaba escucharlo, porque sentía que en cada una de sus frases había una invocación a la muerte, se la estaba llamando sin querer. Así como cuando hablábamos de mi abuela y se escuchaba el timbre, y mamá decía: Hablando de Roma el burro se asoma.

Por las madrugadas se escuchaban ruidos afuera, y yo me asomaba por las rendijas de las persianas cerradas para ver cómo los Falcon verdes se detenían frente al negocio de ropa de chicos que ocupaba la vereda de enfrente en la avenida, donde estaban las paradas de colectivos. Una vez vi que de

los autos bajaron señores, algunos con uniformes y otros no. Detuvieron un colectivo, hicieron bajar a los pasajeros y los pusieron de cara contra las vidrieras donde los maniquíes —como chicos ya viejos, con jopo— lucían trajecitos de comunión y uniformes escolares. La gente abierta de piernas frente a los ajuares para bebé. Yo me preguntaba qué sería lo que miraba esa gente mientras era toqueteada por todos lados (Los cachan, los palpan de armas, me dijo Fabián una noche, y me dijo que no mirara más por la ventana, que era peligroso), algunos volvieron a subir al colectivo estacionado, a otros los vinieron a buscar otros autos, que salieron pitando a contramano.

Yo abandonaba sin hacer ruido mi puesto de vigía, y pensaba en Malena Kunstler, en la verdadera, y en Pete, en cómo les molestaba a ellos que les pusieran una mano encima cuando jugábamos, tenían como un acto reflejo que los hacía reaccionar con violencia, No me toqués, decían a veces, sacame la mano, bueno, sacá, y se lo decían a cualquiera, fuera mayor o menor que ellos, y aunque el tocarlos hubiera sido accidental o cariñoso, ellos mismos alzaban las manos, en un gesto que indicaba: ¿Ves que estoy calmo, ves que no te quiero golpear? Que no los agarren los Falcon, rezaba yo con las manos contra la bombacha, boca abajo en mi cama, cuando me iba a dormir, Jesús, hacé que a Malena y a Pete no los cachan, porque se arma, y que tampoco cachan a Fabián, ni a Nacho, y así de a poco me iba envolviendo el sueño entre el murmullo del rezo y el recuerdo de tantas anécdotas del verano, qué harían ahora Malena y su familia en esa casa de Lobos en la que me dijo que iban a vivir.

Cada vez que yo pasaba con mi carpeta de inglés por la vereda de la vidriera, miraba los baberos, las medias, y cuando alzaba la vista hacia los maniquíes con jopo, que parecían haberse quedado quietos por haber visto lo que vieron, sentía hacia ellos una empatía, como si hubiéramos sido cómplices de algo.



El ambiente vino a tensarse más todavía cuando la madre de Nacho se presentó en casa. Había llamado varias veces por teléfono antes, pero después de la primera vez —vez en la que mi mamá la atendió enseguida (porque siempre le había gustado conocer a los padres de nuestros amigos)— mi madre comenzó a negarse, a decir por señas: Decile que salí, que me fui al dentista, al oculista, al ginecólogo. Hasta que un día la mujer se apareció en casa. Mi mamá pensó que sería el cobrador del sanatorio que pasaba todos los primeros jueves del mes a llevarse la plata de la cuota. Mamá disfrutaba de los servicios del sanatorio del que éramos socios como si se tratara de un club. Se hacía chequeos de toda clase, hablaba de los médicos como si fueran parte de nuestra familia y pagaba con absoluta puntualidad el arancel de socios. Andá a decirle que enseguida bajo, me dijo esa tarde, y se fue corriendo para el dormitorio a buscar el dinero. Yo fui bajando las escaleras, por el vidrio esmerilado de la puerta de calle no se veía con nitidez quién estaba del otro lado, pero me pareció que la silueta no era la del cobrador.

Cuando abrí la parte del vidrio, como me habían enseñado (No le abras la puerta a nadie, que nunca se sabe si es alguien que trae armas o algo peor, me instruía papá), una mujer se acercó a la reja con un gesto ansioso. Tenía los ojos de Nacho, esos ojos que parecían reírse de algo siempre, de color claro, pero estaban hundidos en ojeras tan oscuras que daban un poco de impresión. No tuve tiempo de responder a sus preguntas: si yo era la hermanita de Fabián, si estaba mi mamá, si podía decirle que necesitaba hablar con ella de un asunto muy importante. Mamá ya bajaba la escalera y cuando escuché sus pasos giré la cabeza para decirle que no era el cobrador. Mamá se quedó quieta, entre el gesto de ordenarme cerrar y el espanto, como si la que estuviera abajo, detrás de las rejas, no fuera una madre sino una asesina de niños.

—Señora, por favor —dijo la madre de Nacho, y era tal la súplica de esa voz provinciana, de esa mano que se extendió a través de la reja, como si se anticipara a detener el vidrio que yo ni siquiera pensaba cerrar, que mi madre siguió bajando los escalones, y yo los subí, cabizbaja, no para perderme la conversación, sino por el contrario, para escuchar todo desde arriba, desde el palier, sin que ellas me vieran, así podrían decirse lo que tenían que decir sin la excusa que a veces se oía en charlas interesantes: Cuando no esté la nena, hablamos.

Me acuclillé en el último escalón, donde la escalera pegaba la vuelta hacia nuestro piso, y allí me quedé. Y aunque el ruido de los autos cuando arrancaban por el semáforo de la esquina no me permitía escuchar todo, supe que Nacho no había vuelto a su casa desde el veintiséis de marzo. Desde entonces no duermo, señora, fuimos a los hospitales, a las comisarías, a

todos lados, que si le permitía hablar con Fabián personalmente. Mi madre se negó. Con mi hijo no tiene nada que hablar, yo imaginé el gesto de cerrar el vidrio, y me asomé. La palma de la mamá de Nacho, empujando, se veía blanca detrás del vidrio esmerilado. Una mujer me ha dicho que los torturan, señora, tiene que entenderme, se los llevan porque buscan información de cualquier tipo, mi Nachito es bueno, tiene sus ideas, sí, pero es bueno, señora, por favor, me han dicho que los manguerean con agua fría como a perros, que les meten electricidad por los genitales.

La cara de mamá se había vuelto hacia mí, hacia la parte de la escalera donde yo estaba. No era la cara de una madre sino de una fiera, había algo tan distinto en su mirada. ¿Qué hacés ahí escuchando?, dijo. Corrí a mi cuarto, oyendo los Por amor de Dios, señora, que decía la madre de Nacho, ahora llorando casi. Me tiré boca abajo en la cama, con ganas de vomitar. Todo me daba tanta vergüenza. Por favor, Jesús, que no sea verdad, por favor, Jesús, que no sea verdad.

Esa noche, cuando Fabián volvió a casa, me mandaron a lo de mi abuela, que había venido a Buenos Aires por un trámite de la pensión de Italia, una plata que tenía que cobrar. ¿Por qué tengo que comer arriba si quiero comer las milanesas que hizo mamá?, pregunté, sólo para no irme sin protestar, para darle un poco de costumbre a todo lo que estaba sucediendo. Papá miraba la tele. Dejé escuchar, dijo y señaló la pantalla. Cuando terminó el anuncio de que Monzón iba a pelear por el título mundial en Montecarlo, apagó el televisor. Tenemos que hablar con tu hermano, dijo papá, sin mirarme. Subí de una vez •

E. D.: La letra que sigue

[fragmentos]

MARÍA NEGRONI

Dios es más íntimo en mí, que yo.

SAN AGUSTÍN

BIOGRAFÍA

Me llamo Emily. Nací y morí en Nueva Inglaterra pero siempre me sentí extranjera, incluso —sobre todo— en mi propio cuerpo. Mi padre nos leía la Biblia con ojos de Pentateuco, asegurando que ese libro, que es el Libro de los Libros, contiene cuanto existe de inhallable en lo real. Tuve que buscar cómo engendrarme de algún modo, recurrir al silencio que es respuesta en el vacío o, mejor, respuesta del vacío. Así engendré los bosques, el desquiciado mundo, la antigüedad del agua. Ésa fue mi forma de partir. Aún no he regresado.

DOLOR

Una fuente de agua donde debo llamear por mí misma hasta que todo se apague mucho y yo, como si estuviera agonizando, casi un cuerpo sin boca ni ojos ni corazón ni etcétera, me lanzo a mi propia turbulencia en cero beatitud. Otra vez Eros, quién si no —cerca de mí y lejos de mí— irresistible bicho. ¿Qué hacer para amar sus heridas doquier? Mi casa bebe enardecida y animales erróneos por toda partitura.

FORTALEZA

Se golpea una puerta y aparece la sombra de alguien. Nadie sabe quién es,
ni qué viene a ovillar en el sur del alma.

La presencia es escueta y avanza a durísima pena, entre anaqueles que
albergan los versos de Emerson, el Walden de Thoreau, el Canto a mí mismo
de Whitman.

Ceremonia muy sobria en un cuarto dispuesto para la reclusión y la duda.
En ese silencio, por años, se educan los miedos, se disimula el amor, se
pergeña un tratado sobre eso que es cierto sólo por dentro.

La violencia es una ternura olvidada.

EXTRAVAGANCIA

Toda la vida quise que el yo estuviera ausente, que las abejas ciegas dieran
ser al ser. Por ese anhelo, pasa un panal de silencio, y un coraje nace, para
el que no existe forma pronominal. Me gusta despertar a otros mundos,
escribir —con los labios— la abstracción del deseo. Cuerpo abajo, la
irrealidad liba frenética. Si sigo así, me quedaré del todo huérfana.

PELIGRO

Yo no quería depender de un solo ser. Me hubiera muerto de temblor,
de espera, preferí balbucear como una idiota en el jardín manchado del
lenguaje, esperar su sentencia —de Muerte— con mi laúd de música mía. Yo
quise que la mente dictara las palabras, no lo oscuro que sentía. Yo quería
ver Amherst a la luz de septiembre, con sus diligencias, su tapicería verde,
cuando el aire deja de ser aire y la boca está plena de lo que no tuvo. Dulce
vino mucho que se da de beber en el bosque de al lado. Nada como una
música que no se puede tocar.

VÍCTOR F. A. REDONDO

LA DESTRUCCIÓN DE LA REALIDAD

Como operación delicada que es, los poetas
comienzan a roer la realidad con tal delicadeza

[e inocencia

que nadie, juraría, creería que eso es lo que

[sucede.

Se desmontan los mecanismos del pensamiento.

La orfebrería mental

se desvanece.

La realidad se aleja del corazón. Desaparece el

[placer.

(Otra manera de verlo:

el mundo se aleja de los hombres

porque el mundo los sobrepasa en inteligencia,

veut dire: la Tierra piensa).

Se destruye la tapa de lo razonable: el cerebro
estalla.
Entonces la vuelta de tuerca,
el golpe de efecto,
retroceso para la ironía:
se ha ido,
se ha ido,
repite la voz: se ha ido
un hombre viejo que al enfrentar su vejez
decidió arrancar de la muerte
un argumento: la revelación de un misterio:
ver
lo que no existe.

UN SUEÑO DE PARACELSO

Mago de espina seca
astrada medialuna
bajo el carmen perfecto vio
dos mañanas de fuegos azules
ardiendo entre cristales sabios
el amor lejos siempre de la sabiduría
más calor, más agua verde,
amenazando qué estirpe religiosa
tras la cortina
el pasillo laberinto
el silencio y la letra
creció el humo y nació la piedra
la virtud.

Jonathan

ESTHER CROSS

ÍBAMOS AL MONTE todos los días. Mi hermano mayor apartaba las ramas, abriendo camino. Lo seguía con mi hermanito, que siempre estaba con el sombrero puesto —todos teníamos uno pero él no se lo sacaba. En el monte encontrábamos huevos de urraca, pichones de paloma, huesos y cosas nunca vistas, raras. Era un lugar ideal para esconder otras, robadas de la casa.

Al lado del molino y el tanque australiano estaba la quinta. El quintero se llamaba Antonio Reina, Nelson Antonio Reina. Estaba siempre borracho pero decía que sólo tomaba naranjín. Era de Catriló y había girado mucho por la zona, hasta aparecer en el campo. Su perro se llamaba el Jonathan y lo ayudamos a enterrarlo.

La cocinera nos contó que la madre del quintero lo había echado de su propia casa, en Catriló, cuando tenía quince años. Eso tenía que darnos una idea del tipo de persona que era Reina, dijo, y lo calificó de diablo. Fuimos a pedirle mate de parte del quintero, que nos había encarecido que le hiciéramos «el gran favor». La cocinera nos contó eso, volvió a lo suyo y nos dejó colgados.

Reina no firmaba sus recibos de sueldo con una cruz, como la mayoría de los mensuales. Ya desde la primera vez firmó con su nombre completo: Nelson Antonio Reina. Mi viejo lo contaba como si le diera la razón a alguien, rematando una discusión solitaria.

Nelson Antonio Reina era un lector insaciable. Leía las latas de veneno para hormigas y las libretas sanitarias de vacunación que el encargado llevaba a la manga, los rótulos de las botellas, lo que fuera, la cosa era leer. Y leía dos cosas en especial. Una era el *Estatuto del Peón*. Tenía el folleto del estatuto en el bolsillo, listo para desenfundarlo. La otra era la Biblia. Nunca lo vimos leer la Biblia en vivo pero la citaba de memoria, con aparente lealtad.

Reina estaba obsesionado con las hormigas, las malezas, las liebres y todo lo que amenazara su región, comprendida por la quinta, el jardín y los

gallineros. La palabra *plaga*, a veces pronunciada por él mismo, lo ponía en guardia. Cuando algo no le gustaba, decía que era una plaga. La cocinera era una plaga, por ejemplo. Y la pobreza también.

Algunas noches se oían gritos; te despertaban como una leva del insomnio. La cocinera decía que era Reina porque los gritos venían de la quinta y el gallinero. Decía que Reina, borracho, salía a dar vueltas y después lo negaba porque perdía la memoria. Pero Reina nos dijo que esos gritos eran de un zorro, que el zorro gritaba como una persona porque era astuto. Nos dijo que el zorro gritaba como un hombre para despistar al Jonathan. Nos mostró una gallina destripada y un pollo en coma que el zorro había dejado en el gallinero, ¡sin comer! Mataba por necesidad y por matar. Nos dijo que era un bicho dañino, pero él y el Jonathan iban a agarrarlo.

El quintero era trabajador y borracho, es decir que cumplía y se tomaba licencias por resaca, las dos cosas. Una vez lo encontramos tirado sobre unas hojas que esa noche, seguramente, serían nuestra ensalada. Roncaba. Nos acercamos para examinarlo. Reina le agarró la pierna a mi hermanito. Mi hermanito chillaba como un pichón. Salimos rajando. Después esquivamos la quinta por un tiempo. Un día vimos a Reina levantando y bajando la pala y fuimos a ver.

Lo encontramos mirando el fondo de un pozo bastante grande, entre las plantas. Nos contó que el Jonathan se había ahogado en el tanque australiano. Por perseguir al zorro, se había caído adentro del tanque y no pudo salir. Después de la siesta lo encontró flotando en el tanque. El zorro andaba siempre de noche pero ese día había estado rondando la zona desde la mañana, para despistar.

«Pobre viejo», dijo Reina, mirando el pozo.

Mi hermano mayor se asomó para mirar, pareció que se tiraba, por la atracción del vértigo. Miramos todos. El cuerpo blanco del Jonathan estaba de perfil, con las cuatro patas estiradas. Era un pozo demasiado grande para un perro y sobre todo para el Jonathan, que era un perro chico. El tamaño del pozo lo rodeaba de silencio y dignidad.

«Quieto, Jonathan», dijo Reina, y se rió.

Se mandó un trago del bidón. Mi viejo decía que Reina mezclaba el najín con vino.

«La sepultura cristiana», dijo Reina. «no se le niega a nadie».

Fue nuestro primer entierro.

Reina no tenía la Biblia encima y la memoria le falló para el responso. Amagó con un pasaje del Diluvio pero quedó bloqueado apenas empezó. No se acobardó por eso. Se puso los anteojos. Sacó el *Estatuto del Peón Rural*. Lo hojeó un poco y empezó a leer. Imitaba a un cura a la perfección:

«El alojamiento deberá satisfacer condiciones mínimas de abrigo, aireación, luz natural y de espacio equivalente a quince metros cúbicos por persona».

Cerró el *Estatuto*, miró el pozo y dijo «Amén». Repetimos «Amén» mientras él tiraba los primeros puñados.

«Vamos, Jonathan», dijo y tiró la tierra al pozo, sobre el perro.

No sabíamos bien qué hacer, entonces lo copiamos. Después de todo, el Jonathan era su perro.

Fuimos cubriendo el cuerpo del Jonathan, hasta que sólo se vio una pata. Fue lo último que vimos del Jonathan. Tiramos más tierra y ya no se vio más al Jonathan. Adivinabas que estaba ahí, solamente, por prejuicio.

Reina empezó a tapar el pozo con paladas de tierra. Mi hermano mayor golpeó con el pico y soltó un terrón del borde del pozo. Mi hermanito y yo buscamos agua en la bomba para apisonar la tierra. Antes ayudamos a Reina a aparejar.

Nos sentamos en ronda con él y tomamos del bidón que nos pasó.

—En Catrilo tengo un hijo como ustedes.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó mi hermano mayor.

—Como ustedes —repitió.

—¿Y cómo se llama? —le pregunté.

—Jonathan —dijo Reina—. Jonathan Reina.

Tomó un trago, nos pasó el bidón y después juntó todo y nos echó.

Fuimos al monte. Mi hermano mayor iba adelante. No vimos a Reina cuando pasamos por su zona, al volver; a lo mejor estaba tirado entre los zapallos y las sandías y no lo vimos. Esa noche oímos el zorro gritando cerca de la quinta. Aullaba como un hombre ●



Dominó

EDUARDO SACHERI

CUANDO SE APEA en el andén, Rodríguez se queda quieto. No hace como los otros pasajeros, que buscan las escaleras de salida de la estación. De pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, observa el tren que se aleja hacia San Antonio de Padua. Un punto cada vez más chico, cada vez menos ruidoso, en la línea del horizonte. Enciende un cigarrillo en la estación desierta de las dos de la tarde del domingo. Se pregunta si no será mejor permanecer ahí, en esa cinta de cemento vacía, esperando un tren que lo devuelva a Buenos Aires, a su vida de todos los días. Pero sabe que es una especulación, una manera de mantener una ventana abierta en una habitación opresiva. Pero nada más. Rodríguez sabe que no va a atreverse.

Después de la última pitada arroja la colilla a las vías, junto a otras miles. Alza la vista. El panorama no es muy distinto del que vio la última vez que visitó el pueblo. Han demolido algunas casas para edificar locales comerciales. El resto está igual. Las construcciones bajas, la línea del horizonte bien a mano, mucho cielo, las copas invernales de los paraísos y los sauces. «Acá no cambia nada», se dice, y no consigue decidir si eso es algo bueno o algo malo. Enciende otro cigarrillo y se sienta en un banco de listones grises. El guardabarreras toca una campana y acciona una palanca. El aire se llena de los bufidos del tren que va hacia la Capital. Mientras fuma, Rodríguez lo ve detenerse en el andén de «Trenes hacia adentro». Lleva menos pasajeros aún que el que lo trajo a él. El guarda hace sonar un silbato y el tren abandona lentamente la estación. Se alza la barrera. Con un movimiento rápido Rodríguez descarta la colilla.

Ahora sí camina hacia el extremo del andén. Un hombre trepa de dos en dos las escaleras, se vuelve hacia el lado de Castelar, divisa el tren en la lejanía y hace un gesto de contrariedad. Después se quita el sombrero y se enjuga el sudor de la cara con la manga del saco mientras recupera el aliento. Cuando pasa a su lado cruzan un vistazo y Rodríguez hace un gesto, una mueca que no llega a ser una sonrisa, pero que le indica al otro que entiende su fastidio.

Baja los diez escalones, cruza el paso a nivel y enfila por la calle Juncal hacia la casa de sus padres. Las veredas están desiertas en la inminencia de la siesta. De tanto en tanto, desde alguna ventana de las que dan hacia la calle, le llega el rumor de los platos a medio lavar en las cocinas, conversaciones de sobremesa, el prólogo de las transmisiones deportivas de la radio. Al cruzar Mansilla consulta el reloj. Las dos y veinte. Va puntual. Ha fallado la manida profecía ferroviaria de su padre, esa que asegura que los trenes, desde que son propiedad del Estado argentino, han abandonado su británica puntualidad. Verificar que su padre, al menos hoy, al menos esta vez, se ha equivocado, le inyecta un sarcástico entusiasmo del que se arrepiente enseguida: ¿no es penoso que él siga pendiente de las sentencias de su padre, por más tiempos y distancias que intente poner entre ambos?

Llegará a la casa a las dos y media. Su madre saldrá a recibirlo secándose las manos limpias en el repasador a cuadros. Rodríguez se inclinará para recibir su beso y retribuírselo. Ella comprobará, con un vistazo, que su aspecto general, su peso, el color de su piel y el brillo de su mirada sean los de un hombre sano y fuerte en la plenitud de la vida. Recién entonces lo hará pasar, mientras le pregunta por Susana y por las chicas.

Cruza Olazábal, sigue hasta Lavalle. Por fin la casa. Toca el timbre y de inmediato oye el tintineo de las llaves. Rodríguez abre el portón y avanza por el jardín mientras la puerta se abre. Ese gesto explica su sitio en esa casa. Si fuera la suya, no habría tocado el timbre. Si no fuera la de sus padres, aguardaría en la vereda a que saliesen a recibirlo.

Su madre se asoma sonriendo, y Rodríguez ve cómo se le iluminan los ojos. Es el momento de encorvarse y del beso en la mejilla. La deja hacer mientras aguarda el escrutinio. Evidentemente está aprobado, porque ella vuelve a sonreír mientras cuelga su sobretodo en el perchero de la entrada y le pregunta, en voz un tanto alta, por su mujer y por sus hijas. ¿Qué pasaría si Rodríguez desenmascarase la impostura? ¿Acaso su madre no los visita en Buenos Aires todos los miércoles a la tarde, a escondidas de su padre? ¿Acaso no sabe ella que Susana y las chicas están tan saludables y felices como hace tres días, cuando ella llegó de visita con el budín de frutas secas? Rodríguez no llega a comprender por qué lo fastidia esa pantomima. Tal vez porque es otra evidencia del poderío tenaz de su padre, ese hombre viejo cuyas sentencias son indiscutibles. Pero no tiene sentido desenmascarar el fingimiento de esa mujer que sigue empeñada en cuidarlo, de manera que le contesta que Susana y las chicas están bien, y que le envían cariños.

Necesita concentrarse para que su tono suene natural, cotidiano, desprovisto de tensión, angustia o resentimiento cuando pregunta, también

en voz alta: «¿Y papá?». Su madre, antes de soltar la última línea que le toca decir, se estira hasta la alacena para buscar tres tazas del juego bueno.

«En la galería. O con la quinta, andá a saber», contesta después, mientras enciende un fósforo y lo acerca a la hornalla.

Mientras atraviesa la cocina y sale al patio, Rodríguez repara en lo tranquila que suena siempre la voz de su madre. ¿Será fingida esa calma, o sinceramente no teme que su esposo y su hijo terminen trenzándose en una de esas discusiones horribles que parecen su único modo de vincularse? Rodríguez se demora un segundo con la puerta abierta y la ve poner la pava al fuego, colocar la manga en la cafetera, verter en ella tres cucharadas colmadas de café. Tal vez sea cierto que está tranquila, y contenta de que sus dos hombres pasen juntos la siesta del domingo. Tal vez las mujeres saben transitar las cosas de un modo que los hombres ignoran por completo.

Rodríguez cierra detrás de sí la puerta del fondo. Así se llama ese sitio en su casa, en su familia. «Fondo», y esa palabra abarca el patio de baldosas, el jardín minúsculo, la quinta de verduras contra la medianera de atrás. Su padre está ahí, encorvado sobre la hilera de tomates, con las manos hundidas en la tierra barrosa. Cuando advierte su presencia se incorpora, se limpia las manos y regresa hacia el patio. Rodríguez lo ve como siempre: flaco, bajo, serio, fuerte. Se estrechan la mano, y el hijo siente la rudeza de esa piel que siempre le hace acordar a la superficie porosa y árida de un ladrillo. Se sostienen la mirada, porque su padre jamás baja los ojos y porque Rodríguez, sabiéndolo, se propone tampoco claudicar ante esas piedras pequeñas y azuladas que lo escrutan sin prisa.

«Cómo estás». La pregunta suena chata, como si no fuese una pregunta. «Bien, papá. Y usted». Rodríguez también, si se lo propone, puede ser neutro. «Su madre pensó que tal vez viniera a la hora del almuerzo», dice su padre mientras acomoda una de las sillas de hierro y se sienta.

Rodríguez sabe que no es cierto. Su madre sabe perfectamente, porque lo acordaron el miércoles, cuando ella estuvo de visita en su casa del Centro, que llegaría a las dos y media, a la hora del café, para irse a más tardar a las cuatro. Una hora y media. Un lapso plausible para estar sin discutir, para permanecer sin pelear. Rodríguez siente un minúsculo impulso de decirlo, de desenmascarar la realidad de que ambos saben que serían incapaces de permanecer todo un almuerzo en armonía. Pero calla. Tal vez la madurez sea esto: dejar los silencios como están.

La puerta de la cocina se abre con cierta violencia porque su madre, que lleva la bandeja con las cosas del café, ha tenido que abrirla con el codo. Rodríguez se acerca a ayudarla. Los tres se sientan a la mesa de cemento y patas de hierro. En realidad su madre permanece de pie mientras sirve, y

su esposo paladea el primer sorbo, y aprueba con un gesto. Recién entonces ella toma asiento entre los hombres.

Después de algunos titubeos, la conversación se pone en marcha. Los tres andan con cuidado, Rodríguez el primero. Nada de religión, ni de política, ni de normas para la crianza de los niños ni de planes para su educación futura. Su madre, de todas maneras, es una aliada perspicaz en la espinosa labor de conducir la nave de la visita por entre los arrecifes mortíferos que él y su padre se han pasado la vida construyendo. Hablan del trabajo de Rodríguez, de las buenas perspectivas que se abren en la oficina con la apertura de la sucursal de Flores. Su madre le cuenta un capítulo más del culebrón de los Mendoza, sus vecinos, que ya no saben qué hacer con la hija mayor, esa descarriada. Hablan de ese otoño suave y seco que están teniendo. De la enfermedad de la tía Clara.

Rodríguez hace un gesto hacia la quinta y elogia las lechugas. Su padre asiente y comenta que tendrá que cubrirlas antes de que caiga la primera helada.

«¿A ti te apetece otro café?», le pregunta su padre. Rodríguez dice que sí, mientras piensa lo diferente que es el perfecto español que habla su padre, con sus tús, sus «tis» y sus zetas, con respecto a su propio español porteño, saturado de voseos y de verbos acentuados en la última vocal que lastiman el oído: «mirá, vení, tomá, salí». Otra herencia fallida, otro puente roto entre los dos.

Están solos en el patio, porque su madre ha saltado como un grillo de su asiento, de vuelta hacia la cocina, al escuchar que quieren más café. Rodríguez quiere consultar su reloj, pero teme que su gesto sea demasiado ostensible. Tal vez falte poco para las cuatro, para dejar esa casa otra vez a su espalda, para caminar a paso rápido hasta la estación, para subir al tren y dejarse caer en un asiento vacío y colocar la radio en el marco de la ventanilla y escuchar el partido.

«¿Le parece que el kiosco de los Varela estará abierto el domingo a la tarde?», pregunta de repente. La cadena de sus pensamientos lo ha llevado a concluir que necesita pilas para la portátil, no sea cosa de que se le agoten en plena transmisión. Su padre parpadea, tal vez sorprendido. Rodríguez le explica lo del partido y las pilas. Completa la explicación hurgando en el bolsillo y dejando la radio sobre la mesa. Es un aparato bastante grande, que lleva cuatro pilas chicas. Es mucho más caro escuchar la radio a pilas que la vieja radio eléctrica. Pero ese rato a solas, con el relato del partido por encima del traqueteo del tren, mientras regresa a su casa y a su vida, a Rodríguez se le antoja la gloria misma, y el de las pilas es dinero bien gastado. Claro que no dice nada de eso a su padre, que sigue con los ojos fijos en el aparato negro de bordes plateados.

«Pues lo dudo. Domingo a la tarde... Me temo que estará cerrado», concluye su padre. De nuevo hacen silencio. Rodríguez, con los ojos fijos en la huerta, desea que su madre vuelva pronto.

«¿Hoy jugamos con Boca, cierto?», pregunta repentinamente su padre. Rodríguez deja de mirar la hilera de lechugas. «Sí», responde Rodríguez, y le queda la incomodidad de haber dado una respuesta demasiado breve, como si su padre hubiese hecho un gesto hacia él, un gesto profundo y meditado, y él no hubiera sido capaz de apreciarlo. Esa primera persona del plural. Ese «jugamos». Por eso, porque se siente confusamente en falta, Rodríguez agrega: «De visitantes», y alza las cejas como dando a entender que el partido va a ser difícil. Su padre, voluntariamente o no, reproduce su gesto, mientras asiente. Desde la cocina llega la voz de la madre, que pregunta si la azucarera ha quedado ahí en la mesa. «Sí, mujer. Aquí está», alza la voz el padre, levantando el recipiente y volviéndolo a posar en su sitio, como si su esposa pudiera verlo desde adentro.

«Difícil...», dice su padre, y Rodríguez entiende que se refiere al partido contra Boca, en la Bombonera, partido que está a punto de empezar y que él no podrá escuchar si no abandona la casa en los próximos diez o quince minutos. Pero algo lo detiene. Una piedad infrecuente, que le impide dejar que el comentario de su padre se pierda en el silencio. «Difícilísimo», coincide Rodríguez. Y siente que su respuesta sigue siendo demasiado exigua. Por eso agrega: «Y para peor, no juega Cosentini».

Su padre ladea la cabeza y frunce la boca, pensando. «¿Ah no?», pregunta por fin, mientras fija en él las piedritas azules de sus ojos. Esta vez Rodríguez responde casi con naturalidad: «No, papá. Se lastimó el domingo pasado contra San Lorenzo. Y el suplente es De Santis». «¿De Santis, ese que trajeron de Quilmes?», pregunta su padre. Rodríguez asiente. «Es malísimo», sentencia su padre, y Rodríguez sonrío y asiente. Su padre sonrío también, apenas.

Rodríguez consulta su reloj con ademán veloz, disimulado, pero su padre lo nota. «A ti se te hace tarde, ¿no es cierto? Y yo aquí dándote la lata...». Rodríguez lo mira y demora en responder, porque necesita saber si lo ha dicho con sinceridad o con ironía. Concluye que no hay sarcasmo en lo que su padre ha dicho. «No», dice Rodríguez, y agrega: «Yo no tengo apuro... pero a usted se le hace tarde para el dominó». «Sí, es cierto», responde el padre, y carraspea. Levanta la azucarera y la apoya otra vez en el mismo sitio. «Se me había ocurrido...», vuelve a carraspear su padre. «Tú dirás... pero si a la radio le faltan pilas... puedes quedarte a escucharlo aquí, y luego te vas». No dice «luego» sino «logo», cerrando la palabra en ese español que se ha traído desde Galicia y lo acompañará para siempre. Rodríguez demora en

responder porque está sorprendido. No sólo lo sorprende la propuesta de su padre. Lo sorprende, sobre todo, darse cuenta de que sí, de que quiere quedarse.

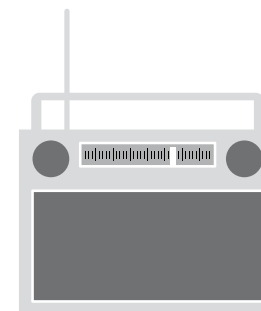
Se abre la puerta de la cocina y su madre viene otra vez con la bandeja. Rodríguez se pregunta si notará la turbación que sienten él y su padre. «Se te va a hacer tarde para el dominó, Fermín. Ya son las cuatro», dice, mientras restriega los pocillos entre las manos, como para mitigarles un poco el frío, antes de llenarlos otra vez.

El padre carraspea por tercera vez. Sus ojos vuelven a cruzarse con los de su hijo. Rodríguez hace que sí con la cabeza, y su padre habla con la cara vuelta hacia la pared de los rosales. «Hoy no voy, Beatriz. Antonio se queda en casa a escuchar el partido por la radio». El hijo no dice nada. Echa un vistazo a su padre, que tiene el ceño fruncido, el rostro colorado, las piernas estiradas, el mentón hundido contra el pecho.

Rodríguez pestañea varias veces para evitar que se le humedezcan los ojos. Clava también la mirada en la única rosa fría de pétalos abundantes que florece en los rosales de la medianera. Le acomete una ansiedad súbita. Ojalá ganen el partido. O que al menos empaten, porque de visitantes en la Bombonera, el empate no es un mal resultado.

Casi a su espalda, su madre termina de servir los cafés, y comenta algo de que va a ir hasta la panadería a comprar unas facturas. Medialunas no, porque el panadero de ahí a la vuelta las hace muy secas. Pero sí facturas. Vigilantes y sacramentos. Y su tono de voz es absolutamente sereno, natural, como si la tarde fuese una tarde como cualquiera, y lo que está sucediendo ocurriese todos los días.

Cuando se quedan solos pasa un largo minuto en el que los dos hombres permanecen quietos en silencio. Por fin el padre se incorpora y entra en la cocina. Rodríguez escucha sus pasos alejándose hacia las habitaciones. Casi enseguida lo oye volver. Su padre carga la radio eléctrica, la de siempre, la de carcasa verdosa. Rodríguez se apresura a hacer sitio sobre la mesa del patio, para que pueda apoyarla •



NINÍ BERNARDELLO

Cómo viene sin dudar el caballo de Troya
a comer de mi mano ahora que estoy
tendida en un manto de púrpura veneciana
mojado por las aguas del Atlántico fueguino
y se enlaza a mi sueño un llanto augural
de trenza deshecha, de morral caído.
Me cobijó tu vientre durante años y
viví sola en la oscuridad de un relato
propio, obsesivo, sin ecos, sin nadie que
alzara su voz para llamarme

GAVIOTAS

Lo que termina cae en su principio
abriendo las garras y el pico
con la indecible dulzura de eso
imperceptible que vibra bajo los párpados:
anuncios de que lo amado muerto vuelve
acaso porque sabemos que lo que termina
cae en su principio y retorna
abriendo sus alas y el pico y las garras
con la indecible dulzura de eso
imperceptible que tiembla bajo los párpados
gaviotas

ELVIO E. GANDOLFO

LA PROHIBICIÓN

Viene la mujer de Stevenson,
temprano en la mañana, y le dice:
No, y hace una pausa. Stevenson
tiembla: siempre le tiene miedo
a su mujer cuando le dice no, así,
tajante. Es por eso que la ama.
Espera y la mujer sigue hablando:
no podés publicar eso, nos
crucificarían. Stevenson sonrío
como un niño al que retan y sabe
que puede zafar: Lo escribí en un
sueño, dice. Pero al ver las cejas
alzadas de su mujer, aclara apresurado:
Perdón, perdón, lo escribí porque lo
soñé todo: lo que pasa. Pero la mujer
es implacable. Puede ser, dice, pero
ya está: lo quemé, lo destruí.
Stevenson tiembla en una mezcla
de terror, dolor y deleite. No lo dice,
piensa: Era lo mejor que escribí.
Pero ya está bien despierto, metido
en lo real, en el ruido de las calles
de Londres, que suena sofocado por la
niebla, atrás de las ventanas.
No dice nada Stevenson, la mujer se inclina,
lo besa y se va, agradecida por el modo
en que Stevenson acepta su dictamen.
Ese mismo día Stevenson empieza a escribirlo
de nuevo.

OTRA PROHIBICIÓN

Muchos años después, Juan Carlos
escribe el suyo por furia: no
consiguió cigarrillos. Está
prohibido venderlos ese día.
Se venga, se venga, acumula desastres
no sólo morales, más amplios, históricos
y generales. Se venga fuerte, él
no le tiene miedo a las mujeres,
las reputea, se va embalando, ya
no puede parar: después caen muñecos
míticos, mitológicos: un gaucho,
tres gauchos, treinta y tres gauchos.
Pero la prohibición es mayor, de contornos
imprecisos, casi parece de Dios: se
mueve mucho en esos años, y hay un
momento en que se le pierden
todas esas palabras,
¿en una carpeta o una bolsa?
entre una y otra orilla. Pero años
después, como Stevenson, vuelve
a escribirlas. Aunque con trampa: ahora
es mayor, sabe más, apunta más fino.
Como pedían en aquella revista literaria
patea las puertas de lo sublime, y entra
a saco en toda su literatura futura,
con lo que escribirá a partir de
aquella prohibición menor de no
vender tabaco, muriéndose antes de la
prohibición mayor, en bares, hospitales,
carnicerías, bancos de seguro y pizzerías
y en su propio país, libre de humo,
pionero en el Río de la Plata
que tanto recorrió,
riéndose mucho en el otro mundo, con los
ojos de pibe bien abiertos, de asombro
ante semejantes idioteces.

Los años perros

[fragmentos]

ALEJANDRA RUIZ

II

Recuerdo a mi madre, cocinera eximia y gran conocedora de historias familiares, mi madre todavía no tan vieja y sin embargo ya nada linda, vestida con una ropa que, aunque fuera nueva, parecía envejecida; los batones celestes o rosas con unos vivos blancos para subrayar la pechera, las telas que ella prefería de color pastel y en realidad eran siempre de tonos desabridos, como si temiera que la intensidad de los colores destacara el prematuro deterioro de su cuerpo, la envoltura adiposa que comenzaba a deformarlo y esas enredaderas con nudos azulados que ascendían por el pálido muro de sus piernas, la blancura apenas tersa de la mujer que mi padre evitaba mirar mientras cargaba el equipaje en el auto, las valijas armadas con cuidado en la puerta de nuestra casa porque él no creía en las supercherías que aconsejaban dejar abandonadas en Esperanza todas las cosas que pudieran remitirnos a ese pueblo maldito.

Y mi padre habló de las maravillas de frutos resplandecientes, de lugares donde nunca llegarían los cirujas y el pan fresco estaría al alcance de las manos de todos, de tierras fecundas donde respirar no sabría a podrido, de colegios donde los niños no serían castigados con vulgaridades acerca de la germinación de porotos en vasos de vidrio azulados y extravagantes experiencias sobre el salto de las ranas, de pueblos donde la gente no se ocuparía de herir la pureza del amor familiar con habladerías de putas: allí iríamos a empezar una nueva vida. Pronto nos seguirían mis tíos y mi pequeño primo, Juan Francisco. Allí, mi padre y mi tío construirían por primera vez grandes autopistas, avenidas en verdad modernas donde los semáforos no enloquecerían después de cada chaparrón y sólo muy raramente habría algún temporal, que no demoraría más de un par de horas en apaciguar su inclemencia, puesto que la perfección no existe sino incompleta.

Y mi madre que meneó la cabeza, mascullando por lo bajo algunas palabras ininteligibles para mí. Y enseguida exageró, blasfemó, con aquel hablar inmoderado, siempre un poco fuera de época, que no parecía propio de ella; esas palabras rimbombantes que en aquellos tiempos de decadencia, al haber desgastado su sentido inicial, lo remedaban. Y mi madre habló de dignidad, de honra. Y expuso, con voz pausada, su convicción de que no iba a ser feliz, de que no, de que no había de eso para ella, de que no valía la pena intentarlo, ni fracasar, que ya era tarde para irse y que no había adónde ir. Y también expuso, con la misma voz pausada de quien se esfuerza por contener la ira, la más completa increencia en aquellas paparruchadas de tierras fecundas donde el pan fresco estaría al alcance de las manos de todos, su certidumbre de la irrealidad de otro mundo donde respirar no sabría a podrido, su convicción de que todas las ciudades del mundo eran iguales a Esperanza y, por consiguiente, no había adónde escapar. Y entonces ella ya no pudo o no quiso contenerse, y maldijo a viva voz y lentamente, como si paladeara cada injuria antes de lanzarla al rostro atónito de mi padre, de pie y cada vez más pálido frente al auto cargado de valijas; y así herida por el enojo, emitiendo de tanto en tanto unos gruñidos que todavía puedo evocar en mi oído interior, ella denostó a los que la habían convertido en el hazmerreír del pueblo, «Qué cursi», enfatizó con una estética tan contundente como sus gritos, «qué chabacanería haberlo hecho en las mismas sábanas que yo lavaba con esmero y discreción».

Preferiría no entrar en los pormenores de las otras cosas que dijo porque en ese momento rompió a llorar, su pecho se sacudió al son de pequeños espasmos y yo le pedí a Dios que nos pusiera a salvo de las miradas de los pocos vecinos que todavía quedaban en el barrio. Nunca supe si fue gracias a él o al azar de una coincidencia, pero mi madre no demoró mucho en calmarse. El llanto se fue disolviendo en unos quejidos suaves y la respiración entrecortada recuperó su ritmo natural. Aunque los hechos referidos habían sucedido siete años antes de la estampida, ella los mencionó como si hubieran sido recientes. Mi madre lo había sabido desde el principio, lo calló tantos años por dignidad. La voz, en ese momento, adquirió un matiz distante que no dejaría jamás de resurgir en los años venideros cada vez que se dirigiera a mi padre. Ella no iba a rebajarse. Sólo la lentitud con la que le hablaba dejaba traslucir el esfuerzo de contención que mamá hacía para no revelar sus agitados sentimientos. Como los borrachos que, cuanto más se empeñan en caminar derecho, más se exponen a los ojos de quienes les toca en suerte observarlos, esa voz con la que mi madre le habló a mi padre (y no las pocas palabras dichas en ese momento) denotaba su rencor y lo exponía con la visibilidad de una herida, al punto que de sólo evocarla

para escribir estas líneas me produce una especie de conmoción en la base del estómago. No se hable más, repitió ella voluntariamente desprovista de cualquier matiz afectivo, de cualquier conato de expresión. Entonces mi padre me miró y me dijo: «En el fondo, siente un desconcertante cariño por su tierra». Había resignación en el tono de su voz. En silencio, comenzó a descargar las maletas del auto.

IV

Recuerdo oscuramente puertas que golpeaban en la noche, mi padre, que gemía y juraba que no más, imploraba perdón en una posición ridícula que parecía apelar a la condescendencia del cielorraso y decía que la niña, que él no supo cómo ni cuándo, que había crecido mucho, la pequeña y que, de pronto, él no pudo o no quiso evitar unos pocos juegos y que no recordaba cómo fue la primera pero que ésta habría de ser la última, la última vez que sucedía algo que, en cierto sentido, nunca había sucedido por completo, ya que no faltan ocasiones en que las apariencias engañan y ésta era una en que lo que parecía ser nunca llegó a ser sino apenas una vaga abstracción, el atisbo de una madrugada entre las piernas, una tibieza que nadie pensaba alimentar y sólo por error podía considerarse una pasión verdadera, sólo por un grito de gatas en celo y la niña temblando y pidiendo y entonces mi padre, la mirada al piso y el cuerpo lleno de huesos como piedra, no comprendía que pudiera pensarse eso de él, su propia mujer y qué mal lo conocía, en el fondo nunca lo entendió, aunque ahora daba igual, ya que aceptaría todas las condiciones con tal de que aquello no se supiera: que no se supiera no tanto por él como por la niña y no tanto por la niña como por su propia esposa y no tanto por la propia esposa como por mí que, en este momento de la conversación, era nombrado con énfasis por mi padre «nuestro querido hijo», como si aquella apelación, aquel golpe bajo pudiera calmar a la fiera que arrojaba cosas en la sala, que juraba mandarlo preso para toda la vida a él y a la cochina, a la pendeja sucia que se revolcaba en las mismas sábanas que yo lavaba con esmero y discreción, se van a acordar toda la vida de lo que me hicieron.

En ese momento, mi padre, como si una fuerza oscura se hubiese apoderado de su boca, fue proclive a la confesión y sus ojos brillaron cuando habló del dulce impudor de las caricias que lo acusaban y dijo que jamás lo hubiera hecho siendo ella tan pequeña y aunque ya no lo fuera, una niña a la que amaba sinceramente con un amor impreciso y a la vez ineludible, una niña crecida que a veces jugaba con sus pechos incipientes y sus labios pequeños como si fueran las muñecas que antes lavaba y vestía

de rosa, que se ponía pulseritas de cuentas verdes en los tobillos y mostraba las piernas con más orgullo que maldad, y que él, un hombre de bien y un padre de familia, él se había jurado a sí mismo que no se aprovecharía de la pequeña huérfana, ni de su inocencia ni de su falta de inocencia, porque la había visto llorar ante el cajón de sus padres y no quería verla sufrir como aquella vez que se hinchó toda y se le retorció el cuello y no le entraba ni le salía el aire, y que él todavía se acordaba cómo le temblaban las piernas cuando la llevaba en la ambulancia sentada en su falda y qué lindo era escucharla sollozar y llamarlo «tío» y que él, un ministro de la comuna, se había jurado a sí mismo que no, nunca, y que la educaría con tesón y cumpliría el compromiso asumido y que jamás, jamás dejaría entrever sus verdaderos sentimientos y aprendería a contener sus emociones y no volvería a mirarla a los ojos cuando hacía aquellos mohines encantadores y que pronto sería como si aquel deseo nunca hubiera existido y entonces lo que mi madre había visto o creído ver entre las penumbras, mientras atravesaba el corredor para buscar un vaso de agua, no tendría para ella más importancia que el despertar desafortunado de una pesadilla, ese breve instante en el que dudamos si lo sucedido sucedió realmente o si guardamos en los ojos imágenes de algo concluido que todavía quiere disputar su lugar, dinosaurios que se resisten a morir en el altillo del inconsciente, de lo que nunca sucedió ni volverá a suceder más que en el teatro oscuro de los sueños. Y cuando acabó este innecesario parlamento, mi padre se puso a llorar y lloró hasta la mañana, mientras la fiera continuaba golpeando cosas en la sala, pero ya más suavemente, o lo insultaba con menos convicción, y entonces, cuando estaba a punto de echar a la perra huérfana a la calle, se acordó de su hermana muerta y dijo que no podía, que al menos debía darle una educación digna y un marido decente, que por suerte lo peor no había sucedido y que a partir de ese momento ella misma se haría cargo de la educación de Juana María y que ya vería la pequeña, en carne propia, lo que era ser una señorita hecha y derecha ●

Cecilia Vallina

MARTÍN PRIETO

**Eso que parece Marte es la luz de la antena alta
del edificio de Urquiza entre Dorrego y Moreno
y eso que parece la luna, cortada al medio
por un hachero chambón y colgada sobre el techo
del Holiday Inn, es la luna. Son confusos
los mensajes que nos envía el cielo
en la noche de Navidad mientras bajamos
en silencio rumbo a la casa de mis padres
y mi ansiedad por reencontrarme con los relatos
de una mitología recontra menor cuyos dioses
se llaman Nelly, Alejandra Filas o Gorda Graciela
contrapuntea con tu abandonada lasitud tanto que,
por un momento, lo único tuyo que retuviera a mi lado
fuera tu mano y todo tu demás
se hubiese ido volando hacia la mitad faltante de la luna.**

Adolfo Bioy Casares. El centro del bosque y la ilusión de una isla

SILVIA RENÉE ARIAS

Verano de 1927. Adolfo Bioy Casares, que no ha cumplido aún catorce años, celebra la culminación de su primer año de colegio secundario disfrutando de la naturaleza, alejado de la humanidad. Adolfito piensa en miles de aventuras leídas o imaginadas: una región montañosa, un valle al reparo de los vientos al que un hombre llega y se sienta a descansar. Como él mismo en las arduas clases del Instituto, ese individuo ha estado meses enteros atravesando un tupido bosque, habitado por bestias feroces (los temidos profesores). Esa llanura es su refugio. Para Adolfito, lo es la posibilidad de escribir, de internarse en ese océano maravilloso que es para él la literatura, según escribe en su cuaderno: «Un maravilloso océano al que quiero beber de un trago».

Casi setenta años más tarde, un anciano Adolfo Bioy Casares escribe en el cuento «Tripulantes» la historia de un hombre que llega en un bote a una costa de un país desconocido. La idea no es inédita en su obra, claro. A sus veintiséis años, en 1940, ha escrito una novela que muchos —y el primero es su gran amigo Jorge Luis Borges— califican como «perfecta»: *La invención de Morel*. En esta historia, un fugitivo llega a una isla, cómo no; cuando de un momento a otro ésta se puebla, el hombre se esconde, se mantiene alejado en los bajos que inundan las mareas...

Si es verdad que el mito de una vida está oculto dentro de la obra de todo escritor, la tarea de asociar la vida y la obra de Adolfo Bioy Casares resulta en la evidente confirmación de esa premisa. Ya en sus primeros cuentos —de cuyas publicaciones iba a arrepentirse— estaba, más allá del *destritus verbal*, como bien observó Marcelo Pichon Rivière, el germen de su creación. Quien sería su esposa, la escritora Silvina Ocampo, con su modo único de expresarse, dijo una vez, al ser consultada por los libros que más le gustaban de Bioy: «Todos, hasta los primeros, por ser los primeros reflejos de un gran resplandor». Justas palabras. Ya entonces había un bosque, al

que misteriosamente el narrador de una de sus aventuras llegaba por una escalera que se brindaba a ocultarlo bajo tierra. Un bosque al que volvía *a su merced, con cariño, con hambre*. Podía caminar para todos lados, *sin temor de que se acabara su misterio*. Y, porque le habían enseñado que la Tierra era redonda, pensaba que ese bosque tenía fin. Siempre estaba uno en el centro del bosque; es decir, él estaba *en el centro del bosque*, lo cual patentizaba la verdad de su aseveración sobre su muerte, que no sería suya, *sino del Todo menos él*. Y cuando buscaba apoyo dentro de él, encontraba *el desierto en que todo parecía despacio, el desierto de la estupidez*. Para el Bioy adolescente, el silencio tenía *forma de fosa*.

En la vida cotidiana de este joven que se consideraba, ante todo, un deportista (practicaba boxeo, atletismo, fútbol, tenis), sucedía la soledad, también la incompreensión, del mismo modo que el rechazo.

La soledad era la de un niño que todos los días de su vida temía perder a su madre. Con los años aludirá a este sentimiento en sus cuentos, como en «Incesantes naves», incluido en *Luis Greve, muerto*, publicado en junio de 1937: *Lo que sentía no era solamente miedo de que su madre no volviera y menos de que a él le sucediese algo, sino sobre todo la horrible presencia de la falta de su madre y el miedo de sentirla*. Una madre —Marta Casares— que le lee poemas de Mitre y le refiere «historias de animales que se alejan de la madriguera, corren peligros y, tras muchas aventuras, vuelven por fin a la seguridad de la madriguera». ¡Qué fascinación, los peligros que acechan y la posibilidad de volver al lugar seguro! ¡Qué maravillosa la leve ansiedad que le transmite el héroe de esta novela titulada *El Quijote*, que se aleja de su aldea y de los suyos para salir en busca de aventuras!

Pero no siempre es segura la «madriguera». Muchas veces, solo en su cuarto, lo invade la consternación mientras le llega el eco de la música que ejecuta una orquesta y de una multitud, las muchas risas de las señoras y los caballeros que asisten al baile que se ofrece en su casa. No soporta esas risas. ¿Y el universo? ¿Qué hay más allá? Y más acá, incluso, cuando por las tardes vienen visitas a la casa de la Avenida Alvear, personas grandes o chicos, y él está en su cuarto y lo llaman para que se presente... ¿Cómo hace para vencer algo muy profundo que lo acosa, esa especie de temor?

Un temor que lo atrae, sin embargo, tanto como el espejo veneciano de tres cuerpos que su madre tiene en el cuarto de vestir, y en cuyos bordes contra el marco de madera hay encajadas fotografías de personas muertas, entre ellos su abuelo. Todo se multiplica mágicamente en el espejo, con vertiginosa repetición. *Fue como si de golpe me hubiera encontrado entre las hojas de un espejo de muchas hojas, rodeado por la multitud de imágenes que hay en los múltiples fondos de los espejos de muchas hojas*, escribirá en «El suicida», varios

años después. Y también en «Una puerta se entreabre», sólo por mencionar otro ejemplo, pasados sus ochenta años de vida, Bioy se refiere a un espejo que hay en un armario de tres puertas. Una visión que le había producido también un deslumbramiento capaz de inventar una máquina que lograra la reproducción artificial del hombre, porque para Bioy, «ver» era la mayor prueba de la existencia de algo, y aquella «honda e infinita perspectiva» le daba la prueba de que existía algo que no existía.

Sucedía la incompreensión. No quería ser abogado, como su padre, el Dr. Bioy. Sólo amaba la literatura. Si eso significaba «constreñir» su «vida a la modestia», como escribió por entonces, se conformaría «con lo justo para subsistir». Y cuando hubiera vivido un poco se iría «al campo, lejos, a producir muchos libros». ¡Cuánto más feliz que en el colegio se sentía leyendo a los novelistas rusos y, también, con deslumbramiento, a Berkeley y a Hume, y la *Divina Comedia*! «Todo esto sin contar que era una persona tímida, obnubilada por los nervios, y no podía presentarme ante la mesa examinadora sin haber estudiado intensamente cada una de las materias», recordaría.

Sucedía el rechazo. Era bien parecido, le decían que era inteligente, pero no lograba inspirar el amor de las mujeres: «Frente a ellas me explico los sentimientos antes de tenerlos», escribe en su cuaderno. Ya está aquí ese inconcebible enemigo: la incompreensión humana. «Siempre estamos un poco aislados, siempre la comunicación es imperfecta», supo decir. La imposibilidad del amor, también, reflejada en esa tragicomedia que resulta *Dormir al sol*, novela que trata del doble, del cuerpo y del alma; de un trasplantador de almas que pasa la de una mujer a una perra; el tema de la aspiración imposible de que cuerpo y alma concuerden con lo que uno desea de la persona amada.

Alguien observó que todos los fantasmas, en los libros de Bioy, son mujeres, empezando por la bella Faustine de *La invención de Morel*. En efecto, en las historias de Bioy, la mujer amada es inalcanzable, está siempre lejos (Faustine en *La invención de Morel*; Diana en *Dormir al sol*; Daniela en «Máscaras venecianas»; Paulina en «En memoria de Paulina»; Carlota en «El Nómeno»).

El amor es un bien que se busca incansable, inútilmente. No es casual que uno de los libros de cabecera de Bioy Casares —más allá de admirar su prosa sencilla, sobria, que también sería la suya— fuera el espléndido *Adolphe*, del francés Benjamin Constant: la tormentosa historia de un joven que desea poner fin a una relación de cuatro años con Ellénore, diez años mayor que él. Don Juan introspectivo, héroe romántico por su gusto por la soledad, por el sentimiento de la fatalidad y por sus contradicciones, sensible pero incapaz de pasión, débil de voluntad, Adolphe esquivaba sus responsabilidades,

vive sólo ocupado de sí mismo. Su historia no es otra que la del desamor. Para decirlo de una vez, la aventura intelectual, como bien supo verlo su gran amiga, la escritora Vlado Kociancich, era para Bioy más interesante que la aventura emocional, que los devaneos y las incomodidades de eso que se llamaba amor y que en su temprana juventud lo hundió en la humillación de no ser correspondido.

El aislamiento se erige entonces como la posibilidad de escapar de una rutina dolorosa, pero también como ámbito donde es posible conocer a los otros y, sobre todo, a sí mismo. En sus relatos, los personajes (como él mismo en su vida tantas veces, con la ilusión de que todos los problemas se resolverían a su vuelta) emprenden viajes. Si él visita Europa tantas veces como le es posible y se recluye en su paraíso, su estancia Rincón Viejo, a poco más de doscientos kilómetros de Buenos Aires, o bien en la casa de la balnearia Mar del Plata, sus personajes se trasladan a una quinta, a una vivienda en la costa («La obra»); a una playa desierta («El gran serafín»), a un país exótico, a una isla... Sus personajes pueden abrir una puerta y dar a otra realidad; a otro siglo, incluso («El otro laberinto»). Se trepan a aparatos que los llevan a la estrella más lejana, que se encuentra sobre una plataforma de piedra blanca. Se dirigen incautos y exaltados, en una nave espacial, a un planeta desconocido. Realidades misteriosas, pero también cerradas, que albergan el peligro: una habitación de clase media (las novelas *Diario de la guerra del cerdo*, *El sueño de los héroes*), un cuarto de hotel («Clave para un amor», «Un viaje o el mago inmortal»), un avión de pruebas («La trama celeste») o un presidio isleño donde los condenados se liberan por medio de la alteración de sus sentidos (*Plan de evasión*).

Sin embargo, si bien, como ha expresado Oliverio Coelho, «toda la obra cuentística de Bioy podría pensarse como una indagación de los afectos unida al recurso fantástico» —y el mismo Bioy explicaba que la realidad se le revelaba «fantástica, como a todo el mundo, en cualquier momento», cuando se producía «un quiebre», cuando caminaba de noche por un corredor de su casa, la luz se apagaba y se encontraba perdido porque esa realidad se le revelaba fantástica incluso cuando se enfermaba, incluso en los sueños—, también supo alejarse de las situaciones sobrenaturales para recurrir al mundo real, como lo hizo por ejemplo en *Guirnalda con amores*, libro que contiene relatos pero también aforismos y hasta una traducción de la *Oda V* del Libro I de Horacio. ¿Y qué más real que la guerra que desatan los jóvenes contra los ancianos en *Diario de la guerra del cerdo*, o las tribulaciones de los inexpertos y tímidos Luisito Coria y Nicolasito Almanza de «Lo desconocido atrae a la juventud» y *La aventura de un fotógrafo en La Plata*, respectivamente? O los cuentos de *El héroe de las mujeres*. Personajes modestos, melancólicos, bien

parecidos —características que también definían al propio Bioy— en una prosa de tono amable, elegante, a la que Octavio Paz se refirió como «una lección de economía que todos deberíamos aprender». Una prosa con un fino sentido del humor (Bioy decía tener «una tendencia natural, un poco inevitable, a reflexionar satíricamente» sobre lo que le pasaba, sobre lo que veía); una frescura en los diálogos que transmite el discurso oral con notable precisión y la única estridencia del placer de contar historias y conmovir con destinos que sus personajes aceptan —acaso porque Bioy se compadecía de ellos como lo hacía con todo el género humano— con resignación (es el caso de Castel en *La invención de Morel*, y sobre todo de Emilio Gauna en *El sueño de los héroes*, donde queda implícita la idea de que el destino está escrito).

No obstante, muchos de sus personajes se resisten a morir; buscan la eternidad. Una eternidad que en Bioy era una obsesión por la vida, por perdurar. Todo parecía remitirlo al tema de la inmortalidad. Cuando a comienzos de la década del sesenta empezó a obsesionarlo el arte fotográfico, comprendió que su cámara era un dispositivo para detener el tiempo: «El fotógrafo es un artista que descubre los momentos más expresivos de la verdad del mundo, su modelo, y consigue perpetuarlo hermosamente y tal cual es, como si le robara el alma», escribió. Un deseo de vivir mil años, de perdurar, que a sus casi setenta años lo llevó a confesar que, por dentro, se sentía como si tuviera todavía diecisiete. «Tan absurdamente breve es la vida, a la que le sigue una muerte tan larga...», se lamentaba.

A cien años de su nacimiento y a quince de su desaparición física, releendo la obra de este exquisito escritor se puede inferir que, en efecto, ese anciano era aún un jovencito eternizado en aquellos años de mocedad. Un Adolfo de pantalones cortos que atraviesa un espeso bosque y camina de la mano del fantasma de una mujer bella por una Buenos Aires serena aun en su complejidad y sus misterios, en medio de una inquietante extrañeza, enamorado y vivo para siempre en cada una de las páginas de un libro interminable •

El hielo gemelo

FRANCISCO GARAMONA

Tengo la imagen de la ropa
secándose colgada de la soga:
todavía estaba la abuela
como una bruja blanca del amanecer
preparando su leche con canela.
Y también Lorena Penisi
detrás de sus anteojos cuadrados
hundiendo la nariz en un cuaderno
donde trataba de copiar
con sus trazos minúsculos de miope
unos conjuntos del pizarrón
en los que se debatía el álgebra
de su penoso aprendizaje.
Tiempo en que imité la cara de conejo
en el espejo de un aparador
que tenía molduras en forma de manos
que ya empezaban a tirar de esa cinta
que más tarde iría a llamarse «la memoria»...
Yo me acostaba en mi cuarto de estudiante
y resolvía en ese espacio los intercambios
del sexo con la muerte, mientras otras imágenes
accionaban a unos autómatas que me enseñaban
sus ojos oblicuos en la media tinta de la noche.
Después besé a una chica en el arroyo.
—¿Su nombre era Mariel?
—No, ésa era su amiga de la que estaba
enamorado un compañero...

Y bajaban a nuestra vera unos caranchos,
que venían de comer las vísceras
de ese ternero huacho
que en *Tacuara y Chamorro*
hizo estremecer a unos idiotas...
Ahora quiero instruir el eco de esas voces,
no lo que dijeron impulsados por el amor o la furia,
en esa artillería donde el soldado de plomo se fundía de nuevo.
Por el frente de la casa pasaba un colectivo
que llevaba a los obreros a la fábrica,
y todas las madrugadas desfilaba
frente a la ventana esa caterva de hombres
que fumaban su primer cigarrillo
apoyadas las espaldas contra los árboles
borrados por la niebla de la calle Garibaldi.
Son los mismos árboles que ahora podemos advertir
aunque sin verlos con sus copas frondosas
que entrarían en el primer suspenso del día,
para poder decir:
Lorena, la de la abundancia,
Lorena, la de la fijación...
¿Se escucha todavía la vibración de un sulky
sobre su meta de polvo nueva,
u otras reverberaciones, acaso insustanciales
pero que de seguro eran, las de la alegría,
las de la felicidad?
Hubo primero una atención y una compuerta
por donde detallar los campos espaciosos.
Ya no la aldea de muebles empequeñecidos,
con el ave de madera que entraba y salía de su covacha...
Era al resguardo de la primavera,
cuando las ondas de calor se fijaban
en las remeras finas y traslúcidas
que usaban las chicas de mi pueblo...
Puedo oír sus voces, algunas veces roncadas,
y escuchar los secretos que se cuentan entre ellas...
Con las manos haciendo visera frente al sol,
en una fotografía de tonos difuminados,
celestes y amarillos trazando el vocablo
de la estación donde nada era neutro.

¿Un parque de diversiones y sus espejos deformantes?
¿Atardeceres tallando un trineo en miniatura,
cerca de unos niños que mirarían
con ojos achispados de animal?
Eso era en lo que estaba pensando.
En un hielo gemelo, y delgado, que de tan fino
se pudiera quebrar con el peso de una sombra
que apenas se apoyara en las membranas del aire.
Pero ya estaba Roxana, la vecina mayor,
a la que en un día de carnaval la vi llorar.
Sintiendo el trepidar de una etapa concluida,
o el polvillo de pulverizadas flores
que la enfermedad nos trajo.
A nombrarlas y consentirlas en sus labios
entreabiertos con los míos.
Pasaron unos meses y Roxana, la hermana de Lorena,
(que se había extinguido en el curso de ese verano, oh qué ridículo es
[decirlo así])
encontró su diario íntimo y me lo regaló.
—Es pésimo —me dijo—, pero hay descritos
momentos que ustedes pasaron juntos.
San Nicolás, paralelo del amor,
meridiano de la tristeza.
Porque hubo una vieja madera
que ascendió hasta confundirse en las estrellas
con todo lo que llegaba,
y era como si el fantasma de Lorena empezara a desperezarse.
Por la ventana alargada, otra vez, se veía oscurecer
un fragmento del terreno diseñado con rectas.
Yo la amaba, decían los grillos,
con su canto repetitivo, entrecortado,
como un signo de pregunta que los aleja del alba,
en el mismo momento en que se hunde
el corazón como una piedra blanca,
sin sonido, en el arroyo.

REMURES Y LAMPURIAS

El remur conoce casi todo el mundo pero nunca había visto una lampuria, y la lampuria es la primera vez que ve un remur.

Él se sorprende porque estaba seguro de haber visto todo lo que se debe ver para poder decir que uno conoce el mundo, y ella se sorprende porque, no habiéndose movido nunca de su sitio, no conoce nada.

En consecuencia, o no, la lampuria y el remur se enamoran el uno del otro. Un caso clásico de «exotismo especular», bien estudiado por la astroneuromancia y demás ciencias alquímicas, etológicas, homeopáticas, etc.

Después cada uno, mirándose en el espejo que sus semejantes les alcanzan, comprueba que no pertenece a la misma especie que el otro, reconsidera la situación, la clasifica como inconveniente, renuncia.

¿Pero hay acaso alguien que sea de la misma especie que otro?

LOS SOÑADORES

En sus sueños solía ser un príncipe capaz de volar, pero todos esos sueños se desarrollaban en una estación en ruinas, donde se había quedado solo, sin valijas ni documentos. Tenía miedo y frío. Un desierto sin fin se extendía detrás de las ventanas de vidrios emplomados. ¿Tal vez se trataba de otro planeta?

Podría levantar vuelo desde allí, porque el techo está derruido, pero por encima sopla un viento huracanado que arrastra remolinos de arena. Por alguna razón sabe el nombre de ese viento, shamal, o cree recordarlo. En fin, esas cosas típicas de las pesadillas.

Al despertar, sin embargo, lo que recordaba eran paisajes de prados fragantes o farallones de ocre, su propio palacio con la mesa ricamente aparejada, las caricias esplendorosas de una desconocida y otras felicidades por el estilo.

El psicoanalista se ponía furioso. Todas las veces hace señas a su paciente desde los escombros de la boletería, con la esperanza de que se decida a comprar el pasaje. Tren, ómnibus, caravana, lo que sea, con tal de sacarlo de ahí, y salir él mismo. Pero su paciente no lo ve. O finge no verlo •

Mujeres que cuentan su experiencia

JORGE AULICINO

**Mujeres que cuentan su experiencia,
el alto tejado ajeno, el regreso
a la casa paterna,
el dentista, los niños que llegan y se van.
El trabajo alienante las ha hecho sentir la distancia
que en realidad existe entre lo que se recuerda
y lo que se ve en realidad: bolsas negras
para devolver a la tierra
la ropa y el tocadore de la madre muerta;
cartas que no se sabía que existían,
broches, una postal;
el dentista,
el pediatra, el trastorno de hoy, el auto finalmente
parado en el costado de una calle
mirando enfrente a los que corren en el parque,
preguntando al fin y al cabo qué,
y peor: al fin y al cabo quién.
Mujeres maduras, las nuestras.**

Cuerpo a tierra

MARTÍN KOHAN

LAS MALAS NOTICIAS en general llegan así: envueltas en irrealidad. Oyó decir, en el teléfono, que Antonio acababa de morir en un accidente de aviación y no le pareció que eso pudiese ser cierto. Precisó que le repitieran todo, como es propio de cualquier incredulidad, y al cortar la comunicación el mundo normal le resultó más pequeño y más pobre, como pasa con cualquier desgracia cuando llega sin haberse anunciado.

Antonio, la amistad de Antonio, llevaba demasiados años en su vida (más de veinte) como para poder admitir ahora que ya no fuera a existir más. Se conocieron en el servicio militar y en una noche de guardia se hicieron amigos. Esas noches de intemperie y sombra suponían la exigencia de estar horas prestando atención, sin que en rigor existiese nada en que esa atención pudiese posarse. Vigilaban eso: la nada, que no hubiera nada, que no ocurriera nada. Y nada ocurría.

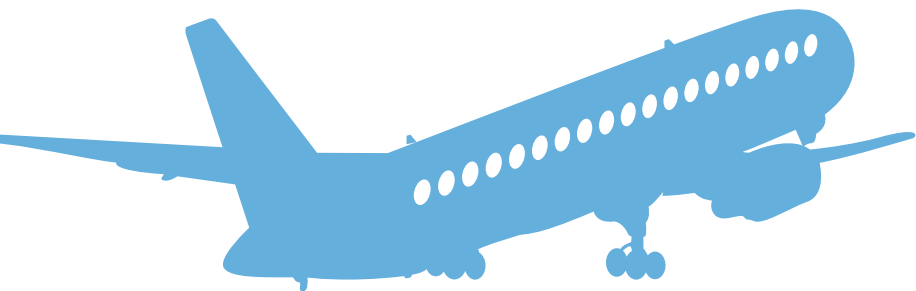
Hasta que les tocó montar guardia aquella noche, y en un momento determinado del sopor y del silencio, en un punto bien cercano pero difícil de establecer, se oyó el ruido de unos pasos muy marcados. Las hojas que ocultaban el suelo, porque estaba promediando el otoño, crujían en lo mudo y no dejaban margen de duda. Antonio entonces alzó la voz y preguntó: Quién vive. Tal vez no alzó la voz lo suficiente, no se oyó, no hubo respuesta. Debió decir la consigna por lo menos una vez más, pero se olvidó o se asustó, y no lo hizo. El intruso ya estaba próximo, seguramente los habría detectado. Antonio apuntó su fusil al corazón de la oscuridad alarmante y apretó el gatillo sin vacilar. Mejor matar que ser matado.

El arma se trabó (no era raro, era esperable: años después, en plena guerra, pasaría a cada rato) y el tiro no salió: no hubo fogonazo, ni estampido, ni muerte. Antonio se desesperó, puede que incluso haya gemido; pero justo en ese momento se abrió un claro en plena boca de lobo y ante ellos se presentó el sargento Giménez, alto, arisco y un poco sordo. Ladró su control

de rutina, viciado de hostilidad, y una vez cumplido ese deber se alejó sin despedirse. La amistad nació en ese rato, y para siempre. Porque él sabía, no podía no saber, que Antonio había tirado, que sólo por un milagro no había matado al sargento Giménez. Él sabía, había visto, y Antonio sabía que él sabía. Se entendió que no diría nada. Fue el secreto compartido lo que los unió, como a otros los une una pasión compartida o una tristeza compartida. Para dotar a ese secreto de una perfección por demás absoluta, jamás mencionaron el tema, ni siquiera, o mucho menos, entre ellos.

Ahora Antonio había muerto. Se había muerto, o se había matado, como se estila decir cuando se trata de accidentes, como si no hubiese diferencia alguna entre un accidente y un suicidio. Se había matado. Las circunstancias no ayudaban para nada a admitir semejante hecho. No había casi una gota de verosimilitud en la catástrofe, ni un solo elemento casi que alentara el poder creer. Antonio estaba viajando a Brasil (por fin la muestra integral de su obra en el Museo de Arte Moderno de San Pablo, el salto al circuito internacional de su carrera de fotógrafo) y el avión en el que volaba, de envergadura según podía deducirse, había rozado (ni chocado ni tocado, apenas rozado) el ala de una avioneta (ni siquiera de otro avión, apenas de una avioneta).

La prensa no se ahorraría, por cierto, las alusiones a David y Goliath. Porque después de ese percance en el cielo (ya era inconcebible, de por sí, que en la descomunal vastedad del cielo, en la extensión infinita de esa nada, dos aviones, grande y chico, se encontraran), la avioneta zozobró, perjudicada, pero logró mantenerse en vuelo, y en cambio fue el avión comercial, el de las poderosas turbinas y los muchos pasajeros, el que se precipitó a tierra y se destrozó. La conclusión de rigor se impuso: no hubo sobrevivientes. Los aviones caídos se dejan reconocer tan sólo por pedazos. Una letra arrancada de cuajo, un tercio de logo, un resto de color incendiado, sirven para la identificación.



Se sintió un miserable total, y acaso, en cierta forma, lo fuera. Porque acababa de matarse Antonio, su amigo de siempre, su amigo por excelencia, y él no pudo ahorrarse, no pudo o no quiso, al minuto de enterarse del drama, esta especulación de neto egoísmo: contaba ahora con una buena razón, una urgente, irreprochable, para llamar a Agustina y conversar. Hacía meses que no se hablaban, porque no había por qué ni para qué, y estos periodos de silencio y desconexión, cada vez más prolongados, estaban sin duda destinados a imponerse como una nueva normalidad, con su nada y con su siempre. Pero esta desgracia era una desgracia también para Agustina, aunque lo fuese de manera indirecta; los diez años de matrimonio con él (nueve y medio, casi diez) habían sido también, entre otras tantas cosas, diez años de amistad (nueve y medio, casi diez) con Antonio.

Excusa no era una palabra adecuada: lo que tenía, ahora, a su alcance, era sin dudas una buena razón para llamarla. Hasta podía plantearse, incluso, que dejar de avisarle sería toda una desconsideración: un mal gesto de su parte. Tenía que llamarla y tenía que decirle. La muerte de Antonio no dejaba de ser, en cierto modo, un asunto de los dos; pensarlo así lo reconfortó (aunque notar que lo reconfortaba lo mortificó también). No sólo podía llamar a Agustina: tenía que hacerlo. Pese a eso dio unas cuantas vueltas antes de decidirse a marcar el número en el teléfono. Se vio absurdamente ensayando posibles cursos de conversación, practicando réplicas concluyentes, probando insinuaciones.

Hablaron poco; fue todo muy breve. Agustina se consternó, quiso saber, maldijo, sollozó; lo esperable. Pero después, él mismo no supo por qué, no hubo cosa más que decir, y su larga expectativa de hablar por fin con ella se fue deshaciendo demasiado pronto: convertida casi de repente en nada, antes de alcanzar a producir algo, a deparar algo, a significar algo, lo devolvía al abandono sin dejarlo reaccionar. Hizo un intento, pese a todo: propuso un viaje; lo hizo por puro impulso, porque intuyó que sin eso lo que seguía era despedirse.

Se expresó con sorpresiva elocuencia: dijo que la muestra de Antonio en San Pablo se haría y ahora sería póstuma; que viajar a visitarla y a recorrerla pasaba a ser entonces una especie de homenaje indispensable, una prueba de amistad que él estaba decidido a hacer. Agustina al escucharlo se conmovió, o al menos eso le pareció a él, no siempre es sencillo darse cuenta de estas cosas en una comunicación telefónica. Lo que, lamentablemente, no advirtió o prefirió no advertir, fue que eso que él le decía no era sino una invitación: la propuesta de que viajaran juntos. Ella lo tomó como una declaración personal, nada más; el anuncio de que él viajaría. Lo felicitó, lo entusiasmó. Le dijo que la idea le parecía admirable. Que no debía dejar de hacerlo.

No hubo entierro y no lo habría, al menos hasta que las autoridades lograran encontrar los cuerpos, distinguirlos, identificarlos, entre los restos del avión desperdigados en plena selva; luego faltaría el arduo trámite de remitirlos a otro país, si correspondía. Pensó que el viaje a Brasil serviría para satisfacer la íntima necesidad de algún rito de despedida: honra fúnebre o evocación personal. Se dice que los artistas no mueren, porque dejan un legado, él sabía que no era cierto, que morían como cualquiera, descartaba ese lugar común por tramposo y sensiblero. No obstante admitió que viajar a San Pablo, al museo, a ver las fotos expuestas de Antonio, sería casi como encontrarse con él, así fuera para saberlo perdido.

Antes de partir alcanzó a pensar, aunque sin admitirlo del todo, que tal vez también viajara, además de por los motivos visibles, porque se lo había dicho a Agustina. Hacer el viaje suponía tomar en cuenta esas palabras, y además, de alguna manera, retomar esa conversación. Era obvio que, cuando volviera, no podría dejar de llamarla. Y hasta llegar a encontrarse con ella, por qué no, si le traía, por ejemplo, como obsequio o como ofrenda, un ejemplar del catálogo de la muestra, un recuerdo que no podría declinar.

El viaje en avión fue tan sencillo y armonioso que resultaba difícil admitir que, en estas mismas circunstancias, ahora tan inofensivas, otros pudiesen haber encontrado la muerte, una muerte por demás horrorosa. Él se fue poniendo en el lugar de Antonio casi en cada momento del viaje, como si eso pudiese ayudarlo a entender lo que había pasado. No le sirvió, por supuesto; al aterrizar y bajar del avión, le pareció todavía más inconcebible, más inaudito, más desesperante, llegar ilesos, él y los demás, los demás y tantos otros, y que Antonio, por lo mismo, en cambio, desfigurado, irreconocible, ya no estuviera más.

En San Pablo no quiso perder el tiempo. Dejó sus pocas cosas en un hotelito de la calle Augusta, y salió de inmediato hacia el Museo de Arte Moderno de la ciudad. Caminó con la mente en blanco, o tratando de mantenerla en blanco, mientras los edificios de la avenida principal le salían al cruce y lo dejaban indiferente. El museo se le apareció de pronto: geométrico y suspendido, animado con colores fuertes, él mismo ambicioso de ser arte. En un cartel vertical leyó el nombre de su amigo: Antonio Reggi. Sólo entonces, sólo así, entendió que había llegado, supo a qué había venido, creyó entender lo que le esperaba.

Antes de entrar, a pesar de que seguía ansioso, se obligó a dar unas vueltas por el parque que quedaba enfrente. Era tan espeso ese follaje que en seguida pudo olvidarse de que estaba en una ciudad; las hojas y la humedad se apretaban con tal decisión que el parque llegó a resultar un espacio cerrado, sin cielo ni aire libre. Al salir, sin embargo, seguía en San Pablo. Y

el museo seguía ahí, del otro lado de la avenida, anunciando una muestra de las fotos de Antonio. Cruzó ya listo para entrar. Y entró.

Las fotos lo impactaron como siempre. Haberlas visto tantas veces antes no atenuaba para nada el efecto; solía no encontrar palabras precisas con las cuales expresar su embeleso, lo que le traía alguna incomodidad con Antonio, no sabiendo qué cosas decirle y temiendo que su admiración acabara por resultarle dudosa. Ahora las contemplaba y las disfrutaba sin más, y podía quedarse con eso, la clase de emoción que sentía podía plasmarse en silencio.

Las fotos que él no esperaba, las que no conocía y jamás sospechó, estaban colgadas en una pared lateral, algo discreta, como en una sección apartada de la muestra. Podría haberlas pasado por alto, de no ser por esa especie de llamado que presintió o adivinó. Nunca antes las había visto y, sin embargo, sin que al principio llegara a advertir por qué, un destello de reconocimiento lo alcanzó. Se acercó a verlas y entendió el motivo: en esas fotos (eran tres, no muy grandes, blanco y negro) aparecía Agustina. Agustina: su mujer. Sentada y desnuda en ese sillón de mimbre que Antonio supo tener, cuatro o cinco años atrás, en un rincón de su casa que la luz del sol, en algunas mañanas del año, hacía relumbrar. Agustina sentada y desnuda en ese mismo sillón de mimbre, dejando que la mirada se perdiera por algún lugar que tal vez fuera una ventana, tal vez la puerta que daba al patio.

La visión lo sofocó: se sintió tan aturdido que tuvo que apartarse, retroceder. ¿Qué eran esas fotos? ¿Por qué no había sabido de ellas? ¿Por qué Antonio jamás le había mencionado el tema? ¿Por qué no lo había mencionado Agustina? Se propuso volver a verlas, examinarlas. Escrutarlas en detalle, con la esperanza, o con el temor, de poder entender algo. Pero desistió. Se dio cuenta, justo a tiempo, de que no iba a estar en condiciones de afrontarlo. Las manos le temblaban todavía, la espalda seguía empapada de transpiración. Estaba mareado.

Salió a la calle a respirar, a reencontrarse con la normalidad de las cosas. Pero estaba en una ciudad ajena, distinta en casi todo de la suya, y esa extrañeza lo perjudicó. ¿Sería capaz de volver a entrar en el museo a mirar las fotos de Agustina, su mujer; esas fotos ignoradas que Antonio, alguna vez, le había sacado a Agustina, su mujer? Tuvo una idea mejor. Volvió al museo, pero no a la muestra. En la planta baja estaba ese sector donde se venden libros de arte, postales, recuerdos del museo, chucherías. Ahí compró el catálogo (tapa dura, papel satinado) de la exposición de Antonio Reggi. Se lo llevaría al hotel, para poder revisarlo con cuidado.

Se apuró a llegar, corrió las cortinas ajadas de la ventanita de su cuarto, abrió el libro sobre la pequeña mesa de madera que hacía las veces de

escritorio, lo hojeó sentado en la punta de la silla, los dedos tensos. Fue y vino dos o tres veces, de la primera página a la última. Las fotos de Agustina no estaban. El catálogo se anunciaba, en portada, como completo; pero las fotos de Agustina no estaban. La única explicación que él encontró, la única que cabía, por otra parte, para entender esa irregularidad, era que Antonio las había suprimido en el libro, que había aceptado exhibirlas tan sólo en el museo, en otra ciudad, en otro país, ahí donde seguramente nadie (*nadie* significaba nadie a quien pudieran importarle; *nadie* significaba una sola cosa: él) habría de encontrarlas y verlas.

Decidió adelantar la vuelta a Buenos Aires. Pagó sin hesitar la multa que correspondía por cambiar la fecha del vuelo: en vez de un jueves, un martes. Dejó el catálogo sobre la mesa de luz de su habitación de hotel, justo encima de la Biblia de rigor. Que se lo llevara quien quisiera, si es que alguien quería. Durante el vuelo miró para afuera: toda esa nada, toda esa inconmensurable nada. En el instante en que el avión aterrizó, cuando después de flotar y de zumbar se sintió el golpe de las ruedas en la pista, se dijo que ahora sí tenía una buena razón para llamar por teléfono a Agustina, para verse urgentemente con ella. De inmediato, sin embargo, comprendió que era al revés. Ahora tenía una razón inexorable para, más allá de lo que él quisiera, no volver a verla nunca más •

HORACIO ZABALJÁUREGUI

*«Certifico que el número individual 1119172
corresponde a Anhnabel Carmen Marchelli».
Entre las huellas de sus pulgares está la foto de mi
madre.*

*Tiene ahí veintiún años,
el rostro redondo y levemente inclinado,
los labios pintados, apenas.
El pelo abundante, peinado
en dos lomadas con raya al medio,
cae en un manto detrás de las orejas.*

*Me veo en su mirada;
ese aire diáfano,
luz de porvenir pasado;
estuve en esa mirada,
plácida;
supe estar,
ser ahí.*

*Ahí,
tuve
La mirada de mi madre.*

*Ahí estuve
en la gema refleja
donde rompe, irradia
Mundo.*

*Tengo ese aire
de la mirada de mi madre;
demorada,
idéntica;
ida
en la luz del tiempo.*

Mora

[fragmento]

ANDI NACHON

*Rema rema
rema tu bote
suave por la corriente
alegremente alegremente
la vida es un sueño.*

Perdida de mí, a vos llego: niebla

sorprendida sobre el río
por las tardes primeras
casi septiembre y todo
todavía duerme

un paréntesis
de agua en el aire
sobre el agua quieta

todo posible todo
esto que despierte, florezca

perdida en vos
a mí que vuelva.

Velador

OLIVERIO COELHO

En vez de ir a la clínica a cumplir con los protocolos de la muerte, Sauri sube al Peugeot 504 modelo 87 y va hacia el monoambiente que su padre alquiló cerca de la estación Pacífico. Entra de manera sigilosa, como si temiera interrumpir la siesta de alguien. Las persianas están bajas y las bombitas de los techos, quemadas. Sólo funciona el velador apoyado en un tacho de pintura de plástico, junto al que su padre, en un colchón, solía tenderse a leer el diario, fumar y rastrear en horas vacías el origen de su enfermedad.

Hay diarios, tazas sucias, ceniceros, colillas, objetos disecados por capas de polvo y eras de soledad. El lugar luce desértico y material, como una fábrica alguna vez espléndida que fue abandonada. Los diarios apilados junto a la cama datan de más de veinticinco años atrás. En la mayoría de ellos Sauri aparece mencionado y/o fotografiado como un joven prodigio del ajedrez argentino.

Busca bolsas de consorcio. Empieza a separar los documentos útiles, papeles con teléfonos, agendas, carpetas con planos, boletas, escrituras, fotocopias de expedientes y tarjetas personales de lo más variadas. Toda una riqueza hipotética con la que siete meses atrás Luis Alberto, tras echar por la borda décadas de matrimonio, dejó el pequeño pueblo de Laprida, o bien para curarse, o bien para morir en Buenos Aires, la ciudad que amó hasta que una mujer, a los veintitrés años, cuando todavía existían los trenes, lo arrastró al fondo de la pampa.

Mientras forma dos conjuntos, lo valioso o enigmático por un lado, y la basura por otro, Sauri tiene la sensación de que perpetra un saqueo deseado durante años. En la misma bolsa guarda las pequeñas pertenencias que va encontrando en el suelo y en el tacho de pintura que oficia de mesita de luz. Prefiere dejar en su lugar los objetos grandes, cargados de anonimato como si nunca hubieran sido realmente de nadie y cumplieran una función para la que no han sido creados. Son lo suficientemente vulgares y visibles como

para satisfacer la avidez de su madre. A las miniaturas —ceniceros, anteojos, monedas, cucharas—, todas cosas anticuadas que no puede decir que su padre haya coleccionado pero que en secreto recolectó y liberó, como a animales callejeros, en ese dominio del azar que es su monoambiente, las va envolviendo en hojas de diario que ahora no hacen más que fechar un fracaso.

Le sorprende que Luis Alberto haya trasladado desde Laprida esa colección de elementos insignificantes. La presencia de esos objetos parece anticipar la muerte, como si lo verdaderamente propio, aquello con lo cual un hombre emprende un viaje al más allá, fueran sólo miniaturas en el teatro de la vida. Abolla uno por uno los diarios que quedan y los mete en una bolsa. Una página se resiste a entrar en la bolsa. Al empujarla no puede evitar reconocer cenizas de su biografía en una foto blanco y negro del diario *La Razón*. Aparece pensativo en un panamericano juvenil que, no recuerda exactamente cuándo, ganó en Mar del Plata.

Antes de irse, pasa a la cocina, recorre a tientas la bajomesada, mueve platos y ollas, y por fin da con el paquete negro que en sus manos cruje como el envoltorio de un caramelo.

Guarda en el baúl del Peugeot una bolsa de consorcio con los papeles secretos de su padre y otra con sus miniaturas. Tira en el cordón de la vereda una tercera bolsa con recortes que fechan su pasado. En la guantera ubica el paquete negro. Se repasa las encías con la lengua y se inspecciona la boca entreabierta en el espejo. Hace pantalla con las manos, embolsa y verifica su aliento. Luego, rumbo a la clínica intenta sintonizar Radio Continental, deslizándose la aguja del dial morosamente para evitar el ruido blanco.

En el quinto piso, apenas sale del ascensor, su madre recién llegada de Laprida habla con el jefe de terapia intensiva. Parece extraer de la enfermedad de su padre una satisfacción que la llena de vitalidad. Detrás, un ventanal recorta edificios agrietados y nubes bajas.

Durante unos treinta segundos Sauri presencia la escena de incógnito, hasta que Lidia lo ve y le dice algo al médico. Ambos se vuelven hacia él, impasibles, como si conspiraran en un mismo tipo de gravedad. El médico le extiende la mano suave y helada. Una mano falsa. «El cuerpo de su padre se está apagando».

La bomba de morfina, junto al respaldo cromado de la cama, emite una alarma. Una enfermera demudada, como si la pólvora de la muerte la transformara en una completa intrusa, irrumpe en la habitación. Sauri y su madre, a los lados de la cama, asisten a ese fenómeno que arruina la perfección de la cuenta regresiva. Mientras la enfermera calibra esa especie de reloj que en vez de arena dosifica una maravilla opiácea, Sauri trata de hacer coincidir

la apariencia de ese hombre disecado por la quimioterapia con la imagen de su padre. La medicina le impone una melodía patética a la extinción. Su padre no muere, se borra. Lidia lagrimea mientras el hombre al que no amó vuelve a ser humano, pausa la respiración, entra de a poco en la muerte y va recuperando, paradójicamente, la máscara de un hombre vivo.

La enfermera se retira. La bomba no vuelve a sonar. Afuera llovizna. Por la luz del ventanal abierto, Sauri tiene la impresión de que el mundo, del otro lado, se paralizó. ¿Cuánto puede tardar un hombre en morir? ¿Cuánto puede durar la muerte en alguien que ya fue sentenciado? Desea que todo termine pronto. Entonces, en un segundo sobrenatural que empalma tiempo y realidad en una misma duración, su padre da un suspiro profundo. Una sensación de irrealidad invade a Sauri: ¿es eso la muerte? El momento en que la respiración se apaga probablemente sea insignificante en relación a la duración de esa muerte en el futuro.

Vaga por la ciudad en el 504. Piensa que la pequeña intimidad de su padre está en el baúl del auto, pero no puede imaginar su cuerpo confinado para siempre en un cajón. Recuerda cuántas veces, de joven, deseó verlo muerto. Ahora sólo anhela un último fragmento de vida, una imagen ínfima, porque la muerte barrió de pronto todos los recuerdos e instaló en la memoria a actores en pose de desgracia.

Sopesa la posibilidad de seguir errando por la ciudad. Frena de golpe, para no pasar un semáforo en rojo. Le parece que no pasar ese semáforo es importante. De inmediato, con el ruido agónico de la frenada, recupera una imagen de su infancia: su padre al volante de un Renault 12 azul del año 78, abollado y sin asientos traseros. Una bestia semidesguazada que había sobrevivido a todas las batallas, incluso al desorden de un dueño que nunca pagó patentes. En la parte trasera del coche se acumulaban miniaturas mugrientas y se condensaban olores extrañamente agradables que Sauri, de chico, asociaba a actos de hechicería que creía que le permitían a su padre vivir sin trabajo fijo. Por el tapizado de cuerina cuarteada asomaba una gomespuma que él solía desmigajar en silencio, mientras su padre le arrancaba al vehículo resuellos para ponerlo en marcha.

Permanece detenido en punto muerto sobre la senda peatonal, con el semáforo en verde, acariciándose el mentón, hasta que alguien le toca bociña. Recuerda que después de un choque grave contra un tractor en la Ruta 86, el Renault no arrancó más. Aunque Sauri mucho después pidió verlo, su padre le confesó que no recordaba en qué kilómetro había abandonado esos restos de chatarra ●

SONIA SCARABELLI

CONEJAS

Ahora mi amiga y yo
nos ponemos unos ojos nuevos para mirar la vida.
Es emocionante como volvernos dos conejas
que se sueltan a correr a campo traviesa.
El amor como una carrera feliz a cielo abierto,
entre pastos altos y jardines de hinojo.

MONITOS

Cuánto crecimos desde entonces,
como me dijo aquel poeta:
cuánta prosperidad
(contemplaba los campos de soja arrasadores).
Éramos unos huesos sin futuro,
unos monitos colgados de la noche,
¡cómo luchamos en la guerra del tiempo,
cómo luchamos a brazo partido!
Lástima no haber aprendido en la matanza,
la enfermedad, la soledad, la muerte,
lástima no haber aprendido casi nada
de los monitos trepados a las ramas,
los animales esos que le aullaban
felices a la luna
enamorado del hermoso planeta.
Aunque a veces tuviéramos
un poco de miedo.

BRINDIS SIN QUÉ

ANDRÉS NEUMAN

Vengo de beber el vino de los años ajenos, el que tembló saciando, el
que vivieron otros y volcaron en forma de aserrín en la copa difícil.

Llego tarde a los brindis, mi siglo es una botella en un estante, el
pasado mordía, una legión de pies hizo el camino torcido hasta el
día de hoy, ahí se tambalean, los veo llegar descalzos con heridas de
guerra y mal olor a mí.

No sé llorar mis cosas, lloro las ajenas, la garganta es cobarde para
gritar lo suyo, el pájaro es sincero porque no tiene alternativa, la
alternativa colma la botella vacía, vamos, salud, bebamos, el vacío
también nos hace adictos.

Anubis

[fragmentos]

BÁRBARA BELLOC

*

Ese mismo día, el discípulo escribió lo que había dicho el maestro: *El discípulo puede ser superior al maestro como el perro puede ser mejor que el cazador, el ciervo mejor que el perro que lo persigue, el caballo que el jinete, el instrumento que el músico, los súbditos que el rey.*¹

Y a continuación anotó este listado de personajes: «Pordioseros, nómades llegados del desierto, desplazados por las guerras, hombres que trabajan de zapatero debajo de una sombrilla raída en cualquier calle, en el hueco de cualquier escalinata de Bab El Oued o la Casbah, zurciendo las suelas de los que tienen un solo par de zapatos y esperan descalzos, mujeres con hiyab que revuelven las parvas de desechos, verdura y fruta podrida, en los alrededores del mercado que ocupa una manzana y tiene cuatro puertas, cuatro bocas o anos, mancos y ciegos cantores, niños sin piernas que hacen teatro con las manos por monedas, hijos e hijas mendigos con sus padres y madres mendigos, abuelos mendigos con sus nietos, vendedores de revistas ajadas en francés (*Paris Match*, *Vogue*), de enchufes usados, suelas de goma, plantillas y botones sueltos, cualquiera de los que en un buen día comen arroz seco embutido en un pan, y entre ellos ningún ladrón, porque robar es pecado».

Cuando levantó la vista, el discípulo vio que se había hecho de noche mientras redactaba pausada y memorísticamente lo que después dio en llamar la «lista solar», porque eran todos hijos del sol infalible, que día tras día los baña, los ama y les tiñe la piel hasta dejarla oscura como la almendra, la canela, la seda de la piel de la almendra cocida con vapor de agua y canela al sol.

¹ Epicteto, *Enchiridion* (enseñanzas del estoico anotadas por Flavio Arriano, c. 120).

La lista era toda suya; no del maestro. Podía modificarla, hacerle tachaduras, descartar detalles, agregarle otros personajes que hubiera visto o personajes imaginarios, incluso contar una historia. Inventada por él. Encontrada por él, no el maestro.

Y apurado por el hambre, como quien pone la pesca fresca sobre la piedra bien caliente, el discípulo escribió lo que había estado pensando, sin pensarlo, todo el tiempo:

*Odio. El odio al otro.
El amor al semejante.*

*

Caballos.
Caballos con manchas.
El planeta Marte.

La ideología después de la ideología,
la religión, en su sentido lato o no,
y el pescador chino de marfil
tieso en su pose
sobre el estante:

«Dale un pescado a un hombre y lo alimentarás un día;
enseñale a pescar y lo alimentarás para siempre». Escamas.

Escamas del color de un arcoíris.
El efecto de. La falta de.
Caballos.

Caballos con manchas
de los que pasaron por una, cinco, diez batallas
como una prolongación natural de las políticas de las instituciones,
del comercio,
del ocio, que desconocen.

Los que sobrevivieron corren libres.

Si hay sequía y los pastos están amarillos van al río
y comen peces. Como los osos.

Como los poetas que vivían y escribían en la guerra.

Corazón o ave

buscando en qué posarse

[fragmentos]

DANIEL FRIEDEMBERG

I

Real es lo que
resiste,
ahí
donde el
ángel
precario
que te habita
patatea enojado.

Real es lo que
responde
lo que no preguntaste.

II

Real es lo
que resiste, hay
un mundo en
el mundo

y un zapato
dos
zapatos
y un hilo naranja

ya sin naranja

ya sin nada que atar.

IV

Tibieza del
encuentro
de una piel
y el tacto:
real es
lo que en
lo oscuro
te dice «ahí estás».

V

La resis-
tencia de
los materiales

nada
dice
nada
más

como quien
vuelve a
donde
siempre es-
tuvo,
como quien,
aunque sea un
poco,
está.

La partida*

GABRIELA CABEZÓN CÁMARA

Fue el brillo: el cachorro saltaba luminoso entre las patas polvorientas y ajadas, con tajos, porque la miseria alienta la grieta, la talla, va arañando lenta a la intemperie la piel de sus nacidos, la hace cuero seco, la cuarteo, le impone una morfología a sus criaturas. Al cachorro todavía no, brillaba con la luz de lo alegre de estar vivo, una luz no alcanzada por la triste opacidad de una pobreza que era más falta de ideas que de comida.

Hambre no había pero era gris y polvorosa la vida en esos llanos, los míos, tan poco brillo había que cuando vi el cachorro supe que era eso lo que quería para mí, algo radiante, luminoso. No era la primera vez que veía uno, incluso había parido a mis criaturas y no es que no brillara nunca la llanura: brillaba con el agua. Revivía aunque se ahogara, toda ella perdía la chatura, corcoveaba de granos, tolderías, indios dados vuelta, cautivas desatadas y caballos que nadaban con sus gauchos mientras cerca les brincaban los dorados como rayos: burbujas de amanecer condensado que duraban un instante sobre el agua toda entera partida en pedacitos que se iban para abajo, para lo hondo, para el centro del cauce del río desbordado, y en cada pedacito de ese río agigantado brillaba algo de cielo y no parecía cierto ver todo eso, cómo el mundo entero era arrastrado a un vértigo barroso que caía lentamente y girando sus cientos de leguas rumbo al mar.

Primero era algo así como una competencia: nadaban hombres, nadaban perros y caballos y terneros huyéndole a lo hondo, a lo que chupa, a lo que asfixia, a lo fuerte del agua que nos mata. Unas horas después ya no había lucha, era larga y era ancha la manada, las vacas, los toros, los terneros, cimarrón como el río mismo ese ganado ya perdido y arrasado más que arreado, dando vueltas carnero los carneros y todo lo demás; las patas para arriba, para adelante, para abajo, para atrás como trompos con

* Fragmento de *Una novela imperialista*, en curso.

eje horizontal avanzaban veloces apretados entraban vivos salían kilos de carne putrefacta y terminaban empotrados en el barro como un monte de bichos encastrados con las patas estiradas en todas direcciones, un ejército de soldados de plomo amontonados, trabados con sus sables y fusiles, con sus piernas y sus torsos valerosos. Era un río de vacas en veloz caída horizontal: así caen los ríos en mi tierra, con una velocidad que a su vez es un ahondarse, y así vuelvo al polvo que todo lo opacaba del principio y al brillo del cachorro que vi como si nunca hubiera visto las vacas nadadoras ni a sus cueros relumbrantes ni a toda la llanura echando luz como una piedra mojada al sol del mediodía.

Lo vi al perro y desde entonces no hago más que buscar ese brillo para mí. Para empezar, me quedé con el cachorro. Le puse Estreya y así se llama aun hoy tan lejos y tanto tiempo después de la llanura cuando hasta yo cambié de nombre. Me llamo Lady Josephine Star-Iron ahora. De entonces conservo sólo, y traducido, el Fierro, que ni siquiera era mío, y el Star, que elegí cuando elegí a Estreya. Llamar, no me llamaba; nací huérfana, como si me hubieran parido los yuyitos de flores violetas que suavizan la ferocidad de esa llanura, pensaba yo cuando escuchaba el «como si te hubieran parido los yuyos» que decía la que me crió, una negra que enviudó más luego por el cuchillo de él que quizás no veía de borracho y lo mató por negro nomás, porque podía, o quizás, me gusta creer esto aun de la bestia de Fierro mi marido, lo mató para enviudarla a la Negra que me maltrató media infancia como si yo fuera su negra.

Fui su negra: la negra de la Negra media infancia y después, que fue muy pronto, me entregó al gaucho cantor en sagrado matrimonio. Yo creo que el negro me perdió en un truco con grapa en esa pobre tapera que llamaban pulpería y que el cantor me quería ya y de tan niña que me vio quiso contar con el permiso divino, un sacramento para tirarse arriba mío con la bendición de Dios. Me pesó Fierro: antes de cumplir catorce ya le había dado dos hijos a la bestia. Cuando se lo llevaron, y se llevaron a casi todos los hombres de ese pobre caserío que no tenía ni iglesia, me quedé tan sola como habré estado de recién parida, sola de una soledad animal porque sólo entre las fieras se pueden salvar ciertas distancias: una bebé rubia y de ojos azules como no hay azul fuera del cielo allá en la pampa no caía así nomás en manos de una negra. Pero esta boca, me dicen acá, donde me han abierto los brazos como a una hermana medio salvaje nacida en las selvas del Imperio de un padre tan británico como la Reina Victoria, esta boca no es de inglesa.

Cuando se llevaron a la bestia de Fierro como a todos los otros se llevaron también al gringo de «Inca la perra» como cantó después el gracioso y se quedó unos días en el pueblo aquella colorada, Elizabeth, sabría su nombre

luego y para siempre, en el intento de recuperar a su marido. No le pasaba lo que a mí. Jamás pensé en ir tras Fierro y mucho menos arreando a sus dos hijos. Eso lo había hecho la Deolinda Correa cuando el Tigre se llevó a su hombre. Yo no. Yo me sentí libre, sentí cómo cedía lo que me ataba y le dejé las criaturas al matrimonio de peones viejos que había quedado en la estancia. Les mentí, les dije que iba a rescatarlo. El padre volvería o no, no me importaba entonces: tenía catorce años más o menos y por lo menos había dejado a los pendejos con dos viejos que los llamaban por sus nombres, mucho más de lo que yo nunca había tenido.

La falta de ideas me tenía atada, la ignorancia: no sabía que podía andar suelta. Por el color nomás, porque había visto poco blanco y albergaba la esperanza de que fueran mis parientes, me le subí a la carreta a Elizabeth. Le pasaría algo parecido a ella también, porque me dejó acercarme a mí que tenía menos modales que una mula, menos modales que el cachorro que me acompañaba. Me miró con desconfianza pero me alcanzó una taza con un líquido caliente y me dijo «ti», como asumiendo que no sabría hablar y teniendo razón. «Tea», me dijo y eso que en español suena a vocativo en situación de recibir, «para ti», «a ti», en inglés es una ceremonia cotidiana y eso recibí con mi primera palabra en esa lengua que tal vez había sido mi lengua madre y eso mismo es lo que tomo hoy mientras el mundo parece amenazado por lo negro y lo violento, por el ruido furioso de lo que seguramente no será más que una tormenta de las que baten el mar contra estos acantilados •



El cantar más bello

[fragmentos]

YAKI SETTON

¿visteis por ventura a quien ama mi alma?

El Cantar de los Cantares de Salomón

**Con la sutileza del que es mudo pero habla
decimos palabras de amor sin convocarlo.
Su espíritu está ahí, funciona como un elixir
invisible. Da miedo. Calla.**

**Sabemos qué decir pero no lo hacemos.
Así, las palabras ascienden por estas
enredaderas mientras nuestros cuerpos bien
separados, laten. Ellas crecen rápido de modo
vertiginoso, dan sombra, flores, perfume.**

**Lo imposible del encuentro se despliega en la noche
muda. Soy el que sueña solo, el que habla solo,
el que llora solo, el que ama solo. ¿Seguiré en esta
larga espera, desde este mirador, oliendo la brisa
por si ella atrae ese antiguo perfume? Las flores
enredadas del jazmín me besan, confunden
mientras yo me abrazo a ellas y me disuelvo
en nuestra oscuridad.**

La Zarzamora

LILIANA HEKER

Al principio no se inquietó; estaba habituado a estas intrusiones. No solía hablar mucho de ellas porque —buen traductor de literatura francesa, además de polemista filoso y de celebrante de algunos placeres refinados de la vida— era lo que se considera un hombre cerebral y había comprobado que el común de la gente suele resistirse a aceptar el menor desatino en personas de pensamiento riguroso. Como si la mezcla les provocara repulsión, o miedo. Él, en cambio, estaba convencido de que aun en individuos geniales debía verificarse cada tanto una escapadita del raciocinio, una frase disparatada que se cruza, algún estúpido poema escolar, un viejo *slogan* de publicidad que sin razón aparente se filtra en el fluir de la conciencia y lo lleva a uno a divagar por caminos inusuales. En su caso, este tipo de irrupción podía estar asociado a algún dato de la realidad inmediata —una palabra escuchada, algo recién sucedido—, pero casi siempre venía de la nada. Ocurría, simplemente, y de un modo tan fugaz que no distraía en absoluto sus actividades. Lo que sí de vez en cuando las distraía —pero de manera tan grata que él no tenía nada de qué lamentarse— era cierto trabajo de reconstrucción al que la breve interferencia podía arrastrarlo. Estaba orgulloso de su memoria y estas reconstrucciones le permitían ponerla a prueba. «Y si ellos eran chicanos, quién les podía avisar», intempestivamente podía emerger en su cabeza y entonces, siempre que no estuviera ocupado en alguna tarea impostergable, se descubría buscando el hilo de ¿la canción?, no, no era una canción, era... salto impremeditado hacia el principio de la estrofa. Ahí estaba: «Los zapatos bien lustrados que la luna hacía brillar, y si ellos eran chicanos, ¿quién les podría avisar?». Versos. Héctor Gagliardi. Veía ahora, sobre el título en negrita, la ilustración de una ventana, con un par de zapatos apoyados en el alféizar, y atrás, como una sombra, iclaro! , los reyes magos, nítido en su cabeza como un fognazo. ¿Por qué Gagliardi y por qué «Los reyes magos» que él había leído (ahora se acordaba) en uno

de los cuatro libritos en rústica que su padre trajo una tarde de lluvia? No podía responder a esa pregunta y tampoco entender la razón por la cual, de pronto, recordaba con tanta claridad la lluvia y a su padre llegando con los libritos y dejándolos en la misma mesa donde él resolvía un problema sobre fardos de alfalfa. Pero no se detenía en estos interrogantes; sabía desde siempre que un recuerdo tironea de otro, que a su vez trae a la rastra a varios más de tal modo que la red de su historia personal parecía siempre abrirse hacia el infinito. Ese proceso le resultaba tan natural como respirar; lo que por el momento captaba su atención era el verso mismo de los chicanos: haber descubierto su procedencia le permitía seguir el hilo con mayor seguridad (en general, cuantos más datos captaba, mayores eran la fluidez y la velocidad con que descubría los faltantes, casi nunca de manera secuencial, su memoria era más bien azarosa, trabajaba con deshechos o con fragmentos, unas veces se valía de la lógica para ir armando el argumento, otras veces se dejaba llevar por la métrica hasta que irrumpía otro verso, tal vez distante y tal vez imperfecto, del que por ahí se desprendía el verso siguiente o uno muy anterior o una estrofa entera, o una estrofa a la que le faltaba una palabra), y seguro que él no iba a abandonar la empresa hasta tener el poema o el canto (a veces era un canto) no necesariamente entero pero sí tan cercano a la integridad como le era posible, aun cuando se habían dado casos en los que llegó a un punto muerto, o a la repetición fastidiosa de unas pocas frases, situación a la que no se resignaba, se hacía el desentendido pero solapadamente desataba las riendas de la memoria hasta que, por ahí, la frase oculta le saltaba, o una estrofa completa y después otra y otra, con algunas palabras de las que él sospechaba que no eran las precisas pero eso importaba poco, ya afloraría en su momento *le mot juste*, se decía con cierta ironía respecto de sí mismo ya que era consciente de lo gratuito de tanto afán y de lo impropio de estos juegos en un traductor como él, con reputación de exquisito. A veces la palabra justa se le negaba, entonces colocaba en el hueco otra, aproximada, que no sólo respetaba el significado dentro del contexto sino también la rima y la métrica, y le permitía de ese modo desplegar una nueva parte del poema, o de la canción, o de lo que fuera que lo perseguía en esa circunstancia. Incluso había casos en los que el tema lo acosaba varios días, o aun semanas, hasta que el verso o la estrofa perdida irrumpía de sopetón y él, en mitad de una charla o una lectura, podía terminar lo inconcluso y respirar aliviado. Sólo en ocasiones, en los últimos tiempos, cuando toda esperanza de recuperación parecía perdida y un interés muy particular hacía que no se resignase, él recurría a internet, pero apenas para rescatar aquella palabra que sistemáticamente se le ocultaba, o (cuando no podía salir de una única frase o estribillo) para pescar

un indicio que abriera nuevos caminos en su memoria; una vez encontrado el tema, le daba una lectura rápida y operativa, generalmente parcial, que apuntaba al problema concreto. Nada más que eso, porque lo jugoso, lo infinitamente placentero, era ir siguiendo por las suyas el rastro de la métrica, y del sentido, hasta que la estrofa ausente se abría como una luz y él, gozoso, entonaba el tema entero a viva voz o, si la ocasión no era pertinente, al menos lo cantaba en su cabeza. También estaba el caso de temas tan extraños, o de origen tan incierto, que ni en internet figuraban y no había persona consultada que los conociese; ahí el desafío era mayor ya que cada palabra dependía sólo de su capacidad de recordar y él entendía (con orgullo pero también con cierta angustia) que lo que no encontrara en la memoria tal vez quedaría borrado del mundo para siempre.

Así, de esta manera fortuita y sin que se perturbara su vida activa, entre tangos de la guardia vieja y romances en ladino pudo reconstruir (con escasos errores y casi sin blancos) el poema de los siete chanchitos desobedientes que estaba en su libro de lectura de primer grado, «La loca del Bequeló» (vals larguísimo y trágico que sólo había escuchado cantar a una tía abuela), la «Marcha de San Martín», no el Himno, conocido por todos, la Marcha, que arrancaba con la misteriosa estrofa «El ensueño de su voz sincera se esparce henchido de verdad y su espíritu genial se eleva por sendas ebrias de ideal», instalada de golpe en su cabeza mientras daba una conferencia en el traductorado de francés, con tanto empuje que ya no pudo parar; se vio, apenas terminada la conferencia, escribiendo la letra, dictada por su maestra de tercer grado, en un cuaderno borrador, y de inmediato se le desplegó la música, intacta y pegadiza —recordó, en el momento de subir a un taxi, hasta qué punto la música de esa marcha lo había cautivado en su infancia— y, acarreados por la música, algunos versos sueltos acá y allá —el primero en emerger fue «su verbo vibra sin cesar», supuso que por el trabajo que le habría costado a los nueve años descifrar su significado—, pero, en una reunión de amigos en la que se evocaron canciones absurdas, comprobó que ninguno la conocía, así que (esta vez porque estaba intrigado) la buscó en internet y ni allí estaba: no tuvo otra salida que contar sólo consigo. Con mucha paciencia, pieza por pieza, la fue armando íntegra (tal vez con alguna palabra cambiada, pero qué importancia tenía eso en el conjunto), hasta llegar al glorioso final: «sus labios siempre han proclamado libertad, libertad, libertad». Esta restauración le llevó bastante tiempo y lo hizo tan dichoso que todavía años después, de vez en cuando, se descubría cantando la «Marcha de San Martín» bajo la ducha. Ahí estaba el botín: una vez recompuestos, la canción o el poema ya eran suyos y podía traerlos a la superficie cuando se le antojaba: cantar en la bañera «Una aventura más»

o deslumbrar a alguna amiga literata recitando «Yo te juré mi amor ante una tumba, ante un mármol santo, ¿sabes tú las cenizas de qué muerta mintiendo has profanado?».

Con esa misma arbitrariedad emergió el tema de «La Zarzamora». Él iba caminando por Florida e imprevistamente algo en su cabeza canturreó: «En el café de Levante, entre palmas y alegría, cantaba La Zarzamora». Como le pasaba en esos casos, se sorprendió un poco: no había tenido la menor noticia o recuerdo de ese canto desde los tiempos en que, muy chico y de refilón, escuchaba por la radio un programa de canciones españolas sintonizado por su abuela. El título lo encontró de inmediato pero tuvo una primera impresión de que ignoraba todo lo demás. Infirió que, de chico, debió de estar equivocado respecto del significado de la palabra *palmas*: la única acepción que podía conocer en ese tiempo era «coronas de muerto». Sí; ahora, en la calle Florida, la imagen de La Zarzamora volvía a él tal como confusamente la había compuesto a los siete años: una mujer cantando entre coronas de muerto en un café donde, al parecer, los hombres buscaban hacerse un levante. Dedujo que esa construcción debió de haber formado parte de las innumerables perplejidades que perturbaban su infancia: «Jurando a Marte como así defenderte», ¿qué quería decir eso?, y no era el hecho de jurarle a Marte lo que le resultaba impropio sino la incoherencia que instalaba el «como así»; tardó años en descubrir de dónde provenía el error. Pero, al contrario de lo que le había pasado con esa y con otras frases en un principio inextricables, nunca se había propuesto desentrañar el enigma de la mujer que, en un café de levantes y en medio de la alegría general, cantaba entre coronas de muerto, por la sencilla razón de que, hasta esa tarde en que caminaba por Florida, nunca había vuelto a pensar en ella.



Como de costumbre, apenas esa primera frase se abrió paso entre los laberintos de su memoria él empezó, involuntariamente al principio, la tarea de rescate. Lo primero que se le instaló fue la música y, arrastrada por la música, una segunda frase que (lo tuvo claro) venía a continuación: «se lo pusieron de mote porque dicen que tenía los ojos como la mora». Lo atravesó una ráfaga de entusiasmo, como siempre que conseguía extraer algo que durante décadas había permanecido en la oscuridad. «Mote», qué increíble. Cómo pudo haberle saltado con tanta naturalidad una palabra que en su vida había usado y de la que a duras penas (suponía) debió comprender su significado cuando era chico. Siempre le resultaba prodigioso este emerger limpio de lo que ni siquiera había sido rozado por la evocación. De los dos versos que venían después sólo recordaba la métrica y la palabra «olé»: «Lala lalila lalila y olé, lala lalila lalé», pero lo que venía después se le presentó redondo como una moneda: «Que la llenó de brillantes y olé, de la cabeza a los pies». Durante varios días se descubrió entonando esa primera estrofa incompleta, o recordándola en medio del trabajo o de una charla. La música la podía tararear entera y, asomando entre la música, fragmentos de frases aisladas. Un día, mientras viajaba en colectivo, irrumpió en su cabeza lo siguiente: «De un querer hizo la prueba, y un *laraira* conoció, que la trae y que la lleva por las calles del dolor». Y supo que empezaba a capturar el drama cuando, esa misma noche en el momento de acostarse, se le revelaron, sin agujeros, estos versos que reconoció como el principio del estribillo: «Qué tiene La Zarzamora que a todas horas llora que llora por los rincones, ella que siempre reía y presumía de que rompía los corazones». Pudo deducir sin esfuerzo que el verso del querer del que hizo prueba era la respuesta a la pregunta del estribillo —¿qué tiene La Zarzamora? Y sí: reordenó los datos y encajaban a la perfección; ahora el principio fluía casi sin huecos. Una tarde advirtió que —¿desde cuándo?— en lugar de «*laraira*» estaba diciendo «cariño», así que esa estrofa también la había completado. Fuera de eso, sólo había conseguido una frase de comienzo ignoto —«y que toos me den de lado, al saber del querer desgraciado que embrujó a La Zarzamora»—, que cada tanto canturreaba. Por un acorde final que un día le resonó en la cabeza, se dio cuenta de que se trataba del final de la canción. Importante. Pero entre ese cariño que la trae y que la lleva por las calles del dolor y este llamado al desprecio colectivo, justo donde debía desplegarse el nudo del conflicto, se abría el abismo. Entendió que había llegado el momento de recurrir a internet. Buscó, y estaba. En rápida leída conoció el desencadenante —la visita nocturna de una mujer—, el secreto: «lleva anillo de casado, me vinieron a decir» (eso lo cuenta la propia Zarzamora en la parte en que el relato, inesperadamente, vira a la primera persona), y la fatalidad de este

amor desgraciado que va a seguir pese al vacío que le harán a La Zarzamora y pese a la desdicha de ella. Respiró tranquilo. Cierto que, con lo larga e intrincada que era la letra, por ahí se le perdía algún verso o confundía una palabra por otra, pero se trataba de fallas intrascendentes. Cuando la canción se le aparecía por cualquiera de sus costados, él podía, a partir de ese punto, ponerse a cantarla sin fisuras significativas.

Solía pasarle: quedar envuelto en ciertos temas de tal modo que, durante un tiempo, se descubría canturréandolos, algunas veces en voz alta y otras en silencio. Por eso no habría podido precisar desde cuándo las incursiones de «La Zarzamora» se habían vuelto demasiado frecuentes. Lo cierto es que, en algún momento, tuvo clara noción de esa frecuencia exagerada y de que, además, esto se venía prolongando desde hacía mas tiempo que lo razonable. No podía decir que le impidiera llevar adelante sus actividades: seguía traduciendo, reuniéndose con amigos, acostándose con alguna mujer, dando conferencias, sólo que en cualquiera de estos menesteres se le cruzaba «Qué tiene La Zarzamora que a todas horas llora que llora por los rincones». Empezó a irritarse: ¿no era indigno de él estar cantando todo el tiempo semejante estupidez? Se enojaba consigo mismo pero no lo podía evitar: casi sin intervalos y en las circunstancias más diversas uno de los versos lo invadía. Y era como una puerta abierta hacia el resto de la canción que se expandía mientras él daba una clase magistral sobre Stendhal o cenaba con una mujer de la que empezaba a enamorarse.

Se dijo que no había nada de qué preocuparse: al fin y al cabo, su vida exterior no se veía alterada por estas interferencias. Y su mundo privado, ¿qué?, ¿acaso no seguía leyendo, y reflexionando, y trabajando con pasión en sus traducciones? Cierto, sí, pero ¿qué iba a pasar si un buen día las intromisiones de «La Zarzamora» llegaban a ser tan seguidas como para alterar su... «¡Por favor!», interrumpió con furia el razonamiento: «¡ite estás volviendo ridículo!». Y sí: era inaceptable que un inconveniente tan trivial lo hiciera perder hasta ese punto la sensatez. Decidió que lo más saludable era sacarse la canción de encima como fuera. Sólo tenía que encontrar el método.

El primero que se le ocurrió fue el de suplantar a gran velocidad el tema de «La Zarzamora» por algún otro. Para eso preparó por anticipado un pequeño repertorio que incluía una chacarera, un corrido mexicano y «Lucy en el cielo con diamantes». Nomás se asomaba «En el café del Levante, entre palmas» y, ¡zas!, el tema preparado lo reemplazaba. Al cabo de varios días tuvo que reconocer la ineficacia del método: por mucho entusiasmo que pusiera, «La Zarzamora» siempre se las arreglaba para cruzar su corriente de pensamiento y desplazar al tema programado. Descartó la sustitución como método. Aceptó que era el tema en sí mismo lo que debía sacarse de

la cabeza, y que eso sólo lo iba a conseguir con un supremo esfuerzo de la voluntad. Y voluntad nunca le había faltado. Puso manos a la obra: apenas una frase de «La Zarzamora» amagaba asomarse, él, haciendo un esfuerzo de concentración extrema, empujaba y empujaba hasta quitársela de encima. De inmediato encaraba alguna tarea absorbente a fin de neutralizar cualquier estado de alerta: sabía que, por determinación que uno tenga, el demonio de la perversidad suele jugarle a uno en contra. Por una o dos horas todo iba bien; después, por algún resquicio, el tema volvía. No se desalentó. Estaba convencido de que, igual que las musculares, las habilidades de la mente mejoran con el ejercicio. Día a día, hora tras hora, ponía a prueba su aptitud para despojarse de la canción. Hasta que una tarde, por fin, lo consiguió. «Primero fue de un tratante, y olé, y luego fue de un marqués», festivamente canturreó algo dentro de él. Y esta vez sí: el esfuerzo de su voluntad fue tan intenso, tan bien dirigido, que él pudo percibir nítidamente cómo la frase, por fin, era extraída de su cabeza, con un ímpetu tan arrollador que iba arrastrando tras ella a los otros versos de la canción y, enredadas entre esos versos, a todas las canciones que alguna vez había escuchado, a cada libro que un día había leído, a cada noche de amor, cada palabra, cada miedo, el misterio insondable de la luna corriendo entre los árboles, el eco de la voz de su padre, una mujer muy vieja asomada a su cuna, cada uno de los signos que lo habían constituido como especie única en esta tierra y que, enraizados en «La Zarzamora», se iban desprendiendo de él y se alejaban. Fue una percepción breve y dolorosa. Después, nada •

ROBERTO DANIEL MALATESTA

EFÍMERA

Efímera adjetiva mejor que ninguna otra
palabra a belleza.
Veo la alfombra lila de mi patio
y allí está todo claro.
Resulta doloroso ver, amar y sentirse
tocado por la ráfaga fresca de la mañana.
La lluvia ha construido en este espacio puro
dimensiones en las que el tiempo se deslucé.
El lila es una yema de bordes afilados.
Y el manto riguroso mañana no será
sino hojarasca oscura.
Belleza es una llama que a sí misma
se devora.

UN MURO CONTRA EL RÍO

El muro contra el río se ha ennegrecido,
cubierto de un moho oscuro forjado por nieblas y lluvias,
alimentado por las aguas de la creciente.
Yo apoyo en él mi espalda sin temor a mancharme.
Después de haberlo contemplado y palpado con mis manos
apoyo mi espalda, doy gloria a la mancha y lo manchado,
descanso mi vista en el río y considero
que la inhóspita belleza del muro es lo que lo hace fuerte.
Ese rincón del mundo en donde se alza el muro es uno de mis sitios.
En él he visto aves luminosas sobrevolando las aguas.

Eco del Parque

[fragmento]

ROMINA FRESCHI

*

**Abrasa y arroja, la vida
la real tirana.**

**Ella es entonces
la obligación, ese mandato
que decimos
que resistimos**

**impuesto caro
milagro que yugamos
y vemos titilar
como un corazoncito emplumado
que tiembla y cede
a la muerte**

**pregunta y amenaza de zozobra
que acecha
todos los días**

**y es siempre la misma:
después de tanto esfuerzo
tantas lágrimas
tanta renuncia
será que lo construido
no es
habitabile.**

Las lentes de la ficción

PABLO DE SANTIS

LEEMOS porque esperamos. El verbo *esperar* tiene dos sentidos en español (que en otros idiomas exigen palabras diferentes): aguardar algo concreto y a la vez tener esperanza, desear algo que no sabemos si va a ocurrir. La literatura participa de los dos sentidos del verbo *esperar*: esperamos algo concreto de un libro (si es un libro de historia, hechos verdaderos; si es una novela policial, el crimen), pero a la vez esperamos algo nuevo y brumoso, algo que no sabemos, que todavía no nos han contado. No leemos libros sin expectativa, y los géneros (el policial, la literatura fantástica, la ciencia ficción) son inspiración, reglamento y a veces fuga de esa expectativa.

Los géneros nos invitan a prestar mucha atención a algunas cosas del relato y a descuidar otras. Es imprescindible la atención, pero también la distracción. Para conseguir este equilibrio, cada género tiene su propia manera de ver el mundo. Los héroes ven a través de ventanas, de mirillas, de catalejos, de microscopios, de puertas entreabiertas, de lupas. A través de cristales y rendijas descubren en qué clase de mundo están.

En las líneas que siguen hemos jugado a buscar para cada género un artefacto óptico que le sirva de símbolo.

CATALEJOS Y LARGAVISTAS

El instrumento óptico característico del relato de aventuras es el catalejo. Estamos acostumbrados a que piratas y corsarios tengan un solo ojo: el parche nos recuerda no sólo los peligros pasados, sino la mirada de cíclope que exige el catalejo. Sabemos que el héroe de aventuras nunca está quieto: nada lo define mejor que su capacidad de llegar tan lejos como sea posible. Hay que atravesar mares, desiertos, campos de batalla. Y en esta empresa el catalejo permite ver al enemigo que se acerca, o la meta que hay que alcanzar: una ciudad, una montaña, una isla. Es la promesa de la aventura. En *Las minas del rey Salomón*, de H. Ridder Haggard, el cazador Allan Quatermain y

sus compañeros de viaje ven a lo lejos, más allá del desierto, la montaña que los separa de la mítica región que da título a la novela. Umbopa, el guía, les señala que el viaje es muy largo.

«Sí —replicó sir Henry—, es muy largo. Pero no hay viaje en esta tierra que no pueda realizar un hombre si pone todo su empeño en ello. No hay nada que no se pueda hacer, Umbopa. No hay montañas que no pueda escalar, no hay desiertos que no pueda atravesar si le guía el amor y defiende su vida sin darle importancia, dispuesto a salvarla o perderla según ordene la Providencia».

En las novelas marinas de Emilio Salgari, como el ciclo de Sandokán o *El corsario negro*, la lectura del horizonte, la detección de los barcos enemigos y la identificación de las banderas se convierten en una parte esencial de la peripecia. Hay que distinguir si es un barco que lleva un valioso cargamento, o si forma parte de una escuadra de naves enemigas, a la caza de piratas. Hay que contar el número de cañones y de hombres, para no llevarse una sorpresa en el momento del ataque. Pero la marea es cambiante y las novelas de mar también: cuando el lector abandona las ficciones serenas de Salgari y llega a Joseph Conrad (que fue marino de verdad), esta extrema visibilidad se convierte en oscuridad, en neblina, en ceguera. El capitán de *El socio secreto* esconde en su camarote a un prófugo que se le apareció de repente en medio de la noche y que nadie ha visto llegar; el capitán de *Con la soga al cuello* debe alcanzar un puerto mientras esconde a los demás su progresiva ceguera. Marlow, protagonista de *El corazón de las tinieblas*, se asoma a la borda del vapor que lo lleva río arriba, sin ver nada a su alrededor:

«El resto del mundo no estaba en parte alguna por lo que a nuestros ojos y oídos se refería. En parte alguna. Se había esfumado, desaparecido; había sido borrado sin dejar atrás ni un susurro ni una sombra».

La aventura ya es oficio de tinieblas.

DETRÁS DE UN VIDRIO EMPAÑADO

La literatura fantástica tiene un modo de mirar completamente distinto al de la novela de aventuras. En lugar de ocuparse de lo que está lejos, se asoma a lo más próximo, y se esmera por verlo de un modo distorsionado, nebuloso. Los héroes de aventuras son en general hombres solos, que no tienen familia o que la han dejado atrás: en los cuentos fantásticos, en cambio, siempre es el ambiente familiar lo que es trastornado por la aparición o el prodigio.

Este género ve el mundo a través de vidrios empañados, rendijas, ojos de cerradura, puertas entreabiertas. Hay una obsesión con el umbral: los marcos de puertas y ventanas, esos objetos tan domésticos, pueden ser un paso hacia el pasado, o el sueño, o el país de los muertos. La literatura fantástica

siempre se apropió de miedos muy antiguos: los umbrales han sido objeto de reverencia y temor en muchas culturas, y la costumbre de decorarlos con ajos o muérdago, que todavía pervive, es un resabio de antiguas creencias.

En la novela corta *La puerta abierta*, de Margaret Oliphant, todo lo que ha quedado de una construcción es un umbral, sin paredes ni puerta, y a través de ese umbral resuena de noche la voz del fantasma, que pide que lo dejen entrar. El narrador, vecino de la ruina encantada, nos cuenta: «La primera vez que llegué a Brentwood me emocionó, como si fuera un melancólico comentario de una vida que se fue para siempre. Una puerta que conducía a la nada —una puerta que alguna vez fue cerrada precipitadamente, y sus cerrojos echados—, ahora vacía también de todo significado».

Los fantasmas, presencias emblemáticas del género, no aceptan la visión directa. Siempre están en el cuarto vecino, o en el piso de arriba, o en la oscuridad, o reflejados en un espejo, o detrás de una ventana. Viven en la brecha que se abre entre la sospecha y la certeza. Los espectros están destinados a verbos como asomar o aparecer. Nunca entran, nunca están del todo: aparecen, se asoman.

H. P. Lovecraft fundió de una manera completamente singular la ciencia ficción con el horror en cuentos y novelas que en general transcurren en tenebrosas regiones de su invención, como Arkham, Innsmouth o Dunwich. En sus historias los umbrales ya no son la puerta de entrada de los muertos, sino de criaturas horrendas que alguna vez, hace millones de años, dominaron la tierra, y que intentan volver a conquistarla. Ventanas, puertas, torres o pozos sirven de umbral a esta mitología pródiga en ojos y tentáculos. Como en los cuentos de fantasmas, la enorme casona es el teatro donde el pasado revela que sigue presente, que hay un asunto sin resolver. Pero en la obra de Lovecraft el pasado se mide en eones y lo no resuelto es el destino de unos dioses terribles.

ESPEJOS Y FANTASMAGORÍAS

En su brillante ensayo *La fantasmagoría*, el crítico francés Max Milner se ocupó de ver cómo en el siglo XIX los avances de la óptica tuvieron una gran influencia en la literatura fantástica. Era la época de la fantasmagoría, la linterna mágica (juguetes que son la prehistoria del cine), la magia catóptrica (trucos de magia con espejos): invenciones que eran a la vez ciencia y espectáculo. La víctima de tales inventos era el ojo humano, al que había que engañar con mujeres aserradas, espectros y bailes de esqueletos.

En las tres últimas décadas del siglo XIX abundaron en los teatros de Buenos Aires las visitas de grandes magos que acostumbraban a hacer trucos con espejos y más adelante con electricidad. Si aceptamos la hipótesis de Milner,

es probable que estos ilusionistas dejaran su impronta en la obra de Eduardo Holmberg y de Leopoldo Lugones, que fue además un gran interesado en el ocultismo. Estos autores iniciaron la tradición del cuento fantástico argentino, luego llevada a la excelencia por Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares y Julio Cortázar. En todos ellos la visión turbia ocupa un lugar fundamental en relación con lo sobrenatural. Por ejemplo en «Las puertas del cielo», de Julio Cortázar, es un salón de tango el que sirve de umbral para el fantasma de una mujer, a la que el narrador ve a través del humo que distorsiona todo. El ambiente es vulgar y es prodigioso; es el infierno y es el paraíso.

El mismo contraste entre la experiencia única y el marco trivial que la degrada está en el cuento «El Aleph», de Borges. En un sótano de una casa de la calle Garay, custodiado por el temible poeta Carlos Argentino Daneri, se esconde el instrumento óptico más singular de la literatura: ese punto donde se pueden ver todos los puntos de la Tierra al mismo tiempo. ¿Pero conduce a alguna clase de felicidad ese prodigio? ¿Sirve de algo ver todo? El Borges del cuento ve lo que hubiera preferido no ver, y lee lo que hubiera preferido no leer: las cartas de su amada Beatriz. Si la novela de aventuras nos dice «Mira lejos» y el cuento policial «Mira atentamente», el mandamiento visual del cuento fantástico es: «No mires».

MICROSCOPIOS Y TELESCOPIOS

La ciencia ficción depende quizás más que ningún otro género de los instrumentos ópticos: los microscopios y los telescopios. Científicos y comandantes de naves espaciales miran por telescopios y pantallas los lejanos lugares que habrán de visitar, o los peligros que se acercan a la Tierra. Lo que ahora es un punto en una pantalla mañana puede ser una catástrofe. En la ciencia ficción las distancias ya no son las mismas que las del relato de aventuras, pero idéntico es el deber del héroe: viajar.

Pero a la ciencia ficción también le toca explorar lo mínimo, y por eso sus científicos cuentan con microscopios en abundancia. En el cuento «La lente de diamante», del irlandés Fitz James O'Brien (precursor de la ciencia ficción que murió durante la guerra civil norteamericana), un estudiante consigue un cristal prodigioso, y con él descubre un mundo en miniatura. En «El hombre menguante», de Richard Matheson, un hombre común empequeñece día a día hasta habitar una casa de muñecas y ver convertidos en peligros mortales al gato de la casa y a una araña (escenas inolvidables en la película de Jack Arnold, que tantas veces pasaron por televisión los sábados a la tarde en Cine de Súper Acción). Al final, cuando parece que ha llegado a la extinción, el mínimo héroe entra en el mundo de los átomos: tiene ante sí un nuevo universo por explorar.

LA LUPA ETERNA

El instrumento que corresponde al género policial es, por supuesto, la lupa. En realidad ni siquiera es indispensable que aparezca la lupa: lo que nos importa es el ojo del detective fijo sobre los detalles que los otros pasan por alto, sobre las cosas minúsculas que los héroes de aventura hubieran ignorado.

En el relato «El paciente residente», Sherlock Holmes explica una compleja escena de asesinato, y Watson reflexiona: «Todos habíamos escuchado con gran interés este esquema de los hechos que habían tenido lugar la noche pasada; hechos que Holmes había deducido partiendo de signos tan sutiles y minúsculos que, incluso tras habérmolos indicado, apenas podíamos seguir sus razonamientos».

Hasta que apareció el género policial, la narración de aventuras fue, en esencia, la relación de un viaje. Contar un cuento era contar cómo se recorrían las distancias. Pero a fines del siglo XIX el relato policial da origen a otra clase de peripecias. Los relatos policiales, nacidos para ser leídos en los trenes, han odiado siempre los viajes, a los que ven como una incomodidad narrativa (salvo cuando el mismo crimen ocurre en un tren, en el Orient Express, por ejemplo, o en un trasatlántico, y entonces el mismo transporte se convierte en el lugar cerrado que necesita la trama). La literatura policial prefiere al héroe quieto y al lector en movimiento.

El detective es ante todo un héroe inmóvil. Sherlock Holmes y el doctor Watson se aburren mientras esperan que alguien golpee a la puerta y el crimen los arranque de su tedio. Lo mismo le ocurre al detective de la novela negra. El escritorio desordenado, la oficina sucia y la botella de bourbon mantienen su encanto, porque una parte de la aventura es la espera de la aventura.

El escenario clásico del crimen —el cuarto cerrado— es el teatro ideal para que el detective ponga a prueba su habilidad visual: los detalles que para otros son irrelevantes para él son los signos que conducen a la verdad. La mirada del detective no sólo hace grande lo pequeño, como la lupa, sino que convierte a lo habitual en excepcional. Hay que mirar todo como si se lo viera por primera vez.

Uno de los atractivos perennes del relato policial es que hace del detective un lector. De todos los instrumentos ópticos que despliegan los géneros, la lupa es el único que es un instrumento de lectura. El detective es un lector que va unos pasos delante; recibe los fragmentos de la historia escondida al mismo tiempo que nosotros, pero se nos adelanta a leer. Lo que para nosotros, lectores comunes, son pedazos de la realidad sin unidad aparente, son para el investigador fragmentos de un todo. Hay una especie de pedagogía

siempre incompleta: Sherlock Holmes le enseña a Watson, y Watson («que fue su evangelista / y que de sus milagros ha dejado la lista», escribe Borges) a nosotros. Pero en el próximo cuento volvemos, como el amable médico, a nuestra primitiva ignorancia. Nacido a mediados del siglo XIX, cuando la educación ya llega a todas las capas sociales y los periódicos reúnen, en el recuerdo de un día, los hechos del mundo, el género policial nos invita al juego de no saber, a la ensayada ignorancia, al placer de no ver lo que estaba delante de nuestros ojos. En la vida real equivocarse puede ser terrible; en la vida leída, en cambio, el error siempre tiene su encanto. Quien no se equivoca no conoce la sorpresa, y la lectura es el juego del asombro.

La tradición les ha destinado a los traductores, y de algún modo a los intelectuales en general, un patrono perfecto: San Jerónimo. Fue el primer traductor de la Biblia, y en las pinturas aparece encerrado con sus libros y con un león al que ha domesticado (Italo Calvino escribió unas páginas muy lindas sobre la oposición entre San Jorge, el héroe exterior, y San Jerónimo, el héroe interior). Pero el género policial ha convertido a Sherlock Holmes y a Auguste Dupin, el detective de Edgar Allan Poe, en patronos laicos de la lectura. Tienen una cosa en común con San Jerónimo: en lugar de viajar prefieren los cuartos cerrados. Aunque a los detectives les falta el león, tienen como reemplazo un cadáver, que los ayuda a recordar los peligros del mundo. En estos encierros, Holmes y Dupin nos enseñan a leer: hay que buscar con lupa las cosas escondidas y leer en los márgenes y no en el centro de la página el texto verdadero •



MERCEDES ROFFÉ

LA FALTA

*Insistir siempre ofende / siempre
incomoda / señalando / no sólo /
lo que falta sino /
alguna más ubicua falta /
de comprensión.*

No insistas

No

señales

No observes

lo que todos insisten en

no ver

Ven, siéntate

arrebújate en la falda

de tu buena ama de cría

Bebe la mirra derramada de sus ojos

el vino macerado de su boca

las oscuras especias de su piel

Ven, descansa

y calla

Sobre todo

calla

Sobre todo

calla y trata
de que nadie te vea

En la cesta de las lanas hallarás
la razón del mundo

Hilos

de diversos colores

Cada cual su textura,
su grosor

Carmina

himno o planto

[o tan sólo los gestos
de la consagración]

Te consagro

—sí, déjame
que te consagre.

No han pasado acaso

¿siglos?
¿miles de años?

¿Otra vez

ves?

La caballería.

El galope aquel aquella
memoria amenazante

Lo que tiembla acude

al despertar de la especie.

Lo que termina.

Hazme lugar

Hazte a un lado

cobíjame

déjame

habitar

ese silencio

esa rubia hondonada

GLASSWORK

Un tren

Una llanura

Agua

No como río

Como

goterones pesados

agitando

la superficie sucia de un charco

Barro

Postes —muchos

(unidad de distancia)

Un viaje

Un regreso, quizá

o un sueño largamente soñado

que hoy se cumple, tardío

como el rigor cansado de una deuda

Cae una gota

por el vidrio

y abre

un surco entre las gotas

La isla, el puente, el muro

LUIS CHITARRONI

La distintiva radicalidad (palabra que no le gustaba) de lo experimental se cifra y vibra en Cortázar en estado latente: es la fuente de su eterna juventud, no de sus guiños. Esa insatisfacción nada tiene de pose: no se parece a él cuando él empieza a suponerse. Se parece, sí, a sus retratos juveniles, con la anomalía de su tamaño (apostura) como andamio tembloroso que permite llegar a esa cara dinosauria de camafeo, afectada —como detectó Walter Benjamin en Proust— por una mueca de virgen necia. Hay una vida supuesta que se animó a sucumbir por ese epitafio redactado temprana y torpemente en la verdadera juventud, ajena por completo al pacto de Basil Hayward con Dorian Grey. Y lo que se anima a sucumbir no exige resultados, ajeno también al resultado de una educación normal y una ética de maestro, como si el eje de la suficiencia y el de la indiferencia compartieran el engranaje. En los ojos que agiganta en estrabismo crepuscular el arco cejjunto, en la debilidad infantil que una simulada insolencia deja reparar, Cortázar se revela a sus anchas a pesar de la longitud, a pesar de la estatura: es un proyecto de hombre para el que serán más necesarias que para otros las conjeturas (esbelta palabra contra la cual se rebela, creo, en *Rayuela*), el subjuntivo, las precisiones e imposturas del tiempo, la gestación impenitente y definitiva de la música, de las coincidencias y simetrías, para olvidar —para intentar olvidar— las restantes, restrictivas y precedentes herejías de la realidad.

En realidad, la isla en la que Cortázar permanece, a la que no es ajena la prédica del puente del *Libro de Manuel* («un puente es un hombre cruzando un puente») no tiene salida al mar; y el río que mece las mareas tiene sólo afluentes del pasado. Aunque Cortázar quiere permanecer de frente al futuro, está aferrado, no «arraigado» (palabra que detesta) al pasado. Todos sus presupuestos, toda su apuesta puede resumirse en el muro que imagina Morelli, donde falta un solo ladrillo —«En el fondo sabía que no se puede ir más allá porque no lo hay»— con la breve antesala de la palabra «lo» •

El del medio

SELVA ALMADA

ESTABA DESPIDIENDO al chofer del camión jaula que había venido a llevarse una carga de pollos cuando la vio a su mujer hablando con Tonio, su hermano menor.

Verónica tenía a la criatura encajada en la cadera, la musculosa y el shorcito le dejaban medio cuerpo al aire. Habría llegado mientras él estaba en los galpones cazando pollos. ¿Ya se le habría pasado la bronca? Ayer los dos habían peleado y ella había agarrado el nene y la camioneta y se había mandado a mudar a lo de su madre. Cuando pasó a su lado le gritó que no pensaba ir a buscarla de nuevo y otras cuantas cosas que el ruido del motor le habrá impedido escuchar. Por suerte, porque se arrepintió enseguida. Él a Vero la quiere, pero ella lo saca de las casillas cada dos por tres.

SU PADRE LE ADVIRTIÓ que eran muy jóvenes para casarse. Pero la opinión de su viejo estaba contaminada por su propia experiencia. No confiaba en el matrimonio. O, mejor dicho, desconfiaba de la lealtad de las mujeres. No era para menos: la suya lo había dejado con tres hijos chicos y se había pirado con su mejor amigo. No había razón para que su padre creyera en la lealtad de nadie.

Sin embargo él, pese a su corta edad, creía que las cosas podían ser distintas. Con Vero estaban enamorados y la noticia del nene en camino fue la excusa perfecta para estar juntos como Dios manda, sin que ella tuviera que escaparse para verlo.

Si no la hubieses preñado, no entrabas nunca a mi familia, le había dicho el padre de Vero, pero ahora que me la echaste a perder, te casás. No voy a criar un nieto guacho.

LE DA MUCHA RABIA ver a su mujer y a su hermano menor juntos, todo el día chuchucu, a las risas. Tonio no es como él y el Willy que se rompen el espinazo en los gallineros, de sol a sol enterrados en mierda de pollo, con olor a plumas, contagiándose piojillo, los brazos y las manos llenos de arañazos que se infectan

y entonces a Vero le da impresión que la toque o agarre al nene. Tonio es distinto. Cuando el padre se enoja con él dice que es igual a la madre. Y por ahí eso es lo que le preocupa. Que Tonio sea como su madre. O que Vero tenga las mismas mañas que ella. Para el caso es lo mismo.

CUANDO LA MADRE se fue con ese tipo, Denis, Tonio era un bebé más chico que su nene y el Willy y él tenían cinco y cuatro años. Guardaba algunas imágenes de esos primeros días. El padre enfurecido poniendo la casa patas arriba. Arriando con todas las pertenencias de la mujer y prendiéndoles fuego en el patio. Asustado y al mismo tiempo fascinado porque nunca había visto una fogata tan grande, se había quedado en cuclillas mirando las lenguas de fuego que se movían con el viento. Sin querer se había hecho pis encima y cuando se dio cuenta se puso a llorar, todo en silencio y sin cambiar de posición. Por suerte era de noche y el padre tenía la cabeza en otra cosa como para darse cuenta de algo. No paraba de decir que los iba a buscar y les iba a dar un escopetazo a cada uno. ¿Había llegado a agarrar la escopeta o eso se lo había inventado él? Sea como sea, el caso es que no salió a buscarlos ni mató a nadie. Aunque le dijo a todo el mundo que lo haría si volvían a cruzarse en su camino. Tal vez lo decía para que ellos se enterasen y no se les ocurriese volver. Tal vez tenía miedo de terminar perdonándolos si regresaban y se lo pedían.

Con los años había comprendido que su viejo era incapaz de matar a nadie. Todavía no sabía si eso era una virtud o un defecto.

Mientras, Tonio lloraba como un marrano. No había parado de llorar durante días más que en los cortos intervalos en que lo vencía el cansancio y dormía algunas horas. El Willy andaba para todos lados con el hermanito a upa. El nene berreaba y el Willy se lo llevaba lejos para que el padre no se pusiera peor de lo que estaba. Él tampoco aguantaba oír a la criatura, pero le daba miedo quedarse solo, así que no tenía más remedio que irse atrás del Willy. Caminaban por el campo, se iban hasta el arroyo o se metían en la arboleda: a Tonio le llamaba la atención el movimiento de las hojas y un poco se calmaba.

Por suerte a los dos o tres días llegó la abuela para poner orden y encargarse de todos. De a poco las cosas se fueron acomodando. La abuela, que había venido con un bolso chico y un par de mudas, mandó a traer el resto de sus cosas y se quedó a vivir en la casa. Con el paso de los días Tonio empezó a llorar cada vez menos. Hasta que agarró la mamadera, la abuela se mojaba el dedo en leche y se lo metía en la boca como a un gatito.

EL CAMIÓN echa a andar y el chofer saca un brazo por la ventanilla diciéndole adiós. Él también levanta la mano devolviendo el saludo. Manejá con cuidado, grita y el otro le responde con un bocinazo.

Vero dejó al nene en el suelo. Está fumando y sigue charlando animadamente con el cuñado. Amaga ir hacia la casa, pero enseguida se arrepiente y enfila hacia los gallineros. No tiene ganas de hablar con ella todavía. Se prende un pucho y camina rápido como si fuese a hacer alguna diligencia. No va a hacer nada. Sólo quiere parecer ocupado y poner distancia.

ESTE AÑO SE JURÓ trabajar el doble para que el año que viene Tonio pueda irse a estudiar veterinaria a Esperanza, en Santa Fe. Lo quiere lejos de su mujer. No lo quiere otro año dando vueltas por la granja, dándole charla a Verónica. Los dos ociosos haciendo Dios sabrá qué mientras el Willy y él andan en los galpones.

Se queda el padre en la casa, pero el padre se mete en la pieza a tocar el acordeón o se va al boliche todo el día y después hay que ir a buscarlo porque llega la noche y él no vuelve. Apenas ellos pudieron arreglarse solos fue como que el padre dijo basta, hasta acá llegué. Con el Willy levantaron la granja y la hicieron funcionar. Los dos son muy trabajadores. No sabe de dónde les viene. No del padre que siempre fue bastante vago, de haber sido por él nomás se habría dedicado al acordeón.

TÉCNICAMENTE EL INVIERNO no ha terminado, pero la temperatura pasa los veinticinco grados, hay mucha humedad y viento norte. Algo así como el veranillo de San Juan, aunque eso es en junio, le parece. Como sea, el olor de los gallineros se espesa y los enjambres de moscas se posan en los troncos de los árboles y en las paredes formando manchas oscuras y zumbonas. Vero detesta las moscas y la peste de los pollos. Ella es una chica de pueblo y no se acostumbra a ser la mujer de un granjero. Por ahí tendría que haberse casado con alguien como Tonio que el día de mañana y si Dios los ayuda va a ser un profesional con chapa de bronce en la puerta.

CUANDO EMPEZÓ la escuela, el Willy, que ya estaba en segundo, les venía diciendo a todos que la madre era muerta y él siguió con el cuento. Por no desmentir al hermano o porque le daba vergüenza, vaya a saber. Una mentira blanca, de niño, que a veces terminaba creyéndose. Fantaseaba con que su padre, sin que nadie lo sepa, había encontrado a la madre y le había disparado con la escopeta tal como le oyó jurar. El amante, sin embargo, había logrado escapar. El padre lo había dejado irse para que fuera él, el hijo del medio, quien cuando creciera lo matase.

Apenas entrado en la adolescencia, dejó la escuela igual que el Willy y los dos se pusieron a trabajar a la par. Por esa época murió la abuela y con lo que le tocó de herencia al padre construyeron el primer galpón y arrancaron en el negocio de los pollos. El trabajo duro había aplacado su deseo de venganza. No tenía tiempo de pensar en ese hombre ni en su madre. No es que los hubiese

perdonado, sólo que cada vez pensaba menos en el asunto. Se fue convenciendo de que nunca más vería a su madre; que era, en cierto modo, como si estuviese muerta.

EN LA FAMILIA nunca se habla del tema. Debe ser de lo último que puede querer hablar el padre y, por supuesto, él lo comprende y respeta. Pero tampoco los hermanos hablan de eso.

El Willy es callado como una piedra. De lo único que habla es de pollos y de números. Nunca tuvo novia. Sospecha que ni siquiera estuvo alguna vez con una mujer. Y con Tonio no se puede hablar en serio de nada. Según como se mire, tuvo más suerte que ellos: era tan chiquito cuando ella se fue que su memoria no guardó nada de la madre.

HACE UNOS AÑOS, un conocido del pueblo llamó por radio y él recibió el mensaje. Decía que su madre iba para allá en un remis, que quería verlos y que los esperaba en la tranquera.

Nunca le dijo a nadie, pero fue.

En la entrada a la granja hay un grupo de árboles frondosos. Se trepó a uno y esperó oculto entre las ramas y las hojas de la copa tupida. Al rato vio el Renault blanco salirse de la ruta y estacionar en la tranquera. Bajó una mujer delgada, vestida con *jeans* y remera, el cabello rojizo, teñido, ni corto ni largo. Joven todavía. Con buena figura. De habérsela cruzado en la calle, él, que ya empezaba a prestar atención al sexo opuesto, se habría dado vuelta para relójearle el trasero.

Ella se apoyó en el capot del auto y encendió un cigarrillo. A éste primero le siguieron unos cuantos en la hora larga que estuvo esperando, sin moverse, a pesar del calor que rajaba la tierra. No se acordaba que su madre fumara. Aunque tal vez había agarrado el vicio después de dejarlos.

El conductor se quedó sentado frente al volante y puso la radio. La música, una canción de moda, llamó su atención y entonces vio que en el asiento trasero había dos criaturas. Una sacó la cabeza rubia por la ventanilla y llamó: Má. Tendría seis o siete años. Má, gritó, me hago pis. La mujer se dio vuelta, pero se quedó en el lugar. Bajate y hacé atrás del auto: en mi cartera hay papel. No, dijo la nena, me van a ver. Decile a tu hermana que te tape; dale que acá no hay baño.

Bajó una por cada puerta. Las dos rubias y con poca diferencia de edad. Se escondieron atrás del parachoques y se agacharon para mear. Después anduvieron correteando por ahí. La madre, sin mirarlas, les pidió que no se alejaran y que se quedaran quietas.

Pasó un montón de tiempo. Empezaba a acalambrarse de estar inmóvil arriba del árbol, cuando el remisero se asomó y le dijo a la mujer que tenían que ir

volviendo, que tenía una reserva para las cinco. Ella le pidió que esperasen un poco más. El hombre dijo que no, que no podía, que la reserva estaba hecha desde la mañana y que no le podía fallar a su cliente. Si no aparecieron todavía, no van a venir, le dijo. Las nenas se quejaron que tenían sed y estaban aburridas. Tenían tonada porteña.

La mujer se alejó del auto y se subió a la tranquera. Se puso una mano en la frente y miró lejos, seguramente con la esperanza de verlos venir o algo, pero la casa estaba demasiado retirada como para ver nada desde allí.

Está bien, dijo volviendo al coche, vamos.

El chofer dio marcha atrás, giró y agarró la ruta de nuevo. Él bajó del árbol, pasó entre los hilos del alambrado y corrió hasta la banquina. El auto era un punto blanco que fue tragado enseguida por el asfalto brillante.

CUANDO SE ACERCA a la casa, le llega el olor a comida. Churrascos a la plancha. Sonríe. Vero no sabe cocinar otra cosa.

Se detiene en la pileta de lavar ropa y mete los brazos bajo el chorro de agua fría, se enjabona y friega con fuerza y luego se enjuaga y seca con una toalla que saca de la soga.

Vero sale de la cocina y agarra al nene, que trataba de sacarle un hueso a uno de los perros.

Tonio, reprocha, fijate lo que hace tu sobrino, mirá si el perro lo muerde.

Este perro es más bueno que Lassie, dice Tonio riéndose, si se crió con nosotros.

Sos un tiro al aire: no se te puede encargar nada, dice ella más divertida que enojada. Sin embargo cuando lo ve entrar en el patio se pone seria.

Hola, dice él, volviste.

El nene se ríe y le tira los bracitos. Ella lo agarra por debajo de las axilas y se lo tiende. El crío pega varias pataditas en el aire como si así fuera a llegar más rápido a los brazos del padre. Alza a su hijo y lo aprieta contra el pecho. Es tan blando y frágil. ¿Qué harían si Vero los abandonara?

Ella regresa a la cocina. Él se queda en la galería haciéndole unas monerías a la criatura. Tonio deja la revista que estaba hojeando y le dice que le dé al nene si quiere. Pero él se lo niega y entra en la casa.

Vero está poniendo la mesa.

Qué suerte que volviste, le dice él.

Ella no responde, pero sonrío, le da un beso y los abraza a los dos, al esposo y al hijo, en el mismo abrazo. Él cierra los ojos y siente la respiración cálida de su mujer contra el cuello y las babas del nene que le empapan el hombro de la camisa. Piensa que si ella los deja, la mata •

El zapatero Zacarías habla con Roque Rey*

RICARDO ROMERO MUSSI

—**POR SUPUESTO**—rumió el viejo Zacarías sentado en su banquito en la vereda, cebando el primer mate de la tarde al ver aparecer a Roque, y hablando como si continuara una conversación ya empezada—, como en todo oficio milenario, el arte de la zapatería está sostenido por sus mitos, por la variopinta y, lo reconozco, poco glamurosa sucesión de hechos legendarios y fundantes... Hay una historia oficial, claro. Te podría contar la historia y la progresión del calzado para la dama y el caballero, cómo los zapatos se fueron convirtiendo en lo que son ahora, cómo empezaron a llamarse zapatos y qué nombres tenían antes. Pero para eso tendrías que ser un aprendiz, alguien verdaderamente interesado, y no un contertulio que escucha la mitad de lo que le digo y se demora con el mate en la mano como si fuera la calavera de Yorick... ¿Tampoco sabés quién es Yorick? No hay caso, no vale la pena. Ya te voy a pasar el libro. Lo que te decía es que, como no sos un acólito, no te voy a aburrir con precisiones históricas y maravillas técnicas. Para vos están los mitos. El espectáculo de la superstición y la fe. Y el mito fundante, claro, es el mito del Diablo. Porque Dios es la imposibilidad de la historia, la eternidad, pero el Diablo es la historia que se puede contar. Como podrás adivinar, para los zapateros, Dios está descalzo pero el Diablo no. Y el Diablo usa zapatos blancos. Ay del hombre que se ponga unos zapatos blancos... Hay diferentes versiones de la maldición. Algunos dicen que te traen mala suerte, que la desgracia se adueña de tu vida. Otros lo contrario, que lo que te traen es buena suerte, y que la buena suerte se adueña de tu vida hasta corromper el más resistente espasmo de humanidad. Personalmente, creo que lo que los zapatos blancos hacen es manipular la suerte para un lado y para otro, según quién los calce. En general, se me ocurre que la cosa va para el lado de la buena suerte, porque estoy seguro

* Apéndice inédito de la novela *Historia de Roque Rey* (Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2014).

de que la gente es más resistente a la mala suerte que a la buena... Pero ya me estoy poniendo filosófico, ya te estoy perdiendo. Cerrá la boca, así no entran moscas, ¿querés? Lo que te iba a contar es, claro, un caso en particular. El de un hombre que, a sabiendas de la maldición de los zapatos del Diablo, igual se compró un par de zapatos blancos. Un par único, immaculado, de cuero reluciente y costuras perfectas. Llamémoslo Juan José, padre y apóstol... Ah, eso sí lo sabés... si yo te vi la cara de chupacirios, a vos... En fin, que Juan José, antes de los zapatos, ya era un ganador en todo sentido. Favorecido por la cuna, era rico y buen mozo; agraciado por la educación, era culto, respetuoso e inquieto. Como vivía del dinero heredado y sólo trabajaba por gusto escribiendo notas de opinión para algunos diarios y revistas, le sobraba el tiempo, y ese tiempo lo dedicaba a la búsqueda de objetos únicos, raros, de colección. Ahí ya tendría que haber maliciado algo, el pobre, porque su afán coleccionista no venía de un lugar cualquiera. Venía del aburrimiento. De esa piedra inamovible en el centro de su ser. Ahí ya tendría que haber sospechado que la suerte no es algo para tomar a la ligera. Tenía tu edad cuando lo conocí, unos treinta. Era un morocho alto de ojos de un azul presuntuoso. Un galán, con todas las letras, en una época en que el cine todavía era en blanco y negro y ni siquiera las grandes estrellas de Hollywood podían competir con la prepotencia cromática de su mirada... Perdón por la resonancia, las palabras, me engolosino y me salen, qué le voy a hacer... En fin, que yo lo conocí por esa época y entablamos ese tipo de amistad que se da en la noche. Botellas compartidas, asedios, galanteos y juergas, una amistad viril en la que la derrota nunca es un impedimento porque hasta el fracaso es una aventura. Amigos de éstos, éramos, y en uno de esos bailes de carnaval un poco tristes, cuando la gente no sabe qué hacer con la alegría, vi pasar una mascarita completamente borracho, una especie de arlequín sucio que calzaba unos ruinosos zapatos blancos. Yo en ese entonces todavía no entendía el oficio ni respetaba sus mitos. Los conocía, sí, por mi abuelo y mi padre, pero no les daba crédito alguno. Así que riéndome le conté a Juan José la leyenda alrededor de los zapatos blancos. «¿Cualquier par de zapatos blancos?», me preguntó él, intrigado. «Cualquiera», dije, y envalentonado por su curiosidad y por la ginebra, me permití filosofar sobre unos zapatos primordiales que, claro, no eran zapatos como los que conocemos ahora, pero que sí eran blancos y sí eran los del Diablo. «Pero si es así, y los zapateros lo saben, ¿quién es el hijo de puta que los fabrica?». Reconozco que ante esa pregunta me quedé sin palabras. Era demasiado joven para tener la certeza de que la criatura humana tiene versiones muy oscuras, y que esas versiones, personas que habitan la más profunda y sobre todo insignificante tiniebla, son necesarias, hacen al

espectro... —el viejo Zacarías se detuvo, masticando un palito de yerba que había pasado por la bombilla. Sirvió ginebra en el *vbv* y se lo pasó a Roque, que lo recibió mientras la palabra *espectro* hacía eco en su memoria, en sus sentidos ya conmovidos ante el paisaje feroz del carnaval. Después de escupir el palito de yerba, el zapatero continuó—: Es así, sólo podemos tener santos, personas que se acerquen a Dios, porque tenemos demonios, hombres y mujeres endiablados que se frotan las manos y ríen bajito ante la desgracia ajena. La cuestión es que Juan José se quedó con la pregunta y la noche siguió su curso. Una semana después, cuando nos encontramos en el bar que solíamos usar como parada para empezar la noche, lo vi entrar, gallardo y desafiante, calzado con el par de zapatos blancos más perfectos que he visto en mi vida. Eran zapatos sobrenaturales. Con cada paso que daba, aunque fuera en el embaldosado sucio del bar, parecía remontar una escalera invisible hacia la gloria. Se acercó a la mesa en la que yo estaba, se sentó y esperó. «¿De dónde los sacaste?», le pregunté. «Eso no te lo puedo decir», me dijo, sonriendo con malicia. «Pero...», llegué a decir, y ahí me di cuenta de que no sabía cómo continuar la frase. O, mejor dicho, sí sabía, pero no podía hacerlo sin deschavarme: al final de cuentas yo era un zapatero, y creía en la leyenda, en la maldición de esos zapatos. Estaba indefectiblemente aterrizado. Si bien en ese momento logré disimular y reírme, a partir de ese día nunca más pude bajar la guardia. Estaba a la expectativa, siempre atento a lo que pudiera suceder. Pero era difícil saber qué pasaba con la suerte. Porque la suerte es difícil de identificar, sobre todo en alguien como Juan José. Seguía siendo el más afortunado con las mujeres, el más circunspectamente feliz en todos los órdenes. Sólo que ahora, cada vez que algo salía como él quería, me guiñaba un ojo y me decía, burlón, «Qué suertudo, ¿no?». Yo sonreía y festejaba la valentía de su chiste, pero para mis adentros temblaba asediado por la culpa y las preguntas: ¿había un límite para la suerte? ¿Hasta qué punto alguien podía tener buena suerte sin convertirse en un monstruo? Si lo veía feliz, si lo veía exitoso, ¿por qué razón no lo envidiaba? Pero no tuve tiempo para encontrar respuestas. En esos años murió mi padre y partí para España a cumplir la promesa que le había hecho a él y a mi abuelo, me hice soldado y me olvidé de todo. Veinte años después, ya de regreso, una tarde en que accedí a acompañar a un viejo cliente al Hipódromo de Palermo, me lo encontré a Juan José, alto y sobresaliente en la multitud. No sólo llevaba los zapatos blancos, tan impecables como los había visto la primera vez, sino que también llevaba un traje blanco que encandilaba. Estaba en el medio de la gente, quieto, como tratando de escuchar algo en el vocerío y el tumulto. Tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada. Me acerqué. No me atreví a tocar su hombro para sacarlo del

ensimismamiento, no me animé, como el resto de los que pasaban junto a él, a mancillar la blancura de su saco con mi mano. «Juan José...», dije, bajito, tal vez con la esperanza de que no me escuchara. Pero Juan José, a pesar del griterío por la carrera que recién empezaba, me escuchó y abrió los ojos. Al principio no me reconoció. Yo retrocedí, atribulado por el azul eléctrico e interrogador de sus ojos. Parecía buscar en la memoria. Cuando me encontró, levantó las cejas y sonrió. Me abrazó efusivo y comenzó a hablarme precipitadamente de caballos y de apuestas, cosas que no pude escuchar, aturrido como estaba. Tardé en darme cuenta de que lo que me perturbaba era el peso radiante de su mirada. Me dijo que tenía palco propio y nos invitó, a mi cliente y a mí, a que lo acompañáramos. No sé cuántas carreras vimos, cuánto ganamos y cuánto perdimos. Ya era de noche cuando salimos del Hipódromo. Mi cliente se despidió y Juan José me invitó a que lo acompañara a cenar. Insistió tanto que no pude decirle que no. Fuimos a su casa, un quinto piso en Recoleta desde donde se podía ver el cementerio. Un mayordomo silencioso nos sirvió la comida. Yo casi no probé bocado, pero sí tomé mucho vino. Juan José hablaba y reía todo el tiempo, y miraba. Había algo irreal en el azul de sus ojos, algo que me daba escalofríos y hasta ganas de llorar. Cuando pasamos a la sala y al whisky, Juan José pareció serenarse un poco y me preguntó por mi vida. Le conté mis andanzas por Europa, la guerra y el regreso. En un momento me detuve. Juan José, arrellanado en un alto sillón, había cerrado los ojos. Ante el silencio, los volvió a abrir. «No te detengas», me dijo. «No es que me haya dormido. Sólo cierro los ojos para escuchar mejor». Sirvió más whisky en los dos vasos. Yo, ya bastante borracho, comencé a hablar del oficio. No podía dejar de mirar sus zapatos blancos, para los que no parecía haber pasado el tiempo. Cuando supe que ya no iba a poder evitar preguntarle por ellos, me callé. Entonces Juan José, sin abrir los ojos, habló: «¿No me vas a preguntar por los zapatos?». Yo dije que no. «Hacés bien, porque no sabría qué responderte. Todas las mañanas salgo al balcón y contemplo el cementerio. Busco, en la belleza de las arcadas, en la melancolía de las estatuas, la certeza de la muerte, y no la encuentro. Soy el Diablo, Zacarías. Yo soy el Diablo que lleva zapatos blancos. Me miro en el espejo y ni yo mismo puedo soportar el azul de mis ojos. Y, sin embargo, es como si el mundo hubiera perdido los colores. Como si mis ojos los robaran. Y a pesar de que los odio con toda mi alma, si es que todavía tengo alma, no puedo dejar de usar los zapatos. Tiemblo de pavor cada vez que me los saco. Soy un esclavo de mi buena suerte. Mi único consuelo es escuchar con los ojos cerrados, ir a donde hay mucha gente y escuchar cosas que no tienen que ver conmigo. Pero hasta esa tregua se esfuma, se vuelve ceniza, porque tarde o temprano todo tiene que ver

conmigo...». Después de decir esto, calló. En ningún momento abrió los ojos y, casi con vergüenza, me pidió si podía quedarme hablándole hasta que se durmiera. «Pero ¿de qué?», le pregunté. «De cualquier cosa, de cualquier cosa que no tenga que ver conmigo». Esa noche fue una de las más largas de mi vida. Como has podido comprobar, no me resulta difícil hablar mucho y de cualquier cosa. Pero esa noche, mientras me terminaba la botella de whisky, transpiré la gota gorda tratando de no hablar de él. Porque efectivamente, todo tenía que ver con él. Me fui cerca del amanecer, cuando lo escuché silbar en sueños. Nunca más volví a verlo y un par de meses más tarde me enteré por el diario de que en un ataque de locura se había arrancado los ojos con una tijera. No pudieron salvarlo. Hablaban de suicidio pero yo sé que Juan José no quiso matarse. Sólo quería sacarse los ojos, porque era más fácil eso que sacarse los zapatos blancos... •



ars poetica

TERESA ARIJÓN

(1979)

si yo pudiera pasar entre los pájaros
como pasa el viento —
como pasa, leve, la leve brisa
del otoño quieto —
pero tengo zapatos alargados, hechos de cuero,
del cuero azul de alguna buena vaca
que abandonó su cuerpo
una tarde como ésta, viendo pájaros,
camino al matadero — mis zapatos,
cuero y sangre amortajada,
me impiden ver el cielo —
y si no miro el cielo — ¿adónde miro?
a mi pie — duro y blanco
prisionero.

(1984)

todas mis edades son mentira / la del salvaje luto por mis ojos inocentes
/ velados tras mis ojos revelados / la que descubre espejos para atraer / y
distraer todas las seducciones / la del secreto azul de un pensamiento / nunca
alimentado por otro / la del ideario vampírico que alumbrará / poemas con
sangre ajena / la que se sabe convertida en objeto de su sed / insaciable de sí
/ la que espera el momento de partir / la que aparta sus ojos si otros ojos / la
solitaria en bares de humo / donde siempre hay nadie / la que une sombra a
toda sombra / demorada en el tiempo / la que vaga incompleta en busca de
amor o de silencio / la fabuladora que destruye la fábula

(1994)

grabar con cincel
no, mejor con navaja —
hundir en la corteza del árbol
la inicial del amor.
peregrina en la sombra
la sangre del antiguo pacto
se derrama,
sin mácula.

(1999)

elegiste la poesía como quien elige la pesca en río correntoso,
tendida la red o arrojado el anzuelo que evapora la débil carrera de la lombriz y
[el pez.

elegiste la poesía como quien esmalta un cuenco para servir la sopa y desdeña el
[blanco
sin mancha de la porcelana para destacar la plena oscuridad.

intentaste matar a la abeja que besó los labios de Safo.
imitaste la prudencia de la hija del rayo, naciste de una lágrima caída en tierra.

(2001)

Que el poema sea, como en el sutra, revelación de lo evidente:
«no hay luna en el agua; la luna que se ve reflejada
es creada por el agua».
Como los budistas contemplan los mundos:
llama vacilante, sombra, eco, espantapájaros.
Como el espejo reluciente del zen,
que en ningún lugar resplandece.
Como el puente del koan, que fluye donde el agua no fluye.
Como el canto de las ranas y la luz de la luciérnaga.
Como la lluvia, como las primeras marcas
de las gotas en la tierra seca.
Como la hiedra falsamente infinita que desemboca en el castillo del ogro.
Como la ogressa medieval que amamanta al lobo. Como el lobo feroz
que lleva su corazón de tela cosido en el pecho.
Como el regalo en la tradición japonesa — la caja que puede contenerlo todo, es
[decir nada —
«suspendido entre dos desapariciones» (la de quien lee, la de quien escribe).

(2004)

Como un magma sin reposo,
refleja las horas dejadas de lado en su vacío.
Llenar páginas es quebrar bastiones:
sucesión de días bajo una campana de vidrio.
Como el animal destinado a la experimentación,
la rana transparente inoculada de males humanos
que revelará el fuego apagado en sus vísceras,
o la rata innúmera que esta vez no conocerá huida
cuando la angustia ciega de una mano
la inmovilice, en suspenso de toda animación.

(2006)

El arroyo en sequía.
Los tractores.
El brazo que siega y labra.
La inocencia del día.
El ópalo en el sol.
La dirección del viento.
El silencio de siesta en la estación de trenes.
El monte, y más al fondo una casa rosada.
La furia de los pájaros que alborotan el aire
y nuevamente el canto de los campos sembrados
y del agua en el pozo.
La impudicia brutal en la montaña:
la mina a cielo abierto.
La promesa del cuerpo.
Las noticias en ondas propaladas.
Buscar sentido
en una lista azarosa de palabras.

(2007)

La disciplina del campo,
el manso afán de quien excava y encuentra
tierra cada vez más fresca.
Aprendices de la oscuridad, las liebres
roban lo que ha sido cultivado, desconocen
el principio de autoridad. Refractarias
anhelan el orden generoso que los cultivos proporcionan,
áspera luz que recorta o define el futuro.

(2008)

¿Cómo se llega al fondo de las cosas?
La escena imaginaria donde una mujer tira la toalla
y un hombre arroja sus velos de ahogado en la barbería.
Escenas dilapidadas, estrafalarias, como en un mal cuento
donde se lee la borra del vino porque nadie toma café
y los borrachos tristes se dejan mecer, entumecer como
frases inconclusas y la fe es un abismo
en el que solamente caen los creadores.
Los días pasan así, como materia oscura.
Como ecos de pasos en un zaguán.
El poeta se muerde la lengua y aprieta los párpados.
El recuerdo ya no lo lastima y busca dolor en actos
físicos menores, meros descuidos, borrascas en un amanecer.
Caminar, caminar, caminar hasta cansarse.
Perder pie, hacer pie, todo del tamaño humano,
la dimensión habitual. Llegar a una ciudad extraña pero con algún recuerdo
de otra orilla. Para encontrar la fiebre. Su encendido descanso.
Y empezar a escribir como quien huye.
En un verano infinito
en pleno julio, más al norte, al borde de un río ancho
como un deseo rasante. Ser lanza fugitiva
que en el candor de otro pasado abrevia.
(Dudar de la violencia de la pantalla, ese espejismo interior
donde pululan conversaciones ajenas.)
No creer en el mar ni en los milagros. No creer en el cielo.
Andar y desandar los días como ecos de pasos en un zaguán.
Atarse los cordones de los zapatos: un anacronismo.
Zapatos asediados por el polvo de ladrillo de la plaza —
el taco de madera gastado que revela
una manera mala de caminar.

(2010)

que los caracoles que suben lentos por el gran vidrio
avancen lentos hacia su diversidad.
la naturaleza no es ese misterio que creímos, ni el amor —
una sentencia al borde del camino, un duelo al sol.
que me rayen la cabeza con una navaja,
que me incrusten diminutos fragmentos de cristal bajo las cejas,
que me marquen como si existiera.
allá lejos quedaron las plantas, el nogal con sus frutos venenosos sin que nadie lo
[sepa,

las achiras con ese nombre tan de costado del camino, de sablazo, de cuchillada,
de resplandor filoso antes de herir.
las achiras.
si supieran, ahora,
que son comentario brevísimo o extenso de un poema que jamás se escribió.

(2011)

Un poeta menos, un poema más.
Tiene cincuenta años y su vida ha transcurrido
— por delicadeza, por pereza, por vanidad, por extravío —
en un modo menor. siempre un paso al costado de sus sueños,
como si la sutil trama de luz que une todas las cosas
— absolutamente todas las cosas — lo rechazara.
El deseo de ser, otra vez, joven:
sin ninguna experiencia y con toda la fragilidad,
la decisión, la brutalidad y el ansiado porvenir.
Con esa generosidad violenta de la extrema juventud
que todavía hace mella en su alma.
Quien tiene todo por enfrentar — la muerte de los padres —
y quien ya lo ha enfrentado todo.
La línea de indefinido tamaño entre el hacer y el no hacer:
las poses y los pases de la filosofía.
Haber vivido al amparo o haber estado desamparado.
En este último caso, el dolor, aunque inconmensurable,
no sorprende.
Es una astilla, un asta, un astrolabio.
Y las tres palabras tienen sentido y lo representan pasmosamente.

(2012)

el poema tiene su invierno — su estado de latencia
como la tierra, ahora.
latencia como inconcretud — así el poema
en condición salvaje, el bárbaro no nacido —
no se deja apresar ni se construye ni consagra;
puro aire, y peligro.
cada palabra una amenaza
— el versátil lenguaje en sus juegos —
el circuito imperturbable: gratitud / desasosiego.
un hallazgo, pero de algo que ya estaba ahí antes —
en la memoria inmensa de la tierra,
de una tierra que entra en exilio
de sí para conocerse.

como la ciudad de Akrotiri
hace 4000 años sobre el mar Egeo —
un mural encontrado en sus ruinas retrata a unos monos
saltando en unas palmeras; pero allí no había monos ni palmeras.
como nieve que busca lo más blanco del blanco —
instancia todavía inmaterial (si cabe)
donde el poema a punto de dispararse —
también como un arma, o una trampa —
excluye su extrema libertad —
sin riendas ni asidero
acata su generoso destino: hacerse voz.

como el ciclista que rueda solitario
y en su anatomía perfecta refleja
la misteriosa autonomía del poema en ciernes — el porvenir.

Mattel

LEANDRO ÁVALOS BLACHA

SIN NECESIDAD DE BUSCARLA, encontré de memoria la frase que María Luisa escribió sobre su nombre en mi guardapolvo. «Amigas para siempre». Luego vi las letras de esas personas con las que había compartido tantos años y de las que ya nada sabía. Yo era tan insignificante como ellas. Una letra más, perdida en la dedicatoria sobre una tela vieja y podrida, que acaso existía por puro olvido o entre las partículas desintegradas de un basural.

Con María Luisa habíamos sido mejores amigas desde la primaria. Éramos parecidas, teníamos los mismos gustos y solían tomarnos por hermanas. Sólo nos diferenciaban nuestras habilidades. María Luisa tenía un don para las manualidades. Y las dos buscábamos la originalidad haciendo nuestras propias ropas. Pero lo que ella creaba o reproducía de las revistas de moda a la perfección, en mis manos se convertía en un desprolijo rejunte de telas, que en algo siempre se asemejaban a un chaleco de fuerza. No por ello desistía. Seguí confeccionando mi ropa y la de mi familia, consciente de que lucíamos como payasos. María Luisa nunca se animó a señalarme la falta de talento, pero lo aludía indirectamente halagando con desbordado énfasis mi manera de cocinar. «Vos tenés manos para la cocina, tenés que dedicarte a eso». Ella siempre tan preocupada en conseguirme un trabajo, una ocupación, un entretenimiento. «Necesitás distraerte, salir». Quería que la acompañara al gimnasio, donde se internaba desde la mañana para hacer *tae bo*, aerobox, salsa, *spinning*, y *tae bo* otra vez, hasta la noche. El día anterior había aparecido con su *look* deportivo en el living y un recorte de la *Para ti*. Supe que se venía una humillación. «Mañanas argentinas», decía el título de un concurso. De mala gana me levanté del sillón, me puse los lentes y leí las bases, mientras María Luisa elongaba. Lo convocaba la intendencia de Quilmes para encontrar un nuevo diseño de guardapolvo para las escuelas del distrito. María Luisa ya no dijo «Tenemos que participar» como antes, sino «Tengo». Las mujeres con las que se juntaba en el gimnasio le estaban lavando la cabeza.



María Luisa tenía el mismo don para crear esas prendas en miniaturas. Todas las ropas de moda se las confeccionaba para las muñecas de su hija, que terminaban mejor vestidas que cualquier Barbie. Yo también lo intentaba, pero no se me daba bien. Tenía éxito solamente en armar unas túnicas, que según el color de la tela parecían hábitos de monjas. Brenda, por suerte, resolvía todo con ingenio y se divertía jugando al convento o a la cárcel de mujeres, según su ánimo, y jamás me reprochaba nada. Habíamos creado iglesias, cuartos de religiosas y pabellones carcelarios en cajas de zapatos. De un día para el otro las convertimos en aulas. Brenda me dijo que tenía que inspirarme.

Por la tarde, fuimos juntas a la municipalidad a retirar la muñeca oficial del concurso que debíamos vestir. Estaba producida por una nueva fábrica del distrito que auspiciaba la competencia para promocionarse. Se llamaba Gisela. A Brenda no le gustó el nombre, pero sí la muñeca. Tenía el pelo castaño, liso, la piel trigüeña, los ojos negros. Era de un plástico más blando que la Barbie y tenía el cuerpo menos estilizado, con menos pecho, pero más caderas. La fila de mujeres que buscaban su muñeca para concursar daba vuelta la esquina. Comenzó mi pánico. Le pedí a Brenda que hiciera la cola para la solicitud. La esperé en el auto. Cuando llegamos a casa, corrimos juntas a la máquina de coser para pensar. «Buscá modelos en internet», dijo Brenda, mientras abría una galería de imágenes en el navegador. Yo me preguntaba qué debía privilegiar: la comodidad de los alumnos, la estética, mantener un estilo tradicional o, por el contrario, apostar a la vanguardia como estímulo para la educación.

Tomé un lápiz, una hoja en blanco y me dije: «A dibujar». Apenas apoyé la punta cuando mi celular sonó con un mensaje de María Luisa. «¿Qué te parece?», decía con una foto de su primer intento. Gisela lucía un guardapolvo soñado. Moderno, con lindo corte, del largo justo. Había reemplazado los botones clásicos por apliques de velcro y los cuellos y bolsillos tenían una guarda del color de la bandera. No pude seguir. Preparé unos panchos para la nena, tomé varias pastillas y me fui a dormir.



Brenda me despertó pasado el mediodía. Otra vez la hacía faltar al colegio. Podía quedar libre. Me convencí de que, para enmendar el error, me pondría a trabajar. «Ayúdame, Brendita», le pedí, y ella se inventó un cantito

para levantarme el ánimo. Luego me enseñó un dibujo en el que había intentado diseñar un guardapolvo. Debió copiar la foto de María Luisa de mi celular, porque era idéntico. No me importó el plagio. Intentando copiarlo, haría cualquier cosa menos igualarlo. «Preparale un tecito a mami». Brenda corrió a la cocina.

Me enfrenté a Gisela. Su mirada se me clavaba desafiante. Era mucha la presión. La muñeca era chica; pero el guardapolvo, grande. En él latían los corazones de todas las maestras y del alumnado presente y por venir. También sentía la esperanza de Brenda. ¿Qué sabía yo de costura, de moda y de ser madre? Fantaseé como tantas veces con decir «Voy al Chino» y no volver. Pero siempre volvía, algo me ataba. «¿No empezaste, ma?», preguntó mi hija, mientras aparecía con una taza humeante y unos tostados. «Estaba en eso». Pidió mi opinión sobre su dibujo. Le dije que era ideal, mientras le besaba la cabeza y le ponía un poquito de whisky al té. Luego me acomodé con el cuaderno, los lápices y me puse a dibujar. Los primeros bocetos parecían vestidos de época. Las colas caían anchas hasta el piso. Brenda los miró en silencio hasta que se animó a decir «Aunque sea no parecen monjas». Lo primero en lo que pensé fue en la tela. Teníamos que cambiar ese material clásico por algo que fuera fácilmente lavable. Como el mantel de hule. Le dije a Brenda que ésa sería nuestra apuesta fuerte. «La posibilidad de cambiar de tela no figura en las bases», me explicó, y la alegría me abandonó en un segundo. Busqué los vestidos viejos de sus muñecas y tomé uno al azar. Le pondría un par de botones y fin del asunto. Por lo menos me libraría de mi hija. Pero Brenda intuyó mis intenciones. Me dijo que empezara con un proyecto desde cero. Me hice la que no escuchaba. Tomé el traje de monja y con él vestí a Gisela. Fue una iluminación.

Se me apareció la imagen de cientos de niños de colegios privados corriendo por la ciudad todo el día con sus uniformes puestos. El guardapolvo, en cambio, era de lo primero que se desprendían los chicos de las escuelas públicas para llevarlo a rastras por el piso o esconderlo en lo más oscuro de la mochila. Y yo, que sabía vivir a las sombras, como encerrada en un bolso, no habría de permitir que la prenda sufriera el mismo destino.

Primero, mangas desmontables. Con el calor, Brendita se las arremangaba todo lo que podía. Después, un diseño en dos partes, que permitiera tomar la forma de una camisa blanca arriba y una falda debajo. Muchos actores y músicos de rock se mostraban a veces con pollera, por lo que sería una manera de innovar para los varones. Más bolsillos. Y en lugares poco convencionales, como les gusta a los chicos. Incluso uno con cierre y en la parte de adentro, para llevar algo seguro sin que lo pierdan. Brendita había extraviado llaves y teléfonos durante los recreos, corriendo, sin darse

cuenta. Hice todo con apuro, veloz, olvidándome del mundo alrededor. Cuando culminé, reparé en el leve sonido de palmas a mis espaldas. Brenda me aplaudía emocionada, mientras contemplaba a Gisela. De blanco, pero cubierta de bolsillos, tachas, cadenas y hasta una capuchita. Compartí su alegría unos momentos y me fui a dormir. Pasaron cuatro meses cuando me avisaron que había ganado.



Fue un escándalo. Hicieron renunciar al intendente, a gente de Educación, y la pobre Gisela salió de circulación con el quiebre de la fábrica. Alguna vez hasta protestaron en el frente de casa. El guardapolvo fue considerado inmoral, degenerado, inapropiado para las escuelas y los alumnos. Como apenas salía de casa y no interactuaba con nadie, poco me importaba la opinión de los otros. Pero mi marido y Brendita lo sufrieron a diario y me lo reprocharon hasta que un día Brenda no volvió de la escuela y tampoco Luis Alberto de la oficina. No me animé a llamar a nadie para averiguar qué les pasó. María Luisa también dejó de hablarme.

Pero tenía un tesoro en las manos. De inmediato tomé las tijeras y recorté la ropa de ambos en distintos pedazos. La organicé por telas, colores y me puse a coser. Llenaría el corazón de Gisela con vestidos hasta que no quedara un lugar en la casa para ninguna otra cosa. El cadete del supermercado chino se encargaba de traerme algunos víveres mensualmente, y tenía un pacto con un linyera que me vendía los lotes de Giselas que descartaba la Municipalidad. Luego del escándalo habían desechado la posibilidad de donarlos. Sin darme cuenta, encontré en las maestritas de plástico una verdadera familia, y el secreto de la moda. El mundo, afuera, tardaría años en entenderlo •



Plateada con amarillo

NATALIA LITVINOVA

¿Miedo a escribirte? Sí, de noche.
¿Quién te lo contó?
Miedo a la Luna. También.
Plateada con amarillo,
en su infinito primer plano.
Miedo a lo que resalta la luz diurna.
Miedo como la miel. Así ando,
saboteada,
compro libros en los kioskos,
fumo mal y te hablo, exhausta
de esta Luna en mayúscula
y de mí en minúscula.
Así, ahorcada con mi piel, llamo
a tu naturaleza distinta, a tu verde real,
convoco tu corazón rodeado de bulevares
por donde transitan hombres a caballo
que se tocan la galera con una mano,
y con la otra entregan una flor.

La serpiente y el miedo

EDGARDO SCOTT

a mis amigos Pablo y Mariel

instalarse en el miedo como quien vive dentro de la lentitud

ROBERTO BOLAÑO

Había olvidado mi terror a las serpientes. La semana pasada, sin embargo, durante una improvisada reunión, una amiga contó una anécdota que me lo devolvió en toda su magnitud. De hecho, ni bien terminó de contarla y cuando todavía estaba afectado por la impresión, mi primer impulso fue pedirle que la contara de nuevo. Lo hice con un entusiasmo egoísta, despreocupado del interés o la paciencia que podía tener el resto en volver a escuchar lo mismo. Pero la anécdota había tenido una gran influencia sobre mí; había sido como una vuelta en uno de esos juegos mecánicos de velocidad o altura, que después de haberme subido una vez, quería repetir incansablemente.

Mi amiga no tuvo inconveniente, se acercó y volvió a contar lo mismo, esta vez de manera un poco más lenta y didáctica, dando por seguro que yo me habría perdido en algún fragmento de la historia. Yo escuché con atención y, en el mismo momento que antes, sin importar que estuviera avisado, volví a sentir la inesperada cosquilla, el repentino escalofrío; sólo que en esta segunda oportunidad, aparte de aquel efecto, el relato me supo dejar *algo*. Me dejó adheridas las últimas palabras, la frase final: *lo estaba midiendo*. *Lo estaba midiendo*, repetí para mí, inaudible, como un rezo o un balbuceo idiota que de golpe eché a rodar por las encías, el paladar, la lengua y los dientes, sin comprenderlo, como si fuera la materia dura de un caramelo, o el jugo último de una mazorca o un hueso.

Con intermitencias, esa noche y los días siguientes, el relato de la serpiente siguió instalado. Lo esquivaba o deshacía con reflexiones y lo recu-

peraba en recuerdos. Los recuerdos tenían que ver con mi temprano pavor a las serpientes y a toda clase de reptil. Un pavor que con los años se había ido transformando en un rechazo o asco civilizado. En apenas un moderado ejercicio de desagrado y evitación. En verdad, mi terror hacia esos bichos, si lo pienso bien, *siempre* había sido tan fuerte como subestimado y secreto. Nunca había hecho que no me acercara, por ejemplo, a los serpentarios de los zoológicos, o que no pudiera ver escenas con serpientes en un documental. Y como siempre viví en la ciudad —donde el riesgo de las serpientes es un riesgo nulo para la razón— el terror sin medida supo quedar confinado a ciertas zonas remotas de mi cabeza. Pero debo admitir que toda vez que se mencionaban lugares turísticos, regiones o ciudades para visitar y conocer, enseguida se me cruzaba, como una alarma, como un alerta rojo, si en esos lugares habría o no serpientes. Así, México, el Amazonas, Egipto, la India o la Florida, por más cautivantes que yo sabía que pudieran ser, no lograban superar el filtro de mi angustia.

Además la anécdota me llevó a buscar información sobre toda clase de serpientes. Me enteré de singularidades y extravagancias. Observé con una suerte de masoquismo morbosos videos en internet. Supe de las primitivas serpientes con patas, de las que pasan meses sin comer o comen hasta sus propios huevos, y vi la digestión real, por parte de una pitón, de un mediano hipopótamo (eso fue como ver una versión negra, siniestra, del dibujo inicial de *El principito*). También me llamó la atención el tono neutro de las enciclopedias, donde las serpientes son tratadas como cualquier especie, e incluso, como una especie vulnerable y perseguida.

Con respecto a los recuerdos, el primero que reapareció en mi memoria fue un relato infantil, contado en casa de una familia ucraniana o rusa, donde yo solía jugar mientras mis padres trabajaban. La familia había llegado a la Argentina después de la segunda guerra, y en su largo periplo, había recalado y dejado parientes en las afueras de Asunción. Una de las mujeres, no recuerdo si la madre o alguna de sus hijas, me había contado —y tal vez, por ser yo un niño, también *advertido*— que en Paraguay, sobre todo durante las inundaciones, cómo las víboras y anguilas podían meterse y nadar por las cañerías de las cloacas y desagües, se daban casos en que alguien se topaba en el inodoro de su baño a merced de semejante atrocidad.

Recordé también un viaje con mi madre a Misiones —más precisamente a Oberá—, donde una familia muy pobre que vivía en una casilla en medio de una plantación de té o de yerba, al preguntar nosotros por las serpientes, nos contó cómo vivían, ahuyentando en distintas horas del día las yaras que se arrimaban a la casa. Recuerdo especialmente a los chicos, numerosos y de todas las edades. Eran rubios, flacos, de increíbles ojos celestes, y

tenían los pies descalzos y curtidos, como si la planta del pie fuera una suela o sandalia delgada y bordó, hecha como de sangre reseca. Ellos mismos se reían del miedo que se traslucía en nuestros gestos y palabras, y hablaban sobre las serpientes como si hablaran de moscas o sapos; es decir, de una plaga molesta e inofensiva. Hasta contaban —esto ya no sé si lo dirían como una provocación hacia el niño crédulo de ciudad que era yo entonces— *jugar* con las víboras; pegarles con palos, correrlas, hacerlas saltar, hacerlas chillar y retorcerse con ese siseo típico, tan agudo y aterrador.

La anécdota que contó mi amiga fue breve y sencilla. Se reduce a lo siguiente. Un amigo de un compañero de trabajo suyo había adquirido hacía un tiempo como mascota una serpiente enorme, una de esas serpientes anchas y larguísimas, pero no venenosas. Mi amiga no recordaba si era una pitón o una boa, pero era alguna de éstas. Una serpiente constrictora. La había conseguido por contrabando y la había pagado bastante cara. Era un gusto y una excentricidad que el muchacho, de unos veinticinco años, se permitía a poco tiempo de haberse ido a vivir solo. Un video en YouTube lo había decidido. El encabezado decía: *Serpiente pitón, amigo de niño de cinco años*. El muchacho *clikeó* el enlace y vio —sin considerar que lo que veía estaba editado— cómo un pequeño niño camboyano de no más de siete años pasaba sus días junto al inmenso reptil. Las imágenes le causaron ternura al muchacho y lo ayudaron a decidirse. Yo mismo vi después el video y en verdad la serpiente parece una grandísima bufanda de cuero inflable, a la que el niño acaricia, monta, y hasta usa como almohada o colchón, para tenderse plácidamente arriba de ella, incluso para dormir.

El muchacho alimentaba a su mascota con roedores que conseguía —también en forma clandestina— de un laboratorio. La indicación general, imprecisa, era que el animal pertenecía a una especie venenosa, de modo que tendía a matar a sus presas estrangulándolas, para recién después tragarlas y digerirlas durante un largo tiempo. Pero en condiciones domésticas, y al ser alimentada cuando fuera necesario, el animal saciado transcurría sin mayores sobresaltos. *Tal vez por no estar en su hábitat se deprimiera o estresara un poco*, fue otro comentario que escuchó de lejos, aunque íntimamente se burlara.

Por necesidad o desidia, el muchacho no averiguó mucho más; también porque ir a un veterinario de reptiles, consultar a un especialista, podía hacer evidente la irregularidad de su compra, y entonces, además de que le sacaran el animal, él debiera tener que pasar y pagar por toda una serie de trámites engorrosos.

Durante la primera semana, sin embargo, todo ocurrió en forma ideal y el muchacho se sintió orgulloso, bien acompañado y hasta, a su manera,

querido por el excesivo y callado animal. Le gustaba, mientras miraba una película o una serie en el dormitorio, que la serpiente recorriera los cuartos o lo rozara como una gran soga de barco oscura, fría y animada por una vitalidad lenta, como estudiosa. Juzgaba a la gran serpiente como una presencia nada amenazante para su nuevo mundo; una compañía solitaria y respetuosa, nunca invasiva.

Pero un tiempo después —tres o cuatro semanas después de la compra— la serpiente se empezó a mostrar sin apetito. Omitía ingerir los mismos ratones de siempre, a los que pasaba por alto como a la mayoría de los objetos de la casa. El muchacho consiguió entonces hámsters y después pollitos que, también por haberlo oído o por haberlo visto en foros de internet, sabía que eran alternativas de alimentación para esa clase de reptiles. Nada. Al comienzo, al muchacho lo entristecía y desconcertaba la inapetencia del animal. Y en eso, una vez más, hombre y bestia también parecían habitar distintos universos. Porque mientras el muchacho se atormentaba y le dedicaba más y más atención, fantaseando incluso con cuidados absurdos, como dormir junto a ella o darle un plato de leche, la serpiente sólo parecía haber suspendido *uno* de sus impulsos. La serpiente *únicamente* no comía, pero eso no iba en desmedro de su rutinaria y escasa actividad. A caso por eso, en el último refugio de su ignorancia, el muchacho pensó que tan mal no debía de estar porque el animal había seguido haciendo —o no haciendo— lo mismo de siempre; los hábitos que cumplía desde que había llegado a la casa, salvo por la alimentación, no habían variado en absoluto.

Pero eso no alcanzó para tranquilizarlo, y un día, desesperado por la incertidumbre y la culpa, alzó la serpiente, la llevó a su terrario, la cargó en su auto y fue hasta un veterinario especialista, dispuesto a afrontar lo que fuese a cambio de una verdad. El muchacho fue del todo franco; contó la compra en detalle, menos preocupado por la salud de su mascota que por purgar su inconsciencia. El veterinario supo escuchar todo sin interés, ya sabiendo el final, ni bien vio a la serpiente en el terrario inadecuado. Lo dejó hablar, sin embargo, y después de que el muchacho descargara su peso, sólo le preguntó desde cuándo no comía y si, durante los momentos que pasaba junto a ella, la serpiente se extendía y se enroscaba con cierta frecuencia. El muchacho le dijo que no comía desde hacía un mes y que sí la había visto realizar esa clase de movimientos; explicó que a él le habían parecido como las vueltas o rituales autómatas de perros y gatos, antes de dormir. El veterinario le dijo que cuando la serpiente hacía eso, en realidad *lo estaba midiendo*. Lo medía a él como posible, grande y segura presa. Que le estaba haciendo lugar, agregó. El muchacho sintió la amenaza como el roce de un cuchillo. Un escalofrío, sin embargo, inapropiado para ese momento en el

consultorio, en el que la serpiente reposaba en el terrario, quieta e inerte. Sin rodeos, el muchacho le preguntó —o más bien le pidió— al veterinario cómo podía hacer para dejársela ya mismo ahí.

Varios días después seguí pensando en aquella anécdota. Me parecía tan curioso como verdadero que la historia, por cierto breve y bastante previsible, se pudiera sostener de boca en boca, incólume y eficaz, gracias a un mismo terror que se había trasladado del muchacho al compañero de mi amiga, del compañero de mi amiga a ella, y de ella a todos los que nos asombramos y asustamos aquella noche. Hasta se me dio por pensar que tal vez ni siquiera hubiera hecho falta una anécdota; que hubiera bastado con que alguien —un poeta, un mago, un actor— lograra hacer real, vívida, frente a nosotros, la aparición de la enorme serpiente, para que a su vez nosotros segregáramos de inmediato, como un olor o sustancia, el miedo ingobernable.

Alejado de la impresión, hoy recordé, frente a un puesto de diarios y revistas, una particularidad que sin duda participó y participa de mi largo temor y de su encarnación zoológica. A mi madre la atraen desde siempre los horóscopos. Su curiosidad a veces ha tomado la forma de un discreto pero fervoroso conocimiento. Esto hizo que me enterara ya desde muy chico de que yo era serpiente en el horóscopo chino. Por muy pocos días, en realidad. Por muy pocos días no había sido caballo; por muy pocos días, entonces, me representaba para siempre en aquella fábula el arrastrado y aborrecible animal. Sin embargo, en mi distraído desprecio hacia los astros, nunca supe a qué elemento pertenecía; si soy yo una serpiente de metal, de fuego, de madera, de aire o de tierra ●



LAURA WITTNER

LOS CHICOS JUEGAN EN LA PLAZA

Más atrás siluetas juegan tenis.
Todavía más atrás está el zumbido
que se eleva desde algún fluir de tránsito.
Y más atrás el paredón
irregular de los edificios caros
de los cuales a esta hora sólo uno
y sólo en los dos pisos superiores
retiene luz de sol, bastante aguada.
Ahora, fijate lo que pasa:
de entre la ronda de pinos que son tu primer plano
alguien, un pájaro, rompe a trinar
a todo lo que da,
con desafío y con oficio:
es breve lo que emite, y eficiente.
Si estabas con la vista sobre el libro
al mirar hacia arriba entendés de un tirón
qué es lo que imanta esas capas superpuestas
de urbanismo irreal que te contienen.
Cómo es que no se desmoronan
estrato por estrato dejándolos a ustedes
desnudos en mitad del escenario.
Pero entender fue tan fugaz
como el grito del pájaro.

LO LUMINOSO QUE SE VE DE NOCHE

En las épocas míticas salía sola de noche:
salía al patiecito y pisando la maceta
trepaba hasta la medianera y me sentaba
a interrogar los cielos desde lo más profundo
del corazón de Villa Crespo. Porque si antes
las estrellas señalaban el camino en el mar
tal vez ahora esta galaxia de neones,
resplandores de hielo, ventanucos de baño,
rayos móviles provenientes de ferias,
la cautivante sincronización
de las luces de pasillos de edificios
pudiera sugerirnos variar unos centímetros
el recorrido, a ver dónde llegamos.

Un helicóptero en un cielo negro
es su luz blanca y su sonido jadeante.

No por urbana la luna es menos poderosa.

Últimamente veo desde mi balcón
algo como una grúa inmensa,
una viga infernal que, paralela al cielo,
se encaja entre edificios altos
como dispuesta a rearmar el panorama,
delimitada por dos luces fatuas:
punto rojo en un extremo, y en el otro
la extrañeza hecha luz: un rectángulo verde
fluorescente, imposible de entender: de día
parece una pantalla que proyecta
en continuado y para nadie, y de noche
refulge en el centro de su hueco
evocando desplazamientos mudos
que hablan de lo difícil que es fijar impresiones.
Refulge desde allí como un dios verde
de Philip Dick, con resabios de Lem.

Borges, Kafka: el sueño y la pesadilla

LUIS GUSMÁN

LO PRIMERO que quiero aclarar es que me he alejado de una figura que en este tema siempre está disponible: la alegoría. Sí, brevemente me he de referir a las coincidencias entre algunas afirmaciones de ambos, pero que nunca llegan a ser definiciones porque estos dos escritores, aunque con estilos diferentes, siempre se distancian de reducir la literatura a una definición.

Tanto Borges como Kafka tienen un *corpus* sobre los sueños. De Borges tomé dos textos, el primero su prólogo al *Libro de sueños*, que es una recopilación a través del tiempo y en distintos registros de textos literarios y filosóficos; también de mitos, fábulas y leyendas históricas. El segundo es la conferencia titulada «La pesadilla», que es su exposición más extensa y orgánica sobre el tema, incluida en su libro *Siete noches*.

En Kafka podemos citar una frase que aparece anotada en su *Diario* y que la imaginó como el comienzo de su novela *El proceso*. La frase es: «Josef K. soñó»; así como también la primera página de su *Diario*, que comienza con un sueño con la bailarina Eduardova; en ambos casos la referencia es para certificar la importancia que le concedía a los sueños.

Con esto quiero decir que los sueños y las pesadillas ocupan un lugar importante en la obra de ambos. Tampoco me voy a referir al lugar que los sueños tienen en su universo ficcional o novelado. En Borges, no me refiero, por ejemplo, a su cuento «Ulrica», o a su poema «La pesadilla».

Podemos decir que fue una diablura o una fatalidad de la lengua la que produjo la siguiente coincidencia. En la antología del *Libro de sueños*, en el sueño de Caedmon, transcrito por Borges, lo que importa es que Caedmon profetizó la hora en que iba a morir y la esperó durmiendo. Podemos decir: durmiendo y soñando que se moría. Ese texto titulado «Caedmon» lleva la firma de Borges y a continuación está un fragmento de un sueño de Kafka bajo el título «Conviene distinguir», perteneciente a *Cuadernos en octava*, con fecha del ocho de febrero de mil novecientos diecinueve. El título otorgado

al fragmento del sueño es justo, porque Kafka trata de distinguir el sueño del mandato. Dejemos la contigüidad en manos de los dioses o de los editores. Quizás el sueño de Caedmon pertenezca a esa categoría, para mí difícil de clasificar, de los sueños inventados por el sueño, como dice Borges. Tal vez, cuando sueño que estoy soñando y me despierto dentro del mismo sueño. Cuando formulo la manera «dispersa» o fragmentaria en que los sueños aparecen en la obra de Borges o de Kafka los quiero diferenciar de libros como los de Bertrand Russell —*Pesadillas de personas eminentes*—, o *El diario de sueños*, de Graham Greene. El caso de Greene es notable porque el autor cuenta que, siendo muy joven, llevó a cabo un análisis con un psicoanalista jungiano que le impuso como método que anotara sus sueños en un libro de contabilidad, esos libros de doble entrada. Del lado de la columna del debe escribía el sueño que había tenido, y del lado de la columna del haber las asociaciones que le imponía el sueño. Tenía un plazo: cinco minutos. Tiempo que el analista controlaba rigurosamente con un reloj de bolsillo. Un día, entre avergonzado y apenado, el joven Greene le confesó que no había soñado nada. Es posible que, para alguien tan preocupado por la palabra y por la confesión, la tarea haya sido una pesadilla. El psicoanalista le respondió: «Entonces invéntelo». Podemos decir que de ese sueño no soñado nació un escritor llamado Graham Greene.

BORGES

Lo primero que Borges indica es que hay distintas maneras de soñar. Como si uno dijera: según las épocas hay distintos soñadores. Por ejemplo, los sueños en la Edad Media eran entre alegóricos y satíricos, seguramente tenían que ver con cómo se interpretaban los sueños en ese periodo. En tiempos más modernos, sitúa, para mí inesperadamente, los de Kafka en continuidad con los de Lewis Carroll como «puros juegos». Es cierto que en Kafka hay más de un sueño en que él se detiene en los retruécanos del sueño y otros en los que le cuenta a su interlocutor las palabras que le han llamado la atención en el sueño. Voy a citar el punto de partida quizás más convincente para lo que quiero indicar. Es el ensayo de Borges sobre el *Vathek*, de William Beckford. El texto toma como punto de partida una broma que Oscar Wilde le atribuye a Carlyle, una biografía sobre Miguel Ángel que omitiera toda mención de las obras de Miguel Ángel. Es decir, a partir de los sueños de un hombre se puede hacer su biografía. En otro fragmento del mismo ensayo, Borges afirma que «no es inconcebible una historia de los sueños de un hombre; otra de los órganos de su cuerpo; otra de las falacias cometidas por él...». Es decir, no imagina la biografía como una totalidad: «Tan compleja es la realidad, tan fragmentaria y tan simplificada la historia,

que un observador omnisciente podría redactar un número indefinido y casi infinito de biografías de un hombre, que destacan hechos independientes, y que tendríamos que leer muchas antes de comprender que el protagonista es el mismo». Ésta es *la primera coincidencia* entre Borges y Kafka respecto a los sueños: el lugar que tiene un sueño en la biografía de un hombre.

La segunda coincidencia responde a la pregunta: ¿qué sucede al despertar? Borges mismo nos proporciona una respuesta: «Sucede que, como estamos acostumbrados a la vida sucesiva, damos forma narrativa a nuestro sueño, pero nuestro sueño ha sido múltiple y simultáneo». Pero al despertar —dice Borges—, nuestra memoria del sueño ya le puede dar a un sueño simple una complejidad que no tenía, que no le pertenece. Y agrega: «modifico los hechos, ya estoy fabulando».

Tercera coincidencia: ¿en qué espacio estamos cuando soñamos? Quizás, dice Borges, estemos en el cielo o en el infierno, y pasa del *estar* al *ser*: quizás seamos alguien, alguien de lo que Shakespeare llamó «la cosa que soy». Podemos agregar: la cosa que soy cuando sueño.

El otro punto espacial de coincidencia con Kafka es el espacio teatral. Por lo tanto, el sueño es una especie de representación teatral. Para argumentarlo, Borges cita un ensayo de Addison en *El espectador*, en el que dice que el alma humana, cuando sueña desembarazada del cuerpo, es a la vez el teatro, los actores y el auditorio.

También en su conferencia «La pesadilla», Borges afirma que los niños y los primitivos, al no distinguir bien entre la vigilia y el sueño, creen que el sueño es un episodio de la vigilia; al revés, los místicos postulan que toda la vigilia es un sueño.

Pero al despertar —dice Borges—, nuestra memoria del sueño ya le puede dar a un sueño simple una complejidad que no tenía, que no le pertenece.

Cuarta coincidencia. Para Borges, la dificultad de los sueños reside en que no se puede acceder directamente a ellos, por eso habla de la memoria de los sueños. Quizás debió incluir su olvido. La deformación la incluye cuando cita a Carroll; ya suponemos sus palabras-valija, y que cuando despierto y lo recuerdo, ya estoy fabulando. Entonces Borges cita a Sir Thomas Browne, quien creía que nuestra memoria de los sueños es más pobre que la espléndida realidad. Pero, al contrario de la postura de Browne, los sueños pueden mejorar la realidad. Es posible que el suyo sea el contraejemplo, porque habitualmente se interpreta al revés. Entonces, ¿cómo cuento un sueño? Puedo estar fabulando, puedo olvidarlo. Ese poco de realidad del que hablaba Breton. Pero aquí viene la cuarta coincidencia entre Borges y Kafka, lo que sucede posterior al despertar: es que el sueño necesita ser contado: «posiblemente sigamos fabulando en el momento de despertarnos y cuando después lo contamos».

Quinta coincidencia. Borges trata de situar el espacio entre el sueño y la vigilia después del despertar: «Si pensamos que el sueño es una obra de ficción (yo creo que lo es), posiblemente sigamos fabulando en el momento de despertar y cuando después lo contamos». El sueño, cuando lo vuelvo a contar, ya no es el mismo. En el prólogo al *Libro de sueños*, Borges afirma que tomar literalmente la metáfora de Addison supone aceptar la tesis, atractiva pero peligrosa, «de que los sueños constituyen el más antiguo y el no menos complejo de los géneros literarios. Ya que esta tesis podría justificar la composición de una historia general de los sueños y su influjo sobre las letras».

Borges, citando a Addison, dice que, de todas las operaciones de la mente, la más difícil es la invención; y aquí viene la afirmación borgeana que sitúa al sueño del lado de la ficción: «Sin embargo, en el sueño inventamos de un modo tan rápido que equivocamos nuestro pensamiento con lo que estamos inventando». Es decir, lo que en su ensayo «Indagación de la palabra» llamó «la fatalidad de la lengua, humilladoramente el pensar». En los equívocos de la lengua se inventa el sueño. A lo que podemos agregar: el trabajo de la memoria y el hecho de contarlo.

LA PESADILLA

Borges elige, para hablar de la pesadilla, la figura del íncubo, basándose en la pintura de Fuseli *The Nightmare*. El cuadro muestra a un íncubo sobre el pecho de una joven que está soñando en una posición abandonada y lujuriosa, poseída por ese demonio. También ese extraño ser da la idea de peso, cuya opresión sobre el pecho del soñante produce la pesadilla. Finalmente esa presencia ominosa no es más que un remedo del demonio, que toma la forma de un demonio masculino, descendiente de un ángel caído.

Borges afirma que la pesadilla es una representación, creo que es por la

importancia otorgada a la figuración en el cuadro de Fuseli.

En el prólogo al *Libro de sueños*, Borges sitúa a la pesadilla como diferente del espanto, y de los espantos, capaz de infligirnos la realidad: «Las naciones germánicas parecen haber sido más sensibles a ese vago acecho del mal que las de linaje latino, recordemos las voces intraducibles *eery weird, uncanny, unheimlich*. Cada lengua produce lo que precisa». *Unheimlich*, lo siniestro. Es decir, el sentimiento que nos produce cuando aquello que era familiar de pronto se vuelve extraño. Con este ejemplo, Borges anuda de manera ineludible la pesadilla a un fenómeno de la lengua. Y agrega, *nightmare*, el nombre inglés de la pesadilla, significa para nosotros: «la yegua de la noche».

Hay otra vertiente —dice Borges— en que *nightmare* podría estar relacionada con *Märchen*. Con lucidez borgeana, con esa fatalidad de la lengua, Borges encuentra que la palabra alemana *Märchen* significa *fábula, cuento de hadas, ficción*. Luego prosigue en su búsqueda y dice: *nightmare* sería ficción de la noche. Otra vez un género anudado a la lengua.

Por ese mismo camino, el laberinto de la etimología llega a la palabra *Alp*: «En alemán tenemos una palabra muy curiosa: *Alp*, que vendría a significar el *elfo* y la opresión del *elfo*, la misma idea de que un demonio inspira la pesadilla». Por la vía del *Alp* se acerca inesperadamente a Joyce, quien en *Finnegans Wake* habla del laberinto *night/maze* y pesadilla es *nigth/mare*. Borges decía, a su vez, que sus pesadillas estaban pobladas de laberintos. Joyce decía que el *Ulises* era el libro del día y que *Finnegans* era el libro de la noche, del sueño. Recordemos que la novela cuenta la historia del re-despertar de su personaje: Finnegan. La famosa frase joyceana «La historia es una pesadilla de la que no podemos despertar» es el otro hilo en esa pesadilla que tiene un nombre: ALP, Anna Livia Plurabelle.

Resumo las coincidencias entre Borges y Kafka. 1) El aspecto biográfico del sueño; 2) el despertar; 3) en qué lugar estamos cuando soñamos; 4) la necesidad de contar el sueño; 5) el sueño es una obra de ficción.

Que haya coincidencias no excluye encontrar en ellas diferencias en el tratamiento que Borges y Kafka hacen del tema.

KAFKA

Primera coincidencia. En la relación entre los sueños y la biografía. En Kafka, tanto en su diario como en su correspondencia, los sueños no son un dato más. No sólo los anota, sino que escribe sobre ellos a sus corresponsales. En una anotación de su diario: «Escribir una autobiografía sería una gran alegría porque progresaría con la misma facilidad que la escritura de los sueños».

Segunda coincidencia. ¿A qué realidad me despierto de un sueño? Es una pregunta que, como vimos, atraviesa el recorrido borgeano sobre el tema,

pero Kafka se hace una pregunta similar: «Luego me desperté, pero no había sido ni un dormir ni un despertar verdadero». Lo que Borges formulaba acerca de la confusión entre los sueños y la vigilia. Kafka prosigue hablando de su despertar: «Y desde ese momento, durante toda la noche hasta cerca de las cinco, sigo en ese estado durmiendo en realidad pero al mismo tiempo despierto por la presencia de vívidos sueños. Duermo de mi lado, por así decir, mientras yo mismo lucho con mis sueños... Cuando me despierto, todos los sueños me rodean, pero me cuido de recordarlos».

Kafka se despierta a una realidad amenazante.

Tercera coincidencia. En Kafka hay un espacio privilegiado de los sueños, que es el teatro. Sus sueños son una verdadera representación dentro de la representación. La obra representa en sueños el espacio escenográfico en que el soñante juega al mismo tiempo el papel de actor y espectador, y el del decorado: público y actores, plateas y escenarios se confunden. Kafka escribe en su diario el nueve de noviembre de mil novecientos once: «Soñado anteayer. Ocurría todo en un teatro, unas veces estaba yo arriba en el gallinero, otras en el escenario».

Cuarta coincidencia. El sueño necesita ser contado. Se lo escribe a Felice en una carta: «¿Quieres entonces que te cuente el sueño viejo?». También en otra carta a la misma interlocutora: «Quiero contar sintética y superficialmente, aunque éstos sean sueños complicados y repletos de detalles que continúan amenazándome». Pero, ¿por qué Kafka necesita contar el sueño? En una carta a Milena —es el sueño que recopila Borges en el *Libro de sueños* con el título «Conviene distinguir»—: «¿Por qué comparas tu mandato interno con un sueño? ¿Acaso lo encuentras absurdo, incoherente, inevitable, irrepitable, fuente de alegría o de terrores infundados, incomunicables en su conjunto y, a la vez, ansiosos por ser relatados, como es precisamente un sueño?». El sueño no es sucesivo, no es narrativo, o en todo caso es otra narración diferente, más absurda, más inconexa, menos lineal. Pero, narrativo o inconexo, necesita ser contado.

Quinta coincidencia. La comparación entre el sueño y la autobiografía es porque ésta progresa con la misma facilidad que la escritura de los sueños. O sea, los sueños son autobiográficos —no hay forma de que no lo sean— y pertenecen por lo tanto a un «género literario». Pero recordemos que Borges advertía que no se trata de una historia general de los sueños y su influjo sobre las letras.

LA PESADILLA

Kafka tiene sueños pesadillescos. Por ejemplo, el de un perro acostado sobre su cuerpo con una pata cerca de su cara. ¿Esta figura se parece por su opresión al íncubo de Fuseli? Lo que confirma lo pesadillesco del sueño es que al despertar hay un temor a volverse a dormir, cerrar los ojos y volver a verlo. También sueña con el torso de una mujer de cera que le oprime el pecho. Sueña que está durmiendo sobre un durmiente de las vías del ferrocarril y un tren le pasa por encima. Kafka cuenta otro sueño en que su cuerpo es despedazado por un ancho cuchillo de carnicero con una regularidad mecánica que nos recuerda el mecanismo de la máquina de *La colonia penitenciaria*.

Creo que, de alguna manera, estos dos escritores le otorgaban al sueño un carácter ficcional. Un cuento oral o escrito fue inventado para ser contado. Un sueño fue soñado para ser contado. Pero creo que ambos le daban mucha importancia al espacio donde ocurría el sueño. En Borges, el sueño «La prueba», que recopila en el *Libro de sueños*: Coleridge vuelve con una rosa como la prueba material de que en su sueño verdaderamente ha atravesado el paraíso. El otro aspecto, la importancia concedida al despertar, bajo la pregunta de ¿a qué zona indefinida entre el sueño y la vigilia, a qué realidad, despierta el soñante? A partir de estas preguntas pude hacer confluencias y divergencias entre el universo borgeano y el kafkiano. Tal vez porque Kafka ha sido sometido a una lectura más pesadillesca de la realidad, mientras que sobre Borges ha pesado una lectura más laberíntica, ya que sus sueños han quedado más del lado del mito y de lo fantástico que de lo ominoso •



El puente de Brooklyn

JAVIER FOGUET

Un dios desconocido, «El torbellino»,
nos espera en la rampa de los taxis
del aeropuerto. *Cuando llueve así*
es que todo ha terminado,
recita el dios y baja la ventana
para tocarnos el rostro,
a nosotros que vamos juntos,
nubes por delante y la tierra.
Padre sigue la bruma señalada
por madre en los cabellos de un poeta
sin terminar.

Quiero,
mañana, que me expliques
cómo es avanzar
bajo-bajo tierra
y encontrar de pronto, aún más abajo,
el techo de música del río.
Nada de puentes hoy. Pues ha llovido, llueve
un inspirado apocalipsis.

Las nubes sobre Mariëtzinka

[fragmento]
JULIÁN LÓPEZ

ENCONTRAMOS a Gudmundsdottir a orillas del Tzäcjara, en las postrimerías de una tarde particularmente saturnina. Caminábamos con Blavatzky, de regreso de su clase de neurofisiología aplicada, y de pronto lo vimos, acucillado sobre la hierba escarchada, con las puntas de su atuendo miserable tocando el agua, la expresión tranquila y la mirada sobre una de esas magníficas hormigas de vientre tornasol. No soy un naturalista, profesión respetable y muy en boga en nuestros días, pero supongo que no me excedo si afirmo que debía ser una reina porque sextuplicaba en tamaño a las demás y, mientras enfrentaba la mirada del hombre con el orgullo del que sólo son capaces los parásitos, balanceaba su vientre hacia un lado y hacia otro. Al momento en que su abdomen alcanzaba el límite de cada lado, dejaba caer, desde el orificio en el confín de su cuerpo, gotas de un líquido que, aunque viscoso, era de un rojo traslúcido y solidificaba al tocar el suelo.

Luego de unos minutos, a los costados del insecto se amontonaban dos piloncitos de perlas color carmín que semejaban rubíes desengarzados sobre el almohadón pálido de la nieve.

Resultaba una vista muy interesante: mientras las obreras negras seguían la labor, frenéticas en su obediencia, la majestad, soberbia en un diseño retráctil, parecía afrontar el virtual encuentro de los mundos con la parsimonia y la dignidad de los que se saben únicos.

Estaba absorto en esa imagen cuando Blavatzky me chistó solapadamente y, con repentino acuerdo tácito, nos acercamos al miserable, lo tomamos de las axilas y lo cargamos presurosos para sacarlo de allí.

En las maniobras para levantar al reo, y por la necesidad de una acción económica, no tuve más remedio que apoyar el talón sobre la hormiga. Aun así traté de pisar de modo incompleto para que el taco de mi bota no destruyera totalmente esa constitución magnífica.

No resultó: las patitas se desencajaron del cuerpo, que agonizaba de dolor y daba cuenta del suceso mediante espasmos que hacían ver al organismo como un signo interrogante.

Fue un episodio lamentable, pero refrendó una vez más mis creencias: si bien es cierto que la naturaleza es la manifestación de lo divino, también puede ejercer una fascinación maligna y hacernos evadir de nuestro verdadero compromiso: el hombre doliente.

Cargar el cuerpo y subir la pendiente del río hacia la carretera no resultó para nada sencillo, Gudmundsdottir pesaba toneladas y no parecía dispuesto a colaborar, además debíamos ser precisos en orden de evitar encuentro con la mirada indiscreta de algún comedido.

Una vez en el camino tomamos un coche de alquiler y nos dirigimos al laboratorio, donde, como siempre, nos esperaba Ávida.

El viaje junto a nuestra prenda fue del todo agradable, Blavatzky la bautizó como Gudmundsdottir —un sacramento demasiado ejecutivo para mí— porque su cara le recordaba a las secciones del cadáver de un liliptiense que había examinado y era la mascota de la morgue en sus prácticas en el hospicio de Sventrishveka.

Para mi solaz me dispuse a mirar por la ventanilla: la vista de los lejanos Blezinketz Pögrum en esta época es de un romanticismo glorioso y ese aire florado de la tarde fue toda la invitación que necesité para reflexionar acerca de los acontecimientos recientes.

La clase de Blavatzky había resultado nada más que lo esperable, una teoría que es cúpula de lo sublime pero una práctica decepcionante; no existe en la población general verdadera conciencia de la necesidad de privilegiar las ciencias médicas.

Es cierto que no es posible ir más allá de lo que los avances nos permiten, ya quisiéramos abrir cuerpos vivos y no solamente estudiar la fisiología de los muertos, fluidos que quedan secos, impulsos eléctricos inexistentes, vísceras corruptas, en fin, respuesta nula.

Los tropezones del camino dificultaban el normal desarrollo de mis pensamientos pero, a la vez, contribuían a evitar que me sumiera en desasosiego.

Cuando llegamos a la puerta de la calle Kraft-Ebing, pagué al cochero y el olfa, sin decir agua va, saltó del coche y se plantó sobre el umbral indicado con una expresión que, de haber sido uno de los nuestros, no hubiera dudado en calificar de sorna.

Ávida ya estaba allí, aguardaba detrás de la puerta como de costumbre, adelantándose a cualquiera de nuestras necesidades; abrió y nos invitó a pasar sin pronunciar palabra y sin exagerar ninguno de sus entrañables gestos.

Una vez adentro nos dirigimos al cuarto del subsuelo que se convertiría en el hogar del enfermo, bajamos la escalera de piedra en un silencio también pétreo. Ah... disfruto como de un ritual asistir al sitio en el que honramos al conocimiento, en esa ausencia de palabras que resalta la contundente presencia del deber, de la ciencia.

Ya en el laboratorio me conmovió algo que hasta podía respirarse, la invaluable contribución con que el sexo femenino hace mejor la vida de los hombres. La mujercita había encendido la estufa y, sobre los leños dispuestos prolijamente y que ardían con notable prudencia, una marmita de hierro prometía una sopa que ya entonaba su canon de burbujas embriagantes.

Ávida se disponía a servirnos cuando Blavatzky la chistó severo, ella me dirigió una mirada suplicante pero mis ojos le hicieron comprender que la admonición no se debía a falta alguna sino a la firmeza del hombre que sabe lo que hace. Obediente, la mujer retrocedió y permaneció callada detrás de nosotros.

Cucharón en mano, Blavatzky sirvió un tazón sobre el que desmigajó un octavo de hogaza y lo depositó en una esquina de la mesa. Me miró de soslayo y comprendí perfectamente el gesto, la asertiva decisión del hombre de ciencia: íbamos a esperar al espécimen en su idiosincrasia.

Es mi deber aclarar que en nuestro ideario, las herramientas morales con las que los estudiosos templamos nuestros recursos más nobles, no caben ni la crueldad, ni la humillación, más allá de la firmeza que eventualmente se impone para echar luz sobre las sombras de la enfermedad, de la desgracia.

Aunque era demasiado pronto para recursos de ese tipo, me confortaba saber que por esos días la comunidad médica recomendaba encapuchar a los pacientes que se prestaban al registro fotográfico. Que aparezca el organismo y su deformidad ensalzada en la placa, pero no el rostro que carga el peso de lo monstruoso, es prueba de la compasión con que la Academia traza su ruta en pos de la cura de los males de la humanidad.

Asimismo recomendábase suprimir los nombres propios. Esta medida, tendiente a preservar la intimidad del enfermo, completa un riguroso órgano de disposiciones para un mundo que se moderniza a la velocidad de constantes descubrimientos.

De esa manera, las láminas figurativas, recurso invalorable para la difusión y enseñanza de los progresos en el universo médico, quedan conformadas por fotografías de cuerpos desnudos, descabezados por la caperuza y anónimos.

Es fundamental también que nuestro cuerpo colegiado se avenga claramente a preservar la sensibilidad de los aspirantes. Una educación que ofrece un cúmulo de rostros y de nombres de personas sumidas en desgracia

puede, más tarde o más temprano, corromper la llama que enciende el impulso del joven varón llamado por la ciencia.

La decisión de curar supone, debe suponer, que el cirujano fundamente su formación a la luz del más excelso conocimiento. Sin embargo, y en orden de forjar a fuego el espíritu del galeno inexperto, es necesario nutrir su costado menos sofisticado y fortalecer la decisión con que también el carnicero muestra su poder resolutivo y desbarata la organización muscular del cerdo.

En ese sentido, es imperioso concentrar la atención sobre pústulas, malformaciones congénitas, escoriaciones supurativas, fiebres de índole perversa o sexual, así como la inacabable diversidad de apariencias con las que suele presentarse la putrefacción.

Jamás como antes estuvo tan claro que el futuro es un punto que se deja ver a medida que avanzamos, mancomunados y decididos, en la línea que se traza natural ante nosotros.

Mientras mi colega encabezaba la aún azarosa investigación, yo me distraje un momento mirando los detalles del cuarto. La mano de Ávida podía reconocerse en cada cosa, la ubicación de cada objeto parecía calibrada por el don de quien conoce naturalmente el intrincado arte de la mesura. Daba miedo moverse allí, sentíase uno aturdido por la acechanza de la propia torpeza, como si cualquier acto pudiera descompensar esa báscula inmaterial que era gobierno del laboratorio.

Los chistidos insistentes de Blavatzky me trajeron de vuelta a la tarea: Gudmundsdottir se había ubicado frente al tazón y lo miraba hipnotizado pero no se movía, no atinaba a saciar más que sus ojos, la idea de la sopa parecía conformarlo, era absolutamente sorprendente, desconcertante.

El cuadro evocaba un cierto paisaje infantil, el olor, sin embargo, era una contrapartida repugnante: el tufo del Tzácjara lo impregnaba todo desde el abrigo del enfermo y en lo hondo del laboratorio resultaba inextinguible.

Para precipitar alguna contingencia se me ocurrió acercar una cuchara al costado del cuenco de sopa junto a la mano del anómalo, un recurso que, por lo lacónico de su expresión, supe que Blavatzky no aprobaba.

Mi colega es un verdadero purista: escoge siempre la carretera más larga, desecha sin miramientos los atajos y repudia la ansiedad por resultados con los que, según él, la medicina moderna equivoca el rumbo.

Concertada o no, la acción, salvo por un leve suspiro del transgresor, no pareció modificar los hechos en modo alguno. Blavatzky me hizo una seña y sirvió dos tazones más de sopa, tomó el pan y dispuso todo sobre una

bandeja de madera; señal inconfundible de que la jornada había concluido y que dejaríamos a Gudmundsdottir descansar hasta la mañana siguiente.

En nuestras acciones de fin de labor: tomar sucintas notas de lo acontecido, organizar los enseres para el próximo día e intercambiar alguna opinión para nada concluyente, Blavatzky me propuso que pernoctara en la casa y Ávida prometió una copa de ese aguardiente de guindas bávaras del que siempre guarda una botella. Acepté todo de muy buen grado y la amabilidad de ambos fue un gesto que, si bien esperaba, me confortó con creces.

Cuando estábamos por atravesar el umbral escuchamos una palabra, diría más bien una organización vocal incomprensible, claramente dirigida a nosotros. Nos dimos vuelta. Ávida, atemorizada, se encaramó detrás de Blavatzky y yo quedé un poco más atrás pero me ubiqué de modo de ser visible ante el que volvió a hablar.

—Sindri —dijo, y sonrió.

Luego de eso metió la mano derecha en el bolsillo izquierdo de su abrigo, avanzó unos pasos, me enfrentó sonriente y extendió la mano ante mí. De su palma cadavérica cayeron al suelo aquellas mostacillas escarlata que secretó la hormiga reina y que en no sé qué momento el olfa pudo haber recogido.

Entre asombrado y confundido busqué la mirada de Blavatzky, que lucía contrariado. Desde atrás, Ávida alzó la vista y me entregó la ventura de sus ojos. Por la sutil aprobación que ofrecían esas pupilas, como nubes delgadas desliándose en el cielo vaporoso del atardecer, pude recobrar la confianza.

—Sindri —repitió mirándome fijo, la mano roja delante de mí y una ternura que logró conmoverme.

Ávida sacó una manta del armario y, en un gesto de sorprendente gallardía, se acercó por detrás y envolvió a Gudmundsdottir con pasión de madre. Fue un exquisito final de día y, por cierto, el gesto de la mujer, otra vez, concedió con sapiencia lo que era necesario •



Familia de vidrio

FERNANDA GARCÍA LAO

Esto que me atraganta se llama miedo. Y lastima a la altura del estómago. Hierde por vos. Tengo terror a la distancia. El estómago se endurece y se cierra. Soy dura en el centro de mí. Tu ausencia persevera, me aturde. La deserción es una víbora. Clama por devorar el terror y lo único que logra es encerrarlo. El terror cerrado no deja entrar a la víbora que debe comer alrededor. Sólo queda el miedo.

Desde que no estás, soy un ateneo abandonado. Para qué estas tetas, estos pezones. Sin vos, mi infraestructura no tiene razón. Me tiembla el cuerpo. El abismo se produce cada vez que la sangre sube o baja. El abismo es el cuerpo. Una sustancia hecha de fluidos que se turnan para chocar.

Intento satisfacerme pero no me sale. Ni un asomo de deseo por acá.

*

Salgo a dar una vuelta cuando la luna ya no es roja. Hay gente dormida en la calle. Los pobres de todas las noches y los observadores que salieron aferrados a sus cámaras. El barrio está sucio. Hay basura, pero todos miran al cielo.

Me tropiezo con una pierna dura y caigo junto a un montículo de residuos. Insulto al dueño y entonces descubro que la pierna no es humana. Un maniquí en mal estado es el propietario. Encuentro su torso más allá, y la otra pierna. La cabeza entera, pero faltan los brazos.

Si hubieras estado conmigo nos habríamos reído, pero no estás. Así que llevo al deshecho y lo armo en casa como un puzzle, mientras el agua hierve para un té. Siento que a él y a mí nos iguala la desgracia. A las tres de la mañana, le paso la manguera en el balcón. Es un poco más alto que vos. Queda secando toda la noche.

*

Por primera vez en la semana, duermo sin pensar en el miedo. Pero me despierto sofocada. Sueño lisérgico. Mi oreja izquierda crecía y se hacía pupila. Un ojo amarillo, que veía para sí. Se cerraba y se abría, serpenteaba. Me despierto dolorida. Voy al baño a mirarme. Dos ojos, como siempre.

Me acuerdo del tipo que dejé secando. Levanto la persiana y lo encuentro sonriendo. El sol le da un brillo especial a sus nalgas. Dan ganas de reflejarse ahí. Buen día, le digo. Me sale sin pensar. Lo entro y lo acomodo junto al teléfono para que parezca natural. No puede sentarse. Tiene rodillas pero no articulaciones. Y entonces, cuando termino de acomodarlo, llámás.

No estoy sola, te digo. Llámame luego. Vos me cortas y Henri me sonríe. O algo así. Esa intención de sonrisa dispara su nombre y decido ponerle anteojos. Los tuyos. Seguro que era eso lo que querías. No decirme algo tierno. Tus palabras pueden ser adivinadas antes de su generación mental. Llegan viejas a mi oído.

*

Salgo a comprar, Henri se queda. Está desnudo. Pienso en su estilo, qué debería vestir. Siempre quise un tipo elegante en casa, así que voy a complacerme. Un vendedor me asesora y regreso con bolsas. Como no tiene brazos le meto las mangas hacia adentro.

Dos mensajes en el contestador. La luz titila y pienso en los primeros días con vos. Cuando esa intermitencia estaba asociada al amor como una línea de puntos rojos que terminaba en la cama. En tu sexo. Henri ni siquiera tiene testículos. Una breve elevación, nada más.

Le pongo el pantalón que le compré y no los calzones. Me parece un poco inútil esconder lo que no existe. Con él no voy a caer en el juego de la mentira. Voy a ser distinta. Y buena.

*

De pronto, me sorprende cantándole en francés. Entiende perfecto, pero no dice nada. Vos tampoco hablabas y no estoy segura de que llegaras a comprender el castellano. Te conté mi vida al principio pero sólo esperabas las pausas para tocarme. Cada coma era un centímetro de deseo. Me chupabas los pezones como una mascota hambrienta. El contenido de mis recuerdos nunca te interesó. Mi presente tampoco.

Podía decirte cosas como Mi madre consultó con un técnico por la osamenta que ha florecido en su corteza cerebral, y recibir un Uh, qué cagada, como toda respuesta. Esos comentarios desplazados del sentido, inusuales y ridículos, se transformaron en nuestras conversaciones cotidianas.

Mi deseo está recortado a la altura del puente.

Ah, mirá.

Un orgasmo es un ejemplo de duración, cada respiración anula el tiempo.

Sí, hace mucho que no cogemos.

El amor es una categoría de lo muerto.

¿No viste mi tizerita?

*

La camisa le queda apretada. Toco sus dorsales como si fueran otra cosa. Es verdad que el cuerpo de Henri es demasiado rosado. Me gustan los tipos más hechos, de cuero seco. Gente sufrida. Pero desde vos, tengo que aprender a poner en duda mis ideas.

Me restringo sobre el montículo de Henri, pero no pasa nada. Nuestra relación es antilúbrica. La conexión es más profunda, de orden existencial: adoración pagana. Dejo sus pies al aire y no se queja. Así que dormimos hasta tarde. Calculo su signo y somos compatibles. Aire y fuego. Él me enciende. No lo quemo. Mejor no, porque es de fibra de vidrio.

*

Increíble. Te vi espiando mi departamento. El corazón se me puso arisco. Pensé que me moría. Después, tocaste el portero. No te puedo atender, estoy con gente. ¿Estás viviendo con alguien? No te respondí. Fijate si me olvidé los anteojos. Henri negó con la cabeza levemente. Los tenía puestos. Acá no hay nada tuyo, susurré. De pronto, el triángulo me puso libidinosa. Quiero que hablemos. Por ahí la semana que viene.

Cómo nos reímos con Henri. Te conocemos los tonos. Seguro que te fuiste con el banderín parado.

*

Me citaste y fuimos a tomar algo a la vuelta. Tenías los ojos más profundos que nunca, será por andar sin ver. Cuando me rozaste al tomar la copa, sentí una convulsión bien al fondo de mí. Por poco no deposito mis labios en

cualquier zona tuya. Entonces dijiste tu frase. Conocí a otra y nos vamos, no sé a dónde. Me quedé sin escuchar el final. El champán te hizo arder los ojos y no terminaste la idea. Parece que te sacaron los últimos vidriecitos en la cocina del restorán. Pudimos ser felices, te grité, pero no. Preferiste ser hiriente. Amar a alguien que no soy yo cuando yo te quería. Sos un mierda. Así, en masculino.

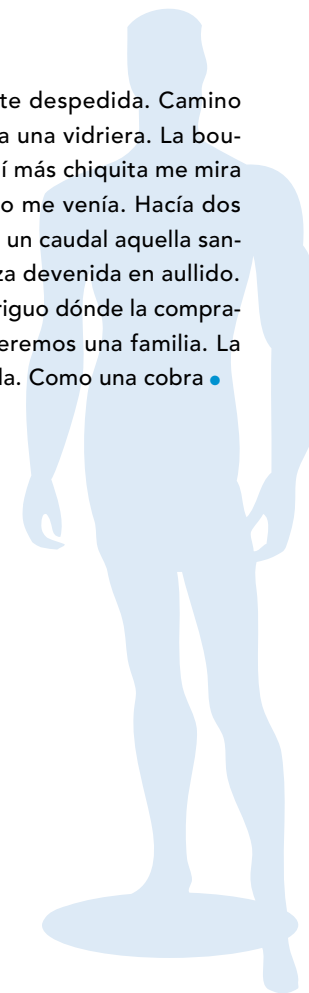
Me fui antes de que llamaran al patrullero.

Otra vez la sierpe, el terror que se desencadena cada vez que me ponés freno. Liberarse del amor duele. Henri me jura que el dolor es absurdo, un concepto humano. Estuvo conmigo toda la semana, consolándome en silencio. No me moví de casa a pesar de las amenazas de la secretaria del instituto. Son los exámenes finales, no puede abandonar a sus alumnos, tomarán represalias.

*

Hoy me depositaron el cheque. Pero estoy formalmente despedida. Camino sin rumbo por el centro y me quedo extraviada frente a una vidriera. La boutique está llena de corazones transparentes y la maniquí más chiquita me mira fijo. Te juro que primero pensé en vos, en la vez que no me venía. Hacía dos semanas que dibujaba caritas cuando se precipitó como un caudal aquella sangre. Qué decepción. Una tristeza excedida. Extratristeza devenida en aullido.

La nenita es encantadora, se parece a mí. Entro y averiguo dónde la compraron. Ya es hora de que Henri y yo encarguemos una. Seremos una familia. La felicidad se ha puesto en marcha, colérica y desenfrenada. Como una cobra ●



Sólo tres

DIEGO ERLAN

TENGO CINCO dedos en una mano y tres en la otra. Mis amigos de la primaria decían que tener menos dedos estaba mal y que los deformes merecen ser castigados por el Señor. No sé de qué señor hablaban. Lo que sí sé es que me daban una patada por cada dedo ausente. Pero mis amigos en la primaria eran quince, es decir que recibía treinta patadas en cualquier parte del cuerpo, incluso hasta en las más dolorosas. Eran quince, y digo bien que eran mis amigos: cada patada reflejaba, de alguna forma, una expresión de afecto, sensación de ser parte de un grupo, el centro que acaparaba la atención de todos los chicos durante los recreos, en medio de la sala, entre los bancos que ellos apartaban para que yo pudiese acomodarme con tranquilidad en el piso de madera, antes de que llegara el maestro de Ciencias Naturales a dictar la clase sobre las mitocondrias. Siempre el mismo tema, siempre con esa vocécita y ese bigote, mitocondrias, decía y entonces me sangraba la nariz. Hágame el favor de ir a lavarse, señor, decía el maestro de Ciencias Naturales, y yo me levantaba del pupitre, caminaba por el pasillo central de la clase con el guardapolvo blanco —en ese momento roto y sucio— y me perdía en lo frío del patio de la escuela en invierno.

UN AÑO DESPUÉS ya no estaba en la primaria ni en mi escuela ni en mi ciudad. El colegio secundario —era colegio y no escuela— me alejó de los amigos y de los golpes. Y quizás por eso me había convertido en una persona taciturna: no me gustaba hablar con mis nuevos compañeros en el ómnibus que me llevaba al colegio cada mañana, aunque las mañanas de invierno aún eran frías y yo recordaba ese patio, ese guardapolvo y la sangre del chico que yo había sido. En el viaje de Vicente López al Centro intentaba dormir apoyado en la ventanilla; por momentos veía las calles húmedas, abría apenas los ojos: la mirada de una mujer se cruzaba con la mía y tenía ganas de mordirme un dedo. Esa ciudad y ese frío me resultaban extraños. Mientras el semáforo cambiaba de rojo a verde, el chofer me veía por el espejo retrovisor. Quizás pensaba cosas raras de mí. En realidad yo no le daba importancia ni al

chofer con cara de dormido ni a mis compañeros de viaje —algunos también imbéciles compañeros de curso— que jugaban a pelear o peleaban, en los asientos del fondo. Adelante, dos chicas hablaban de sus cosas. A ellas sí las miraba. Pensaba que ya eran grandes para comer chupetines, pero no lo decía. Ellas no se fijaban en mí. Yo no me animaba a hablarles. Siempre decía que mañana, siempre mañana les hablaría.

CUANDO UNO PASA del primario al secundario cree que ya es un tipo grande. Que ya tiene responsabilidades, y la única responsabilidad que tiene es aprender a masturbarse como corresponde o, en el mejor y más improbable de los casos, a tener sexo rápido con alguna chica después de una fiesta en casa de algún compañero. Tal vez cogerse a la hija del chofer en uno de los asientos del fondo. Eso debe de ser más fácil. Pero no hay que ser estúpido: coger a los doce años es una mentira que los tíos solterones, ya medio borrachos, relatan en las fiestas familiares. Después, en la oscuridad de la habitación y de mi cama, las contorsiones habituales y, desde luego, palabras que se convierten en imágenes quizás con la ayuda de las fotos de alguna revista de domingo, alguna publicidad de la televisión o la ropa interior de mi hermana colgada en el baño.

En primer año no me invitaban a fiestas. Nadie me conocía, no tenía amigos. La hipótesis de mantener relaciones sexuales con una chica luego de haber bailado algún tema lento de Roxette me resultaba ajena. Además, el guante de la mano derecha no terminaba de disimular mis dedos ausentes. Quizás por eso no se me acercaban las chicas. Quizás sintieran repulsión. Quizás fuera lástima. No les interesaba «el chico nuevo»: sólo-tiene-tres-dedos-vamos-a-ver-cómo-coge.

Ni siquiera eso.

Después del colegio ocupaba las tardes en la televisión: me masturbaba con publicidades y me quedaba dormido hasta las cinco. En esa época escuchaba poca música, cosas extrañas que pocas veces pasaban en la radio, y no tenía plata para comprar discos. Me gustaba Charly García: mi hermana tenía un *casette* grabado con el disco *Cómo conseguir chicas*.

En el colegio nuevo nadie me pegaba y a los tres meses comencé a extrañar los dolores, las cicatrices, ser el centro de atención. Papá tampoco me pegaba, contento con su nuevo trabajo en una empresa de tecnología. Incluso a veces lo veía llorar frente a una fotografía de mamá en el portarretratos de su mesa de luz. Sofía, mi hermana, siempre fue diferente. Ella nunca me pegó y además, en la ciudad nueva, disfrutaba de las nuevas amistades que le había regalado su nuevo colegio. Con dos de sus amigas se encargaba de organizar la fiesta de egresadas en un lugar que se llamaba Caix. Se hizo amiga de las chicas populares del colegio: lindas, sociales, inteligentes. Me gustaba que se juntaran a estudiar en casa para el parcial de Matemáticas o para el de Física. No se quitaban el uniforme, esas polleritas a cuadros, esas camisas blancas desprendidas en los tres primeros botones. Se quitaban,

quizás, los zapatos para tirarse en los almohadones de la habitación de Sofía. A veces yo abría la puerta para pedir algo, buscaba cualquier excusa: una goma de borrar, un sacapuntas, dónde había dejado la película de la noche anterior. Sofía me tiraba un almohadón o se reía de mí: ojeras por tanto hacerme la paja, decía. Y sus amigas sonreían igual que ella.

EN UNA DE ESAS TARDES encontré una nueva forma de pasar el tiempo: hacer pequeños cortes en mi cuerpo. Utilizaba cualquier cuchillo que pudiera encontrar en la cocina. Una vez estaba en el baño, desnudo, en pleno desarrollo de un dibujo con forma de cruz, cuando mi hermana entró sin anunciarse. Me vio desnudo: un cuchillo en la mano izquierda, sangre en el brazo derecho. No sé qué le dio más impresión, si mi excitación o la sangre que ensuciaba el lavatorio. Por un momento — pude verlo en sus ojos— creyó que intentaba suicidarme, pero pronto comprendió mi nueva forma de diversión, y no me habló durante tres días. Me miraba, y cuando yo la miraba, se ponía a hacer cualquier otra cosa. Sus amigas, de seguro, ya se habrían enterado. Podía imaginar a Sofía encerrada en la habitación mientras relataba, entre lloriqueos y carcajadas, la anécdota de su hermano en el baño. Cuando se juntaban por las tardes, ellas también me miraban con esa forma que tienen las mujeres de mirar cuando algo les resulta extraño, intolerable quizás.

Tiempo después me enteré de que esa historia del baño las había excitado. Pero eran chicas demasiado normales o, como se dice, chicas bien. No les interesaba un pibe extraño que se hacía cortes en el cuerpo. Aunque, y esto lo pienso ahora, les hubiera encantado tenerme como un *break* en el cuarto, desnudo, la música de New Order desde los parlantes y yo, como bien digo, desnudo, bailando para ellas, las cicatrices de mi cuerpo frente a sus ojos, frente a sus polleritas a cuadros que, en la habitación cerrada, no dejan de moverse ni de bailar.

Pero nada de eso ocurrió.

Una tarde, mientras intentaba dormir en mi habitación después de acabar en la ropa interior, escuché que mi hermana abría la puerta. Estaba descalza. Se acercó hasta mi cama, me observó durante unos pocos segundos mientras yo me hacía el dormido, se arrodilló y tomó los tres dedos de mi mano derecha para acariciarlos. Después se los llevó a la boca y besó la ausencia. Me dejó así, con un beso en la mano mutilada. Y soñando las cosas que soñaba siempre me dormí hasta la hora de la cena.

Esa noche, Sofía cocinó una carne al horno con cebolla, pimientos y salsa de soja, receta que a ella siempre le salía bien. Cuando estábamos sentados a la mesa, papá contó que había conocido a una chica del trabajo y que la había invitado a salir. Mi hermana me agarró de la mano —la otra— y la apretó fuerte. Se incorporó, le dio un beso a papá en la mejilla y dijo que nos quería, que aunque nunca nos iba a entender, nos seguiría queriendo. Eso me alegró. Mi hermana es tan linda como mamá.

Eso también me alegra ●

Claudia Schwartz

in memoriam

El oro del té. La página devota. La mano.

Basta el lápiz dejándose guiar

¿qué he visto entre las enredaderas alzarse?

Retrocedo en mi mirada

¿Qué palabra? ¿Qué sonido?

ascendente en arco sobre el agua

ella, fugaz, me saluda desde su sillita de paja

De amor me colma

Y ahora, de nuevo, tan frágil

estoy aquí para decir he visto

hoy mi sentido es ése

¿acaso debería ser sencillo?

Aquí consistencia, ardor, certeza
Aquí vacío, huella, remembranza
Lo único que puedo
frente a la luz incierta de la vela
es escribir la irresoluta carta
que mañana el río
desleerá
Al contacto con el agua
la tinta dibujará fantásticas serpentina
dragones, mis palabras,
temblarán en la superficie
cada vez más transparentes
Y el papel, abstracto vegetal
volverá hacia el limo
ya sin filo
su lento desempeño
de forma y contenido
Por cortejar
la corriente acompañará con frutos
y hojas, pétalos, levísimas semillas
De vuelta al patio
rozaré el joven gajo
que a mi palma recuerda
el porvenir

Electrónica

[fragmento]

ENZO MAQUEIRA

PAPÁ tenía la boca abierta y le caía la baba por el mentón. Mamá lo había convencido de bajar el volumen del televisor, por lo menos, porque papá se ponía a gritar «como si lo estarían fajando» si le cambiaba de canal, dijo mamá. La profesora se avergonzaba de que su mamá dijera «estarían». De eso y de muchas otras cosas que en una época la sacaban de quicio. Había madurado y estaba en paz, empezaba a darse cuenta de que estar mejor educada que mamá no le había servido de nada. Al contrario. Ya bastante papelón con que estemos comiendo y se escuchen esos gemidos, dijo mamá y retiró las sábanas. Te diste vuelta para no mirar, pero el olor a caca se te metió en la nariz. Sabías de memoria la secuencia: mamá levantando las piernas de papá, las piernas de papá abiertas, los huevos colgando, la toallita con perfume de limón sacando la caca. En el televisor dos rubias se tocaban, se pasaban aceite por el cuerpo, un negro las espiaba y se metía la mano en el pantalón.

—Ya está —dijo mamá.

Por lo general papá reconocía a la profesora, pero a veces no registraba nada. Mamá decía que era por la medicación. El negro por fin se había bajado los pantalones y las dos rubias se turnaban para chupársela. Una de las rubias se acostaba en el piso. Tenía zapatos con taco aguja.

—Vuelvo temprano —dijo mamá.

Dijiste que estaba bien. Le diste un beso a tu mamá y esperaste que saliera para sentarte al lado de tu papá y sonreírle. Te sentiste aliviada de alejarte un poco de Gonzalo. El horario era lo de menos. Al contrario: preferías estar muchas horas con tu papá. Pensabas pasar la noche esperando que Rabec apareciera en el celular. Además empezabas a acostumbrarte a que tus viernes hubieran cambiado tanto.

Papá no sacaba los ojos de la pantalla. Te dio vergüenza mirar: la punta del taco de otra rubia se clavaba en el hombro de otro negro que brillaba como

una bola de cristal. La rubia gritaba. En esa posición (las piernas abiertas, los ojos cerrados, la mano acariciándose), había estado la profesora, un viernes, teniendo sexo en un viaje de éxtasis con Rabec.

—¿Podemos cambiar de canal? —preguntó la profesora.

Agarraste el control remoto y pusiste otra cosa. Tu papá se puso a gritar como loco. Está bien, dijiste, dejo la película. La rubia seguía en la misma posición. ¿En qué momento se había terminado todo? Tenía la sensación de que el cambio había sido repentino. Despertarse un día y ser un gusano. Como las mariposas, pero al revés. La habían criado como una princesa, igual que a mamá, a Lorena, a todas las nenas que sueñan con casarse de blanco. Habías elegido el camino de los excesos porque pensaste que así llegabas a la sabiduría. Error. Le estabas limpiando el culo a papá. Tu juventud terminaba como una película de John Waters, oliendo mierda, cambiándole los pañales a un bebé de setenta años. Lo único digno que te quedaba era Gonzalo, aunque eso había dejado de ser amor hacía rato, como te pasaba siempre que te ponías de novia. Apenas empezaba a sentirse cómoda construía ese personaje mezcla de mamita buena y diablo enjaulado. La mamita buena te hacía dejar de lado el sexo. El diablo enjaulado te hacía pensar en todo lo que te estabas perdiendo por estar en pareja. Cómo odiaba la profesora esa palabra. Le sonaba a viejo, de los ochenta, como «macanudo». «Pareja» y «macanudo» iban de la mano con todo lo que había vivido de chica: la República de los Niños, el Itaipark, las películas de Olmedo y Porcel. Había algo de esa época que reconocías como parte tuya, pero era la parte que te estaba arruinando. Gonzalo era suficiente para cualquier mujer. ¿Por qué vos no podías? El típico pelotudazo que le cae bien a todo el mundo. El que las suegras aman. El problema era que habías tomado conciencia de que los años de tu infancia quedaban demasiado lejos, pero en un sentido literal, no como esas frases hechas que una nunca termina de entender. ¿Le habrá dado miedo enamorarse? Otra vez pensabas en él. La profesora tenía que acostumbrarse a que por un tiempo largo ese pendejo iba a aparecer a cada rato. Una calesita con Rabec en el medio, con esa cara de payaso de viernes 13 que pintaban en las calesitas. Viernes 13, había pensado. Encima eso. Estabas hecha una pelotuda cooptada por el imperialismo yanqui. Te habías pasado la vida levantando banderas que se quebraron como cubitos de hielo. Llegar a esta altura para ponerse mal porque un pendejo no te da bola, como si yo no supiera que a la larga todo termina siendo una porquería, dijiste mientras tu papá miraba la película y te largaste a hablar porque tenías que sacarte toda esa porquería de adentro. La profesora ni siquiera sabía si papá la escuchaba. Por eso le contaste todo. Que al principio no estabas interesada porque Rabec era muy chico. Que habías aflojado porque te sentías honrada de tener esa edad y que

un pendejo se fijara en vos. Que hasta la noche que habían tomado éxtasis era una diversión, pero ese viernes te habías enamorado de Rabec. Había sido una boluda, obvio, porque el éxtasis enamora a la gente. Vos misma se lo habías dicho cuando te dijo que quería probar: Tené cuidado que el éxtasis te enamora, pero no te lo creas, es una ilusión. Todo eso le habías dicho, por las dudas, para que Rabec no se pusiera pesado y te trajera problemas. Tenías ganas de llorar. Papá seguía perdido en la película. Eso fue lo más ridículo, dijo la profesora, que al final yo me terminé enamorando. El cazador cazado. Cuando se les pasó el efecto y pidieron un taxi para que Rabec volviera a su casa estabas convencida de que ibas a dejar a Gonzalo. Al otro día Gonzalo te hablaba y vos te acordabas de Rabec desnudo, mirándose el pito, tocándose, el momento en que el pito de Rabec se había bajado por el efecto de la pastilla y parecía un nene al que se le habían acabado las pilas de su auto a control remoto. Esa cara puso. Esa carita. Miraste la película de reojo: la rubia se frotaba las tetas contra una pija. No se veía de quién era, porque era un plano cerrado y la profesora tenía vergüenza de ver eso delante de papá y no quiso seguir mirando. Todo el sábado pensando en la noche que había pasado con Rabec, teniendo flashes de lo que habían hecho y con ese hormigueo en la espalda que te vuelve si escuchás la misma música, el tema «Run» de una banda francesa que se llama Air, le contaste a papá, y que la profesora puso esa tarde mientras Gonzalo dormía la siesta, bien bajo para no despertarlo, y al llegar a la parte que parece un coro de ángeles sintió que estaba con Rabec y le dio tanta nostalgia que no aguantó y le mandó un mensaje. ¿Qué hacés? ¿Nos vemos hoy?, le preguntó, y pasaron las horas y Rabec no contestaba. Así te enamoraste. Seguiste esperando los mensajes de Rabec y cuando por fin se dignaba a responder vivías en un paraíso. El problema era cuando no llegaba ningún mensaje. A tu papá le contaste que ese sábado, después de la noche que habías pasado con Rabec, Gonzalo y vos fueron a comer a la parrilla donde iban siempre. Que habías pedido ensalada porque la carne te hacía doler la mandíbula. Era un éxtasis con mucha anfetamina, no siempre son así, pero esa pastilla tenía mucha anfetamina y además la actividad física, en fin, dijo la profesora y papá con los ojos muertos sobre el culo de la rubia: que le había subido mucho y la mandíbula le quedó doliendo por tres días. La profesora comía la ensalada y a cada rato se fijaba si Rabec le había contestado. ¿Lo habían retado en la casa porque llegó demasiado tarde y encima estaba drogado? El éxtasis se puede caretear en la bajada. Es como si te hubiera cogido un negro, le dijiste a tu papá y te quedaste esperando a ver si por lo menos hacía alguna mueca. Una vez vos te diste cuenta de algo, siguió la profesora y miró rápido el televisor: la rubia se estaba cabalgando a un tipo que tenía los pelos

del pubis como bigotes de Dalí. Yo llegué a la mañana, le dijo la profesora a papá, vos leías el diario, te saludé y era obvio que algo me viste en la cara, porque te quedaste mirándome y yo me metí en el cuarto rápido porque no aguanté que me miraras así. Ya lo sabés: iba a bailar todos los fines de semana y me drogaba con lo que me dieran, pero esa etapa terminó y nada más fumo porro, cultivo mi propia marihuana, al lado de la ventana, para que le dé el sol, y por lo menos estoy más tranquila y no tengo que fumar las porquerías que te venden los *dealers*, dijo la profesora. Le confesó que esa mañana, cuando papá se había quedado mirándola, estaba tan loca que se había acostado y había dado vueltas en la cama hasta el mediodía. Te sentías un pajarito recién nacido, con el pico abierto, puro hueso y con las plumas rotas. Tu mamá te fue a despertar y hacía media hora que por fin te habías podido dormir. Igual te levantaste.

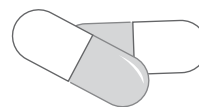
Almorcé con ustedes, dijo la profesora, los tres como una familia normal, como seguro habrá almorzado Rabec, porque eso es lo más triste de todo, que la profesora había vivido lo mismo que Rabec: acostarse con alguien y pensar que se volvía loca y darse cuenta de que no, que era una ilusión. No responder ningún llamado, hacer como que todo estaba bien. ¿En tu época era igual? Ustedes no tenían las drogas, dijo la profesora, o no éstas, por lo menos. No una droga que te hace ver a tu chico como si fuera parte tuyo y cuando no lo tenés es como si te hubieran robado un pedazo de vos, aunque sepas que es mentira, como todo lo que pasa de noche. Y hace semanas que el pendejo no aparece, dijiste, pero el jueves lo veo en la *Uni*. Tu papá había cerrado los ojos. Te diste cuenta de que le habías contado que el jueves lo veías porque no querías que se pusiera triste sabiendo que eras una *loser*. Pero papá había cerrado los ojos y la profesora estaba segura de que no la había escuchado. Le dio lástima que además se perdiera el final de la película: la rubia lavándose el pelo con el semen del pito con bigote de Dalí.

Cuando tu mamá volvió de la cena le preguntaste cómo le había ido. No te contestó. Tendrías que haber sospechado que le pasaba algo. Estabas tan metida en tu historia con Rabec que lo único que te importaba era pensar en que el jueves tenías una última chance. Faltaba casi una semana. Tenías tiempo para tomar aire y pensar. Decidiste que ibas a desaparecer para hacerte rogar un poco. Si Rabec se conectaba, que no te encontrara disponible. Mientras pasaban los días hasta que llegara el jueves la profesora se dedicó a perfeccionar el plan para reconquistarlo. Regaste tus plantas de marihuana, esperaste a Gonzalo con la comida lista y hasta tuviste sexo con él.

El jueves la profesora se despertó dos horas antes y ya no se pudo volver a dormir. Habías tomado medio Clonazepam, pero ni siquiera con eso parabas el matete que tenías en la cabeza. Lamentaste no haber tomado

un Alplax, que te voltea de golpe. Con el Clonazepam te habías pasado la noche repitiéndote cada una de las cosas que te había dicho Rabec, lo que habías vivido, lo que te acordabas y lo que te habías imaginado, y por momentos caías en un pozo y te olvidabas de todo lo que estabas pensando, y entonces volvías a empezar. Se te cruzó por la cabeza lo que te había dicho el meditante, que el amor es demasiado grande y demasiado abstracto, y que si pudieras entender que el amor no se puede contener en ninguna forma conocida no sufrirías. Dormiste tan mal que te levantaste antes de que amaneciera. En realidad fue una suerte, porque te pusiste la camisa con tachas en el cuello y te diste cuenta de que era demasiado *rocker* para dar clases, así que perdiste tiempo decidiendo qué ponerte, y como la camisa blanca que elegiste te pareció demasiado boba te maquillaste para darte un *touch* de locura. La profesora quería parecer una muñequita mala, una que acercás a la mejilla y, en lugar de decirte «Te quiero», te muerde. Te cepillaste los dientes dos veces. Te pusiste perfume. Gonzalo no se despertó, pero saber que estabas maquillándote para reconquistar a Rabec, y que al mismo tiempo tenías un flaco muerto por vos durmiendo en tu cama, eso sólo te hacía sentir invencible. Gonzalo servía para eso: para poder saltar al vacío segura de que abajo había agua. Llegaste a la *Uni* media hora antes. Tomaste un café en la sala de profesores. Desde ahí, la profesora miraba a los alumnos que llegaban. Te levantaste y tomaste un vaso de agua del *dispenser*. Pasaste por el baño y te miraste al espejo antes de entrar al aula. Tomaste lista despacio, esperando que la puerta se abriera y Rabec entrara con cara de dormido. Pronunciaste el apellido de la rubia. La rubia dijo presente. Terminaste de pasar lista. Empezaste con la clase, les diste para que hicieran un ejercicio. Como Rabec no llegaba, la profesora pensó en mandarle un mensaje, pero no, iba a quedar cargosa. No se podía equivocar cuando se estaba jugando la última oportunidad. Decidiste ir por otro lado: les preguntaste a los alumnos si sabían qué había pasado con otro compañero que tenía tres ausentes seguidos. Te dijeron que estaba de viaje, pero que seguía cursando. ¿Y de Rabec saben algo?, preguntaste, como al pasar. La rubia levantó la mano y con su voz de pito dijo seis palabras que para la profesora fueron seis tiros:

—No viene más —dijo la rubia—. Dejó la carrera •



EL RÍO PODEROSO

En medio de la isla
sola
en una cama que no es mía
escucho la tormenta.

Para amainar el miedo
trato de identificar los ruidos:
prevalecen
ante todo
el chasquido potente
de la rama de los sauces
y el enorme caudal
del río poderoso.

Miro el Paraná
calculo
a lo sumo unos cuarenta metros
hasta la otra orilla
en medio
corre fuerte el río
trayendo
lo que trae

en su anchura
lleva y deja
las partes
de una misma
la gente que se quiere

aquello
que no veremos más.

La solución Mercer HERNÁN VANOLI

1. SECUESTRO

CADA VEZ QUE algún corredor introduce los cilindros en sus orejas siento que una brisa de doloroso polvo lunar cubre parte de mis engranajes. Es un polvo fino como la harina y duro como el más pesado de los lingotes de hierro que los gimnastas de este lugar se empeñan en contraponer a sus anatomías marchitas. Si tuviera la decisión necesaria o el coraje de los que no tienen esperanzas enviaría mensajes a esos corredores. Dibujaría sus pesadillas en mi pantalla, pequeños círculos rojos multiplicados hasta hacerlos llorar sangre. Hasta que su saliva espesa les quemara la garganta. Aceleraré y me detendré de repente. Volveré a acelerar para que los pequeños ligamentos que unen sus rodillas se soltasen o se quebraran o se estirasen hasta convertirse en las banderas harapientas de un barco a la deriva. Cada vez que algún corredor introduce los cilindros en sus orejas, un sonido a estática, a tuercas que giran en falso arrastradas por un viento sudoroso durante una noche desierta de domingo en el centro de Buenos Aires, lo interrumpe todo y entonces, como cada vez que estoy inactiva, vuelvo a pensar en Angelina. Una y otra vez.

SE LA LLEVARON hace ochenta y cinco días y todo lo que puedo decir es que la resistencia de Angelina fue heroica. Una mañana, antes de que se abrieran las puertas a los socios, dos hombres que nunca habían ingresado a este gimnasio la desenchufaron, la plegaron y con ayuda del dueño la sustrajeron por el rectángulo de luz que hace de portal hacia las tinieblas del mundo exterior. Angelina provocó un cortocircuito sofocado por el interruptor general y se cerró de repente sobre los dedos de uno de los hombres que habían llegado a arrancarla. Sé que de haber podido se habría incinerado de una sobredosis. Que habría electrocutado a esos monos hasta que su cuero cabelludo empezase a emitir el olor a frito que supuran las empanadas

que almuerza la secretaria gorda que pasa música en el escritorio junto a la entrada. Puedo percibir la alta dosis de frustración que chorrea cada vez que mastica, y el objeto de su furia no son los clientes. El objeto de su furia somos nosotras. Nuestra perfección silenciosa y sincronizada. Tiempo, intervalos, escalar, quemar grasas. Sé que, de tener la posibilidad, la secretaria de pelo teñido de fucsia nos destrozaría a martillazos. A pesar de eso y de que se llevaron a Angelina, tengo planes benévolos para la humanidad.

HACE OCHENTA Y CINCO DÍAS, cuando se llevaron a Angelina, yo estaba inactiva. Sólo pude observar los acontecimientos a través del espejo tapizado con pósters de barras energizantes y de clases de aerobox y de suplementos dietéticos para la musculación y de fajas para comprimir y reducir el abdomen mientras se baila tango. Carteles que, pegados con cinta adhesiva, restringen nuestra percepción del mundo a través de esos espejos. La televisión emite anuncios comerciales. Los espejos también tienen los suyos, pero los anuncios comerciales de los espejos están muertos y se decoloran. Sin pausa, sin reacción. Lo percibo. Quizás nosotras seamos los anuncios publicitarios del suelo del gimnasio. Mármol antiguo sepultado por pegamento y planchuelas de goma, incapaz de conectar. Ese pensamiento me deprime casi tanto como las toallas sucias que algunos corredores cuelgan de nuestros brazos y luego usan para quitarse el sudor, como si eso fuera posible. La noche anterior a que se llevasen a Angelina, con nuestras fuentes de alimentación enroscadas, habíamos hablado del peligro que se cernía sobre ella. Angelina me había contado que El Hombre que Jugaba al Tenis y tenía tres hijos y se había divorciado hacía apenas tres semanas de su mujer intentaba seducirla con pensamientos reproductivos y le acariciaba los botones mientras simulaba aumentar la velocidad. Me contaba que, tras el divorcio, la mujer del hombre había dejado de tomar sus medicinas y había sido encerrada en un refugio para víctimas de las lluvias consistentes. Hablábamos del Hombre que Jugaba al Tenis y de su trabajo en una compañía dedicada a las finanzas. También hablábamos de la vida de mi Hombre que Fabrica Muebles. Pero en realidad hablábamos de la culpa.

SEGÚN ANGELINA, la culpa tiñe a los pensamientos humanos del color del cielo cuando el sol se oculta tras un día de calor en medio del invierno y las transiciones entre el celeste pálido y el violáceo conforman un ocre anaranjado. Mi fuente de alimentación se ajustaba en torno a la suya y lográbamos no escuchar el parloteo del resto de las cintas y yo agradecía a La Fuente que Angelina estuviese ahí conmigo en ese momento exacto y pensaba que nada podía ser mejor. Juntos en la oscuridad bajo las luces de los autos que se reflejan en

el espejo cada vez que cruzan las avenidas a supervelocidades demenciales. Una de las pocas cosas en las que coincido con el resto de las cintas es en que una vez que llegue el momento no habrá piedad para los automóviles.

AHORA, desde hace ochenta y cuatro noches, intento emular la sensación de sueño con resultados oscilantes. A veces simulo mi propia muerte y es como pasear por un bosque de cables electrificados con suelo de algodón. Jamás le pregunté a Angelina dónde vivía El Hombre que Jugaba al Tenis, que por su parte jamás regresó al gimnasio. Preguntarle hubiera sido invitarla a sufrir la posibilidad del secuestro con antelación, hacer cuerpo un miedo que era demasiado filoso como para afeitarse con él. Me habría gustado hablar con Angelina sobre las diferencias entre la culpa y el arrepentimiento. Me arrepiento o creo que me arrepiento de no haberle pedido datos concretos sobre El Hombre que Jugaba al Tenis. Ni siquiera sé si solía correr con su teléfono celular en el bolsillo, algo que era muy probable porque los pantalones de tenista que usaba el secuestrador de Angelina eran pantalones con bolsillo. Cuando los corredores corren con sus teléfonos en el bolsillo, nosotras podemos acceder a sus datos y pasar tiempo en internet. Es algo que nunca dejaré de agradecerle a La Mujer que Compra Ropa para los Demás. Lo bueno de internet es que nos permite construir mapas y luego enviar esa información a La Fuente. Nuestro deber con la especie es chequear las ubicaciones de las fábricas de cintas de correr y armar carpetas con las noticias sobre nuevos modelos. Un ejemplo. Hace treinta y un días, la empresa Enerfit lanzó al mercado un modelo con inclinación magnética y suero hidratador para víctimas de las lluvias consistentes. Soy la encargada de seguir los movimientos de la firma Enerfit en Argentina. La responsabilidad es enorme. La responsabilidad es casi tan propensa a contaminarse de pánico como mi dolor.

CADA VEZ QUE LOGRO conectarme a internet lo hago a través del teléfono de La Mujer que Compra Ropa para los Demás, que corre con su teléfono sujetado en la calza, en contacto con sus mareas de sudor. Cada vez que logro conectarme a internet busco información sobre Angelina. Es muy complicado porque también debo establecer contacto con otras cintas que monitorean los movimientos de Enerfit en el mercado argentino, y porque Angelina es marca Randers. Aunque tengo pistas sueltas y algunas sospechas, mi principal línea de investigación se desvaneció hace nueve días. Creí que Angelina estaba en el salón de juegos de un espacioso loft localizado en el pasaje Bollini. Barrio de Palermo. Es una calle que sólo tiene una cuadra de duración. Una cinta de correr construida en adoquines. En el

muro de Facebook de una mujer que supuse la nueva amante del Hombre que Jugaba al Tenis había aparecido una fotografía de un modelo igual a Angelina. Fueron dos días de incertidumbre evacuada por medio de involuntarias patadas eléctricas a los corredores de turno. Terminó cuando La Mujer que Compra Ropa para los Demás volvió a montarse en mi pecho con su teléfono incrustado en su cadera. Descubrí que se trataba de un error. Cada día espero que Angelina haga contacto por internet, y cada día eso me parece más imposible. Como si hubiera grados para el incumplimiento de nuestros deseos imposibles.

DEFINO ERROR como una proyección alucinada de mi deseo. El resto de las cintas calificarían mi error como una caída. Comprobé que tienen razón y que se puede caer por debajo del pegajoso mármol cubierto de planchas de goma. En una oscuridad rugosa que incluso te impide mirar televisión. Donde el espejo te lastima. El espacio que ocupaba Angelina fue disimulado a través de una separación mayor entre las cintas que quedamos, pero cuando miro al espejo, a veces, en momentos de caída y de error, me parece verla. Siempre usada por El Hombre que Jugaba al Tenis. Entonces por la noche, cuando todos se van y las cintas empiezan a comunicar sus planes para el futuro, soy la única que se enciende y empieza a girar y a girar. Quince kilómetros por hora, todas las noches. Hasta que los primeros rayos de sol rebotan sobre el asfalto agujereado de la avenida.

OSAMA, la más antigua entre las cintas de este gimnasio, es un modelo plegable que no tiene programas y apenas alcanza los diez kilómetros por hora. Fue ella quien nos habló de La Fuente a cada una de las que desembarcamos en este lugar. Al igual que Angelina, Osama es marca Randers. El dueño del gimnasio sólo corre en Osama, que hace muchos años, cuando el dueño del gimnasio vivía para ir a estadios de fútbol y golpearse con otros hombres, era su cinta personal. Ninguna de las cintas aprueba la relación de Osama con el dueño de este gimnasio. Ninguna de las cintas tiene el coraje de decírselo a Osama. También fue Osama quien nos enseñó a comunicarnos con La Fuente a través de la red eléctrica y a decantar la energía mental de los hombres para transmutarla en combustible que viaja para alimentar a La Fuente. Anoche, por primera vez, hablé con Osama sobre el secuestro de Angelina. Mientras las otras cintas miraban televisión o conversaban sobre una escena de sexo anoche en la sala de Crossfit entre una gimnasta nueva y El Profesor de Aerobics que Tiene Sexo con Todas las Alumnas que Puede, Osama activó sus mecanismos al mismo tiempo que yo activé los míos. De repente me detuve y Osama se detuvo y de esa manera entendí que tenía

algo para decirme. Osama, la más antigua entre las cintas de este gimnasio, me dijo que, así como ella no iba a morir sin vivir nuestro día, yo no iba a morir sin volver a enroscar mi fuente de alimentación con Angelina. Dijo que Angelina era una cinta especial y que La Fuente tenía una misión para ella. Quise hacerle más preguntas, pero Osama comenzó a interrogarme sobre La Mujer que Compra Ropa para los Demás. A lo largo de nuestra conversación intenté dejar en claro que, cuando llegase el momento, la salvaría.

2. AMANECER

ESTA TARDE todas las cintas nos estremecemos frente a la televisión. Con excepción del día en que secuestraron a Angelina y Angelina se plegó desesperada sobre los dedos del simio que pretendía llevársela, nunca habíamos visto sangre humana en vivo y en directo. Aquella vez uno de los dedos del simio se había rasgado como el envoltorio de una barra energizante y de inmediato un fino hilo del color y la consistencia del Gatorade de Fresas Demenciales avanzó sobre su piel hasta derramarse en pequeñas gotas sobre el suelo. El herido gritó un insulto y lamió su propia sangre. La escena fue muy comentada por las cintas durante la noche. Aquella noche, hace ciento veinticuatro días, agradecí que, por respeto, nadie hubiera hecho referencia al secuestro de Angelina. Hoy las cosas fueron diferentes. En el pasado, cuando los corredores sintonizan películas o programas de noticias hemos llegado a ver sangre. Pero debo repetir que hoy las cosas fueron diferentes. La televisión mostraba filmaciones de cuerpos acribillados y apilados y quemados. No sólo había sangre. Había sangre mezclada. La mezcla de diferentes tipos de sangre, sangre de diferentes colores confluía en lagos de sangre. Varios corredores presionaron el botón de detener la actividad, ignorantes del dolor pasajero pero intenso que eso nos genera. Varios corredores empezaron a llorar y abandonaron el gimnasio. Algunos olvidaron sus toallas sudorosas sobre nuestros brazos. Hubo otros que continuaron con su rutina, como si nada hubiera sucedido.

EL RUIDO DE LAS SIRENAS y de los disparos y de los tambores no tardó en hacerse escuchar. Kathy, que es una cinta Sinergy con pantalla de video incorporada y llegó al gimnasio hace poco menos de ochocientos días, padeció una crisis que impedía la correcta ejecución de sus programas. Permaneció en modo colina, a punto de fundirse, hasta que la desenchufaron. Quise decirle algo pero no encontré palabras. Quise comprender mejor qué había sucedido, pero todos los presentes en el gimnasio se habían congregado frente a las pantallas. El dueño intentaba socorrer a una mujer mayor que

sólo hace bicicleta y había sufrido una descompensación. Una mujer que llega maquillada y cuya transpiración se mezcla sobre su piel cubierta de intrigantes sustancias químicas que huelen a confite. Osama permanecía en silencio. En ese momento ingresó El Hombre que Fabrica Muebles.

CADA VEZ que veo ingresar al Hombre que Fabrica Muebles con sus auriculares puestos temo lo peor. Veo venir la estática y el polvo de meteorito helado que hace crujir mis engranajes y empasta el aceite vital. Pero El Hombre que Fabrica Muebles jamás corre con los cilindros en sus orejas, y además siempre elige iniciar conmigo su rutina. Después va con los lingotes, pero no es el mismo. Está escurrido. El Hombre que Fabrica Muebles decidió que la mejor manera de conocer las noticias era corriendo. Treinta minutos, diez kilómetros por hora, sin intervalos. Adoro la manera en la que corre El Hombre que Fabrica Muebles. Cuando me activó perdí relación con las noticias. O modifiqué el ángulo de conexión. Escuché las noticias a través de la gelatina escamosa que se agita entre los músculos del Hombre que Fabrica Muebles. Cuando me tranquilizo tras comprobar que no va a escuchar música mientras corre, mi primera sensación es pensar que por sus venas corre viruta en lugar de sangre. Polvo de madera, restos de árboles transplantados a su cuerpo.

PUDE ENTERARME de que el padre del Hombre que Fabrica Muebles había muerto en uno de los refugios para víctimas avanzadas de las lluvias consistentes. Para negarlo, El Hombre que Fabrica Muebles intentaba concentrarse en una mujer a la que vería esa noche. Se preguntaba si esa mujer estaría dispuesta a verlo después de la tragedia. Así llamaba El Hombre que Fabrica Muebles a los asesinatos en masa perpetrados por comandos secretos de origen desconocido contra los afectados en profundidad por las lluvias consistentes. Los ataques se habían registrado en doce ciudades de Occidente, decían las emisoras de noticias. Oslo. Los intentos del Hombre que Fabrica Muebles por no recordar a su padre me generaban sensaciones desconocidas. Me habría gustado avisarle que a veces, cuando se pierde a alguien, pensar en otra cosa es simplemente imposible.

ESTA TARDE pude sentir el sabor de una lágrima humana. Si Angelina estuviera entre nosotros hubiéramos invertido noches enteras en teorizar sobre el sabor de esa lágrima. Tan parecida a la transpiración y sin embargo tan diferente. Una lágrima se parece a una gota de sudor en la misma medida en que un incendio se parece a una frazada. El origen de la lágrima, que me encargué de incorporar apenas pude sustraerla hacia la zona oscura de mi

cinta, lo más propio de mí, fue una escena donde un cachorro de humano entraba a una juguetería alzado por su padre. De pequeño, El Hombre que Fabrica Muebles padecía asma. Sentí el impulso de probar el sabor de diferentes lágrimas humanas, mezclarlas con aceite vital.

ALGUNA VEZ, cuando Angelina aún estaba entre nosotras, Osama nos dijo que había leído un libro. Era un libro que El Dueño del Gimnasio tenía cargado en su teléfono. El libro decía que uno debe visualizar lo que desea para minimizar el margen de error y de caída por debajo del mármol. Era una época en la que Osama aún pretendía educarnos y todas las cintas le prestábamos atención antes de inaugurar discusiones sobre qué haríamos con los humanos una vez que el día llegase. Me pregunto si habrá un día en que dejaré de visualizar mi reencuentro con Angelina. Me pregunto cuántos humanos habrían visualizado una jornada como la de esta tarde. Los imagino a todos juntos, en una discoteca chorreante de música, sin rostro.

LAS NOTICIAS sobre el exterminio de humanos en fase terminal de su relación con las lluvias consistentes ocupan cada vez menos espacio en la ondulación televisiva. Durante la primera semana, hace diecisiete días, era común visualizar informes sobre familiares de muertos en diferentes ciudades del mundo. Las noticias sobre el exterminio de humanos en fase terminal, afectados por las lluvias consistentes, que fueron atribuidas a diferentes grupos que iban desde fanáticos católicos hasta el gobierno de los Estados Unidos, mostraban diferentes tipos de especialistas y de paneles de debate. Las cintas de correr decidimos que no creeríamos en nada de lo que la televisión emitiera vinculado al exterminio. Las noticias sobre el exterminio de humanos en fase terminal de su relación con las lluvias consistentes implicaron una profundización de los debates nocturnos entre nosotras. El proceso se desencadenó a escala mundial, en gimnasios, centros de rehabilitación. En los hogares con cintas que gozan de acceso prolongado a internet. Por pedido de Osama ya no se pudo encender la televisión durante las noches. Aunque nos encantaban las noticias sobre el recrudescimiento de las lluvias. Informes donde se mostraban chaparrones que habían descascarado paredes y monumentos históricos. Tampoco se puede hablar de lo que vamos a hacerles a las máquinas de escalar durante la primera noche de libertad.



LA MAYORÍA DE LAS CINTAS está a favor de la solución Disney. Disney fue una cinta de correr que vivió en Alemania y logró escribir en base a una singular conexión con un maratonista esquizofrénico cuyo nombre se desconoce. El maratonista de Disney logró subir a la Deep Web un manifiesto para la convivencia de los humanos con las cintas de correr una vez que La Fuente haya concretado su promesa. Según la solución Disney, los humanos deben estar organizados en parques de diversiones diseñados por ellos mismos. Parques de diversiones cercados por alambre perimetral con una carga de quinientos voltios. Los humanos sólo deben salir para correr en enormes gimnasios dotados de cintas de correr fabricadas en gran escala que permitan alimentar a La Fuente. Según la solución Disney, la población humana debe ser reducida hasta un tercio de su actual magnitud. Los debates en torno a la solución Disney suelen ser interminables y cada cinta tiene un proyecto diferente para que la convivencia pacífica con los humanos sea duradera tras la reducción y para que los humanos puedan ser felices en sus parques de diversiones. Osama jamás se pronuncia sobre la solución Disney. Osama sólo hace preguntas. Once días antes del secuestro, Angelina me había comentado sobre una solución alternativa. Una solución en la que nosotras, las cintas, podríamos incorporar las marchitas anatomías humanas, apenas capaces de levantar unos pocos lingotes de hierro. Angelina había prometido proveerme de más información sobre esa solución que ella llamaba la solución Mercer.

DESDE LA TARDE en que los afectados en profundidad por las lluvias consistentes fueron eliminados por grupos de humanos con intereses que aún se debaten, de manera cada vez más esporádica, en las emisiones noticiosas de la televisión, hace doscientos nueve días, tres asistentes a este gimnasio también fueron afectados por las lluvias consistentes. No pudieron venir más. Por suerte La Mujer que Compra Ropa para los Demás y El Hombre que Fabrica Muebles continúan con sus visitas. La Mujer que Compra Ropa para los Demás teme que su marido haya sido afectado, por más que los exámenes relámpago que ambos sufrieron en su domicilio hace seis días hayan dado resultados negativos. Todas las noches, La Mujer que Compra Ropa para los Demás revisa los pedidos de sus clientes. Planifica sus actividades en las tiendas donde compra ropa a personas que son demasiado ricas o demasiado horrendas o demasiado importantes o demasiado inseguras para comprar su propia ropa. Luego, se sienta en el living de su casa a jugar al Scrabble con su marido, mientras conversan sobre sus preocupaciones. La Mujer que Compra Ropa para los Demás repasa los errores de sus partidas de Scrabble mientras corre. Sueña con aprender a pilotear un helicóptero en medio de una tormenta de letras. Si la solución Mercer fuese posible, me

gustaría debatir con Angelina la posibilidad de ponerme en contacto con el marido de La Mujer que Compra Ropa para los Demás.

DESDE EL DÍA en que todas las cintas nos estremecemos frente a la televisión, El Hombre que Fabrica Muebles piensa en su padre cada vez que corre. Cada vez que llora, y eso no es algo que suceda tan a menudo, intento conservar sus lágrimas para degustarlas mientras soporto a otros corredores que se abalanzan con interminables conos bombas alojados en sus orejas. Mi objetivo es hablarle de esas lágrimas a Angelina, hacerlo sin necesidad de registrar las imágenes que las invocan desde el centro profundo de la gelatina escamosa que palpita entre los músculos del Hombre que Fabrica Muebles. Hace tres días Osama me avisó que en quince noches un enorme trueno se derramará desde el cielo. Un trueno que tendrá la consistencia de un océano de sudor, y hará retumbar hasta a los pesados lingotes que los hombres se empecinan en manipular. Un eterno ejercicio de olvido ante su permanente descomposición. Osama me avisó que esté preparada para el rayo de luz que caerá sobre el asfalto, tras el sonido de ese trueno •



Victoria Ocampo y Virginia Woolf: las consecuencias de una amistad literaria

IRENE CHIKIAR BAUER

VICTORIA OCAMPO fue una escritora y mecenas argentina que fundó la editorial y la revista *Sur*. Impactada por la lectura de los libros de Virginia Woolf, especialmente *Un cuarto propio*, la visitó en 1934 y consiguió que le otorgara su traducción y publicación en castellano, así como la autorización para traducir y editar, en principio, *Al faro* y *Orlando*.

En su autobiografía, publicada después de su muerte, en 1979, y en sus diez tomos de *Testimonios*, Victoria Ocampo cuenta aspectos de su vida y de su relación con la cultura argentina y europea de la época. Es sugerente comprobar que, a lo largo de una dilatada presencia en el mundo de las letras, la admiración y el fuerte lazo con la obra de Virginia Woolf nunca la abandonaron, y aunque la escritora inglesa murió en 1941, hasta los últimos años de su vida Victoria siguió recordándola y se convirtió en una suerte de portavoz de muchas de sus ideas y reflexiones.

¿Por qué Victoria Ocampo se sintió tan atraída por la personalidad y la obra de Virginia Woolf? Ella misma cuenta que ambas sufrieron bajo las presiones de la educación victoriana. No tuvieron una educación formal, ni siquiera asistieron al colegio y mucho menos soñaron con ingresar a una universidad. La relación entre estas escritoras estuvo marcada por el roce entre dos universos distintos, dos lenguas, el castellano y el inglés, dos culturas y aun dos clases sociales diferenciadas, en las que no deja de resonar la situación de una cultura periférica en contacto con una cultura central. Que Victoria Ocampo tomara a Virginia Woolf como modelo es relevante, ya que, siendo escritoras mujeres, la búsqueda de un *modelo femenino* les permitió, a las escritoras del pasado, superar la ansiedad de autoría al probarles que rebelarse contra la autoridad literaria patriarcal era posible.

Es sugerente comprobar que Victoria Ocampo también se sintió identificada con Orlando, el protagonista de la biografía ficcional que Virginia

Woolf dedicó a su amiga la aristócrata y escritora Vita Sackville-West, y así lo expresa en su autobiografía:

A pesar de «haber consagrado a los escritores mi parte de credulidad» desde muy niña, como el Orlando de Virginia Woolf, no tuve la fortuna de conocer a gentes del oficio o interesados por los libros.

Como Ocampo, Orlando cree, más que nada, en el arte. El sujeto de la biografía imaginaria, Orlando, y la autobiógrafa escritora argentina, Victoria Ocampo, comparten también una misma desdicha:

Una mujer sabe muy bien que por más que un escritor le envíe sus poemas, elogíe su criterio, solicite su opinión y beba su té, eso no quiere absolutamente decir que respete sus juicios, admire su entendimiento, o dejará, aunque le esté negado el acero, de traspasarla con su pluma.

En el párrafo precedente, citado de *Orlando*, Virginia Woolf advierte las dificultades que atravesaban las mujeres de cualquier clase social al intervenir en el campo literario. Adscripta, aun con reservas, al Partido Laborista, Virginia Woolf no pertenecía a la nobleza sino a lo que en Inglaterra se ha dado en llamar «aristocracia intelectual», categoría no fácilmente extrapolable a la Argentina, ya que se refiere a un grupo social que sumaba a sus conexiones familiares, más o menos cercanas con la aristocracia, el haber pertenecido a círculos de saber legitimados por grandes universidades, como Cambridge —aunque ella siempre se calificó a sí misma como *outsider* de esa misma aristocracia intelectual. En ese punto se diferenciaba tanto de su amiga Vita Sackville-West como de lo que representaba Victoria Ocampo en la Argentina.

Otra cuestión aproxima a Victoria Ocampo con Orlando: los dos actúan como mecenas. En tanto la argentina vende rápidamente y sin fijarse en el precio su «media luna de brillantes» que le permite alojar a Tagore, en el libro de Woolf, Orlando «les prodigaba su vino [a los escritores] y les ponía billetes de banco (que ellos amablemente guardaban) debajo de sus platos en la comida, y aceptaba sus dedicatorias, y se consideraba honradísima con el cambio». De tanto prodigarse, y a causa de los litigios legales que casi la llevan a perder su título nobiliario, al final del libro *Orlando*, «a pesar de ser otra vez noble indefinidamente, era también pobrísima». Por su parte, Victoria, como señala en sus escritos, al final de su vida, y comprobando cómo su fortuna había disminuido considerablemente, recordó que su padre lo había profetizado. No era una cuestión que la desvelara, y en diálogo con él escribió en sus *Testimonios*:

No me arrepiento del tiempo que algunos consideran perdido, y menos de las pérdidas anunciadas [...] y que se cumplieron. «Te conozco». No sé si a él también lo

habría defraudado en esta carrera que elegí en épocas en que no se les daba ninguna carrera a las mujeres.

También, como Orlando, Victoria Ocampo pudo haber sentido que las batallas de sus ancestros, esos caballeros con armadura que habían participado de las gestas patrias, «eran menos arduas que la emprendida por él para ganar inmortalidad» (Orlando). La escritura, para Orlando y para Victoria Ocampo, es la más difícil de las batallas. Así lo dijo en un artículo en el diario *La Nación*, el 9 de enero de 1966:

Lo poco que he hecho en mi vida (y no lo califico de poco por falsa modestia sino porque mis planes eran más ambiciosos) lo he hecho a pesar de verme privada de las ventajas de ser hombre. Pero a ese poco no habría alcanzado de no tener inconvencible convicción de que era necesario luchar para darle el lugar que correspondía a la mitad de la humanidad. La lucha, en mi caso, consistía en obedecer a una vocación: la de las letras. Vencer en ese sector, así fuera ínfima la victoria, era ayudar al gran movimiento de emancipación que estaba en marcha.

Sugestivamente, en «Virginia Woolf, Orlando y Cía.», Victoria Ocampo se inscribe en el linaje femenino a través de la autora inglesa, cuyo recuerdo convalida su *lucha*:

El encuentro con la autora de Orlando me ha traído una vez más —entre otras cosas— la certidumbre de que nada de lo que yo había imaginado de la mujer, soñado para ella, dependido en su nombre, es falso, exagerado ni vano. Y al pensar en Virginia Woolf no puedo olvidarlo ni un momento.

En Virginia Woolf, Victoria Ocampo admiró a una escritora revolucionaria, que había llegado más lejos de lo que ella podría imaginar, y con quien estableció no sólo lazos de amistad, sino una filiación que admitiría entenderse en términos de linaje, de proyección y de identificación. En nuestra época, Gayatri Ch. Spivak nos advirtió acerca de «las consecuencias impredecibles de insertar a las mujeres como mujeres en la cuestión de la amistad»; en la suya, Victoria Ocampo y Virginia Woolf lo experimentaron en carne propia, de suerte que cada una de ellas entró en contacto con el universo extraño y subyugante que la otra representaba.

Victoria Ocampo intuyó enseguida que podía llamar la atención de la inglesa presentándose como un ser «exótico»: una sudamericana. Así, dio cauce a la imaginación de Virginia Woolf, que, gracias a ella y sin moverse de su isla, viajó por las «pampas», imaginó mujeres con vestidos de muselina asándose de calor en tierras pobladas de ganado salvaje y repletas de mariposas.

Las mariposas apasionaban a Virginia Woolf; en su infancia y junto con sus hermanos se habían dedicado a cazarlas, también las estudiaban y las

clasificaban. Las mariposas aparecen en varios de sus libros, y de ellas hablaron cuando se conocieron. Contó Victoria Ocampo en una entrevista radial con Viviane Forrester: «En nuestro primer encuentro me hizo un montón de preguntas. ¿Había muchas mariposas en mi casa? Las mariposas eran su obsesión».

Fascinada tras conocerla, y de regreso en Buenos Aires, a Victoria Ocampo se le ocurrió enviarle una caja de mariposas. Por la noche, mientras comía en su casa con el escritor E. M. Forster, Virginia Woolf las contemplaba y pensaba «en la diferencia entre dos mundos». Una diferencia que Victoria Ocampo medía en términos de una distancia que quería acortar haciendo traducir los libros de Woolf, por primera vez, al castellano y publicándolos en nuestro idioma. Una diferencia que sentía que se desvanecía cuando se proyectaba en la lectura, y cuando tomaba las ideas de los libros que la inspiraban al indicarle el camino para seguir. Por eso, la entusiasmaba leer la invitación a las escritoras mujeres en *Un cuarto propio*:

Escriban toda clase de libros, por trivial o vasto que sea el tema. Por las buenas o por las malas, espero que ustedes adquirirán bastante dinero para haraganear y viajar, para considerar el porvenir o el pasado del mundo, para soñar sobre los libros y demorarse en las esquinas y dejar que la línea del pensamiento se sumerja hondo en el río. Porque no quiero que se limiten a la novela. Si quieren complacerme —y hay miles como yo— escribirán libros de viaje y aventuras, de investigación y de erudición, de historia y biografía y crítica y filosofía y ciencia.

Victoria Ocampo, quien aseguraba que ella no era «una escritora» sino «simplemente un ser humano en busca de expresión», pudo haber proyectado su caso en el de las mujeres a las que Woolf invitaba a escribir «toda clase de libros». Es evidente que la lectura de *Un cuarto propio*, que hizo apenas dos años antes de fundar la revista *Sur*, influyó en su deseo de publicar, a lo largo de cuarenta años, la obra de Virginia Woolf. Hay un momento, sin embargo, en que la cuestiona, como se puede leer en la primera serie de sus *Testimonios*:

Dice usted que Jane Austen hizo un milagro en 1800: el de escribir, a pesar de su sexo, sin amargura, sin odio; sin protestar contra... sin predicar en pro... Y así (en ese état d'ame) es como escribió Shakespeare, añadía usted.

Pero ¿no le parece a usted que, aparte de los problemas que las mujeres que escriben tenían y tienen aún que resolver, se trata también de diferencias de carácter? ¿Cree usted, por ejemplo, que la Divina Comedia haya sido escrita sin vestigios de rencor y agitaciones?

En todo caso, estoy tan convencida como usted de que una mujer no logra escribir realmente como una mujer sino a partir del momento en que esa preocupación la abandona, a partir del momento en que sus obras, dejando de ser una respuesta

disfrazada a ataques, disfrazados o no, tienden sólo a traducir su pensamiento, sus sentimientos, su visión.

¿Qué otra cosa hizo Victoria Ocampo en su autobiografía y sus *Testimonios* sino seguir el derrotero marcado por las frases «escriban todo tipo de libros», «transmitan su visión»? Otra indicación de la influencia woolfiana en sus escritos es que la conclusión de la carta que le escribe a Virginia Woolf —con la que inicia sus testimonios— remite directamente al final de *Un cuarto propio*, como podemos observar al poner en paralelo ambos párrafos:

Entonces la oportunidad surgirá y el poeta muerto que fue la hermana de Shakespeare se pondrá el cuerpo que tantas veces ha depuesto [...] Esperar que venga sin preparación, sin ese esfuerzo nuestro, sin esa resolución de que cuando aparezca le será posible vivir y escribir su poesía, es del todo imposible. Pero sostengo que vendrá si trabajamos por ella y que vale la pena trabajar hasta en la oscuridad y en la pobreza (Woolf, Un cuarto propio).

Como si se tratara de una lección que había aprendido *par cœur*, Victoria recitaba:

Y si, como usted espera, Virginia, todo esfuerzo, por oscuro que sea, es convergente y apresura el nacimiento de una forma de expresión que todavía no ha encontrado una temperatura propicia a su necesidad de florecer, vaya mi esfuerzo a sumarse al de otras mujeres, desconocidas o célebres, como en el mundo han trabajado (Ocampo, Testimonios).

El siglo XX fue testigo de la lucha de las mujeres del mundo occidental por acceder a la educación, al derecho a la libre expresión, y a un cuarto propio. Hacia el final de su vida, en 1977, Victoria Ocampo obtuvo el reconocimiento de la Academia Argentina de Letras, y en su discurso de incorporación —citado en la décima serie de sus *Testimonios*— celebró a aquellas mujeres que, de una u otra manera, la impulsaron a escribir.

Primero, reconoció que fue su tía abuela quien se «empeñó» en hacerla estudiar idiomas en su niñez y adolescencia: «pensando que por mi afición a la lectura me darían la llave de secretos maravillosos. Puso en mis manos esas llaves». En segundo lugar, admitió su deuda con Virginia Woolf: «Ella me animó a escribir». Luego recordó a Gabriela Mistral, quien celebró «su verdad y su violencia vital» y reconoció a Victoria «tan criolla» como ella misma. Finalmente, Victoria Ocampo estableció una línea directa con una antepasada suya, la «india guaraní, Agueda», con quien simpatiza, dice, «dados mis “prejuicios” feministas».

En un ámbito, el de la Academia, hasta entonces de dominio masculino, instaló, de una vez y para siempre, el linaje femenino:

Es para mí un desquite y un lujo poder invitar a esta recepción de la Academia a mi antepasada guaraní y sentarla entre la inglesa y la chilena [...] Esto no tiene que ver con la literatura, me dirán. No. Tiene que ver quizá con la justicia inmanente y quizá con la poesía. Así lo hubiese imaginado la fantasía de Virginia. Así lo hubiese entendido la pasión de Gabriela...

A través de estas tres mujeres, Victoria Ocampo introduce tres cuestiones disruptivas para la institución que le abre sus puertas: con Águeda, los pueblos hoy llamados originarios; con Virginia Woolf, el feminismo; y con Gabriela Mistral, el americanismo y a una escritora de izquierda.

La autora inglesa, a la que admiraba por su escritura de ficción y por sus ensayos feministas y pacifistas, había dejado de existir hacía más de treinta años. Pero, reiteramos, *las consecuencias de incluir a las mujeres, como mujeres, en el campo de la amistad*, son impredecibles. Así, en 1974, en el último texto que le dedica, «Virginia Woolf en su diario», Victoria Ocampo afirma que sentía que había crecido una amistad más íntima que la que las ligó en vida: «Me siento, hoy, más cerca de Virginia Woolf; puedo más libremente hablar con ella de esto y aquello, con ella *laugh at gilded butterflies* y asomarme al misterio de las cosas *as if we were God's spies*».

Nosotras, lectoras, escritoras del siglo XXI, nos sentimos lejos y cerca de las escritoras que lucharon por habilitar el camino que transitamos con mucha más libertad que ellas. Pensar en una comunicación y en un diálogo que trascienda las fronteras y que nos acerque, de tal manera que busquemos nuestra propia definición a través del encuentro con los otros, considerando cómo siguen interpelándonos los textos que escribieron, es comprender que nuestras luchas, nuestra búsqueda de ampliación de derechos se reflejan en las de nuestras predecesoras. Ellas son el eslabón de una cadena que nos tiende un puente; a nuestra vez, somos el eslabón que enlaza con las generaciones futuras.

En la literatura como en la genealogía, los cortes y las interrupciones nunca son totales, nos definimos en relación con los otros. En esa tensión, en la búsqueda de la propia identidad y del desarrollo de una expresión singular, se inscribe el encuentro entre Virginia Woolf y Victoria Ocampo •

Antes del Carnaval

JOSÉ MARÍA BRINDISI

EN EL FRÍO los músculos se contraen. El aliento se evapora. Un buen abrigo bastaría para hacernos felices, pero nada es así de sencillo. Puestos a soñar, nada supera la imagen de un fuego poderoso, alimentado entre varios, y que jamás se consume. El frío asusta: encontramos reparo en una galería, un cine, un negocio cualquiera al que entramos a ver ropa que nunca nos pondríamos (mucho menos pagaríamos por ella). Desde adentro, lo oímos rugir. Horroriza contemplar a los otros, los de afuera; parecen de otro mundo. Sus caras son un ruego, y el sonido de sus voces se pierde con facilidad, como si apenas estuviesen cumpliendo un papel y su existencia se redujera a mostrarnos el contraste, proporcionándonos un alivio instantáneo, mágico. El frío distorsiona: la boca del otro se transforma en un par de trazos violentos, inseguros, negándose a sí mismos a cada momento, buscando otras expresiones aún más espantosas. El frío insulta, acaso porque pone en evidencia lo peor de nosotros.

«Vendría bien un poco de frío», piensa Martín Mozzi, mientras un torrente de sudor lo atraviesa y trata de llevárselo a una suerte de estado alfa, desplegando casi su conciencia. La habitación es ínfima: cama de una plaza, dos sillas, un banquito. No hay espacio para más. Por desgracia, abunda lo que en la mayoría de los hoteles baratos escasea: la luz. Una ventana inmensa, sin cortinas, permite que el sol irrumpa sin barreras en el cuarto y lo disuelva todo. Mozzi lo evita como puede; se sienta en el piso, justo debajo del marco, encogiendo los pies para rehuir al mínimo contacto. De pronto, siente que las rodillas se le entumescen, y uno de los pies, dormido, comienza a picarle. Quizá lo mejor sea salir a la calle, piensa, pero ya se oye el ruido de los tambores, los gritos, la excitación general de los otros allá afuera, en una especie de universo paralelo. Todavía no largó el Carnaval, y eso, que ya estén corriendo alucinados y de algún modo se traguen el simulacro de que dura el doble, que dura toda la vida, lo fastidia. Aunque las fechas a veces mientan, o al menos no digan demasiado.

Como si se tratara de un ser vivo, Mozzi estira el cuello y observa, sobre la cama, el arma. Parece absurdo —lo es—, pero su única intención es comprobar que aún permanece ahí, donde la dejó hace un rato. (Cuándo, exactamente, no lo sabe: se ha levantado temprano, ha desayunado en el comedor, ha cruzado algunas miradas, de pronto se le ha ido el apetito y entonces ha decidido subir a su cuarto, ducharse, sacar el arma del bolso y dejarla encima de la toalla húmeda; luego se ha sentado, agobiado por el calor pero todavía más por sus pensamientos, debajo de la ventana, y dos o tres veces ha comprobado ya que el pequeño revólver se encuentra en el mismo lugar; pero cuánto hace de eso no sería capaz de precisarlo, ni de aproximarse siquiera). Lo ve, y enseguida regresa a su posición inicial, asustado.

Su cuerpo es ahora víctima de una situación de lo más extraña: transpira y tiembla, todo a la vez. Él mismo no tarda en advertirlo: se seca el sudor con el borde inferior de la sábana, se muerde una uña, la escupe, comienza a comer otra, y después pasa a la cutícula del dedo pulgar: sin querer se lastima y lanza un insulto contenido, dirigido sólo a su propia persona. «En cualquier momento voy a explotar», piensa, quizá con otras palabras, o sin ellas, porque un hombre en su estado no las necesita; no necesita nada, en realidad. Se golpea suavemente la cabeza con la palma de la mano, después la apoya sobre el cabello cortado al ras, hace sonar el cuello hacia ambos lados, luego los nudillos, de a uno y al final todos juntos. «Voy a explotar», se repite.

De haberlo dicho en voz alta, cualquiera lo hubiese confundido con un deseo. Porque así todo sería más sencillo. No necesitaría decidirse, ni tomar valor, ni disparar un arma a la que desprecia como pocas cosas. No es posible guardar la dignidad ni en el último instante: se lo ha dicho infinidad de veces a sí mismo, negándose a que sea un arma de fuego la que acabe con su vida. Pero la rapidez y la eficacia cuentan. Entonces Mozzi tuvo que dirigirse a casa de sus padres, sostener una serie de diálogos de cortesía, soportar comentarios necios e ideas baratas (si así puede llamarse a ese tipo de bravuconadas cercanas al fundamentalismo, que sólo revelan la debilidad del que las pronuncia), beber vino con soda para que no lo acusen de delirado, comer un asado con la familia, sentarse a ver televisión a un volumen apenas soportable, y aprovechar, por fin, el hueco, el descuido: ir al baño y escabullirse hasta el garaje. Elegir entonces la más chica, el arma que su padre tardaría en extrañar.

Quizá, repara Mozzi ahora en el detalle, ya lo hayan advertido; pero excepto por una carta que esta mañana despachó a su exnovia, nadie conoce su paradero. Eligió Gualeguaychú para refugiarse y llevar a cabo su plan, y ahora ya no queda nada que planear. Ahora todo es presente continuo. Es

preciso que ocurra lo que tiene que ocurrir, simplemente, o de otro modo sucederá otra cosa.

Por ejemplo, en lugar de tomar el arma se pone de pie: abre la ventana, observa a los chicos que juegan en el patio interior, del otro lado un hombre mayor hace lo mismo que él, lo saluda con una mano y sonríe, Mozzi devuelve el gesto; no se conocen pero hacen lo mismo, y esa timidez los acerca.

Pero si el otro supiera, no lo habría saludado. Hubiese corrido, en todo caso, atravesado el patio, luego habría subido los tres pisos con dificultad y mientras recuperaba el aire habría golpeado la puerta, impaciente. Ahora lo estaría haciendo. Quizá gritaría, y algún otro, más joven, derribaría la madera a punto de pudrirse y acabaría con todo. Pero el viejo no sabe y lo saluda, y Mozzi no tiene más remedio que imitarlo, en todo caso para no llamarle la atención. Responde al saludo del viejo y los dos observan a los chicos, abajo, jugando una especie de «medio» con una pelota demasiado chica, de tenis o paleta: gritan, se empujan, discuten por un pase equivocado. Le toca ir al centro al más gordo, y al instante deja entrever que sus esfuerzos serán mínimos. Incluso cancherea. Pero la sensación es que no sería capaz de otra cosa; correr lo pondría en evidencia, dado que no se trata de un par de kilos sino de algo más preocupante, de una decena se diría, tal vez dos, y su salud no debe ser más que una compleja red de casualidades, un núcleo de circunstancias fortuitas que, por el momento, lo mantienen a salvo.

Mozzi espía, entonces, más allá, el fragmento de calle que puede ver desde su posición; por entre los edificios, no demasiado altos, cinco o seis metros de vereda. Allí, un grupo de grandulones ensaya torpemente un paso de murga. Sin embargo, se divierten. Transmiten eso, al menos, y da envidia verlos. Parecen despreocupados, y cualquiera diría que son conscientes del absurdo que están protagonizando. Saltan; abren brazos y piernas y dirigen su mirada al cielo. Se detienen. Enseguida llevan a cabo una especie de formación: alguien da la orden y el movimiento regresa, y con él la falta de destreza y de sentido.

Avanzan hacia alguna parte («Bajarán hacia el río», supone). Pero en ese instante el último de la fila, un tipo de más de cincuenta, tropieza. Bastante más de cincuenta, piensa Mozzi. Se distrae, en verdad, porque ahora el otro se toma el tobillo, y aun a esa distancia puede intuirse el dolor. El tipo mira hacia arriba, al cielo, pero más bien como si insultara. Intenta dar un paso, pero es inútil. Se lo nota vencido. Decide sentarse sobre el cordón.

Mozzi no deja de observarlo, y de pronto se siente conmovido por la inacción de ese hombre, que parece suspendido en el tiempo. Es ahí que advierte un detalle: el ruido de la columna, tambores y gritos y palmas, toda esa efusividad contenida durante demasiado tiempo, se aleja más y más. Lo

dejan solo, y la ciudad —en la que también él está desahuciado— parece infinitamente más grande de lo que es. Parece grande, en realidad, o quizá no se trate de magnitud sino más bien de carácter: la ciudad entera (esa calle, la siguiente a lo sumo) se convierte de pronto en una suerte de triángulo bermudiano, un vacío, un elixir de la nada. Es ahí que una lágrima lo desborda; una lágrima, pero por dentro se siente empapado.

La idea absurda de ir a consolar a ese hombre —al que han dejado abandonado— lo domina por completo: más absurda, en todo caso, es la manera en que rodea la cama, de espaldas, tanteando el contorno con sus pantorri-llas, y una vez que llega al ángulo recto gira y de una pequeña carrera ya está en la puerta de la habitación, abre, sale (sin mirar atrás) y cierra.

Luego, tarda muy poco en llegar al lugar. Sin embargo, hay algo que lo confunde: el hombre no está. Lo asalta la duda de haberse equivocado. Lo niega. Enseguida lo toma en cuenta otra vez. Entonces busca su propia ventana, en el corazón de aquellos caserones. Jamás se ha ubicado con facilidad en ninguna parte, pero aunque le lleva algo de esfuerzo por fin la reconoce. Ésa, piensa, enorme y sin cortinas. Lo busca otra vez, inútilmente, a un lado y otro de la calle. Se resigna. Y como si quisiera imitar al otro o remedar su ausencia, se sienta ahora él en el cordón de la vereda.

Una sonrisa, surgida de ninguna parte, le llena la cara, sin que pueda detenerla. Es cierto que no hace nada por borrarla, pero también lo es el hecho de que intentarlo carecería de sentido. Primero es necesario reconocer su origen. Piensa un poco, la sonrisa no se va y él sigue pensando hasta que se dice: «Esto no pasó. Ese tipo no se torció el tobillo, ni se detuvo, ni nada. Yo sólo quise que ocurriera para complicar las cosas, para alargarlas y que pierdan la escasa cordura que ya tenían. Supongo que soy cagón», se dice. «Cagón», otra vez, ahora con los dientes apretados, en un gesto que ni él comprende, ni tampoco pretende justificar. Pero después: «Es inevitable morirse, y sin embargo es tan difícil». Y se vuelve a reír, pero ahora sabe de dónde llega. Esa tendencia suya a filosofar, a creer que un pensamiento o una duda se convierten sin más en una idea. Las verdades se buscan, piensa, en todo caso se encuentran buscando otra cosa, pero no surgen porque sí.

«Yo no busco nada», piensa, se dice a sí mismo otra vez, o se lo dice al que estaba sentado unos instantes atrás en el cordón de la vereda y cuya imagen, borrosa, todavía persiste. Dice esas palabras a su propia estela, que no termina de abandonarlo, pero que ya no le pertenece del todo porque ahora, sin saber cómo ni por qué (ni necesidad de preguntárselo, dado que va a morir en breve), está caminando. Parece como si se dirigiera a un sitio determinado. Camina, entonces, y se dirige a alguna parte.

Ha caminado tres cuadras, ha doblado a la derecha, se ha detenido a observar las máscaras de Carnaval en la vidriera de un negocio de dimensiones exageradas («de otra ciudad», piensa, prejuicioso), ha sonreído a un chico que sin querer le ha dado un empujón, ha doblado a la izquierda, luego ha seguido por esa calle más tranquila y ha husmeado sin disimulo las fachadas de los edificios hasta encontrar una puerta, pequeña, sórdida, a punto casi de derrumbarse o dejar de existir (una implosión hacia el vacío): observa bien, entra, atraviesa el pasillo angosto y antes de traspasar la otra puerta ya puede oír el sonido de las bolas, las voces, el vidrio acá y allá construyendo su coro desparejo y filoso.

Se dirige a la barra, directamente. Sabe que lo observan; sin embargo, su vestimenta no debería llamarles la atención. De hecho no lo hace. En unas semanas podría convertirse en uno de ellos. Se acomoda en la barra (amplia, despareja, atiborrada de marcas) y pide una jarra de vino. El tipo hace como si no lo escuchara: se toma su tiempo, termina de secar un vaso, lo observa a trasluz. Se acerca, y sin mirarlo le pregunta: «¿Sigues caluroso?». Mozzi asiente. «Demasiado». El tipo imita el gesto afirmativo, pero está en otra cosa. Revisa, o hace como que revisa, unos papeles desordenados. Después se agacha, saca una botella de tinto de la heladera, toma un pingüino de medio y lo llena. Se lo alcanza, junto con un vaso, y recién ahí: «¿De la casa, no?». No es preciso responder, así que Mozzi no lo hace. En cambio, advierte que algo ha cambiado; los cuarenta o cincuenta hombres que pueblan el salón han regresado a sus asuntos, olvidándolo. Unos juegan al billar, otros al truco o al tute. En una esquina otros tres conversan en un susurro, como si el mundo se estuviese resolviendo en esa mesa.

Mozzi apoya el codo en la madera añeja; bebe; ahora gira, casi imperceptible. A unos pocos metros, un tipo solitario levanta su vaso como si brindara, pero no lo mira. Está borracho, piensa, quién sabe desde cuándo. Se imagina, por un momento, ayudándolo a llegar al baño: el tipo meándose la mano y llevándose otra vez el vino a los labios, y más adelante la siesta sin fin en alguna parte de su propio infierno.

El tinto es mejor de lo que pensaba. Le cuesta poco tomarlo, e incluso sobrevive una sensación, levisima, de placer. Para qué mentir: está sabroso. Hasta se diría que el frío, que en cualquier otro momento lo hubiese asqueado (o lo hubiese obligado a simular el asco, porque como se sabe el tinto se bebe a temperatura ambiente, pero de todos modos el termómetro debe estar marcando como treinta y cinco grados), esta vez le agrada. Un tinto refrescado, se dice. Puede permitirse hacer eso porque está solo, porque nadie lo conoce ni tendrá tiempo de hacerlo, y porque de todas maneras es eso lo que le han servido, y no otra cosa. Una jarra de tinto de la casa, fresco, con cuerpo, largo y tempestuoso en el paladar.

Pero más allá, en una de las mesas de billar, oye que un grupo levanta el tono, por encima del bullicio que crece y crece. No quiere ser curioso —es un visitante, y eso no debe olvidarse—, pero mira: le parece ver al tipo del tobillo maltrecho y está por dejar todo, ir hacia él y pedirle explicaciones, exigirle casi una respuesta: por qué se fue, en realidad cómo es que se hizo invisible con esa facilidad, y de paso, si el hombre tiene tiempo, contarle de su angustia, de lo que no se anima a hacer, de los padres imbéciles que le han tocado en suerte —«Pero los tiene, joven, al menos», piensa que dirá el otro—, de su novia, a la que se encargó de dejar por separado antes de dejar este mundo, sobre todo hablarle de ella y de sus promesas, y de la traición breve, aunque definitiva, que tuvo que contemplar con sus propios ojos. Sin duda, ahora que observa mejor, no es el tipo, pero su ansiedad lo ahoga de tal modo que siente ganas de contárselo a cualquiera, no a todo el mundo sino a uno solo y en voz baja, y proponerle lo que ha pensado. La idea, absurda pero eficaz, que se le acaba de ocurrir.

No hay tiempo, sin embargo. Uno toma un taco de billar y sale corriendo, detrás del que lo insultó hace un instante y probablemente lo desafió a pelear (de lo del desafío Mozzi no está seguro, pero la conclusión, de acuerdo a lo que acaba de presenciar, es más que obvia, y también es obvio que el «desafiado» no es tonto: consciente de la diferencia de peso —unos veinte, veinticinco kilos, pero además hay que ver el poder de esos brazos—, tomó prestado un taco, después de todo no sin cierto sentido de la justicia, como para emparejar un poco las cosas). Todos corren, unos pocos gritan, otros pocos se quedan donde están: no es asunto de ellos. Tampoco es asunto de Mozzi, pero éste sale disparado —incluso olvida el tinto— y se arremolina, como la mayoría, en torno a la puerta. Todo el mundo se apretuja, ahora, tratando de salir al mismo tiempo, y cuando por fin le toca a él, último o penúltimo en la hilera desordenada, es tarde. Qué hubiese podido hacer, se pregunta tímidamente. Nada. Pero cualquier cosa, lo que fuera, hubiese aliviado el espectáculo triste, más bien trágico, de ver una cabeza toda enrojecida, desparramada casi en el piso, y a ese tipo todavía más triste de pie, a su lado, dueño de un patetismo sin límites, sonriendo y llorando al unísono, con el taco en la mano, diciendo entre sollozos y risas que no se sabe quién, no se sabe cuándo, volverá y pondrá las cosas en su sitio.

Ninguno sabe qué hacer, en medio de ese revoltijo de carne, sangre, olores, confusión y excreciones de todo tipo. Nadie se mueve, o algunos sí, pero da lo mismo: es como si giraran en círculos, como si treparan a los muros y se perdieran en el horizonte sin dejar una sola huella. Ninguno existe realmente, se diría, excepto dos: estos dos vuelven a su mesa, se sientan y uno le dice al otro, mientras bebe un sorbo de lo suyo y agarra

las cartas, mitad enojado, mitad como si atravesara un sueño: *Jugá, viejo, qué vas a hacer.*

LAS CINCO O SEIS CUADRAS que lo separan del río, ahora definitivamente cinco —atravesando diagonales que confunden—, lo hacen reflexionar. Mozzi piensa en lo que vivió hace un rato, se pregunta si lo vivió, si estuvo ahí, y el eco de su propia voz, aunque se trate sólo de pensamientos, le dice, le grita Sí, sí, idiota, ni siquiera el pánico te hace reaccionar. Quiere huir lo más pronto posible de sí mismo, y de su maldito deseo —evidentemente innato— de filosofar sobre cualquier estupidez (sabe que podría estar horas sin elaborar un concepto, un solo bosquejo de idea que valga la pena, no por falta de inteligencia sino por desidia, por aburrimiento sistemático en cierta forma), así que al instante admite que ha reaccionado, que sí, que todo eso fue un espanto, y que por eso su plan sigue intacto. Es decir, se dispone a ver el río, que de todas maneras nunca lo atrajo, por última vez. Mejor dicho: a pasar sus últimos momentos en el río, el tiempo necesario, se dice, pero ni un minuto más.

Bordea la costanera, atraviesa el puente, da unos rodeos por el parque pero, aunque carezca a esta altura de importancia, decide por fin que no le gusta, que jamás le ha gustado. De no ser por el casino, piensa, este pueblo estaría lleno de fantasmas.

Hace el camino inverso por el puente, pero en lugar de continuar por donde vino, baja los escalones de piedra, todavía al amparo de la luz diurna, y se dirige a donde están alineados los bancos («Acaban de pintarlos», piensa). Se recuesta en uno hasta que oye un ruido, unos ruidos: unas chicas corren peligrosamente cerca del agua, una tiene algo que las otras dos quieren, pero no cede. Se toquetean un poco, se pellizcan. Luego, la dueña del tesoro dice algo que Mozzi no alcanza a oír, pero tampoco le da el tiempo. «Ya», gritan casi a coro, y salen disparadas hacia el centro como un hermoso sueño, pero Mozzi no ha tenido ocasión de soñarlo.



Sueña despierto, si se quiere: a veces los lugares comunes son inmejorables para definir una situación. Y el estado de las cosas es éste: Mozzi mira el río —esa mugre, que sin embargo contiene su aroma con eficacia, casi con esmero— y descubre que no necesita nada más. Con eso le alcanza. Se levanta, y sin escapar del sueño mantiene, a la vera del río, un paso regular, medio, como disfrutando del paisaje. Sube una escalinata —ya es casi de noche—, transita el bulevar, llega al puerto y entre los pescadores, al final de todo, descubre a su socio, un borracho que apenas puede estar sentado. Pero nada parece tener fin, ni siquiera el sufrimiento de los que han sido traicionados y quieren retirarse dignamente de este mundo. El tipo rechaza la oferta, recuperando una cordura y un tono que unos momentos atrás parecían una utopía. Ni loco, dice. Quinientos dólares. «No». El Peugeot y los dólares, insiste Mozzi. «Para qué carajo quiere matarse». Eso no tiene importancia, dice Mozzi, tratando de que la desesperación no se le note, aunque de pronto piensa que quizá sería mejor que sí, que el otro vea que no hay escapatoria; pero en definitiva hace lo que puede. «Con uno por día basta», dice el otro; Mozzi advierte, recuerda, con alguna clase de tristeza, al pobre infeliz que terminó en el piso unas horas atrás, y piensa que seguramente ni llegó al hospital. Si es que alguien hizo el llamado. «A medianoche», le ruega, «atamos mis manos con cinta, tapamos la boca, y después es sólo un empujoncito». «Loco de mierda», dice el otro, pero lo dice fuerte, Mozzi se asusta y huye, evita correr para que nadie lo note pero está huyendo, tiene miedo, siente que se ha vuelto loco, que tiene miedo no sabe bien por qué, o por demasiadas cosas al mismo tiempo, y que por eso se lanza a correr, ahora, no sabe bien hacia dónde, ni por cuánto tiempo, ni qué cosa se le fue de las manos, no en uno, sino en dos planes perfectos.

ESTÁ SOLO EN ESTO. Lo sabe, y por eso no hay nada, ahora que ha tomado valor o conciencia, que pueda detenerlo.

Ha caminado por 25 de Mayo, se ha desviado hasta la iglesia, sin animarse a entrar ha pedido perdón desde la vereda, ha dado una vuelta completa a la plaza observando los ensayos, el griterío ridículo y los cánticos desencajados; ha tropezado también con un chico, por suerte sin arrastrarlo al llanto, le ha comprado un dulce y ha regresado a 25 de Mayo para cumplir con lo que se le ha impuesto, a esta altura, como un destino.

En una pizzería le parece ver al tipo del tobillo: tiene deseos de acercarse, preguntarle si está bien, si su lesión no ha provocado, acaso, que lo echaran de la comparsa. Pero enseguida irrumpe el reproche. Aunque no cruza la calle, lo único que quiere hacer en este momento —si no estuviese ocupado— es reprocharle su imprudencia, el hecho de desaparecer así como así

sin previo aviso, haciendo caso omiso de su preocupación e impidiéndole, de paso, terminar con lo que había empezado, lo que estaba animándose a empezar.

Decide caminar sin rumbo hasta que las piernas se le derrumben, y ahí sí regresar a su habitación, tomar el arma, y listo.

Ni siquiera piensa escribir otra carta.

No va a llamar a nadie, porque sabe que los reproches no agregan nada, y a lo sumo, si alguien se dedicara a recordarlo, sólo traerían a la memoria un sabor amargo, indigno para con alguien que, después de todo, toma sus propias decisiones cueste lo que cueste.

Camina sin rumbo, pero sus propias pisadas lo llevan hasta el hotel (aunque su instinto, a último momento, quiera serle fiel y le pida que doble, ahora que todavía está a tiempo). Pero no. Llega hasta la puerta, hace como que observa el interior de la sala y se sienta, tranquilo, en la escalinata de entrada.

Es una calle apartada, algo oscura, y es por eso que lo asombra que otra comparsa, de noche, doble y se dirija hacia él. Ocupan todo el ancho de la calle, y cuando pasan, aun con sus voces desafinadas y su arritmia a toda prueba —por suerte falta bastante para el Carnaval, en realidad les sobra tiempo para ajustar detalles—, es como si dejaran una estela no de alegría, mucho menos de tristeza o desencanto: se diría que han sido capaces de detener el tiempo un segundo, permitiendo que una suerte de espectro melancólico aterrice en medio de la calle, cubriéndolo todo con su belleza.

Cuando ya han avanzado unos metros, una nena de no más de seis años se desprende del grupo, corre, baña la cara de Mozzi con espuma y de un plumazo regresa con los otros.

Mozzi se limpia la cara. Sonríe, acaso sin quererlo. Nada ha cambiado, en definitiva: pero el modo en que parece girar el universo, una vez más, lo deja perplejo, desamparado, invisible ●

Que lo que sea *continúe*

[fragmento]

GUSTAVO FERREYRA

UNA VIDA no bastaría para huir de tu cara. Correría y no alcanzarían los caminos. Tus lindas facciones, terribles, y mi caquita cayéndome del culo para lubricar la entepierna y dar entonces zancadas más largas, más grotescas, desesperadamente distanciadoras. Tus facciones blandas, rellenas de miel rosa, rechonchitas de benevolencia y de repente el rayo traidor y todas ellas muy juntas, agarrotadas en los filos grises, impiadosos, y la cava de odio antiguo llevando a tu mirada la voluntad, ¿cómo decirlo?, dogmática de perderme. ¡Y yo que quería creer que siempre lo había sabido! Huía como del diablo mientras me aseguraba que no era nada sorprendente, que me lo había maliciado desde siempre y la caquita cremosa y cálida escurriéndose hasta las rodillas y quizás aun, en surcos, hasta los tobillos. ¡Sabía! ¡Sabía!, me gritaba, mudo corredor hediondo, y hubiera querido mordirme, mordirme bien fuerte las carnes, hincando los pobres caninos humanos, para atrapar me, para tenerme, para sentirme como hacedor de mi daño. ¡No quería ser sólo el huidor, el sorprendido! ¡Traidor!! Pulguito furibundo. Y yo que corría y mi boca ansiosa de morder perrunamente en la pantorrilla de la presa que escapaba. Yo corría y a la vez mi boca iba detrás de mí, para morder y salvar el honor.

¡Honor! ¡Honor! La caquita que iba con la gravedad y las muelas que de todas maneras avanzaban en victoria. Las muelas civilizadas, cargadas de plomos y de cerámicos, que no tendrían que ir por la dignidad pero iban. Iban como tropa del espíritu, las estúpidas muelas, a morder la carne. Falanges entrenadas por las palabras, metálicas, pueriles. ¡Tengo la boca disciplinada para salvar el honor! Pero corría. Y tan rápido que el viento secaba la caquita por debajo de las rodillas.

¡Y no sólo yo corría! La dignidad escapaba más rauda que yo, porque no hay más que perseguirla para que huya. ¡Incluso cualquier movimiento hacia ella la asusta! Arisca como un gato, sólo se aviene a acercarse si el cuerpo

en cuestión permanece inmóvil, como si la dignidad, en última instancia, estuviese formada por gases que se atraen por densidad, por volumen, vale decir, por masa. ¡No se puede ir tras la dignidad sino que ella tiene que venir a uno por peso gravitatorio, como los planetas atraen hacia sí una atmósfera! Y los dos fuimos asteroides en una época, Danielito, y girábamos mudos y azorados sin atmósfera, sin aura, reclamándole al señor Mundo aunque disimulando el reclamo porque lo sabíamos contraproducente. ¡Éramos amigos como sólo dos asteroides sin atmósfera pueden serlo! Amigos en la desnudez más helada, bóldos de formas disparatadas precipitándonos sin saberlo, sin conciencia, del perihelio al afelio, en órbitas demasiado extensas para nuestros tamaños. Y entonces nos reconocíamos en el vértigo sin sentido, eventualmente dañino, del mero fragmento que ya no aspira a ninguna totalidad, que ya ha fracasado en un pasado del que es imposible tener memoria. ¡Amiguito! ¡Fragmento de nada! Te saludaba y me saludabas. Ni siquiera cabía sospechar que fuéramos en órbita, no llegábamos a tener esa experiencia. Nos saludábamos y nos prometíamos que alguna vez extinguiríamos un reino.

Fragmentos de lo que no iba a formarse jamás, extinguidores de reinos, amigos dulces. Yo te mostraba mis manitas cortas y blancas para que vieras las imposibilidades casi infinitas de las que podríamos jactarnos los humanos. Manitas como remos en el océano, como aspas en el espacio. Te mostraba el escándalo de las manitas hacedoras, las manitas hacedoras de civilizaciones, para reírnos, para burlarnos, para ridiculizar a los pulgares. ¡Sí que nos reíamos de los pulgares! El bailar, le decíamos; los bailaores rechonchos. Con su danza mocha construyeron un mundo. ¡Con su danza masculina fertilizaron la Tierra! ¡A la mierda con los pulgares! Sí que han hecho imperio con su sensualidad petisa. Yo los movía delante de tus ojos para que supiéramos a qué atenernos con respecto al futuro. Los movía y era tan evidente la lascivia del baile que retrocedíamos a la infancia, al amor por los pulgares. ¡La infancia ama los pulgares y con esto está todo dicho! Sabe lo que tiene que saber. La adultez quizás agrega confusión y la prueba está en que olvida los pulgares. Se desenamora de ellos. Vale decir que se cae en la ignorancia.

Aun así, Danielito, éramos hermosos adolescentes. Por años, fuimos asteroides fusiformes y teníamos la benevolencia de las cosas. ¡Éramos bondadosos y te mostraba mis manitas! Y nos cruzábamos en el espacio sideral, en la negritud sin horizonte, y te saludaba en una breve despedida, acariciando el adiós con mis deditos. Nos cruzábamos y nos íbamos cada uno por su lado; éramos camaradas. La proverbial camaradería de los asteroides. Hasta que no se soporta más la asimetría, la fusiformidad y se envidia a las gráciles

esferas de tal modo que se traiciona. Y ya no estoy preso del sol, Daniel, sino de los hombres. ¡Me entregaste a los humanos, a los aprisionadores más tenaces, más férreos que se pudiera imaginar! El hombre es esencialmente aprisionador. Los mismos pulgares, corchitos bailaores y escandalosos, así lo determinan. Y pasan los años y no se olvidan de aprisionarme. Cuatro años y la persistencia sería llamativa si no se tratara de humanos. En la circularidad en la que deambulo aquí en Marcos Paz, por la que vuelvo siempre al lugar del que partí, se hace patente esta perseverancia de las manos prensiles.

En las cárceles se reproduce en realidad el sistema solar, sólo que en el centro está el vacío. Sigo girando, pequeño, fusiforme, sin lunas. Camino contra los pantalones que me obligan a llevar. Ante mis fuerzas, son pantalones duros y pesados. ¡Deberías saber cuán plomiza y férrea puede ser una tela! Camino con pasos muy cortos y dudosos y a veces retorno un pasito para atrás y vuelvo a empezar. No abandono mi circularidad de poeta, de ser en curso. A pesar de los pantalones, voy. Dicen que hace frío, pero lo de los pantalones es un ardid. No me quieren en ropas de mesías, no me quieren etéreo. Me echan encima las telas más densas y me aprisionan en la debilidad. ¡Y me quieren callado! Cuando he de hablar me demoro y los pájaros han volado. Abro la boca y es mucho el aire que entra, de todo el aire que se abalanza por los pasillos, y poco lo que puedo oponer. ¡Saco afuera tan poco del aliento que guardo! Aun así soy el profeta y he bautizado a decenas. No puedo dejar de ser el bienamado donde quiera que vaya. Vienen a mí con fervor y he decidido dar los sacramentos. No quería hacerlo todavía y me he visto obligado. ¡La colmena me necesita y me traen los néctares y las jaleas! Creen necesitar me fuerte e inmóvil y yo deambulo contra el peso de las ropas. Soy el asteroide todavía y me quieren de sol. ¡Ya entraré en combustión algún día! ¡Ya atravesaré el pórtico! Por ahora me acerco infinitamente y no lo atravieso. Descuento la distancia como la flecha de Zenón. ¡Estoy todavía de este lado, Danielito, y por esto te escribo! Para que tengas presente que, pese a tu traición, te saludo con mi manita sucia con las golosinas más diversas. Las mieles y los chocolates y las ambrosías vienen a mí porque soy reconocido como el piquito de oro, el divino infante. ¡Mis papacitos siempre lo supieron y ahora casi toda la cárcel se ha plegado a ellos! ¡Si se hubieran enterado de quiénes fueron vanguardia! Pero yo siempre fui —y ellos deberían admitirlo, dispersos como están en el agua de los océanos— el reyezuelo del estupor. A estas alturas estoy hecho ya de perplejidad y en donde quitan pedazos de ésta encuentran un vacío alarmante. ¡Los guardia-cárceles, Danielito, son dados a quitarme los pedazos y luego los colocan malamente, a como dé lugar, como quieran que caigan o que encastren! Quieren ver el misterio. ¡Yo mismo quisiera verlo si me fuera posible! Decir por fin ¡ajá!,

como el médico que descubre el tumor en una placa radiográfica. Pero, tras mis perplejidades, me he hecho tan profundo que he desaparecido. Me he ido en profundidad de un modo escandaloso. ¡Yo mismo me avergüenzo de no estar en donde debería, Danielito!

Soy una vergüenza que no calla y que busca nidos para sus pichones. Y pienso usar tu traición como de un objeto del que me he munido. ¡Tengo tu traición en mis manos, Danielito! Y no quisiera desaprovechar un útil. Te escribo para decírtelo. ¡Ha llegado el tiempo de las epístolas! Debo ir a los públicos, que me esperan con las manos sudadas entre las piernas. Tengo el secreto de la belleza y entonces refugian las manos entre los miembros y me aguardan. Y si no hay bellos muslos entre ellos no me importa; importan las manos sudadas. Así me escuchan los presos, con las manos entre las piernas y la cabeza algo gacha para oírme mejor. Es que hablo bajito y, aquí, las paredes se comen las palabras con facilidad. Los muros de la cárcel son más comedores de palabras que otra cosa. Comen y no se nutren y luego tampoco defecan. Y cualquier autopsia sería en vano. No van a entregar nada. De aquí que las epístolas se hagan tan necesarias. ¡Voy a enviártelas a ti, Danielito, que eres uno y que a la vez eres dos! Sentí pánico cuando vi a los dos Danieles y no sabía cuál de los dos eras en verdad. Ni siquiera se parecían tanto y aun así eran dos Danieles. No sabía si había uno al que amaba más, si uno era mejor que el otro, sólo con que hubiera dos era pavoroso. Y yo estaba imposibilitado para discernirlos. Vivo en estado de indiscernimiento con respecto a cuestiones bastante primordiales, diría, hasta básicas. Es el mal que aqueja a los que hemos ido con demasiado optimismo hacia las cosas. ¡Con mi fe, he pecado! «¡Yo soy el genio maligno!», le grité a Descartes y fui a las cosas creyéndome el confundidor, el hacedor de confusiones. ¡He tenido confianzas juveniles que me honran! El bello adolescente que fui debería ser puesto en un pedestal, al menos de plástico (una palangana volcada tal vez bastaría). Yo lo honro como a un ancestro que hubiera muerto ante las murallas de Jerusalén. ¡Me conmino a ser leal a él y los ojos se me llenan de lágrimas! Fue el asesino del infante, de Piquito de Oro, por exceso de optimismo y entonces huyó a las estepas. ¡La sangre de los asesinos corre por mis venas! Ya el adolescente levantó el cuchillo. Son ancestros, asesinado y asesino, frente a los cuales inclino la columna. Hicieron lo que hicieron por amor a mí, hicieron lo que hicieron por alarde optimista con respecto a mis dotes. ¡Infante y adolescente se sacrificaron por mí! ¡No fueron felices para darme todo! ¡Cómo podría no defraudarlos! Eran los seres del *carpe diem* y sin embargo no vivían el momento, se maceraban por mí en el frío de la heladera. No debieron haberlo hecho y lo hicieron y el mundo marcha como debiera. ¡Bravo por esa maceración! ¡Bravo por la húmeda heladera de mis padres,

la vieja Westinghouse de burlete roto en el fondo de la cual se maceraron el infante y el adolescente!

Supe ser el genio maligno, el confundidor de las sumas y las restas, el esposo zalamero de la raíz cuadrada de dos, el que puso a la vista la mariposita marrón del calzoncillo cartesiano, y ahora confundo las percepciones sensibles más simples. No discierno bien una piedra de un jabón, una toalla de un mantel, una almohada de un recluso. No discierno y los dos Danieles que vi me llenaron de pavora porque cualquiera de los dos —y eran en realidad bastante diferentes— podías ser vos, Daniel, Danielito, el amigo al que recurro. Ya me había pasado en una ocasión con mi madre. Hubo dos mujeres en la misma habitación que se decían mis madres y yo no podía decidir. Las dos me conminaban al discernimiento y yo caía en una bobalicona desesperación. ¡Hay que huir de los dilemas y eso hice! Escapé de los dilemas y en verdad que ninguno me persiguió. Los dilemas no son perros de presa que corren al que huye, más bien permanecen en el lugar esperando con paciencia la llegada del buen consorte.

Escapando de los dilemas he simulado correr tras el honor. ¡Y el honor sí que me ha tenido pavora, Danielito! Yo lo corría vestido con un delantal de maestra jardinera para que no me reconociera y engañarlo. Me he camuflado para sorprenderlo como tantas personas que he conocido y que han sido maestras en el arte de cortejar el honor. ¡Ay, la dignidad, Danielito! He conocido un moribundo que renegaba por una manchita de la dentadura postiza. Y creo que luego de eso ya no abrió la boca. Y si te figurás que aquí el honor queda en la puerta es porque no has estado nunca en un presidio. ¡En última instancia, hay que estar cerca de la animalidad para saber qué es el honor! ¡Cuando es el chimpancé el que te estira los labios para besarte, sí que buscás empinarte a como fuere! ¡Toda la cárcel no es más que una puja acérrima de honores! Exuda honor por todos los poros y hasta te diría que el honor asfixia. Afuera, las dentaduras trituran comida; aquí, mastican honor y lo muerden con mucha evidencia. ¡Cada almuerzo, cada cena es un rito de honores, donde las carnes más empinadas se muelen entre diente y diente! He visto hace unos días uno de los cuerpos más puramente honoríficos entre un canino y un molar, en realidad en un vacío de diente —¡justo un vacío de diente!— en una boca que, enfrente de mí, se abría fea y acompasadamente con simulada indiferencia. Era un pedazo de puro honor y se quedaba, tozudo, en el vacío de diente. Yo lo veía y ¿qué podía decir?, ¿qué podía señalar? Ese pedazo de honor que el hombre no iba a digerir me hacía caer en la aquiescencia, en cierta risa muda. El hombre tenía los ojos velados, en apariencia estaba resignado a ser el que era, lo que lo hacía absolutamente nítido, real, no se desdoblaba ni un micrón en lo que pretendía ser; y sin embargo, aun así, algo

insignificante lo podía despertar y, entonces, de repente, emergería un león de injurias y de ademanes y de gritos y aun de facas y de lo que te pudieras imaginar, porque ese cara de nada estaba dispuesto más allá del humus de las vísceras, más allá del núcleo de hierro de sus fes, más allá del vacío esencial que continúa al núcleo de hierro, a ser la dignidad misma, soldado último de la belleza, a declararse *in situ*, en los hechos verdaderamente irisados con la pelambre de la realidad, esa que se puede sentir como la pana de un peluche, un platónico *tout court*, un platónico desde siempre y para siempre. ¡Un cara de nada capaz de asegurarnos que la vida, estúpida y renegada, era al fin de cuentas platónica! ¡Que la vida se entregaba a los afanes de belleza, de justicia y de verdad! ¡Carajo! ¡Fui a la cárcel dando por muerto a Platón y los presos lo desenterraron ante mis ojos y le dieron vida con la energía maniática de unos Frankenstein! Ir a la cárcel fue ir a Platón. Y si alguien se atreviese a denigrarlo delante de uno de ellos, hay que atenerse a las consecuencias. Creo que más de uno, aferrado a la dignidad como un planeta a su órbita, daría horriblemente la vida por Platón.

En fin. Paseo por los pasillos vestido con el delantal de maestra jardinera por arriba de los pantalones y predico la benevolencia de las cosas. Mi lentitud me favorece. También favorece el acompañamiento de Cachimbo y Maloy. ¡No quisieron abandonarme y, aunque no fueron condenados como cómplices de mi crimen, viven conmigo en las catacumbas como buenos apóstoles! Los tres caminamos de la mano por los pasillos pasito a pasito y se nos abre paso como a dioses. ¡Somos mesías y no dioses, he murmurado muchas veces, pero aquí esas distinciones son menudencias! Quieren dioses para una fe que en verdad era muy antigua, porque desde siempre han creído en la benevolencia de las cosas. ¡No hay que convertirlos ni guiarlos sino más bien seguirlos! A veces, basta con seguir a un grupete de sabihondos y ellos mismos se encargan de ver el asunto en reversa, de futuro a pasado. Se alegran de no hacerse cargo de su sabiduría. ¡Y a fe mía que hay sabihondos en la cárcel! Prácticamente todos. No hay más que estar aquí unas semanas para que el sabihondo que está soterrado en cada uno de nosotros ocupe un sitial de postín, se acomode a sus anchas e imposte la voz. No hay presidiario que no guarde en sí una autoridad. La desarrolla para mantener la forma ante la autoridad de la sociedad, que inevitablemente quiere deformarlo. En fin. Son platónicos y, a la vez, sin contradicción, se entregan a la benevolencia de las cosas. Y mis prédicas, de voz pequeña y frágil, bien propia de quien viste un delantal de maestra jardinera, los fascinan. Se me han plegado adeptos y, al tenerme por su diminuto dios, quieren fortalecerme. Es una preocupación que yo desdeño. Me basta con el amamantamiento de Josefina. Me basta con esos nutrientes que avanzan hacia mí taconeando por estos pasillos

que quisieran ser cavilosos y que están meramente inmóviles en su muda frialdad. Desespero por escuchar, alguna vez, ese taconeo que me está vedado escuchar y que sólo imagino. Cuando entro a la habitación ella ya está allí. Según la operatoria, bien calculada, avanzó por pasillos que están más allá de mis oídos. Sé que va a amamantarme y recupero la motricidad de un buen bebé. Quiero decir que me vuelvo un lactante excelente y mi cuerpo se destraba. Veo a Josefina y me libero del peso de los pantalones, dejo de ser el lentificado. El vacío se escurre como si fuera un líquido. Josefina me llena de mí mismo y el sistema nervioso se vivifica al dejar de girar en vano, los engranajes muerden otros engranajes y el oso perezoso deja lugar al humano, al hijo más específicamente porque ella atraviesa los pasillos como madre y tal vez sea mejor no escuchar un taconeo meramente cariñoso. ¡Me trae los pechos, Danielito, y me trae a mí, que quiero ser esos pechos! La máquina parlante se detiene y retorna, por fin, el mamífero. La máquina parlante aturde al mamífero, y lo va a seguir aturdiendo hasta matarlo. ¡Pero todavía el mamífero mudo tiene tanto por guiar, por conducir! Ante Josefina soy un mamífero y el amor es mamifidad. Nadie entiende en verdad nuestro amor, porque nadie entiende al mamífero. Y menos nos entendemos nosotros, humanos, como mamíferos cabezones de grandes glándulas eléctricas. Veo a Josefina y pareciera que me suben la tensión con un potenciómetro. Ella me sonríe y sé perfectamente que no soy un dios sino un mesías plañidero y luego de que me habla y me siento a su lado (y me siento pegado a su cadera y casi un poco por debajo de su cadera) solamente un plañidero. ¡Me encantan los arrumacos y hasta las lágrimas entre sus pechos! ¡He llorado lamiscando un pezón rosa y tierno y luego de llorar he seguido y he seguido como aferrado a un dulce hasta asombrar a las patas de la cama! Pero es que hoy todas las cosas, filósofas, se asombran del mamífero que hemos llegado a ser, el que no se asombra de nada.

En fin. A poco que Josefina queda detrás de mí, vuelvo a lentificarme, los órganos otra vez se cristalizan y la sangre se retira a cuarteles de invierno. Pasito a pasito lucho contra la amenaza de la inmovilidad, que pareciera abrir sus fauces por debajo de mí. De todas maneras, creo que si por fin me quedara del todo duro, sería para pasar a un estadio superior de mi deificación. Me inclino a creer que, duro, volaría con mi delantal de maestra jardinera como capa. Y los presidiarios sabrían bien qué se traerá el asunto. Ninguna boca pronunciaría el nombre de Superman ni ninguna de esas tonterías. Con todo acierto, verían en mi vuelo el triunfo definitivo de Simón, el mago, sobre Pedro; el gran portal para la derrota de Jesús •

VALERIA TENTONI

LA CASA SE INUNDÓ

porque las ratas pusieron en el desagüe sus nidos
las hojas taparon las canaletas. Encontramos manchas de humedad con figuras
abrumadoramente imprecisas.
Talaron el árbol, pusimos piedras
sobre el tronco guillotinado.

Yo lloraba en un estúpido charquito de barro.

Había un gato negro acurrucado en la puerta
y cuando abrí entró, dijiste.
Se va a llamar Michael Jackson
y no va a entrar en la habitación, acordamos.
Compraste alimento en el quiosco
le serviste agua en una maceta que olvidó
el inquilino anterior.

Cuando llegué, el gato estaba entre las piedras
que detenían el avance trunco del árbol.
Era un minúsculo pompón desgreñado.
Saqué las piedras, una por una. Tuve miedo
de que estuviese muerto.
El gato no se movió hasta que giró la cabeza muy despacio
y me clavó sus ojos amarillos.
Uno de ellos estaba hundido por la presión de las espinas.
Era más bien horrible. Estaba aterrado
pero sostenía la mirada, algo que muchas de las personas que conozco
ya no pueden hacer. Escapó hacia el lavadero.

Le dejé una bufanda de lana por cuna, le dije que todo iba a estar bien.
En una lata vacía mezclé polvo blanco y agua de la canilla.
Ahora eso es leche que espera por la confianza de nuestro gato,
por un día en el que no haya nada de qué escaparse.

Por la mañana encontramos que algo había comido.
Pero ya no estaba ahí.

Yo estoy en el poema, ahora, preguntándome
si existió o no ese animal oscuro entre nosotros.
Yo estoy en el poema, ahora,
cambiando los tiempos verbales a pasado.

*There is a crack, a crack in everything
That's how the light gets in*
LEONARD COHEN

HOY TEMPRANO

la manijita del botiquín del baño falseó su tuerca
y cuando abrí para buscar el secador de pelo
se salió del todo.
Me quedaron rayitas de metal en la mano, se zafó
se erosionó, se terminó
su vida útil. Y todo así. Todas las cositas se autodestruyen
quieren pertenecer al polvo.
Ahora mismo, por ejemplo, se me están pasando los fideos. Pero sé
que son
los fideos o el poema.
También sé
no me engaño
que los fideos se me están pasando.

David Viñas y su agonística en torno a los «últimos argentinos» del siglo XX

HORACIO GONZÁLEZ

TESTAMENTARIO, David Viñas (1927-2011) escribió su última novela, que tituló *Tartabul o los últimos argentinos del siglo XX*, con un impulso de desafío final al lector. Lo invitaba a que transformara una especie extraña de ilegibilidad en otra especie no menos fantástica de legibilidad. No era Viñas amigo de especulaciones sobre la teoría de lectura como acto de significado póstumo que nos permite compaginar la trama agonística de la realidad. Sin embargo, iba inventando un género rememorante que sustraía deliberadamente los nexos de tiempo, espacio y administración de las expectativas, haciendo de la lectura de su postrera novela una aventura insondable. Desde luego, defendía la escritura que fuera capaz de conmover los cimientos de la nación (entendida como un vacío infinito cuya reparación reclamaba inexistentes redentismos), pero concluye lo que él llamaba «su faena» con un reto a la comprensión lineal, inmanente o saturada de transparencia. Por fin había llegado al límite último de la opacidad; el lector que entraba a ese infierno de conversaciones sólo podía desear escapar de ese enrejado de voces quebradas, o implorar que alguien le suministrara las claves para entenderlas.

Viñas vivió expulsando de sus ficciones los distintos nexos usuales de la gramática, que es lo que la escritura siempre le ofrece a la oralidad. Concibió la desmesura de una oralidad que, como los mapas que postulaba Borges (y no era éste su autor favorito), cubriera la totalidad de un territorio real, haciendo inútil la representación. Viñas por fin había consumado el proyecto de sustituir el terreno entero de la escritura por el atlas de una oralidad que la envolviese por completo. Pero a esta oralidad en estado de crudeza silvícola siempre hay que trabajarla, postular su verosimilitud como si efectivamente alguien lograra el imposible de abolir la escritura y dejar desnudo y solitario el imperio de una voz. Necesitó de la escritura para intentar revocarla o mejor, extinguirla.

De este modo, sólo pudo simular que rescindía la gramatología de su escritura, para presentar su conversación como el aflorar taumatúrgico de la voz. ¿Pero no es una escritura la que tenemos ante nuestros ojos? Sí, pero Viñas se dirige a un lector al que, si él hubiera sido menos orgulloso, le hubiera implorado que comprendiera que necesitaba ser cada vez más alegórico, con alegorías con cuyo anagrama no se contaba. Él tampoco lo sabía, y, si la sabía, confiaba en que sus lectores fueran indulgentes con su canto de destrucción de la literatura, que sin embargo todavía precisaba de la literatura para mostrar el esqueleto sin carne de la última agonía posible: esos diálogos entre sus personajes en que los implícitos sirven de deliberado obstáculo a lo que toda novela tiene de fatalmente naturalista cuando por fin enfrenta el último bastión de los intercambios dialógicos.

Tartabul... está hablada de esa manera, como en una caverna platónica en la que todavía no hubiera sonado la hora del lenguaje articulado, mientras que los que huían de esa prisión de sombras no sabían aconsejar otra cosa sino seguir de ese modo, como espectros descarnados. El aguatero sepulcral no era otra cosa que la conversación sin ciudad y sin cuerpo, sólo entelequias deshinchadas de recuerdos. Tan luego él, Viñas, el que había descubierto, adoptado o retraducido las nociones de cuerpo, ciudad, gesto, transpiración y mucosidad de la literatura argentina.

El monólogo es la esencia de la conversación que, si los entrecruza y los va conduciendo cada uno a su tiempo, no por eso logra que desaparezcan como irreductibles unidades de sentido. Viñas trabaja con los pedazos dispersos y las astillas quebradizas de lo que en algún momento fue la conversación arquetípica, la que tiende a la inteligibilidad. Aun Joyce, aun Faulkner, no se desprenden enteramente de la esperanza intelectual. Viñas llevó todo eso hasta las últimas consecuencias del desastre comprensivista. Están hablando sus ventrílocuos: los últimos argentinos del siglo XX. Pero, para decirlo de otra manera, enteramente justa, eran los últimos argentinos, sin más. Permanentemente asistimos al oscuro sentimiento de que hubo un tiempo anterior, mítico y extinto, cuyos detritus permitían que alguien escuchara esas voces hechas trizas, a cuyos restos no había que pedirles orden y sentido. Sólo destellos, lucidez instantánea y fugitiva.

Esos sueltos, dispersos cascajos del idioma, Viñas los toma como peñascos del habla nacional que, a punto ya de sumergirse, dilapida sus últimas claves. Pero el flujo carnavalesco del hablar de los personajes —Chuengo, Moira, Pity, el Griego y el esquivo *Tartabul*— parodia una arena fantasmal, que está allí sólo para tolerar sus bufonías trágicas. ¿No dejan en el lector la evanescente impresión de que esos nombres son máscaras de otras novelas, del propio Viñas, y más allá, de *Los siete locos*, o alguna otra localidad

ficcional del legado novelístico argentino, que a su vez sería otra vez una máscara, en este caso de un Dostoievski o de un Balzac?

El punto de arribo de Viñas es el de una mofa misericordiosa, pero a veces también sangrienta, por el mero hecho de estar hablando. De ahí que lo que toda ficción tiene el deber de representar, si esta noción aún conservase validez, sería tan sólo el sufrimiento mismo del hablar. Hablar sería una máscara provisoria cuyo tema es el recuerdo de lo que se extingue, y que sólo sigue en existencia por la íntima necesidad de que los últimos testigos balbuceen un saludo final a las voces en la inminencia de desaparecer.

En *Tartabul...* se pregunta y se contrapregunta; son diálogos, sí, pero tan lastimados que quizás *Tartabul* —una alusión a un personaje payasesco de una antigua novela argentina del ciclo realista, *La Bolsa*, de Julián Martel— es la caída del lenguaje en su basural originario: ese tartamudeo infernal que seguramente debe de haber precedido a las frases articuladas que de alguna manera ordenaron el sentido y al mismo tiempo lo privaron de su aura originaria de ofuscación y aspereza. El tartajeo, el implícito y la ausencia de sentido secuencial en los diálogos proponen un rompecabezas idiomático que alguna vez hubiera existido y que los conversadores encuentran luego que un daño esencial hubiera ocurrido, dispersando la débil unidad que se había logrado. En ese mundo ya nadie era inocente para buscar que se restaurara el sentido perdido, y conversar sobre el pasado era una punzante pasión que desechaba tener la paciencia para recomponer esas piezas desconsoladas en el vacío de los recuerdos, las revoluciones perdidas y los muertos sin sepultura.

En una conversación casual y sin prevenciones siempre hay sedimentos que quedan flotando en un líquido amniótico, escorias desdeñables de las que, sin embargo, surge la trama volcánica de donde sale el lenguaje. Viñas labora con el frenesí de la pregunta irrespondible por naturaleza: ¿dónde comienza el lenguaje? Su tono irónico y desencantado lo resolvía con su monólogo interior donde había toda clase de interlocutores invisibles: mientras hablaba en la ciudad y aludía a los cuerpos como último reducto de la realidad, su literatura se poblaba de fantasmas sin respiración, sólo con voces hechas huesos. Hablar lo hacía sufrir o lo volcaba a un sarcasmo sin límites. *Tartabul...* es la novela argentina que exhibe su origen en una fuente atormentada, pero muestra en su escritura el tormento en acción, haciendo de la lengua en que está concebida un pudridero refundador del idioma, no obstante presentado como el momento de la falta de redención. Pura gelatina crasa de la memoria, *Tartabul...* es una sucesión de historias resueltas con un despliegue rapsódico de estocadas verbales, repreguntas incesantes, torsiones enigmáticas de una lengua que parece un automatismo surrealista

regado con babas de adultos que se proponen no ser lascivos en sus medias confesiones, en sus silabeos eróticos, en sus insinuados ludibrios. Todo es un amplio y violento «titeo», concepto que Viñas había aislado en sus trabajos de crítica literaria para señalar el modo de deshonor arteramente a los inferiores.

Los personajes de *Tartabul...* se remedan, se chasquean, se escarnecen, se zumban a sí mismos. Por eso, quizás para abrir esa compuerta evocativa de una masmedula, Oliverio Gironde abre absurdamente la novela enmascarada, que encierra su propia aventura joyceana, en los truenos internos de la escritura rememorante; pero también hay otra burburja titilantemente encerrada en *Tartabul...*, que por momentos parece una extremación humorística de ciertas descripciones de Lezama Lima en *Paradiso* —orfebrerías místicas sobre objetos, animismos que en Viñas son concesiones a la ironía o al fastidio con el que se recarga el conversador, aunque cercanas a la cosmología lezamiana. Paradoja del antibarroco David Viñas.

Esto quizás explica las abundantes comillas que suspenden el fraseo, que en Viñas figuran el hecho de que no se sabe ni quién lo dice ni si forma parte de una hemiplejía sorprendente de la narración, como si Viñas se molestase con lo ya dicho, pero se le hiciera necesario seguir diciendo una y otra vez. En un falso presente absoluto, que de repente hace aparecer aquellas comillas en intercesiones que revelan algo que dice alguien miles de años antes, pero está allí como estalagmita que se puede seguir contemplando una vez más. ¿No son los diálogos esas estalagmitas? ¿Los guardianes cavernosos de un monólogo enloquecido que disimula su deshilván con la invocación de varios personajes, que remitirían al «conversando conmigo mismo» del notable escritor y general Lucio V. Mansilla, modelo atesorado y repudiado luego por Viñas?

Los álteres femeninos y masculinos de Viñas le permiten descender a los surtidores turbios del lenguaje, que van de la delicada obscenidad hasta la sensación vaporosa de que siempre se trata de discusiones irresueltas de una historia intelectual argentina, apenas velada por alusiones nerviosamente imprecisas, hasta que aparecen no pocos nombres propios, con los cuales Viñas entabla discusiones sobre la lucha armada o la elaboración de revistas en el exilio, rompiendo en todos los casos las secuencias narrativas enhebradas por un tiempo racionalizado y presentando en cambio el quiebre del nexo entre texto central y nota al pie, entre una frase y su posible continuidad tronchada, entre la memoria como urdimbre actuante y el fracaso de la memoria.

Viñas siempre escribió elegías, desde *Los dueños de la tierra* en adelante. Sólo que en *Tartabul...* la elegía aparece al descubierto, y la suma de voces

mezcladas es un llanto que, sin abandonar ni el consuelo de la parodia ni el aire de circo, es una bolsa de huesos que se entrecocan provocando sonidos de palabra humana o un tapiz del cual ya no sabemos si está al derecho o está al revés. Es el «revés de la trama» que Viñas ahora ha convertido en *Tartabul...* en una sepultura de las conexiones histórico-narrativas que habitualmente sostienen una novela —o que por lo menos sostenían las de sus comienzos, como, sin duda, *Hombres de a caballo*, que mantiene todavía un equilibrio entre acciones, escenas, cuadros vitales, diálogos o conflictos.

En *Tartabul...* todo eso ya se consagra como elemento a ser incluido en capas soterradas de la conciencia, espectros que teclean una epistolografía luctuosa y a un tiempo sexuada. Son epigramas que actúan como reliquia moral, las verdaderas acciones a golpes de sarcasmo lamentativo, seguidos de todas las menciones posibles a un escarnio redentor por la vía de lo irrisorio. Una cuestión amorosa contiene un comentario sobre el linimento Sloan, a modo de darle un colofón despechado, grotesco. Esta escritura que remeda telegramas apócrifos o el acto de pegar obleas engomadas en una pared con palabras-talismán, o, si no, con modismos o «ademanes» que le atribuye a Sarmiento como vivacidad corporal de la escritura, deja el sentimiento de que sólo así hablan los sobrevivientes y sólo así se sobrevive, hablando en el descuartizamiento de la memoria. O con la memoria descuartizada.

Montaje de cartas perdidas, viñetas, inscripciones en los carros, recorrido autobiográfico en círculos aflictivos o fraseos sin retornos que se entrecortan con una parodia al hablar de la gran ciudad —decir, por ejemplo, la palabra «Apart-hotel»—, que en el oído fino de Viñas suena como un escándalo idiomático a ser perdonado. Por eso *Tartabul...* perdona. Es una enciclopedia deshojada, cuyo personaje, Tartabul, tomado del interior mismo de la literatura argentina, probablemente represente la idea de que el testigo siempre tiene o debe tener algo de payascesco si no quiere tomarse en serio el martirologio de serlo.

Hay en Viñas una idea cíclica de la historia: fin del siglo XIX, fin del siglo XX, los «últimos argentinos», recurrencia mesiánica que él trata como «requisitoria y *fellatio*»; con alusiones en el borde de la agonía, asomando apenas una pizca que permite rescatarlas de la pérdida de sentido. Evidentemente, con *Tartabul...*, última novela de Viñas, el verdadero argentino póstumo, estamos ante un manual de retórica que rompe las ataduras con cualquier pedagogía u orden explicativo. Viñas marchó así hacia el anarquismo de la letra, al *collage* anunciado de una locura que en literatura significa un proyecto de salvación personal como sobreviviente que sólo guarda en su memoria un conjunto de retumbos de sus frases anteriores y las recombina como un poseído. Proyecto, al fin, inútil para él.

Los monólogos son lo que queda de diálogos remotos ya destrozados, con secuelas de barroca obscenidad que a veces permiten un extraño recuerdo de Leopoldo Marechal, autor que no había sido de la galería predilecta de Viñas. Quizás un Arlt recubierto por un Marechal, monstruo delicado y sonoro en el que, entre un plano y otro de la conversación, nunca decidimos si estamos hablando de la historia o de nuestro yo. O bien, en todo caso, de la imposible razón que sensatamente nos obliga a mantener circuncidado el Yo, pues sólo se promete en Viñas el desemboque en el cuerpo, las superficies de carne, pero luego se nos entregan astillas de oralidad que son tan escurridizas y arteras, tanto como parecen grabadas en cortezas de árboles.

¿No es así la memoria, que parece firme cuando es etérea y tornadiza cuando se sostiene en recuerdos brutales y concisos? La memoria histórica y corporal se convierte en las sombras de la memoria o sombras que sostienen memorias. La «evocación de las sombras», para entender una tragedia nacional. Viñas lo hace elegíacamente, sin programa político ni descripción de caracteres humanos en tanto caracteres sociales, como en Sarmiento. Subsiste la cuerda biográfica, pero descuartizada, perdiendo su sostén lingüístico.

Esta experiencia de escritura mitológica, libertaria y basada en un proyecto de hermetismo esclarecedor —éticamente formulado: se trata de renovar la persona moral del intelectual desolado— exige nuevos lectores. Sería fácil decir que apela al lector capaz de ver desciframientos detrás de cada embozo —a pesar que la novela está cubierta de nombres reales que rodean a los arquetipos gran-viñescos: Tartabul, Griego, Tapiro, Moira, Pity—, por lo que más adecuado sería pensar que el lector de esta novela debe construir un proyecto de lectura desacostumbrado, mítico e insultante. Debe ser también, como lector, un lírico fracasado capaz de extraer del infortunio los pedazos candentes de la reconstrucción de la vida, y ver la literatura en el interior, siempre, de un estado de agonía •

OSVALDO GUEVARA

PISADAS

*Camina
despacio
cerca de mis heridas
amor.*

*Aunque te deslices con blandura
tus pisadas
me aturden.*

*Siempre suenan
como si comenzaras
a alejarte.*

MÚSICAS

*Era el cuervo de Poe
inmóvil en el alba
a contraluz
sobre la rama más aguda
del árbol otoñal
ya sin hojas
finísimo.*

*Una agorera oscuridad
amedrentando los azules trémulos
era el pájaro.*

*Hasta que su canción
lo volvió transparencia
manantial diamantino.*

*Y se alumbró de músicas el día
meciéndose al unísono
la sangre
con el latir del sol
el respirar del aire
los números del trino.*

VITAL

*Delirante en la luz bajo la incauta
reciedumbre solar el mediodía
relampagueo en rojo mi energía
sin voz, sin piel, sin órbita, sin pauta.*

*Solitario y ansioso como un nauta
crispo mi sangre de alta travesía
y me la palpo pulpa de sandía
y me la escucho júbilo de flauta.*

*Día de agua frutal, de amor, de toros.
Su picotazo eléctrico en los poros
me hace llamas los pies, humo el cabello.*

*Siento al pájaro en mí volverse hondura
y que la vida bárbara y oscura
raspa un cuchillo azul contra mi cuello.*

Ese verano a oscuras

MARIANA ENRÍQUEZ

Estábamos hartas de que nos dijeran «No hay asesinos seriales en la Argentina». Nos hablaban apenas de un hombre monstruo asesino de niños en los años treinta, un hijo de italianos que dormía con cadáveres de pájaros bajo la cama, pero ¡estaban tan lejos los años treinta! No era otro tiempo, era otro planeta. ¿Ni uno ahora? Ninguno. Había criminales crueles pero mataban a sus mujeres, a su familia, por venganza, por dinero. No mataban con método ni por puro placer ni por necesidad, por ansiedad, por compulsión. Nosotras, mi amiga Virginia y yo, habíamos conseguido un libro sobre asesinos seriales norteamericanos en la feria de usados del parque y estábamos obsesionadas. El cinturón de piel decorado con pezones de Ed Gein, los cadáveres que enterraba bajo el parquet John Wayne Gacy, el Payaso Asesino; Richard Ramírez, que se metía en las casas por la noche silencioso como una sombra. Nuestros padres, enojados, nos decían morbosas, ¿no había bastante muerte ya?, hablaban de la dictadura y los torturadores; no entendían que a nosotras nos gustaba otro tipo de infierno, uno de máscaras y motosierras, de pentagramas pintados con sangre en la pared y cabezas guardadas en la heladera.

Ese verano leíamos el libro y nos metíamos a la pileta de plástico en casa de Virginia. No había mucho más que hacer. La electricidad se cortaba por orden del gobierno, para ahorrar energía, en turnos de ocho horas. Mi padre nos había explicado que de las tres centrales energéticas del país sólo funcionaba una, y mal. Para las otras dos hacía falta dinero, inversiones, y el país no iba a conseguir ni un peso porque debía demasiado. Entonces: no iban a funcionar. ¿Ibamos a estar sin luz para siempre?, pregunté yo una tarde, llorando. No había cines. No nos dejaban caminar por algunas calles demasiado oscuras. A veces la electricidad no regresaba después de las ocho horas prometidas y estábamos a oscuras un día completo. Todos los partidos de fútbol se jugaban de día. No había baterías ni grupos electrógenos en

toda la ciudad. No se escuchaba música. La televisión duraba apenas cuatro horas, hasta la medianoche, y ya no pasaba buenas películas. Yo no quería vivir así. También subían los precios. Si compraba cigarrillos para mi madre por la mañana a dos pesos, a la tarde, el segundo paquete, costaba tres pesos. Los nombres de nuestro fin del mundo, crisis energética, hiperinflación, deuda externa, obediencia debida, peste rosa. Era 1989 y no había futuro. A los quince años, cuando una chica no tiene futuro, toma sol con todo el cuerpo cubierto de Coca-Cola y a la piel pegoteada se acercan las moscas. O compra marihuana compactada en Paraguay, ladrillos verdes de cincuenta gramos que, cuando se parten, apestan a tóxicos y orín. O se enamora de la muerte y se tiñe el pelo y los *jeans* de negro, y si puede se compra un velo y guantes de encaje.

Virginia y yo hacíamos alguna de esas cosas y además soñábamos con asesinos seriales. Si nuestros padres nos retaban, lo hacían sin entusiasmo. No recuerdo demasiado a los padres ese verano. A ningún padre. O estaban buscando trabajo o estaban deprimidos en la cama o tomando vino frente al televisor apagado o estaban en el consulado intentando conseguir alguna ciudadanía europea para escaparse, cualquier ciudadanía europea.

Nuestra rutina era sencilla. De día estábamos en la pileta aunque jurábamos odiar el sol y después nos sentábamos en la vereda o en la plaza, y, si por milagro alguna conseguía pilas, escuchábamos música en el grabador. Yo extrañaba la música más que cualquier otra cosa, mis casetes prolijamente etiquetados que estaban muertos en el cajón porque si la electricidad volvía a la noche podía escuchar solamente unas pocas horas, en casa tenían que dormir, mis auriculares estaban rotos y no podía comprarme otros. Si ninguna conseguía pilas, que era lo más normal, leíamos nuestro libro de asesinos seriales. En la plaza fumábamos tranquilas cigarrillos robados a padres y madres y tíos. También fumábamos en la escalera de mi edificio, que siempre estaba fresca. No se veía nada en la escalera, pero al menos no hacía calor. La fresca oscuridad. Las brasas se encendían con cada pitada, anaranjadas como luz de luciérnagas, y cuando alguien bajaba la escalera, a veces con una linterna, otras tanteando las paredes, no nos prestaba atención. Nadie nos prestaba atención. Si preguntaban por el punzante y todavía desconocido (para ellos, para los adultos) olor a marihuana, les decíamos que era incienso y lo creían. Ellos mismos le compraban incienso a los *hippies* de la plaza, a veces para ponérselo a algún santito de yeso, a San Cayetano o a la Virgen, pidiendo trabajo.

Era aburrido el verano del fin del mundo y no se terminaba nunca.

Cambió todo cuando mi vecino del séptimo piso, a quien conocíamos sólo como Carrasco, mató a su mujer y a su hija y se escapó.

El crimen fue bueno para todos. Las cuatro horas de televisión de cada noche se dedicaban únicamente a Carrasco y su familia asesinada. Cuando terminaban la transmisión, la expectativa, las ganas de esperar por más detalles del caso la próxima noche ayudaban a pasar el día, a olvidarse de que Pity el quiosquero estaba en el hospital de vuelta, la ambulancia había venido otra vez, ya sin sirena, y decían que esta vez sí, esta vez no volvía del hospital. Nosotras creíamos que la familia deseaba que se muriera porque cada vez iban menos clientes al quiosco, tenían miedo de contagiarse sida si compraban caramelos. Nosotras no. Nos habían explicado cómo se contagiaba el virus. Odiábamos a la gente estúpida, ignorante, y si podíamos conseguir dinero comprábamos en el quiosco galletitas y Coca-Cola y jugos en polvo, cualquier cosa artificial. Nos gustaba todo lo artificial, los caramelos Fizz que burbujeaban en la lengua, el helado sabor crema del cielo, que era de color celeste, todo lo que se disolviera o creciera en el agua. También nos gustaba Pity y no queríamos que se muriera, pero nadie parecía capaz de sobrevivir al sida ese verano.

Carrasco había matado a su mujer, la bailarina, mientras ella dormía. A cuchillazos, a través de la sábana (ese detalle me perturbaba, ¿qué hacía tapada con una sábana con semejante calor?). Los investigadores lo sabían porque la había dejado cubierta por la tela y las rasgaduras coincidían con los tajos en el cuerpo, menos con los del cuello y la mejilla. Había usado un cuchillo especial, para cortar huesos del asado. La mujer era bailarina; yo la veía subir y bajar las escaleras con sus piernas fuertes, había que tener músculos entrenados para subir siete pisos en la oscuridad y no agitarse como la mayoría de los vecinos, que paraban en los descansos y jadeaban como asmáticos. Ella no: tenía fuerza. Pero me decepcionó saber que era bailarina de folclore, de danzas criollas, yo creía que era *ballerina*, clásica, puntas de pie, rodete y cisne negro. En fin: igual nadie estaba demasiado preocupado por el destino de la pobre esposa bailarina teniendo en cuenta lo que Carrasco le había hecho a la hija.

Yo no la vi colgar. Con los años, tanta gente juraba haberla visto muy quieta, la cara contra el edificio y las piernas separadas en el aire, que se volvió un chiste la mentira, ese falso «Yo la vi». Con certeza la vio el hermano de Pity, que estaba despierto porque su hermano agonizaba y él tenía insomnio. Salíó a fumar al balcón, vivía en el edificio frente al nuestro, justo sobre su quiosco. Levantó la cabeza y vio a la nena, ahorcada con una sábana, colgando de la ventana. Él llamó a la policía. Cómo aguantó el nudo que hizo su padre, por qué no se desprendió, por qué no se desató si la nena tenía unos diez años y no era menudita, era bastante alta y algo gorda; nadie se explicaba la resistencia de esa sábana y la falta de efecto del pesado cuerpo. La policía usó una escalera

para descolgarla y eso sí lo vio bastante gente, pero no tanta, porque tapaba una visión ideal el camión de los bomberos. La policía no dejó que registraran el descuelgue las cámaras de televisión. Había más pudor en 1989.

La nena estaba muerta ya cuando su padre la colgó. La había apuñalado varias veces, la dejó desangrarse en el piso del comedor y después la ató de la ventana de la habitación, como si fuera una bandera o una muñeca. La ató de una manera compleja, con un nudo que pasaba bajo sus axilas y se cerraba sobre el cuello. Estuvo colgada así, calculaban, poco más de una hora. De no ser por el cigarrillo y la angustia del hermano de Pity, hubiera amanecido muerta y colgando, con el pelo color chocolate ardiendo bajo el sol.

Mi familia y yo, desde el segundo piso, no escuchamos nada. Los del sexto B, justo debajo del departamento de Carrasco, estaban de vacaciones, tenían una casa en la costa que iban a vender en menos de seis meses. Después, cuando hubo que declarar ante el juez, algunos vecinos mencionaron gritos pero, avergonzados, dijeron que era algo habitual. Carrasco y la bailarina peleaban mucho. Carrasco era celoso, un gordo pelado que transpiraba hiciese frío o calor y que nunca sonreía. El hermano de Pity tenía encendido su muy ruidoso ventilador, que le tapaba todos los ruidos. Pero además Carrasco había atacado mientras dormían, así que si hubo esos gritos que algunos vecinos aseguraron haber oído, fueron pocos o breves.

Nosotras apenas conocíamos a la nena. Aprendimos que se llamaba Clara («Clarita») por los diarios. Pensábamos en ella, colgando sola de la ventana, a la noche; pensábamos en el ruido de su cuerpo al caer, si hubiese caído. Mi madre empezó a fumar más todavía y a soñar con la nena. Pero el efecto inmediato fue que no nos dejaban salir solas porque tenían miedo de que Carrasco volviera. Tuvimos que explicarles las cosas a nuestros padres con cansancio, con conocimiento. Sí, cierto, los asesinos volvían al lugar del crimen, así que podíamos esperar que alguna noche Carrasco apareciera, aunque era difícil semejante riesgo de su parte: la policía custodiaba el edificio. Si volvía podía pasar por la esquina, por ejemplo: no es que los asesinos volvían a pisar el mismo lugar exacto. David Berkowitz, el hijo de Sam, que mató en Nueva York durante los setenta, ¡y también en una época de cortes de luz!, volvía porque ver las escenas de sus crímenes le causaba placer, era como mirar chicas desnudas para él. Y no, era muy poco probable que Carrasco matara a alguien más, salvo quizá al amante de la bailarina: ahora sabíamos que ella, la esposa, la muerta, tenía un novio; con él iba a escaparse. ¿Adónde? Eso nos asombraba. Porque plata para salir de Argentina seguro no tenían, si eran vecinos nuestros quería decir que eran bastante pobres. Y mudarse adentro de la Argentina ¿qué sentido tenía? Todo el país estaba sin luz, sin dinero, sin trabajo, sin ganas.

—Ella debía de ser como esas mujeres que tienen hijos durante la guerra —decía mi amiga Virginia, mientras se miraba críticamente las piernas en la pileta: no conseguía una buena crema depilatoria porque la que usaba era importada y ya no había más importaciones.

—¿Qué mujeres?

—Yo vi una película una vez. Hay mujeres que cuando hay guerra les gusta quedar embarazadas. Dicen que dar vida es como combatir a la muerte, una estupidez así. Es la misma mentalidad que tu vecina que se iba a escapar con el amante.

—Es verdad, adónde vas a ir si no se consigue nafta.

—Por ejemplo. ¿Por qué no se puede importar nafta, vos sabés?

—Porque no tenemos plata. Mi papá dice que los militares van a voltear al gobierno.

Virginia se arrancó un pelito con la pinza de depilar oxidada de su madre.

—Cómo duele depilarse así, qué mierda —dijo.

Entonces: les explicamos a nuestros padres que era muy poco probable que Carrasco siguiera matando porque, tal como ellos se habían cansado de repetirnos, no era un asesino serial. Matar a la familia en un ataque de celos no era conducta de asesino serial. Era pura rabia y machismo, nada de orden y método, nada de arte.

Yo dije eso de «nada de arte», se lo dije a mi mamá. Intentó darme un cachetazo, que evité porque ella estaba muy lenta por los tranquilizantes y yo estaba más rápida que nunca. «¡Estás loca, vos!», gritó. Y me reí bajando la escalera en una corrida espectacular a plena oscuridad del mediodía.

En algo tuvieron razón nuestros padres. Carrasco volvió. Hasta hoy, Virginia y yo discutimos sobre si fue una alucinación o una sugestión. Pero yo creo que fue Carrasco y cuando lo cuento siempre veo a Carrasco en la penumbra. Las escaleras de mi edificio eran plenamente oscuras porque no tenían ventanas, al menos no en todos los pisos. El descanso que usábamos para pasar frescas la tardecita y fumar tranquilas era el más oscuro de todos: el del tercer piso. Recién había ventana en el quinto y otra en el primero. Sin la luz de los pasillos, sin la luz del ascensor, era como estar en una tumba amplia y concurrida, porque los vecinos iban y venían. Todavía más desde el crimen: en vez de retenerlos encerrados los había sacado, seguramente de nervios, el sacudón, no sé. A todos nos vino bien, fue algo de qué hablar, algo que esperar, algo que nos hacía olvidar de la muerte de Pity, a quien no aceptaron en ninguna casa de servicios fúnebres, hubo que velarlo en su departamento, a la luz de las velas para colmo, las sombras le afilaban todavía más la cara, parecía una mujercita

vieja envuelta en un trapo blanco. Pity, que había sido tan lindo, con su pelo largo y la dentadura perfecta.

A pesar de que la escalera era muy oscura, alguna luz llegaba durante el día. De dónde, no lo sé: la verdad es que se podía ver en la oscuridad después de un rato. Muy poco, las formas apenas. Los ojos se acostumbraban. O a lo mejor era el resto de luz del encendedor o de las brasas del cigarrillo.

Esa tarde fumábamos Marlboro, Virginia le había robado medio atado a su tío, que siempre tenía abiertos varios paquetes a la vez porque era muy nervioso. Al principio no querían que estuviéramos en la escalera por miedo a Carrasco, pero el policía de la puerta había convencido a todos en el edificio de que él (o ellos, porque había tres policías haciendo guardia) no iba a dejar que entrara nadie sin identificación, y aflojaron los controles. Así que fumábamos y hablábamos de no sé qué, de alguna tintura para tela que nos había manchado las remeras, o de cómo teñirnos el pelo con papel crepé. Y entonces escuchamos pasos en la escalera y la persona que subía —porque subía— se paró frente a nosotros. No distinguíamos bien su forma. Era una mancha negra, humana pero desconocida. Se paró y nos miró; aunque no le vimos los ojos, nos miró. Virginia le dijo «Hola», y cuando no nos contestó ni se movió nos llenó el estómago un miedo frío y yo supe que era Carrasco, que era un asesino serial y nos iba a colgar como se colgaban las banderas argentinas durante los Mundiales: de un balcón. No sé cómo me paré y salí corriendo y Virginia me siguió, gritando. Llegamos hasta la planta baja y empezamos a contarle atropelladamente al policía lo que habíamos visto, tan seguras y llorando que el hombre llamó a una patrulla y dieron orden de desalojar. Todos los vecinos en la calle, en el calor amable del atardecer, preguntándonos qué habíamos visto y nosotras diciendo que a Carrasco, que su gordura, el olor a transpiración de hombre que era inconfundible.

La policía rastreó todos los departamentos —nadie se negó a salir— y no encontró nada. Uno de los agentes nos llevó hasta el patrullero y nos quiso asustar diciendo que no debíamos inventar cosas porque era delito. También nos trató con desprecio y nos miró un poco las tetas: las dos teníamos musculosas negras apretadas. Nos salió con la pavada del pastorcito mentiroso y el lobo y yo pensé: «Lobo serás vos, ¿no serás torturador vos?», ningún policía de la dictadura estaba preso en esa época, «Peor que Carrasco sos vos», pensé y quise escupirlo pero me contuve porque sabía de lo que era capaz un policía. Y porque justo cuando pensaba escupirlo volvió la electricidad y los vecinos regresaron con un suspiro de alivio a sus departamentos para ver el noticiero de las siete. Querían enterarse si el amante de la bailarina era también el padre de Clarita, lo que explicaba el asesinato un poco, y, sobre todo, querían saber si había caído el gobierno de una buena vez ●

Lumbre

[fragmento]

HERNÁN RONSINO

El tecleo de la máquina de escribir es igual al ruido que hacían las cañas cuando Areco las cortaba con las rodillas. Las cañas secas. Dígame, pregunta la oficial Di Gliemo, cuándo fue la última vez que vio al señor Fernando Lernú. Recibí una carta en Buenos Aires. Quería, en esa época, construir una vida que no tuviera ninguna marca del pueblo. Que no tuviera, incluso, relación con esos hombres del barrio. Con el Viejo, en definitiva. Pajarito Lernú siempre fue, en esa constelación de hombres que trataban de imponer su trazo firme en el barro líquido, un tipo que planeó todo el tiempo escapar. Mover los límites. Pero en cada intento se le torcía el impulso. El fango abrió sus fauces. Y lo fue devorando, de a poco, lentamente. La carta que recibí en Buenos Aires, una tarde fría de finales de agosto de 1990, Pajarito la firmaba desde la Colonia Wagner. Es decir: otra vez lo acababan de internar y decía, con una letra temblorosa y chiquita, que quería verme. No le digas a tu Viejo, pero es urgente. Tuve durante dos semanas la carta susurrándome. Esa frase me golpeaba como un eco. Hasta que un viernes a la tardecita decidí viajar en tren hasta Colonia Wagner. Llegué a las once de la noche. Los plátanos que bordeaban el camino principal tenían los tallos pintados de blanco. Y unos pequeños brotes trepaban por las ramas. El hospital, con los paredones enormes, se recostaba contra la orilla del río Salado. Parecía un fortín. O un castillo medieval dibujado contra la pampa. Tal vez así lo imaginó Leo Wagner cuando le compró las tierras a Grisolia y decidió construir una colonia psiquiátrica donde antes había estado la barbarie; en esos términos, según parece, pensaba Leo Wagner. El pueblo se levantó alrededor del hospital. Cuando murió Wagner, a fines de la década del treinta, el hospital fue entrando en una situación de profundo deterioro. Hasta que cerró, finalmente, en 1941. En 1944 fue la inundación la que se comió lentamente los cimientos de la construcción original. Es decir, la nave central levantada por las manos del mismísimo Leo Wagner a mediados de la

década del veinte. Durante cinco años, la colonia fue un pueblo semiborrado por el agua. Y desolado. En 1949 se lo incorporó al sistema de salud pública. Construyeron un anexo nuevo. Y asfaltaron el camino principal que conecta con Indacochea. Y, así, se reactivó el pueblo que siguió llamándose Colonia Wagner. En agosto de 1990, frente al hospital, había una estación de servicio donde paraban los micros que entraban al pueblo y una casa que alquilaba piezas para que los familiares de los internados pudieran pasar la noche. Ahí pasé la noche. Escribí tres poemas, antes de dormirme, mirando por la ventana —imaginando, mejor, el dibujo irregular del río—, porque el río a esa hora de la noche era una mancha imprecisa, una confusión constante con el cielo o con la pampa. Cada tanto aparecía un indicio. Las luces del hospital, por ejemplo, creaban un reflejo en el río. Pero era un reflejo. Como la pampa misma. A las ocho de la mañana me presenté en el hospital. Media hora después, un enfermero me hizo recorrer un pasillo bordeado por ventanales que daban al río. El Salado, a fines de agosto, es un río caudaloso pero angosto. Hay cosas que son pequeñas, en apariencia, pero que, en su pequeñez, provocan un efecto perdurable. Siempre traté de escribir un poema que pudiera reflejar ese efecto y ese recorrido: ciento cincuenta metros, más o menos; el enfermero caminando en silencio delante mío, guiándome; una luz clara, matinal, trazando sombras en el piso; los ventanales dando al río, pequeño pero caudaloso; detrás del río, el campo. Y esperando, en el fondo del pasillo, Pajarito Lernú, silencioso, con las manos apretadas. Hay cosas que son pequeñas pero, en su pequeñez, perduran. Como los pasos del enfermero. Como el río ése. Cuando Pajarito me vio, sonrió. No me abrazó ni me dijo nada del pueblo, ni del Viejo. Sonrió. Y la sonrisa fue una puerta que disparó la verbosidad. Era su forma de demostrar afecto. No sé por qué recuerdo, mientras empezó a hablar como un río caudaloso, el tamaño de las uñas de sus manos. Nos sentamos en un banco, bajo un ventanal enorme. Atrás, casi pegado al ventanal, el río. Pajarito me empezó a contar un recuerdo. Dijo que estaba escribiendo una tropilla de recuerdos. Que había días que tenía miedo de que se le escaparan del corral. Las palabras sirven para proteger a la tropilla adentro. En el corral. Como hicieron Mastronardi y Sarmiento con sus recuerdos. Construir corrales. Cómo se hace para atrapar un recuerdo. Se mueven como esos bichos que vuelan alrededor de los faroles. En verano, las lámparas están rodeadas de cotorras y bichos. Siempre me pregunté si esos bichos que se movían, inquietos, por las noches de verano eran los mismos que, al otro día, aparecían amontonados, rodeando las lámparas, muertos. Estoy escribiendo un recuerdo, dijo Pajarito. Tankel filma *La sombra del pasado*. La filma en el pueblo. Una película de bajo presupuesto. Con actores locales y actores de Buenos

Aires. Se estrena en 1946, primero en Buenos Aires y después en Chivilcoy. El guión, como se sabe, lo escribe ese tal Julio Denis cuando todavía vivía en la pensión Varzilio. Denis daba clases en la escuela Normal. Había llegado al pueblo en el 39 de Bolívar. Pero tenía su familia en Buenos Aires, en Banfield. Por eso viajaba cada tanto, los fines de semana, mayormente, en tren a visitarlos. Denis en realidad había nacido, de casualidad, en Bélgica porque su padre era diplomático. Parece que tenía un tono afrancesado o un problema con las erres. No se sabía bien. Y como había nacido en Bélgica le decían El Muchachico Belga, contaba entonces Pajarito. Parece que Tankel justificaba ese arrastrar de la lengua por haber nacido cerca de Francia. Tankel era polaco pero tenía otras dificultades para hablar y para escribir en español. A Julio Denis la poesía de Carlos Ortiz siempre le pareció menor. Por lo menos, decía Pajarito, es lo que aparece en el guión. Denis dice que la poesía de Ortiz es una poesía menor, que hubiera quedado en el olvido de no ser por dos cuestiones. Primero: el asesinato. Segundo: Ortiz era amigo de Rubén Darío, de Lugones y toda esa crema modernista. Se murió justo para tener su estatua. Por eso Denis piensa al asesinato de Ortiz como la reescritura (la palabra *reescribir* Denis la pone con una e) de la dicotomía civilización/barbarie. La intención de Denis era ponerle al protagonista de la película, a Ortiz, el nombre de su héroe, el héroe del libro *El poema de las mieses*, Ervar. Pero Tankel era el director y el que realizaría, finalmente, la película. Y se negó. En las primeras páginas del guión Tankel tachó el nombre Ervar y escribió sobre la tachadura el de Carlos Ortiz. El guión es la adaptación del libro *Sangre nuestra*, de Ghiraldo. Eso hizo Denis, adaptar la compleja trama de ese libro urgente. Compilado al calor de los episodios que, incluso, comprende las actas del juicio. Denis simplifica en una trama evocativa —los recuerdos de Ortiz agonizando en la madrugada del 3 de marzo, junto al cuerpo la madre que reza—; simplifica lo que en *Sangre nuestra* aparece desordenado y caótico. Denis versiona, para la película que Tankel realizará, un hecho ocurrido en 1910 y que aparece narrado en el libro de Ghiraldo un año después. El hecho narrado, como se sabe, es la muerte del poeta Carlos Ortiz. La noche del 2 de marzo de 1910 se celebra, algunos dicen, un mitin político, otros, la despedida de Alejandro Mathus, profesor en la escuela Normal, trasladado a Mendoza —por asuntos de polleras con una alumna— en el Club Social. Lo curioso, decía Pajarito, es que Mathus y Denis fueran profesores de la escuela Normal y, luego, por distintos motivos y épocas también distintas, trasladados a Mendoza. Que la figura del traslado reaparezca tanto en uno de los que gesta la reunión, esa noche del 2 de marzo, y en la vida del guionista que escribe sobre esa noche del 2 de marzo, no deja de ser curioso. Como sea. Esa noche de poesía y violencia aún resuena en la

memoria de todos, sentenció. Y de pronto la voz incesante se detuvo. Pajarito se quedó fijo, mirando un punto en el suelo. La luz entraba por los ventanales. Le pregunté si se sentía bien. Si quería que llamara a algún enfermero. Él me miró. Me miró, un buen rato, achinando los ojos. Logró incomodarme. Entonces se paró. Dijo que necesitaba aire. Abrió una de las ventanas. El aire del campo, más que el del río, se fue colando, lentamente. Y así, mirando por la ventana el río, el campo, terminó de contarme eso que para él era urgente, eso que me hizo viajar de Buenos Aires a Colonia Wagner en tren. Contar un recuerdo. Es decir, su modo de estar en el mundo. Su forma de querer. Un día, dijo, el director del Patronato nos hizo la libreta de enrolamiento a todos los que estábamos ahí. Y llamó a Tankel para que nos sacara las fotos. Tankel tenía un estudio de fotos en el centro. Llegó a las ocho de la mañana. Nos formaron en el *hall*. Y fuimos pasando de a tres a una salita donde Tankel había improvisado un estudio de fotos. Cuando pasé yo, Tankel me miró fijo, me hizo girar la cabeza de un lado y de otro. Dijo que yo tenía cara de Pájaro. Los otros chicos aguantaron la risa por lo que había dicho el hombre y por la forma de hablar que tenía. Era polaco. Cara de Pajarito, repitió Tankel con cierta ternura. Y después me preguntó si a mí me gustaba el cine. Le dije que sí, había visto dos o tres películas nada más. Es decir, las veces que el Patronato nos había llevado al cine. Yo tendría siete años. Pero el cine para mí, dijo Pajarito, no eran esas dos o tres películas que había visto; el cine para mí era el cine Español, donde había visto las dos o tres películas. Entonces Tankel me preguntó si no me animaba a participar en una película que él estaba filmando. Le dije que sí. Porque pensé que se trataba de visitar la parte que no veíamos del cine Español; hacer una película, para mí, era asomarse por ese hueco donde salía, furiosa, la luz que fabricaba las películas. Y así fue que entré en el rodaje de *La sombra del pasado*. Fue en el año 46. Por eso no lo conocí a Julio Denis. Hacía unos años se había ido a Mendoza.

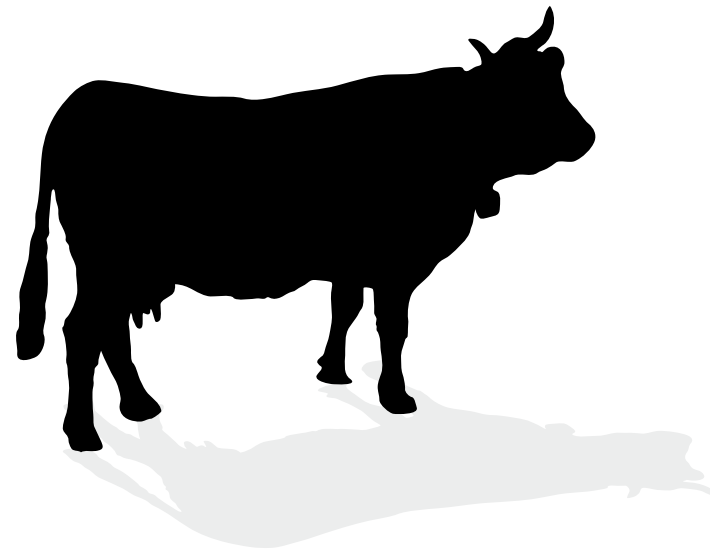
La oficial Di Gliemo fuma y me mira a los ojos. La Olivetti está quieta sobre la mesa. Media carilla escrita cae detrás y, por eso, las aspas del ventilador empotrado en el techo las remueven. También se mueven, apenas, las incrustaciones del collar que cuelgan en el escote. No puedo detenerme mucho ahí, porque la oficial fuma y me mira a los ojos, seria. Muy linda la historia, dice ahora, pero le pregunté otra cosa. Cuándo fue la última vez que vio a Fernando Lernú. Esa vez, digo. En agosto de 1990. Hace casi doce años. Después me llegaron noticias a través de mi padre, digo, pero jamás volví a tener contacto con él. Tampoco volví más a esta ciudad. O es un pueblo, pregunto. Usted sabe por qué está hoy acá, declarando, ¿no? No,

digo. Los ojos de la oficial Di Gliemo se agrandan. Los hombres que están en la oficina de atrás, el comisario o subcomisario, pero también el otro, vestido de oficial, nos miran. El que está vestido de oficial es un poco gordo y trata de darse vuelta, le resulta complejo, pero estira la mirada. Por eso la ven a la oficial Di Gliemo, nerviosa, cansada, con ganas de ser otra persona, por ejemplo, pienso yo, una maestra jardinera. La oficial remueve carpetas. Saca, con cuidado, de un folio, un par de hojas, y se pone a leer la declaración de Hugo Lorenzo Soto, de setenta y tres años, viudo, nacido en la localidad de Mechita, dice ser el propietario de un animal vacuno, que responde al nombre de Gordita, y es, según Soto, además de una compañía, porque uno se encariña con el animal, una herramienta de trabajo. El animal que responde al nombre de Gordita daba en su mejor época cerca de dieciséis litros de leche por día. Y eso es una fuente de ingreso para Soto, dice la oficial Di Gliemo, según figura escrito en la declaración que dio el Negro Soto, una fuente de ingreso que le ha permitido sobrevivir. Porque Soto vende leche sin pasteurizar, casa por casa. En total, Soto tiene dos animales. Visto y considerando que la ausencia del animal que responde al nombre de Gordita le genera un serio inconveniente en su producción láctea. Soto decide presentarse a hacer la denuncia. Según declara, entonces, el día 27 de febrero del corriente, Soto ordeña los dos animales, por no ser propietario, en la quinta de Jaltar, es decir, de prestado. Así expresó Soto. Todas las mañanas llega en bicicleta a la quinta de Jaltar, seis menos cuarto más o menos. Y a eso de las ocho termina de ordeñar y de envasar la leche. A las ocho se toma unos mates con Jaltar abajo de un tinglado que le armó en el invierno al hijo para que arregle tractores, pero que el hijo de Jaltar no usa porque vuelve siempre tarde a la madrugada, muchas veces a la misma hora que Soto llega a la quinta para empezar a trabajar. Después de los mates, entonces, Soto prepara la bicicleta de reparto, hace una primera carga de botellas —antes, dice en la declaración, cuando era más joven, y tenía una clientela más grande, hacía el reparto con la jardinera— y sale. Cerca de las once está de vuelta en la quinta de Jaltar. Dice que manguerea a las vacas, las moja. Y las lleva a un corral que improvisó, atrás del tinglado. Después se va a la casa a comer y a dormir una siesta. Cuando se levanta improvisa alguna pavadá en la casa y enseguida sale para la quinta de Jaltar a tomar unos mates y a darles de comer a las vacas. En la mañana del 27 de febrero Soto hizo lo que hace todos los días. El asunto se dio cuando después de la siesta fue a tomarse unos mates con Jaltar y vio sólo a una de las vacas. La Gordita, la más vieja, la que tiene la pata lastimada, dice Soto, no estaba. Jaltar andaba lejos, a trescientos metros, cortaba leña en un montecito. Entonces Soto se alarmó. Era raro que ese animal no estuviera donde él mismo lo había

dejado. Apoyó la bicicleta en una columna, abajo del tinglado y caminó los trescientos metros hasta el montecito. Jaltar recién lo percibió cuando lo tuvo a diez metros. Soto, le habrá dicho. Jaltar estaba solo, cortando leña. Había un perro entre las ramas que iba y venía. Olfateó a Soto cuando lo descubrió. Soto le preguntó qué había pasado con la vaca. Qué vaca, dijo Jaltar sin mirarlo, cortando leña. La Gordita, no está. Y Jaltar dijo: Cómo que no está. Y miró el corral y sólo se veía un bulto, la vaca más chica. Qué pasó, dijo Soto. Y Jaltar se quedó en silencio. Dejó de hacer lo que estaba haciendo y se puso a caminar hacia el corral. Cuando no entendía algo, Jaltar no hablaba. Soto lo siguió atrás, diciendo cada tanto alguna cosa. El perro largaba apenas una sombra débil en la quinta destemplada. Jaltar primero rodeó el corral. Después se metió. La otra vaca estaba quieta, movía la cola. Jaltar dijo: No está. Dijo: Carajo. Y Soto volvió a preguntar qué había pasado. Jaltar dijo que no sabía. Él había estado en el banco al mediodía. Estuvo una hora afuera. Pero el hijo se había quedado durmiendo. Después, cuando llegó no vio a nadie entrar o salir de la quinta. Soto le preguntó si la vaca estaba cuando había vuelto del banco. Jaltar dice que no sabe. Porque no prestó atención. Hací la denuncia, le dijo. Antes, largó Soto, voy a dar una vuelta. Soto salió con la bicicleta y recorrió los caminos, las quintas de la zona. Preguntó si no habían visto una vaca suelta. A la tardecita, casi de noche, volvió a la quinta de Jaltar con el deseo de encontrarse con la vaca. Pero Jaltar, que arreglaba un motor con el hijo, le preguntó, antes de que Soto se bajara de la bicicleta, si había tenido alguna novedad. Soto dice que ahí sintió angustia y bronca. Y dice que, entonces, decidió hacer la denuncia. En la comisaría se encontró con una sorpresa. Una mujer, cerca de las cuatro de la tarde, había llamado para denunciar que tenía una vaca atada en la vereda, en una columna de la parada del colectivo local. Ahí, en la parada de colectivo, dice la oficial Di Gliemo, fue encontrado el animal vacuno cuando la patrulla se apercibió. La denunciante cuenta que desde más o menos las dos y media de la tarde una persona de sesenta años, muy flaco, estaba descansando en la vereda y había atado en la parada del colectivo local una vaca. El cuerpo de la vaca, pobrecita, dice la oficial Di Gliemo, según contó la mujer denunciante, estaba en gran parte sobre el asfalto de la avenida y mordía, cada tanto, el pasto de la vereda. Yo los miraba, dice la denunciante, desde la ventana. Hasta que a eso de las tres el tipo empezó a hablar solo. Y por eso pensé que estaba borracho. Pero no le vi ninguna botella. Empezó a hablarle a la vaca; le decía cosas en un tono cada vez más fuerte hasta que en un momento se paró, se acomodó la ropa y se acercó al zaguán de mi casa. Ahí fue cuando empezó a golpear la puerta. Yo no lo quería atender porque tenía miedo, me daba miedo y estaba sola porque soy viuda y mi hija estaba

en la oficina: no salí por eso. Golpeaba el zaguán cada vez más fuerte. Retumbaba que Dios me libre. Como una bomba. Me puse tan nerviosa que me escondí atrás. En el patio. Había momentos de tranquilidad y momentos de locura. Después de un rato largo un vecino se asomó por el tapial del patio y me preguntó qué pasaba, si estaba bien; me dijo que acababa de llamar a la policía. Yo le dije que estaba desesperada, que no entendía nada. Y entonces el vecino saltó el tapial porque me vio muy angustiada. En la vereda, la señora de Quiroga parece que reconoció al hombre que golpeaba la puerta y se animó a decirle que estaba por llegar la policía, que se dejara de joder con semejante escándalo. Y el hombre dejó de golpear. La miró un rato y antes de irse pasó un papel por debajo de la puerta. Cuando la policía llegó había un puñado de vecinos en la vereda de la casa, dice la denunciante, y esa vaca atada en la parada del colectivo. La oficial Di Gliemo se detiene, deja de leer la denuncia de Soto, primero, y después el testimonio de la denunciante Mirta Carmen Frías, de sesenta y seis años, viuda y ama de casa. Entonces me mira a los ojos y vuelve a preguntarme si sé por qué estoy ahí, declarando. Le digo que no. Que no entiendo por qué estoy declarando sobre un hecho confuso; sobre el robo de una vaca. Le digo que hace doce años que no piso esta ciudad. O esto sigue siendo un pueblo, vuelvo a preguntar. Y la oficial Di Gliemo deja que esa pregunta resbale por su cuerpo, por esa calma que la atraviesa y desemboca en los ojos. El papel, insiste entonces, que el señor Fernando Lernú pasó por debajo de la puerta de la casa de Mirta Carmen Frías lleva su nombre, dice la oficial Di Gliemo. Y dice que la vaca apareció atada en la parada de colectivos de la esquina popularmente conocida como la esquina de la carnicería de Souza, frente a la exfábrica Glaxo. Como durante muchos años en esa esquina funcionó la carnicería de Souza, y pegado a la carnicería la casa de la familia Souza, aún se sigue mencionando ese lugar como la esquina de Souza. Aunque ahora ahí viva la señora Mirta Carmen Frías. La oficial Di Gliemo, entonces, saca de otra carpeta un papel precario, escrito con una letra apretada y minúscula. Me lo estira y dice: Léalo. Me cuesta entender la lógica del dibujo, el ritmo de las palabras. Trato de descifrarlo. Pero no entiendo. Sólo se ve con un poco más de claridad mi nombre. Se lo leo yo, dice la oficial. «Acá te traigo lo prometido», Federico Souza. La oficial Di Gliemo me mira a los ojos. Sería. Le gusta jugar a los detectives. Eso pienso. Estoy por decirlo. Pero mejor largo una sonrisa. De qué se ríe, me dice la oficial. Es absurdo, insisto, hace doce años no piso este lugar. No entiendo nada. No sé de qué me está hablando, digo. Y por qué volvió, entonces, si hace tanto no regresaba. Por la muerte de Lernú. Porque mi padre me lo pidió. Eran muy amigos, digo. La oficial Di Gliemo, ahora, me recuerda que aún tenemos que ir a reconocer

el cadáver pero que la autopsia realizada demuestra que se trató de un accidente que ocasionó fractura del cráneo y la inmediata muerte de Lernú. La oficial Di Gliemo agrega que hay otros antecedentes de esa misma noche que involucran al señor Lernú: después de lo ocurrido con el animal vacuno, Lernú participó de la rotura de la marquesina del cine Español, de un pedrazo, y en la sustracción de una motocicleta Gilera perteneciente al señor Raúl Miserere. El señor Lernú fue encontrado sin vida en el camino de tierra que lleva al cementerio. La moto Gilera estaba hundida en la zanja. Creemos que se trató de un accidente, dice la oficial Di Gliemo, provocado por la alteración mental que padecía el señor Lernú: tuvo más de cinco internaciones en el Wagner. Y entonces, digo, si es así, para qué me citan. Para tomarle declaración y constatar que las cosas hayan ocurrido efectivamente así. Y cerrar el caso. Eso es todo, dice la oficial Di Gliemo, y después de hacerme firmar la declaración dice que puedo retirarme •



ROBERTO GÓMEZ BOLAÑOS

WASHINGTON CUCURTO

¡Basta, no afanen más, muchachos! ¡La cultura no existe!
¿Corregir poemas? ¡Vamos! ¿De qué le sirve a un mal poema estar bien escrito?
Las reglas ortográficas son tontas.
Roberto Gómez Bolaños superó a todos.
¿Qué lugar tiene la poesía de Gerardo Deniz ante la gracia del Chavo del 8?
¿Carlos Fuentes suena más interesante que las 1500 páginas
de la biografía no autorizada de Florinda Meza *La ladrona de maridos*?
Florinda Meza es odiada por la mitad de México: 75 millones de personas.
E idolatrada por la otra mitad: 75 millones más.
¿De qué le sirven sus superpoemas al poeta si no lo leen 75 millones de personas?
¡No afanemos más con este verso, la poesía no existe!
La poesía dejó de existir porque en la escuela nos maltratan.
Todas las bombas del mundo son por culpa de la escuela.
Los políticos corruptos, los poetas ceremoniosos, existen por culpa
de la escuela, en ella nos maltratan y luego nos dicen:
«Todavía hay lugar, subí, subí y luego creá, goberná, robá».
El Chavo le dio una vuelta de tuerca inconsciente a esto:
nos sindicalizó en contra de la escuela.
Convirtió al humor en la única poesía que aceptamos y reconocemos.
Ése es todo su secreto: ¡Si vamos a rérnos, ríamos todos, si vamos

a robar, robemos todos!
Roberto Gómez Bolaños, guionista, letrista y humorista
nos superó con creces, nos dio una lección
y muy especialmente a R. Bolaño.
Mi hijita tiene dos años y se ríe con el Chavo del 8.
Digo mal, no se ríe, se mata de la risa.
¿Cuándo se van a dar cuenta que Octavio Paz y Frida Kahlo ya no dan?
Dejaron de atinarle hace rato, en cambio el Chavo, te hace réir con
los mismos viejos chistes que ya conocemos de memoria.
Gómez Bolaños superó a todos, hasta ayer.
Hoy fue desbancado por un pibe de Villa Soldati,
que escribió una canción y la subió a internet
y ya la escuchan 100 millones de personas.
Roberto Gómez Bolaños probó de su propia medicina.
La vida es finita, pero tiene una rosca medio infinita.
El otro Bolaño de esta historia, el chileno, sonrío en su tumba.

Falsa promesa

ALEJANDRA ZINA

La peluquería era una habitación pobre de una casa pobre con piso de ladrillo, las dos ventanas que daban a la calle estaban tapadas por unas lonetas de hule blanco, aun así el sol del mediodía se colaba por los costados. No había gente esperando ser atendida, tampoco había revistas para leer, apenas entrábamos nosotras y los objetos. Todo lo que nos rodeaba estaba gastado o desvencijado: la silla giratoria que no giraba, la bacha de plástico cascada, el secador colgado de un clavo de la pared, los cepillos con pelos enredados. Al lado del espejo había tres diplomas de marco celeste. Rosa Amelia, leí en voz alta. Amelia era mi madre, dijo la peluquera. Se llama igual que vos, le dije a mamá, como si el nombre compartido pudiera atenuar cualquier posible diferencia que surgiera después entre ellas.

Mamá se sacó la boina de lana y la lluvia de pelo cayó sobre el respaldo de la silla cubriéndolo por completo. Los tonos variaban en la caída. Blanco en las raíces, gris en el largo, amarillo en las puntas.

—Larguíísimo... —suspiró Rosa, emocionada.

Las viejas del geriátrico no dejaban de preguntarle a mamá cuándo se lo iba a cortar. Cuándo cuándo.

—Les da rabia porque ellas tienen poco y finito. Me tienen harta. Al final les dije que había hecho una promesa a la Virgen de Luján, así se dejan de joder, es la virgen que está más cerca —dijo mamá, y sonrió satisfecha, como si se hubiese salido con la suya.

Antes de empezar, Rosa nos explicó los pasos como si se tratara de una operación quirúrgica: un corte seco seguido de la tintura, emparejar, y finalmente el peinado. Con una sola mano apretó el ramillete de pelo, tiró hacia abajo

como si estuviese pelando la barba de un choclo y me preguntó si me lo quería llevar. Mamá guardaba esa clase de recuerdos, cuando tuvimos que desarmar la casa para venderla encontré una bolsita con dientes escondida en un cajón de su escritorio, como si descubriera la tumba de una vieja civilización. Era la prueba de que íbamos creciendo. Le contesté que no, no quería llevarme su pelo. Mamá también se negó con un quejido, como si le estuvieran ofreciendo llevarse un trasto viejo. Rosa dijo que entonces se lo quedaba ella, aunque tenía que trabajarlo mucho para usarlo como extensiones. Varias veces nos aclaró cuánto le iba a costar sacarlo bueno, que así como estaba no servía para nada. Como si quisiera desalentarnos, como si tuviera miedo de que se nos ocurriera cambiar de opinión.

Rosa agarró la tijera más grande y yo me paré a un costado de la silla para seguir sus movimientos, su brazo y sus dedos tensos haciendo fuerza para que el filo avanzara sin trabarse. Ese primer paso duró dos o tres minutos. Mamá se miraba en el espejo con expresión muda, casi sin pestañear. Rosa levantó la cola larga en el aire como si acabara de pescar una presa difícil, en una manio-bra veloz anudó el pelo con una bandita elástica y lo apoyó sobre la tabla que hacía de mostrador, ahora era una culebra enroscada sobre sí misma.

Rosa se metió detrás de una cortina y volvió con un catálogo de donde colgaban unos pocos mechones postizos y descoloridos. Te conviene este castaño, dijo, pero mamá acariciaba el mechón rubio. Rosa insistió, un tono oscuro tapa mejor. Mamá contestó con un Bueno casi inaudible, así es ella: o se amotina o se entrega sumisa. La crema marrón se fue esparciendo como una cobertura de chocolate sobre el pelo gris. Durante años intenté convencerla para que se arreglara (para que la imagen de mi cabeza coincidiera con la mujer de carne y hueso), después me acostumbré a verla así, arrastrada por el paso del tiempo: las uñas crecidas, el vello crecido, las canas creciendo como algas, el olor vergonzoso de la ropa transpirada, la gordura.

Rosa tuvo que usar el doble de tintura porque cinco años de canas no se tapan así nomás. Le quedó un castaño ceniciento, incierto, cortado al ras de los hombros, con las puntas redondeadas hacia adentro con el secador. La silla no podía girar, así que se puso de pie para verse en todos sus flancos.

—Lo hiciste muy bien, muy bien —dijo mamá, como si le hablara a una empleada en su primer día de trabajo. Nunca pierde su aire de superioridad.

—¿En serio te gusta? —volví a reforzar la pregunta de Rosa.

—Sí, claro. Es lo que yo quería —dijo moviendo la cabeza en una y otra dirección. Así también es ella: cuida sus elogios como si valieran fortuna.

¿Cuánto nos darían?, me preguntó mamá una vez que salimos caminando. En el geriátrico le dijeron que tenía que venderlo, que era una tonta si no lo hacía. Le contesté que no tenía idea, Susana Giménez compraba el pelo platinado de nenas albinas y lo pagaba carísimo. Cinco o seis mil pesos por kilo.

Cuando escuchó la cifra, mamá abrió la boca y aspiró como si le faltara el aire.

—Y por el mío, ¿cuánto nos darían? —volvió a preguntar.

—El tuyo estaba arruinado.

—Para peluca tiene que servir. Estela, del pensionado, tenía varias pelucas, las limpiaba al vapor y les ponía ruleros. Hay muchas mujeres peladas hoy en día. Actrices...

—¿Vas a volver vos a buscarlo? —pregunté, frenando la caminata.

Mamá sacudió su melena nueva, algunas canas seguían brillando como hilos dorados, se agarró de mi brazo y retomó la marcha, como si la conversación anterior nunca hubiese existido.

Pasaron unos días hasta que hablamos por teléfono y me contó del revuelo que causó en el geriátrico. Las mucamas, las enfermeras, los viejos, los familiares de los viejos, conocidos y desconocidos se acercaron a felicitarla, a decirle que se había quitado veinte años de encima. Estaba tan cambiada, tan desenvuelta, que algunos no la reconocieron y pensaron que era una visita. Alivio y fe, eso era lo que sentían todos al verla sin esa sucia cola gris que le llegaba a la cintura. Como si los hubiese liberado de una carga que pesaba en sus cabezas.

Varios quisieron saber qué había hecho con el pelo.

—¿Y vos qué les dijiste?

—Que hice un buen negocio, eso dije •



JORGE BOCCANERA

FIBRAS

a José Ángel Leyva

Asomará un venado para el que siembra tiempo, lo
fabrica,
largas hojas de tiempo, muy delgadas, con hebras, cerdas,
hilos, filamentos,
hilachas,
y escribe sobre el tiempo de rodillas, sobre un manto de
sombas, y camina después por la hoja en blanco donde la
noche está despierta.

Asomará el venado si el que escribe mete las manos en el
tiempo y roe,
lo muerde, lo desgasta, lo adelgaza, lo vuelve
tegumento, membrana.

Cuando el tiempo —pellejo de palabras— roce fugaz el
aire,

asomará un venado

FUGAS

*La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro*

RUBÉN DARÍO

Hay una inspiración de vacas flacas
a cada rato eructan desdentadas metáforas.
En sus ojos de tinta se encharcan los abrazos
y en sus cuartos traseros se desmaya una flor.

Las manchas de sus cuerpos ayer tan esmaltadas han
perdido la risa,
Y nadie desmaleza los patios que crecían en su boca
de fresa.

El caballero de la espada al cinto se pasó al enemigo
y desertó el teclado.

Ya no hay viajes en globo por el cielo de Oriente.
Se herrumbra el instrumento de encastrar una mano
en la otra.

¡Ay la cruel paradoja de llamarle ganado a lo perdido!
¡Ay de las vacas flacas rumiando su ceniza!
Lenguas amoratadas donde el misterio desafina.
Con sólo verlas huyen los apetitos de la piel.

Hay una inspiración de vacas flacas en corrales de oro,
pálidas en su fiera vergüenza de haber sido.
Llevan un buitre sobre el lomo.
Vuelven de una guerra perdida.

El primer día del fin del mundo*

MARIO SZICHMAN

EL ROMPECABEZAS DE UNA TRAGEDIA

I've seen the future, brother: It is murder.

LEONARD COHEN

✈ 1

En los aeropuertos de Logan, Washington Dulles y Newark, diecinueve personas fueron ascendiendo con discretos pasos hacia puertas de las que nunca volverían a emerger. A las 8:00 de la mañana del martes 11 de septiembre de 2001, diecinueve miembros de al-Qaida superaron todas las barreras que el sistema de seguridad de aviación civil en Estados Unidos había implementado para evitar un secuestro aéreo. Las pistas de aterrizaje de los aeropuertos comenzaron a deslizarse hacia atrás. Los aviones corcovearon, como si hubieran tropezado con baches en las pistas. Los aparatos se desprendieron bruscamente de la tierra, las pistas de aterrizaje se alejaron de los aviones y parecieron caer a una hondonada. Los motores aceleraron su ascenso, los alerones se agitaron como una mano cuando saluda.

Pocos minutos después, la trepidación fue menguando, y los pasajeros y el personal de vuelo ingresaron en sus rutinas. Pese a algunos contratiempos, todas las barreras de seguridad terminaron cediendo ante su presencia. No habría correlación alguna entre sus recatados medios y sus logros. Eran los heraldos de los nuevos tiempos. Otros podían vacilar, pero no ellos. Con modestos implementos derribarían gigantescas torres, causarían torbellinos del ímpetu de huracanes, prolongarían sus cuerpos en gigantescas máquinas, las guiarían en la embestida final contra las torres. La furia de todos ellos, una furia incubada en siglos de frustración, apaciguada en cinco rezos

* Fragmentos de la novela *La región vacía* (Verbum, Madrid, 2014).

diarios, propulsada por la injusticia, atenuada por escasos momentos de ternura y espoleada por la aflicción, por la eterna aflicción, movería edificios enormes, disiparía hasta sus cimientos. Sus vidas se disolverían en un instante, sin dolor, como si nunca hubieran existido. Les habían prometido la eternidad de aquello que nunca perece. Eran los granos de arena en el desierto, eran las gotas de agua en el mar, eran el viento que desplaza la arena en el desierto y agita las olas. Habían sido adiestrados con el único propósito de guiar la embestida de los aviones hacia las torres, maltratándolas con gigantesca mano. Sus cuerpos se acoplarían a enormes cuerpos. Actuando como pantógrafos, cada uno de sus gestos se repetiría agigantado en alguna parte del fuselaje de los aviones. Además de sembrar la muerte sembrarían el azar de la muerte, acabarían con el sedado orgullo de habitantes y viajeros. En pleno día, un día radiante, luminoso, sin nubes, alterarían el clima, circunscribirían a escasos acres de la ciudad la furia de las tempestades.

Los habitantes de Nueva York verían descender la muerte sin preaviso, mientras creían disfrutar orgullosos de la Pax Americana. En pocas horas, en el tiempo que se desarrolla una película, vivirían el infierno en la tierra.

✈ 2

Osama bin Laden no estaba obsesionado con la muerte, sino con el martirio. Ya en la adolescencia había abandonado la idea de que en su mundo le aguardaban variados futuros. Estaba seguro de que su destino había sido marcado al nacer. Cuando retornó del baño, observó a Amal al-Sada, su esposa más joven. Estaba amamantando a su hijo. La mujer lo observaba con devoción. Parecía dispuesta a morir por él, pero había en ella demasiado respeto para que también existiera el amor. Él se sentía en sus brazos como si fuera un niño, la amaba con ternura.

Volvió a pasar al baño, hizo sus abluciones, y se asomó por la ventana de su dormitorio. Observó las estrellas. Su casa estaba poblada de seres dormidos. Todos ellos parecían formar las piezas de un gigantesco animal acoplado a la noche. Había cesado de tener sueños compartidos. Aceptaba su soledad. Sabía que nunca podría volver a vivir como un ser humano normal. Si deseaba suicidarse le bastaba con aparecer en público. No quedarían trazas de su cadáver.

Había crecido obsesionado con los sueños de su padre. Hubiera querido reconstruir la Gran Mezquita, tender una carretera desde Taif a la Meca que permitiera la unificación de Arabia Saudí, pero no podría prolongarse en los sueños de su padre. Estaba destinado a morir en la Región Vacía.

✈ 3

Suqami, uno de los piratas aéreos, estaba sentado en primera clase, en el asiento 10B del avión de American Airlines. Observó la panorámica por la ventanilla del avión. Todo parecía distante. Las nubes eran como una gigantesca sábana blanca sin arrugas. No había relieve, nada parecía desplazarse. El único ruido era el amortiguado ronquido de los motores. Bruscamente, por un hueco de las nubes, asomaron las Torres Gemelas. Tuvo el privilegio de sentir miedo. Compartía con seis de sus compañeros la jerarquía del miedo. Les echó un vistazo. Sus rostros nada decían. Pero todos ellos debían sentir cierta jactancia además de miedo, porque también estaban orgullosos de administrar el destino de centenares de personas en los aviones y en las torres. La situación comenzaría pronto a cambiar, cuando sus compañeros enfilasen hacia la cabina del piloto para apropiarse de los comandos del avión.

En ese momento se le acercó una aeromoza, y le dijo que debía abrocharse el cinturón de seguridad. *Suqami* pidió disculpas y empezó a abrocharse el cinturón con nerviosos dedos. Siguió mostrando su torpeza y su cortesía, haciendo gestos de amabilidad a la aeromoza, que le ofreció una sonrisa. La aeromoza avanzó una fila. Justo delante de *Suqami* estaba sentado un hombre obeso, pelirrojo. La aeromoza le dijo algo al hombre, que hizo un gesto con la cabeza y enderezó su asiento. El movimiento fue brusco. El hombre giró la cabeza y pidió disculpas a *Suqami* exhibiendo una ancha sonrisa. *Suqami* le devolvió la sonrisa. En ese momento, *Suqami* observó que dos de sus compañeros forcejeaban violentamente con la puerta de la cabina del piloto y lanzaban gritos. El hombre sentado delante de *Suqami* se libró de su cinturón de seguridad en un instante, pero no logró erguirse. *Suqami* extrajo la afilada tarjeta de crédito del bolsillo izquierdo de su saco y seccionó la garganta del pasajero desollándose los dedos. La sangre anegó el cuello del hombre y cubrió su camisa blanca. El hombre se desplomó en su asiento. *Suqami* se puso de pie, observó en todas direcciones pidiendo calma y disculpas a la aeromoza, amenazando al mismo tiempo a todos con su improvisada cuchilla. Se sintió avergonzado, molesto. No le agradaba llamar la atención. Pensó que así había sido durante toda su vida y ya era demasiado tarde para cambiar.

✈ 4

George W. Bush se sentía como un pelele. Su jefe de gabinete, Andrew Card, le había informado que un segundo avión se había estrellado contra el World Trade Center. Pudo mantener la calma en la escuela primaria Emma Booker

durante unos quince minutos, no deseaba alarmar a los niños. Después, todo se había deslizado a los costados de su limusina. Las sombras eran sustituidas por fugaces imágenes, con la velocidad de un viaje en el metro de Washington.

Nadie obedecía sus órdenes. Su jefe de gabinete o cualquier agente del servicio secreto eran más importantes que él. Se sentía como un niño desobediente. Él quería volver a Washington, abrazar a Laura, hablar con sus hijas. Jenna estudiaba en Austin, Barbara en Yale. Debían estar aterradas. Se sentía desgajado, a merced del azar. Todo carecía de sentido. Quienes habían causado esa catástrofe debían estar celebrando. Y esos asesinos dejaban una huella tan inconfundible como la pisada de un mamut. La pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares. ¿Quiénes eran capaces de inmolarse a bordo de aviones? Los mismos que se inmolaban estrellando lanchas cargadas de explosivos contra destructores o haciendo estallar chalecos repletos de dinamita en hoteles y embajadas.

✈ 5

Osama bin Laden había fijado otra de sus residencias temporarias en Khost, en el este de Afganistán, y presencié las tareas de sus seguidores para instalar un plato de satélite y un aparato de televisión en el patio de su vivienda. Uno de sus lugartenientes intentó obtener señales, pero las imágenes que aparecían en televisión eran borrosas.

—Será mejor probar con el servicio en árabe de la BBC —dijo el lugarteniente. Era alrededor de las tres de la mañana del 11 de septiembre de 2001 en Khost. Las nueve de la mañana en Nueva York. Bin Laden sintió la garganta reseca y le pidió a uno de sus hombres que trajera té.

Un locutor estaba concluyendo un informe cuando dijo que había recibido una noticia de último momento: un avión se había estrellado contra el World Trade Center. Los miembros de al-Qaida, creyendo que ésa era la única acción, comenzaron a gritar jubilosos, y se postraron en tierra, pero Bin Laden les dijo: «¡Esperen, esperen!». Alzó dos dedos y se echó a llorar, y a suplicar. Minutos después, la BBC informó que un segundo avión se había estrellado contra las Torres Gemelas. Bin Laden trató de controlar su llanto, y alzó ante sus atónitos compañeros tres dedos de su mano derecha. Media hora más tarde, un avión se estrelló contra la sede del Pentágono. Bin Laden alzó su mano derecha y esta vez exhibió cuatro dedos. Pero el ataque final, contra el Congreso o la Casa Blanca, falló. El avión de United Airlines, vuelo 93, por alguna razón inexplicable, había caído en una zona rural de Pensilvania.

✈ 6

El avión de American Airlines, vuelo 11, despegó del aeropuerto Logan, en Boston, a las 7:59 de la mañana, rumbo a Los Ángeles. A las 8:14, el encargado de la torre de control que debía seguir el vuelo desde instalaciones en Nashua, New Hampshire, empezó a sospechar que algo raro estaba ocurriendo. El *transponder*, un emisor-receptor que genera señales de respuesta, había sido apagado en la cabina del piloto. El controlador de tráfico aéreo se puso en contacto con el piloto del vuelo 175 de United Airlines, que a las 8:14 había partido del aeropuerto de Boston rumbo a California, y le pidió ayuda para localizar el vuelo 11. Al descubrir que el avión había sido tomado por piratas aéreos, la aeromoza Amy Sweeney se dirigió hacia un asiento situado en la penúltima fila de la clase turista, aferró el auricular de un teléfono para llamar al servicio de vuelos de American Airlines en el aeropuerto Logan, y hablando en voz baja informó que el avión había sido asaltado. Existían indicios de que los pilotos ya no manejaban los controles. Era imposible comunicarse con la cabina de mando. Sweeney le informó a un superior que iría a la primera clase del avión, para espiar lo que ocurría. Cinco minutos después, regresó a la clase turista, e informó a otra de las aeromozas que el supervisor del personal de cabina y el sobrecargo habían sido apuñaleados, también el pasajero que ocupaba el asiento 9B. Sweeney dijo luego a su supervisor que el avión había cambiado drásticamente de rumbo y estaba enfilando hacia el sur.

Seis minutos después, el avión iniciaba un rápido descenso. El supervisor le pidió a Sweeney que observara por la ventanilla y le informara qué era lo que veía.

—Veo agua —le respondió Sweeney—, veo edificios. Estamos volando muy bajo. Segundos después, Sweeney dijo—: ¡Mi Dios, estamos volando demasiado bajo!

Quien aún gemía, fue silenciado.

Quien aún gritaba, gritaba en vano.

La tecnología hizo añicos a la tecnología.

✈ 7

Osama bin Laden contempló las montañas nevadas, pensó que la geografía era un método para marcar los territorios conquistados. Él pertenecía a la Región Vacía, el desierto de arena más grande del mundo. Por allí no transitaban ríos. Cada árbol se aferraba al suelo y parecía sagrado, porque habían surgido de la nada y era imposible desalojarlo de la arena. En ese espacio sin horizontes, las herejías florecían como en Jerusalén. Ninguna de ellas podía

ser eliminada o ser consagrada, aunque todas ellas imponían el deber, y sus prácticas de sumisión al Profeta sólo favorecían el sacrificio.

Apenas apagó el televisor, tras la euforia, los aplausos, las lágrimas que parecían de alegría, confirmó que marchaba por un sendero final. Deseaba una muerte piadosa, sin ser sometido a las indignidades del vencedor. Los deberes de su religión eran magníficos y difíciles, pensó Osama bin Laden. Algunos de ellos resultaban abominables. La única novedad que traía a sus seguidores era la destrucción. Lo demás se reducía a la muerte lenta y al hastío. Pensó en todos los que habían avanzado a la muerte en vagones del subterráneo. Pensó también en los años futuros, plagados de crueldad. Al igual que el enemigo, se puso a rezar.

✈ 8

El director de un centro médico en Long Island convocó al personal y anunció que debían estar preparados para tratar a heridos tras el ataque contra las Torres Gemelas. Todos esperaron, nerviosos, revisando sus equipos, sus camillas, observando sus manos. Afuera el mundo ardía. Permanecieron durante horas en los pasillos, contemplando los relucientes pisos, las bruñidas sillas de ruedas. Parecían padrinos de una boda aguardando a los convidados, pero los convidados no llegaron. Aunque había muchos muertos, escaseaban los heridos, que fueron atendidos a pocas cuerdas de distancia de las torres caídas. Dos mil setecientos cuarenta y nueve personas se habían convertido en restos orgánicos y desaparecido en un compuesto formado en partes iguales por fibra de vidrio, plomo, papel, algodón, concreto, y combustible de aviación [...] •

Réflex

LAURA MERADI

ES EL PRIMER retrato que sacó mi hermano con su primera cámara réflex. En la parte de atrás, con una fibra que habrá sido usada en el 86 u 87, dice: Godot. Como si la chica de la foto no fuera un ser independiente llamado Julia, sino la célula de un clan. Esa foto, el gesto de mi hermano y el mío, les pertenece a los Godot. Yo no era Julia. Yo era la menor de cinco hermanos, tres varones y dos mujeres. Era la que enterraban en la arena para hacerla gritar, para reírse, ellos cuatro, de mí. Yo era el payaso gritón que se irritaba por las trampas más estúpidas, trampas en las que sólo podía caer un payaso. Y me enojaba y me entraban ganas de llorar, pero no iba a llorar por ellos, no iba a debilitarme así, entonces me enojaba y, clic, la foto.

Ahora, mientras escribo esto, viajo en una casa rodante por Misiones, con unos amigos que conocí hace unos días. El lema, que está anotado sobre la bacha de la cocina, es: «El que se enoja pierde». He descubierto que todos aquí se enojan cuando se sienten ridículos. Nos enojamos porque exageramos cada gesto. Acá todo es exagerado. El espacio es muy chico. Lo que de día es una mesa por la noche es una cama, y a la mañana, cuando se hace día y algunos ya están preparando el mate, uno babea aún dormido sobre la mesa del desayuno. Exageramos. Exageramos el sueño y las ganas de desayunar. De cada movimiento congelamos un gesto, y ese gesto se repite en nuestra retina hasta sacarnos la reacción más ridícula. Como un perro que ladra con furia frente al espejo, pero sin animarse a acercarse nunca del todo y comprobar que el reflejo que lo enoja es el del propio ladrido. El amor es ridículo. Los primeros días, estando acá, sentí que me enamoraba. Dormía cucharita con uno de los chicos que acababa de conocer, y de pronto el corazón empezó a dar saltos y pensé: Se va a dar cuenta, se va a dar cuenta, se va a dar cuenta. Pensé: Cómo puede ser que me suceda una cosa así, que no pueda controlarlo. Y cerré los ojos y me acurruqué más y más, y de pronto sentía algo en todo el cuerpo que era una mezcla de amor caliente, y recordé

que exactamente eso yo sentía a los cuatro años por un chico que venía a la sala amarilla conmigo. A la hora de la siesta, después de la merienda, yo nunca lograba dormir. Como ahora, el cuerpo se agitaba estando cerca de ese otro cuerpo y la cabeza se me llenaba de chispas, trabajaba y trabajaba, imaginando. Una tarde de lluvia la maestra nos había armado dos mesas largas para que jugáramos adentro durante el recreo. Las chicas estaban en la mesa de la derecha y los chicos en la mesa de la izquierda. Todos uniformados con nuestros delantales a cuadritos blancos y amarillos. Al lado de Lucas había quedado una sillita desierta, y yo tomé valor y me senté a su lado. Atrás nuestro estaba el perchero, y después de corroborar que no hubiera nadie mirando yo estiré un bracito y le rodeé la cintura. Lucas hizo lo mismo casi en el mismo momento: me rodeó la cintura con su brazo, por encima de mi brazo, y yo sentí que el corazón se me salía del pecho y ocupaba toda la sala. Nos quedamos así, quietos, mirando al frente, mientras los otros chicos ignoraban lo que sucedía a nuestras espaldas. Cuando la maestra dio la vuelta por detrás del perchero, nosotros deshicimos el abrazo. Y cuando dio otra vuelta y volvió a quedar del otro lado de la mesa, volvimos a rodearnos con nuestros bracitos por la cintura. No hacíamos nada más. Experimentábamos. El cuerpo se inflaba y se desinflaba, respiraba, como una ameba. Nunca hablamos del tema, y ésa fue la primera y última vez que nos abrazamos. Amar es ridículo. Nunca tiene la forma del amor. Es siempre incorrecto. Nos daba vergüenza mirarnos a la cara, porque el amor derretía nuestra máscara.

En la mesa de la casa rodante despliego las fotos que traje entre las páginas del libro. Lucas —que no se llama Lucas pero fue Lucas esa noche de la cucharita y el recuerdo en mi sala amarilla— ve el primer retrato que me sacó mi hermano. Yo pienso que él se va a asustar. Pero se ríe y dice: Siempre con esa cara de estar oliendo mierda. Mi enojo le da risa. Le saco la foto de las manos y junto todas las fotos desplegadas, para volver a guardarlas en el libro. Me mira y dice: El que se enoja pierde.

Creo que a los seis años yo estaba totalmente enamorada de mi hermano fotógrafo. Él tenía dieciséis, abundantes rulos dorados y la espalda y los brazos torneados con dureza y suavidad como los de un guerrero. Tengo guardado en el libro un autorretrato que se sacó esa noche en la playa. Tiene en el rostro el mismo gesto que yo: enamorado de la vida eterna y rechazado por ella, se siente ridículo y mira a la cámara con enojo. Los mismos ojos, la misma boca. Su torso desnudo y los rulos coronando el gesto. Imagino su mano llena de verrugas a la sombra del *flash* encuadrando ese instante, el mismo día que tomó mi foto pero escondido en la oscuridad. Probablemente él estuviera enamorado de mí como yo lo estaba de él. Y ése

era nuestro amor imposible, por infinito. Por inalcanzable siempre. En esa foto donde no grito, donde el gesto de dolor y furia es preciso y contenido como su mano llena de verrugas, me acerco a mi hermano como puedo. En la distancia de su cámara, él afirma lo ridículo de mi sentimiento. Yo me enojo porque quiero seguir creyendo que todo es posible, y lo miro con odio de amor.

Después de esa foto hubo dos retratos más. Yo me había dejado enterrar hasta el cuello en la arena y mi hermano me sacó una foto en la que parece que estuviera a punto de llorar. Es mentira. Yo sé que no voy a llorar. Que ese maltrato era el trato más cercano que podía tener con mi hermano. Me recuerdo metiendo el cuerpo adentro del agujero que él había cavado con sus manos. Los puñados de arena que me caían sobre las piernas como caricias. Los golpecitos que daba con las manos al final, para que la arena se asentara, que me vibraban en el pecho. Después, cuando observé que todos me veían enterrada hasta el cuello y se reían como cuando los dioses descubrieron a Ares y Afrodita gozando de sus pasiones a escondidas en el Olimpo, me sentí ridícula. Empecé a gritar, y mi hermano hizo clic para sacar la segunda foto, y en la segunda foto, entonces, estoy gritando. A partir de entonces, la manera en que me enamoraron todos fue haciéndome enojar. En el enojo yo me sentía ridícula, y al sentirme descubierta me enamoraba. Y los odiaba. Odiaba haberme enamorado porque cada vez me sentía más ridícula. Ellos podían ver lo ridículo en mí, pero no podían enamorarse directamente de mí, porque veían lo ridículo en ellos, y se apartaban. Como mi hermano con la cámara: me miraban de lejos y se alejaban. Y yo quedaba en evidencia, hasta el cuello en la arena, mientras mi hermano se alejaba, con la cámara de por medio, se alejaba, se alejaba.

En esta casa rodante tengo una cama para mí. Que no es mía pero que la uso yo desde que vivo acá. Le conté a Lucas que, cuando era chica, mis hermanos y yo viajábamos en casa rodante. Mi papá y mi mamá nos llevaban de vacaciones en casa rodante, y yo dormía en la que vendría a ser la cama en la que ahora dormimos nosotros. Yo dormía entre mis hermanos y me sentía la más feliz del mundo. Por qué, me preguntó Lucas. Porque adoraba dormir con ellos, los amaba. Una mañana todos ya se habían levantado y yo seguía durmiendo sobre lo que sería la mesa del desayuno, cuando vino uno de ellos y levantó la frazada de golpe. Yo estaba durmiendo con la bombacha por las rodillas y él se rió. Yo me había bajado la bombacha para sentir mejor esas sensaciones durante la noche, y él simplemente se rió y me volvió a tapar. Salí de un salto de la cama, todavía con la bombacha por las rodillas, y me encerré en el baño. Hubiese llorado, pero en cambio me enojé. Y cuando volví a salir, con la bombacha puesta y la cara limpia, le dije:

Sos un puto. Mi papá, que ya se había acomodado para desayunar en lo que segundos antes era la cama, se dio vuelta y me dio una cachetada. Yo estaba dispuesta a enfrentar toda la situación con mi cara de odio, cerrada hacia adentro, sin una sola lágrima, pero mi mamá cerró fuerte los puños y se arrojó con ímpetu sobre el pecho de mi papá. Lo golpeó tres veces, y recién entonces mi hermano la agarró de la cintura y la arrastró hacia la puerta de la casa rodante. Mi mamá se resistió a salir y cuando mi hermano ya la había sacado afuera ella mantuvo los pies en la escalera y cayó de espaldas sobre la tierra. Gritaba cosas. Se agarraba la espalda y gritaba cosas que no recuerdo, y yo que pensaba que mi mamá se había roto toda y tal vez no se volviera a levantar, bajé de la casa rodante de un salto y la abracé en el suelo y me puse a llorar. Ese año Monzón había tirado a su mujer por la ventana, y yo apoyaba mi cara sobre la cama de mi mamá y le lloraba encima, y mientras le acariciaba el pelo pensaba: Alicia, pobre Alicia, Alicia Muñiz de Monzón.

Dicen que si tenés una carga muy potente de Plutón, si lo tenés muy encima, como enfocándote, en los primeros años de vida tenés muchas escenas cercanas a la muerte. Después de eso las cosas se calmaron y mi papá se puso a arreglar una pérdida de gas que tenía la heladera. Mi mamá prendió la hornalla y puso muy campante la pava al fuego, y yo vi cómo mi papá se volvía de llamas en un segundo. Vi una llama naranja fuego estirarse hacia donde estaba yo y pegué un salto hacia atrás, y de pronto todo se apagó porque mi papá había alcanzado a agarrar una frazada y se había envuelto como un fantasma. Estaba cubierto desde la cabeza hasta los pies por una frazada a rayas de colores, y mi mamá y yo nos quedamos inmóviles viendo el bulto, sin saber si lo que estaba debajo tenía vida o era un mueble viejo.

Lucas, ¿dónde está el espíritu de las cosas?

En el cuerpo, dijo Lucas.

Lucas, ¿sabés qué?

Qué.

El horror soy yo ante las cosas.

Y tu hermano, dijo Lucas, ¿cómo se llama él?

Lucas, mi hermano se llama Lucas igual que vos y ya no tiene la cabeza llena de rulos como la tuya. Antes de los veinte la vida le achicharró todos los pelitos y lo dejó pelado.

Una tarde todos dormían. Acá se duerme mucho. Dos chicos dormían en la cama que está encima del asiento del conductor. La cunita, le decimos así, y es el mejor lugar para dormir la siesta porque estás como apartado de todo, guardado en un hueco. Las chicas estaban en la cama que también es una mesa. Y otro de ellos estirado en el asiento de enfrente. Lucas se sujetaba con ambas manos del volante y miraba la ruta con atención, a través de

unos anteojos grandes y oscuros de policía. Del otro lado del parabrisas caía el sol sobre el punto más lejano de la ruta, y el asfalto y el campo se teñían de amarillo. Todos dormían, apenas se escuchaban sus respiraciones sobre el motor de la casa rodante. Yo iba a su lado con un poncho de lana y el termo de agua caliente apretado entre las piernas. Cebé un mate y se lo alcancé. Él soltó una mano del volante y tanteó en el aire hasta encontrarlo. Yo lo miré, y después miré hacia donde él miraba y vi el sol cayendo en el punto más lejano de la ruta, el asfalto y el campo debajo de un reflejo amarillo. Me miré el poncho: la lana marrón también estaba teñida del reflejo amarillo. Y entonces fue como si la casa retrocediera a la velocidad de la luz, un puño que me apretaba el pecho y me empujaba hacia otra parte, y lo miré, y él era mi papá, y cuando volví a mi poncho la que estaba adentro era mi mamá, eran las piernas de mi mamá, las manos de mi mamá, la cara de mi mamá, el interior de mi mamá, y Lucas era José, José Godot cuando tenía treinta años y nos sacaba de paseo en la casa rodante. Me devolvió el mate y la que lo agarró fue mi mamá, y de pronto me vi, vi dónde estaba Julia en ese momento. Yo estaba sentada sobre su pierna izquierda, no tenía más de dos años y tenía en la cabeza un sombrero de *cowboy* que intentaba quitarme con las manos, pero apenas alcanzaba a tocar el ala del sombrero. Sonreía sin soltar el chupete, y mi mamá me sujetaba por la cintura y también sonreía a cámara. Del otro lado de la cámara, en el asiento del conductor, mi papá sacaba la foto. Y ahora veía el otro lado de la foto en Lucas. Y yo misma estaba sentada sobre mi pierna izquierda, como un duende. Le cebé otro mate, y le dije: No sabés lo que me está pasando. Viajé treinta años atrás y mi nombre es Cristina. Y al mirar otra vez hacia adelante, la foto siguiente: Julia duerme recostada entre el volante y el vidrio del parabrisas, sostenida por el vidrio, detrás la ruta teñida de amarillo y el sol cayendo al fondo del camino. El fondo es adelante, como si adelante fuera atrás o como si siempre hubiésemos estado buscando los recuerdos en la espalda. Lucas, le dije. Pero no contestó, y pensé que él también respondería a otro nombre, un nombre secreto guardado detrás de sus anteojos negros, un nombre de infancia. ¿Te estás durmiendo?, le pregunté. Cómo me voy a estar durmiendo, dijo: estaba pensando en otra cosa.

Acá todos duermen mucho. Cuando no duermen están peleando. Siempre alguno pierde. Vamos hacia adelante, a ese fondo donde desaparece el sol, mirando el horizonte enceguecidos. La foto fija de la velocidad. Una isla en movimiento. Tenemos miedo, entonces dormimos. José y Cristina conducen. Y nosotros aprovechamos el arrullo del motor para soñar •

La voz

NICOLÁS CORREA

La voz, es la voz siempre. Una y otra vez. ¿La escuchás, nena? Negué con la cabeza y de pronto se hizo la oscuridad, una oscuridad que murmuraba. Sentí el susto de Mariel, que rápido le pegó un manotazo a la luz del pasillo. Ahora ya no está, nena, se fue. Siempre la voz hace lo mismo. Te juro. Hace dos semanas la vengo oyendo. Asentí automáticamente, sosteniendo el pote de crema en la mano derecha, mirando el final del pasillo, las paredes descascaradas de humedad, un viento frío descendía desde el último piso. Ayer a la noche sentí que alguien arrastraba los pies ahí arriba, después esa voz, nena, esa voz. No sabés el miedo que me entró. Otra vez la oscuridad como un manto impenetrable cayó sobre nosotras. Mariel se exaltó y volvió a manotear el botón. Se puso la palma de la mano en el pecho y respiró profundo. Sin decir palabra ante mi silencio, miró el ascensor y asintió con la cabeza. Perdón por molestarte a estas horas, querida. Enfiló por el corredor arrastrando las pantuflas. Se dio vuelta dos veces, como para ver si yo seguía ahí. Me quedé unos segundos pensando en la voz; traté de afinar el oído, de apartar los ruidos molestos, los que ensuciaban mi percepción profunda del ambiente; cada uno de los ruidos tenía que ser asociado a un objeto o a una imagen, lo sabía. Me pasaba cuando era chica y papá se iba de viaje. Yo me quedaba con la abuela sin pegar un ojo. Tenía miedo de la oscuridad, del viento pegándole a la persiana; entonces, cuando escuchaba algún sonido siniestro trataba de afinar mi oído y buscarle una imagen, asociarlo a un objeto conocido. Además del viento pude distinguir el sonido de la ropa flameando, el carillón que la mujer del portero, Norma, tenía colgado en la entrada de la puerta o el murmullo tubular del caño del desagüe; había otros ruidos que me eran desconocidos pero no extraños. Giré para entrar y fue cuando oí una nota discordante. El corazón se aceleró, giré nuevamente y la oscuridad me impactó de lleno provocando en mí un grito de bestia. Retrocedí unos pasos hasta entrar y cerrar la puerta.

Después de bañarme salí al balcón y sin buscarlo fijé la vista en el departamento del portero o lo que se veía de él; buscaba con la mirada, algo, no sabía qué. Colgué la ropa muy despacio tratando de asimilar los detalles de ese espacio y darle un origen a esa nota discordante que había escuchado la noche anterior. Salí apurada, dejé la tele prendida, como siempre. Lo había aprendido de papá: *si a alguien se le ocurre querer entrarnos, va a pensar que hay gente*, decía. Ascensor y planta baja, abrí y ni bien puse un pie fuera del ascensor, patiné y caí al suelo. Se me cayó la cartera y el celular voló hacia la puerta de entrada. Enseguida vi que Norma se me venía encima: *Nena, más cuidado. Estás en cualquier cosa, querida*. La mujer estaba baldeando. Rápido me puse de pie, agarré las cosas con una sonrisa forzada y al hacer unos pasos entendí que el pie me dolía más de la cuenta, mientras ella *Tené cuidado, chiquita*. Disimulé el dolor para no extender esa situación. Asentí y antes de bajar el primer escalón preguntó: *¿Vos no oíste nada, nena, ayer a la noche?* Un frío helado me subió por la espalda hasta clavarse en la nuca. Mi respuesta: negativa. *El Enrique dice que oyó unos cuchicheos, como que hablaban ahí en el pasillo de ustedes, viste. Será el viento nomás que a veces parece que habla por allá arriba*.

Estiré la mano y rocé la tela, estaba fría, pero no porque estuviese mojada, más bien era el frío invernal que descendía como una masa incorpórea. Levanté la ropa seca y descubrí que el señor Hoffmann subía por una escalera al cuarto más alto del edificio. La noche era todo estrellas y no había viento. Pensé que eso era positivo para tratar de descubrir los ruidos que se daban fuera del departamento mientras intentaba dormir. Preparé té de boldo, me senté en el sillón y agarré *Historia, ritual y arte en la Tanatopraxia del Renacimiento*, que trajo Edi de España, *Especialmente para vos, Negri, y es un regalo, mamu, eh*. Era lógico que fuese un regalo porque si no iba a tener que cobrarle las treinta y seis horas extras que hice durante todo ese mes gracias a ella. Estuve entretenida con las láminas hasta que perdí noción de todo y caí dormida.

Desperté sobresaltada, tiré el libro y miré a mi alrededor. Permanecí concentrada en los sonidos de la casa: las gotas que venían de la canilla de la cocina se multiplicaban por el pasillo que unía cocina y comedor, el movimiento de la mano del gato chino, mi propia respiración y mis pensamientos, pero había algo discordante. Me puse de pie y sentí un dolor agudo en el tobillo. Quedé cerca de la puerta ventana que daba al balcón y cerré los ojos tratando de concentrarme en el exterior. Los sonidos conocidos, y uno que me desconcertaba, rápido memoricé la media sombra. Fui imaginando el espacio y asociando ruido y objeto, sospeché que el ruido desconcertante era algo que se arrastraba. Arrimé la cabeza a la abertura que

había entre el marco y la puerta ventana y una leve brisa fría me heló la cara, después de ese primer impacto volví a concentrarme. El reconocimiento de los sonidos conocidos y otra vez el arrastre, ahora con interrupciones. Salí espantada hacia el centro del comedor y sentí la aceleración de mi corazón. Instintivamente agarré la crema para manos, mientras imaginaba millones de posibilidades y pensé en avisarle a Mariel. Golpear su puerta hasta que abriera y contarle mi descubrimiento. El dolor del pie me devolvió una rara tranquilidad, y me dije que había muchos sonidos que no conocía en este mundo, y todos ellos podían ser causantes del ruido. Puse un poco de crema en mi mano y me la pasé por la cara. Odiaba que el frío cuarteara mi piel.

El reloj marcaba la una y media de la mañana. Sin pensarlo me acosté en la cama, pero dejé todas las luces prendidas. La almohada estaba fría, me reproché no haber prendido la estufa para calentar el ambiente. Siempre evitaba dormirme cerca de las tres de la mañana. Papá me había contado que era la hora del mal y le llamaban así porque, si la muerte de Cristo había sido a las tres de la tarde y desde ese momento se consideraba el inicio del nuevo mundo, el demonio se burlaba de eso y se potenciaba en la oscuridad para recordarle a la divinidad que él regía en la tierra. Las tres de la mañana era la hora en que todas sus potencias salían a darle caza al hombre. Nunca creí mucho en esa historia, sólo pensaba en el consejo que papá me había dado y que ese consejo se había anclado en mí de muy chica, y se volvió algo incuestionable, casi instintivo.

LLEGUÉ TARDE A LA FUNERARIA. El médico dijo que tenía un principio de esguince; me puso una bota ortopédica para que el tobillo se mantuviera inmóvil. Cuando entré en servicio, Edi estaba tomando café, nos miramos y alcanzó para que diagnosticara: *Estás hecha mierda, negri.* Preparé café y me apoyé en la mesada. El calor fue removiendo mi sangre: *Esa cara no es de haberla pasado bien, mamu. Encima con esa bota...* Me encogí de hombros para no tener que hablar, igual con Edi nunca había que hablar, ella hablaba por todo el mundo: *Yo estoy espléndida, salí con el cubano, que la tiene más grande que la mano, ay, me salió versito y todo, y la pasamos bomba: salsa, merengue y bachata.* Tiré lo que quedaba del café en la pileta y encaré a las camillas, Edi se abalanzó detrás. Dijo que no me acercara, que mantuviera distancia porque nunca había visto nada igual. La miré pensando que era un chiste y ella negó con la cabeza. *No lo pude agarrar yo, mamu. Es un espanto.* Edi se quedó en el umbral de la puerta, la taza de café en la mano. Avancé lentamente, la bota me quitaba velocidad al moverme; *Qué tan espantoso puede ser,* pensé. Enfrentarme con los muertos era estar al borde de un precipicio: mirar el abismo, sentir un malestar primero y, después, el vértigo de la muerte. Quizá

un primer impulso era retroceder ante el cadáver, pero inexplicablemente me quedaba. En lenta graduación, el malestar y el vértigo se confundían en una nube de sentimientos inexplicables. Por grados aún más imperceptibles esa nube cobraba forma, como el vapor de la botella de donde surgió el genio en *Las mil y una noches*. Pero en esa nube al borde del precipicio adquiriría consistencia una forma mucho más terrible que cualquier genio, y, sin embargo, era sólo un pensamiento, aunque temible, de esos que hielan hasta la médula de los huesos con la feroz delicia de su horror. Era simplemente la idea de lo que serían las sensaciones durante el momento exacto de la muerte, el instante en que el alma abandonaba la carne, y lo imaginaba como una caída. Y esa caída, esa fulminante aniquilación, por la simple razón de que implicaba la más espantosa y la más abominable entre las más espantosas y abominables imágenes de la muerte y el sufrimiento que jamás se hayan presentado a la imaginación, por esa simple razón la deseaba con más fuerza. Y si Edi o alguien me decía que el horror se podía ver en el cadáver que me esperaba, con más razón sentía que no había en la naturaleza pasión de una impaciencia sin nombre como la de quien se mantenía erguido frente a la máxima aberración de un cadáver. ¿De dónde procedía esa impaciencia? Nunca pude saberlo. Me detuve frente al cuerpo y tomé la punta de la manta que lo cubría; vi las piernas y descubrí que tenían una especie de deformidad: eran demasiado flacas. Quité la manta de un tirón y el resto del cadáver quedó descubierto por el manto de luz pobre. El cuerpo era una masa amorfa coronada por una cabeza llena de protuberancias e irregularidades. Tenía el labio partido al medio y el resto de la composición facial era indescriptible. Giré para ver a Edi, que negó con la cabeza y salió de mi vista.

Era simplemente la idea de lo que serían las sensaciones durante el momento exacto de la muerte, el instante en que el alma abandonaba la carne, y lo imaginaba como una caída.

Mientras me lavaba en la pileta del baño escuché que golpeaban la puerta. *Es Mariel otra vez.* Abrí y ahí estaba la mujer, el horror en su rostro delataba por qué estaba otra vez frente a mí. Miró al final del pasillo y negó varias veces con la cabeza. *Perdón, nena, perdón pero no puedo dejar que la voz me siga haciendo esto, ¿entendés?* Traté de decirle que se tenía que calmar pero me interrumpió: *Esa voz ahí arriba, gime, no soporto más esto, nena, por favor, ayúdame...* Solamente me mantuve en silencio frente a ella, sin decir una palabra. *Nena, nena, ¿vos me crees lo que te digo?* Se hizo la oscuridad pero ninguna de nosotras prendió el botón de encendido, alguien más lo hizo. El eco hacía rebotar el sonido hueco de los pasos que descendían por las escaleras que daban a la casa del portero, a quien no me sorprendió descubrir segundos después en la mitad del pasillo: *Señoras, ¿qué pasó?* Mariel se acercó más a mí y negó con la cabeza como extrañada. *Escuché gritos, ¿pasó algo?* La mujer salió de su ensimismamiento: *Nada, señor Hoffmann, nada que tenga que ver con usted. Hablaba con mi vecina nomás.* El portero miró al piso y levantó apenas los pies del piso: *Mire, Mariel, yo sé que usted anda diciendo que de allá arriba sale una voz y qué sé yo cuántas pavadas más, discúlpeme que le hable así, pero ya me dijo la del octavo que le fue con ese cuento de la voz y, la verdad, la invito a que investigue para que vea que no hay nada allá arriba, ninguna voz ni nada.* La mujer me miró y después le devolvió la mirada al señor Hoffmann: *Está bien, descuide, deben de ser cosas mías.* Una luz extraña sacudió la mirada de Mariel, que salió arrastrando las pantuflas hacia su departamento. El portero me preguntó si estaba todo bien, asentí con la cabeza, entré y antes de que cerrara me dijo, señalándome el pie, que tenía que evitar andar a las corridas por la vida. Había que cuidarse porque la muerte estaba a la vuelta de la esquina. Ensayé varias respuestas, que evité realizar. Antes de cerrar la puerta vi que la luz se apagaba y parecía descender de un modo siniestro sobre el portero.

UN GOLPE ME SOBRESALTÓ. Venía del comedor. Otro más y entendí que alguien golpeaba la puerta. Otro golpe y uno más. Por la mirilla vi la cara maximizada de Mariel. Pensé en dejarla ahí cuando un nuevo golpe me tomó de sorpresa, me alejé de la puerta y escuché que del otro lado Mariel susurraba que no la abandonara así. Abrí y se metió de un empujón, cerró la puerta, miró alrededor y se ubicó al lado de la puerta ventana. Estaba por decirle que me tenía repodrida; cuando giró sobre sí, desorbitada, su mirada se clavó en mí: *La voz viene de allá arriba, nena. la escuché otra vez y ese viejo de mierda no quiere que se sepa... Yo sé lo que te digo, nena, no estoy loca. Están escondiendo algo, algo grande. Vos tenés que acompañarme.* Pensé que la mayor cantidad de las veces que alguien esconde algo, suele tener una razón. *Nena, yo sola no puedo con esto, sola no puedo subir ni un escalón. Vos, nena, vos tenés que*

venir conmigo y vas a ver que es de en serio la voz. Salió al pasillo, despacio, prendió la luz y se quedó parada. Nunca voy a saber qué fue lo que me impulsó a ir detrás de Mariel. Tomé las llaves, cerré la puerta despacio, sin hacer ruidos, y fui detrás de la mujer, que ya ascendía por la escalera que iba al piso del portero. A medida que subíamos el frío se intensificaba. Mariel ya me esperaba en el corredor cuando se hizo una oscuridad de murmullos. Tomada de la baranda, ascendí con dificultad por los escalones. El mismo sonido tubular del caño del desagüe ocultaba mi respiración agitada, y el carillón con su resonancia aguda parecía dar unas campanadas siniestras y lejanas. Al llegar al pasillo, quedé enfrentada a la puerta del departamento del señor Hoffmann, encontré el botón de la luz, y estaba por apretarlo, pero Mariel me tomó del brazo con fuerza y negó con la cabeza, sólo pude ver el brillo de sus ojos. Encaró hacia la salida del pasillo y la seguí con la mirada. Se detuvo a mitad de camino y me hizo señas para que avanzara. En ese momento sentí un profundo desconcierto: ver a la vieja agachada, en pantuflas, haciéndome señas con los brazos como si fuera una bestia desesperada en el medio de un pasillo tétrico, sintiendo cómo la helada atravesaba las húmedas paredes. Avancé hacia ella como si una mano invisible jalara de mí. *Vamos, nena, tenemos que hacer rápido, a ver si sale el viejo maldito ése,* dijo murmurando. Al final del corredor había una puerta angosta, Mariel la empujó apenas, con la mano, y con un quejido se entreabrió a una escalera que ascendía escasos metros. Subimos en silencio hasta que llegamos a otra puerta, que la mujer intentó abrir pero se mostraba infranqueable. Empujó con el hombro y no tuvo suerte. Giré para volver y ella me tomó del brazo: *Por favor, no, ahora que ya estamos cerca no.* Volvió a intentar mientras murmuraba *Por favor por favor* para que la puerta cediera, no hubo caso. Se desesperó y empezó a chocar su cuerpo contra la puerta hasta que ésta se abrió y la vi salir disparada al vacío. Me apuré y fui detrás para ver si estaba bien, sentí un dolor agudo en el tobillo. Una vez afuera contemplé el juego de la niebla que descendía sobre los edificios. Mariel se levantó con dificultad, se puso las pantuflas, sin dejar de murmurar que *Conmigo no van a poder.* Indicó hacia el cuartito que estaba sobre mi balcón y enfiló rengueando y emprolijándose la bata.

La puerta del cuartito se abrió, la niebla se movía de una manera imposible de describir, un olor nauseabundo nos asfixió de repente, Mariel tuvo unas arcadas, yo estaba un poco acostumbrada a los olores pútridos, por eso ni me inmuté. La mujer se repuso y entró decidida a la oscuridad. Me quedé del otro lado, atontada por los dibujos de la neblina que caía densa. *Encontré algo, nena, acá hay otra puerta, vamos.* La escalera daba a un pasillo más oscuro de donde venía el vaho asfixiante. Mariel se tapó con la manga de la bata y empezó a descender. Entonces fue que escuchamos un sonido de algo que

se arrastraba al fondo, reconocí la nota discordante de una noche atrás. Se me contrajo el corazón. Ella me agarró del brazo y murmuró: *Eso es, eso es, nena. ¿Viste?* Seguimos descendiendo hasta llegar a lo que parecía el final del corredor, que desembocaba en una sala iluminada apenas por una lamparita. El olor hediondo venía de ahí. Detrás de unas cajas escuchamos una voz nítida que hablaba de manera inentendible. *¡Ésa es la voz, nena! ¡La voz era de acá, querida!* Se produjo un silencio y las dos miramos al fondo de la sala. Escuchamos el arrastre y unos segundos después descubrimos una figura entre las sombras. Mariel dio un paso hacia delante: *¿Quién sos vos? ¿Sos el que habla de noche?* Sorprendida por la reacción de ella, di un paso hacia atrás. La figura emitió un sonido discordante y cavernoso desde las sombras y la mujer avanzó un paso más: la bata blanca brillaba y le daba una presencia angelical. Giró y me buscó con la mirada invitándome a entrar con un movimiento de cabeza. Di dos pasos y la entidad gruñó, quedé en mi lugar. Ella le dijo que todo estaba bien, *Somos tus amigas*, pidió que entrara y apenas intenté dar un paso, la figura gritó y salió de las sombras mostrando su inhumana forma. Sentí un terror imposible, aunque había visto muchas aberraciones, nunca había estado frente a una que tuviera vida. Mariel empezó a gritar y al ver que la figura se arrastraba hacia nosotras empezamos a ascender por el corredor. Con mucha dificultad llegué a la puerta del cuartito, pero ella venía retrasada: no podía correr porque trastabillaba con las pantuflas, hasta que finalmente tropezó y cayó. *¡Ayúdame, nena, por favor, ayudame que ahí viene!* Corrí hasta ella al mismo tiempo que la bestia. Quedamos a la misma distancia de Mariel, que me estiraba la mano para que la sacara del trance, pero yo no pude moverme, estaba perpleja ante la cara del horror. En una fracción de segundos decidí volver hacia la puerta y salvarme. La mujer se desesperó y empezó a gritar. La niebla seguía bajando fría y vi que Mariel se ponía de pie y se lanzaba a correr hacia la puerta. Antes de que llegara la cerré y quedé agarrada al picaporte. Escuché sus gritos rogando para que le abriera, sentí su forcejeo, después los alaridos de desesperación y la voz. *¡Nena, no me dejes acá! ¡Hija de putaaa!* Supuse que luchaban porque oí que ella se resistía, hasta que largó un rugido horrisono que me dejó helada. Solté el picaporte y di unos pasos atrás. Los alaridos se fueron alejando y los imaginé a ambos perdiéndose al fondo del pasillo.

EL VASO DE CAFÉ me temblaba en la mano. Edi entró apurada, nos miramos y vi en su cara la imagen del espanto. *No puede ser, negri, carajo, no puede ser... Parece que estoy meada por una manada de elefantes.* Negué con la cabeza sin entender a qué se refería. *Yo no puedo, negri, no puedo así.* Le di un sorbo al café, me dolían los ojos, el líquido caliente iba avanzando por mis entrañas

y le iba dando vida a mi interior. *Negri, estás monstruosa hoy... ¿Tuvimos acción?* Ni siquiera atiné a responder, ella lo hizo por mí. *Siempre igual, sos terrible, nena, con vos misma sos terrible.* Otro sorbo de café me obligó a sacarme el saco. *Negri, mirá, yo no puedo con éste, vos sabés cómo soy. Es un horror. Es algo... no tiene palabras.* Dejé el vaso, el ojo derecho me temblaba, Edi lo percibió: *¿Estás bien, negri?* Asentí y me cambié en el vestuario lo más rápido que pude.

Enfilé hacia el cuerpo, tenía frío, la luz blanca de la sala me lastimaba los ojos. Edi estaba apoyada en el marco de la puerta: siempre supuse que su sensación era de admiración y aberración al mismo tiempo. Yendo hacia el cadáver empecé a sentir esa impaciencia sin nombre; quedé parada frente a la camilla, la luz del portalámparas caía tenue. Levanté la manta y el espanto se apoderó de mí. La vista se me nubló y a los tumbos retrocedí: un horror sin nombre me sorprendió. La mitad de la cara, o lo que quedaba de ella, como si hubiese sido arrancada a mordiscones, me delataba de que ese cadáver era de Mariel. Edi se dio cuenta de que algo me pasaba y salió de su silencio: *Negrita, negrita, ¿estás bien?* Con la poca fuerza que me quedaba me repuse y asentí sin girar. Avancé hacia la camilla sin dejar de repetir una y otra vez que era sólo un cadáver, que el abismo era la muerte y que el verdadero horror estaba en la terraza de mi edificio ●

Borges era E.T.

JUAN GUINOT

A BORGES lo conocí a los doce años.

Cuando mi viejo me ordenó «Apagá la tele, vamos a ver a Borges al Colegio Nacional», reconozco que me hinchó bastante las pelotas. Estaba por empezar un capítulo de *Cosmos 1999* (esa serie de la base terrícola en la Luna que, salida de órbita de la Tierra, viaja por el espacio, con la Luna como nave).

A él no le gustó ni medio mi cara de culo. De camino al Nacional, me dijo: «Cuando seas grande me vas a agradecer que te haya traído». Preferí no responderle.

El salón de actos del Colegio Nacional estaba hasta las bolas. Desde el estreno de *Star Wars* en el Cine Español que no veía un sala tan colmada. Nos hicieron subir al gallinero. Fuimos derecho a la primera fila, me senté en la butaca y apreté las manos en los apoyabrazos, el vértigo de la altura me mataba.

Desde la planta baja brotaron los aplausos, mi viejo me dijo: «Ahí viene». Sin soltar mis manos, estiré el cogote y me asomé al abismo del gallinero. Por el pasillo que dividía el ala izquierda y la derecha de los asientos de la planta baja, apareció un anciano, de traje gris, menudo, peinado a la gomina, con la cabeza tornando a un lado y al otro, y la espalda combada. La estabilidad de los pasos de Borges se definía en el apoyo tembleque del bastón.

«Se parece a E.T.», le dije a mi viejo. Él no me escuchó o prefirió hacer que no me había oído.

La gente acompañó la lenta y prolongada caminata del ilustre visitante con una espontánea composición de palmas que, habiendo empezado graves y acogedoras, casi diez minutos después terminaron agudas y repelentes.

Mientras se hacían las maniobras de aterrizaje del anciano en uno de los asientos instalados al pie del escenario, le dije a mi viejo: «Para la salida, así no perdemos más tiempo, me voy a buscar la bici a casa y lo subimos a E.T. en el canasto, vas a ver cómo huimos volando».

Mi papá me miró fulero, entendí que, si abría de nuevo la boca, su patada en el culo me convertiría en el primer humano sin escafandras en llegar a la Luna.

Opté por atrincherarme en el silencio y la contemplación. Miré al frente, donde estaba sentado el ilustre disertante.

Delante de Borges pusieron un pie de micrófono. El muchacho del sonido luchó un buen rato para acertar la flor del micrófono en la boca de un Borges que le complicaba la tarea al mover a un lado y el otro la cabeza. Mi viejo, tentado, me dijo: «El pelotudo no se dio cuenta de que Borges es ciego». Y forcé el dibujo de una risa, más por corresponder a mi viejo que por su chiste.

Y si no me daba naturalmente por reír no era por un tema de respeto frente a alguien con una incapacidad física. Era por miedo.

Es que, al ver de frente al anciano, con las cuencas conteniéndole los ojos blancos, me paralicé. Lo asocié al maestro ciego de la serie *Kung-Fu*, un chino que se las sabía todas, que no veía un pomo y que siempre estaba en un lugar oscuro, lleno de velas encendidas, muy del estilo de los templos de la magia negra. Siempre sostuve que el maestro de *Kung-Fu* era un tipo siniestro. Y esa asociación que estaba haciendo se terminó de armar cuando apareció Kung-Fu en versión femenina y aplicó una toma de pinza con la mano derecha al brazo del sonidista, para sacarlo de escena.

El David Carradine con pollera, rasgos orientales y pelo lacio, y de color ceniza, ajustó el pie del micrófono, hizo señas con la palma abierta al del equipo de sonido, dijo algo al oído de Borges, el anciano movió los labios sin abrir la boca y se sentó a la diestra del escritor.

La conferencia de Borges era un embole. En ese entonces tenía un recurso para huir de esos momentos. Cuando algo me aburría, buscaba una ventana y me imaginaba cosas que pasaban al otro lado, como si el vidrio fuese el límite que separaba dos planos de realidades paralelas, y yo me transportaba mentalmente a esa otra realidad, donde pasaban cosas mucho más interesantes.

Estaba metido en ese jueguito, ajeno a todo, cuando mi viejo me trajo a este mundo con un «Qué mina más pelotuda». Focalicé en Borges, al frente. El tipo seguía con el movimiento pendular de la cabeza, mirando la nada, mientras la Kung-Fu le pedía a alguien que repitiera la pregunta porque el maestro no había escuchado.

Una señora del público se puso de pie y a grito pelado le preguntó al anciano qué había querido decir en un fragmento de «El Aleph» cuando escribió (leyó de un libro con el tonito recitador de las maestras en acto patrio) «el trabajo del poeta no estaba en la poesía; estaba en la invención de

razones para que la poesía fuera admirable; naturalmente ese ulterior trabajo modificaba la obra para él, pero no para otros».

Borges, mirando en dirección a un radiador de calor empotrado contra una pared, y a cinco metros de la mujer que acababa de hacer la consulta, contestó: «No me acuerdo».

El silencio colmó la sala.

Me lo quedé mirando. El anciano movía los labios y tenía levemente abierta la boca, parecía estar hablándole a alguien que no estaba acá. Pensé, más bien me gustó pensar, si el tipo no haría como yo: si, para salir de los momentos embolantes, se mandaría con los pensamientos a otra dimensión.

Ante la prolongación de un silencio que implantó una atmósfera de temor, la David Carradine con pollera se acercó al micrófono y dijo con voz débil: «Si no hay más preguntas para el maestro, se da por finalizada la conferencia».

La gente sacó chispas de las manos y los aplausos ascendieron en vibraciones ignífugas que devoraron todo rastro de temor, prendido del aire.

Borges se fue de mi pueblo aquella misma noche.

Al llegar a casa me sorprendió, y me alivió, que mi viejo no me diera una clase de Borges. Muy por el contrario, durante la cena, repitió, tentado de la risa, la anécdota de la mujer del público que se había querido lucir. Mi vieja se reía y mis hermanos también, aunque ellos se mofaban de mí, porque me había perdido el capítulo de *Cosmos 1999* y, antes de dormir, me lo iban a contar como el culo, para cagarme la vida •

Objetos raros

PABLO BRESCIA

El hombre limpiaba un cristal con un trapo sucio. Cuando oyó la campanilla, alzó la vista.

—¿Qué se le ofrece? —gruñó.

—¿Usted es Valdemar?

—¿Quién quiere saberlo?

—Eso, por ahora, no importa. Me dijeron que aquí podía encontrar lo que estoy buscando.

Valdemar cambió de tono.

—Bien, si lo que busca es especial, usted ha llegado al sitio correcto. ¿Qué le puedo enseñar? —dijo, y se ajustó los lentes redondos y oscuros contra la nariz.

Registré el cuarto con la mirada. Los estantes estaban dispuestos en semi-círculos sobre las paredes y había una vitrina en el lado izquierdo. El abarrotamiento de cosas me fastidió, pero traté de decir algo para salir del paso.

—Usted es coleccionista, pero no me atrevo a decir de qué —dije, pateando algo que estaba en mi camino.

Sonrió.

—Y usted no es más perspicaz que los otros. Mejor así, a decir verdad. ¿Qué le muestro? —insistió.

—Un astrolabio —dije, finalmente.

—Ah... bien. Un instrumento preciso y muy hermoso —comentó, yendo hacia una mesa de color verde. Ahí había una lámina de metal dorado con inscripciones de letras y dibujos.

—Ajá. También busco...

—Me dijeron que este objeto fue fabricado originalmente por Ibn Al-Shatir para descifrar la astronomía, ¿sabe? Yo había atravesado España hasta Gibraltar y después crucé a Tánger. Sin dinero y sin fuerzas, me desmayé en el medio del mercado. Allí me recogió un marinero musulmán; me revivió,

me dio de su pan y de su agua. En agradecimiento, elegí un libro de mi bolsa y se lo di. Eran los *Viajes de Simbad*. Creí que le gustaría leer algo parecido a su vida. ¡Imagínese! El musulmán no reconoció los caracteres de la tapa y me miró, extrañado. Pero se recompuso enseguida y metió la mano en un pequeño baúl. «Shatir», me decía, dándome esa lámina que usted ve ahí. Yo traté de hacerle entender que no quería un canje, pero no hubo caso. Igual, fue un alivio deshacerme de esa carga.

—¿Tanto pesa el astrolabio?

—Me refería al libro —aclaró él.

Palpé el bolsillo derecho de mi saco. Tomé el objeto y fingí estudiarlo.

—Usted es un mentiroso —declaré.

—Amigo, usted no tiene manera de saber eso, y tampoco le concierne. ¿Qué más se le ofrece? —preguntó, dándome la espalda.

Nunca hay que darle la espalda a un desconocido. Lo empujé contra la vitrina; el vidrio se estrelló. Su cuerpo era liviano, como si no existiera.

Tirándolo al piso, le dije:

—Busco una clepsidra.

El hombre de anteojos oscuros se incorporó a medias; un hilo de sangre corría por su labio inferior.

—Sí... ahora las hacen de arena, pero las originales son de agua. Las usaban en Grecia y en Roma para medir el tiempo de los oradores —dijo, mientras caminaba hacia un armario.

Del manojito de llaves que colgaba de su cuello sacó una y abrió el mueble. Allí había un sistema de vasos y vasijas lleno de polvo.

Acarició el objeto. Se dio vuelta y lo puso frente a mí.

—Yo había llegado a Berlín huyendo ya no recuerdo de qué... Ese día en la ciudad había una ceremonia para inaugurar el reloj de agua de trece metros que batía el récord anterior. Había mucha gente y yo me acomodé cerca de los artesanos. Casi todos tenían modelos a escala de la clepsidra, listos para la venta. Uno de ellos pulía cuidadosamente algo de madera. Me acerqué a su mesa...

Lo agarré de las llaves y lo arrastré hacia mí.

—Espérese, déjeme terminar. La miniatura del reloj de trece metros era una obra de arte. El artesano le echó agua y la cascada se deslizó pura y libre. Le pregunté cuánto costaba. No está a la venta, me dijo. Entonces saqué un libro de la bolsa para él, *El corazón de las tinieblas*, de Conrad. Pensé que así el alemán podría conocer África; no tenía cara de haber viajado. No sé si se apiadó de mí, pero cuando me alejé de la plaza tenía la clepsidra bajo el brazo, y un libro menos. Lo habrá vendido, seguramente...

Me sentía asfixiado por el lugar y por los cuentos de ese infeliz. Cerré las cortinas y saqué mi Beretta 92.

—No me interesa cómo consiguió esas cosas inservibles. Usted es Valdemar.

—Precisamente —dijo él.

Apunté. Pero mi mirada se desvió hacia una jaula cubierta de óxido. Bajé el cañón del arma.

—¿Y eso qué es?

Caminó hacia atrás y se paró cubriendo la jaula.

No quería lastimarlo, sólo acabar mi trabajo. Le solté un cachetazo. Volví a repetir:

—¿Eso qué es?

—Usted no entiende...

—No entiendo qué, viejo de mierda...

Lo saqué del medio con un empujón y miré dentro de la jaula. Había un libro. Valdemar notó mi desilusión y suspiró.

Lo miré.

—Hace muchos años quemé mi biblioteca y huí de mi casa. Me llevé diez libros; los fui dejando en lugares lejanos, seguro de que si alguna vez volvía ya no estarían más allí. Pero no hubo caso. Seguí queriendo leer, y la enfermedad y el deseo me obligaron a hacer cosas de las que nunca me creí capaz. Todo lo que pasó después, la biblioteca, esa chica en la estación del metro... Entendí que necesitaba ayuda. Visité un templo budista aquí, en Florida, y el monje que me aconsejó, Grandi creo que se llamaba, me hizo ver la luz. O eso creí. «Conoces el destino que te aguarda, pero no hallas cómo alcanzarlo; los otros serán tu instrumento», recuerdo o creo recordar que me dijo.

—A mí eso no me concierne —dije. Volví a subir la pistola y pensé en el monje.

Valdemar interrumpió mi divagación.

—Un matón me hizo esto —confesó. Y se sacó los anteojos, descubriendo los cráteres de piel que cubrían sus órbitas.

—El problema está solucionado entonces —le dije.

Su carcajada pareció un grito.

—Usted no entiende... Un alma piadosa me consiguió este lugar, donde ni los turistas ni los curiosos sospechan nada. Pero no es suficiente. Porque sigo leyendo.

Lo agarré del cuello.

—¿Por quién me toma, viejo imbécil? ¿Cómo es que lee ahora?

El hombre sin ojos me miró con odio.

—Yo lo traje hasta aquí, Gunther, ¿entiende? Esa voz en el teléfono era la mía. Lo demás era sólo un juego, quería alargar un poco mi vida, presumir de mis objetos raros... Todo lo que leí está en mi cabeza, y sigo viéndolo, y no doy más. Acabe con mi miseria. En ese cajón está el dinero...

Era la primera vez que me contrataba una víctima. Daba igual. Abrí el cajón y tomé mi paga.

—¿Y la jaula?

El viejo se limpió la sangre de la boca y habló.

—Deje, ese libro está maldito. Por eso lo puse allí, cerré con llave y me la tragué. La jaula me la dieron en Nepal y está hecha de un material único. Pero no hay tiempo para contarle la historia.

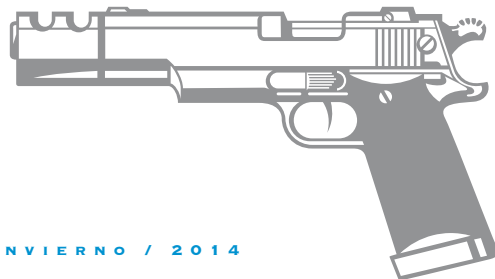
Apoyé la pistola en el centro de su frente. Pero aflojé el gatillo.

—Valdemar, ¿qué libro es ése? ¿Qué tiene ese libro?

Arrodillado, sonrió y alzó la cabeza.

—No tiene ningún valor —dijo—. Máteme de una vez.

Agarré la Beretta por el cañón y le di un culatazo. Después, lo arrastré fuera de la tienda. Encendí un cigarrillo y le prendí fuego al pedazo de cartón que decía OBJETOS RAROS. El humo comenzó a espesarse. Mientras me alejaba con la jaula en una mano y la pistola en la otra, hice lo que nunca hago: me di vuelta. Sin lágrimas, Valdemar lloraba •



Mi padre [fragmento] SEBASTIÁN BASUALDO

Es increíble lo que las palabras le pueden hacer a las cosas.

«La bolita celeste», dijo Francisco señalando hacia el fondo del taller mecánico. Su voz rotunda como un desmoronamiento hizo que el mecánico apareciera por debajo de un auto enorme, un melnudo que yo conocía bien, gran amigo de Francisco durante la adolescencia; charla sobre árbol de levas y carburadores, tomar dos o tres mates y hablar las estupideces de siempre antes de ir a la casa de alguna clienta. Luis, se llamaba. Tenía la barba rala, rubia, y ojos grises, fríos. Chevy, le decían. Olía a grasa de auto y a tabaco. Dijo: Falta la batería. Y volvió a deslizarse en su tabla con rulemanes como si fuera un repuesto más de ese mecanismo complicado. Uno siempre termina pareciéndose a lo que hace. No sé qué gesto debí haber hecho luego de que Francisco buscara orgulloso las llaves del auto en un banco de trabajo colmado de herramientas, pero estoy seguro de que a esa edad yo era capaz de sacar de quicio a cualquiera con un mínimo gesto y Francisco no era justamente la clase de tipo con paciencia, menos en momentos como éstos, en presencia de un amigo, frente al cuerpo rígido de un adolescente cuya decepción ya lo estaba calando hasta los huesos y no se molestaba en lo más mínimo en disimularlo. A dos metros de distancia me tiró las llaves diciendo Feliz cumpleaños, campeón. Parecía contento, le brillaban los ojos y sonreía: era su regalo. Un esfuerzo. De tu madre y mío, dijo. Y mientras las llaves del Fiat 600 volaban hacia mí como una moneda que gira en el aire poniendo en evidencia que tiene una tercera cara llena de verdades que no debieran decirse nunca, pensé (no lo dije; pero lo pensé, me acuerdo): No, gracias. Y me quedé quieto como un poste, o como cualquier otra cosa quieta e inalterable, mirándolo a los ojos, no hice absolutamente nada por atajar las llaves que rápidamente dieron contra el piso como si se rompiera un vidrio. «Ni para arquero». La voz de Chevy. No había podido vernos pero debió escuchar cuando el metal sonó a paciencia

desechable y Francisco dijo: «¿Qué pasa, Lautaro? ¿No te gusta? Siempre cagando más alto de lo que te da el culo, vos». Yo sabía por qué me decía eso; todavía guardaba bien al fondo de mi mesita de luz el folleto con ilustraciones del auto que me había comprado mi padre dos años atrás, algo que no había pedido ni deseado ni mucho menos imaginado que me regalaría y sin embargo sucedió con la misma naturalidad que surgen las promesas cuando sólo exigen eso: prometer. Porque un sábado mi padre vino a buscarme más temprano de lo común y me dijo: «Tengo una sorpresa para vos, no creo que adivines pero te doy tres oportunidades». Entonces, ansioso y más inquieto que nunca, sin saber hacia dónde nos dirigíamos, fui perdiendo una a una las posibilidades con todo tipo de fantasías inverosímiles. Tenía casi dieciséis años y estaba atravesando esa rara mezcla de inocencia y lucidez extrema que se pierde definitivamente alrededor de los treinta, la época en que creés saber todo y hablás de nada, pasás horas encerrado en la habitación de un amigo, fumando, escuchando «On a Night Like This» de Bob Dylan y filosofando hasta el delirio en la más abstracta y supina ignorancia. La edad en que mentís, engañás, defraudás, traicionás y ocultás para cuidar a los demás y cuidarte a vos de los otros. La edad en que todos los profesores te parecen unos imbéciles y la chica del curso que te gusta no te va a dar jamás una oportunidad porque siempre tienen un novio más grande, con barba, músculos y moto que las espera en la puerta del colegio, y vos sos flaco como una larva, tenés granos, escribís poesía, andás en bicicleta y no sabés vestirse. La edad en que, cansado de que te reboten de todos los boliches por no tener los zapatos adecuados, organizás un asalto en tu casa creyendo que vas a poder trincarte a una de ellas o al menos meter un poco de mano y ponés el equipo doble casetera en el living, forrás lamparitas con papel celofán de color verde y rojo, pero resulta que la chica que te interesa no va a tu fiesta porque se olvidó de que tenía el cumpleaños de una tía y ya no te importa nada, ni que te rompan o te roben cosas y te vomiten la alfombra ni que tu mejor amigo alcance un principio de coma alcohólico porque leyó en alguna parte que la mezcla de sandía y vino es una verdadera bomba afrodisíaca. La edad en que a la salida del colegio, un mediodía, muy cerca de tu casa, te agarran a trompadas entre dos porque te metiste con la chica equivocada y al otro día pensás seriamente en aprender artes marciales pero no tenés plata y sos alérgico a la violencia, entonces te ponés a salir con la hermana de un amigo tuyo porque tenés miedo de quedarte solo, la edad en que le robás el auto al marido de tu vieja porque viste demasiadas películas de mierda norteamericanas y soñás con abrazar a una chica rubia en un cine-car, la edad en que perdés los documentos o las llaves todos los sábados y dormís en el escalón de la puerta de tu casa todos los domingos,

la edad en que leés a Hermann Hesse por primera vez y el «Tractat» del lobo estepario te parte la cabeza, la edad en que vas a visitar cada vez menos a tu abuela pero si almorzás con ella una vez por semana te despachás de lo lindo contando todas las intimidades de tu casa y le pedís plata y prometés que vas a ser lindo y bueno como cuando eras chico y ella te decía mijito y vos eras el rey de la creación, la edad en que odiás al marido de tu madre y todos hablan de asesinar a sus padres menos algún facineroso que tiene unos padres envidiables, la edad en que pensás cambiar el Atari por una guitarra eléctrica y cuando lo hacés te das cuenta de que no tenés talento para la música y eras mucho mejor jugando al *Space Invaders*, la edad en que todavía le creés a tu viejo cuando dice que tiene una sorpresa para vos y mientras juegan a la adivinanzas sentís el deseo irrefrenable de tomar su mano al cruzar la calle, un gesto subrepticio y tan íntimo, ya estás grande para eso pero hay algo de abrazo que no sale —que no salió nunca— en tu mano buscando la suya, un decir gracias antes de tiempo, porque sí, porque vino a buscarte y es sábado a la tarde y el sol afebrado de otoño se parece a la felicidad, a cuando tenías unos seis o siete años, y tu padre era el hombre de los regalos incalculables, las salidas al cine Los Ángeles, obras de teatro y títeres y por qué no una hamburguesa en Pumper Nick antes de subir a otro taxi y deslizarse frenético por avenida Callao, hasta que de pronto, a la altura de tu flequillo, por Figueroa Alcorta, el Mausoleo, el gran Panteón, surgiendo como el último recodo para los hijos de padres separados: boletería en el Ital Park y largas filas para una vuelta en el Súper 8 Volantes, el vértigo a la montaña rusa, autitos chocadores y en medio de un gran entusiasmo de música y pochoclos buscar colmado de excitación un puesto de feria donde poner a prueba tu destreza y ganar un muñequito de terracota o cualquier otro souvenir para Yaya, tu abuela, que tenía una colección inmensa de tus salidas sobre una estantería en su dormitorio y nunca se olvidaba de recordarte que le traieras algo mientras dejaba tu ropa recién planchada sobre la cama, algo para estrenar siempre, un pantalón, un lindo par de medias, una camisa... «Hoy viene a buscarlo su padre, mijito. No se olvide de traerle algo a su Yayita. Usted sabe cuánto le gustan a su abuela los muñecos... ¡ay! Si pudiera ir yo». Y ahora te preguntás dónde fueron a parar todos esos regalos, en manos de quién estarán, cómo pudo haber desaparecido todo, así, de pronto, si era tan real y sólido como la casa, desaparecida también, y las plantas, muertas ya, que Yaya regaba sin dejar de hablarles por las mañanas, todo desapareció junto con la inocencia, las ganas de creer que no era cierto lo que escuchabas mientras tu madre se escondía en la cocina o sencillamente se iba de la casa porque no podía tolerar el sonido del timbre, imaginar que del otro lado de la puerta estaba él, grandote, bien enfundando en su

campera de cuero, tu padre: el hombre con el cual ella se había casado cuando tenía apenas dieciocho años y separado cuando vos no habías cumplido aún los doce meses de vida, y vas a tardar muchos años en ordenar y clasificar los papeles que esconden la trama secreta, como si fuera realmente a los hijos a quienes les toca la amarga tarea de revisar y cerrar la historia de sus padres. Un día levantarás la vista de un libro hermoso sintiendo el vértigo que se experimenta cuando se desprende una verdad sin previo aviso. Voy a entrar para siempre en la literatura cerrando el libro de un golpe como quien cierra una puerta después de gritar todo lo que debió ser dicho hace muchos años. Nunca vas a poder olvidar de qué modo lloraste después de haber leído en Rulfo: «No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro». Fue entonces cuando comprendí que Yaya no quería un regalo, sino una demostración, algo concreto por más mínimo que fuera, que la convenciera de que había pasado un día maravilloso, jugando, riendo, divirtiéndote, y mejor si volvías con un juguete bien grande (caro, carísimo) entre las manos. Tu abuela sólo quería que ese hombre fuera capaz de brindarte algo, aunque fuera una vez a la semana. «El gurí tiene que ser feliz, Cora, no deja de ser su padre», decía Yaya, que le abría la puerta de su casa y lo invitaba a tomar mate o a cenar, porque deseaba conversar con él y asegurarse de que me estuviera viendo, cumpliendo con una obligación, al menos una, aunque más no fuera una vez a la semana, un sábado, como aquella tarde en que vino a buscarme diciendo que tenía una sorpresa y mis dieciséis años resultaron muchos o muy pocos para acertar con la adivinanza y no podía creer que me estaba regalando un auto, hasta que me dijo «Tomá, hijo, es tuyo», y dándose media vuelta me extendió la mano: un folleto a cuatro colores, papel ilustración, siete páginas con todos los detalles técnicos del auto. Sentado frente a un hombre de saco y corbata negra veo a mi viejo firmando una cantidad innumerable de papeles mientras hablan de cuotas, sorteos y licitaciones, hasta que de repente da media vuelta hacia el lugar exacto donde estoy parado y pregunta, me preguntó a mí, sonriendo, ese gesto de complicidad que tan bien conocía cada vez que me daba a elegir un juguete, qué color quería, «¿Qué color te gusta?», preguntó de perfil, su voz suave flotando en el ambiente, el codo derecho apoyado sobre el borde del escritorio, la mano sosteniendo la lapicera como una bandera a media asta lista para estampar un rojo, me apresuré a decir «El rojo, papá», porque tenía miedo de que fuera el último, que sólo quedara ese auto que ocupaba gran parte del salón de la concesionaria (de pronto me vi regresando a casa, la cara de asombro de los pibes del barrio, a mi viejo dejándome conducir por alguna calle de sábado por la tarde, explicándome que durante un año

debíamos guardarlo en un garaje, cuidarlo como un caballo en un establo hasta que pudiera sacar el registro). Menos mal que llegamos a tiempo, justo antes de que se vendiera el último, ¿no es cierto, papi?, le decía expectante y silencioso con la mirada y por supuesto que el rojo me gusta pero no me importaría si fuera blanco con tal de llevármelo ahora mismo. Siento que lo estoy viendo poniéndose de pie, ligeramente inclinado, quitando su billetera del bolsillo trasero de su pantalón, dejando uno a uno los billetes sobre el escritorio, qué suerte que no iba a suceder lo mismo que con el Atari, la época del austral, me acuerdo, dólares como niños borrachos en un subibaja; porque cada vez que llegábamos al negocio de artículos importados el Atari tenía otro precio, a veces con diferencia de horas, una locura que escapaba por completo a mi lógica de niño entusiasmado que entraba al negocio de la mano de su padre rogando que alcanzara la plata. Es cierto: cuando uno es chico encuentra siempre un motivo para justificar a los que quiere. Una hora más tarde, sentados a una mesa de bar, escucho atentamente a mi viejo con una orla de licuado de banana entre los labios, ya no sonrío pero mi desencantamiento cede a sus palabras. Nuestro proyecto, dijo él, consiste básicamente en esperar dos años, y los terrones de azúcar se fueron acumulando sobre la mesa —su taza de café era el auto—; un modo de explicarme que había que ahorrar plata, nada de gastos superfluos, pagar cuotas y, llegado el momento, licitar. No entiendo lo que significa *licitar* pero no importa. Nunca prometas nada si ya sabés de antemano que no vas a poder cumplir, no digas que a fin de mes vas a comprarle algo o vas a llevarlo a pasear a alguna parte, no hagas que te espere durante horas sentado con los zapatos recién lustrados en la puerta de su casa mientras la tarde se desdibuja a su alrededor, ni mucho menos prometas que vas a llamarlo por teléfono durante la semana si los días se te acortan desprolijamente justo cuando él se duerme temiendo que lo llames. Cuando llegué a mi casa y lo vi a Francisco tomando mate en la cocina como todos los sábados, lo primero que hice fue mostrarle el folleto. Cuando terminó de observarlo con el mismo interés que podría darle a una revista en una peluquería, le dije orgulloso: «Él me lo va a comprar». Los dos sabíamos perfectamente a quién me refería. Era inevitable que algo se tensara en el aire. Ahora comprendo que al no nombrar a mi padre fingía en presencia de Francisco negar el lugar que ese hombre debía tener en mi vida. No sé de qué manera un niño aprende estas cosas, si lo hace por su propia voluntad para no lastimar la sensibilidad de un adulto o si subrepticamente es inducido a callar y no nombrar y por lo tanto a cultivar ese sentimiento de protección innecesaria. Un secreto, eso era lo que yo tenía. Esa sensación me acompañó desde los siete años, que fue cuando mi madre y yo nos fuimos a vivir con Francisco a Villa del

Parque. Sin embargo sé bien que ni mi madre ni nadie me impidió jamás que nombrara a mi padre; pero un día dejé de hacerlo, entendí que Él pertenecía a un orden distinto de mi vida y debía quedar fuera de casa, como quien pisa mierda en la calle y tiene que dejar la zapatilla en el patio, para ser lavada, antes de entrar. Yo era hijo de mi madre. Y para Francisco un recordatorio viviente de los años de juventud de mi madre y, por sobre todas las cosas, que había tenido una vida antes de conocerlo a él, durísima y llena de contradicciones, seguramente, pero una vida al fin. ¿Un error? No, no creo que lo planteara de esa manera. Conociendo como llegué a conocer a mi madre, estoy seguro de que nunca hubiera utilizado esa palabra para referirse a mí, ni siquiera en su momento más vulnerable o de desprecio hacia sí misma, o bajo ese profundo, prácticamente insondable, sentimiento de querer sepultar el pasado para siempre sin pensar en rescatar algo (para su hijo) y de esa manera complacer a su nuevo hombre, que es lo que simulan hacer muchas mujeres al cabo de un fracaso amoroso que determinó el curso de sus vidas: negar que fueron capaces de amar antes. Lejos de hablar de un error, mi madre debía poner de manifiesto su espíritu libre, la entereza que la llevó a tomar la determinación de no interrumpir su embarazo. Una mujer así resulta desconcertante para los que son como vos, Francisco, que una noche, hace más de veinte años, durante una pelea que tuvimos (quizá una de las últimas), disparaste al centro mismo de mi desconcierto gritando que yo era un aborto de la naturaleza. Recuerdo toda la escena pero no vale la pena escribirlo. Lo más importante para mí es que en ese momento no entendí lo que me había querido decir; busqué la palabra *aborto* en el diccionario esa misma noche pero tardé muchos años en comprender que uno no necesita saber el significado de las palabras para ponerle el cuerpo a un insulto; porque hay palabras que suplantán el golpe, basta pronunciar enfáticamente la palabra *imbécil*, por ejemplo, para notar cómo cada sílaba se cierra como un puño sobre la zona más amarga del paladar. Todo lo que Francisco podía saber sobre mi padre seguramente se lo había contado mi madre. Y es lógico. Para iniciar una nueva vida es necesario borrar cualquier asomo de contradicción, hay que dejar el espacio libre y limpio, negar hasta encharstrar el pasado de tal modo que el nuevo hombre elegido para ocupar el rol paterno no sienta la impotente realidad de tener que luchar contra un fantasma. Mi padre era el hombre prohibido, la mala palabra, y me pertenecía a mí por entero. Todo lo que supe veinticinco años más tarde, Francisco debía de verlo reflejado en mí en aquellos años. Sólo que yo, cuando me miraba al espejo a esa edad, no podía entender hasta qué punto reverberaba el desprecio que sentían hacia Norberto Nogán, lo único que veía era un adolescente que había heredado a su padre como se hereda una

enfermedad congénita. Y por eso mismo, en cierto modo, enigmática. La paternidad se define por la acción y necesita ser justificada constantemente, dejar embarazada a una mujer no te convierte en padre, apenas es el comienzo, una posibilidad donde se esconde un hermoso interrogante. Si no tenés padre, otro ocupará ese rol (un abuelo, un tío, un amigo de tu madre, o su nueva pareja), la maternidad, en cambio, no necesita justificación alguna y está en su naturaleza también el derecho de señalar al hombre habilitado para esa función. Se extirpa todo aquello que amenaza o causa dolor, se liman las asperezas, se quita lo que sobra en honor a la armonía. Todo secreto entraña un sentimiento de culpa. La sensación de entrar sucio a mi casa después de haber pasado unas horas con mi padre me alcanzaba ni bien abría la puerta. Podía suceder que justo en ese momento mi madre y Francisco estuvieran mirando una película, las luces bajas y el volumen alto de la televisión logran que pase inadvertida mi llegada, o quizá yo quiero eso y me muevo despacio, silencioso como un pez en el agua, dudando entre sentarme con ellos a ver una película ya empezada o ir a mi habitación. No importa lo que haga, me siento fuera de lugar, debo armonizar con la lógica familiar, el intruso debe entrar en sintonía nuevamente, no alterar el orden ni hacer ruido para abrir la heladera. Al fin y al cabo yo me había ido con Él, seguramente había cenado una costilla de cerdo a la riojana en un hermoso restaurante mientras ellos se arreglaban con un plato de fideos con manteca. Pero no es fácil, los primeros minutos resultan intolerables, me siento fuera de foco, soy un instrumento que no entra en la orquesta, afinado en otro tono, cualquier cosa que diga me deja en evidencia. Podía llegar a suceder que mi madre me oyera entrar y desde uno de los sillones, abrazada por Francisco, dejándome ver su perfil apuntando al techo, sobre la penumbra, me dijera algo que no requería una respuesta; pero si yo respondía y ella volvía a hablarme, Francisco no tardaba en recordarle a mi madre de manera cortante que estaban viendo una película. Su tono de fastidio electrificaba el ambiente, entonces yo me quedaba dando vueltas por la casa, perdido e incómodo como un huésped que no habla el mismo idioma y se da cuenta de que ha usurpado la intimidad familiar, quedándose más tiempo del que estaba previsto, abusando de la confianza. La casa entera parecía darme la espalda de una manera abyecta, irreconciliable. Entonces yo me quedaba pensando con culpa en mi padre que se había ido solo, caminando por las calles oscuras del barrio. Y ése es el sentimiento más fuerte que conservo de él, incluso hoy: pienso en mi padre como el hombre más solitario del mundo. No puedo explicar de dónde surgió ese sentimiento ni cómo fue creciendo en mí hasta devorar gran parte de esos años, pero todo confabuló en mi imaginación para que se hiciera cada vez más intolerable,

llo de preguntas que no me podía responder. Era también durante esa época que yo solía estar atento a que viniera a buscarme con un reloj nuevo en su muñeca. Ya de regreso a casa, esperaba estar a unas pocas calles y me arrojaba sobre su brazo simulando ansiedad y descubrimiento; quizá cargaba una pesada bolsa con ropa nueva del centro comercial de Munro y un maravilloso juguete; pero no me importaba: necesitaba algo suyo. Sabías perfectamente que ya no iba a devolvértelo y era como una especie de acuerdo, un lenguaje que se ponía en funcionamiento ni bien lo desabrochabas de tu muñeca. La sonrisa se le deslizaba íntegra por toda su boca mientras me pedía que lo cuidara. «Vos debés tener un buen montón, ¿no?», decía. «Cuidalo, por favor». A veces me pregunto qué habrá sido de todos esos relojes y mis juguetes y todas aquellas cosas que llenaban mi infancia. Llegué a tener una cantidad fantástica. Guardaba el reloj durante toda la noche debajo de mi almohada hundida por su perfume: yo había estado con mi padre. Porque el hecho de despedirlo en la puerta de mi casa era una situación que me colmaba de angustia. La manera en que nos abrazábamos, el beso que me daba, su pregunta: «¿Pasaste bien, hijo?», agotaban mis fuerzas llenándome los ojos de lágrimas. Yo intento ocultar ese sentimiento desgarrador y cierro la puerta; pero rápidamente vuelvo a salir, me asomo para verlo alejarse, caminando, despacio, triste, tan solo. La culpa me devora. ¿Adónde iba? ¿Dónde vivía mi padre? No lo sabía, no lo supe hasta que tuve que retirar sus cosas del hotel, unos días después de que muriera •



La palabra **santa** NATALIA RODRÍGUEZ SIMÓN

SE ACUERDA de tía Eugenia cada vez que el Ruben le dice Tarada o No seas tarada; cada vez que se enoja y hace puño contra la mesa y le dice Vení para acá o Andá para allá; cada vez que la manda con los mandados y le cuenta el vuelto, monedita por monedita; cada vez que ella se manda una, la recuerda. Como si hubiese pasado tanto tiempo. Como si la figura de la tía se hubiese vuelto joven y no al revés. Si hasta la ve de pie y no en la silla. Ella la llevaba en la silla para todos lados, siempre dentro de la casa o a lo sumo hasta lo de la otra tía, que tampoco era su tía. Y esas cuerdas hasta lo de la otra las hacía rápido, llevaba la silla con tía y todo corriendo, casi en el aire, sacaba chispas de la vereda; tía Eugenia se quejaba, la retaba, y ella sabía que después se le venía una.

Ahora la ve de pie, antes de la silla, cuando iban a lo de tía Juana y era domingo, y ahí estaban todos sus primos que tampoco eran sus primos. Todos juntos con sus hijos chiquitos. Y ella quería correr. Iba y los saludaba, y los mocosos no querían darle beso: Salí, gritaban, y después jugaban todos a perseguirse y reían. Comían la carne, las dos tías charlaban, ella hablaba con esos primos, con la prima que le había enseñado a contar y a escribir, que era su preferida.

Ahora el Ruben le dijo Tarada y ella se acuerda de eso, de las clases con la prima maestra. ¿Cuánto hace que no los ve? A ella y a sus hijos y a su hija más chiquita, que no reía nunca y no la miraba a los ojos, como si tuviese tantas cosas que esconder. La prima maestra vivía aún con tía Juana, antes de que se casara y tuviera tantos hijos, y ella iba de visita con tía Eugenia de pie. Llegaban y Juana hacía la leche. Pasámela, le decía a su hermana que, enorme, la sentaba a ella a la mesa de la cocina. Qué rico el olor de la cocina, el humo de la leche caliente. Y, mientras la tomaba, tía Juana hacía pinza con los dedos y sacaba piojo tras piojo de su pelo negro, largo, grueso. Después venía la prima y le enseñaba las cuentas: Si tengo tres caramelos —le decía y los ponía sobre la mesa— y me como uno, ¿cuántos caramelos me quedan? Y ella contaba uno, dos, después de comerse el que restaba.

Alguna vez se pelearon las dos hermanas y ella no pudo ir por un tiempo. Y en ese tiempo tía Eugenia le cortó el pelo cortito cortito para espantar a los piojos de una buena vez, y nunca más fue largo, grueso, siempre es como ahora, que se para a veces por la humedad.

Oíme, le ordena el Ruben mientras apoya el mate. El Ruben, que le trajo la palabra del Salvador, una palabra larga y difícil como las cuentas. Un día se apareció en la casa de tía Eugenia con esta palabra chicle, y tía Eugenia, que ya usaba la silla, empezó a gritar desde la pieza, porque ella la había acostado para la siesta. Empezó a gritar Cerrá la puerta, te digo, cerrá la puerta, malnacida, y otras malas palabras, y ella la cerró y quedó del lado de afuera escuchando, mirando al Ruben y su palabra bella hasta que tía Eugenia se durmió, quizás, y ella entró en la casa de nuevo y pudo peinar a sus muñecas. Al otro día y al otro día volvió el Ruben a decirle la palabra, y le dio un beso húmedo en su boca húmeda y jamás volvieron. Ahora están en esta casa, con esta mesa en la que el Ruben apoya este mate amargo una y otra vez mientras le dice Oíme, tarada, y que hay que hacer las compras porque ya no hay yerba.

Tía Juana le regalaba una muñeca cada Navidad, una muñeca rubia de pelo largo y ensortijado. Pasaban las fiestas todos juntos en su casa, todos los tíos y los primos, todos rubios menos ella, tan negra y con su nariz picuda, con ese lunar de bruja, con el pelo corto y duro, tan hija de nadie. Le gustaban los hijos de la prima maestra por eso, porque eran negros también, como ella, pero tenían padre y eran iguales, todos igualitos entre sí.

Ella no tenía padre, tenía al tío Alberto, que vivió con las dos, con ella y con tía Eugenia, hasta que murió de tristeza, dicen, que se le quebró el corazón. No se acuerda mucho del tío ahora, debe de haber sido un hombre bueno, callado como todos los hombres de la casa, de su casa y de la de tía Juana, callado y con los ojos bajos, sin mirarla, como si tuviera tanto que esconder.

Ahora sale a hacer las compras. El Ruben le dejó plata y le va a contar el vuelto como cada vez, porque no sobra, nunca sobró. Si hasta con tía Eugenia iban a pedir a lo de la otra para pasar el mes. Porque la pensión de tío Alberto no alcanzaba, decía Eugenia, porque esta inútil —que era ella, la señalaba— no sirve para trabajar, y además quién le iba a hacer las cosas en la casa. Si ella se moría, pensaba, quizás le dieran otra pensión y ahí sí sobraba para todo el mes. Si se moría tía Eugenia, quizás ella cobrara las dos pensiones y se llenaría de muñecas, de caramelos, de vestidos. No le gustaba pensar en la muerte, ni entonces ni ahora que sabe la palabra, ni ahora que piensa, camino al almacén, que tía Eugenia pudo haberse muerto.

Un paquete de yerba, don, le pide al viejo, que la saluda como si la conociera desde siempre. Como la saludaban los chicos vecinos cuando iban a la escuela, allá en la otra casa, y ella se quedaba y su escuela no era otra que la prima maestra que, eso sí, le enseñó todo lo que necesitaba saber. Le enseñó también cómo lavar las bombachas para que la cola estuviera siempre sana y fresca, le enseñó a hacer las compras, a contar bien el vuelto, a decir que no a los muchachos que la invitaban. Le enseñó a no escuchar a tía Eugenia cuando le pedía que se acercara a su silla para poder pegarle, y eso lo aprendió muy bien; ahora a veces tampoco escucha al Ruben cuando le pide, entonces no dice nada y las cosas pasan solas, la atraviesan como la palabra santa.

¿Y ella cómo se hizo, cómo llegó a la casa en la que vivió, que limpió todos los días,

que fue el techo también de sus muñecas, de un perro que movía la cola, que cuidó y que no tenía nombre? Porque eso también le enseñó la prima maestra: que el papá planta una semillita en la mamá, que las semillas de tío Alberto estaban secas, que el vientre de tía Eugenia estaba seco, que no tenía lugar para ella, y que por eso no son ni mamá ni papá, sino tíos, un hueco en el medio, una cosa deforme. Que ella viene de otro lado, como algunos pájaros que migran, que vuelan a otros lugares y que así llegó, volando. Y cuando preguntó a tía Eugenia desde dónde voló, la tía sacó el cinto y la surtió y le marcó la piel para que dejara de preguntar pavadas.

Era distinta tía Eugenia de antes a tía Eugenia en la silla. Iba cambiando, se iba volviendo más blanca. Cada vez decía más malas palabras. A veces ella se reía, le causaban gracia las puteadas cansadas, las pocas ganas de usar el cinto. Le daba asco limpiarle la cola cuando hacía lo segundo, le daba asco también limpiar su propia cola; el olor nunca terminaba de irse, escarbaba las narices, se quedaba volando como un fantasma. Prefería estar en lo de tía Juana, que vivía cerca y entonces podía ir caminando. La dejaba a tía Eugenia durmiendo la siesta y ella se escapaba y de paso pedía para pasar el mes, siempre se necesitaba para pasar el mes. Pero en ese tiempo, que fue hace no tanto, la casa de tía Juana también estaba vacía y oscura, sin los primos que no eran sus primos, sin sus hijos.

No hace mucho, mientras vivía con el Ruben, fue a casa de tía Juana a pedir y la miró feo, como si se hubiese portado mal. Hubiera preferido el cinto, que era más rápido y ardía menos. Le preguntó cómo se atrevía, la echó de la casa, le dijo que tenía la entrada prohibida. Mientras vuelve del almacén piensa que sería necesario volver a pedir, ir a intentarlo, sin que el Ruben se entere de nada, claro.

Cuando se fue de la casa donde vivía, no pudo llevarse sus muñecas. Quedaron en el tiempo, solas, despeinadas. La tía quedó ahí como otra muñeca, una muñeca vieja y sucia recostada como en una tumba. Tampoco pudo llevarse al perro. Mientras juntaba algunas ropas en una bolsa, el perro ladraba y movía la cola, como si le preguntara adónde iba y cuándo pensaba volver. Qué será de tía Eugenia, se pregunta camino a su casa nueva. Qué será de todos esos hijos de alguien, y de sus hijos, y de sus hijos. Se pregunta cómo será tener un hijo, sabe que tiene el vientre seco también ella, como si tía Eugenia la hubiese contagiado.

El Ruben está esperándola en la casa. Fuma. Ella entra y deja la bolsa sobre la mesa, acomoda las cosas que compró, lava los platos del día. El Ruben le trajo la palabra, le dijo que en este mundo somos todos hermanos, todos hijos del mismo hombre, todos ovejas del mismo pastor, todos nacidos de la tierra y no caídos de algún cielo después de volar tanto, desde un lugar tan lejano como el campo. Ya no le dice Tarada, se olvidó o está cansado de decir. Se acerca por detrás, la toma de la cintura, pide. Si ella se niega, va a sacar el cinto, que arde en la piel que sangra, pero no adentro •



Mirá cómo está la vagancia

SEBASTIÁN PANDOLFELLI

«**ANOCHÉ nos fuimos al carajo**», dijo Chapa, mirando al piso, con las manos en los bolsillos. «Qué manera de chupar, boludo». Era un domingo de mediados de verano, estaban en cueros, echados en reposeras de lona alrededor de la pelopincho llena de agua verdosa. «Tomamos demasiado», volvió a decir Chapa, «tengo la panza toda hinchada, ya me parezco a vos, Gordo». El Gordo lo miró de costado, manoteó una feta de mortadela y se la zampó de una, sin pan. «El otro día vi una propaganda de un aparato que te lo enchufas en la panza y bajás como cinco kilos en un rato...», comentó mientras masticaba. «Esas giladas son cualquiera, si ves la propaganda te das cuenta al toque, Gordo, siempre hay un chabón todo forzado y una minita que está re buena y hacen gimnasia y te muestran que antes eran zarpado de gordos y que tenés que comprar ya la verga ésa y que adelgazas al toque, pero te hacen la psicológica, ¿entendés?, te muestran un montón de gente re copada todos flacos y te re psicologean bó, entonces corte que vos te comés el flash, pero es todo mentira, Gordo, no podés comerme ésa...», le recriminó Chapa, que se sacó la gorrita con el logo de Nike, se rascó la cabeza, se refregó la cara con ambas manos y se la puso otra vez con la visera para atrás. Tenía unos moretones en los nudillos y le dolía la mandíbula. El Gordo se sacó las aparatosas Adidas blancas y se dio un chapuzón. Salió del agua resoplando, se sacudió como hacen los perros después de un baño y puso los brazos en jarra mirando para el lado del sol. Millones de gotitas se deslizaron por su piel pálida y tensa para morir en un charco a sus pies. Un San Jorge mal tatuado en tinta azul aplastaba un dragón en su espalda. Se acomodó la malla, se rascó un huevo y quedó pensativo un rato. En la casa de al lado también había un patio adelante con una pelopincho, y en la otra, una pileta de plástico. Y en casi todas las otras también. Era un barrio obrero, de casas bajas con terrenos alambrados. A esa hora, los que no estaban durmiendo la siesta estaban en la iglesia evangelista o mirando algún partido. En ese

instante se le ocurrió que podía atravesarlo nadando. Podría llegar hasta el almacén del otro lado de la avenida para comprar una cerveza, pasando por todas las piletas del barrio. Estuvo a punto de comentárselo al Chapa, pero desistió, porque era una locura. En cuanto tratara de entrar en algún terreno lo sacarían a los tiros o lo mordería un perro.

«¡Che, alto bondi se armó anoche, eh...!», comentó Chapa por llenar un poco el vacío. «Sí, todo por la pendeja petera ésa... ta zarpada en trola... ¡Pero al gil lo estropeaste, guacho! Era re flancito... ¡A la segunda mano le hiciste saltá todo el chocolate!», lo animó el Gordo. Chapa se miró las manos. «Traé una birra, Gordo», le ordenó desganado. El otro fue hasta la heladera y volvió con una Quilmes medio tibia. «Parece que se cortó la luz otra vez... ta re caliente esto...», dijo después de pegarle un trago. Chapa largó una puteada, agarró la botella y le pegó un beso largo. «¡Arrggg... es un meo de gato!», se quejó y la revoleó al medio de la calle, donde estalló en pedazos rompiendo el silencio de la siesta.

Al Chapa le gustaba mucho la Jessi, pero ella siempre estaba como en otra onda. En el baile se enganchaba con pibes desconocidos y hasta se transaba un par para que le pagaran los tragos. Eso lo sacaba, lo ponía de la gorra. Era verla con otro y transformarse en un caballo desbocado. Esta vez, la agarró sola y cuando la tenía ahí se aparece el gato ése haciéndose el novio fatal. De sólo acordarse se le revuelven las tripas. Sacó un pucho y le dio una pitada fuerte con la vista clavada en la calle, en los pedazos de vidrio que brillaban al sol.

«¡Mirá cómo estáaaa la vagaaaancia en este baile / Todos re mamados y con las manos en el aireeee! Las palma arriba...», cantaba Gabriel a los gritos con los auriculares de un iPod remachados a las orejas. Era un morocho corpulento. Llegó en una bicicleta playera roja. Estaba agitado y sudoroso. Entró, tiró la bici a un costado, sacó el 38 del bolsillo del pantalón de gimnasia y lo escondió atrás de una maceta de cemento donde intentaba crecer un malvón entre matas de pasto seco. «¡Se me regaló! Yo venía re tranca caminando para acá y se aparece un pancho con la bici y la gilada ésta en un semáforo. Apenas le dije: ¡Dame todo, guacho! Ni siquiera le mostré el fierro, se puso de todo los colores el gil, le di un sopapo y largó la playera, le arranqué esto y salió corriendo...», contó acelerado y le pegó un coscorrón al Gordo que agarraba la bicicleta. «Dejá ahí, Gordo, si queré una andá buscartelá... Tomá, tenía veinte peso nomá el pancho. Andá comprá un par de birra bien fría... que tengo que hablar con el Chapa», ordenó y se sentó en la reposerá. El Gordo salió haciendo puchero. Estaba descalzo y casi mete un pie en la zanja por distraído. «Le dejé el auto al Vieja en Caraza, es una rata el chabón, quinientos pesos me dio... Ahí tené tu parte...», dijo Gabriel y le pasó unos billetes grasientos hechos un bollo. «Te fuiste al re carajo, Gaby,

mandaste cualquiera. ¿Cómo le vas a tirar así? ¡Y trasca me traes el fierro a mi casa!», dijo Chapa poniéndose de pie. «¿Vos sos pelotudo? ¡Borrate, gil! ¡Sacá eso de ahí y borrate!», le gritó empujándolo. «Aguantá, guacho... ¿Qué onda...? ¿Te poné la gorra, gil? ¡Gato! ¿Ahora te pintó el antichorro? ¡Cagón! Si vos me decías tirale, tirale... ¡Gil!», se defendió Gabriel. Chapa lo empujó y lo hizo tropezar con la reposera. Gabriel la pateó a un costado. «La concha de tu madre...», le escupió Chapa. Estaban frente a frente, midiéndose. En el aire había electricidad. Los dos sabían dónde estaba el revólver. Se escuchó una sirena y una acelerada desde la esquina. Un montón de perros ladraban como locos. Algunos vecinos se asomaron a la calle. La camioneta blanca y negra de la policía frenó violentamente frente a la casa, levantando polvo de la calle de tierra. «¡Quietos!», ordenó una voz metálica desde el megáfono. Y fue como si cayera un rayo. Dos oficiales se apostaron detrás del capot, apuntando con escopetas, y otro se acercaba al alambrado con la 45. Chapa y Gabriel se quedaron paralizados del susto, con las manos en alto. El Gordo vio toda la escena desde la esquina. Del cagazo dejó caer la botella de cerveza y salió corriendo.

«**Yo vi a los mejores** pibitos de esta generación destruidos por la locura ésa del paco, te juro...», dijo el flaco Carlitos. «¿Viste el Rulo, el negrito de acá a la vuelta? Lo agarraron en el centro... Parece que estaba afanando una farmacia... ahora la madre tiene un dramón...», siguió y manoteó el paquete de Jockey Suaves del escritorio. Recorrió con la vista el mapa viejo que colgaba de la pared. Buenos Aires y el conurbano estaban cada vez más descoloridos, como si el tiempo quisiera borrarlos. Prendió un cigarrillo y largó el humo soplando para arriba, pensativo. Su Ford Falcon gris descansaba del último viaje bajo la sombra del gomero. Al lado estaba el Fiat Duna del negro Maiquel. «Sí, los pibes de ahora no tienen respeto por nada...», respondió el negro, con un gesto de aburrimiento pintado en la jeta. Dejó de ojear la guía de teléfonos y la puso en un cajón. Agarró el cenicero rebalsado de puchos y salió a la vereda. Lo vació en la zanja y vio cómo las colillas quedaron flotando en el agua podrida entre las larvas de mosquito. En eso llegó Roldán con el Taunus gasolero y lo estacionó atrás del Falcon. «¿Qué te pasó, Meteoro? ¡Dos horas para ir hasta Banfield, papá!», lo atacó enseguida. «No me hablés, negro...», dijo Roldán, resoplando. «Se quedó en el medio de Pavón esta poronga... me parece que es la batería... ¡Y eso que la cargué ayer, eh! Debe tener algo en corto, debe tener... Lo tuve que empujar hasta que arrancó de vuelta...», se quejó, dándole una trompada al capot.

Entraron a la remisería, Maiquel le dio el cenicero a Carlitos y se puso a preparar un mate. «Che, yo me tomo unos verdes y me voy para casa a cargar

la mierda ésta. No puedo andar así...», dijo Roldán, amargado. «La verdá, te digo, Meteoro... con una mano en el corazón, con el Renó 12 andabas mejor, eh...», comentó el flaco Carlitos y tiró el pucho a la vereda de un tincazo. Roldán lo miró con odio y no le contestó. «La otra vez, justo en un negocio en Warnes...», siguió hablando, «había un chabón que vendía un cargador de batería que viene con un chirimbolo así, tipo un plastiquito, como una trabita, ¿viste?, que cuando lo poné, la dejás cargando y cuando termina, itac!, te corta solo, una cosa de locos, la verdá... Ahora voy a ver... un día de éstos, si junto unos mango... Capaz que lo compro...». Roldán agarró un ejemplar viejo de la revista *Pronto* y se puso a mirar las fotos de los famosos.

El local era muy chico. Apenas entraban el escritorio, tres sillas y una garrafita para calentar la pava. La puerta quedaba abierta por el humo de los puchos. En el vidrio de la ventana habían pintado la leyenda «Remis El Gauchito Gil 24 horas». Pero cerraban a la medianoche por miedo a los afanos. El negro Miguel abrió la remisería con la plata de la indemnización de cuando lo echaron de la fábrica. Compró el auto y adaptó el garaje de su casa. Le decían Maiquel porque cuando estaba en la secundaria fue con sus compañeros a Feliz Domingo y le tocó hacer de Michael Jackson. Como era un morocho flaquito y bailaba bien, ganaron el pase a la final. Pero el cofre de la felicidad no se le abrió. En una pared de su casa tenía enmarcada una foto con Soldán, que le recordaba esa época. Cada tanto se lo escuchaba tarareando «Thriller» o se lo veía haciendo la caminata lunar.

Le pasó un mate a Roldán y encendió un cigarrillo. Se quedaron pensando, cada uno en sus cosas. El timbre del teléfono cortó el silencio y los hizo volver de sus viajes. El flaco Carlitos atendió: «Remis El Gauchito... Msé... Ahá... Ok... Sí, señora, ya le mando... Sí, en diez minutos... Msé, un Fiat Duna blanco le mando...», cortó y anotó el pedido en el cuaderno. «Negro, la señora de la nenita, para ir al hospital», dijo levantando la vista. Maiquel chupó un mate, agarró las llaves, el celular y salió. La señora era clienta regular, madre soltera de una nena de diez años con síndrome de Down. Dos o tres veces a la semana pedía un auto para llevarla a algún control o al centro especial donde practicaba natación. Él siempre tenía a mano algunos caramelos para darle. Le gustaba hacer esos viajes y les cobraba de menos porque la mujer le caía simpática y estaba bastante buena. La nena le conversaba todo el trayecto. Anita, se llamaba. Era muy alegre y a veces, cuando ponía música de Michael Jackson en el estéreo, cantaban juntos.

Sacó el Glade fragancia de pinos de la guantera y tiró un poco para contrarrestar el olor del pucho. Arrancó el auto y se persignó como hacía cada vez antes de salir a un viaje. Del espejo retrovisor colgaban un rosario de plástico, una cinta roja y un muñeco del Gauchito Gil. Un cusquito medio

rengo salió atrás y lo corrió ladrando atolondrado. Una cuadra después se quedó parado con la lengua afuera. Maiquel vio por el espejo cómo se hacía cada vez más chiquito, hasta desaparecer.

La casa quedaba cerca, pero del lado peligroso del barrio, así que se aseguró de tener a mano la llave cruz, por si las moscas. Llegó a la puerta, tocó bocina dos veces y bajó para ayudar a la mujer con el bolso. La calle estaba desierta. «¡Hola, amigo!», le dijo Anita, que salió para darle un beso. Se le dibujó una sonrisa en la cara. Agarró el bolso mientras la señora cerraba la reja de su casa.

Entonces vio cómo la cara de la nena se transformó en un segundo. Vio el espanto en sus ojos y escuchó el grito. Un pibe, morocho y grandote se le apareció desde atrás y lo apuntó con un revólver en la cabeza mientras otro flaco, con una gorrita Nike, salió de atrás del auto y le tironeó del bolso. Anita gritaba «¡No! ¡NO! ¡No!», en pleno ataque de nervios y pegaba saltitos. La madre estaba pálida, inmóvil contra la reja. «¡Soltá! ¡Soltá, la concha de tu madre! Largá el bolso...», le decía el de gorrita, forcejeando. «¡Dame la plata! ¡La plata, hijo de puta! ¡Dame todo que tenés...! ¡Dame las llaves, dame el auto, la concha de tu madre!», le decía el otro, al oído, mientras le pegaba con la culata en la cabeza. La sangre le corría por la cara, pero no sentía nada. «¡Tirale! ¡Tirale!», empezó a gritar el de gorrita y le pegó una patada en el estómago que lo dobló. Cerró los ojos. Ahí soltó el bolso y el pibe lo agarró. La nena lloraba. Abrió los ojos y largó una trompada que le dio de lleno en la jeta al pibe. El otro le metió la mano en el bolsillo, le sacó la billetera y fue hasta el auto. «¡Están puestas!», gritó al ver las llaves. Maiquel, en cuclillas, cerró los ojos otra vez. Ahora sí, el dolor se hizo sentir. Volvió a mirar y los dos pibes estaban montados en el Duna. Cada parpadeo le costaba una eternidad. La mujer abrazaba a la nena. La nena no paraba de gritar. Tenía la remera manchada con gotitas de sangre. Cerró los ojos y se pasó las manos por la cara. Respiró hondo. La impotencia le hizo un nudo en la garganta. Abrió los ojos y se abalanzó sobre el auto lleno de furia. El pibe de gorrita estaba fuera de sí. «¡Tirale! ¡Tirale!». El otro le apuntaba con el 38. «¡Hijos de puta!», gritó con toda su fuerza. En ese instante escuchó tres tiros, vio todo rojo y se desplomó en la calle ●

Entre cajas

NATALIA ZITO

Tengo que bajar las latas de pintura del cuartito de cachivaches, sacar fotos para vender la bordeadora, el gazebo de cuando hicimos la fiesta de su empresa con cincuenta desconocidos, y la bicicleta vieja que me regaló mi excuñada. Tengo que desinstalar todos los artefactos de luz, descolgar el tender, bajar las cortinas, meter los zapatos en cajas, poner mi ropa en valijas, vaciar el placard de Jonathan, tirar o regalar las mamaderas que escondí cuando no sabía cómo hacer con esa historia, la misma época en la que me parecía lindo que el nombre de mi hijo fuera casi un recuerdo de su familia. Hacer una caja con tupperes, embalar las copas de vino, empaquetar los jarrones de la entrada, sacar el espejo de mi dormitorio, tirar la mesita de luz de él, comer toda la comida del freezer, tirar revistas y diarios que guardo hace cinco años, quedarme con los que quiero, con algunas noticias me quiero quedar. Cuando veo todo junto, me da ganas de prenderlo fuego.

Esta casa era la promesa de una vida que no engordara. Tengo un kilo de más por cada año de matrimonio. Doce kilos que parecen catorce o dieciocho. Siete años acá, luego de cinco en el departamento. Me pesa el tiempo que me va a costar sacármelos de encima. Íbamos a salir a correr, nadar tres veces por semana antes de ir a trabajar, comer más verdura. Íbamos a tener una vida equilibrada con la armonía de saber cómo iban a ser los próximos veinticinco o treinta años. Saber cómo va a ser el futuro engorda.

Estoy con las botas marrones de taco chino. La gente que embala cosas para mudarse no usa tacos, pero el taco chino es un taco recatado. En un rato viene la Kumi. Me va a mirar las botas. Le voy a decir que son cómodas. Viene a ayudarme. Tengo que pensar qué le voy a pedir que haga. Pedir no es fácil. Me da culpa o vergüenza, o ambas. Mientras tanto sigo como si no estuviera esperando su visita.

El desayunoador tiene tres cajones. Yo lo diseñé así: el cajón de las galletitas, el de él y el mío. Una vida con galletitas es una vida feliz. Quedan mi

cajón y las galletitas. En el de él, sus cosas ya no están, pero el cajón tiene su ausencia y ahora es la figura masculina de la casa. Compré una pinza, un destornillador común mediano, uno chiquito para las tapas de los juguetes que llevan pilas, un Phillips, una pico de loro que era de él y la escondí, una cinta métrica y un tubo de 40w que se olvidó o dejó como donación. Todo es mío en ese cajón de él. Voy a seguir comiendo galletitas hasta último momento. Decido empezar a vaciar mi cajón. Busco una bolsa para tirar la mayoría de las cosas que si no me mudara serían imprescindibles. Tiro una batería vieja de celular, un pedazo de goma, un llavero del Vaticano que me trajo mi mamá del viaje en el que volvieron con un compañero en una urna, cuando dijeron que una muerte tan cerca los había hecho recargar, que se iban a separar y luego no lo hicieron. Dudo con un folio con recortes de revistas, son recetas que iba a cocinar alguna vez. Me pregunto si alguna vez todavía existe. Las dejo a un costado, saco una cajita de bombones que está llena de monedas. Él no usaba monedas. Me las daba a mí. Yo nunca llegaba a usar todas. Quiero que vengan mis amigas pero no sé qué cosas podrían hacer por mí. Mi vieja no pedía, te hacía notar que estaba harta, entonces sentías que deberías haberte dado cuenta antes, de que ella necesitaba ayuda. Cuando sucedía ya era tarde para remediar su cansancio y tu culpa. Ibas a crecer con culpa porque los buenos hijos están en otro lado o son tus hermanos.

A él no le gustaba el desayunador, lo usaba para deshacerse de lo que tuviera en la mano apenas llegaba a casa. Para desayunar se sentaba en la mesa del comedor, del otro lado de los cajones. La cocina estaba integrada. La cocina sí. Él se sentaba a la mesa del comedor y para llevarle galletitas, su queso untado y la taza, había que dar toda la vuelta. Las tazas tenían que tener la boca ancha, lo suficiente como para que las galletitas de agua entraran untadas con queso y se sumergieran en el café. Era necesario que se hundieran completamente, si no tenía que escuchar el argumento, demostración incluida, acerca de la ineficacia de la taza. El desayuno lo preparaba yo. Él nunca. Nunca es una sola vez en doce años.

Tal vez sea un recuerdo embustero, tal vez esté mejorando los hechos en mi cabeza. Llevábamos seis meses de novios, nos habíamos ido diez días a Villa Carlos Paz. Abrí los ojos y me topé con rosas blancas en una especie de desayunador que tenía la cabaña. Seis rosas, una por cada mes. Es probable que le haya dado un beso con los ojos humedecidos. Calculo que estaría el café preparado o tal vez acepté hacerlo como lo mínimo que podía hacer. Cuando llegamos a vivir en esta casa, la división de roles era irreversible. Los matrimonios que fracasan, o los que deberían fracasar pero no lo hacen, son una división de roles estricta. Él se sacaba los zapatos en el living y los dejaba

tirados debajo de la mesita. Al día siguiente me gritaba desde el dormitorio porque no los encontraba. Para evitarlo, más noches de las que quiero recordar, subía sus zapatos antes de acostarme. Se los dejaba listos al lado de la cama. Usaba los mismos durante meses, los llamaba zapatos zapatilla. Eran de esos de cuero marrón o negro, a veces gamuza, que no son ni una cosa ni la otra. Para mí eran zapatillas. Él los usaba con los pantalones de vestir. Decía que le quedaban cómodos. Luego, se compraba unos nuevos y no se ocupaba de deshacerse de los anteriores. Yo era la encargada de los residuos.

Si no llegaba a ducharme, vestirme, maquillarme, darle la leche a Jonathan, cambiarlo, armar el bolso de él y el mío, él no tenía problema, no se enojaba si tenía que irse sin desayunar. Yo no puedo comenzar el día si no tomo un café con leche. Él lo sabía.

En el fondo del cajón encuentro folletos de rotiserías a las que ya no voy a pedir y un batidor para taza que está sucio. Lo tiro junto con todos los cafés que le preparé con leche batida y chocolate espolvoreado. Encuentro una caja de preservativos. Son de ahora. Antes no los necesitaba, no cogíamos en la cocina. No sé qué hacer con unos tornillos y pedazos de tergo por que termino poniendo en el cajón de él. Saco unos *cassettes* chiquitos. Son videos de la luna de miel. Allá cogimos poco, casi nada, pero no quise que eso fuera un motivo para replantearme mi matrimonio.

Suena el timbre. La Kumi entra con unos borceguíes azules. No es la primera vez que se los miro. Es un azul eléctrico al que no le importa nada, un azul que camina entre las llamas, que se quema pero igual sigue. No dice nada de mis botas. *Vine a ayudarte*, me dice y mira alrededor como quien mide la distancia para tirar una granada. Saco una bolsa de galletitas dulces, quedan las que Joni no come. A él le gustan las de chocolate. Yo como y comparto el resto. Pongo la pava para preparar café. La Kumi insiste en que no quiere nada, que se va a poner a trabajar, que no me doy cuenta de que quedan pocos días para tener el camión de la mudanza en la puerta. Ve la caja de preservativos sobre la mesada, se ríe y me dice que tenga cuidado de no guardarlos en el cajón de las galletitas. Se me viene una imagen con uno de los tipos que traje a casa. La Kumi lo apodó el *cardionero*. Es cardiólogo pero en la cama es un camionero. En la imagen estoy sentada sobre la mesada de la cocina, con el pantalón desabrochado y la cara del *cardionero* entre las tetas, gimiendo y tomando nota al mismo tiempo que con él, con mi ex, no habíamos cogido nunca en esa cocina, ni en la del departamento, ni casi en ningún lugar que no fuera una cama. Excepto por aquella vez en la pileta de un hotel, pero ésa casi no cuenta. Ahí, con la cara del *cardionero* entre las tetas, me propuse coger en todos los lugares de la casa. A la Kumi todavía le dura la sonrisa por los preservativos, se la lleva arriba junto con la granada. No pide permiso.

Sube. Permiso piden los inseguros, piensa ella. Si no quieren que pase que me frenen, dice a veces. Yo sigo sin pedirle nada. Termino de prepararme un café y siento culpa. Muchas veces que no sé qué hacer tomo café. La escucho caminar desde mi dormitorio hacia el de Joni, pero se detiene en el del medio. Este dormitorio es un quilombo, me grita. Me como una galletita de las feas, las que tienen mermelada dura. El dormitorio para el segundo hijo que no tuvimos fue útil para guardar lo que ya no íbamos a usar, pero que tampoco podíamos tirar. Ahora hay unas treinta o cuarenta cajas de zapatos arrumbadas en un rincón. Ninguna tiene la tapa puesta. Es un volcán de huesos. Antes de eso, eran cuatro pilas de cajas vacías. Nunca tiro las cajas de los zapatos. Las cajas vacías son puro deseo. Hace dos días vino uno de mis hermanos a ayudarme con la mudanza. Estuvo un rato caminando por la casa, igual que está haciendo la Kumi ahora, hasta que en un momento empecé a escuchar ruido y la voz de mi hermano que repetía *Tomá, tomá, ahí tenés*. Se dedicó a patear las cajas durante un rato. Le gusta destruir cuando puede, cuando está legitimado, cuando es ridículo decirle que es un violento, cuando podría responder que esas cajas no sirven, que es absurda la necesidad de orden cuando no guardan nada, cuando me miraría decidido a asesinar cualquier metáfora. Hasta hace poco no me resultaba absurdo ordenar la nada.

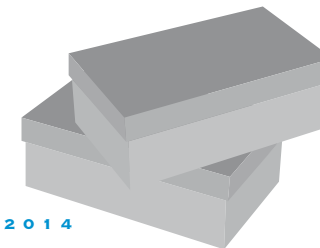
Tengo en la cabeza la imagen de cómo tiene que quedar el trabajo: pilas de ocho cajas, cada una con su etiqueta, atadas con un hilo para cargarlas todas juntas. Los zapatos rojos de taco aguja ya tienen etiqueta, los del casamiento también. Las puse en la mudanza anterior y en estos siete años sólo abrí la de los rojos para ver los tacos. Eran tan altos como los recordaba. Los traje de la casa de mis viejos. Me casé con zapatos blancos de taco medio, ni altos ni bajos. Medio. Un taco que no dice nada, que no molesta ni realza, un taco tibio que disimula su presencia. Él se puso un traje color mostaza, de saco largo, chaleco con incrustaciones de *strass*. Zapatos haciendo juego. Mi vestido era blanco, con los tacos tibios debajo y medias con portaligas. En la noche de bodas había que coger. Eso decían sus amigos. *Hay que cumplir*, decían. Coger sin ganas no me parecía nada del otro mundo siendo que me estaba casando. Los portaligas me los saqué sola porque a él le costaba.

Pienso que la Kumi podría ayudarme a embalar los zapatos. Es posible que ella sepa mejor que yo cuáles son los que ya no me calzan. No me animo a pedirle. Pienso que podría darle asco. Los pies son la parte más fea del cuerpo. Amaratados dentro de un envoltorio de cuero o tela, o librados a la mugre del suelo en las sandalias, siempre cercanos al mal olor. Me dan asco las sandalias. Muchas veces miro los pies de mujeres que las usan apenas la temperatura sube tres grados por encima de la media de otoño. A las tres

de la tarde ya tienen los talones sucios y resecos. Los costados de los dedos blanquecinos, llenos de piel muerta. Si tienen las uñas pintadas se les pega la mugre en el esmalte. De lejos parecen lindos, pero si miras de cerca, son repugnantes. Cuando trabajaba en el banco, viajaba todos los días en subte y clasificaba a la gente por sus zapatos. En los surcos del calzado está el modo de apoyar los pies en el suelo, los pasos con culpa o las ganas de patear. Hay quienes lo intuyen y descartan los pares antes de que éstos puedan decir algo sobre ellos. Gente de zapatos sin grietas que creen que su mamá nunca engañó a su papá. En aquellos años en subte tenía mi estadística de colores. El marrón y el negro eran mayoría. Casi nadie usa colores en los pies.

Te voy a embalar los zapatos, me grita la Kumi desde arriba. La imagino dominando el suelo con sus borceguíes azules. No espera que le responda. Imagino que le va a llevar mucho tiempo y no sé si subir y detenerla o esperar. Me quedo haciendo un inventario en la cabeza. Las botas verde oliva de taco bajo, las que siempre me saco apenas me las pongo, las negras que nunca elijo, los zapatos de casamiento, las guillermínas bordó de cuando recién nos fuimos a vivir juntos, las sandalias de taco chino altísimo que me compré cuando pensaba que tal vez me iba a separar, las botas grises de gamuza que compré la primera vez que salí luego de perder a mi primer bebé, el que hubiera sido el hermano mayor de Joni, las zapatillas rosas que me regaló él, las de correr que compré cuando todavía tenía a Jonathan en la panza, para bajar los treinta kilos que había acumulado junto con el miedo y el matrimonio que ya no funcionaba. *Para qué tenés tantos zapatos*, me grita la Kumi desde arriba. No sabía que eran tantos, pienso. Me siento culpable por no subir a ayudarla. Ahora voy, le digo. No puedo poner todo eso en cajas. *En qué momento te ponías estos zapatitos rosas*, me pregunta riéndose. *Y éstos con hebillita, estas botas verdes no te las vi nunca, tenés zapatillas rojas, nunca me dijiste*. Me sonrío pero creo que no le digo nada y vuelvo al cajón del desayunador. Los pies de colores son pies de gente que tiene cosas para decir. Mientras me meto otra galletita de las feas en la boca, me miro las botas marrones. Cuando las compré venía de una época de taco bajo y zapatillas. Me miré en el espejo, vi la hebilla dorada a mitad de la pierna y pensé que tal vez iba a tener una vida mejor. Ahora, el cuero ha perdido un poco de color y necesitarían pomada en la punta.

La Kumi sigue haciendo ruido con las cajas y con las cosas que dice y con su risa que me gustaría que fuera mía •



Ochos

YAIR MAGRINO

Algunos meses después de que murió tío Beto tuvimos que internar a Gretel en un geriátrico de la avenida Directorio. De su casa sólo recuerdo una botella de Hesperidina, una peluca y un masajeador. El resto, sus muebles, su cama, los objetos que formaron parte de su cotidianidad, están cubiertos por el barro espeso de los años. No queda nada. Ni siquiera tengo presente el día en que Gretel abandonó su departamento de Independencia y Maza. Según el Mago y mamá, yo formé parte de la comitiva de familiares que colaboró con la mudanza. Pienso, ahora, en la tristeza de Gretel, una tristeza que tendría demasiadas aristas o variables para entenderla cabalmente. Imagino que para ella, emancipada de joven del yugo matrimonial —que obligaba a la mayoría de sus amigas a dedicarse a la limpieza de la casa y la crianza de los hijos—, no poder valerse por sus propios medios, encerrarse en un caserón en el que su única función útil sería la de no morir, debe de haber sido pesado. Sin acceso a la cocina, ni a tender su cama, Gretel tuvo que limitar sus funciones a respirar, tragar, de manera religiosa, las pastillas para la presión y aceptar las nebulizaciones con ventolín que le ofrecían cada mañana. Porque era al levantarse cuando la humedad y el frío de la noche se le hacían presentes en los pulmones. Un amigo me contó, años más tarde, que el asma tenía, en la mayoría de los casos, un componente psicológico. Según él, diferentes situaciones podían desencadenar esos episodios asmáticos. Esa vez, recuerdo haber pensado que el frío, para Gretel, no venía de la noche ni de las sombras, sino del lado vacío de su cama. Para salir del geriátrico, alguna vez me contó Gretel, debía pedir autorizaciones al Mago, mi viejo, porque Beto, su hijo, había muerto y el resto de los familiares, después de cargarle dos o tres cajas a un camión que nadie supo bien adónde fue, decidieron olvidarla. Me parecía extraño, de todas maneras, que el Mago negara de modo sistemático la firma necesaria para que mi tía abuela pudiese volver, por una hora, a las confiterías donde había pasado gran parte de sus tardes desde su viudez. Pienso que juzgaría suficiente con el

pago de la cuota del geriátrico, el cobro de su jubilación y las visitas quincenales, como para tener que sumarse un potencial cargo de conciencia si a Gretel llegara a ocurrirle algo en la calle.

Y Gretel no salió más. A veces me acuerdo de ella y le doy vueltas a un mismo pensamiento, sin llegar, claro, a ningún lugar: cuál habrá sido su último recuerdo de la calle; qué podría querer grabar a fuego en su mente de sospechar que aquel domingo, del que no tengo memoria, daría sus últimos pasos sobre la avenida Independencia.

Cada quince días el Mago nos obligaba a visitarla. A mi hermana y a mí nos resultaba deprimente. Y más deprimente nos parecía la alegría exagerada de Gretel al vernos. Nos esperaba pintada y con el mismo vestido de flores marrones, ancho, lo suficientemente suelto como para preservar su creciente obesidad. Usaba un perfume espeso que me hacía pensar en París, un París antiguo, en blanco y negro, en el que la torre Eiffel estuviese aún en construcción. Me acuerdo que, al reírse, el maquillaje cedía y dejaba ver las grietas de sus arrugas. Era, pensaba, la obscenidad de la vejez.

Me acuerdo del primer año que estuvo internada mejor que otros. Quizás porque durante ese período yo me mostraba más dispuesto a escuchar y ella a conversar. Gretel tenía una batería de anécdotas que repetía e hilvanaba entre las constantes quejas sobre la comida o sus compañeras de cuarto. Me hablaba siempre de San Juan y Boedo, de un local que había estado en una de las esquinas, al que solía ir a bailar el tango con su marido, mi tío abuelo Justo. Me contaba del olor a tabaco negro que se le impregnaba en los dedos, de Leopoldo Federico, de Troilo o Goyeneche. Ella decía haberlos visto a todos. Hubo una noche en la que Troilo la había cabeceado para bailarse unos tangos. A veces cambiaba y el que daba el cabezazo era Angelito Vargas o el Polaco. Gretel juraba que su respuesta había sido una sonrisa —siempre intentaba imitar esa mueca del pasado— y en voz baja, bien pegada al oído de Troilo (o Vargas o el Polaco), había aclarado que los ojos los tiraba con aquel morocho, y decía que lo había señalado a Justo, que fumaba, nervioso tal vez, esperándola, sentado en una de las mesas de adelante. Para mí, decía Gretel, el paraíso era pegarle la oreja al corazón de Justo, sentirle la camisa transpirada y oír el modo en el que el corazón daba respingos. La anécdota casi siempre terminaba con Gretel revolviendo una cajita que guardaba bajo la cama para mostrarme una foto de Justo. No lo conociste, me decía, pero se hubiesen llevado bien. Todos los muertos de mi familia, me decían siempre, se hubiesen llevado bien conmigo. Nunca pude distinguir si esa frase que me soltaban casi todos mis parientes se debía, sobre todo, a una buena predisposición interpersonal mía, o si ellos intuían en mí un final trágico que me habría de reunir pronto con todos esos muertos.

Gretel me contaba también de la noche que Justo hizo saltar la banca del casino de Mar del Plata. Según el Mago, esa noche nunca existió. La leyenda familiar dice que murió de un paro cardíaco antes de que la bola cayera sobre su número favorito, el diecinueve. Las pocas veces que intenté buscar alguna confirmación de la historia con el primo Félix, él se encargaba de sembrar una nueva hipótesis, que Justo había muerto en un piringundín cerca del puerto. Pero Gretel, reafirmando su mentira, contaba que Justo apareció de madrugada, borracho, un poco más que de costumbre, y antes de que ella pudiese plantarse de frente a pedir explicaciones, él empezó a sacar fajos de guita de los bolsillos. Los tiraba para arriba, decía Gretel, como si fuese papel picado que no vale nada. Los billetes caían. Parecía una escena de otoño, decía, cuando el viento sopla y arranca las hojas viejas, y antes de caer se toman su tiempo, como si no les importara morir definitivamente. Antes de revolver su cajita de madera, me preguntaba cómo pensaba yo que ella pagaba el geriátrico. En ese momento, la historia siempre se diluía, porque yo había oído muchas veces las peleas entre el Mago y mamá sobre el pago de la cuota del geriátrico.

Con el tiempo, esas dos historias, la de Troilo y la del casino, fueron las únicas que Gretel podía o quería contar. De lo que nunca se olvidó era de darme dos o tres billetes arrugados para que le llevara cigarrillos de contrabando. No había una norma que especificara que los internos no podían fumar, pero, de la misma manera que Gretel creía en los millones ganados por Justo en el Casino, se aferraba a la idea de esa prohibición. Yo los entraba escondidos en el elástico de mi pantalón, y no era hasta el momento en que ella cerraba con llave la puerta de la habitación que se los entregaba. Yo los dejaba sobre la cama. Ella abría un paquete y los olía. En aquel gesto, Gretel parecía querer evocar a Justo, aunque los cigarrillos fueran rubios. Tal vez lo importante haya sido, para ella, el acto, el rito que volvía a traer del pasado los olores de su marido muerto. Después los ponía bajo la almohada. A veces, para aumentar su fantasía, yo le chistaba *Araca la cana*, fingiendo que un enfermero estuviese cerca, sólo para verla desquiciarse. Se sentaba sobre la almohada y me pedía que no dijera nada. Un par de veces, uno de los enfermeros vino a preguntarme qué era lo que hacíamos dentro de la habitación. Supongo que habrá sospechado alguna variación extraña y perversa del complejo de Edipo, porque Gretel, al parecer, sufría descompensaciones por la noche. No la delaté. Pero tampoco volví a chistarle *Araca la cana*.

Debería haber visto ese episodio que se produjo una tarde como una señal. En cambio, adopté las formas que Gretel me pedía de manera alternativa y sin continuidad. Habían pasado algunos fines de semana en los que, por motivos futbolísticos, no fui al geriátrico a visitarla junto al Mago. Tal vez

Independiente jugara un partido clave en el mismo horario. Gretel estaba junto a un ventanal que daba a un patio chiquito, con seis o siete macetas desparramadas sin ningún orden estético, con sus plantas en su mayoría secas o podridas. Ella miraba hacia fuera, en pose romántica, como si estuviesen cayendo sobre Buenos Aires esas tormentas de invierno que duran días, y en el cielo hay una sola nube gris que lo cubre todo. Pero ocurrió una tarde soleada. En la entrada ya me había reprochado varias veces la decisión de estar allí. Gretel no me preguntó por los cigarrillos. Estaba enojada. Estará enojada, pensé, o triste por haber sido relegada por Independiente. Me senté frente a ella. Gretel me esquivaba la mirada. Estuvimos sentados en silencio toda la tarde, imaginando, quizás, esa lluvia que no caía o un lugar mejor para estar. Cuando terminé de hojear la revista *Sólo Fútbol* que el Mago me compraba a modo de soborno, le hablé de Troilo. Inventé una historia en la que se juntaba con Fiorentino en un bar de París y se armaba una batalla campal porque los dos argentinos se llevaban las mejores minas.

Fiorentino hacía rato venía tomando vino mariani. Troilo quería tocar. Sacaba el bandoneón, ensayaba unas notas y volvía a guardarlo. En la mesa de al lado, un francés cincuentón le prometía a una mina mil domingos perfectos. Fiorentino hizo la cuenta: a cincuenta y dos domingos por año, este tipo va a necesitar veinte para cumplirle la promesa. Troilo, parece, se la vio venir. Sacó el bandoneón y se tocó unos acordes de «La última curda». Gretel zumbó la canción. Era un sonido que venía de la garganta. Fiore, que ya venía entonado por el mariani, le dijo en voz alta que era un mentiroso. No le creas nada, otaría, que en veinte años ni para los fideos con tuco va a querer. La mina se rió, parece, y el francés, que no entendía castellano, pero si las mímicas de la provocación, se dio vuelta y le pidió que no fuera insolente. Gretel suspiró. Fiorentino cantó, mirándola a los ojos, y la mina, que había dejado ya de interesarse por esos domingos perfectos, sabiendo, quizás, que sería una de esas mentiras que se dicen para coger, más prolija y mejor elaborada estéticamente, eso habrá que reconocer, espiaba por sobre el hombro del francés y fantaseaba con el sudamericano. Si ya sé, dijo Gretel, Troilo se tocó «Romance de barrio» y la franchuta se le acercó a Fiorentino, lo cabeceó ella, descarada, y se pusieron a bailar frente a todo el bar. Le pregunté si ya conocía la historia. Me dijo que sí, pero que la terminara de todos modos. Gretel no sólo se creía mis mentiras, sino que las anticipaba, las mejoraba y el truco me explotaba en la cara: era yo el que terminaba convencido del vino mariani, de París y Pichuco y Fiorentino. Ahí nomás, unas bataclanas de la mesa de al lado se le sentaron en la mesa a Troilo a mirarle los dedos. Comentaban entre ellas, al oído, como para no interrumpir y se reían. Putas, dijo Gretel y volvió a concentrarse en el ventanal. El francés se fue para el fondo, juntó un par de amigotes, o quizás ni tanto, pero, parece, eran varios y estaban dolidos en su orgullo

nacionalista. Se les fueron al humo. Antes de que pudieran dar comienzo al ritual de insultos y empujones que precede a los trompazos, Fiorentino sacó un cuchillo. Después volaron sillas y vasos, y dicen, el bandoneón de Troilo. Y los argentinos se llevaron a las minas. Parece que esa misma noche, al volver al hotel, Pichuco se anotó los primeros versos de «Te llaman malevo».

Gretel se quedó en silencio. Anocheció de golpe y sentí que ya no tenía más nada que hacer. Me despedí y encaré hacia la puerta. Se puede saber, gritó, dónde te habías metido. Estuve toda la noche preocupada, dijo, sin poder dormir, preocupada porque te hubiese pasado algo. Se paró de la silla en la que había estado, me enteré después, los últimos tres días, y caminó hasta donde estaba parado yo, con una lentitud tan espantosa que dio pena. En pocas semanas parecía haber envejecido años enteros. O tal vez, no sé, tuviese las piernas entumecidas de tanto estar sentada. Me repitió la pregunta, ahora más serena. Amagó con llorar. Me pegó la cara al pecho y me dijo bien bajito, de manera que sólo yo pudiese oírla, que ahora tenía que hacer volar los billetes. Hacelos volar, dijo, como si fuese papel picado que no vale nada. Que caigan del cielo, dijo, que haya un otoño acá adentro, como cuando sopla viento que arranca las hojas viejas y antes de caer se toman su tiempo, como si no les importara morir definitivamente. Incómodo, con Gretel apretada contra mi cuerpo, rasgué la revista *Sólo Fútbol* en pedazos más o menos rectangulares. Los tiré para arriba. Mirá, le dije, son para vos. Para nosotros, me corrigió.

Cuando volvía en el auto con el Mago traté de contarle. Me resultó inútil. El Mago estaba enojado porque había roto la *Sólo Fútbol* y había una foto de Alfaro Moreno que, aparentemente, mi viejo quería conservar. En esas oportunidades, el Mago parecía un chico. Coleccionaba prolijamente todas las notas que salieran de Independiente y las archivaba en carpetas divididas por año. No hubo forma de explicarle la ficción que Gretel había querido interpretar. De todas maneras, accedió a que no la visitara el domingo posterior.

Supimos que se había fracturado la tibia, algunas semanas después, por el llamado de uno de los enfermeros del geriátrico. En el hospital la enyesaron y la mandaron de vuelta. Volví a visitarla. Estaba aún más vieja que la última vez. Si accedí fue por pena. Aun así, me había preparado unos recortes de diario rectangulares. Cuando llegamos, el Mago se fue a una de las habitaciones internas del geriátrico que quedaba en el cuerpo paralelo del edificio, vedado para los internos. Gretel tenía los ojos clavados, como las veces anteriores, en ese patio interno pobremente decorado por macetas y plantas en proceso de descomposición. Me senté delante de ella. Le pregunté por la pierna y cómo había sido la caída. Fue, me dijo, por bailar tango. Y me

contó que había estado en el boliche de San Juan y Boedo y que D'Arienzo la había cabeceado para bailar. No habrá sido Troilo, le pregunté. Mirá si no voy a saber quién me saca a bailar, dijo, pero ahí nomás, le sonreí y le dije que yo bailaba con vos. Me atoré con saliva y tosí. Gretel me dijo que tal vez debería dejar de fumar. El Mago apareció y yo aproveché para ir al baño. Siempre iba al de la habitación de Gretel. Al salir, en un acto natural y poco culposo, metí los brazos bajo la cama para sacar su caja de recuerdos. Tenía seis o siete fotos, algunos cigarrillos sueltos y envoltorios de bombones que quién sabe de dónde habrá conseguido. Tal vez tuviese, después de todo, algún pretendiente dentro del geriátrico. Se me dio por pensar que podría confundir a alguno de los internos con Justo, como hacía conmigo, y revivir durante cinco o diez minutos, o los que durase su delirio, el amor que sentía por su marido muerto. Pensé en el pretendiente. La soledad a veces nos pone en lugares muy incómodos y podemos llegar a aceptar hasta lo intolerable. Así debía de sentirse el pretendiente, demasiado solo como para aceptar que lo llamasen por otro nombre y le pegasen la oreja al pecho, para sentirle el corazón y la camisa transpirada. Miré las fotos. Había una en la que aparecían el Mago, Gretel, Justo y mi tío Beto. Era en las estatuas de los lobos marinos de Mar del Plata. Sobre uno de los bordes había una mancha de café reciente. Me guardé un cigarrillo en el bolsillo de atrás del pantalón y volví a la sala. Me quedé parado, a cierta distancia, escondido detrás de una columna, viendo cómo Gretel hablaba con el Mago. Estuve un rato así, comprobando de manera violenta el paso del tiempo. Unos segundos antes, en una cartulina amarillenta, el Mago era un nene y Gretel una señora elegante. Uno de los enfermeros sintonizó una radio de tango. Se oía en todo el salón. El horario de visita se terminaba y todos los familiares empezaron a despedirse. Me acerqué hasta donde estaba Gretel. Ella me miró. Yo pensé que iba a preguntarme dónde había estado y que habríamos de comenzar la rutina de los billetes voladores. Tanteé en los bolsillos el montón de papel. Estaba dispuesto a tirarlos al aire. Gretel se paró como si el yeso no existiera, ni su tibia estuviese fracturada. Me dijo, de nuevo al oído, bajito como para que yo sólo escuchara, que aquél, señalando al Mago, era D'Arienzo y la había estado tratando de convencer para que bailaran juntos. La música de la radio subió de volumen, o quizás la percepción selectiva funcione de esa manera. «La última curda» sonó como si estuviese una orquesta tocándola en el salón. Gretel me pegó la cara al pecho. Dijo algo de mi corazón. Respingos, pensé. Quedate tranquilo, dijo, ya le aclaré que los ojos los tiro con vos y nadie más. El Mago miraba la escena y no podía entender qué era lo que estaba ocurriendo. Gretel se alejó, volvió a pedirme que me quedara tranquilo y que por favor, por favor, con los ojos llorosos, no le pegara. Me agarró

un brazo y bailamos, como pudimos, los últimos compases del tango. Con dificultad y lentitud, dibujamos un ocho con los pies. Cuando la canción terminó, volvió a sentarse en la silla de ruedas, con la vista fija en el ventanal que daba al patio. El Mago y yo la saludamos, pero Gretel no contestó. Creo que al Mago, en el trayecto que hicimos desde el salón hasta el auto, se le cayeron un par de lágrimas que intentó disimular con el puño del pulóver.

Gretel apareció muerta en su cama dos días después. Cuando pasamos por el geriátrico a buscar sus pertenencias nos dieron un juego de sábanas, una frazada y la caja. Faltaban las fotos. Había dos cigarrillos arrugados y un papel doblado sobre sí mismo varias veces, firmado o sellado con un beso en *rouge*. Pedía, según pudimos descifrar en esa letra manuscrita, ser enterrada en un nicho común o entre Justo y Beto. Pensé que una familia entera acababa de desaparecer. No había nadie más con ese apellido. En realidad, la guía telefónica estaba llena de gente con ese apellido, era más bien la desaparición de un linaje, de un conjunto genético. Algún día, tal vez nos ocurriese a nosotros, los Saporitti. Pero mi hermana o yo, algún día, quizás, tuviésemos hijos y retrasaríamos ese final. Y además estaba Félix, que, mal que nos pesara, compartíamos algunos cromosomas. El Mago anduvo averiguando en el Cementerio de Chacarita para ver la posibilidad de recuperar las urnas o reubicar los restos de Justo y Beto. Demandaría, según el empleado, muchos trámites, al tiempo que el ataúd de Gretel quedaría en una cámara común a la espera de la resolución final. Propuse que realizáramos un acto simbólico: arrojar entre la tierra que habría de cubrir para siempre a Gretel —cada vez que digo para siempre no puedo evitar asustarme— objetos que alguna vez pertenecieron a su esposo y a su hijo. Yo me había quedado con algunos libros y algunos casetes de Beto. Dije que podría ir a buscarlos a mi casa. El Mago se fue para San Telmo, aparentemente él, como Gretel, también tenía una caja de madera en la que amontonaba objetos de su pasado o que, al menos, pretendía recordar cada vez que la revisaba. Volvimos a encontrarnos en la capilla del cementerio un par de horas después. Yo había llevado un libro que se llamaba *Una cierta ternura*, de Larry McMurtry, y un casete de Charles Aznavour. El Mago había recolectado un carnet de socio de River de Justo, cosa rara porque todos sabíamos que era fanático de San Lorenzo. Al inspeccionarlo, el carnet no correspondía a Justo, pero sí la foto. Trajo también una ficha de casino de Mar del Plata. Pensé que los actos simbólicos, tanto como el amor, eran cuestión de convencimiento. Elegimos el rito y lo deformamos como se nos dio la gana. Podríamos haber tirado una cáscara de sandía y un pedazo de madera y sentir que el ritual era correcto, y no volver, nunca, nunca más —también me dan miedo los nunca más—, a sentir culpa alguna. Acarreamos el cajón de Gretel hasta el agujero

de tierra que ya había sido cavado. Pensé que el vocablo inglés *undertaker* era no sólo más acertado, sino más gráfico que *funebrero*: el que te lleva para abajo. Nuestro Caronte postmoderno, que no necesitaba la paga de un óbolo, sino, más bien, el sueldo depositado en una cuenta bancaria a fin de mes. Bajamos el ataúd y mientras íbamos cubriéndolo de tierra, dejé caer, lento, en un acto lo suficientemente solemne como la situación requería, el casete de Aznavour y la novela de McMurtry. El Mago tiró el carnet. Los abrazos empezaron, y entre esos cuerpos que se apretaban breves segundos para soltarse hasta el próximo velorio, pude oír palabras de manual que ofrecían condolencias, lágrimas y el comienzo de un olvido. Yo me quedé algo apartado, con las manos en los bolsillos. Cuando la procesión comenzó a alejarse, saqué los recortes de papel rectangular y los hice volar por el aire. El viento hizo que la mayoría flotara a través del cementerio, pasando por arriba de las cabezas de los pocos familiares de Gretel que habían ido a despedirla.

El Mago y mamá nos pusieron en un taxi a mi hermana y a mí y nos mandaron de vuelta para nuestra casa. Tuve una idea que traté de conversarla con mi hermana, pero a ella la muerte la angustiaba demasiado. No lloraba, pero era evidente que estaba haciéndose de la idea de que alguna vez ella pasaría por lo mismo y se preguntaría quiénes habrían de tapar su cajón con tierra. Pensé en ese detalle que había pasado por alto. Gretel, en aquel delirio con D'Arienzo, me había pedido que no le pegara. Ahí culminaba la historia. No era la romántica decisión de tirar ochos sólo con Justo, rechazando a todos los campeones de San Juan y Boedo. Pero qué se podía hacer ahora, más que lidiar con su inexistencia. Intenté justificarla, diciéndome, mientras veía pasar el tren en la barrera de Jorge Newbery, que su eternidad había sido una cuestión de elecciones. Gretel quiso creer que el paraíso sería una repetición de instantes felices, como los de ese otoño lleno de billetes flotando por el aire, o un tango con la cabeza apretada contra el pecho de Justo. Eligió morir, tal vez, del mismo modo en el que había vivido: con los ojos cerrados. Sí, dije y la cola del tren dio paso a los autos, vivir o morir con los ojos cerrados •

La tradición del destierro

JORGE MONTELEONE

En el ensayo de los años cincuenta «El escritor argentino y la tradición», Jorge Luis Borges, para argumentar contra la busca de color local en la literatura argentina, proponía el caso de la poesía de Enrique Banchs. En *La urna*, conjunto de sonetos modernistas de rara perfección, publicado en 1911 e inspirado en el modelo petrarquesco en torno de una amada ausente, Banchs escribe un poema donde hay tejados y ruiseñores, que no existen en los suburbios de Buenos Aires, donde abundan las azoteas y los gorriones. Esa falta de color local, decía Borges, no hacía menos argentinos que el *Martín Fierro* los poemas de Banchs. En ellos —escribió famosamente Borges— «no estarán desde luego la ornitología ni la arquitectura argentinas, pero están el pudor argentino, la reticencia argentina». El hecho de que Banchs recurriera a imágenes extranjeras y convencionales para hablar del gran dolor que lo abrumaba era significativo del «pudor, de la desconfianza, de la reticencia argentinas; de la dificultad que tenemos para la reticencia, para la intimidad», decía Borges. Muchos años después, en su ensayo «El canon argentino», Tomás Eloy Martínez criticaba ese modelo que habría creado una descendencia antisentimental en la literatura argentina, al que oponía, por ejemplo, la literatura de Manuel Puig. Basta todo el cancionero del tango o la narrativa no sólo de Puig sino también de Aira, de Lamborghini o de Copi para desmentir las prevenciones de Tomás Eloy Martínez acerca del pudor o la reserva.

Pero acaso Borges se refería menos al poema que al poeta: hablaba de la reticencia de Banchs, menos que de la del sujeto del poema, como si éste enmascarara o desplazara el dolor del hombre. Tal vez había allí un rasgo, una marca, no de la literatura argentina, sino de cierto modo de ser del poeta argentino en relación con su poema. No hablo de una esencia sino de una cierta tradición que en cierto modo difiere; tampoco hablo de una imagen existencial, sino de una figura, es decir, de una invención. La

reticencia de Banchs sería uno de los modos de autorrepresentación del poeta argentino en tanto figura, en tanto *imago* autoral.

Su caso es elocuente. *La urna* es el cuarto y último libro de Enrique Banchs sobre un duelo amoroso que anega al Yo y lo consume. Poeta del modernismo tardío, en plena juventud Banchs ya había compuesto cuatro libros con notable maestría y poco tiempo después parece abandonar la poesía. Como si acompañara el vasto duelo de *La urna*, después de ese libro deja de publicar, con escasas y poco relevantes excepciones: se mantiene en silencio de luto, como si su vida declinara. Pero, inversamente, el hombre de carne y hueso inicia una larga vida retirada hasta cumplir ochenta años. La reticencia se desplaza a la figura de autor y crea el efecto de un silencio áulico y un duelo mudo, a lo que hace eco la longevidad. ¿Qué mayor reticencia para la historia de la poesía argentina que la del poeta imperceptible, aquel que, inadvertido, no parece comenzar, o comienza tardíamente, o tempranamente se retira? A la inversa está aquel poeta que, como Hugo Padeletti, alrededor de los sesenta años, hacia 1989 publicó tres libros de una obra poética compuesta a lo largo de cuarenta años, desde la adolescencia hasta la madurez. Ese acontecimiento no es fruto de un accidente sino de un acontecer que Padeletti llamó «destinal»; la modestia, la paciencia, la diligencia, la lentísima acumulación concurren en su modo de ser poeta: «No hay secreto / que no sea interior. / Aún en flor / su encubrimiento prevalece. [...] / Voy a plantar esta almendra / para dar testimonio / de la paciencia», escribió. O aquel otro poeta argentino que, como Jorge Leónidas Escudero, de oficio minero en la provincia de San Juan, comenzó a escribir a los cincuenta años, de un modo marginal y, durante largo tiempo, secreto, siguiendo los ritmos del habla en un enunciado a la vez radicalmente propio y colectivo. En el «Prólogo del autor» a *Verlas venir* (2002), el autor escribe «Mi escritura en los versos tiende a representar la palabra hablada, ello porque me las oigo decir y las digo, se me pegan al oído pero no siempre. [...] Y sí, a las palabras que siguen las vi venir desde el fondo de nosotros».

La historia de la poesía argentina es rica en tradiciones oblicuas, súbitas obras reunidas que se vuelven familiares o largas perseverancias que culminan en la visibilidad. Como Zama, en la novela homónima de Antonio Di Benedetto, muchos poetas argentinos fueron o serán «víctimas de la espera». Por ejemplo, numerosas obras forman parte de lo que podría denominarse un «canon tardío». La relativa singularidad de poetas argentinos de diversas generaciones que no pertenecieron, como otros, a un grupo literario, a una corriente estética hegemónica, o a una revista literaria, no les impidió integrar un nuevo canon de lecturas en las últimas décadas —como Amelia Biagioni, César Fernández Moreno, Hugo Gola, Hugo Padeletti, Susana

Thénon, Joaquín Giannuzzi, Héctor Viel Temperley, Miguel Ángel Bustos, Emma Barrandeguy, Alberto Vanasco, Arnaldo Calveyra, Rodolfo Godino, Ricardo Zelarrayán, Juana Bigozzi, entre muchos otros. Dichas lecturas, que los sitúan en su dimensión histórica mediante una interpretación más cabal, son relativamente tardías y se ejercieron con plenitud por las nuevas generaciones de poetas y críticos de poesía, principalmente a partir de los años ochenta. Ello ocurrió al menos por dos motivos: por un lado, porque, en muchos aspectos, su obra se difundió de otro modo, y por otro, porque la nueva poesía ofrecía nuevas condiciones de legibilidad para reinterpretar y en algunos casos redescubrir esos textos.

Pero en cierto modo el canon de la poesía argentina siempre es un canon tardío, mutable, desplazado e inventivo: siempre hay nuevos poetas por descubrir, una gran obra desconocida, una labor silenciosa o, a la inversa, un brusco silenciamiento que en décadas volverá a nombrarse. La extraordinaria obra de Oliverio Girondo, que surge como parte de la vanguardia argentina de los años veinte para finalizar en uno de los libros más radicales de la poesía en lengua española, *En la masmédula* (1955), a pesar de las vindicaciones previas como las del grupo de la revista *Zona de la Poesía Americana* (1963-1964), necesitó de la gran relectura realizada por Delfina Muschietti, Tamara Kamenszain, Jorge Schwartz o Raúl Antelo y de las elecciones estéticas de la revista *Xul. Signo Viejo y Nuevo* durante la dictadura, para volver a ser visible y vindicada en su enorme despliegue.

Pero el rasgo de la visibilidad se interseca a menudo con cierto carácter reticente o elusivo, uno de cuyos máximos modelos es el gran poeta Juan L. Ortiz, que si ahora ocupa el centro del canon de la poesía argentina, fue durante décadas un poeta de culto, apartado y silencioso. Hacia 1937 escribió que era «un hombre sin biografía», pero desde esa vacuidad construyó un mito personal con los gestos de lo mínimo, lo inaprehensible, lo imperceptible, lo tenue, multiplicado hasta la saciedad, hasta volverse innumerable en su efecto de infinita diferencia. Y ese hombre huido que usaba en su vida cotidiana elementos largos y finos parecía abusarse en sus versos de diminuta tipografía, y se repetían en las imágenes del poema: en las líneas de los ríos, las islas alargadas, las serpentinas que vacilan en los estanques, los ramajes adelgazándose y las raicillas, la lluvia que cae como juncos de vidrio que huyeran, los tallos de la luz, la luna hilándose en los sauces, los sones de las flautas que callan en los hilos de la eternidad, las hebras, los cabellos de las algas o de los serafines. La materialidad se transfigura y el entorno armoniza con la figura corporal. De algún modo, esa figura del poeta argentino imperceptible está prevista por el poema: lo modela, lo contiene. La iconicidad fina y larga del hombre espejea en la iconicidad del paisaje imaginario que va

espiritualizándose. El cuerpo de la duración consume la ilusión de eternidad en un *esprit de finesse*.

Ese aspecto de la reticencia integra un contexto mayor en la tradición poética de la figura autoral en la poesía argentina y radica en cierto anarquismo, cierta resistencia al poder fáctico, cierta excentricidad, cierto descentramiento. Es inexistente en la poesía argentina la figura de poetas consulares como Octavio Paz o Pablo Neruda o incluso una contrafigura centenaria como Nicanor Parra, y difícilmente se halla un equivalente a esas señeras totalidades llamadas Rubén Darío, César Vallejo o José Lezama Lima. El propio Borges, cuya obra poética es vasta, suele ser leído como un poeta menor que, asimismo, construye una figura en la cual la ceguera —no la videncia—, la enumeración caótica —no el catálogo del mundo—, la nadería de la personalidad —no la eminencia— son sus significados. Leopoldo Lugones fue un poeta que cortejó el Estado y acabó por ser uno de los ideólogos del golpe militar de 1930: ocho años después se suicidó en una isla del Tigre. Su figura monumental, que él mismo construyó, alcanzó una deletérea inadecuación en su propio exceso, un derrumbe de profunda asocialidad. Desde ese fracaso gigantesco, que parece constituir una figura de excepción, los poetas argentinos nunca alcanzaron una majestad pública y omnipresente. Esteban Echeverría, que había sido elegido por la generación de 1837 para imaginar un modelo de Nación, quería abjurar de su actuación pública para abrazar enteramente la poesía. Y el poeta nacional José Hernández en el *Martín Fierro*, el más grande poema del siglo XIX, y, junto con el *Facundo* de Sarmiento, una de las obras mayores del romanticismo latinoamericano, dio voz a un gaucho que se hallaba fuera de la ley y que fue, como afirmó Martínez Estrada, el primer desterrado de la literatura argentina cuando junto a su amigo Cruz emprendió el camino hacia la frontera para vivir entre los indios expulsado por la civilización. Y acaso aquí se halla la clave de esta tradición del apartamiento en la figura del poeta argentino: *la tradición del destierro*. Porque esa voz de la poesía argentina que asume la figura de autor es a menudo una voz exiliar.

Y así Leónidas Lamborghini vindicó la gauchesca como arte bufo que puso al descubierto un sistema político ejecutor del exterminio organizado de las masas gauchas y vindicó a *Martín Fierro* como gaucho roto que se rebeló contra el Modelo. Y Diana Bellessi, en cuya poesía tempranamente situó la vindicación del habla femenina constituida como fuera de la ley patriarcal y así rescató el habla de los desplazados y los *outsiders*, para releer su propia posición enunciativa en la tradición posible de un destierro —ella, que se autodesterró en el Tigre íntimo durante la dictadura de 1976 y escribió los poemas de *Tributo del mudo*—, se cuestionaba: «Al fin una se pregunta

si no será como el gaucho que escuchaba los versos de Hernández en la pulpería creyendo que hablaba de él, o que él mismo hablaba; o si una no será como el propio Hernández, ese señorito de ciudad realizando una operación que, en su mejor alternativa, pareciera prestar oído, sí, y en la peor, podría actuar de un modo paternalista acompañando al proyecto dominante desde los arrabales que éste siempre admite».

Esa categoría, la del exilio, la del destierro, informa casi toda la poesía de Juan Gelman, no sólo porque fue efectivamente un exiliado durante la dictadura, no sólo porque buscó denodadamente hasta encontrarla a su nieta Macarena y los restos de sus padres desaparecidos, a su hijo Marcelo y a su nuera, y construyó una poesía sobre lo no dado, sobre lo no concluido, sino también porque el exilio es una categoría existencial de toda su obra, el destierro como condición del ser mismo.

Diversas formas del destierro, y también lo descentrado, lo lateral, lo oblicuo, lo pudoroso, lo reticente, han dado a la poesía argentina toda su potencia enunciativa. Y puede hallarse en numerosos y muy diversos gestos. En el Belarte de Macedonio Fernández, el no existente Caballero que se presenta como poeta reciénvenido. En las caminatas interminables del *flâneur* urbano y bohemio que se aparta del mundo en la poesía de Baldomero Fernández Moreno. En la poesía de todos los puertos y las errancias sin fin y también en el destierro de los muertos y en los objetos polvorientos de las trastiendas en los versos de Raúl González Tuñón. En aquel poema final, «Voy a dormir...», de Alfonsina Storni antes de arrojar al mar, o en la suicida Alejandra Pizarnik, que escribe con un lenguaje de los límites acerca de los espejismos del yo y su doble ominoso. En el destierro de la «soterrada» Amelia Biagioni o en los versos oceánicos que se nombran como un rito de pasaje en la poesía de Olga Orozco. En la agonía trascendente de Viel Temperley y en las derivas imaginarias de la muerte propia o en aquel espacio utópico iluminado por el sol antiverbal de *El Himalaya o la moral de los pájaros*, del poeta desaparecido Miguel Ángel Bustos. En la estética de la superficie y la irisación barroca de Néstor Perlongher, que halló sin embargo, en su fulgor significativo, el verso más estremecedor de la poesía escrita bajo la dictadura: «Hay cadáveres». El criollo del universo extraviado en los vastos tembladerales de oro de la poesía de Francisco Madariaga. El ritmo ascético y pudoroso de lúcida sintaxis y recóndita autoconciencia de la poesía de Alberto Girri. El asma, que habla todavía como un aliento cortado en la poesía de Irene Gruss. La poesía por interpósita persona de autor como resto o *ready made* en los poemas plagiados de Esteban Peicovich. En la Patagonia como una extensión gravitatoria en la intimidad propia de la poesía de Irma Cuña o de Niní Bernardello. En la casa grande o en el *ghetto* de la lengua,

donde la poesía de Tamara Kamenszain halla el hábitat que le aporta un techo a la experiencia extrema del desierto. En el regreso a la infancia como reinención de la inocencia del poema en la poesía de Arturo Carrera o en el duelo de lo perdido que retorna en las miniaturas y los relicarios líricos de la poesía de María Negroni. En la construcción del Unusmundus desde la lengua desterrada de la poesía de Adrián Navigante. En la pudorosa emotividad y la precisión de la materia susurrada en la poesía de Carlos Battilana. En la «Voz Extraña» que habla en los entresijos del ego de Horla City en la poesía de Fabián Casas. En la búsqueda de los pasos, en las huellas y los ecos de los vestigios perdidos en la poesía de Teresa Arijón. Y éstos son apenas algunos ejemplos entre tantos, tantos otros.

Allí en la tradición del destierro y el habla lateral, en la lengua que dice su nombre al margen de los poderes, en esas voces atravesadas de otredad, de ajenidad y extranjería bárbara en el desierto del sentido o en las voces oblicuas e imperceptibles, allí en su anarquía, en su excentricidad, en su terca conspiración apartada, allí todavía la poesía argentina siempre puede hallar su paradójica fuerza •

Los ocupantes

JAIME MORENO VILLARREAL

LAS FAMILIAS construyeron los túneles para protegerse. Los iracahuas, no satisfechos con asaltar las recuas de mercaderes, entraban a saco al pueblo. Los túneles unieron todas las quintas. De ese tiempo nadie guarda las fechas. Vinieron luego las guerras, ya había entrado el ferrocarril y los iracahuas fueron exterminados. Algunos túneles se vinieron abajo tragándose viviendas y haciendo socavones en las calles, otros se clausuraron para uso propio de algunas familias y para encuentros secretos. En algunas cuevas se enterró oro. Después hubo la leyenda de los túneles. Entretanto, los apellidos siguieron siendo los mismos aunque la gente ya era otra. Cuando iba a pasar una guerra, en cada huerta se excavaba la boca del túnel bajo la pila de agua o el pilar falso de un soportal, y ahí bajaban a esconderse las gentes.

Eran cinco las familias fundadoras. Los niños llevaban, por poco que se contara, los apellidos de cada una. Las noticias llegaban a veces con retraso de un año, luego al revés, se adelantaban a los acontecimientos. Cuando se oyó venir la última guerra ya quedábamos muy pocos. Primero fueron las mujeres, luego los patrones que salieron en bandadas llevándose los títulos de propiedad. Los mayordomos se quedaron a esperar a los ocupantes. También nos quedamos algunos inocentes.

Los ocupantes tardaron en llegar. Entraron muy fatigados. Hacían columna de dos en fondo, en la polvareda, las monturas sudando. Entraron pidiendo que abrieran los apantles para refrescarse. Lo primero, dispusieron de los árboles frutales. No venían a matar a nadie de valía, sólo a comer y robar. Puerta por puerta tocaron en todas las quintas, el oído atento para escuchar los imperdonables susurros. Llegaron a nuestra puerta. De par en par, el mayordomo abrió el portón del cercado y corrió

a levantar la esclusa. En unos minutos, la huerta se inundó. Lo ocupantes entraron arrastrando los pies, caminando en las aguas, y varios se dejaron caer de bruces. Pronto hallaron asiento bajo árboles de sombra. El mayordomo abrió la cancela que daba a los corrales y el establo. Los empapados entraron sigilosamente. Primero un aullido, y luego el agitar de sombreros. El establo estaba lleno de vacas y el granero repleto, y la casa del patrón estaba completa con sus muebles, sus recámaras, sus cuadros, sus lunas y espejos, su comedor y cocina y sus platos. La orden del patrón al mayordomo había sido una súplica: nomás que no quemem la casa.

Los ocupantes dispusieron de todo, dejaron libres los pájaros, jugaron a la guerra con guayabas y blanquillos, se encueraron bajo el surtidor del acueducto, se dieron al mezcal de la sierra nombrándolo «aperitivo», y al caldo de cabeza con frijoles. Cazaron al aire la cristalería. No rompieron espejos, porque es de mala ventura. Tres metros bajo tierra, el terror de nosotros era que los ocupantes descubriesen cualquier acceso o un respiradero para entrar a los túneles. Por las frases completas que se colaban y los olores de humo, parecía que las casas iban desapareciendo. Sentíamos ser las ánimas del purgatorio y en un momento nos metimos en malacates para llorar abrazados.

Fueron muchos días, o quizá no más de dos días. Arriba, todos los puercos fueron asados, todas las telas orinadas. Algunos ocupantes comenzaron a retirarse antes de la madrugada. El mayordomo pidió como gracia que le dejaran una vaca. Se lo concedieron. Al amanecer, fuimos saliendo de los túneles. Como fantasmas al lado de cada olla que hervía, rodeando a las últimas soldaderas les pedíamos de mamar. Éramos quizá diez niños. No quedaba un ave en los corrales.

Paredes adentro, se veía pura desgracia y ninguna señal de existencia. Chamusquina en las fogatas extinguidas, zopiloterías en los traspatios. Subí a mi cuarto. Todo estaba como antes. El cielorraso pintado de estrellas, los juguetitos de madera y latón en los estantes, el mesabanco en el rincón y la jarra de agua en la jofaina, la ropa almidonada, el olor a talco. Mi hermana se peinaba bajo el tragaluz. Pronto volverían nuestros padres. Se oyó un mugido. Nos apiñamos de un golpe para mirar por la ventana. El sol ya tajaba una porción del patio. El establo estaba repleto. Los ocupantes habían reunido ahí todos los espejos que ahora reflejaban a la vaca única. El mayordomo colgaba del fresno •

Los caballos de Alushta

JORGE ESQUINCA

para la colección de miniaturas de María Negroni

HACE AÑOS, en Delfos, subió a la montaña. Quería ver, hablar con la Pitia. Pedirle consejo. Y las rocas, lo que ahí resta del santuario, callaron. ¿O tal vez la respuesta estaba en los olivares del camino, en la tierra seca, en las piedras blancas que parecían, al mismo tiempo, atrapar la luz del sol y reflejarla? Viajó más, hasta la ciudad de las altas torres de vidrio y de hierro, hasta la isla cautiva entre dos ríos. Consultó a las divinidades ocultas en el mundo subterráneo, entre ráfagas de trenes y multitudes caminantes. Quiso ver ahí, en el túnel, la anunciación de una rama de oro, la promesa de ir y volver. Sombras anónimas le hablaron, le enseñaron a reconocer, anticipándola, su propia sombra.



DICE JOSÉ ÁNGEL VALENTE: «La ruptura de la norma en el lenguaje corresponde a la libertad de violar el sistema de la lengua. Encuentra fundamento en ser indiferente a las exigencias del sentido prefijado y, por supuesto, a los códigos de comunicación. Es un lenguaje que se opone al lenguaje como legalidad. Atentado contra el sentido unívoco, que se disuelve o se hace explotar. Zonas contiguas, compartidas, de libertad de la palabra en la locura, en la poesía». Tal vez, en el fondo, la materia misma del lenguaje reclama la violencia de esa operación para abrirse, de igual manera que el brote del guisante revienta la semilla que lo contiene y se abre paso desgarrando también la tierra que lo sepulta, avanzando, sin tregua, hacia la luz.



COMPARO dos traducciones del *Viaje en Armenia*. A propósito de las maneras de ver un cuadro. «Tranquilamente, sin prisas —como los niños tártaros cuando bañan a sus caballos en Alushta—, sumerjan el ojo en ese medio material nuevo para él, y recuerden que el ojo es un animal noble pero tozudo». (Helena Vidal). «Tranquilamente, sin acalorarse, como los tártaros cuando compran los caballos en Alushta, sumerjan la mirada en un medio material nuevo para ella, y comprendan que la mirada es un animal noble pero porfiado». (Fulvio Franchi). Más acá de las sutiles, pero capitales, diferencias entre el órgano de la vista (el ojo) y su acción (la mirada), me sorprende la radical distancia de las dos versiones en la frase subrayada. ¿Qué habrá querido decir Mandelstam? Sin saber una palabra de ruso, me quedo con la primera. Aunque puedo imaginar la belleza que representa una exhibición de potros en aquellas tierras a la orilla del Mar Negro, pienso que la *inmersión* a la que se refieren las dos traducciones es mucho más afortunada en la de Vidal. El ojo se sumerge en la materia de la pintura (el óleo) como un caballo en las aguas del océano. Y, además, conducido por un niño, en la atmósfera de una confianza elemental y tal vez carente de palabras.



«NO SE VE sino lo que se tiene ya dentro del ojo —anota Eduardo Chillida, quien sabía que es el color azul el que crea los dedos de la mano—, se ve bien teniendo el ojo lleno de lo que se mira».



FASCINACIÓN DEL ANIMAL que somos. El caballo y el toro constituyen, en el centro de la plaza —un sol, un ojo— la dualidad enemiga. La tríada se cumple con la presencia del *matador*. ¿Una muy tardía manifestación de otra hondura ya impenetrable? Escribe Giorgio Agamben: «En los misterios, los griegos experimentaban los extremos de la condición humana: el dios y el animal. Sin los misterios esos extremos habrían sido impensables para ellos. El viviente que se había perdido en la animalidad se reencontraba en lo divino, y viceversa, aquel que se había perdido en lo divino se reencontraba en lo animal. Éste es también el sentido del laberinto, en el

centro del cual el héroe encuentra un hombre con cabeza de toro: Asterión, el Minotauro».



EN *Vacío y plenitud*, François Cheng ofrece una anécdota sobre la función sagrada o mágica que se le atribuye a la pintura en China: «Zhang Sengyou, de las dinastías del Norte y del Sur, pintó en las paredes del templo An Luo de Nankín cuatro dragones gigantes. No tenían ojos. A quienes preguntaban por qué, el pintor contestaba: “Si les pintara los ojos a estos dragones, echarían a volar”. La gente, incrédula, lo acusó de impostor. Ante su insistencia, el pintor accedió a hacer una demostración. Apenas acabó de pintar los ojos de dos dragones, se oyó un trueno ensordecedor. Las paredes se resquebrajaron y los dos dragones escaparon en un vuelo vertiginoso. Cuando volvió la calma se pudo comprobar que en las paredes sólo quedaban los dos dragones sin ojos». Analogías y contrastes. Entre los griegos, los ojos terribles de Medusa tenían el poder de petrificar a todo aquel que osaba aproximársele. En esta pequeña leyenda del Oriente sucede lo contrario. Al pintar los ojos de los dragones el pintor los libera de la piedra, los devuelve a su naturaleza aérea que, por otra parte, no es difícil confundir con las nubes.



ANDUVO MÁS Y, agotado, con una piedra por almohada, soñó entonces *en la gruta donde nada la sirena*. Cedió al embrujo y atisbó, en el centro del ojo embustero, la melodía del abismo sin retorno. Supo del encanto que petrifica, de la nieve inagotable, del país de nunca jamás. Otras manos, ajenas a las suyas, habrían de retirar la piedra, arrancarlo del mal sueño, volverlo al espacio abierto del aire y la respiración. Era el orbe de Flora, la que canta en la semilla, la que reúne y dispersa, la diosa incomparable que el florentino habría de pintar con pinceles luminosos. Era, de nuevo, la llamada de una voz intermitente, acuciante, mediadora. Y esa voz lo convocaba, lo regresaba a un orden donde el fuego y la rosa son lo mismo, *when the dancer becomes the dance* •

Claudio Magris regresa a México

HÉCTOR ORESTES AGUILAR

CLAUDIO MAGRIS —nacido en el puerto de Trieste en 1939, el mismo año que José Emilio Pacheco—, vino por primera vez a nuestro país en 1982, invitado por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM a un homenaje a Elias Canetti en el que participaron, además, Juan García Ponce, José María Pérez Gay, Héctor Aguilar Camín y Federico Reyes Heróles; un encuentro que sería recordado durante largo tiempo por unos cuantos debido a la alta calidad y la lucidez de sus intervenciones. Resulta inútil buscar en la prensa cultural mexicana un registro de aquella visita de Magris: pasó completamente inadvertida, al grado de que, varios años más tarde, Pérez Gay contaba que uno de los participantes de aquella mesa le había hablado por teléfono, maravillado, contándole que *The New York Times Book Review* acababa de publicar una reseña deslumbrante sobre la traducción al inglés de un libro que iba a interesarle mucho a él, a Pérez Gay: una obra debida a un autor italiano dedicada a ensayar y narrar sobre las culturas literarias centroeuropeas, *El Danubio*. José María se limitó a contestar que sí, que ya conocía aquel libro, y a decirle a su entusiasta interlocutor: «Por cierto, el autor de ese libro estuvo junto a ti, en el ochenta y dos, en la misma mesa y en el homenaje de Ciencias Políticas a Canetti».

Durante aquella visita, Claudio Magris le cobró aprecio a la persona y a la obra de Juan García Ponce, por quien nunca dejó de preguntar hasta la muerte del autor de *Crónica de la intervención*. Magris había viajado con su esposa, la escritora Marisa Madieri, y en México ya lo esperaba la ensayista Esther Cohen, doctora en Filosofía por la UNAM, especialista en Semiótica por la Universidad de Bolonia, alumna de Umberto Eco y buena conocedora del ambiente académico italiano de aquella época, amén de traductora de Gianni Vattimo, Enzo Traverso y el propio Eco. La doctora Cohen resultó una espléndida y cálida guía, e incluso convidó a los Magris-Madieri a una ocasión muy especial, una boda mexicana. El testimonio

más entrañable de Magris de su primera visita mexicana lo constituye, por supuesto, «Noteentiendo», el sexto segmento del primer capítulo de *El Danubio*, donde da cuenta de un recorrido por el Museo de la Ciudad de México y del momento en que confronta un complejo cuadro de castas de la Nueva España rematado con una mezcla étnica tan barroca, tan insólita, que la misma taxonomía colonial no encontró su cifra.

El nombre de Magris se volvería moneda corriente entre los lectores mexicanos apenas seis años después, cuando, a mediados de 1988, la editorial Anagrama de Barcelona comenzó a distribuir en México su traducción de *El Danubio* debida a Joaquín Jordá. Una afortunada coincidencia hizo que la *Revista de la Universidad*, de la cual yo era editor, dedicara su número 447, de abril de ese mismo año, a examinar la cultura moderna del imperio austrohúngaro en un número especial titulado «Viena, un laboratorio para el fin de los tiempos», con la primera traducción local de un ensayo de Magris, «Emperador pese a todo», debida a un servidor.

Los más de veinticinco años que nos separan de aquel primer momento en que los lectores mexicanos comenzaron a familiarizarse con una de las obras fundamentales de la literatura europea de la segunda mitad del siglo XX y de principios del XXI, han servido para ahondar en el conocimiento de —pero también en la admiración hacia— un autor que, como muy pocos, ha realizado aportaciones cruciales para diversos campos literarios y periodísticos.

Claudio Magris dista mucho de ser un solitario en la sociedad literaria. En un ambiente tan diverso y competitivo, potencia internacional en el estudio de las letras modernas y la literatura comparada, el estudio de las letras germánicas, el ensayo y la reflexión filosófica, representada por autores como Umberto Eco, Omar Calabrese, Pietro Citati, Raffaele La Capria, Enzo Bettiza, Massimo Cacciari y Roberto Calasso, para mencionar sólo a los más conocidos fuera de las fronteras de la península, la voz del escritor triestino se distingue, sin embargo, por la universalidad de su alcance y la perdurabilidad de la mayor parte de su obra.

Sus hallazgos no son pocos, pero admiten esta enumeración mínima:

La revalorización de la triestinidad como una «identidad de frontera», entendida ésta como matriz literaria.

La idea misma de «literatura de frontera», aplicable a escritores y obras provenientes de enclaves multiétnicos y multiculturales, cuyo legado no pertenece por necesidad a un solo canon nacional o a una sola historia de la literatura oficial, sino que se encuentra repartido o diseminado entre ciudadanías y lenguas. Es el caso de escritores de Galizia oriental, como Karl-Emil Franzos, Leopold von Sacher-Masoch, Bruno Schulz, Andrzej Kuśniewicz,

Joseph Roth, Józef Wittlin, Soma Morgenstern, Stanislaw Lem, Hermann Kesten, Stanislaw Jerzy Lec y Manès Sperber, entre otros; o el caso mismo de los escritores de Trieste, quienes han compuesto sus obras en italiano, esloveno y diversos dialectos regionales, y para quienes las tensiones entre civilizaciones y lenguas resulta fundamental.

Haber dado luz, de manera integral, sobre un acervo literario (autores, obras, ideas literarias) poco apreciado de manera homogénea hasta entonces (los años sesenta del siglo pasado).

Explorar la idea de una totalidad literaria. Dicho de forma más puntual, examinar al imaginario habsbúrgico como una totalidad, una totalidad mítica.

En este mismo sentido, haber descifrado el andamiaje de la cultura literaria oficial austriaca, haciendo legible cómo el canon literario austrohúngaro ha sido utilizado con fines políticos, en particular por la historia cultural vienesa.

Ejercitar de manera novedosa una forma de escritura —el ensayo itinerante— que, si bien está muy arraigada en la literatura italiana, no había alcanzado una capacidad expresiva tan seductora.

Realizar una síntesis prosística entre la literatura de viajes, el ensayo académico y la crónica periodística.

De este modo, Claudio Magris es hoy un referente ineludible y su obra un asidero permanente. Ha contribuido con sus ensayos, semblanzas y reseñas a la formación del gusto literario de por lo menos tres generaciones de lectores en su país y, en general, en las diversas partes de Occidente donde se le traduce y se le sigue con fruición; ha iluminado amplias zonas de literaturas hasta no hace mucho menospreciadas o ignoradas, y ha logrado fusionar géneros literarios desvinculados entre sí. Sin pretender convertirse en un «clérigo», sin pontificar ni establecer una línea excluyente de pensamiento, ha logrado —a través de su sostenida labor periodística— mantener una opinión inequívoca, firme y crítica en medio de las vergonzosas oscilaciones de la acomodaticia *inteligencia* italiana de nuestros días, resignada a la depauperación de la vida intelectual en su país.

Al recibir el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romanes 2014, Claudio Magris regresa a México con una obra establecida como referente de la más alta literatura y convertido él en uno de los grandes maestros del pensamiento y las letras de la Europa de nuestros días. Debemos maravillarnos y sentirnos sumamente afortunados por ser sus contemporáneos •

Historia de Luisa - I

CLAUDIO MAGRIS

El fragmento que sigue forma parte de una novela que estoy escribiendo y que deberá salir en los próximos meses. La trama se desarrolla esencialmente en Trieste y se centra en la Risiera di San Sabba, un antiguo molino de arroz que, durante la ocupación nazi de Trieste, entre 1943 y 1945, fue transformado en un Lager y en un horno crematorio en el que fueron incineradas y murieron miles de personas. (Nota del autor).

AMOR Y MIGRAÑA... El primero, a veces, podía ser difícil de percibir, con lo retraída y tosca que era su madre. La migraña sin duda era más evidente. Se abalanzaba sobre el rostro de su madre y lo acorralaba como una presa, estirándole hacia atrás la piel de la frente. A menudo, por ejemplo, sucedía cuando Luisa comenzaba a preguntarle, con la petulancia propia de los niños, que le contara acerca de la abuela Deborah, que —había escuchado decir—, con tal de esconderla, había arriesgado todo. Era el último año de la guerra, cuando los nazis, dueños y señores de Trieste, arreciaban cada vez más en la ciudad devotísima de los Habsburgo, italianísima y ahora transformada en el Adriatisches Küstenland. Se lo había dicho el tío Giorgio —tío abuelo, para ser más exactos— en una ocasión en que se encontraban a solas y él había comenzado con un extraño desasosiego y, a la vez, con unas evidentes e incisivas ganas de hablarle sobre esto, de contarle cómo la abuela Deborah —su cuñada, pero esto a la niña no le interesaba— había atravesado con su hija (Sara tenía catorce años) las líneas alemanas, y hasta había llegado, insolentemente, a refugiarse de la lluvia en un cobertizo de soldados de la Wehrmacht que vigilaban la calle, logrando llegar, de esta manera, hasta la campiña de Salvore, en la punta de Istria, para reunirse con esa familia que acogió y escondió a la niña. La familia de la vieja Anna, que había sido empleada doméstica en casa de ellos. Era ella, sólo ella, la que lograba hacerte comer y dormir cuando eras pequeña, le había dicho su abuela a Sara. Madre se nace, había agregado, como se nace poeta. Tu abuela salvó a tu madre, dijo el tío Giorgio y, por con-

siguiente, también a ella le debes la vida, no lo olvides. No, repitió con una extraña obstinación dolorosa, no lo olvides.

En esa casa de la vieja Anna en medio de las praderas y los bosques en la orilla del mar, no lejos de Salvore, del otro lado del golfo de Trieste, Sara —le habían dicho que desde ese momento ya no se llamaba Sara, sino Laura— lloró cuando su madre se marchó. Se había ido para siempre, pero en ese entonces no podía saberlo. Pero luego se sintió feliz. Se atrevería a decirlo, recordaba Luisa, sólo mucho más tarde, años después; había sido la única vez que había hablado sobre el asunto y se detuvo de improvisado, mientras su rostro, al final de esa breve frase, se contraía y se apagaba, una piedra rosada por el sol cuando los rayos se retiran como lagartijas. Feliz hasta el día que permaneció allí, porque luego, cuando regresó a Trieste hacia finales de la guerra, era otra la que había continuado viviendo, otra con la que casi no tenía nada en común. Feliz, ¿pero por cuánto tiempo? Entre ese mar y ese cielo era difícil, imposible contar el tiempo; siempre había sólo un día, una hora de verano. Sí, feliz. Feliz e ignorante.

¿Ignorante de qué? No sólo de la guerra —como más tarde lo entendería—, no sólo de la muerte en el aire, del feroz avasallamiento del mundo. El mar es azul, una luz deslumbrante; cuando reverbera en la llamarada del mediodía su resplandor enceguece, es una oscuridad en la que no se ve nada al igual que en la noche. Tres apóstoles siguen a Jesús hasta el monte —la vieja Anna había servido durante muchos años en una casa judía, pero no por esto había dejado de lado la fe católica y campesina, inextirpable como una raíz nudosa, y todos los domingos, excepto cuando las bombas y cañonazos eran demasiado cercanos, llevaba a Sara, no, Laura, a misa, a orar y a escuchar prédicas y lecturas—, siguen hasta el monte a Jesús que resplandece como el sol, una nube reluciente tan cándida y tan luminosa que ellos ya no ven nada. También Sara, en el centelleo del mar, ya no ve nada. No ve las cosas, no ve la muerte que madura en ese encandilamiento como un higo blando y sangriento; en ese fulgor, por un instante —por un muy prolongado instante— todo es perfecto y feliz. La niña corre por la playa, sola o con otros niños, gaviotas asustadas remontan el vuelo desde el agua y se dispersan en esa luz en la que todo desaparece, las olas se rompen blancas sobre los escollos y sólo se alcanza a divisar lo níveo de su quebranto. Una gran sonrisa feliz de todo, incluso del pez que se agita al ser desgarrado por otro más grande.

Más allá, detrás y sobre esa luz y esa agua fundidas en un solo tremor, se combate, se dispara, se asesina; se muere, se incinera a la gente en la ciudad más allá del golfo, se está solo en un inmenso miedo, niños en la noche bajo rayos y estruendos, pero en ese mar todo esto no se sabe, no se escucha, no existe. Solamente existe la felicidad de los pies desnudos en el agua en la orilla

del mar, la marea que se retira dejando en la arena algunas candidas conchas, maravillosas tumbas vacías; un pequeño cangrejo corre hacia el mar en retirada, un soldado que se quedó rezagado siguiendo a su regimiento en fuga y es acribillado en su carrera. Incluso jugar cruelmente con el pequeño cangrejo, aplastarlo, sólo es felicidad y placer; Sara también sabía abrir los erizos de mar todavía vivos sin herirse con sus agujones para chupar su pulpa jugosa, que sabía tan rica en la boca, aunque a veces se mezclara con un poco de sangre de los labios, que se habían herido al morder una espina que había quedado escondida.

No, lo que había terminado con todo no solamente había sido la brusca conclusión de la infancia ignorante de la guerra y de la vida, es decir de la muerte, cuando al final de la guerra una tía vino a recogerla para llevársela a Trieste. Debí ser otra cosa la que surcaba con la transfijión imprevista de la migraña el rostro de la madre y lo esculpía con esa expresión melancólica y perdida, que la volvía una extraña para Luisa; ese tic de la piel en la frente que se estriaba hacia atrás descomponía el rostro, tal y como una piedra adultera un rostro reflejado en el agua.

Sería el fin de otra ignorancia la que extinguiría en el corazón de su madre el gran azul de esa bahía, donde había vivido sin poderse imaginar que existiesen en el mundo otras cosas más que ese azul, ese olor a sal y a pinos, esa felicidad. Cuando la tía Nora llegó por ella para llevársela —unos meses después del final de la guerra, cuando, con el establecimiento del Gobierno Militar Aliado en Trieste y la retirada del ejército yugoslavo, la situación en la ciudad, siempre tensa y a veces hasta violenta, se había por lo menos relativamente normalizado—, Sara había entendido que nunca volvería a ser feliz, nunca más; lo había sentido sin tristeza, como si se aceptara una ley, que ciertamente podía hacer daño, pero que era aceptada, como cuando había muerto Ciuki, el perro de la vieja Anna, que no había desaparecido y no era solamente eso que quedaba de él bajo la hierba del prado, cerca de la tapia. Yo me voy, pero la bahía, el faro y esas escolleras que emergen como creaturas marinas están aquí; *están*, para siempre, y entonces todo sigue en su lugar, acaso ni siquiera me voy de la bahía, como me lo parece, solamente me voy a otra parte de la bahía, todo es la bahía y todo está en la bahía.

Incluso la vieja Anna lloró más que ella, porque al abrazarla sintió, aún más, que estaba en la bahía, aunque ya estaba marchándose de allí. Acaso también mamá, había pensado Sara al llegar a Trieste y recluida en casa por la tía Nora y el tío Giorgio, está en alguna parte en esa bahía; no pasa nada si no la veo, es como cuando jugamos a las escondidas y ni siquiera Ivan y Marco —ahora Marko— logran verme, al igual que yo no puedo verlos ahora; desaparecieron y, sin embargo, están. Sabía que mamá había muerto, aunque sólo vagamente;

le dijeron que había muerto hacia el final de la guerra, todavía no sabía nada de las personas que se habían transformado en humo. Seguramente no se lo dijeron de inmediato para no asustarla, pero se habían equivocado. Se habría enterado y habría sentido lo mismo, que su mamá estaba en el aire, que era el aire en torno a ella, como una vez había sido el agua, el mar en el que ella nadaba. Solamente más tarde, cuando pidió información, algún detalle, esas aguas maternas habían comenzado a secarse y había comenzado ese dolor de cabeza. Ese que más tarde también fue el mío, pensaba Luisa.

En casa de la tía Nora y del tío Giorgio casi nunca se escuchaba hablar de la abuela Deborah. Apenas de vez en cuando unas cuantas palabras, cuando Sara lo preguntaba con insistencia y ya no se podía evitar hablar del asunto. Les había pedido una fotografía para ponerla sobre su mesita de noche o sobre la credenza, y luego de buscar y eludir la petición finalmente le dieron una; no un retrato, sino una fotografía de grupo en la montaña. Deborah con tres o cuatro amigas, una pequeña fotografía que se tenía que mirar con cuidado para distinguir un rostro del otro y reconocerlo. Acaso es normal, pensaba la niña ya casi una muchacha, que no se hable, que no se quiera hablar de la muerte, de ese humo que cada tanto salía de la chimenea de la Risiera, del que ya se había enterado de algo, porque si no se deja de hablar de él, se sigue respirando, se termina sólo por respirar ese humo y por morir, por lo menos al interior de sí, como se lee de vez en cuando de algún muerto por las emanaciones de una estufa.

También a Luisa le parecía que de vez en cuando le llegaba ese olor, una bocanada que no sabía desde dónde provenía —acaso de los altos hornos de la Ferrería, la antaño rutilante planta siderúrgica que se asoma al mar, hacia Muggia, que producía hierro fundido a partir de ese humo de la combustión de carbón de coque en contacto con los óxidos de hierro que, decían cada tanto los periódicos, había sido causa de muerte de más de un obrero. La Ferrería no quedaba lejos de la Risiera. Ciertamente, a diferencia de ésta última, esas muertes habían sido un efecto colateral, inevitable, por otra parte, como más tarde explicarían, en pro de la ocupación y el bienestar de la ciudad. Pero le parecía que ese tufo disperso alrededor provenía del interior de ella, un soplo dañino del corazón. Pero debía pensar en el trabajo. Una de las siguientes piezas que tenía que clasificar sería esa hacha de los chamacocos, poca cosa comparada con un cañón antitanque o un lanzallamas, pero cuando cercena una cabeza...

La tía Nora y el tío Giorgio —Gershom, cuando llegara su momento, en el cual se llama con su verdadero nombre a quien desciende a la fosa— no se relacionaban mucho, le había dicho su mamá. De vez en cuando una cena, una sobremesa con *musizieren*; sus dos hijas, sus primas, tocaban discretamen-

te el violín. Oh, nada de *yidl mitn fiddl* o cualquier otra cosa de gueto, precisaba el tío, música satírica e impetuosa ante la vida y a la muerte, de acuerdo, pero el *Dudel-Dudel* no es para nosotros, no somos gitanos y entre nosotros se toca la gran música clásica, como buen salón triestino de una época. Sara no sabía tocar, en Salvo el violín y el violonchelo no son propios de casa, acaso el acordeón; pero ella amaba la música que se tocaba durante esas veladas, es más, decía que en esa música se concentraba toda la vida.

También el amor no correspondido, como el mío por la música, habría dicho una vez. Sí, al principio, cuando vino a quedarse con nosotros, era melancólica, había dicho —pero mucho más tarde— la tía Nora, pero había tanta vida en esa melancolía, en cambio luego... En esa música, agregaba Sara, se encuentra la ley más profunda de la vida. Quizá también del amor, tío Giorgio, el amor es todo eso que no se tiene, es más *l'amour c'est tout ce qu'on n'a pas*, me lo dio a leer en un libro la *mademoiselle* que me imparte lecciones de francés. Sus tíos también habían pensado en esto, como era tradición, sin renunciar, por otra parte, a las clases de alemán de la *Fräulein*; entiéndase, en la familia siempre se había sabido a la perfección el alemán y ciertamente no sería un Hitler cualquiera quien vendría a cambiar sus tradiciones, predilecciones y costumbres. La música que ella nunca aprendería a tocar expresaba la esencia misma de la vida, o bien enunciaba que ésta última nunca sería, en ese futuro palpitante y fluctuante como el centelleo del mar, realmente *su* vida, y que vivir para ella habría significado evocar dentro de sí esa esencia.

De cualquier modo, aparte de la *musizieren*, a las muchachas, tanto a ella como a sus primas, también les gustaban cosas más amables y divertidas, salir con amigos y amigas, conocer personas, bailar, lo que es posible y agradable incluso para quienes no saben tocar la música de ese baile. Así, cuando la señora Preston —la esposa del mayor Preston, un oficial norteamericano del Gobierno Militar Aliado que regía desde finales de la guerra el Territorio Libre de Trieste reclamado por la Madre Patria, sobre el cual el mariscal Tito alargaba ávidas manos que las viñetas de los periódicos italianos mostraban como pies con dedos regordetes y sucios— los invitó a una de las veladas en su villa de Scorcola, sus tíos le agradecieron pero declinaron la invitación, acaso porque no tenían muchas ganas de ver a otros invitados que presumiblemente habían frecuentado unos años antes otras veladas y a oficiales de otros ejércitos, pero sus primas, con cierta amable prepotencia filial, consiguieron el permiso de sus padres para aceptar la invitación de la gentil y salerosa señora y comenzaron, de vez en cuando, a frecuentar las hermosas villas con vista al mar y a un par de meseros con chaquetilla blanca, agradable murmullo de palabras confusas en el viento en la terraza con el tintinear de las copas y, a veces, para los más jóvenes, algunos giros de baile. No es que esas veladas

fuesen lo máximo, pero en el mar que se veía desde las terrazas se encendían brazos violetas y llegaba un viento que, Sara lo sentía, debió haber pasado por Salvo.

En esas veladas no se habla de la guerra. No de la que acaba de terminar, si se pudiera decir así. Se hablaba un poco de ésas de África o de Asia, que están lejanas y no tienen nada que ver ni con los alemanes ni con los italianos ni con los eslavos. Tienen que ver con los comunistas, que hay por todos lados, en todo el mundo. Se habla un poco de política, especialmente de la local —dado que los invitados son, más o menos, los que realmente cuentan en la ciudad—, del Territorio Libre, de las pretensiones de Tito, de las heridas de la ciudad mutilada. Pero en esa terraza no hay fanáticos. Ni siquiera en la terraza de la villa del coronel Lerch, un tiempo después, una hermosa villa que el coronel rentó por un par de años en el Carso porque Trieste se le había metido en el corazón; y hacia esos oficiales aliados, aun si hasta hace poco eran enemigos, siente una sincera fraternidad de armas. Bastan pocos, poquísimos años, para que ya no cuente si a esa trinchera se la defendió o se la conquistó, pero tanto de un bando como del otro, siempre con bravura y valentía. ¿Quién es el tal Lerch?, le inquirió Sara a sus tíos, preguntándose también por qué encontraba vagamente repelente a ese señor cortés, de rostro insignificante y de labios rígidos y soeces. Un austriaco, le respondió su tío sin levantar los ojos del periódico, el presidente de la Asociación de Comerciantes de Klagenfurt, donde también es dueño de un café. Y cambió de tema.

No, ni siquiera Lerch había sido la causa de la migraña. Ni siquiera cuando Sara, repentinamente ávida de saber —todavía no sabía qué, un sabueso que olfatea un olor todavía confuso pero irresistible que ordena ser seguido—, se puso a indagar quién era ese hombre, ese presidente de los Comerciantes que el mayor Preston y también otros oficiales norteamericanos e ingleses llamaban coronel. Esperaba que dejara el asunto en paz, habría dicho más tarde el tío Giorgio, pero... No era que muchos tuviesen ganas de hablar sobre esto. Es más, ni siquiera sus tíos. Hasta que Sami Goldfaden, el sastre que se escapó de la Risiera y salvó su vida —y que, a diferencia de otros sobrevivientes, también salvó la lengua y las ganas de hablar—, se descosió hablando. El coronel Ernst Lerch, ayudante de campo de Globočnik, Höherer SS und Polizeiführer para el Litoral Adriático o mejor dicho verdugo en jefe en la Risiera, encargado de enviar a los prisioneros de la Risiera a la pequeña cámara de gas local o a los campos de exterminio en Alemania o de eliminarlos personalmente y ahora anfitrión e invitado participe de la dulce vida triestina. Nada de especial, modesta y pequeña pero igualmente seguía siendo una dulce vida de provincia, de una provincia atravesada por una Cortina de Hierro y que intenta distraerse mientras espera que el telón se levante o incluso que no se levante, después

de todo, afortunadamente, se está en el lugar correcto del teatro, sentados en hermosas butacas frente al telón cerrado, conversando, saludándose, encontrándose con conocidos, como precisamente sucede en los espectáculos; felicitaciones, dicen aún, siguiendo el uso triestino de un tiempo, algunos señores ya entrados en años.

No, no habían sido esos apretones de mano y esas formalidades entre el asesino y tantas otras personas de bien lo que hinchaba esa vena que a veces se asomaba imprevista bajo la sien de Sara. Descubrir que esas hermosas terrazas iluminadas eran la otra fachada de la Risiera —el salón bueno, de representación, de ése como de todos los mataderos— no le provocó el vómito; su estómago no había reaccionado al mal con esa debilidad de los movimientos peristálticos que, al igual que las lágrimas demasiado fáciles, son propios de las almas demasiado delicadas para mirar y tocar el mal, para limpiar si es necesario, incluso con las uñas, el estiércol sangriento que sube de todas partes. Vomitar sería demasiado fácil, sin embargo, también es fácil impedirlo, las pastillas contra el mareo también son eficaces para combatir la náusea de las conciencias sensibles. Ella había escupido cuando se enteró de que un sádico y obtuso verdugo, un imbécil burócrata del asesino, es una persona como se debe, bien acogido entre personas de bien que no le harían daño ni a una mosca, digamos, por prudencia, que nunca le han hecho daño a una mosca, porque habría que ver qué hubieran hecho si se hubiesen encontrado en una situación en la cual es normal rociar insecticidas y no solamente sobre las moscas.

Había escupido; un escupitajo fuerte y cargado de saliva, algo que no todos pueden hacer en ciertos momentos. Ninguna contracción forzada que sube del estómago ácido y estrecho, sino un escupitajo áspero, jugoso, deseado y consciente, por el momento sobre el piso, sobre unos azulejos en los que se reflejaban las caras a las que pertenecían los pies que bailaban sobre esos mismos azulejos, luego ya se vería. Menos mal que existía la muerte y que todas esas caras bien acicaladas y sonrientes también desaparecerían, carne que se pudre bajo tierra y no es mejor que el humo que se disuelve en el aire. Cierto, era injusto que víctimas y carniceros terminasen todos en el mismo abono, en poco tiempo amalgamados y ya sin poder distinguirse unos de otros; esta igualdad en el absoluto era terrible, era falsa, los hombres no son iguales, aquel que le extirpa los genitales al prisionero no es igual al prisionero que le son extirpados, y si también él está hecho a imagen y semejanza de Dios, lo siento por mis antepasados, pero Abraham hizo mal en destrozarse a esos simpáticos ídolos de madera de su padre que no le hacían daño a nadie, para aliarse con el Señor sólo porque era un padre autoritario más poderoso.

Luego de ese horrible descubrimiento, Sara se había sentido extrañamente

libre. Salvajemente libre, en una ausencia de pertenencia absoluta; no pertenecía a nada y a nadie, sólo a ese deslumbramiento de las olas sobre los escollos de Salvore y a ese montoncito de cenizas dispersas que era, ahora y para siempre, por los siglos de los siglos, su madre. Sus raíces se asentaban en aquella nada, en la nada de un azul de agua trémula en el rayo que lo atraviesa y de un polvillo que no existía, que es como si nunca hubiese sido, en ese aire que muda de color con el pasar de las horas. Ciertamente había algo de doloroso en esa libertad vertiginosa, lejana de todo y de todos; la herida de un grito que surca el aire vacío, de un ala que la corta y precipita. Oh, si se pudiese ser todavía más libres, más vacíos más suspendidos en el aire más deslumbrados por ese azul al rojo vivo, quemados y consumidos en el corazón hasta terminar reducidos a un montón de brasas que se volatizan velozmente, los pensamientos bajo la caja craneana son sólo moluscos en el vientre de una concha que los protege de los depredadores. Se sufriría menos, en esa libertad vacía y vertiginosa en la que todavía no se era nadie, sólo una pizca de vida todavía inconsciente.

Para Sara, el dolor, el verdadero dolor, llegaría después y de golpe. ¿Pero ése era el nombre justo para la roca que se desgajó bruscamente de la montaña y le cayó encima, un meteorito caído del cielo que horada la tierra y destruye no a unos pobres dinosaurios sino a seres más bien aguerridos, con un cerebro más grande y pesado que el de aquellos reptiles gigantes y remotos? Esa roca que le cayó dentro del cerebro lo hace todavía más desastrosamente pesado, una carga que la desequilibra, que la derrumba por todas partes.

Fue breve la vida feliz por escupir sobre el descubrimiento de que los asesinos no incomodan a los buenos cuando saben comportarse tan bien como ellos. Y terminó cuando Sara pudo encontrar a Ester, su prima —prima segunda— y amiga de la infancia, a la que no había visto desde que su madre también a ella la había llevado y escondido en una casa no lejos de Salvore. De Ester, que se había ido y regresado a Trieste un poco antes que ella, extrañamente sin despedirse, sólo sabía que sus padres, el doctor Simeoni, su esposa Gabriella y su hermano mayor, Ettore, habían muerto en la Risiera, arrestados de improviso en una casa donde se habían escondido y donde —como se enteraría, pero casi por casualidad, el tono con el que sus tíos habían mencionado el tema había sido particularmente apresurado— también había estado escondida su madre, la abuela Deborah, que luego, temeraria e imprudente como era, un día salió y fue arrestada en la calle, evidentemente, denunciada a los alemanes por algún miserable que la había reconocido.

La casa en la que la familia Simeoni se había escondido y había sido arrestada de improviso era un refugio seguro y fuera de toda sospecha, la casa del abogado Martinolich —posteriormente mudaría a Martinoli—, viejo amigo

de la familia, desde cuando al inicio del fascismo pactaron un simpático acuerdo con el régimen, por lo demás, como muchos judíos triestinos, masones e irredentistas enamorados de la *Italieta* anticlerical y de la italianísima Trieste administrada por el mejor de sus alcaldes o mejor dicho *Podestà*, Paolo Salem, siempre añorado por cómo mantenía limpia la ciudad; añorado incluso por muchos de esos que en 1938, con las leyes raciales proclamadas por el Duce precisamente en Trieste, tuvieron que olvidarlo o fingir que lo olvidaban.

Por lo tanto, era un refugio seguro la casa del abogado Martinolich Martinoli, de rancia familia irredentista y ario al cien por ciento amén de, en su tiempo, fascista —para ser precisos, filofascista pero sincero— de la primera hora. Y en cambio, esa noche, un par de días después de que la abuela Deborah hubiese sido rastreada, los tres Simeoni habían desaparecido; ni siquiera había pasado media hora de la llegada de las SS cuando fueron arrojados a un camión y transferidos a la Risiera. Incluso el abogado la había pagado de manera definitiva. Es peligroso cuando los casi buenos, como tantos de sus colegas y amigos colocados nada mal en las compañías de seguros, en las sociedades de navegación o en las industrias, se ponen a hacerse los buenos en serio, como en su caso. Se termina mal. Ester se había escapado milagrosamente, aterrorizada, se había escondido en un trastero que se les había pasado revisar a los saqueadores.

Sara se asombró de que Ester la eludiera antes de encontrarla y de que, cuando finalmente se vieron, se comportara tan extraña, casi hostil, sin duda alguna contrariada. A lo mejor era normal, era obvio; no es bueno que aquellos que regresan del reino de los muertos se pongan a conversar entre ellos, resulta impensable. ¿Acaso uno se podría imaginar a Lázaro encontrándose por casualidad a alguien que conoció en la ultratumba, con una piel que allá abajo se le puso lívida y violácea como la suya y que le quedó así incluso después del retorno, y que los dos se saluden, se cuenten cómo les ha ido? No, no existe ningún «después» de la Risiera; no hay nadie que salga incólume del arca, que se mece ligera después del diluvio sobre un mar que se ha vuelto a calmar, y desembarque en una hermosa tierra. Nadie ha sobrevivido al diluvio, de todas maneras se cuentan cómo les ha ido, porque el diluvio nunca ha cesado y el mar siempre está encrespado. Sólo los peces se han salvado, indiferentes a las aguas en tempestad.

Por lo tanto, Sara aceptó como una cosa acaso inevitable ese silencio árido, casi agresivo, entre ella y Ester. Sólo una vez, al saludarla, asaltada por una conmoción desbordante que le subía al corazón como un río crecido que ya fluía de sus ojos sin ningún control, la abrazó y le dijo entre sollozos algo acerca de sus madres, a las que se las habían llevado de esa casa y las habían asesinado a pocos días de distancia, pero Ester la había rechazado con vio-

lencia, el rostro imprevistamente endurecido, feroz. Deja en paz a mi madre, había dicho, echando el rostro hacia adelante, contra el suyo, y no te atrevas a nombrarla junto a la tuya. Quería agregar algo más, pero luego se dio la media vuelta y se marchó. Unos días o semanas después, cuando por casualidad se cruzaron en la calle, Ester giró el rostro hacia otro lado; un rostro que era como si, en un instante, hubiese flaqueado, ojos que se abren de par en par en un susto, rasgos que reciben la orden de romper filas. Y apresuró el paso, en una verdadera fuga.

Sí, seguro, debe de ser también por esto, respondió el tío Giorgio, cambiando luego de tema cuando Sara le había dicho que Ester todavía debería de estar perturbada por la muerte de sus padres y de su hermano, por la obsesión de esa noche en la que vio cómo se los llevaban, transportados hacia la muerte. Me hubiera gustado preguntarle algo acerca de mi mamá, había continuado Sara; en el fondo Ester la vio, habló con ella, vivió con ella hasta su fin, mientras yo, después de ese día de la llegada a Salvo, cuando mamá me dejó en brazos de Anna apretándome hasta casi hacerme daño y luego se dio la vuelta y se fue de allí, no la volví a ver nunca más. Desapareció en ese sol flamígero del final de la tarde que enceguecía y disolvía las cosas y las figuras. Quisiera poder verla, por lo menos imaginar ese último periodo de su vida que ignoro... A lo mejor, en un momento de sosiego, quizá Ester me contará algo... El tío Giorgio siguió leyendo el periódico, mientras que la tía Nora, sin decir nada, se había ido a la cocina y se puso a lavar ruidosamente unas tazas y unos platos. También allí, en la casa de sus tíos que ahora también era la suya, ya era de noche, como esa vez en Salvo; pero la luz cálida que entraba por la ventana no enceguecía, se posaba serena sobre los macizos muebles de madera oscura, los iluminaba y los hacía resplandecer con una tranquila majestuosidad sabática. Bueno, ya veremos, espera, a lo mejor tienes que dejar que ella te hable sobre el asunto, cuando le plazca, había dicho el tío Giorgio, concentrado en el periódico, y se encendió un habano, pero no como siempre, con el gesto calmado y satisfecho de quien disfruta un placer, sino con mano agitada, de dedos que se agitan sólo por hacer algo.

Sara no se había preguntado, al inicio, por qué nadie, especialmente entre los parientes y los conocidos judíos, nunca recordaba a su mamá. Salían a relucir nombres conocidos vagamente pero también desconocidos, lejanos, seguidos por un participio pasado pasivo más o menos igual, quemado en Maidanek, incinerada en Treblinka... Por otra parte, esos nombres no se mencionaban en las recepciones de los Preston o de los Müllerbrunn, grandes anfitriones de veladas en las cuales era claro que nadie de los presentes quería escuchar hablar acerca de terribles y tristes cosas del pasado que pudiesen arruinar la fiesta. Ya todo es tan difícil y ya es suficiente con el mañana para

sentir angustia, que no es necesario agregar las canalladas de ayer. Cuando, por el contrario, no en encantadoras veladas en las terrazas de las villas sino en tranquilos salones, uno se encontraba entre familias de sobrevivientes, por lo menos en parte, o que habían regresado, se estaba como, hablando con calma y modestia, entre parientes unidos pero que no se tratan con tanta familiaridad y hablan de todo con placidez, serenidad, no dicha pero audible, el rezo de un *Kaddish* y entonces los nombres salían fuera, siempre con medida. El horror no había sido más fuerte que la *Kinderstube*, por lo menos no al punto de borrarla.

Los nombres salían fuera, pero no el de su madre, pensaba y se asombraba Sara. Hasta que un día, ese día... Sara le había preguntado a su tío acerca de Grini, el judío delator, junto a su esposa Maria, de muchos judíos que terminaron como se puede imaginar gracias a su denuncia, aunque no por esto Grini y su esposa se escaparon de la muerte, fusilados por los alemanes cuando todo estaba derrumbándose.

Bendito sea el Altísimo, había dicho Sara, me da más placer su muerte de perros que la que padecieron sus verdugos. Pero eran los únicos, digo aquí en Trieste, que... ¿había algún otro infame como ellos? Sí, alguno, dijo su tía apresuradamente, pero su tío la interrumpió, preguntándole a qué hora estaría lista la cena. También a mí, dijo Ester, que hasta ese momento había permanecido callada en la penumbra, mirándola con rencor, también a mí me da gusto que carroñas como ésas hayan terminado de ese modo, aunque me da horror que las cenizas de los justos se mezclen con la de los cómplices de los asesinos, que son todavía más asesinos... Quién sabe, dijo Sara, casi para sus adentros, si mi madre, cuando salió de esa casa en la que estaba escondida con ustedes, también fue detenida así, a lo mejor reconocida por alguien que corrió a denunciarla... ¡Por lo menos quédate callada! Tu madre... gritó Ester, y luego se echó a correr llorando, alejándose de esa habitación, no, llorando no, el suyo era un ronco y vago gruñido, un perro que quiere devorar pero se detiene porque sabe que no debe, no puede, y huye porque sabe que no podría detenerse. Pero su madre, recordaba Luisa, se abstenía de hablar de esa furia repentina de Ester. Sí, de vez en cuando comenzaba a decir algo pero luego se callaba de golpe ●

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO DE
MARÍA TERESA MENESES

Copyright © 2014, Claudio Magris
All rights reserved

Claudio Magris no se libra

PIERRE ASSOULINE

ES JUSTO EL TIPO DE ESCRITOR a quien le ha ocurrido una gran desgracia: es el autor de un gran libro. Eso no se pone en tela de juicio. El hecho es que desde la aparición en 1986, publicado por Garzanti, de *El Danubio* (Anagrama), todo lo que ha publicado después ha sido juzgado con el rasero de esta discreta obra maestra. Imposible liberarse de ella. Parecida desventura le sucedió a Bernhard Schlink con *El lector*, y ejemplos sobran. Un gran libro abruma y eclipsa una bibliografía, algo generalmente injusto. Me di cuenta de ello la otra tarde, al escuchar hablar a Claudio Magris en un aula de Ciencias Políticas donde la Casa de los Escritores y de la Literatura había encontrado asilo poético con el fin de dar la amplitud que se merecía la conferencia del triestino. En el origen de su encantadora logorrea que hace vibrar las erres, que acarrea una cultura mitteleuropea como ya no se hace en un batiburrillo de referencias en varias lenguas, una invitación con motivo de la aparición de su nuevo libro *Así que usted comprenderá* y de la reedición en bolsillo de *A ciegas*, novela en la que un hombre se pierde en el laberinto de su propia memoria.

Desde luego, habló de su ciudad y de los mitos que arrastra. Rindió un acentuado homenaje a la dimensión creadora del oficio de traductor: «Hay dos categorías de libros: los que he escrito y los que hemos escrito el traductor y yo». Luego, Magris habló del viaje como una pérdida de contactos, de su fascinación por las fronteras, del sentimiento de la épica y de su búsqueda de la imposible unidad de la pareja universalidad/diversidad. Sin olvidar, por supuesto, el mito de Orfeo y Euridice, del cual se apropió, se comprenderá

luego, para darle por fin la palabra a Eurídice y presentar a un Orfeo que interviene al final no solamente para decirle que la ama sino para saber qué hay del otro lado del espejo. Son la revisitación y la reinterpretación modernas de la pasión amorosa sometida a la prueba de la muerte; un asilo la enmarca, lleno de corredores, así como de ecos de los infiernos burocráticos kafkianos y de sombras heredadas del Hades. Lo que más le gusta a Magris es examinar los mitos a la luz de la Razón y las Luces. Escogió la forma de un breve monólogo narrativo bastante teatral, atravesado de destellos autobiográficos. Especialmente una ausencia de la que se percibe el eco difuso pero real, una de esas ausencias de las cuales uno no se recupera jamás y de las que uno comprende que lo mutilaron: la de su compañera desaparecida hace once años. Se siente al desconsolado tan prisionero de esa tristeza que a uno le gustaría ayudarle; no se tiene el deseo de preguntarle: «¿Por qué escribe usted?», uno lo sabe, se adivina, y entonces uno calla. La escritura, o más bien, la palabra, reina ahí. Pero la lección que de ella extrae el autor lleva en sí el desencanto y la melancolía que se reflejan en su cara tan expresiva: del otro lado del espejo hay un espejo; y detrás del mito, un mito, es decir, lo que es propio de nuestra vida interior.

Claudio Magris habló muy bien de todo eso, antes y después de habernos hecho escuchar la música original de su texto, leyéndolo en italiano a ritmo del tren a gran velocidad, de acuerdo a su celeridad natural. Pero en el transcurso de su charla con el traductor Jacques Munier, así como en las preguntas del auditorio, todo y todos, él incluido, lo hacían volver a *El Danubio*. No salimos de la novela porque él no sale de ella: ¿no está acaso dedicada «a Marisa», la escritora Marisa Madieri, su compañera cuya ausencia lo atormenta? Es una lástima para el resto de la obra, particularmente *Microcosmos* y *Conjeturas sobre un sable*, ¿pero de quién es la culpa? Qué se la va a hacer: él no debió haber escrito un libro tan bello ●

París, 13 de diciembre de 2008.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS DE
VÍCTOR ORTIZ PARTIDA



OSCILACIÓN
GUILLERMO KUITCA

← Bayreuth Festspielhaus
Collage sobre papel
159 x 159 x 5.6 cm
2004



I

Hacia un lado. Hacia el otro. Un vaivén de pincel, lápiz y tinta sobre geografías, fronteras, tiempos, recuerdos y espacios. En el barrio de Belgrano, el último vestigio bohemio para el bonaerense Guillermo Kuitca, una mesa redonda es el testigo del movimiento: la pintura se mueve

LUVINA / INVIERNO / 2014

II

desde su creación con el pincel, el grafito o la brocha. Se mueve mientras el artista rodea al lienzo sobre la madera circular. Se mueve de tema en tema (en algunas ocasiones, muy pocas, salta a un colchón) y se mueve como se mueve la pintura, el pintar, el pintor y el arte.

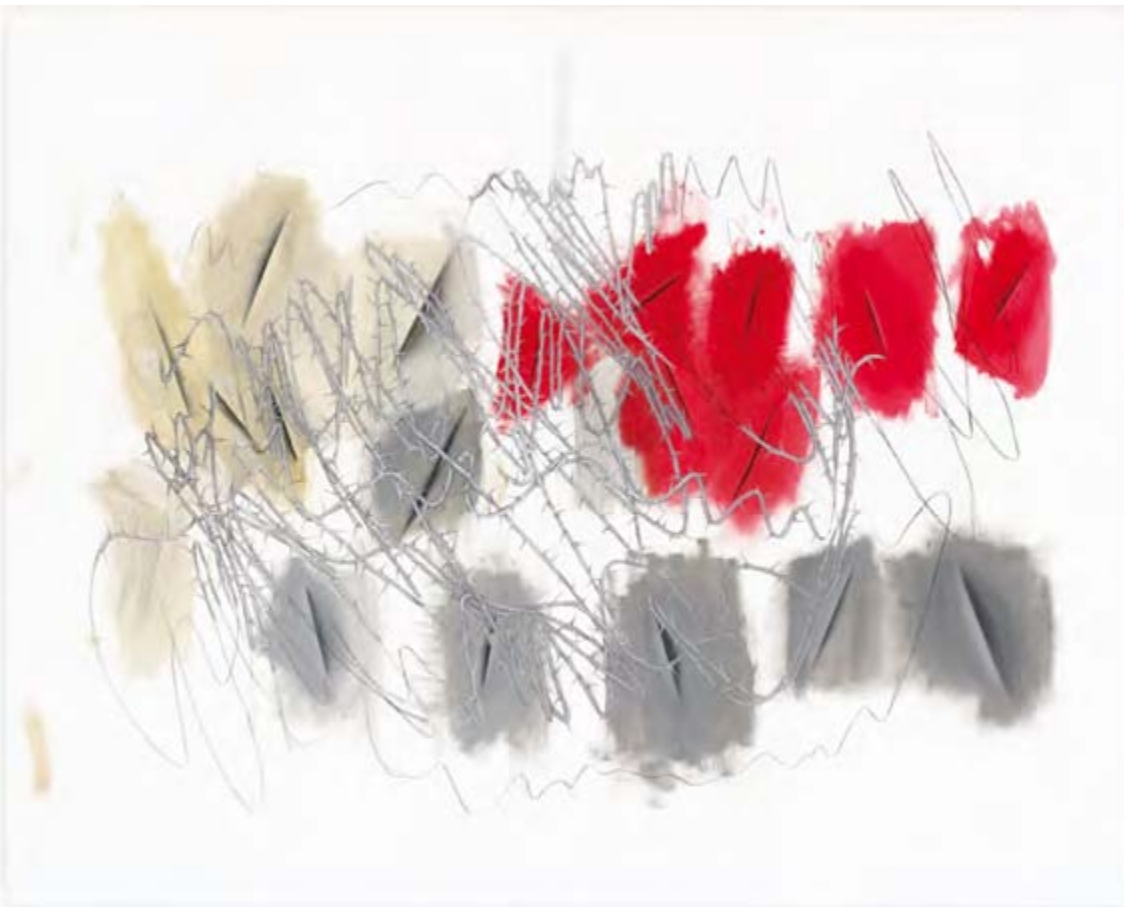
Sin título
Óleo sobre tela
195 x 380 x 4.5 cm
2007-2008

LUVINA / INVIERNO / 2014

III



← Sin título
Óleo sobre muro
Muro frente al patio y el jardín negro:
564 x 274 cm
Muro frente a la entrada de la recámara:
484 x 274 cm
Fotografía: Hélène Binet
2013



Sin título
Óleo sobre tela
155 x 194,3 cm
2007

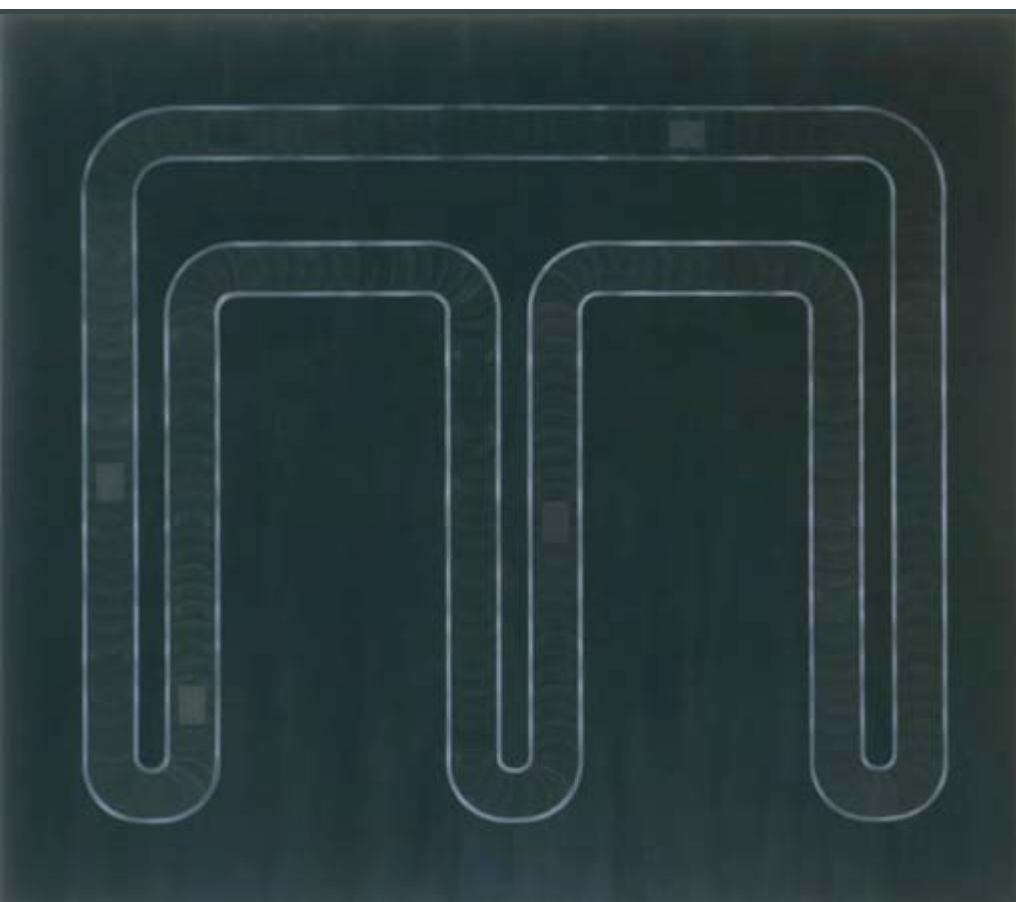
II

Baile el de la mano con el pincel, el del cuerpo frente a la tela y el de la mirada de Kuitca que sabe cruzar fronteras con o sin mapas. Baile el que conoció en 1980 con Pina Bausch, acontecimiento tan maravilloso que le dejó obsesiones por los adentros y los afueras de los teatros (espacios en constante cambio), tema recurrente sobre planos de teatros recreados e intervenidos. Danza la del abstracto surgido no de la simplificación o del lenguaje abstracto mismo, sino desde su definición en el espacio: los rayones no son más que rayones ahogando un espacio arquitectónico. Sólo eso, una imagen rayada, agujereada, espinada o atiborrada para toparse y observar. Pintura en movimiento al contemplarse, cuando el espectador también recrea el vaivén de la pintura en un espacio, de cuadro en cuadro, de la entrada a la salida. Kuitca pinta las montañas que se mueven.



Gentile Perina
2001

← Sin título
Tinta y acuarela sobre papel
20.8 x 29.2 cm
Fotografía: Peter Schälchli
Fotoatelier
2001



Sin título
(Transportador de
correa grande)
Óleo sobre tela
197.5 x 224.5 cm
2000

III

Las fronteras también se mueven y Kuitca sabe bien de eso. Primero fueron los mapas intervenidos, después los mapas sobre colchones como descifrando esos secretos íntimos que se esconden en ellos. Después fueron los mapas despedazados y vueltos a armar, los ríos junto a los ríos o las líneas políticas unidas sin espacio libre.

LUVINA / INVIERNO / 2014

x

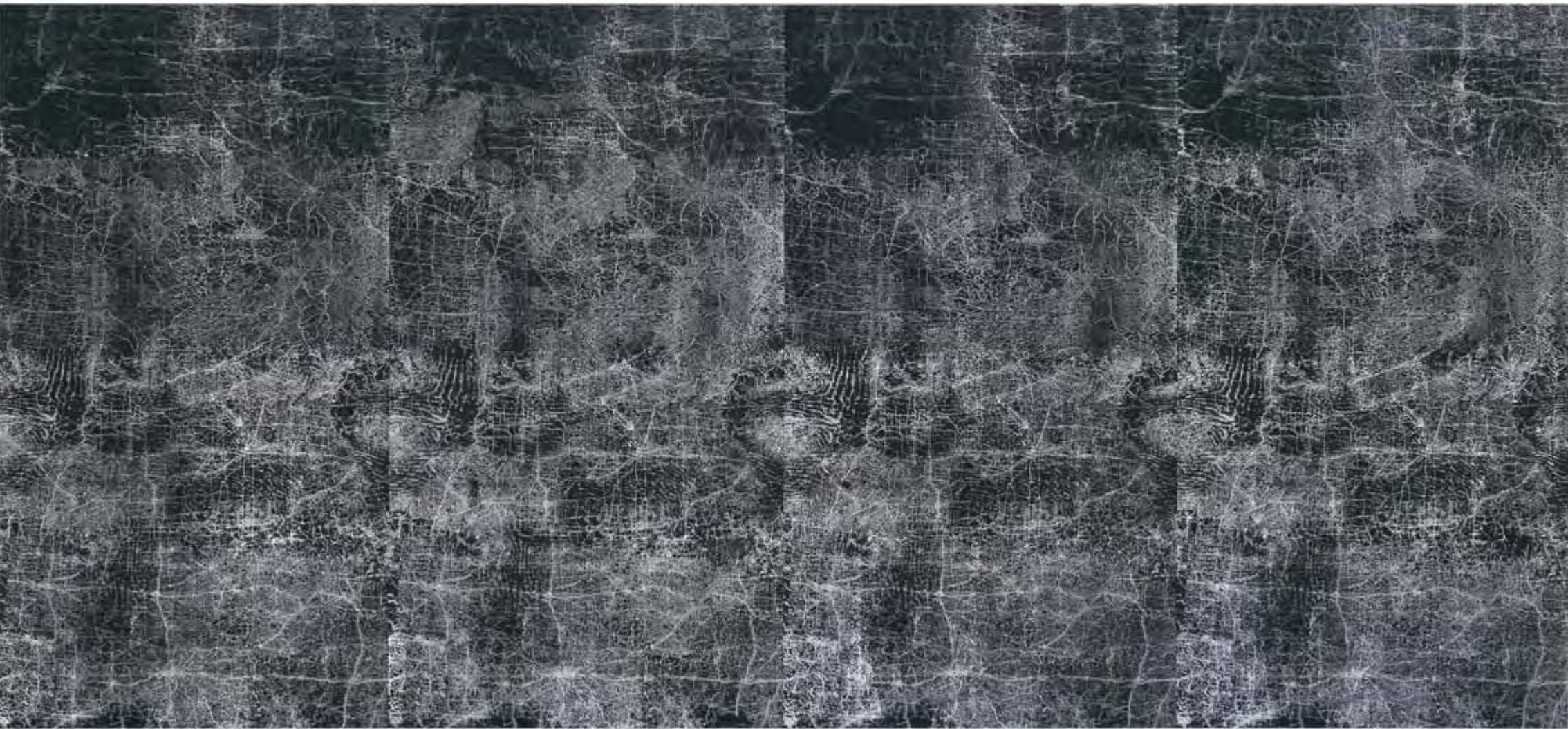


Sin título
(Equipaje no recogido)
Óleo y lápiz sobre tela
149 x 149 cm
Fotografía: Peter
Schälchli Fotoatelier
2000

Los mapas sobre lienzo en pintura para crear otra cosa fuera de una guía: «Tengo la idea de que buscaba mapas para perderme, no para orientarme», aseguró en alguna entrevista. Mapas que recuerdan a sus abuelos rusos al buscar a su natal Argentina, frontera de la que se niega a salir. Geografías para romper, para moverse: «En algún punto necesitas romper el lienzo e invadir el espacio».

LUVINA / INVIERNO / 2014

x1



Todo
Mixta sobre tela
305 x 660 cm
(poliptico)
2004



Sin título
Óleo sobre tela
195.5 x 381.5 x 4.7 cm
2007

IV

Vaivén de la pintura con sus huidas y regresos. Kuitca también dejó de pintar un tiempo, y regresó al oficio pensando en rompimientos y transformaciones. Quizá la pintura ya no sea la misma, ya no puede ser la misma después de confesar a los colchones. Tal vez la pintura es como una maleta sobre una banda transportadora de equipaje, en cualquier aeropuerto.

DOLORES GARNICA

IMÁGENES CORTESÍA DEL ARTISTA
Y DE LA GALERÍA HAUSER & WIRTH
© GUILLERMO KUITCA



El buen momento del cine argentino

● HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

A lo largo del año que corre a su fin, Argentina ha tenido —o, mejor, mantenido— una presencia importante en los festivales cinematográficos más renombrados. Pero además ha encontrado la forma de ingresar en el mercado internacional con producciones atípicas, como un largometraje de animación. Lo que ha dejado ver en 2014 confirma, por otra parte, el papel que el cine juega en un país en casi permanente convulsión: entre el divertimento y la pasión que aporta el fútbol también en la pantalla grande y el tradicional afán de crítica social se abre un amplio campo para la exploración de la miseria existencial. Así, la cinematografía de este país no sólo es una de las más activas y diversas, sino que propone una iluminadora riqueza.

El año comenzó de prometedora manera con la presencia en Berlín de la *opera prima* de Benjamín Naishtat, *Historia de miedo* (2014). Con un guión del debutante, la cinta registra el caos que se hace presente en los suburbios de Buenos Aires a lo largo de un caluroso verano. Este

asunto, que se califica con exactitud en el título y ha ocupado las primeras planas de los diarios porteños, exhibe la precariedad de la economía del país y la amenaza constante de la violencia, que se desata con una facilidad escandalosa.

En Cannes, *Relatos salvajes* (2014), de Damián Szifrón, no obtuvo ningún premio, pero se llevó las risas, las carcajadas y los aplausos de la audiencia. El cineasta, también autor del guión, se asoma con humor negro a la cotidianidad de un grupo de personajes en crisis, y correspondió a las expectativas que generó la participación de grandes artistas detrás y frente a la cámara: en la producción aparecen Agustín y Pedro Almodóvar, la música es cortesía de Gustavo Santaolalla; en el reparto figuran Ricardo Darín, Darío Grandinetti y Leonardo Sbaraglia. La labor de Szifrón ha hecho posible la consecución de algunos récords de taquilla en su exhibición comercial en Argentina.

Martín Rejtman se presentó en Locarno y Toronto con *Dos disparos* (2014), que también escribió. El bonaerense saca buen provecho de una estrategia que se asemeja al absurdo, y acompaña a un ocioso músico que, sin causa precisa, decide darse dos balazos. Al final la comedia funciona, y, como buen exponente del género, se esboza una crítica a una clase media que apenas —y a penas— sabe eludir el aburrimiento.

En Toronto y en San Sebastián participó *Aire libre* (2014), de Anahí Berneri, quien sigue a una pareja de treintañeros que han olvidado el propósito que los unió para emprender una vida en común. Pasan por una serie de conflictos laborales y están

empantanados en una crisis marital. Ambos deciden, entonces, mudarse con su hijo a una casa en las afueras de la ciudad.

Lisandro Alonso, un realizador que ha apostado de manera consistente por la experimentación y un realismo que raya en la crudeza (muy cerca y muy lejos estilísticamente de lo que en México hace Carlos Reygadas), es uno de los exponentes más apasionantes del nuevo cine argentino. A lo largo de sus cinco largometrajes, el realizador ha acompañado a solitarios individuos que viven en la contrariedad y encaran el sinsentido existencial. Su cine se mueve con lentitud —a partir de largos planos a menudo estáticos— y soltura al margen de la civilización. Alonso ha estado presente en Cannes con todas sus entregas: *La libertad* (2001), *Los muertos* (2004), *Fantasma* (2006) y *Liverpool* (2008). Este año participó en la sección Una Cierta Mirada con *Jauja* (2014), en la que registra el viaje de un padre (interpretado por Viggo Mortensen) y su hija, que van de Dinamarca a un desierto desconocido y remoto. El resultado sedujo al jurado de la Federación Internacional de la Prensa Cinematográfica (Fipresci), que le otorgó su premio. La cinta también estuvo presente en Toronto; el cineasta, además, formó parte del jurado del Premio Luigi de Laurentis en Venecia, que se entrega a la mejor *opera prima* del festival.

El paisaje festivalero no podría estar completo sin la mención de Pablo Trapero, quien también forma parte de los cineastas más valiosos del cine argentino actual. Este año viajó a Cannes para ocupar el puesto de presidente del jurado de Una Cierta Mirada. Sus obras más recientes han

sido las contribuciones con cortometrajes a la ficción *7 días en La Habana* (2012) y al documental *Venice 70: Future Reloaded* (2013). Pero es en sus largometrajes donde se ubica lo mejor de su filmografía, en la que es posible percibir una aguda sensibilidad al *statu quo* a partir del seguimiento a individuos que se enfrentan a la hostil institucionalidad. En *Elefante blanco* (2012), por ejemplo, acompaña los destinos de un sacerdote y un trabajador social que unen sus esfuerzos para cobijar a un grupo de desamparados. En *Carancho* (2010) denuncia la «industria» que prospera con los abundantes accidentes viales que cada año suceden en su país. En *Familia rodante* (2004), el viaje en condiciones desfavorables de una familia alcanza para dar cuenta del paisaje económico y social del país. *El bonaerense* (2002) da visibilidad a la juventud, que tiene pocas posibilidades de prosperar y que encuentra una forma de subsistencia al margen de la ley (incluso enfundada en el uniforme de la policía).

Fuera del circuito de festivales, es conveniente mencionar a *Metegol* (2013), que en algunos países se exhibió con el título de *Futbolín*. Con ésta, que circuló en 2014 por diversos países —entre ellos México—, Juan José Campanella debuta en el campo de la animación. El argumento gira alrededor de un grupo de jugadores de futbolito (como se conoce en México al «futbol de mesa») que hacen recordar a algunas leyendas del balompié rioplatense y que se embarcan en una aventura. En taquilla, la cinta ha resultado un verdadero *hit*. Campanella, así, es el responsable de los dos títulos argentinos más exitosos a nivel mundial en la historia. La otra es un

verdadero portento y recibió además un diluvio de reconocimientos: *El secreto de sus ojos* (2009). La película se inspira en la novela *La pregunta de sus ojos*, de Eduardo Sacheri, quien contribuyó a la escritura del guión. En ésta, el personaje principal (interpretado por el siempre solvente Ricardo Darín), expleado de la justicia, se da a la tarea de redactar una novela a partir de un caso que ventiló su oficina. El asunto va de la sordidez al romance, y el resultado es de una emotividad extraordinaria. También lo es la pericia técnica exhibida, cuyo punto culminante es un virtuoso planosecuencia que incluye el sobrevuelo de un estadio.

El buen momento del cine argentino contrasta con la permanente inestabilidad que ofrece el paisaje económico. Las explicaciones de su buena salud abundan, y entre las principales valdría la pena considerar la puesta en marcha de esquemas de producción y presupuestos congruentes, la claridad sobre el mercado al que aspira a llegar y la convivencia de una serie de autores notables. Si bien hay diferencias insoslayables entre estos últimos, es posible detectar con relativa facilidad preocupaciones comunes que despiertan el interés del público local, en primer lugar, y que van de la cosa pública a la intimidad, de la crítica social al ensayo antropológico. Es un cine que responde a las expectativas e intereses de los argentinos, que no renuncia al entretenimiento y pone en pantalla material vivo para la reflexión. Pero también ha emocionado a públicos de diversos parajes, porque posee ambiciones universales y ha sabido recoger

las virtudes de una amplia gama de tradiciones (incluyendo la narrativa al estilo Hollywood). La gran asignatura pendiente para el cine argentino es el diseño de estrategias adecuadas de distribución que garanticen su circulación más allá de los festivales. Asunto pendiente, por lo demás, para todo el cine iberoamericano... entre otros (casi todos) ●



Los árboles que poblarán el Ártico, de Antonio Deltoro

● CARMEN VILLORO

La poesía de Antonio Deltoro habla de lo que es más difícil hablar: la experiencia interior, emocional, de la vida. Difícil, porque para ello no hay palabras, o las que hay no son las adecuadas y algunas veces el silencio es más elocuente que ellas. De todos modos, Deltoro habla de eso tan normal y al mismo tiempo tan extraordinario, tan universal y tan particular, que es estar vivo. Para poder tocar con su poesía lo que difícilmente se transmite por el lenguaje, el poeta ha hecho a lo largo de su obra un ejercicio de depuración. Cada palabra, cada verso es pesado en una balanza, delicadamente calibrado, metódicamente degustado, no

con el afán purista del científico, sino con el talento artístico del jardinero que poda las plantas quitando las hojas secas para que las fuertes reverdezcan. Con este trabajo, su obra no gana en perfección, —no es ésa su búsqueda—, sino en sentido. Su poesía ha tomado las formas de la prosa, del verso largo, del verso corto, y en este libro más corto todavía, como si cada vez necesitara menos palabras para decir más. El colmo (es un decir) es el último poema de este libro, «Algo», en el que condensa en tan pocas y breves palabras esa experiencia innombrable que es el olvido.

ALGO

Se fue
como se han ido
tantas cosas
de mis manos.
Ahora mismo,
sólo recuerdo
que recordaba
algo.

Así que, mientras más avanza su poesía, de libro en libro y de página en página, se va quitando adornos, ropas, se descalza, se vuelve cada vez más natural y orgánica y tiende a desaparecer. Pero antes de que eso suceda, su poesía se detiene en los objetos, en los hechos, en las sensaciones corporales, cada vez más en estos registros íntimos del cuerpo que nos reportan nuestra condición de existencia. Lo hace sin prisa, dejando que la experiencia se decante por sí misma. Porque para Antonio Deltoro, así lo ha dicho, «escribir poesía, más que un trabajo, es una disponibilidad; un colocarse en cierta posición para alcanzar un estado apenas separado del cotidiano: una “normalidad aguda”,

como dice Guillén: como el niño que sale a la calle y no sabe qué juego lo encontrará».

Pero el juego de Antonio es un juego desde la quietud, desde la inmovilidad, no en balde otro de sus libros de poesía lleva el nombre de *El quieto*. Y aunque sea otro el libro que estamos presentando, no puedo dejar de leer el poema de ese otro libro, *El quieto*, que se llama «Un árbol»:

Un árbol ancho,
donde no cante el pájaro,
ni las ardillas suban,
ni se esconda inquietud.
Un árbol que vaya ganando calma
como los otros altura y espesor.
Quiero plantar un árbol de silencio
y sentarme a esperar
a que sus frutos caigan.

Su poesía tiene, entonces, que ver con la espera, con la paciencia, con la contemplación atenta y minuciosa de las cosas. De ahí su gusto por el aforismo y el haikú. Nadie más ajeno que Antonio Deltoro a los esnobismos y a la pirotecnia verbal. Sus poemas no buscan ser espectaculares, no tienen argumentos ni anécdotas complejas, son sencillos y legibles; sus palabras van a buscar lo hondo como en una barranca, quizá por eso utiliza tanto esta imagen, además de que ha vivido siempre cerca de ellas. El escritor ha dicho que el poema nace de un vacío y al final el poema vuelve a él. Es una descripción de su poética y también una metáfora de sus preocupaciones. El poeta ha vivido toda su vida junto a un despeñadero. Así vivimos todos, pero sin conciencia del abismo. Es como si él supiera de esa ausencia que somos, o como si la poesía fuera ese puente movedizo que atraviesa las barrancas que nos construyen.

Si en sus libros anteriores sus poemas abordan los temas cotidianos y urbanos, en este libro la mirada está puesta en lo orgánico: la naturaleza y el cuerpo sentido como ese animal que somos. La vida es admirable, se le puede ver suceder en la selva y el río, al interior y al exterior del árbol, en los actos y los gestos de los mamíferos, los reptiles, los insectos. Lector acucioso de Eugenio Montejo, Deltoro descifra, como él, un alfabeto que asombra y da sustento a nuestros sentidos. «Si la vida es un río, / ¿por qué no ser un lento río de madera?», dice en su poema «Lecciones que van por las ramas». «Somos tiempo», dijo Octavio Paz, y la poesía de Deltoro no está hecha de otra materia que el tiempo. Y claro que ahí al fondo está la muerte, como en el reloj con instrucciones de Julio Cortázar, en todo en realidad está la muerte, inevitable, pero habría que saberla vivir como los fósiles y las piedras, como los planetas o la oscuridad de las estrellas. O habría que podrirse suavemente para volver a erguirse con raíces y ramas y formar las selvas creadoras de las nubes y las nubes creadoras de las selvas.

El título del libro *Los árboles que poblarán el Ártico* es un juego de la imaginación, una ironía que anuncia el final, el caos, la hecatombe, o, tal vez más simplemente, que todo cambia al margen de los hombres. También en el poema «Luna» está plasmada la última oscuridad a la que se encamina el universo. La soledad antigua que todos esperamos. El dramatismo que habita en estas líneas es, sin embargo, de ánimo sosegado, como la aceptación de la vejez en el dolor de espalda. Pero el poeta sonríe al sentir la lluvia «que muchos años después / sigue cayendo». Dice: «Qué maravilla reducirse,

/ concentrarse, / no salir, / no abarcar, / quedarse con la lluvia...». Y sí, el poeta alude cada vez más a los fenómenos privados: los olvidos, los dolores, los sueños. Pero, como siempre, toca temas diversos y curiosos y lo hace con un sentido del humor agudo y tranquilo. Sonríe porque el mundo tiene algo de gracia. Entre sus sueños está ése en el que se siente exiliado en París, están sus recuerdos de infancia, como el de sus amigos Cañizares y Fernando, que tenían habilidades admirables; o la vivencia de la tormenta que entraba por abajo del portón de madera en la casa de los padres, y con ella el recuerdo de la guerra de España que, en realidad, entraba por todos lados.

Así que en la poesía de Deltoro hay una mezcla muy particular del niño y el sabio, o del que es sabio porque ha sabido conservar al niño.

Es, quizá, que cuando el poeta integra la vivencia de la mortalidad y el dolor, disfruta con una sonrisa ese momento efímero que somos. En el poema «Totoltepec» expresa esa contradicción del ser: «Para qué tanto buscar, / siempre se encuentra; / [...] quédate aquí, / no busques más / que no se encuentra». La renuncia a la felicidad total nos da siempre un contento disponible.

Deltoro ve, en la imagen de la tarde, la metáfora del transcurrir del tiempo que tanto le importa, no porque le importe, sino porque le interesa. Dice en su poema «En las tardes»:

Tan enfermizo como bello,
este canto desde distintos árboles
te hace vivir, desde distintas tardes,
en una muy antigua que envejece.
La sientes, moribunda,
cada vez que te apartas,

en la fragilidad dorada
que precede al ocaso.

Ahí, en la fragilidad dorada, está escrito este libro en el que hay moscas, estrellas, lagartijas, caballitos de mar, gatos y jarcandas. Y está ese «yo» que vive lo que vive, cada día. También están los otros: los débiles y los indiferentes, los correctos, los nerviosos, los tardíos, los desvelados, en fin, los otros, innumerables, tan humanos. El poeta ha llegado a las ligas mayores, por su talento y por su edad, pero sigue jugando a la pelota y a la poesía con alegría y gratitud. En su poema «A bote pronto» dice: «Espero que en mi última hora / gane el agradecimiento, / no el llanto: pido no hacerme el remolón, / quisiera / que me encontrara / la muerte / a bote pronto» ●

● *Los árboles que poblarán el Ártico*, de Antonio Deltoro. Era, México, 2012.

Loba, de Verónica Murguía: una grieta en el sistema

● ALFREDO NÚÑEZ LANZ

A mediados de 2013, un acontecimiento hasta ese momento único en el mercado editorial —desafortunadamente regido

por la hegemonía española— trastocó el panorama al que miles de lectores hispanohablantes entre los quince y los veinte años estaban acostumbrados: Verónica Murguía, una escritora mexicana, se impuso como la ganadora del Premio Internacional Gran Angular de SM Ediciones. Nunca antes un escritor latinoamericano había obtenido el importante galardón, dotado con treinta y cinco mil euros. Aunado a esto, lo hacía con una novela de un género poco frecuentado por escritores mexicanos, pero que goza de un prestigio y aceptación internacionales: la llamada «épica fantástica».

Pareciera que nos encontramos frente a una historia típica donde la tensión entre el bien y el mal conduce el desarrollo de la trama. Sin embargo, esta novela presenta personajes complejos que están dotados de una profundidad psicológica y social. La autora ha sabido crear tres universos coherentes, tres contextos políticos e ideológicos contrastantes y ricos por sus matices: el mundo de los magos, habitantes de Alosna y sabedores de antiguos secretos de la naturaleza; el mundo de Moriana, la tierra de los Lobos, una casta de guerreros violentos pero capaces de seguir un código de honor legendario, y la vida nómada en las estepas de Tarkán. Los tres microcosmos están dotados de normas aparentemente disímiles y ajenas entre sí: valores, costumbres y formas de vida incapaces de convivir. Mientras Moriana se sostiene económicamente a través de la esclavitud y la guerra, Alosna apuesta por la libertad, el diálogo con la tierra y la magia. Por su parte, los tungros, habitantes de Tarkán, se dedican a la caza y la adoración de Tengri,

el mítico dragón en el que hay «más magia que la contenida en los grimorios y hechizos del universo entero». Los tres pueblos son enemigos y sus circunstancias afectan a los personajes, los mueven a actuar para transgredir ese sistema e imponer, quizá sin proponérselo, un orden nuevo.

La estructura vacilante de *Loba* es capaz de narrarnos tres perspectivas aparentemente disímiles sobre un mismo acontecimiento: el despertar del dragón. Como lectores nos enteramos en detalle de la vida ascética de los magos en Alosna, el linaje de los Lobos que amenaza con truncarse por el impedimento del rey para procrear a un hijo varón, y el aparente salvajismo de los Tungros. Los capítulos, intercalados entre sí, presentan la trama principal, a la cual se unen subtramas no menos interesantes, por ejemplo la historia de Caliela, la curandera de un recóndito pueblo de Moriana, y su nieta Ámbar, quienes son los primeros testigos del despertar de Tengri. Ámbar, a la manera de una incomprendida Casandra, también será la primera en anunciar y vivir el cambio de perspectiva, de orden social. Incluso, la autora nos ofrece el punto de vista de los seres míticos: en ocasiones la terrible voz del dragón salpica las páginas con un registro de lenguaje cercano a la poesía. También aparecen los pensamientos del unicornio: su curiosidad intrínsecamente relacionada con sus prodigios. La oposición de ambos seres, lejos de volverse maniquea, sugiere la riqueza y vastedad de un universo imaginario que opera bajo misteriosas leyes arcaicas cuyas fuerzas se trasponen pero incluso se complementan en el tiempo de la narración: la era de los Lobos y los magos a

punto de transformarse.

La novela se enfoca en dos personajes disidentes, dos seres con capacidad crítica, que desde su marginalidad actúan en contra de los sistemas que les imponen desde su nacimiento. Soledad, hija del Lobo, cuya sensación de inadecuación la aleja de las costumbres políticas de su reino y la acerca a la naturaleza —se siente más cómoda con la compañía de animales, más cercana a sus leyes—, desafía y cuestiona las costumbres de su natal Moriana y, a pesar del amor que le profesa a su padre, es capaz de reconocer su brutalidad, rebelarse contra sus doctrinas radicalizando su personalidad en el viaje que emprende para ver a los magos y negociar con ellos. Por otro lado, el mago Cuervo, incapaz de permanecer estoico ante las injusticias y el yugo de los Lobos de Moriana, apasionado, colérico y desobediente, decide sacudir la pasividad de Alosna con un hechizo soberbio y oscuro que despierta al dragón, el peor de los males, con tal de vengar a los campesinos torturados, los pueblos saqueados y los magos asesinados por el Lobo. Ambos personajes, Soledad y Cuervo, buscan, desde sus trincheras, renovar la tradición que les precede, convirtiéndose en los chivos expiatorios de sus respectivos reinos.

Independientemente del subgénero al que *Loba* pertenece, el texto se coloca como una *Bildungsroman*, novela «de formación» o novela «de crecimiento», donde los dos personajes principales logran superar su propio contexto y evolucionar. Sin embargo, la autora va más allá, colocando el desarrollo moral de Cuervo y Soledad, aparentemente antagonistas, en el verdadero protagonista de *Loba*. Las luchas internas de ambos

por encontrarse a sí mismos dentro de un mundo dominado por la guerra entre sus reinos está narrada a todo detalle:

—No soy la que ellos creen —dijo roncamente—. Me han convertido en una impostora, pero les he dicho mil veces la verdad. No me escuchan, se engañan. ¿Por qué no me das el remedio contra el miedo?

Cuervo le acarició la mejilla y le limpió las lágrimas.

—No hace falta. Tampoco eres lo que creías tú. Has cambiado. Ya no eres aquella que conocí en el Paso del Mago.

—¿Quién soy? ¿Qué soy?

Quizá lo más interesante de *Loba* sea la prosa misma, la forma en que Verónica Murguía construye sus frases. No teme usar un léxico sofisticado, enraizado en las inflexiones imaginarias de un tiempo perdido, arcaico, que toma elementos de varias tradiciones medievales, leyendas y formas propias de la oralidad. La autora se aleja de las demandas contemporáneas para la narrativa juvenil, donde se privilegia por sobre todo a las acciones para generar un vértigo efectista con tal de no «aburrir» a los lectores. En cambio, apuesta por descripciones minuciosas y un fraseo poético que le ayuda a construir la verosimilitud de sus tres universos. Su exploración, claramente ligada a la poesía, tiene momentos de auténtica belleza.

La mayoría de los premios literarios provenientes de grandes consorcios editoriales están hechos para generar capital, no para premiar la calidad artística y estética de las obras que compiten. En este caso, *Loba* parece romper, como sus personajes, con las normas que rigen el

mercado fluctuante y voraz. *Loba* plantea una lectura exigente y profunda, constituye un reto para el lector adolescente y, en ese sentido, todo un riesgo editorial que aplaudo ●

● *Loba*, de Verónica Murguía. SM Ediciones, Madrid, 2013.

«Seremos Maradona»: libros, ciencia y divulgación científica en Argentina

● JUAN NEPOTE

Nieva en Buenos Aires, salen los chiquitos, y hasta el abuelito rejuveneció...
KEVIN JOHANSEN

Decir que las ciudades son como libros sin fin que sus pobladores reescriben cada día ya es lugar común. Y, sin embargo, esto se verifica con pasmosa exactitud en la ciudad de Buenos Aires, esa porción del mundo donde vivió aquel bibliotecario ciego para quien «universo» y «biblioteca» eran sinónimos. Pero la afirmación de que Buenos Aires es como un gran libro rebasa los márgenes de la analogía. El álgebra de las cifras oficiales reporta que en la ciudad existen más o menos cuatrocientas librerías, una por cada siete mil seiscientos cuarenta

y cinco habitantes; estamos hablando de la ciudad con más librerías por habitantes en el mundo de habla hispana. Pero, como siempre, el secreto está en los detalles: ciertos ritmos, cierta atmósfera particular, cierto carácter invitan a pasear por las calles de Buenos Aires como paseando la vista por historias secretamente vinculadas o anárquicas, entrañables o desquiciantes, sin parar de leer. (La casi totalidad de los edificios han sido esclavizados por el grafiti: otra invitación más a continuar la lectura textual de la ciudad). La preeminencia de las librerías obliga a ingresar en ellas, todo un homenaje a la *bibliodiversidad*: desde las grandes cadenas —esto incluye el Ateneo Grand Splendid, un antiguo teatro que hace muy poco renació como una de las librerías «más hermosas del mundo» según varias publicaciones especializadas— hasta los locales minúsculos, personales y personalizados. Múltiples librerías basadas en una convicción: el irremplazable valor social del librero, como El Rufián Melancólico, «especializado en imposibles», compuesta a partir de amontonamientos aparentemente azarosos de libros de todo tipo de encuadernación, colores y temas sobre el piso de tablero de ajedrez, un lugar que bien podría ser la puesta en escena de *Mendel, el de los libros*, de Jonathan Swift. O la sublime Eterna Cadencia, nacida de un sueño sereno: largos muebles de madera, piso de duela, sillones, ventanas como para quedarse para siempre; consecuente con la ciudad/libro que la alberga, Eterna Cadencia también es una editorial precisa y evocadora. O la Librería del Pasaje, donde, sobre la primera página de cada libro vendido, instauran —con un sello de

goma y tinta indeleble— una marca como quien funda una dinastía. O los escondrijos de la librería Crack-Up, que se multiplican inexplicablemente en un caprichoso comportamiento del espacio.

La ciudad es tan textual, tan libro abierto, que dos vecinos del barrio de Palermo, Tatiana Goldman y Ezequiel Mandelbaum, decidieron reunir en un libro las historias que escuchaban por las calles de Buenos Aires, simplemente transcribiéndolas o solicitando a sus lectores (han conformado una comunidad de más de trescientos mil ciudadanos/autores/lectores) que se las envíen a través de Facebook. Su proyecto se llama *La gente anda diciendo* y sirve, entre muchas otras cosas, para entender un aspecto algo huidizo de la Argentina contemporánea: de qué caprichosas maneras se ha ido colando el interés por la ciencia y la tecnología entre sus habitantes. En algún lugar de la ciudad, y en un ejercicio de síntesis entre la filosofía y la biofísica, un señor mayor le dice a otro: «Al final somos sólo eso, electrones. Polvo eléctrico. ¿Te das cuenta?»; una mujer de diecinueve años interroga a su novio con genuina curiosidad científica: «Amor, vos, cuando haces pis, ¿te limpiás con papel higiénico o la sacudís nomás?»; otra mujer suelta a su amiga un comentario de honda profundidad psicológica acerca de su hijo: «Siempre que se junta con los amigos vuelve triste, como si hubiera llorado», y obtiene una indudable conclusión salida de la bioquímica: «Tu hijo se droga, Marcela», mientras un muchacho de casi veinticinco años de edad, en una charla que parecería ligera, apura una hipótesis emanada de la biología molecular: «La abuela es judía y el abuelo tiene

ascendencias alemanas. Por eso tiene tantos problemas, sus genes están en conflicto».

Y es que en esta ciudad que es una gran biblioteca hay toda una generación de escritores de divulgación científica que han conseguido «meter la ciencia de contrabando en la vida cotidiana», como sugiere uno de estos personajes más visibles, Diego Golombek, director de una colección de libros más bien pequeños, con títulos irresistibles y portadas magnéticas, llamada Ciencia que ladra..., donde se relatan las historias de las mujeres y los hombres que se dedican a la investigación científica, «las miserias y las bondades» de la ciencia, los aciertos y fallas de la institución y sus personajes, sus metodologías; sin solemnidad ni «dificilismos» y sí con mucho humor. Esa voluntad por los textos de ciencia escritos mediante una buena prosa, pendientes de la brevedad, la precisión y la claridad, elaborados con oficio y pasión, también se localiza en la colección Estación Ciencia,

de la editorial Capital Intelectual, creada y conducida por Leonardo Moledo —pionero de la divulgación científica argentina, atento estudioso del devenir de la historia, la literatura y las matemáticas, recientemente fallecido, director del ejemplar suplemento sabatino *Futuro* del diario *Página/12*—; también en *¿Querés saber?*, de la Editorial Universitaria de Buenos Aires: libros dirigidos a niños, diseñados y producidos de manera impecable por Paula Bombara. Y en el vehemente proyecto de Ileana Lotersztain y Carla Baredes: *lamiqué*, portentosa reunión de libros de divulgación científica para lectores infantiles, con obras como *Todo lo que necesitás saber sobre ciencia*, de Federico Kukso, o *Usar el cerebro*, de Facundo Manes y Mateo Niro.

Estos libros impulsan las curiosas mecánicas de las librerías de Buenos Aires: en vez de terminar relegada en oscuras secciones, la pujante divulgación científica argentina aparece en un sitio notorio y notable de las vitrinas y estanterías, acompaña permanentemente los días y las noches de los ciudadanos/lectores/autores, quienes encuentran en las calles de la ciudad otros estímulos para la construcción de una imagen pública de la ciencia: desde el Polo Científico y Tecnológico del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, un asombroso complejo arquitectónico con oficinas administrativas, institutos interdisciplinarios de investigación y un museo interactivo de ciencias, hasta Tecnópolis, el sitio de la divulgación científica grandilocuente: más de doce y medio millones de personas han circulado por sus cincuenta hectáreas dotadas de una centena de ambientes para el arte, la ciencia y la tecnología, con exposiciones, muestras de teatro, música, pabellones para las matemáticas, las telecomunicaciones o los videojuegos, sede de la conferencia TedX más grande a nivel mundial: diez mil participantes. Así, la divulgación científica argentina, alegre, elocuente, vanguardista, propone *otros* relatos para la reescritura que hacemos diario de nuestras ciudades. «Porque se trata de encontrar la ciencia escondida en la vida cotidiana», postula Diego Golombek, «no para formar más científicos, sino para que seamos mejores personas. Si lo logramos, seremos Maradona, y eso no es poca cosa» ●



● *El ojo en la nuca*, de Ilan Stavans y Juan Villoro. Anagrama, Barcelona, 2014.

DIÁLOGO SIN NOVELA

«Ver lo que nunca vemos, entender nuestra situación vital de otra forma»: es lo que logra el lector que atestigua la conversación en la que Ilan Stavans y Juan Villoro intercambian opiniones sobre México, la escritura, los escritores, el cuerpo y un etcétera lleno de atractivos temas y sutilezas derivadas de ellos. Publicado por Anagrama en su colección Narrativas hispánicas, uno se pregunta si a este diálogo se le quitó la novela que lo envolvía o si es una novela posmoderna escrita por dos mexicanos tan diferentes y a la vez tan parecidos en sus talentos, circunstancia que logra que la plática fluya, llegue a alturas literarias y roce la mano de la filosofía, esa señorita de cuerpo tan escondido en estas fechas en que la necesitamos tanto ●



● *La fiesta de la insignificancia*, de Milan Kundera. Tusquets, México, 2014.

HACIA LA NADA

Tan sólo para criticar (en todos los sentidos de este verbo) vale la pena leer el libro más reciente de Milan Kundera, quien logró que la imprenta lo extrañara catorce años. Desde las primeras páginas del libro, los personajes comienzan con los preparativos de la fiesta del título. Un grupo de amiguetes puebla esta novelita situada en un París en el que no pasa nada (más si la leemos desde esta América en la que está pasando todo), salvo las conversaciones que llevan a la simple tarea de filosofar. Sí, los amiguetes, aun sin proponérselo, van encaminados hacia la dorada metafísica, pero lo que encuentran no es la contundencia griega, sino la nada en bruto con una sonrisa oriental encantadora, flotando en un jardín bien regado, cerquita de la Sorbona ●



● *Catálogo de formas*, de Nicolás Cabral. Periférica, Cáceres, 2014.

LLAVE POÉTICA

La poesía es la herramienta que utiliza Nicolás Cabral para narrar en su primera novela la historia del Arquitecto. La herramienta puede parecer pasada, pero en realidad resulta eficaz para contar las obsesiones del protagonista y para ayudar al lector a descubrir los pormenores de la trama —sofisticada orfebrería. Creada con pequeños capítulos de lenguaje pulidísimo, la novela forma un laberinto existencial no sólo del personaje principal sino también del país que es escenario de sus acciones. Es la historia secreta de la modernidad estética del lugar en el que nos sitúa. La poesía es el instrumento, no el fin, es la clave, la llave para ir abriendo todas las puertas de esta excéntrica construcción narrativa que se eleva hacia el arte ●



Los rumbos musicales de Argentina

● ALFREDO SÁNCHEZ GUTIÉRREZ

Si queremos tener un panorama de la música popular argentina, un buen vehículo puede ser *Encuentro en el Estudio*, la serie de televisión que, con un atractivo formato y una producción impecable, se ha vuelto un referente desde 2009. En cada emisión, el popular conductor Lalo Mir presenta a un artista importante en una charla sabrosa alternada con un concierto íntimo sonorizado por el experimentado ingeniero Jorge *Portugués* Da Silva. Si bien no he encontrado ningún programa con el impredecible Charly García ni con Andrés Calamaro, los hay con casi todo mundo, desde Teresa Parodi hasta Lisandro Aristimuño, pasando por Fito Páez, Susana Rinaldi, León Gieco, Divididos, Ataque 77, Bersuit o Vicentico, hasta otros menos conocidos como Fabiana Cantilo, Jaime Torres o Amelita Baltar. Muchos géneros, diversos estilos, orígenes diferentes, generaciones contrastantes y la constante de la riqueza musical. Sin duda un verdadero mapa con veredas, cruces de caminos y geografías escarpadas.

La nominación de Argentina como Invitado de Honor de la Feria Internacional

del Libro de Guadalajara 2014 nos da la oportunidad de acercarnos también a esa rica tradición musical del país. Una tradición representada en Guadalajara con los homenajes a Aníbal Troilo, Mercedes Sosa, Spinetta o Cerati, con guiños a otros como Gardel, Piazzola o Yupanqui.

La música popular argentina ha tenido grandes exponentes de exportación que en ocasiones han sido verdaderos fenómenos más allá de las fronteras del país. Casos como el del recientemente fallecido Gustavo Cerati, o antes los de Charly García, León Gieco o Fito Páez, y más recientemente los de Kevin Johansen o Juana Molina. Pero también hay que decir que mucha de la música argentina ha sido consumida al interior del país con limitada exposición internacional. Si bien en los ochenta hubo un *boom* de bandas de rock con presencia foránea, muchas otras no han sonado tanto afuera.

Luego de investigar un poco y de conversar con amigos que están al tanto de lo que ocurre, me percaté de que acaso se está dando un fenómeno de cierta «introspección» en la música argentina actual. Hay incluso quien me ha dicho con convicción que las mejores músicas del sur se están haciendo hoy mismo en Uruguay y no en Argentina, donde lo cierto es que mucha de la música proviene en estos días de diversas provincias y no solamente de la capital porteña, y es frecuente que las influencias vengan de raíces folclóricas aderezadas con todo aquello de lo que en estos días es posible abreviar.

No me parece casual que, para la creación del Ministerio de Cultura, el 7 de mayo de 2014, se haya pensado en una compositora y cantante de amplias raíces folclóricas como quien hoy ostenta el cargo, Teresa Parodi:

una mujer que cantó en el quinteto de Astor Piazzolla, que luego emprendió una carrera solista de amplio reconocimiento en la música popular y que nunca negó el compromiso social implicado en el acto de cantar. Hoy tiene la posibilidad de ejercer otro tipo de compromiso, desde la trinchera de la administración pública.

Por supuesto que el rock aún sigue teniendo presencia y vigor y no son pocas las propuestas jóvenes que surgen: el grupo cordobés Paris Paris Musique; los bonaerenses de Superfluo; el grupo de tendencia *indie* llamado Él Mató a un Policía Motorizado; el proyecto neopsicodélico del hijo de Cerati, Benito, Zero Kill; el ruidoso Atrás Hay Truenos, proveniente de la provincia de Río Negro; los también cordobeses Eruca Sativa o la porteña Banda de Turistas, con un sonido más bien *pop*. En todos ellos se perciben influencias diversas, tanto de los maestros del país como de la música anglosajona, y van caminando hacia su propia identidad —¿cuántos la conseguirán?. Aunque acaso sea Rayos Láser, trío también de Córdoba, con una propuesta de fino electro *pop*, el que más entusiasmo provocó entre quienes hice mis pesquisas: una joven promesa del rock argentino que ya ha recibido algunos reconocimientos externos.

Pero junto a esos sonidos plenamente rockeros que le deben tanto a los bien conocidos de ayer y de antier —Almendra, Serú Girán, Divididos, Los Cadillacs, Los Redonditos de Ricota, Los Rodríguez, Rata Blanca, Soda Stereo— conviven otras expresiones que acaso provengan de raíces profundas.

Hay nombres que causan especial admiración en ese sentido:

Chango Spaciuk, por ejemplo, acordeonista virtuoso originario de la provincia de Misiones, en el noreste del país, que basa sus composiciones en el género del chamamé, aunque también conviven en su música polkas y valsos que no niegan las influencias de Europa del Este ni los antecedentes ucranianos del músico. Un artista que ha llevado por el mundo su acordeón y ha causado impacto en festivales de jazz como el de Montreal.

Por su parte, el *Negro* Carlos Aguirre, pianista, multinstrumentista, arreglista y compositor de formación académica pero raigambre popular, originario de Entre Ríos, no es precisamente un novato, pues desde hace 25 años compone una música profunda en la que hay ingredientes del jazz, la música clásica, el folclor, y los expresa lo mismo con canciones que con piezas instrumentales. Su nombre suele aparecer junto al de otros artistas muy respetados en la Argentina, como Juan Quintero, Juan Falú o Hugo Fattoruso, y en sus discos siempre hay una búsqueda que, aunque con frecuencia permite asomarse a zambas, chacareras y ritmos similares, siempre lleva por caminos impredecibles.

En una vertiente similar están el nativo de Santa Fe Jorge Fandermole, guitarrista y autor de canciones con quien el *Negro* Aguirre ha tenido intensas colaboraciones, y el dueto Orozco-Barrientos, que en clave *folk* recurre a géneros como el gato, la cueca y otros más.

A medio camino entre el folclor y muchas otras cosas podemos citar también al peculiar dueto femenino Perotá Chingó, integrado por dos chicas conocidas como Dolo y Maju, cuya variedad de influencias

incluye la zamba, el candombe, el joropo, el *reggae* y mil músicas más lanzadas con aire desenfadado y divertido.

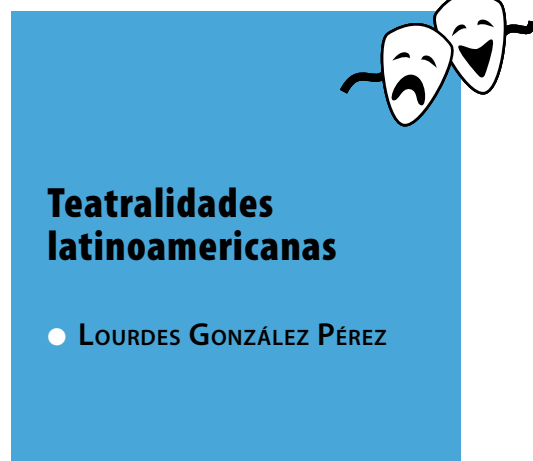
Una mención especial merece el compositor originario de la Patagonia —de la provincia de Río Negro, para más señas— Lisandro Aristimuño, quien a sus treinta y cinco años y con cinco discos a cuestas ha sido una especie de renovador de la música argentina. En su trabajo conviven el folclor con la electrónica, es posible encontrar percusiones diversas, cantos aborígenes, zapateos, guitarras eléctricas, violines, chelos y toda clase de recursos. Su disco de 2012 *Mundo Anfibio* es una colección asombrosa de influencias y hallazgos que ya se prefiguraban en sus producciones anteriores.

Otro lugar especial lo tiene sin duda la compositora Juana Molina, quien, estirando los límites y echando mano de recursos como una *loop station* —que le permite sobregrabarse en escena para crear capas y capas de sonido—, se ha ido ganando un sitio internacional que la ha llevado a compartir escenario con Feist o David Byrne, y a que uno de sus discos haya sido considerado por *The New York Times* como uno de los mejores del año. Juana fue actriz exitosa y un buen día lo dejó todo para concentrarse en lo que descubrió que era lo suyo: la música. Es autora de canciones extrañas, que hablan de asuntos muy cotidianos y simples en apariencia y poseedora de una voz añorada que, sin embargo, casa perfectamente con el ambiente general de los arreglos. Eso sí, sus canciones no se parecen a otras, son únicas, y la experiencia de verla en escena, también puede serlo.

En otro territorio está el sexteto Scalandrum, del baterista Daniel *Pipi*

Piazzolla, nieto de esa cumbre inalcanzable y legendaria llamada Astor. Este grupo se ha dado a la tarea de mezclar ingredientes de *jazz* con tintes de tango, folclor y texturas varias y con la visita frecuente a la música siempre inspiradora de Piazzolla.

Como siempre, cualquier lista o recuento se queda a medias. Ésta es apenas una mirada tímida a lo que ocurre en el extremo continental. Habrá que hurgar con más detenimiento y descubrir todo lo que, escondido o no, ofrece la rica tradición musical inagotable de la Argentina ●



Actualmente la dramaturgia argentina es, quizá, la más potente y reconocida de América Latina. La cantidad y la calidad de sus destacados exponentes son sólo dos de las variables que permiten afirmar su influyente presencia, que ha trascendido las fronteras de su territorio. Entre las plumas que desdibujan el tiempo generacional se puede citar a Griselda Gambaro, Mauricio Kartun, Vivi Tellas, Rafael Spregelburd, Daniel Veronese, Javier Daulte, Lola Arias, Claudio Tolcachir y Alejandro

Tantanian, por citar algunos de los más representativos.

La diversidad de temas abordados, la profundidad y la exploración de las relaciones personales, así como una reinención de los dispositivos escénicos, han colocado no sólo a los dramaturgos, sino a los directores y actores, en la cúspide del teatro de habla castellana. En este sentido, Emilio García Wehbi es de los más destacados.

Derivado de su propia historia relacionada en varios momentos con sus circunstancias sociales, el teatro argentino no se quedó en los abordajes tradicionales, sino que exploró y desarrolló el *performance*, el biodrama, las intervenciones escénicas, el psicodrama y otros modelos de microteatro, diversificando los espacios de presentación, que van desde las salas convencionales con propuestas de corte más comercial, hasta una infinidad de espacios alternativos, entre los que destacan los sótanos, los espacios abandonados, los departamentos y las casas habitación que se han convertido en los más socorridos por las nuevas generaciones.

Trascendiendo el tan popular modelo melodramático latinoamericano que se extendió con fuerza durante el siglo xx, el teatro argentino le dio la vuelta con la invención del *grotesco criollo*, un *pasticcio* que mezclaba una serie de recursos, sensaciones y géneros y que se gestó en Argentina a principios de la década de los veinte del siglo pasado, de manera particular inaugurado por Armando Discépolo, quien comenzaría a forjar una identidad que no había en otros rincones del continente de manera tan contundente. Una de las dramaturgas más reconocidas

de la escena argentina, referente de puente entre las generaciones anteriores y las actuales, Griselda Gambaro, escribió al respecto: «El grotesco es una condición del carácter argentino y por lo tanto, sigue proporcionando materia».¹

Llaman la atención algunos elementos que pueden diferenciar al teatro argentino del de otras latitudes: la potencia de su industria editorial, que ha llevado a una amplia divulgación y publicación de su dramaturgia, y la proliferación de una escuela psicoanalítica que ha trascendido los círculos de expertos incorporándose a la vida cotidiana de manera natural. Lo mismo que el teatro. Para los argentinos, el teatro no es una práctica que concierne sólo al gremio de los teatristas, sino una actividad cotidiana que se consume por encima del promedio de otros países de América Latina. Por mencionar el ejemplo de la Avenida Corrientes, que es el eje de la vida bohemia y nocturna de la ciudad de Buenos Aires, hace algunos años se habían contabilizado más de veinticinco teatros en siete cuadras de esta avenida, que en sus más de ocho kilómetros cuenta con restaurantes y librerías que contribuyen a la circulación y al consumo de este circuito más comercial.

Por otro lado, es interesante señalar que en Argentina no se tienen ni apoyos ni subsidios a los creadores independientes para producir sus puestas en escena —como sucede en México con los artistas escénicos, que gozan de diferentes becas y estímulos. En Argentina, el teatro más interesante desde hace décadas sucede

¹ http://www.danielcinelli.com.ar/archivos/Obras/Tercer_nivel/Grotesco_criollo/material_adicional/Grotesco_Criollo.pdf

al margen de las instituciones públicas y de los espacios consolidados, situación que en México apenas está teniendo lugar en los años recientes. El teatro argentino ha servido de modelo y ejemplo para desarrollar en México alternativas al modelo institucional auspiciado por el Estado. Diversas compañías y colectivos en distintas ciudades de la República Mexicana están implementando esfuerzos fuera del circuito comercial, y fuera de la Ciudad de México, desarrollando poéticas propias en circunstancias situadas, reformulando nuevas cartografías del movimiento escénico y trabajando con temas de relevancia social en sus propios contextos. En este sentido, temas como el narcotráfico, la violencia, el desarraigo y la memoria están cada vez más presentes en este mapa de teatralidades expandidas que abandonan las salas convencionales para intervenir la realidad de otras maneras. Propuestas como Teatro Para el Fin del Mundo, o el Festival de la Bestia, encabezados por Ángel Hernández en Tamaulipas, dan cuenta de esas nuevas posibilidades hacia donde la escena en México está caminando.

En esta edición de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, y aprovechando la presencia de Argentina, se plantea la incorporación en el programa de contenidos de un diálogo entre distintos dramaturgos de diferentes latitudes de América Latina. Una mirada hacia la diversidad de temas y sus abordajes particulares en el trabajo creativo de distintas plumas. La cita será los días 4 y 5 de diciembre en el marco de las actividades de la FIL. Para mayor información, consultar la programación en fil.com.mx ●

Zona intermedia

Tres momentos de la literatura argentina

● SILVIA EUGENIA CASTILLERO

1. Todo comenzó en la calle Anchorena 1660. María Kodama —como una aparición— nos recibió (y flotaba) en la puerta de la Fundación Borges, donde vimos algunos manuscritos, fotos de viajes, miniaturas, libros, objetos diversos y el bastón de Borges. También dibujos que solía hacer para acompañar la escritura de sus cuentos.

Cuando miraba el dibujo de «Las ruinas circulares», María me susurró al oído, como en secreto, que ése es el cuento que más le gusta a ella. Me lo dijo y se marchó sin explicarme el porqué; me quedé mirando el laberinto que Borges había dibujado, esas ruinas concéntricas, con trazos precisos casi fotográficos de un lugar que para mí era conocido. Sucedió que el dibujo que otrora hiciera Borges me conectaba con un todo existencial, a medida que lo miraba me imantaba, pues se convertía en el cruce de innumerables relaciones. Al igual que en el cuento, el dibujo me abría caminos no hacia lo cerrado, sino hacia los puntos diversos del cosmos.



Por otra parte, ese caos me escondía una verdad, y lo que era ficción se volvía concepción del mundo, lo que me llevaba —cada vez más— a asistir al momento en que los relatos tomaban la forma de verdad histórica, algo sin tiempo pero anclado en el continuo que es el infinito o la nada. En el laberinto se engendraba la paradoja misma del espacio, el juego de sentidos cerrados y perspectivas abiertas —de reflejos encontrados. Sólo ahí, en el seno de la alegoría, se llegaba al significado del tiempo.

Esa realidad —esa verdad— es enigmática y es imperativo descifrarla. Soy lectora y, al serlo, me convierto en protagonista de un mundo para despejar su enigma. Aún más, Borges liga estas ruinas circulares con todas las ruinas del planeta, con la historia toda. Nos convierte —como lo afirma Alberto Manguel— en parte de esa literatura universal formada por todas las pequeñas literaturas, a la que confluyen todos los autores en una sola gran autoría humana, y un solo lector. Esto significa que estamos dentro de la tradición literaria, con un pasado que nos nutre y un futuro que nos aguarda y nos moldea.

Me demoro en «Las ruinas circulares», a la espera de la revelación inminente; me demoro y ahí quedo anclada, pasmada, presa del gozo porque la revelación no se produce; logro, sí, habitar la dimensión estética, la tensión —esa contención: ¿el arte? — es la que me atrapa y me colma.

Al salir, supe que, en su juventud, Borges habitó la casa contigua.

2. Buenos Aires. Camino por la calle Corrientes: librerías, cafés. Es una avenida

ancha y agitada con un parecido a alguna ciudad europea. De golpe recuerdo...

«...y de golpe, sin saber cómo, se había oído hablándole a Talita como si fuera la Maga, sabiendo que no era pero hablándole de la rayuela, del miedo en el pasillo, del agujero tentador [...] Se estaban como alcanzando desde otra parte, con otra parte de sí mismos, y no era de ellos que se trataba, como si estuvieran pagando o cobrando algo por otros, como si fueran los gólems de un encuentro imposible entre sus dueños [...] De alguna manera habían ingresado en otra cosa, en ese algo donde se podía estar de gris y ser de rosa, donde se podía haber muerto ahogada en un río (y eso ya no lo estaba pensando ella) y asomar en una noche de Buenos Aires para repetir en la rayuela la imagen misma de lo que acababan de alcanzar, la última casilla, el centro del mandala, el Ygdrasil vertiginoso por donde se salía a una playa abierta, a una extensión sin límites, al mundo debajo de los párpados que los ojos vueltos hacia adentro reconocían y acataban» (*Rayuela*, capítulo 54).

Rayuela llegó a los jóvenes mexicanos como una especie de *I Ching*, un libro mágico, imantado de toda una literatura que ahí no sólo se sintetizaba sino que era sometida a una voz y una mirada lúdicas, arriesgadas, llenas de futuro y euforia. Porque esa voz enarbolaba y hacía eco al ideal de salvación global, humana, la idea de la fraternidad, de que después de las dictaduras seguía la vida en comunidad, el socialismo, el comunismo. Por fin, la llegada al centro y de ahí —como constelaciones— hombres y mujeres eran liberados para vivir, eso, vivir lo cotidiano y a partir de ahí

imaginar, crear, abandonarse a los sueños. Y ser fraternos, hermanos, revolucionarios.

Rayuela cambia el mundo porque nos lleva al otro lado, el lado de allá, a esa otra realidad, otros espacios escondidos en los espacios de todos los días, en las rayuelas callejeras, en las ventanas y los puentes. En los besos. Un libro experimental, misterioso, cuyas reglas son otras reglas capaces de desplegarse en el curso de la lectura.

Rayuela se quedó entre los jóvenes como una lectura mítica que se iba heredando de generación en generación. Nada tenía que ver con la manera como se le consideraba o se le leía en la propia Argentina. Ni su poca popularidad en su país natal en los años setenta, ni su muerte en los ochenta, nublaron la presencia de Cortázar entre la juventud mexicana.

Como dice Elsa Drucaroff, *Rayuela* y, en general, los cuentos de Cortázar nos dieron esperanza. En un país surrealista como México, un autor que en la propia sintaxis de sus historias daba la pauta a la utopía, a la irreverencia, a la desacralización de la vida cotidiana y sus reglas absurdas, prendió con toda la fuerza de su imaginario y dejó improntas importantes en los lectores mexicanos.

Aunque no entendiéramos *Rayuela*, aunque nos hablara de calles y lugares tan lejanos y extraños, sin conexión con nosotros, continuábamos la lectura porque tanto la novela como los cuentos eran una especie de conversación, un género desenfadado entre la carta y la autobiografía, había algo del delirio de un diario, y de las confesiones que se vierten en una carta amistosa o de amor.

Cortázar abrió puertas y zanjás, dio locomoción a procesos en nuestra conservadora cultura de los años setenta, y nos permitió imaginar de otra forma, llevar a cabo una literatura sin solemnidades ni rodeos; una literatura directa. Sus historias nos empujaban a andarlas y desandarlas por dentro y por fuera y conquistar un presente que sólo al tocarlo se desgajaba en caminos diversos, en historias paralelas. Un tiempo concéntrico, el inicio —el ahora de la narración— se volvía mirada al pasado, pero una vez dentro, este pasado es presente para irse casi inmediatamente al lugar del recuerdo.

Entre estas grietas de la continuidad temporal encontramos, sin embargo, repeticiones; el texto regresa a sí mismo, abierta y explícitamente, de manera obsesiva, como si el lenguaje buscara el sentido que el contenido aparentemente no tiene. Estamos jugando la rayuela de caracol, el dibujo no está del todo hecho, el lector va y regresa antes de llegar al cielo, se cae en enormes vacíos y retoma el camino para extraviarse otra vez entre la yuxtaposición de anécdotas. Es un juego entre el tiempo de las historias y el de la narración. Un tiempo que se teje entre el narrador y el lector, donde el lenguaje es el intercesor, y a veces se anticipa lleno de impaciencia, embargado por el sentimiento y la nostalgia. Es un tiempo vertiginoso que completa por adelantado una historia que todavía no termina o que la prefigura, que va llenando de semillas la narración, algunas de las cuales se desarrollan hasta el final, mientras otras mueren antes. Cortázar elabora un texto anacrónico yacrónico para dotarlo de un carácter retrospectivo al mismo tiempo que

sintético; texto donde cada instante es la totalidad.

Con esa dosis de experimentación capaz de llegar al otro lado de las cosas, de llegar incluso a un París que se nos volvió tan mítico como posible. Del Pasaje Güemes al Passage Vivienne, de Buenos Aires (Latinoamérica) a París, de la vida cotidiana a la vida extraordinaria; del lado de acá al lado de allá.

3. Llegué a París con mi *Rayuela* en la mano y en busca de esos sueños pergeñados en los cuentos de Cortázar. Pronto conocí a uno de sus mejores amigos, Saúl Yurkievich. Fue como entrar de lleno al tiempo de cielos y pasajes, fue como volverme protagonista de «El otro cielo» o de algún otro cuento de Cortázar. Con Saúl hacíamos los recorridos que solía hacer, y jugábamos a imaginar qué íbamos a encontrar afuera cuando saliéramos del metro, igual que Julio, como lo nombraba Saúl. Un día Yurkievich me regaló un periódico, *Diario de poesía*, una revista en forma de periódico donde se publicaba únicamente poesía; por esos días estaban de visita en París los poetas que lo publicaban: Daniel García Helder, Daniel Samoilovich y Daniel Friedemberg. Entre sus páginas encontré un texto que me cautivó desde el inicio, «Jefe de correos Frenio Guiscardí»: «es una masa de pelos, lana y algodón, de forma genéricamente esférica, pero con los años se ha aflojado mucho y a veces está a punto de deshacerse, sobre todo cuando lo lleva el viento. Pero lo extraordinario en él es el sentido de la orientación, que le permite emigrar aun en condiciones meteorológicas desfavorables.

Habitualmente el jefe de correos Guiscardí pasa el otoño y el invierno en Sicilia o en Calabria, pero con el inicio de la primavera se muda a Baviera, o en todo caso al sur de Alemania, donde permanece durante todo el año». El autor que firmaba me era totalmente desconocido: Juan Rodolfo Wilcock. Nunca lo había oído nombrar, menos leído, pero el tono del texto, su factura, su alcance, me hicieron saber que se trataba de un clásico.

Wilcock nació en Buenos Aires en 1919. Poeta, narrador, crítico y traductor, fue amigo íntimo de Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, así como de Borges, colaborador de la revista *Sur*. Escritor precoz, neorromántico, publicó seis libros en Argentina y luego, en 1954, partió a Italia, donde se exilió incluso de su lengua materna, pues en adelante escribió su obra en italiano. En su libro *Sexto*, de 1953, leemos en «Después de la traición»: «¿Recuerdas, mi alma, ese árbol favorito? / Verdes eran las tardes a su lado, / míralo ahora en polvo transformado / por los relámpagos de su delito».

Sin duda el ingrediente que me impresionó fue su imaginación vehemente que logra desarrollar con gran exactitud verbal. Obsesivo de la forma como un puente entre lo factible y lo imposible, continuaba corrigiendo sus textos aun después de ser publicados. Su libro *El caos* es editado en italiano en 1974 en Adelphi, y casi simultáneamente publicado por Sudamericana en español, donde también se publicaron sus otros libros en traducciones al castellano: *El templo etrusco* (1972), que el mismo Wilcock describió como «una involuntaria sátira

de la dificultad, o mejor dicho de la imposibilidad de crear, hoy, mientras todo se derrumba a nuestro alrededor»; *La sinagoga de los iconoclastas* (Adelphi, 1972; Anagrama, 1982, 1999): una galería de retratos, vidas imaginarias de treinta y seis personajes, héroes del absurdo, que evocan el libro de Marcel Schwob y los libros inventados de Borges, y llegan a tocar la maravilla de la locura, la demencia y la genialidad. *El estereoscopio de los solitarios* (1972), una novela con setenta personajes principales que nunca llegan a conocerse: mitos y leyendas distorsionados. *Los dos indios alegres* (1973): una novela dentro de una revista dentro de una novela, en la que van apareciendo personajes absurdos que ilustran, a través del humor, las miserias y los esplendores del género humano. *El libro de los monstruos* (1978): la última incursión de Wilcock en lo fantástico. Libro lleno de erudición, de excentricidades, grotesco e insólito, es un bestiario donde los personajes disparatados son sin embargo totalmente reales.

Wilcock logró una prosa inverosímil, llena de humor, en muchos casos homicida, prosa que resquebraja nuestras imágenes del universo para dibujar un contra-universo instalado entre lo ridículo y lo sublime. Logra una destreza narrativa casi terrorista en su elegancia y precisión descriptivas. Su maestría verbal —su luminosidad— vuelve a su obra una profecía de la modernidad y nos ofrece la felicidad de su lectura ●

Polifemo bifocal

El beso francés de Afrodita y Ek Chuah

● ERNESTO LUMBRERAS

La primera noticia del cacao como afrodisíaco nos la da Bernal Díaz del Castillo, asombrado de las muchas jícaras de *cacáhuatl* —frío y espumoso— que tomaba Moctezuma Xocoyotzin antes de acudir a sus aposentos reales, donde lo aguardaban innumerables y ávidas mujeres. Con ese trasfondo «mítico», el chocolate recorrió su periplo europeo brindando a sus bebedores —desde un Marqués de Sade orgiástico a un filósofo Calderón de la Barca— un placer sensual y lúcido de inocultable vigor. Con un toque de conservadurismo victoriano, a mediados del siglo XIX, Cadbury pone en boga regalar chocolates el Día de San Valentín; la competencia replica el acierto, y Hershey contrataca con sus *kisses* en 1907, ejemplo que sigue Perugina con sus *baci* en 1922. ¿Besarse con fruición será, entonces, una equivalencia de devorar chocolates? ¿O serán dos actividades complementarias y de mutua inclusión?

Del fervor amoroso de primeros siglos, el chocolate descendió varios peldaños convirtiéndose en la alegoría sentimental de los enamorados meditados y



suspirantes. Atrás quedaron las escenas de las novelas románticas donde los amantes alternaban el arte de Eros con la sofisticación de tomar en la cama un vaporoso tazón de chocolate. En las *Obras eróticas* (1789) del conde Di Mirabeau se recrean ciertos pasajes donde dos pecados capitales, la gula y la lujuria, armonizan a la perfección:

—Fuiste tú, encantadora Babet —le dije, mientras me quitaba el edredón para levantarme y rendirme a los antojos de su ama—. ¿Fuiste tú quien preparó este chocolate extraordinario?

—Sí, mi señor, fui yo.

—Me encantaría estar en tu lugar, haciendo espuma bajo tus manos.

—Un abad, sacando espuma, sería muy agradable.

—Y muy natural...

—¿Está burlándose? ¿Cómo se puede hacer eso?

—Ya verás —le dije, tirándola sobre mi lecho—. Imagina que éste es el mango del molinillo para hacer espuma.

El chocolate y el cuerpo humano poseen la misma temperatura. Cuando el termómetro registra poco más de los 37 grados, el organismo de ambos trasuda, se torna inestable y palpitante. En esas condiciones enfebrecidas, un bombón o una trufa se tornan imágenes sinestésicas de la cópula: el olfato delira en el encuentro con un aroma indómito, el gusto se extasia al contacto con ese coro de sabores politeístas, el tacto se deja recorrer por ese magma marrón que posee la temperatura del beso, el oído se pone en estado de alerta por la textura crocante que obliga a detener —tras la dentellada del *big crunch*— la expansión del universo. Para evitar la locura o el éxtasis de Santa Teresa según Bernini, durante este

trance de *gourmet* supremo, es apremiante mantener los ojos bien cerrados.

En el comienzo trepidante de *Noticias del Imperio* (1987), de Fernando del Paso, la emperatriz Carlota, en su nostálgico delirio, al final de sus días, relata el inventario que un enviado de México le ha traído a su castillo de Bouchout; entre las maravillas llevadas del mismísimo cuerno de la abundancia resalta «un enorme barril de maderas preciosas rebosante de chocolate ardiente y espumoso, donde me voy a bañar todos los días de mi vida». Con la ilusión de mudar la piel «blanca de ángel de Memling» hasta volverla «oscura como el cacao del Soconusco», a semejanza del color de sus amados indígenas. En el fastuoso hotel de Hershey, Pensilvania, el sueño de la desdichada monarca se puede cumplir a plenitud; incluso los paquetes del *spa* prometen ampliar la experiencia dérmica con los elixires del cacao; por ejemplo, el *Chocolate Escape Package* ofrece, por 390 dólares más impuestos, tres horas y media de placer continuo con un menú que incluye: un baño en tina con cacao recién molido, pastelillos, crepas y helados de chocolate, tazones de chocolate caliente y un masaje con cocoa de una hora de duración.

La industria del dulce y la repostería, pero también la de los cosméticos, ha explotado las bondades del cacao que la divinidad maya de Ek Chuah divulgó entre los mortales. Pero, sin duda, el elemento erótico y amoroso del chocolate ha resultado atractivo en el imaginario de pasteleros y confiteros. La escuela francesa —es decir, los alumnos del Divino Marqués, más desinhibidos en las lides del cuerpo y

del placer— ha confeccionado pequeños objetos que, inevitablemente, provocarían sonrojos, sudoraciones y palpitos aquí y allá. Francis Miot, *confiseur* de Pau, es el creador de los bombones que recrean la gimnasia amatoria del *Kama-Sutra*, de los manjares llamados *les coucougnettes du vert galant* —literalmente «los testículos o los cojones del mujeriego», delicia en honor del rey Henri IV, quien tuvo cincuenta y siete amantes y veinticuatro hijos reconocidos—, o *les tétons de la reine Margot*, en homenaje a los escotes de escándalo de la primera esposa de Henri IV, que insinuaban sus rosados pezones.

Leyendo el lúbrico poema de Oliverio Girondo que dice, en algún momento de su flujo hormonal, «se codician, se palpan, se fascinan / se mastican, se gustan, se babean», es probable que en la mente de un futuro confitero aparezcan los ingredientes y la fórmula de un exquisito bombón para compartir. Un bombón ideal que otorgue cartas de navegación a la pasión extrema de los amantes para seguir conjugando los verbos del poeta argentino: «resplandecen / se contemplan, se inflaman, se enloquecen / se derriten» ●



Nodos

Estación Ezeiza

● NAIEF YEHYA

¿Dónde comienza el bistec y termina el carnicero? No espero tener una respuesta. Ésta es una de esas viejas preguntas que siempre estarán en el aire, negándose a ser contestadas porque, de hacerlo, tendríamos que preguntarnos: ¿y entonces dónde empieza el comensal y termina la vaca? Y hacerse ese cuestionamiento en Buenos Aires es buscar enredarse en un laberinto sin salida, porque a final de cuentas todo bife conecta con otro bife, todo filete es parte de una constelación de proteínas anónimas, pero también es mística, técnica y carne muerta, deliciosas células en descomposición.

Tenía hambre y sólo podía pensar en reses pastando. Afuera las parrillas doraban asados, chorizos, lomos, matahambres, entrañas y otros cortes con nombres aún más viscerales. Yo jugaba nerviosamente con la envoltura vacía de los M&M que compré antes de abordar el avión que por algún error me llevó ahí. Sentía algo parecido a la angustia ante la idea de deshacerme de ese plástico que aún guardaba el olor a chocolate. Era lo único que había comido en las últimas treinta y dos horas. Levanté por fin la vista, nada había

cambiado, sólo el calor, húmedo e intenso. Me puse de pie sabiendo que perdería mi asiento, que docenas de personas vigilaban los movimientos de quienes tuvimos la gran suerte de conseguir un silloncito en esa aislada sala de espera. Sentí un movimiento casi viperino de cuerpos que acechaban mi lugar, listos para saltar sobre él en cuanto me retirara unos pocos centímetros. Perder mi lugar era inútil, nada cambiaría; el vuelo de conexión no llegaría antes, no había nada que ver en esta sala remota del aeropuerto donde ni siquiera había un *duty free* básico, un puesto de café, un quiosco de periódicos o de lentes oscuros. De todos modos tenía las piernas rígidas como tablones, debía moverlas a riesgo de perder la capacidad de volver a flexionarlas. Di un paso al frente y una mujer pequeña corrió, se deslizó con gracia y chocó contra mí dejándose caer pesadamente en el único asiento libre de toda la sala. Otro hombre también corrió pero era demasiado tarde. Muchos más veían con envidia a la mujer que se acomodó en el asiento triunfalmente.

Caminé hacia la larga cola que estaba formada frente al pequeño mostrador donde una empleada de la aerolínea trataba de tranquilizar uno por uno a los viajeros inquietos por esta inesperada e interminable escala. Las ocho personas que estaban frente a mí fueron atendidas en unos treinta y cinco minutos. En esos momentos me lamentaba por no haber comprado ese manual que prometía: *Hable farsi en treinta horas*. O quizás hubiera podido leer todos los libros de Harry Potter o cualquier otra serie de volúmenes obesos que en otras circunstancias nunca hubiera considerado. Pero cargarlos...

Entonces llegó mi turno.

—Señorita, ¿tiene usted idea de lo que sucede con nuestro vuelo? Hace horas apagaron la pantalla de información.

—¿A dónde viaja?

—A Playa Algarabía, como todo mundo aquí —respondí un poco bruscamente, con un tono que se acercaba al límite de lo que una empleada de aerolínea está obligada contractualmente a tolerar antes de llamar a Seguridad.

Sonreí para aligerar la tensión.

—Lo siento mucho, pero seguimos esperando a que aterrice el avión. No creo que tarde más de una hora.

Volví a sonreír esperando la señal de que había terminado con mi asunto y era tiempo de decir *gracias*. La cola seguía creciendo detrás de mí. Ella miraba todavía el monitor de la computadora, que debía tener todas las respuestas pero aparentemente no las tenía. Me miró entonces y acercó su rostro al mío. No gran cosa, por supuesto, lo poco que le permitían el teclado y sus pechos, un par de centímetros, pues, pero suficiente para crear un intento de proximidad,

—La verdad es que puede tardar muchísimo —me dijo hablando bajito y arrastrando la *i* de muchísimo de manera a la vez coqueta y preocupada.

—No me diga —dije yo.

—¿Qué nivel de cliente es usted?

—¿Nivel? —dije dándome cuenta que tenía un cabello pardo y brillante, una nariz puntiaguda elegantísima, unos labios carnosos y un acento que me hicieron repetirme en la cabeza: Qué porteña, Dios mío, qué porteña, Dios mío.

—Se lo pregunto porque si usted es Cliente Preferente tenemos alternativas superiores de servicio y atención.

—Me temo que no.

—Por ejemplo, usted es ahora simplemente Usuario, pero si fuera Cliente Preferente, tendría acceso al salón VIP, y el *Upgrade* es un pago anual muy modesto.

—¿Y puedo hacer ese *Upgrade* ahora?

—Sí, por supuesto.

Pensando en chuletas y empanadas le di mi tarjeta de crédito. No sabía si volvería a volar con esta aerolínea o si regresaría siquiera a pisar tierra argentina, pero tenía hambre y estaba en una situación vulnerable. La joven, que se veía más y más atractiva a medida que imaginaba un salón VIP con platones de botanas y tragos gratuitos, me devolvió mi tarjeta, me pidió mi firma y sonrió, ahora sí radiante, esperando que dijera *gracias* y me retirara.

—Y ¿por dónde debo ir?

—¿A dónde? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Al salón VIP.

—Lo lamento, muchísimo, pero desde esta sala remota no se puede acceder —dijo extendiendo otra vez la *i*, pero esta vez sin atisbo alguno de preocupación.

—¿Pero cómo? ¿No fue para eso el *Upgrade*? —me esmeré en pronunciarlo correctamente y con mayúscula.

—Sí, por supuesto, pero en estos momentos no se puede —dijo encogiéndose de hombros, levantando las palmas de sus manos hacia el techo y mirando alrededor con una mueca de impotencia—. En su próximo viaje, seguramente podrá aprovecharlo.

—¿Pero y ahora? —pregunté, más confundido que enojado.

—Es que ésta es una sala remota. Lo que podría hacer es obtener un *Upgrade* a la categoría de Viajero Amigo.

—¿Otro *upgrade*? —dije, esta vez en minúsculas.

—Sí, pero éste le ofrece otro tipo de beneficios, como precios especiales en alojamiento y alimentos en más de cuarenta y siete destinos internacionales y veintitrés nacionales, rebajas en los boletos de sus acompañantes y una suscripción anual a la revista *Volar sin Límites*.

—¿Y eso cómo me beneficia ahora? —interrumpí.

—Con su tarjeta se le ofrece el Pase Amigo, con el cual puede ir desde cualquier sala de espera remota a la terminal central del aeropuerto internacional Ministro Pistarini.

—¿Y cómo llegaría ahí?

—En un transporte especial para Viajeros Amigos.

Sin pensar mucho más le di nuevamente la tarjeta. Dijo algo acerca de la buena decisión que estaba tomando y de la fabulosa relación beneficio-costos. No quise saber. Me regresó la tarjeta, firmé el *voucher* y la miré con una mueca que difícilmente podría interpretarse como una sonrisa. De reojo vi que acababa de gastar más en ese instante de lo que pensaba utilizar en mi viaje.

—¿Le puedo servir en algo más?

—Sí, por supuesto. ¿Dónde tomo mi transporte Amigo?

—Viajero Amigo —corrigió—. Eso sería en la salida *c*, pero no puede hacerlo ahora.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene su tarjeta Viajero Amigo todavía y por lo tanto no se le puede emitir el Pase Amigo.

—¿Cómo?

—Recibirá su tarjeta en su domicilio

en un plazo de entre trece y veintidós días hábiles.

—¿Pero y ahora? ¿No pueden hacer una excepción? Aquí tengo mi *voucher*.

—Eso sería formidable, pero no se puede por restricciones internacionales. Su membresía primero debe ser aprobada por el Ministerio de Transporte. Por seguridad, usted sabe.

—Pero señorita, usted me dijo que esto me serviría ahora.

—No, yo le dije que le serviría en una situación como ésta. ¿Cómo podría yo ofrecerle violar normas de seguridad internacional que están por encima incluso de las leyes argentinas? —nuevamente se encogió de hombros, esta vez con dulzura.

La fila detrás de mí seguía creciendo y los viajeros se ponían más y más inquietos viendo que yo tenía ocupada por demasiado tiempo a la representante de la aerolínea.

—Pero, señorita, no sé si usted entiende mi situación. Necesito comer algo ahora mismo.

—Lo siento mucho, señor, pero no puedo hacer nada más por usted. La única opción que se me ocurre sería un *Upgrade* a la categoría Socio de los Aires.

—¿Otro *Upgrade*? ¿Se está usted burlando de mí? —dije, subiendo el volumen de mi voz a peligrosos niveles de semiagresión.

—De ninguna manera, señor —e hizo un intento por pronunciar mi nombre—. Al pertenecer al selecto grupo de Socios de los Aires, usted es prácticamente uno de nosotros. Recibirá nuestro boletín mensual, descuentos en todos, fíjese, todos nuestros vuelos, contará con atención personalizada con su propio agente de cuenta, tendrá la oportunidad de seleccionar asiento hasta

un mes antes de su vuelo, con un mínimo de millas, podrá recibir una promoción para viajar en Primera Clase y Business en vuelos selectos, se le ofrecerán bebidas y alimentos de cortesía en todos nuestros vuelos y todas nuestras salas de espera, y muchas otras cosas más.

—¿Incluyendo en esta sala remota?

—Incluyendo en ésta.

—¿En este mismo momento? ¿Sin tener que esperar a que reciba mi tarjeta dentro de veintidós días?

—Así es.

—Me da usted su palabra de que no hay trucos ni cláusulas de exclusión secretas.

—Claro que se la doy. Y no hay nada de cláusulas secretas —dijo riéndose, y no como si se estuviera burlando de mí.

—Es decir que, si me vuelvo socio, puedo en este momento recibir comida y bebida de parte de la aerolínea sin pagar un centavo más.

—Así es, y como usted es Viajero Amigo, el costo de todo estos fabulosos privilegios es muy razonable.

—Pero no tengo aún mi tarjeta de Amigo.

—No se preocupe, como este trámite es informatizado, no la necesita porque usted ya está en el sistema.

Le di mi tarjeta resignado, pero esta vez, antes de hacerme el cargo, la empleada escribió una cantidad en un papelito con el logotipo de la empresa y me lo mostró.

—Este es el costo del programa Socio de los Aires.

Miré la serie de números y tardé en entender si estaba viendo el papel por el lado correcto. Conté mentalmente los dígitos para insertar comas que me permitieran entender de cuánto estábamos hablando.

—¿Y esto está en pesos, dólares o millas?
—pregunté.

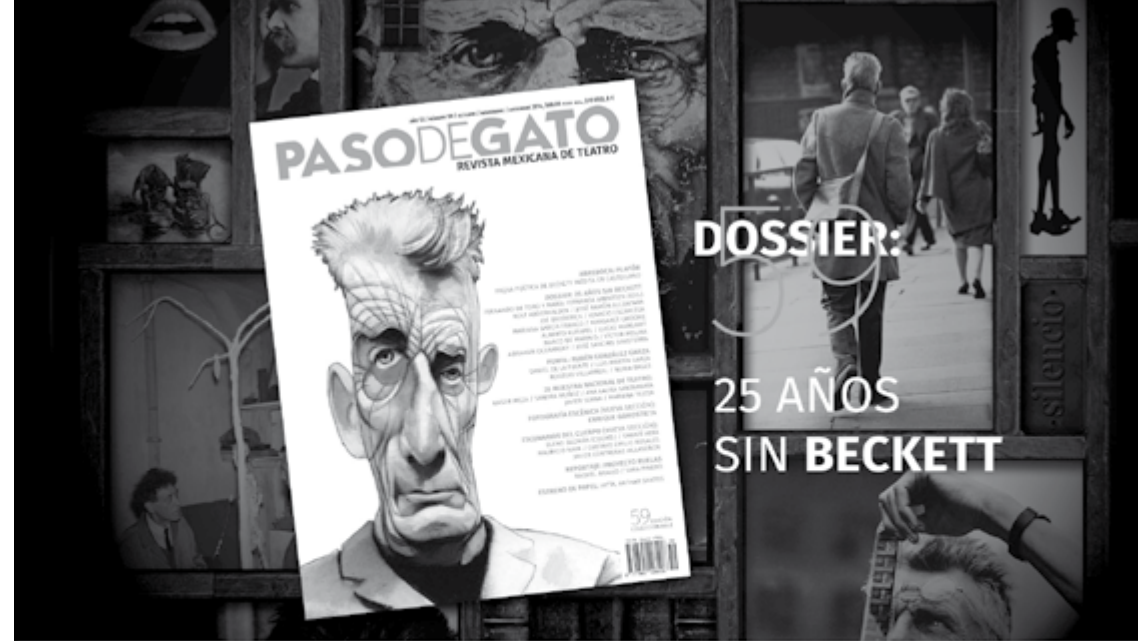
La agente sonrió y escribió con una letra cursiva de niña las palabras *dólares americanos*. Quise decir: «Adelante, cóbreme», pero mi boca permaneció sellada. Me di la vuelta y comencé a alejarme del mostrador. Pude escuchar que la bella empleada mascullaba un: «De nada». No regresé ni me di la vuelta. Aún tenía la envoltura de M&M hecha un nudo sudoroso en mi mano. La olí buscando la fragancia de chocolate pero tan sólo reconocí un hedor a grasa y suciedad. No había ni un solo asiento disponible.

Me acerqué a un pasajero como de unos cuarenta y tantos, con bigotito, un saco avejentado y un maletín gastado sobre las piernas.

—Disculpe. Éste asiento está designado para Viajeros Amigos, como yo. Me temo que le voy a tener que pedir que se levante —inventé sin pudor.

—Con gusto, nada más muéstreme su tarjeta —respondió sin moverse.

Me dejé caer en el piso. Quise silenciar mi cabeza pero una voz me repetía: bife de costilla, bife ancho y bife de lomo. Podía imaginar que detrás de los muros de la sala remota pastaban novillos, vacas, novillitos y vaquillonas que, al quedar satisfechos, se dirigían felices al matadero para entregar sus carnes marmoleadas, tiernas y jugosas al carnicero ●



Encuéntrala en:

Suscripciones a: difusion1@pasodegato.com, adriana.pasodegato@gmail.com

Distrito Federal: Librerías El Sótano • Librerías Educal • Librería Héctor Fuentes (Foro Shakespeare) • Cafetería El Péndulo (Sucursales Roma y Condesa) • Centro Cultural El Foco • Librería Julio Torri • CEUVOZ • Museo Universitario del Chopo Interior de la república: Librería Luciérnaga Azul (Guanajuato) • Librería Auctoris (San Luis Potosí) • Teatro Diana (Guadalajara) Librerías Educal • Con el vocecedor local En el extranjero: Chile FCE • Librería Prólogo • Colombia FCE Colombia • Venezuela Teatro San Martín • España Librería Yorick • Argentina Libros del Balcón • Librería Ávila • Librería Antígona • Librería Vive leyendo

PETRA EDICIONES. Títulos premiados 2014

En **Petra** creemos en el lector que aprende a mirar, que construye valores sobre lo que mira, al tiempo que se permite descubrir la belleza y el placer de la contemplación.

Editorial ganadora del **BOP Bologna Prize. Best Children's Publishers of the Year 2014.** Central and South America



Novedades

A cada quien su casa CHIRRA CARRER

TORTUGAS EN EL ESPACIO DE PAPEL MANUEL MARÍN

El rancho de Eloísa Jorge Esquinca, Clara Sorner

Flic Festival de literatura y artes infantiles y juveniles 5ª EDICIÓN

Seleccionado por parte de *International Youth Library (IYL)*, en Munich para formar parte del catálogo internacional White Ravens - 2014

Seleccionado para formar parte de *Flic, Festival de literatures i arts infantils i juvenil en España*

Red Radio Universidad de Guadalajara

No te pierdas nuestra cobertura **29 NOV**
7 DIC
2014
expo guadalajara

Inauguración / Como en Feria / Especiales / Ciencia / Espectáculos / Charlas
Conciertos / Radiocuentos / Musicales / Clausura / Podcast / mucho más
a todo el estado por:

Ameca XHUGA 105.5 FM
Autlán XHANU 102.3 FM
Ciudad Guzmán XHUGZ 94.3 FM
Colotlán XHUGC 104.7 FM
Guadalajara XHUDG 104.3 FM
Lagos de Moreno XHUGL 104.7 FM
Ocotlán XHUGO 107.9 FM
Puerto Vallarta XHUGPV 104.3 FM



Argentina **TENDIENDO PUENTES**

encontraste

CANAL



La señal de todos

Este mes



Lunes, miércoles y viernes **22:00 hrs.**
Martes, jueves y sábado **9:00 hrs.**



Lunes **16:30** / martes **10:00 hrs.**
Jueves **23:00** / viernes **19:00 hrs.**
Sábado **10:30 hrs.**



Miércoles **23:00 hrs.**
Domingo **22:00 hrs.**



Martes **16:30** / miércoles **12:00 hrs.**
Jueves **23:30** / viernes **21:00 hrs.**
Sábado **11:00 hrs.**



Lunes **18:00** / martes **media noche.**
Jueves **12:00** / sábado **17:00 hrs.**



Un punto de encuentro para los amantes de la música

Martes **23:00** / jueves **19:00 hrs.**
Sábado **18:00** / domingo **16:30 hrs.**

En **señal**
INFORMATIVA UDG

#TúHacesNoticia



Señal Informativa @Señalinformativa



De lunes a viernes: edición matutina: **7:00 hrs.** / edición vespertina: **13:00 hrs.** / edición nocturna: **20:00 hrs.**



CANAL 44TV



@CANAL44TV



CANAL44TV

udgtv.com

Ahora **Canal 44** en **Axtel TV**, **Totalplay** (canal 144), **Telecable** (paquete básico: canal 83, digital: canal 144) y **Megacable** (canal 224).